UNA ESCRITURA TOCADA POR LA GRACIA

Justo Sierra

una antología general

BIBLIOTECA AMERICANA

BIBLIOTECA AMERICANA

Proyectada por Pedro Henríquez Ureña
y publicada en memoria suya

Serie
VIAJES AL SIGLO XIX

Asesoría
JOSÉ EMILIO PACHECO
VICENTE QUIRARTE

Coordinación académica
EDITH NEGRÍN

UNA ESCRITURA TOCADA POR LA GRACIA

JUSTO SIERRA

UNA ESCRITURA TOCADA POR LA GRACIA

Una antología general

Selección, cronología y estudio preliminar
Blanca Estela Treviño
Ensayos críticos
Silvia Molina
María Eugenia Negrín
Cristina Barros
Hernán Lara Zavala

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Primera edición FCE/FLM/UNAM, 2009
Primera edición electrónica, 2016

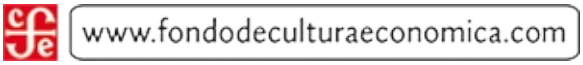
Enlace editorial: Eduardo Langagne
Diseño de portada: Luis Rodríguez / Mayanín Ángeles

D. R. © 2009, Fundación para las Letras Mexicanas, A. C.
Liverpool, 16; 06606 Ciudad de México

D. R. © 2009, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria; 04510 Ciudad de México
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Filológicas
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

D. R. © 2009, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672



Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-4411-4 (ePub-FCE)
ISBN 978-607-02-8402-1 (ePub-UNAM)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Estudio preliminar

Justo Sierra: una escritura tocada por la gracia / *Blanca Estela Treviño*

Poesía

Playera
Dios
Cantos, himnos de amor y de alegría…
De “Incógnita”
Uxmal
En los funerales de Manuel Acuña
A Manuel Acuña
Nocturno
Otoñal
Invocación. Lucretius, *De rerum natura*, Libro I.
Al autor de los “Murmurios de la selva"
Tres cruces
A Leconte de Lisle
El beato Calasanz (Siglo XVI)
José Martí
Márgenes de la historia
De Ary Renan
A María de la Luz
Hannibal
Hubo un drama en el cielo...

Cuento

666: César Nero
La fiebre amarilla
La sirena
Playera
En Jerusalén
Nocturno

Memorias de un fariseo
Incógnita
El velo del templo

Crítica literaria

Los poetas
Victor Hugo
La literatura en México y otras cosas
María (Impresiones de un libro de Jorge Isaacs)
La guillotina y María Antonieta
Jorge Sand
Literatura Francesa. Las conferencias de M. Lejeune
El maestro Altamirano
Prólogo a los *Versos* de Luis G. Urbina
Prólogo a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera
Prólogo a *Peregrinaciones* de Rubén Darío

Crónica

La cascada de Tizapán
Trinitarias
De México a Toluca. Impresiones de viaje en un tren de prueba
Metlac
En tierra *yanquee*
En la Europa latina

Discursos

En honor de Gabino Barreda
En la inauguración de la Universidad Nacional

Ensayos críticos

De cómo leer la poesía de Justo Sierra / *Silvia Molina*.
Justo Sierra, un narrador siempre audaz / *María Eugenia Negrín*.
Crónicas de Justo Sierra / *Cristina Barros*.
Justo Sierra ensayista / *Hernán Lara Zavala*

Cronología
Índice de nombres

Agradezco a David Martín del Campo, Gabriela Valenzuela
y Eduardo Uribe, por su lectura y sus valiosos comentarios;
a Cristina Barros, por la selección de las crónicas de Justo Sierra;
a Ana Karina Morga, por su colaboración en el cuadro cronológico.

B. E. T.

ESTUDIO PRELIMINAR

JUSTO SIERRA:
UNA ESCRITURA TOCADA POR LA GRACIA

BLANCA ESTELA TREVIÑO

Los antiguos son todavía novedades.
Los antiguos son gente del mañana.
GEORGE STEINER

Pocos escritores en la historia de México han ostentado el reconocimiento de *maestro*, y menos aún han sido los que ejercieron esa noble vocación con dignidad y plenitud. Justo Sierra —junto con Ignacio Manuel Altamirano y Alfonso Reyes— fue uno de ellos. Dueño de una vasta obra donde puede apreciarse su conocimiento sobre las más variadas disciplinas, Sierra dedicó generosamente su inteligencia a servir a la nación en las diversas tareas públicas que le fueron encomendadas. Educador, poeta, historiador, cronista, crítico, cuentista —la amplitud de su registro es asombrosa—, Sierra dejó la huella de su magisterio en varias generaciones, aunque la impronta inmediata de su pensamiento fue decisiva para los escritores del Ateneo de la Juventud.

El pensamiento de Justo Sierra se forjó en las distintas corrientes intelectuales vigentes en la segunda mitad del siglo XIX y proyectó su acción durante el dilatado régimen de Porfirio Díaz. Su juventud y madurez se desenvolvieron entre dos épocas de honda significación social para México. Así, se identificó "con los grandes próceres que hicieron la Reforma y que combatieron la intervención extranjera consolidando definitivamente la República. espiritualmente se vinculó a los intelectuales de la Revolución, particularmente a quienes iban a ser educadores de las primeras generaciones que surgieron a la caída del gobierno porfirista".[1]

Entre sus ensayos extrapolares, "disertación sobre el matrimonio" (1865) y "Discurso de fundación de la Universidad Nacional" (1910), Justo Sierra mantuvo un principio: mirar hacia el horizonte de otras culturas, historias y hombres —sin dejar de mirar las propias raíces— con el propósito de educar nuestro espíritu y fortalecer nuestra experiencia para ser mejores individuos.

La demostración de ese principio es rotunda, y la prueba de ello está constituida por los quince volúmenes que integran su obra y que están dedicados a los saberes más diversos. Su legado es portentoso. Los trabajos de Justo Sierra sobre historia y educación (y la biografía

misma del maestro) han merecido la reflexión de ilustres pensadores como Edmundo O'Gorman, Claude Dumas, Agustín Yáñez y Martín Quirarte, entre otros.

El empeño que anima las siguientes páginas —junto con los ensayos escritos por Cristina Barros, Hernán Lara Zavala, Silvia Molina y María Eugenia Negrín y la antología que las acompaña— intenta trazar el retrato de un hombre. divulgar su obra literaria, ejercicio para el cual Justo Sierra tuvo una vocación innata, nos permite adentrarnos en su tiempo, en su pensamiento, en la aventura intelectual de su vida.

UN RETRATO EN EL TIEMPO

Las imágenes más difundidas de Justo Sierra lo muestran como un hombre de altura bíblica: la cabeza leonina de gran pensador y el rostro marcado por el constante ejercicio de la inteligencia, que muchas veces encontraba refugio para su agudeza en el humor. Su secretrario particular, y uno de sus discípulos más conspicuos, Luis G. Urbina, lo evoca de esta manera:

> No era ya el muchacho de melena rizada que recitó su elegía sollozante al borde de la fosa de Manuel Acuña. erguido estaba su cuerpo, macizo y gigantesco; límpida y áurea su voz de barítono, relampagueantes sus pupilas de inteligencia y bondad; pero ya su cabeza estaba blanca, inmaculadamente blanca, y por el color, y la proporción y la majestad y el aire de grandeza solemne de que estaba tocada hacía pensar en la estatuaria, en el mármol, en alguno de esos bustos antiguos que meditan solitarios en las salas de los museos; escultural era la cabeza; genial el pensamiento que la iluminaba con llama perenne.[2]

Pese a que el nombre de Justo Sierra se encuentra inscrito con letras de oro en el recinto legislativo y que durante algunos años, en la década de los noventa, circuló un billete —de dos mil pesos— con su efigie, su figura, fuera del ámbito universitario, es poco conocida. como muchos otros grandes hombres del siglo XIX, estuvo inmerso en la construcción de una nueva nación, así como en el ejercicio del periodismo de ideas.

Educador, jurisconsulto, legislador, político, diputado, orador, diplomático, escritor y periodista, Justo Sierra fatigó los oficios de la inteligencia. No sólo soñó con una patria unificada por la educación, la lengua y la cultura —visión que en su día era la gran esperanza para crear una nación— sino que también pugnó por convertir la educación en el gran motor del país. Su discurso, al inaugurar los cursos de la Universidad nacional, aún resuena en el Anfiteatro Simón Bolívar:

> No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a sus entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor… El interés de la ciencia y el interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano.[3]

Justo Sierra Méndez nació en la amurallada ciudad de Campeche el 26 de enero de 1848, que fuera el primer año de la revuelta indígena conocida como Guerra de Castas y que durante más de medio siglo se mantendría latente en las selvas de la península. Durante ese mes, las poblaciones de Peto y Valladolid habían caído en poder de los indígenas rebeldes, quienes en muy poco tiempo también tomaron Tekax, Tikul e Izamal, muy cerca ya del puerto de campeche. El espíritu independentista de la península había llevado a Yucatán a separarse de la Federación —como en la otra ribera del Golfo lo había logrado el estado de Texas—, y Justo Sierra O'Really, jurisconsulto y escritor, no estuvo presente en el nacimiento de su primogénito ya que cumplía una delicada misión diplomática en el vecino país del norte: asegurar la neutralidad de la península en la guerra que México y los estados Unidos libraban (1846-1848). Sierra O'Really regresó un año más tarde, justo cuando Yucatán se integraba nuevamente a los Estados Unidos Mexicanos.

Hacia la mitad del siglo XIX, Campeche era la cabeza de una de las cuatro regiones en las que se hallaba dividido el territorio peninsular, con una creciente importancia como centro mercantil y de presión de política estatal, además de ser el puerto más activo de la península. Es ahí, entre calafates y estibadores, que transcurren los primeros años del pequeño Justo Sierra, testificando asonadas, guerras civiles y resistencia indígena. Es en este escenario donde el niño, acompañado por su hermano Santiago, escuchó las leyendas, consejas, cuentos y tradiciones que tiempo después volcaría en el papel, al asumir la herencia intelectual paterna. Ahí observaría muy de cerca el intrincado mundo de la política, especialmente del peninsular, viendo la actuación de su abuelo materno.

Justo Sierra vivió muy de cerca el llamado siglo de caudillos: su abuelo, Santiago Méndez Ibarra, fue no sólo la figura dominante en la casa Sierra durante la ausencia paterna, sino también una figura clave dentro de la vida política de la península. Aquella recia figura, capaz de atravesar tranquilamente la plaza desafiando los fusiles de los conjurados, es la que se alza ante los ojos del pequeño Justo. Hombre honrado, firme en sus propósitos, Santiago Méndez gobernó en dos ocasiones el estado de Yucatán, antes de que éste finalmente fuera dividido por la Federación: campeche, Yucatán, y el territorio de Quintana Roo. Fue sin duda la imagen de esta figura, determinante en la conformación de su voluntad, la que lo distinguiría del grupo de intelectuales y pensadores que dieron cuerpo al Porfiriato.

Sin embargo, la vocación por la escritura y la curiosidad intelectual, que lo caracterizarían a lo largo de toda su vida, fueron herencia de su padre, también escritor, jurisconsulto y político, cuya obra abarca tanto la novela —*La hija del judío*, por ejemplo, que aún se lee con deleite— como la creación de leyes —fue el encargado de redactar un nuevo código civil en 1860, encomienda hecha por el propio Benito Juárez— y la política de la cual anhelaba desvincularse aun cuando lo llevó a ser embajador del Yucatán independiente y diputado de la República en 1850.

Estas dos facetas forjaron el carácter de quien más tarde sería el gran educador de México.

La formación de Justo Sierra, iniciada en la biblioteca paterna, continuó bajo la dirección del maestro Eulogio Perera Moreno, en el colegio San Miguel Estrada, y fue tal su empeño en aprender las primeras letras que —cuenta Agustín Yáñez— muy pronto pudo imitar la firma de su maestro.

La infancia campechana compartida con Santiago, su hermano menor, le permitió ser testigo del segundo ascenso a la gubernatura de su abuelo, así como del retorno de su padre al ejercicio periodístico —actividad que los dos jóvenes abrazarían— y a los estudios históricos en torno a la rebelión maya y a las influencias del elemento indígena en la cultura nacional.

Un nuevo pronunciamiento contra su abuelo, fraguado en el mismo puerto de Campeche, obligó a la familia a trasladarse a Mérida. El asalto y el saqueo que sufrió la casa solariega ocasionó que la preciada biblioteca familiar fuese destruida. Muy pronto, en la llamada Casa de la Culebra, de la "Ciudad Blanca", el abuelo y su padre renovaron el trato con las letras y con lo más granado de la intelectualidad peninsular. En esta tertulia decimonónica fue donde el joven Sierra ejercitó la agudeza, la inteligencia y el gusto por las letras.

La familia Sierra se instaló definitivamente en Mérida en 1857. Ahí una nueva escuela, de mayor formalidad, aguardaba al niño: el Liceo Científico y Comercial establecido por Honorato Ignacio Magaloni, quien había revolucionado los sistemas educativos en el estado. Ahí, Justo Sierra continuó su trato con los clásicos e incluso fue influido por el sistema de recompensas académicas:

> Veo perfectamente en mis recuerdos […] el escudo azul de los de Hortensio y el rojo de los de Cicerón; éstos eran los primeros, los que tenían mejores puntos de aplicación y de conducta. Los de Hortensio éramos los segundos; yo siempre fui de los segundos; no era de los segundos a veces, porque era de los terceros; siempre me ha sucedido lo mismo; me he resignado a ello hace tiempo; pero confieso que […] mi sueño dorado era ser de Cicerón.[4]

La tranquilidad de Mérida, la convivencia de los mundos indígena y mestizo, las tradiciones de la ciudad fueron todas conocidas por el niño: algunas de estas imágenes, así como las del mar de Campeche, renacerán cuando la poesía haga su aparición. Por el momento forman parte de los recuerdos que Justo Sierra atesorará y que mantendrá vivos por más de cuarenta años, el tiempo, precisamente, que permanece ausente de su tierra natal.

En Mérida, la muerte sorprendió a su padre. en esos momentos aciagos se abre el camino para que el ya adolescente comience a labrar su propio destino. esa muerte anunciada fue el inicio de un nuevo andar. Fue el momento en que dejó atrás las ataduras infantiles para empezar a caminar con su propio pie. Los ecos de la victoria de calpulalpan, que abrió las puertas de la capital del país a los ejércitos liberales, llegaron a Mérida justo cuando el pueblo le rendía homenaje a Justo Sierra O'Really y su hijo miraba con ojos de asombro y dolor aquellas expresiones de afecto. era un "adolescente, asombrado y sollozante entonces, se interrogaba lleno de indecisión ante aquel espectáculo: ¿y por qué todo esto?, ¿por qué este grandioso homenaje?, ¿por qué esta explosión de reverente amor?, ¿qué ha hecho mi padre?"[5]

La ciudad

Justo Sierra llegó a la ciudad de México con escasos trece años. Su familia se había quedado en la blanca Mérida, pero al poco tiempo, en busca de nuevos aires, se trasladó al puerto de Veracruz. La capital del país se enorgullecía entonces de sus palacios y sus monumentos. El país, desgarrado por las contiendas civiles, aún no poseía una administración pública sana y tampoco se encontraba sujeto al imperio de la ley. Era todavía un país de caudillos. La visión de este México convulso fue la que inspiró a muchos de los científicos en la búsqueda de un país de leyes y principios con un cabal funcionamiento.

Aquel adolescente peninsular arribó a la ciudad llevando como herencia la voluntad férrea del abuelo y el placer por las bellas letras que le había legado su padre. Su tío y padrino, Luis Méndez y Echazarreta, lo internó en el Liceo Franco Mexicano, pero eso no impidió que el joven Sierra recorriera la ciudad, conociendo los terrenos donde transcurrirían los siguientes años de su vida. La curiosidad del adolescente se desbordó. En una de esas caminatas se introdujo en la Cámara de Diputados, que se encontraba en las entrañas mismas de Palacio Nacional, donde escuchó con atención la intervención de uno de los tribunos, ignacio Manuel Altamirano, una de las singulares eminencias de la Reforma.

El Liceo dotó al joven de una sólida formación literaria e histórica. En sus aulas descubrió las obras de aquellos escritores franceses que lo acompañarían el resto de su vida, como Victor Hugo o Alphonse de Lamartine. Muchos de los prohombres de aquellos años, formados en la tradición de la Revolución francesa, veían con horror el creciente interés de Napoleón III por las tierras americanas y, sobre todo, las pretensiones conservadoras de instaurar en el país una monarquía. Los vientos de guerra soplaban con fuerza cuando Justo Sierra ingresó al Colegio de San Ildefonso para continuar su educación. Entre aquellos muros centenarios encontró el camino hacia la tradición liberal que, aun en la dictadura de Díaz, supo defender y aquilatar. A la llegada de los efímeros emperadores, los alumnos de San Ildefonso —semillero de rebeldías— organizaron una rechifla y protesta pública que, sorpresivamente, no fue disuelta por la gendarmería.

Durante sus años en el antiguo Colegio Nacional, Sierra inició su trato directo con las letras. El primero de sus trabajos en prosa fue una disertación en torno al matrimonio civil que ha llegado hasta nosotros. Leído la noche del 8 de agosto de 1865 en la Academia de Derecho Natural, el discurso contiene ya muchos de los rasgos de su pensamiento: “fundamentación deísta, gérmenes de cientificismo, defensa de la monogamia, de la indisolubilidad conyugal en términos generales y, al mismo tiempo, de la legitimidad natural del divorcio en determinadas circunstancias, todo apoyado en consideraciones sociológicas”.[6] Muchos de los conceptos vertidos por Justo Sierra estaban en el aire en aquellos momentos. A despecho de los conservadores, Maximiliano de Habsburgo había concebido para el Imperio mexicano una legislación liberal, cuyo mayor ejemplo fue la Ley de Instrucción Pública, que prohibía el

culto religioso en las escuelas, entre otras muchas reformas. Apasionado lector de los debates parlamentarios, Sierra sabía tomarle el pulso a los tiempos.

En esos días se inició también en el arte de la poesía. Su debut, según recuerda Juan de Dios Peza, ocurrió en una fiesta ofrecida al director del colegio. Un fragmento de aquella oda abre hoy las *Obras completas* editadas por la Universidad.

Dos de las múltiples vocaciones de Justo Sierra se vislumbran en estas apariciones públicas: la de las bellas letras y la del hombre de leyes. Todavía en el ocaso del imperio, Justo Sierra ingresó a la Escuela de Derecho, cuya sede se encontraba en el mismo San Ildefonso de donde emigró, con sus compañeros y maestros, cuando la República Restaurada creó la Escuela Nacional Preparatoria.

A la par de sus estudios, Sierra continuó infatigable con sus ejercicios poéticos. Su éxito en las aulas, en los festivales escolares, lo llevó al periódico *El Globo*, y venciendo su proverbial timidez se acercó a Altamirano, quien, a partir de ese momento, se convertirá en su maestro y lo introducirá en los círculos literarios. Lo más granado de la intelectualidad de la Reforma recibió a aquel muchacho con cariño y admiración ante su precoz talento y sapiencia. el mismo Riva Palacio —quien trazó en *Los ceros* una virulenta caricatura de nuestro autor— lo llamó su hijo.

Las veladas literarias fueron para Justo Sierra una escalera al cenáculo de las letras: en una de ellas leyó su poema más conocido y célebre: “Playera”. en cada lectura, en cada aparición pública de aquel joven poeta, su fama crecía y eso le abrió las puertas del periodismo, campo de batalla de la pluma y la inteligencia en aquel tiempo.

En 1868, apenas cumplidos los veinte años, Justo Sierra publicó en *El Monitor Republicano* el folletín *Conversaciones del domingo*: una serie de relatos que, reunidos posteriormente, conformarán el libro *Cuentos románticos*. En éstos encontramos la impronta campechana, esas voces que había escuchado en la vieja ciudad amurallada y que renacían en sus escritos. Poco tiempo después, invitado por Altamirano, Sierra se incorporó a la gran empresa periodística de aquellos años de la Restauración, *El Renacimiento,* que fue la publicación que congregó a todos los escritores de la época, sin importar las banderas bajo las cuales hubieran militado. Aunque liberal de formación, Justo Sierra poseía un espíritu conciliador, así que aquel proyecto debió parecerle una gran aventura. En las páginas de la revista, Sierra se convirtió en novelista y publicó por entregas *El ángel del porvenir*. Al realizar esta encomienda, el joven escritor descubrió muchos de los secretos del oficio y su pluma adquirió una mayor soltura. En los improvisados episodios que componen la novela poco a poco se hacen presentes las ideas y se van dejando de lado la anécdota y el mundo de los recuerdos infantiles. Su prosa se hace precisa. Con la desaparición de *El Renacimiento,* la vena liberal de Sierra se precipita hacia el anticlericalismo. de ahí que haya acompañado a su maestro en una nueva aventura: la creación de la Sociedad de Libres Pensadores, uno de cuyos discursos inaugurales estuvo precisamente a cargo de Justo Sierra.

Otro territorio de las bellas letras donde probó fortuna fue el teatro —también escenario de las novedades y del combate de las ideas. En marzo de 1870 se estrenó su drama *Piedad* en el Teatro Principal. La obra, dice Yáñez, "es el desbordamiento del joven que ha leído e imaginado, más que vivido la realidad social y la psicología de los personajes".

A la par que prueba las mieles del éxito, su espíritu conciliador se deja notar en la carta que le escribe a Benito Juárez para agradecerle el perdón concedido al general conservador Miguel Negrete. La carta, que le permitió una entrevista personal con el presidente, nos recuerda que desde mucho antes del triunfo de la República, Sierra era un apasionado defensor de la abolición de la pena de muerte.

Su trato con las letras y el periodismo y su ascenso en la vida pública hicieron que abandonara por un tiempo los estudios. Retomándolos, se gradúa en tan sólo un año, utilizando el recurso de los exámenes extraordinarios, mientras continúa cosechando alabanzas por el ejercicio de la pluma. Sin embargo, en 1871, quizá obligado por su tío Luis Méndez, Justo Sierra concluyó sus estudios y abrió un despacho en la Calle del Hospicio de San Nicolás, número 4, y poco a poco comenzó a labrar su carrera de pensador, político y educador, ayudado por su ingreso a la redacción del muy politizado periódico *El Federalista*, de donde saltó directamente a la Cámara como suplente por el distrito de Chicontepec, Veracruz.

Esta nueva experiencia le hizo concebir el plan de traer a su madre y a su hermano menor a la capital. Y también lo sorprendió el amor por Luz Mayora y Carpio quien, hija de una familia notable, se había graduado como normalista con un brillante examen que reseñó *El Federalista* y era, con mucho, el ideal de la mujer que Justo Sierra tenía en mente al escribir muchas de sus disertaciones. El cortejo duró años, tal y como se acostumbraba en aquel entonces, y Sierra se dio tiempo para cumplir algunos de sus sueños, como fue regresar a campeche, a la blanca Mérida, y a ver a su familia en Veracruz. Con los éxitos también llegaron los sinsabores: uno de sus compañeros de escuela, el vate Manuel Acuña, se suicida truncando una prometedora carrera. Es un golpe doloroso para el escritor, quien consideraba a Acuña "el poeta de más corazón, de vuelo más poderoso que ha tenido México".

El 19 de diciembre de 1873 Sierra fue nombrado secretario interino de la Tercera Sala de la Suprema corte de Justicia y, en enero del siguiente año, acompañó a Altamirano en otra nueva y efímera empresa periodística: *La Tribuna*. En los textos ahí publicados encontramos delineados ya con mucha mayor claridad algunos de los temas que apasionaban al pensador: interés por la enseñanza y la educación, un pensamiento político renovador y una gran atención por el acontecer mundial. El rompimiento con la vieja guardia liberal ocurre en 1875, un año después de su matrimonio con Luz Mayora y Carpio. Sierra defiende, contra la opinión del mismo Guillermo Prieto, el sistema educativo inspirado en el positivismo francés, esa doctrina que será el estandarte del grupo de los científicos durante el Porfiriato. Sin embargo, con una asombrosa independencia, Sierra polemizó también con el gran reformador Gabino Barreda y marcó así su propio camino, alejado de la ortodoxia positivista y de los liberales

aliados a Sebastián Lerdo de Tejada. Al igual que un grupo de amigos, Sierra creía en un orden instaurado a partir de la legalidad, un orden que hiciera avanzar al país hacia una modernidad aún apetecida. Para defender sus ideas, se unió a los fundadores de *El Bien Público*, pero abandonó la redacción para acompañar a José María iglesias en su campaña por recobrar la legalidad, que fracasó. Enfermo y derrotado, Justo Sierra regresó a la capital del país en 1877 y se sumió en un profundo silencio del que salió un año después, con la fundación de *La Libertad*.

Este periódico es la gran escuela pública de Sierra. en sus páginas plasma sus ideales con respecto a la nación, y se vuelve la trinchera para sus más grandes polémicas.

> *La Libertad* es asimismo la conquista del estilo magistral, propio para la comunicación con el pueblo y para la redacción de las grandes obras inminentes: el estilo que hará escuela y marcará una época: el estilo coruscante y preciso, de pensador y de poeta, volcánico por temperamento, pero sin perder nunca el sentido del matiz, la delicadeza más exquisita; y con autodominio para ser familiar y sobrio a voluntad, lo mismo en el discurso de más variada circunstancia —en los embates del parlamento, ante doctas corporaciones o auditorios elementales; con preparación remota o en trances de improvisación—, como en el tratado didáctico, en la redacción de leyes y documentos oficiales, en el género epistolar y en la conversación llena de agudezas.[7]

En *La Libertad* Sierra expresó un pensamiento moderno, atrevido, que escandalizó a la vieja guardia liberal y aun a su propio hermano. Para dedicarse al ejercicio del periodismo, el escritor renunció a su puesto como secretario en la Suprema corte de Justicia. El resultado de esta dedicación es una crítica devastadora al sistema político. A la par que se ejercitaba en las armas del periodismo, Sierra se inició en la enseñanza como profesor de historia en la Escuela Nacional Preparatoria, donde había heredado la cátedra de su propio maestro Altamirano. Llevado por su celo como educador, inició la redacción de una de sus más conocidas obras historiográficas: el *Compendio de historia general* que devendría *Compendio de historia de la Antigüedad*.

La muerte de su hermano Santiago a manos de Ireneo Paz, en un duelo —asesinato, lo llama Sierra— provocado por la publicación de un suelto en *La Libertad* es uno de los golpes más terribles que vivió el pensador. era tal su pesar que decidió retirarse de su brillante carrera como periodista. Retomó entonces el abandonado ejercicio de la política para convertirse en tribuno una vez electo como suplente por el primer distrito de Sinaloa.

Como legislador, Sierra despuntó en lo que se refiere a los proyectos educativos. Defendió el libro de texto de lógica de la Preparatoria y propuso un proyecto de adición constitucional para dar a la educación primaria el carácter de obligatorio, que los legisladores aprobaron en octubre de 1881.

Con la llegada de Manuel González al poder, el proyecto educativo positivista se ve en peligro, a lo que Sierra se opuso señalando la necesidad de que la instrucción estuviera en manos de un cuerpo científico. Así emitió el primer proyecto de la Universidad nacional, en la que estarían incluidas la Escuela Nacional Preparatoria y una escuela de Altos estudios. Esta

lucha por conservar la educación pública lo llevó nuevamente al periodismo, mediante el cual defendió la existencia de escuelas que el proyecto de González estimaba suprimir.

Sierra se empeñó en hacer que la educación primaria fuese obligatoria en todo el país y en crear un Ministerio de instrucción. en 1884 fue designado director interino de la escuela Preparatoria, puesto al que renunció al poco tiempo, toda vez que su visión de la situación nacional lo llevó a defender la necesidad del pago de la deuda inglesa, hecho que lo convirtió en una víctima del furor republicano.

Para huir de las críticas, que lo perseguían incluso en la cátedra, se refugió nuevamente en la historia, disciplina que, para él, debería formar parte de la educación primaria, por lo cual redactó unos *Elementos de historia general para la educación primaria*. Con este trabajo dio continuidad a su labor como impulsor de la educación. Tres años más tarde entra nuevamente a la palestra política para defender la obligatoriedad de la educación. el regreso al poder de Porfirio Díaz, en 1888, le abrió la posibilidad de que todas las ideas que anteriormente había manifestado pudieran ser llevadas a la práctica.

En la nueva *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, órgano de la generación más joven que acogió a Sierra como maestro, se publica uno de sus ensayos fundamentales: *México social y político, apuntes para un libro*. En tres capítulos, Sierra disecciona la vida del país, los factores de progreso y desarrollo, las causas del atraso, así como la evolución política del pueblo mexicano que —afirma— nunca fue educado en el ejercicio de la libertad.

La participación de Sierra en los congresos nacionales de educación pública le posibilitaría sostener su proyecto: es necesaria una educación de carácter nacional, unificada, que sirva para formar a los hombres que el país necesita, “los hombres de nuestro tiempo”. de ahí que también abogara por una enseñanza superior a la que hay que fortalecer mientras se consolida la enseñanza primaria. Otro de los puntos importantes de sus intervenciones subrayaba la necesidad de dar mayor amplitud a los cursos de historia patria dentro de la educación secundaria.

Llevado por ese interés, Sierra continuó elaborando manuales de historia, entre los que se destacan: *Manual escolar de historia general*, *Elementos de historia patria* y *Catecismo de historia patria.*

Todas las ideas comunes al grupo de escritores e intelectuales agrupados en *La Libertad* —que poco a poco se han hecho realidad— tendrán la oportunidad de conformarse en un programa institucional durante las elecciones de 1892, cuando se plantea, nuevamente, la reelección de Porfirio Díaz. Así nace la primera Convención Nacional Liberal, en una de cuyas asambleas Sierra pronunció una de esas frases que han pasado a la historia: “el pueblo mexicano tiene hambre y sed de justicia”. En ese momento Justo Sierra es el patriarca inconfundible del nuevo movimiento y de ahí en adelante será, para todos sus seguidores, *don Justo*. Poco después obtendría un escaño en la Suprema Corte de Justicia, que mantendrá incluso en 1900, cuando se opone, mediante una carta de inusitada valentía, a una nueva

reelección de Díaz.

Entre 1895 y 1901 Sierra se aventura a recorrer el mundo. Viajó a los Estados Unidos y a la vieja Europa y ahí, en el terreno mismo de los hechos, estudió muchas de las materias que le interesaban. Su capacidad de análisis lo llevó a desentrañar los sistemas políticos y a estudiar a fondo las estructuras educativas de los países visitados. En 1900 aún tuvo tiempo de dejar terminada una de las grandes obras editoriales del Porfiriato, *México: su evolución social*, en la que incluso colabora el general Bernardo Reyes.

Su viaje por Europa se ve interrumpido al ser nombrado subsecretario de instrucción, iniciándose así la labor que lo convertirá en el gran reformador de la educación en México. El 30 de agosto de 1902, al constituirse el Consejo Superior de Educación Pública, Sierra trazó el ambicioso programa que tiempo después continuaría en el Ministerio de instrucción. Algunos de los principios establecidos son los que había preconizado anteriormente en sus discursos y escritos mientras que otros, como el mecenazgo artístico ejercido por el Estado, revisten un carácter novedoso. Finalmente, señalará la necesidad de fundar la Universidad Nacional.

Tres años después se crea la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, cuya ley orgánica hace realidad el viejo sueño del patriarca, la obligatoriedad de la educación elemental para todos los niños de entre seis y catorce años. El 26 de mayo se decreta la creación de la Universidad Nacional, que une a las escuelas Nacional Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingeniería, de Arquitectura y de Bellas Artes (la Academia y el Conservatorio). Sierra ve cristalizado al fin su proyecto, pero por poco tiempo: el triunfo de la Revolución lo obliga a renunciar al ministerio y dedicarse nuevamente a la cátedra, además de dirigir la Academia Mexicana de la Lengua. Ese mismo año, el presidente Madero lo nombra enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en España. Fue su viaje final: enfermo, arribó a Madrid en mayo; en agosto presentó sus cartas credenciales y murió el 13 de septiembre de 1912. Sus restos fueron llevados a la Rotonda de los Hombres ilustres y su nombre, muchos años después, fue inscrito con letras de oro en la Cámara de Diputados, a la que él, indudablemente, honró.

"La poesía es una perenne revelación de Dios en la humanidad": el poeta

De alguna manera, resulta normal que al cabo de los años un poeta sea menos recordado por su obra que por una carrera pública o por las iniciativas emprendidas en una universidad. Bien sabemos la falta de reconocimiento que suele acompañar a los poetas, así que no debe extrañarnos que ésta sea lo único que lo sobreviva. Que el hombre de quien se habla sea Justo Sierra, hace el caso menos feliz aún. extrañas trampas teje el olvido, pues, si miramos con

detenimiento, lo que más hubo en la vida de Sierra fue la presencia de la poesía.

Juan de Dios Peza refiere que en 1865 se representó una obra teatral de tintes políticos llamada *El sorteo,* y que antes de comenzar la pieza,[8] un muchacho declamó una oda que, citada de memoria, iba más o menos así: "Perdonad[me] si audaz a este recinto / do acabáis de escuchar voces canoras / vengo osado las cuerdas insonoras / del laúd a pulsar…" el muchacho era Justo Sierra, y si bien todavía no se encuentra a un poeta bien formado, lo que sí se tiene es a un joven que escribe versos y es reconocido públicamente por ello. Es difícil decir en qué momento alguien comienza a ser poeta. Los más radicales, sobre todo los poetas mismos, dirán que sólo se es poeta mientras se escribe y que el resto del tiempo se es una persona ordinaria; otros dirán que se es poeta al ser reconocido por una comunidad de críticos y lectores; finalmente, algunos más generosos dirán que es poeta quien tenga una publicación de versos y poemas. Cualquiera que sea el caso de Justo Sierra, lo que sí tenemos seguro es que antes de los veinte años estaba metido de lleno en la creación poética. Esto lo demuestra su primera publicación, "Playera", de 1868. Poesía sencilla, ligera y dotada de una fina musicalidad que dio a conocer en las veladas literarias de su querido maestro Ignacio Manuel Altamirano. De esta composición partió su prestigio de poeta que fue cimentando en sus posteriores creaciones, y el juicio generalizado de la crítica de que en ella se anunciaban las primicias de una nueva poesía —exquisita, musical y colorida—, motivo por el cual se ha considerado a Sierra como un precursor del modernismo en la literatura nacional.

Al repasar la obra poética que Justo Sierra escribe entre 1868 y 1885 es posible apreciar en su repertorio composiciones de naturaleza diversa: canciones sentimentales, elegías, poemas de tema metafísico e histórico, odas cívicas, poesías de exaltación del progreso y de la ciencia; es decir, la suma de una serie de temas que, como bien ha observado José Luis Martínez, Sierra dio a conocer desde el primer año de su presentación literaria y que desarrollaría luego en la obra lírica de su periodo romántico.

La poesía de esta época es acentuadamente circunstancial y de índole pública, no sólo por el carácter nacionalista de varias de sus creaciones, sino por el interés que el autor mantuvo de emprender, mediante el quehacer poético, una reflexión sobre el hombre occidental. Justo Sierra siente suyo el legado de la cultura europea y medita sobre la herencia de sus valores. Hay en muchos de estos poemas una preocupación humanista que se cifra en el futuro del hombre. Tal vez por esto algunas de sus creaciones pueden leerse como manifiestos ideológicos. Otras semejan la cátedra de un profesor, pues el autor acude a pasajes de carácter histórico que son descritos con el fin de reelaborar su fuerza poética.

Es verdad que en Justo Sierra la poesía de circunstancia desempeñó un papel importante, no tanto por la perfección y aliento que daba al tema que tocaba, sino porque a lo largo de su vida —por diferentes causas— fue el poeta obligado en toda festividad. Lo mismo escribía poemas para la inauguración de una biblioteca que para ser recitados en los reducidos círculos de los salones decimonónicos, o bien para ser leídos en actos oficiales. es verdad,

también, que la mayor parte de esta obra se constituye de poemas de calidad desigual. Pese a esto, hallamos una cantidad sorprendente de versos de carácter lírico que bien merecían ser recogidos en un volumen de carácter antológico, como el que el lector tiene en sus manos.

José Luis Martínez menciona el año de 1885 como un hito en la obra de Justo Sierra. Veamos por qué. Antes de esa fecha, tenemos a un poeta que, sobre todo, escribe poemas de largo aliento. Abunda, como ya se ha dicho, la poesía de circunstancia, la discursiva, un tanto la patriótica —tan cultivada por nuestros románticos—, y también los versos en que canta el fervor amoroso. Aunque se sirve de varios metros, como los versos decasílabos, los serventesios, el soneto, el romance y hasta la octava real, se puede afirmar que los metros dominantes de esta época son los alejandrinos y la silva. Es frecuente sobre todo este último género, que, por la libertad de composición que lo caracteriza, permite a Justo Sierra apropiarse de una dicción cercana al habla. Los más altos poemas de nuestra tradición han sido silvas: el *Primero sueño*, de sor Juana Inés de la cruz; *Muerte sin fin*, de José Gorostiza, y *Pasado en claro*, de Octavio Paz. La silva es, en principio, la unión de versos endecasílabos y heptasílabos, sin un orden preciso para las rimas, que incluso pueden estar ausentes. esta característica hizo que gran parte de la obra primera de Justo Sierra fuera concebida en silva, ya que era un metro suficientemente flexible para escribir textos de cualquier orden. Sirva para ejemplificar lo anterior el comienzo de “Dios”, que tiene casi doscientos versos:

¿Hasta allí, dices tú… donde los velos
del misterio insondable se descogen,
do la luz tenebrosa de los cielos
enciende su mirada
que a todos llega, sin mostrarnos nada?

¿Hasta allí, dices tú… donde perdido
grano de arena de la inmensa playa
gira radiante el sol… en donde mueren
sin clamor, sin ruïdo,
del océano sin límites las olas,
do la brisa jamás grabó sus huellas,
y en cuyos bordes vagorosos brillan
fosforescentes cúmulos de estrellas?

¿Hasta allí? No, mortal, la inteligencia
sólo un paso ha medido
desde el mundo raquítico y vencido
a do alcanzan los ojos de la ciencia.

Puede decirse que el tono dominante de los poemas de Justo Sierra durante su juventud es el reflexivo. Se trata de una poesía más importante por el decurso de sus ideas que por el de sus imágenes. Es una poesía donde lo sensual hace una presencia tímida, porque la estética depende de la inteligencia. Y si leemos el poema completo notaremos que es ésta la protagonista del texto. La inteligencia hace un viaje fuera del mundo para conocer a Dios, y al final renuncia a ello porque se percata de que todo debe resumirse a un acto de fe. Extraña coincidencia, pues, con sus debidas distancias, este poema está basado en un principio paralelo al del *Primero sueño*, donde el alma hace un viaje por el cosmos mientras el cuerpo duerme.

incluso en poemas de otro tipo, con metro y tema diferentes, se nota que el tono y la dicción guardan cercanía con la afirmación hecha con anterioridad. Tomemos un poema completamente distinto, recogido en el cuento "incógnita":

…Ven, mi adorada,
posa tu mano en la mía,
que se presta esa armonía
a fraguar otra ficción:
otra ilusión fingiremos,
como esa ilusión perdida,
que es fuerza pasar la vida
de ilusión en ilusión…

Este billete es más atractivo por el poder de su elocuencia que por el de sus imágenes, ausentes en su totalidad. Su estética es, en resumen, su discurso. no hay plasticidad; la palabra queda reducida a su estricto valor significativo.

Pero a partir de 1885 asistimos a un cambio y encontramos a un Justo Sierra dueño de una poesía más cuidada, alejada ya de los titubeos románticos más simples. Predominan, desde entonces y hasta su muerte, los sonetos, la *terza rima* y los serventesios, o bien los cuartetos de rimas abrazadas. Hay también, y de forma notable, un cambio de cantidad: disminuyen los poemas de circunstancia y predominan los de tono lírico. Es decir que, para entonces, Sierra se decide a ver en la escritura de poemas una vocación más personal y menos pública, o mejor dicho, *oficial*. Este nuevo punto de partida se inicia con un soneto no recogido en la presente antología; se trata de una especie de apología de Victor Hugo. ¿Cómo podemos constatar dicho cambio? Vayamos a los primeros versos de "Otoñal", poema escrito en el decisivo año de 1885:

es una de esas tardes que yo adoro:
rota por las aristas de los montes,

el sol deja su túnica de oro
flotar en los inciertos horizontes.

Y se va, como un dios, llevando impresos
los celajes que cubren el poniente;
rastros de sangre de sus largos besos
lo siguen por la atmósfera candente.

Su disco, cual un nimbo, en la montaña
ciñe un vórtice azul, desnudo y yerto;
en un río de fuego al mundo baña
y se estremece el mundo: el sol ha muerto.

Vemos, de entrada, un metro diferente. Sierra opta por los serventesios que, a diferencia de la silva —y la manera en que la usaba—, lo obligan a organizar su imaginación poética en estrofas más ceñidas. Por otra parte, es notable el aumento de recursos poéticos: si otros poemas tenían un número reducido de imágenes, a partir de 1885 todo es concentración de poesía. De hecho, si reparamos en ello, los doce versos que componen el inicio del poema no son sino la descripción de un atardecer, lleno de metáforas y símiles. Sería difícil negar que el cambio es tan radical que, en este caso concreto, hay momentos que no son ajenos al rebuscamiento: el material poético es tanto que resulta gratuito, "no está dosificado", para decirlo de una forma ordinaria. No corresponde a estas páginas argüir a favor o en contra de estos poemas. Queda apenas la modesta tarea de señalar al lector que Sierra ha cambiado de camino. Y en tales vicisitudes hay una constante que bien vale subrayar: la lucha que Justo Sierra libró desde el inicio de su carrera entre la ciencia y la fe. Hay, en su poesía, momentos de fervor y éxtasis, debidos a los logros de la ciencia, que lo puede todo, pero que al final no resuelven el único gran problema de la existencia humana: morir. A tal grado es evidente esta verdad para Sierra, que al júbilo sucede la desesperación amarga, no muy distante de la que conoció Unamuno, y a la que debemos uno de los más memorables poemas de nuestro siglo XIX: la epístola intitulada "Al autor de los 'Murmurios de la selva'", dirigida a Joaquín Arcadio Pagaza.

Salvo contados casos de genialidad, y contrariamente a lo que suele pensarse, toda obra poética es producto de la madurez intelectual. Así, no es de extrañar que la mayoría de los poemas antologados sean posteriores a 1885, ni que sea evidente la trabajosa depuración que, a lo largo de los años, el escritor dio a sus poemas. Quede la selección de poesía en esta antología como una muestra de la fatigosa búsqueda de Justo Sierra.

DEL ADMIRABLE PODER DE LA INVENCIÓN: EL CUENTISTA

Para hablar de Sierra como escritor de ficción, hay que referirse necesariamente a las *Conversaciones del domingo*, que son el manantial de donde nacen dos vertientes de la producción literaria del autor: la de cuentista y la de cronista. De las *Conversaciones*, publicadas en 1868 en el folletín de *El Monitor republicano*, emana una parte importante de sus cuentos que corresponden a sus años de estudiante en el Colegio de San ildefonso, donde se graduó como abogado en 1871.

Los cuentos que figuran en esta publicación, con otros editados en diversos periódicos, como "La novela de un colegial" y "confesiones de un pianista", fueron reunidos y publicados con el título de *Cuentos románticos* en 1896. En una carta de Justo Sierra a Raúl Mille, suscrita en junio de 1895, encontramos la siguiente autocrítica: "Querido amigo. Por empeño de usted, no mío, publico esta colección de cuentos que bien habría podido titularse románticamente *Amor y muerte*. Exceptuando dos o tres, están escritos de 1868 a 1873, entre mis veinte y mis veinticinco años… Lleva esta colección su fe de bautismo en el lirismo sentimental y delirante que la impregna…"[9]

Lamentablemente estas y otras insinuaciones que el propio autor externó en sus prefacios orientaron, de manera superficial, buena parte de la recepción crítica de su obra, pues al hablar de los cuentos se generaliza demasiado y éstos no pasan de ser "narraciones sentimentales", "fantasías poéticas o románticas" o "poemillas en prosa impregnados de lirismo sentimental", frases que se vuelven lugar común y que evidencian la ausencia de una lectura más cuidadosa. Esta circunstancia propició que se relegaran a un segundo plano el valor literario de los cuentos y otros aspectos de suma importancia, como son las ideas estéticas del escritor y el desarrollo de una rica y variada temática que ostentan estos relatos.[10]

A decir de Francisco Monterde, editor de la prosa literaria de Sierra, los cuentos cierran la etapa juvenil del escritor: "su título indica que se hallaba madura la obra, porque el autor podía considerar como románticos los relatos, gracias a la perspectiva creada por él, al colocarse en el posromanticismo".[11] Por su parte, Luis Leal, estudioso del cuento mexicano, observa que "la flexibilidad de su sintaxis [la de Sierra] anuncia lo que ha de ser la prosa de Gutiérrez Nájera y Martí"[12] y Emmanuel Carballo complementa la afirmación al señalar que los *Cuentos románticos* están "escritos con temple de poeta, de poeta romántico que prefigura a los modernistas".[13]

Al acercarnos a los cuentos de Justo Sierra podemos apreciar —como bien ha observado César Rodríguez chicharro— que éstos nacen de tres actitudes vitales: la añoranza de la patria chica (su amado Campeche), la relación del escritor con la ciudad de México y sus habitantes (el mundo estudiantil y los problemas propios del momento), y los diversos intereses intelectuales del autor, orientados hacia la historia, que le permitieron recrear hechos o

ambientes extracontinentales.[14]

Si bien resulta difícil clasificar los *Cuentos románticos* por la diversidad de asuntos, ideas y características que Sierra combina, es posible, si atendemos a la fábula, dividirlos en tres grupos: regionales o costumbristas, urbanos y de recreación histórica. En cada una de estas vertientes es posible hallar el empleo de elementos fantásticos que despiertan el interés del lector. El amor y la muerte son —como bien advirtió el autor— dos temas predominantes en su obra; sin embargo, las historias sobre estos motivos difieren entre sí por el ambiente, la estructura y el tratamiento, pues encontramos que el elemento fantástico se vuelve, en algunos cuentos, el factor predominante.

No obstante la riqueza y variedad que exhiben los relatos, es posible observar ciertas características generales que les otorgan un rasgo de estilo y les confieren unidad. La primera es el diálogo con el lector. Tal vez parezca exagerado decir "diálogo", pues en todo autor siempre está presente la conciencia de escribir para alguien; sin embargo, Justo Sierra tiene plena conciencia del lugar de su receptor. El papel que asume el narrador en sus relatos no consiste únicamente en contar la historia, sino en ser, además, un guía para el lector, que incluso recurre a las justificaciones necesarias que salven la verosimilitud del relato. Otra característica es la exuberancia de las descripciones, que por momentos parece que desbordarán las páginas de sus cuentos y en las que el autor recurre a una técnica pictórico-descriptiva, procedente de las artes plásticas, cuyo propósito es bosquejar a sus personajes y recrear con acierto los escenarios por donde se desplazarán. Una característica más es la búsqueda de originalidad en las estructuras que utiliza, pues éstas van desde el uso de un doble marco —es decir, del relato dentro del relato, donde prevalece el punto de vista del narrador en primera persona del singular— hasta un texto que se construye con el argumento que proporciona alguno de los personajes, o bien aquellos cuentos donde se presenta una carta para completar una información dada o para disentir de la visión presentada por el narrador.

En relación con la fábula que sustentan los cuentos puede advertirse que, en los que hemos denominado regionales o costumbristas, campeche y sus costas tienen un peso decisivo en más de una historia, como sucede en "Playera" o "La sirena". El exotismo que habita en estas historias no sólo viene del paisaje en sí, sino de la anécdota. Además, es en estas narraciones donde el lirismo de la prosa se percibe con mayor fuerza. Asimismo, la fantasía de las leyendas populares se mezcla en la narración y pronto los límites de lo real y lo maravilloso desaparecen ante los ojos del lector. Inicios de escritor joven o no, Sierra se muestra capaz de involucrar al lector en el mundo que descubre de pronto en una minúscula gota de agua que cuelga de una rama que ha entrado a la ventana de una diligencia, o logra fascinarlo con el canto de una sirena de siniestra apariencia.

La historia de las sirenas es, quizá, una de las más socorridas por las antiguas mitologías, pero entre las murallas de campeche tiene un atractivo particular… No por nada hay ahora en la ciudad un parque llamado de "La novia del Mar", precisamente dedicado a esta sirena. Pero

es un detalle en especial el que me gustaría destacar: en el cuento de Justo Sierra, un alférez joven es atraído por el canto hechizante, y cuando finalmente sucumbe y la besa, "el mancebo tenía entre sus brazos a una mujer de los cielos; la anciana había desaparecido: quedaba en su lugar una virgen, como no la había concebido artista, ni soñado poeta de veinte años…" La vieja repugnante que, por magia del amor, se transforma en una joven de belleza arrobadora no es tema exclusivo de esta historia… Es la herencia que nuestro autor deja a generaciones muy posteriores, como la de Carlos Fuentes en su *Aura*.

Los cuentos con motivos históricos interesaron sobremanera a Justo Sierra; algunos recrean personajes reales o sucesos verídicos, aunque sus protagonistas pocas veces se cruzan con los nombres inscritos en los libros de texto (como en "María Antonieta", que narra los últimos días de la última reina francesa). no obstante, es obvio que su autor encuentra un placer particular en la recreación de esas épocas no vividas más que en la imaginación.

Otro de los paisajes recurrentes en la geografía de estos cuentos es el del Medio Oriente, particularmente el de Jerusalén y el antiguo imperio romano. Estas narraciones tienen en ocasiones un pretexto de tipo filológico o bien algún dato que fue conocido por medio de una investigación, lo que contribuye a crear en el lector la expectativa de que se tratará de un relato verídico y muy interesante… A través de la primera persona, el suceso histórico es reinventado con gran dramatismo, pues el narrador funge como testigo de los acontecimientos. Otra virtud de este tipo de cuentos es la posibilidad de plantear una valoración o hipótesis de un acontecimiento histórico, cuyos referentes pueden ser reconstruidos para ofrecer una historia distinta al lector. Así es como Sierra nos presenta dos visiones de la muerte de Jesús de Nazareth en los cuentos "en Jerusalén" y "Memorias de un fariseo".

En los cuentos históricos, y particularmente en los que se refieren a Jesucristo, cabe destacar la importancia que tuvo el influjo de Ernest Renan no sólo en la prosa de Sierra, sino además en el modo en que aquél concebía la historia, pues, según Claude Dumas,[15] Sierra encuentra en la *Vie de Jesus* el material necesario para elaborar sus narraciones históricas. La historia de Jesús y su pasión se repite y sirve para mostrar no sólo el buen conocimiento que el escritor tenía de los textos de la Biblia, sino también para introducir una de las dos vertientes del otro tema rector de sus cuentos: el del amor.

En el relato "En Jerusalén", un joven romano visita a Pilatos justo el día del juicio de Jesús y le toca presenciar la muerte del nazareno en la cruz. Además de ser una versión personal del *via crucis* contada desde los ojos de un miembro de la sociedad que condenaba de antemano a Jesús, lo que el joven ve no es el suplicio de cualquier delincuente, sino el mayor sacrificio que puede hacerse por amor. Al recordar de pronto la escena de la crucifixión, el huésped de Pilatos la equipara con el que hasta entonces había sido, quizá, el momento más íntimo de su vida: "una ola de llanto subió a mis ojos y lloré, lloré… lloré como el día en que fuimos juntos a depositar a mi madre en el sepulcro". La historia de Jesús es, pues, la historia del amor supremo, la del sacrificio de la vida por amor.

Sin embargo, el amor es menos divino, aunque no menos divinizado, en los cuentos que hemos denominado urbanos. Al mismo nivel que el amor de dios, aparece también el amor por la mujer. En una dicotomía harto interesante, el amor se equipara a la ciencia, a la sabiduría y, en consecuencia, a Dios. El doctor Rafael Montero, protagonista de "Incógnita", lo explica así: "Dos es Dios; de dos brota el fuego, el ser sin mancha. Dos es amor. Amor es Dios". La búsqueda del amor terreno es la búsqueda de un ideal, una perfección sobrehumana.

Es en estos relatos donde podemos apreciar una mayor búsqueda de originalidad, una búsqueda de experiencias extraordinarias; así, por ejemplo, en "Un cuento cruel" se logra por momentos un tono detectivesco y en "Incógnita", el de ciencia ficción. Nos percatamos, además, de la importancia que tienen la participación y la representación de los personajes femeninos en los relatos de Justo Sierra.

En los *Cuentos románticos* las protagonistas reflejan en general ese anhelo de perfección: son jóvenes —casi todas tienen quince años, son hermosas, son inocentes, puras, pero naturalmente sensuales. No obstante, también son humanas y, en consecuencia, no son perfectas; parecen serlo al principio a los ojos de los enamorados, pero pronto se revela su imperfección: aman a otro, traicionan, desaparecen tragadas por el mar. El autor es como el Tristán perpetuo creado por Denis de Rougemont, el que persigue al ángel interior que no es otro que la contraparte de su alma, esa pareja perfecta que le ha sido reservada por mandato divino pero que jamás será encontrada o perderá su razón de ser. No es otra cosa que el ideal del amor del escritor romántico, el que nunca podrá convertirse en realidad… y Justo Sierra lo sabía bien.

Para el escritor, el espacio de la ficción fue un medio propicio para mostrar su poderosa capacidad de invención y un medio adecuado donde dio a conocer las inquietudes filosóficas y estéticas que lo acompañaron desde su juventud.

"A LA SOMBRA DEL ÁRBOL DE LA CONSIDERACIÓN": EL CRÍTICO DE LITERATURA

En el transcurso de su fecunda vida como escritor, Justo Sierra cultivó el ejercicio de la prosa literaria en diversos géneros, como el ensayo, el artículo, el prólogo o la crónica. Fruto de sus asiduas colaboraciones en periódicos y revistas de la época, la prosa literaria de Sierra testimonia su vasta curiosidad intelectual y el entusiasmo que mantuvo por los asuntos más diversos.

En los artículos de índole literaria, Sierra se ocupó de escritores y libros franceses, de obras y autores españoles, hispanoamericanos y mexicanos; también escribió trabajos de crítica teatral y pictórica o bien de motivos arqueológicos. Algunos de estos artículos los dedicó a describir las impresiones que le sugería la belleza de un sitio pintoresco, o bien a

comentar las reflexiones filosóficas, históricas o políticas que le suscitaban algunos acontecimientos.

La lectura de los ensayos y los artículos de Justo Sierra revela no sólo la erudición que poseía, sino, además, un profundo carácter analítico que sometía el conocimiento a la consideración y la reflexión. Sierra tuvo también "ese don supremo del estilo capaz de enriquecer con infinitas sugestiones lo grande y lo pequeño, como si lo presentase a los ojos del lector iluminado de cordialidad e inteligencia, nítido y transfigurado".[16] En estos trabajos también dio paso al escritor reflexivo de la tarea literaria y capaz de penetrar en los trasfondos filosóficos, políticos y culturales de los temas que marcaban las directrices seguidas por los artistas de la época.

En la nota preliminar al tercer tomo de las *Obras completas*, que reúne la crítica y los artículos literarios, José Luis Martínez apunta: "Escritos a lo largo de la extensa carrera literaria de Sierra, estos artículos registran, al mismo tiempo que la firme unidad espiritual visible en toda su obra, el proceso de su evolución literaria".[17] Con el transcurso de los años —y de las páginas— Justo Sierra va mostrando un estilo mucho más seguro, elegante y puntual pero sin caer en el lirismo exacerbado de los escritos de juventud. La densidad intelectual, como la califica Martínez, de sus textos de madurez tampoco está exenta de la emotividad que Sierra siempre imprimía a su escritura, aunque esta emotividad adulta no es ya la sensibilidad desgarrada del poeta de juventud.

De la misma manera que en sus cuentos, en estos artículos el autor hace patente su deseo de dirigirse no sólo a los lectores del periódico, sino también a las lectoras. La mujer, como veremos adelante, siempre tuvo para él un peso preponderante, tanto en el papel de personaje en sus obras como en el del público al que quería dirigirse.

Predominan en los artículos literarios de Justo Sierra los escritos de intención periodística cuya finalidad es ofrecer al lector un panorama general del autor del que se habla, o bien aquellos donde se reseña alguna publicación. La estructura de estos textos consta de una introducción en la que el crítico da cuenta de un suceso reciente con el propósito de crear un vínculo con el lector y el momento en que vive; enseguida se ofrece una recopilación de los datos biobibliográficos del autor en cuestión y se concluye con los comentarios del propio Sierra.

En este tipo de textos podemos apreciar cómo se enuncia una y otra vez la misma fórmula en el párrafo introductorio, mostrándose así su carácter periodístico, por ejemplo: "¡Ayer se le prodigaban aplausos sin número! Hoy muere…", "Acaba de desaparecer de la escena periodística, acaba de morir René Masson", "El último paquete nos ha traído una noticia bien triste para todos los amantes de la literatura: Jorge Sand ha muerto".

Sobre el estilo de Justo Sierra en sus trabajos de crítica, específicamente en aquellos más logrados literariamente, como los prólogos y algunos escritos homenajes como los textos "el maestro Altamirano" y "Victor Hugo. Filial ofrenda de admiración", podemos apreciar,

además de la elegancia y la puntualidad de la frase, que Sierra adapta su lenguaje al del autor en cuestión.

Un aspecto sobresaliente en las estrategias críticas de Justo Sierra es el referente histórico, al cual recurre para la creación de un contexto que le es de utilidad para analizar el cambio de mentalidades y gustos estéticos. Otro elemento decisivo es la importancia que deposita en el autor, pues para Sierra la obra contiene la esencia espiritual de su creador y, por lo tanto, es de sumo interés hablar de esa esencia, pues es ésta la que finalmente será transferida a la obra.

A ojos actuales, podría acusarse a Sierra de una excesiva subjetividad en sus críticas, sobre todo cuando se trata de juzgar "profesionalmente", por así decirlo, una obra literaria; sin embargo, la lectura de estos textos hace recordar una verdad elemental: todo análisis literario siempre tendrá una buena carga de subjetividad, pues la eficacia de una obra literaria a menudo suele medirse en cuántos lectores gustan de ella.

Sin embargo, lejos de ser una colección de alabanzas, las críticas de Sierra saben mostrar —a veces con sorprendente antelación— los hallazgos y las debilidades literarias de los escritores de su época y de los de siglos ya pasados. Más aún, su crítica es un abanico que va desde lo muy erudito (como el análisis gramatical y retórico de las poesías de Agustín de Bazán y Caravantes en "Crítica literaria") hasta la filosofía ("El tiempo") o la reflexión sobre la situación política de otras naciones, como es el caso de Francia en los artículos "La ambición" y "La guillotina y María Antonieta".

El interés y el entusiasmo que Justo Sierra mantuvo a lo largo de su vida por Francia quedan de manifiesto en varios de estos artículos, pues son muchos los personajes de la historia y la cultura francesa los que desfilan por sus páginas. Francia fue para Sierra su cuna ideológica; en muchas ocasiones mencionará que los hombres de su tiempo son hijos de la modernidad y ésta comienza con la Revolución francesa. Para el autor, es importante llevar a cabo una reflexión sobre la cultura que da lugar a los valores que la definen. Justo Sierra es un liberal y no niega su apego: "Como aprendemos francés al mismo tiempo que castellano, como en francés podíamos informarnos y todos nos hemos informado, acá y allá, de las literaturas exóticas; como en francés, en suma, nos poníamos en contacto con el movimiento de la civilización humana y no en español, al francés fuimos más directamente".[18]

En la prosa literaria del autor, este apego a la cultura francesa se percibe básicamente en tres aspectos: el primero es el espacio que dedica en sus textos a los escritores franceses; el segundo es el modelo de la poesía francesa que Sierra ve y justifica en la obra de los escritores mexicanos, y el tercero se observa en la presencia de ciertas concepciones estéticas en el pensamiento del autor que provienen de la tradición francesa.

Vayamos a los ejemplos. en pleno siglo XXI se sigue especulando e investigando sobre la influencia de la literatura francesa en la mexicana del siglo XIX, pero ya en los años en los que Sierra ejercía su oficio reconocía cómo Victor Hugo, Lamartine o Chateaubriand marcaban nuevos caminos para él y sus contemporáneos. Precisamente en su texto sobre el autor de *Los*

miserables, publicado en *El renacimiento* del 20 de noviembre al 25 de diciembre de 1869, Sierra no sólo traza una biografía literaria del genio francés, sino que, en los rasgos de esta evolución, también advierte de la trascendencia de las corrientes que reinarán en la segunda mitad del siglo en Francia: el realismo y el naturalismo.

Al revisar las obras más destacadas de Victor Hugo, Sierra reconoce la importancia de los personajes femeninos en la novelística del escritor francés. El papel de la mujer, como ya vimos en los cuentos, y como veremos después en otras críticas, siempre fue uno de los más caros para Sierra, y en la pieza de Hugo hace mención de algo que ya el escritor mexicano desarrolla en el artículo "Los poetas": la mujer es un icono divinizado prácticamente al mismo nivel que Dios.

En la obra de teatro *Marion Delorme*, Justo Sierra reconoce el punto de partida de Victor Hugo en la tendencia a ensalzar lo feo. Era tendencia conocida en la Edad Media equiparar la fealdad con la maldad absoluta, costumbre que permaneció arraigada muchos siglos más; sin embargo, en *Nuestra señora de París*, cuasimodo, con todo y su cuerpo jorobado y deforme, no es necesariamente malo. Más allá de la simple historia de amor imposible, Justo Sierra descubre para su lector del periódico que el anatema de la fealdad física no va más allá de ese culto a la belleza pregonado desde la Grecia clásica. Aunque la protagonista se salva de ser fea, cuasimodo es, en su consideración, la redención de la fealdad con una aureola de santo, pero también la simbolización del pueblo francés que va reconociéndose en su impotencia ante el absolutismo de sus gobernantes.

Regresando a la crítica intitulada "Los poetas", Sierra continúa en ella su constante estudio de las mujeres como el ideal al que el poeta, el creador, aspira. "La mujer es en la creación el elemento inspirador por excelencia. En toda virgen hay un poeta, en toda madre hay un ángel",[19] dice, y la prueba la da con dos ejemplos clásicos e intemporales: Petrarca y Laura, y dante y Beatriz.

Siguiendo con una idea que ya había expuesto en sus cuentos y que mantendrá en algunos de sus artículos, Sierra equipara el valor de la mujer para el hombre con el que tiene el elemento divino de la religión. Nuestro escritor no sólo gustaba de divinizar a sus protagonistas femeninas, sino que no dudaba en dejar ver que, en su opinión, las mujeres eran iguales a los hombres en todos sentidos. "Una de las cosas que más nos han preocupado siempre es la educación de la mujer", dice, "Su condición social ha sido en general inferior a la del hombre, tanto en las civilizaciones antiguas como modernas".[20]

Debido a la importancia que Justo Sierra concedía a las mujeres dentro de la sociedad, es frecuente que varios de sus artículos estén destinados a encomiar su trabajo, tal y como sucede en "A vuelo de pájaro" y "En la Academia". Sobre este aspecto nos gustaría destacar el artículo que escribe *in memoriam* de la escritora francesa George Sand.

En este trabajo, Sierra menciona algunas de las particularidades de la trayectoria literaria de la escritora, como fue la de no haber gozado del reconocimiento de sus contemporáneos,

por ejemplo, la del propio Honoré de Balzac. La admiración de Sierra por las mujeres artistas no lo ciega, pues en su ensayo destaca tanto los aspectos encomiables como los deficientes, y lo mismo afirma: “El talento de Jorge Sand es incontestable”, como detalla que “no todas sus obras son de igual mérito; varias de ellas encierran teorías filosóficas y discusiones sociales; la conclusión de algunas es muy precipitada, y hay en ellas personajes demasiado abstractos”.

Además, como ya decíamos, en su papel de crítico literario Sierra tenía la virtud de no mostrar únicamente lo evidente. Más allá de los halagos que pudiera hacer a la mujer que adoptó un nombre masculino para sobresalir en un medio tan competido, o de las debilidades que pudiera encontrar en sus obras, el escritor mexicano sabe extraer el oro puro del mineral en bruto cuando señala:

> [George Sand] ha tenido un don particular de observación interior para seguir los progresos de la pasión; una imaginación poderosa que crea todo un mundo lleno de misterioso encanto; una inspiración espiritualista y mística a veces; un sentimiento profundo de la naturaleza y el arte, de la música particularmente; y en fin, un estilo puro, fuerte, brillante y armonioso. Todas estas cualidades hacen que sea uno de los primeros escritores de nuestra época.[21]

Sin embargo, uno de los artículos de crítica por el que más se conoce a Justo Sierra es el prólogo a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera. como ensayista, Pedro Henríquez Ureña decía que era uno de los mejores de lengua castellana, y comparaba este texto con el “ensayo de Varona sobre Cervantes y al de Hostos sobre Hamlet, o, en España, a las mejores páginas de Menéndez y Pelayo”.[22]

Las palabras de José Luis Martínez en el tomo tercero de las *Obras completas* lo dicen todo:

> Su prólogo a las poesías de Gutiérrez Nájera no sólo es el más penetrante y valioso estudio que se haya escrito sobre el poeta modernista, sino que inaugura, además, una nueva etapa de nuestra crítica literaria al prescindir de las ponderaciones y de los análisis retóricos y gramaticales —a los que se había limitado hasta entonces en México esta disciplina—, para acometer, con fino espíritu crítico y cordial comprensión, el examen de la creación poética de el Duque Job.[23]

como coincidencia de lo que afirmábamos sobre la subjetividad inevitable en las críticas literarias, Sierra confiesa que el compromiso de escribir el prólogo a estas poesías había sido contraído frente a la tumba de Gutiérrez Nájera, por lo que, dice, “analizar esta emoción será, lo presiento, una tarea casi imposible para mí […] Su vida es un idilio trágico del que sólo conocemos la música: los versos del poeta. Resulta un poema con notas alegres, humorísticas, satíricas, y a pesar de eso, y por eso quizás, inefablemente triste […] hay que seguirlo paso a paso y estudiar la metamorfosis de este espíritu de elección”.[24]

Alejándose, como dice Martínez, del análisis puramente gramatical y retórico y de las alabanzas de amistad, Justo Sierra emprende la tarea de “desmenuzar” las poesías del que él llamaba “el más delicadamente sensual y elegante de nuestros líricos” buscando no sólo sus influencias sino también los temas rectores, como el erotismo y el afrancesamiento que

caracterizarían a la generación de los poetas modernistas: “En los últimos seis u ocho años” —explica respecto de el Duque Job— el poeta había logrado realizar en sus escritos lo que había soñado: amalgamar el espíritu francés y la forma española”.[25]

Sierra, puntualiza Emmanuel Carballo, “es uno de los teóricos más lúcidos de la independencia de nuestras letras respecto de las letras españolas”. Cuando se refirió a los autores universales, el maestro de la generación modernista (en términos de José Emilio Pacheco) no aisló a los representantes de la literatura mexicana en un grupo híbrido, sino que los colocó al mismo nivel que el de otras literaturas, como la francesa o la española, y lo hizo por una sola razón: porque era un platónico y un amante de lo que su patria tenía para ofrecer a todo el mundo.

La obra literaria de Justo Sierra está atravesada por esa cualidad que él mismo supo apreciar al juzgar la escritura de Manuel Gutiérrez Nájera: la gracia. Esa facultad a la que el maestro se refirió como “especie de sonrisa del alma, que comunica a toda producción no sé qué ritmo ligero y alado, que penetrando en ondulación impalpable, como la luz, por todas las ramificaciones nerviosas del estilo, les presta cierta suerte de magia singular que produce en el espíritu una impresión parecida a la de la dificultad vencida sin esfuerzo, lo que se torna delectación y encanto”.[26]

[1] Martín Quirarte, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, p. 67.

[2] Luis G. Urbina, *La vida literaria de México*, p. 137.

[3] Justo Sierra, "inauguración de la Universidad nacional", en *Obras completas V*, p. 447.

[4] Citado por Agustín Yáñez, "Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra", en Justo Sierra, *Obras completas I*, p. 26.

[5] *Ibid*., p. 31.

[6] *Ibid*, pp. 37-38.

[7] *Ibid*., p. 67.

[8] El pretérito del segundo verso hace pensar, sin embargo, que el poema fue leído después de la representación y no antes, como afirma Juan de Dios Peza.

[9] Francisco Monterde, "Prosa literaria", en *Obras completas II*, p. 375 .

[10] Un trabajo ejemplar sobre estos aspectos es el de Candelaria Arceo de Konrad, *Justo Sierra Méndez. Sus Cuentos románticos" y la influencia francesa*.

[11] Francisco Monterde, "Introducción a Justo Sierra", en *Obras completas II*, p. 9.

[12] Citado en Emmanuel Carballo, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, p. 222.

[13] *Idem.*

[14] César Rodríguez Chicharro, "Los cuentos fantásticos de Justo Sierra", en *Estudios de literatura mexicana*, p. 40.

[15] Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo*, p. 44.

[16] Justo Sierra, *Obras completas III*, p. 6.

[17] *Ibid*., p. 7.

[18] *Ibid*., p. 406.

[19] *Ibid*., p. 62.

[20] Citado en *ibid*., p. 137.

[21] *Ibid*., p. 262.

[22] Citado por Martín Quirarte, *op. cit.*, p. 81.

[23] Justo Sierra, *Obras completas III*, p. 8.

[24] *Ibid*., p. 403.

[25] *Ibid*., p. 411.

[26] *Ibid*., p. 412.

BIBLIOGRAFÍA

Arceo de Konrad, Candelaria, *Justo Sierra Méndez. Sus "Cuentos románticos" y la influencia francesa*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985 (Letras del Siglo XIX).

Arrom, José Juan, "Mitos tainos en las letras de Cuba, Santo Domingo y México", Cuadernos Americanos, año XXIX, vol. CLXVIII, México, 10 de enero de 1970, pp. 111-123 .

Carballo, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Oceáno, 2000.

Castro Leal, Antonio, "Prólogo" a *Cuentos románticos*, México, Porrúa, 1946.

Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, tt. I y II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1975.

Krees, Dorothy Margaret, "Don Justo Sierra, precursor del modernismo", *Universidad*, núm. 13, t. III, Universidad Nacional, febrero de 1937, pp. 9-14.

Martínez, José Luis, "Nota preliminar" a *Poesías* y estudio general sobre "Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra", en *Obras completas del maestro Justo Sierra*, t. I, Agustín Yáñez (dir.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948.

O'Gorman, Edmundo, *Seis ensayos de tema mexicano*, México, Universidad Veracruzana, 1960.

Panrow Bernard, John, *Justo Sierra, prosista*, tesis de licenciatura, México, Escuela de Verano / Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.

Quirarte, Martín, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, México, Universidad nacional Autónoma de México, 1995.

Rodríguez Chicharro, César, "Los cuentos fantásticos de Justo Sierra", en *Estudios de literatura mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.

Sierra, Justo, *Obras completas II. Prosa literaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

_____, *Obras completas III. Crítica y artículos literarios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

_____, *Obras completas V. Discursos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991 .

_____, *Obras completas VI. Viajes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

Urbina, Luis G., *La vida literaria de México*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal,

México, Porrúa, 1965.

ADVERTENCIA EDITORIAL

Los textos de esta antología proceden de las *Obras completas* de Justo Sierra publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México, bajo la dirección de Agustín Yáñez quien además incorporó una completa y magnífica biografía de Sierra para el primer tomo de estas obras. Con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento de Justo Sierra, en 1948, la universidad realizó la publicación de la obra en 14 volúmenes. Posteriormente, en 1977 y 1984 se imprimieron la segunda y tercera edición, respectivamente, dentro de la colección Nueva Biblioteca Mexicana. Los materiales de la presente antología proceden de la primera reimpresión de 1991 y son preponderantemente de carácter literario con el propósito de divulgar la parte menos conocida de la vasta obra del escritor. También se incluyen dos discursos: "En honor de Gabino Barreda" y "Discurso de inauguración de la Universidad Nacional", textos necesarios para comprender la historia de esta institución en la que Justo Sierra fue un pilar decisivo.

Los poemas seleccionados están tomados de *Obras completas I, Poesías*; los textos de crítica literaria de *Obras completas III, Crítica y artículos literarios*; algunas de las crónicas provienen del volumen anterior y también de *Obras completas VI, Viajes*. La edición y las notas de estos volúmenes estuvieron a cargo de José Luis Martínez. Los cuentos se seleccionaron del apartado "Cuentos románticos" de *Obras completas III, Prosa literaria* cuya edición ordenada y anotada la realizó Francisco Monterde. En el caso de los discursos, éstos se eligieron de *Obras completas V, Discursos;* edición preparada por Manuel Mestre Ghigliazza y revisada y ordenada por Agustín Yáñez. En cada uno de los casos, se respetaron la modernización de la ortografía y la puntuación, también se conservaron las notas y las referencias que los editores asentaron en el volumen correspondiente.

Deseo expresar mi reconocimiento al Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y a la Fundación para las Letras Mexicanas que han patrocinado este proyecto de rescate y divulgación de la literatura nacional del siglo XIX. Mi agradecimiento a Edith Negrín, coordinadora de la colección, por su confianza y generosa invitación. Mi gratitud a Joaquín Díez-Canedo Flores y a Luis Cortés Bargalló por su solidario apoyo editorial.

POESÍA

PLAYERA[1]

Baje a la playa la dulce niña,
perlas hermosas le buscaré;
deje que el agua durmiendo ciña
con sus cristales su blanco pie…

Venga la niña risueña y pura,
el mar su encanto reflejará,
y mientras llega la noche oscura,
cosas de amores le contará.

Cuando en levante despunte el día
verá las nubes de blanco tul,
como los cisnes de la bahía,
rizar serenos el cielo azul.

Enlazaremos a las palmeras
la suave hamaca, y en su vaivén
las horas tristes irán ligeras,
y sueños de oro vendrán también.

Y si la luna sobre las olas
tiende de plata bello cendal,
oirá la niña mis barcarolas
al son del remo que hiende el mar.

Mientras la noche prende en sus velos
broches de perlas y de rubí,
y exhalaciones cruzan los cielos,
¡lágrimas de oro sobre el zafir!

El mar velado con tenue bruma
te dará su hálito arrullador,
que bien merece besos de espuma

la concha nácar, nido de amor.

Ya la marea, niña, comienza;
ven, que ya sopla tibio terral,
ven y careyes tendrá tu trenza,
y tu albo cuello rojo coral.

La dulce niña bajó temblando,
bañó en el agua su blanco pie;
después, cuando ella se fue llorando,
dentro las olas perlas hallé.

Enero de 1868

DIOS[2]

A Ignacio M. Altamirano

¿Hasta allí, dices tú... donde los velos
del misterio insondable se descogen,
do la luz tenebrosa de los cielos
enciende su mirada
que a todos llega, sin mostrarnos nada?

¿Hasta allí, dices tú... donde perdido
grano de arena de la inmensa playa
gira radiante el sol... en donde mueren
sin clamor, sin ruido,
del océano sin límites las olas,

do la brisa jamás grabó sus huellas,
y en cuyos bordes vagorosos brillan
fosforescentes cúmulos de estrellas?
¿Hasta allí? No, mortal, la inteligencia
sólo un paso ha medido
desde el mundo raquítico y vencido
a do alcanzan los ojos de la ciencia.

Como el cóndor pujante de los Andes
que dejando a sus pies la cordillera,
cual una lista oscura
velada por las brumas del océano,
se lanza a los espacios sin ribera
y sube siempre y sube
a do jamás el huracán impera
ni se forma la nube;
así yo volaré, detrás dejando
de los planetas las opacas moles,
ya traspondré con mis gigantes alas
los mundos y los soles.

Queda en tu polvo impuro,
necio esclavo de bárbaro anatema;
da púrpura a tu cuerpo envilecido
y a tus sienes ridícula diadema:
mortal artista que arrebata el viento,
átomo pequeñísimo perdido
en un átomo azul del firmamento;
prosigue, sí, con deleznable arcilla
fabricando tu Dios y tus altares:
yo me alejo de ti, cual de la orilla
huye el alción para cruzar las mares.

Así dije y partí; no más ligera
hiende la luz del sol el ancho espacio
que mi loca y ardiente fantasía:
no bien tendiera el impetuoso vuelo,
cuando ya soberana se mecía
en la impotente soledad del cielo.

Allá lejos, muy lejos,
con una rapidez vertiginosa,
proseguía el planeta de los hombres
su carrera fatal y silenciosa:
enorme esfera de cristal opaco
do, entre llanuras de color de gualda,

incrusta el océano
su zona de zafir y de esmeralda.
“Marcha en paz —exclamé—, vieja gastada,
cuya rugosa tez y marchitada
aún puedo contemplar; marcha a perderte
en un mañana oscuro
do encontrarás tal vez reposo y muerte.
rueda en la inmensidad, es tu destino,
pordiosera de goce y de ventura;
prosigue tu camino
rodeada de un ambiente de amargura;
mientras aquel que miras con espanto
y que, en vez de verdugo, llamas padre,
calme con el sepulcro tu quebranto...
adiós, nada nos une ni nos liga,
ni yo soy tu hijo ya, ni tú mi madre”.

Iba la tierra con purpúreo manto
su envenenada atmósfera cubriendo,
trocando en nubes el cendal de bruma
que en su trayecto rápido cortaba,
como el bajel que cambia en su carrera
los cristales del mar en blanca espuma:
un segundo flotó en el firmamento
su ancha cauda de sombra,
al través de la cual, triste lucía
como cubierta por siniestro velo
la legión de los astros, blancos cirios
de otro mundo de luto y desconsuelo;
fue luego un punto negro vacilante
en la noche perpetua del abismo;
giró otra vez sobre el helado polo,
y todo quedó limpio... estaba solo.

Allí me hallaba en el umbral del templo,
junto a mí la verdad brillar debía,
y conforme volaba,
el éter más y más se oscurecía,

más y más la razón iluminaba:
los astros como en óptica ilusoria
se agrandaban, y a poco en el vacío
se perdía su lumbre transitoria.
Y no sentí pavor... Miré arrogante
al Universo entero en mi presencia
sin el sol de la tierra, agonizante,
mas con un sol eterno en la conciencia.

Miré en torno de mí; hondo aislamiento;
giraba el Universo, indiferente
a mi súplica altiva,
reflejando en mi frente
de los astros la estela fugitiva...
Giraba, y yo llamando
con esfuerzo supremo
la voz hasta mis labios, exclamaba:
"Dios, misterioso Dios, te estoy buscando...
¿Dónde guardas los rayos
y la tremenda voz que al israelita
diera espanto en el árido desierto?

Yo soy también de la región maldita.
¡Oh, Dios del Sinaí..., tal vez has muerto!

Yo vengo a tu presencia,
clave misteriosa de lo creado,
vengo a buscar la eterna inteligencia
que al pensamiento humano haya engendrado;
vengo y en vano busco y no hallo nada.

¡Ah, mentira infinita,
que reinas en los mundos...!,
muéstrame uno no más de tus destellos,
traigo en el alma la inflexible espada
que ha de romper el libro de los sellos..."

Y rodó en el abismo mi risada,

pero helóse al momento; entre mis labios,
algo glacial sentí que me dio miedo,
mis miembros de pavor se estremecían.
Alguno se acercaba...,
las estrellas veían...
Uno de esos relámpagos opacos
que brillan silenciosos
en las noches de estío
rasgó la inmensidad... Hubo un momento
en que cegué... sintiendo en el vacío
el ardor infinito de un aliento
que daba al alma inexplicable frío.
A su impulso los astros vacilaron
cual del arbusto las flexibles ramas,
como vacilan al soplar la brisa
de las lámparas fúlgidas las llamas.
Mi pensamiento audaz, al disiparse
los fulgores de la luz que lo ofuscaban,
se comprendió por siempre quebrantado...

Alguno había pasado,
las estrellas cantaban...
"Bendito el Dios que con su soplo anima
del arroyuelo el plácido murmullo,
y los bramidos de la mar inquieta,
el firmamento inmenso y el capullo,
y el insecto que canta y el poeta:
llegue a su trono nuestro débil canto,
santo, tres veces santo..."
Era aquella magnífica armonía
como la voz del órgano en los templos,
cuando, al morir el día,
paz y reposo para el mundo implora,
mientras el levita en los altares llora,
en la gama sublime
que en la creación entera resonaba,
una nota dulcísima encontraba:
era la voz del que doliente gime,

sin murmurar, mandando bendiciones
al que su pecho sin piedad oprime;
había de esa voz en lo profundo
las tiernas oraciones
que pura virgen en su pecho encierra
y el histérico "¡ay!" del moribundo;
esa nota sonaba aquí en la tierra.
Yo también exclamé: "Bendito seas".
Y al verme suspendido en el espacio,
mi voz mezclando en el augusto coro,
dije: "Perdón, por mi infernal empeño;
perdón, señor, perdón, porque te adoro".
¡Oh Dios...!, y desperté... ¡terrible sueño!

Febrero de 1868

CANTOS, HIMNOS DE AMOR Y DE ALEGRÍA…[3]

Cantos, himnos de amor y de alegría;
notas sublimes y cantigas suaves
es el regio saludo de las aves
a la diadema espléndida del día.

Es el árbol del arte en hoy naciente,
plantado aquí por manos de gigantes,
y en cuyas ramas dormirá el oriente
arropado en sus chales fulgurantes.

De tu gran corazón saca tu mano
el germen de oro que le diera el cielo;
ese germen será, querido anciano,
con los besos del clima mexicano
cosecha de ventura en nuestro suelo.

Marcha, señor, de tu bajel la estela
en que el fanal del día y tu alma gloria
dos soles, Dios por su bondad aduna,

llegue a ser en el piélago profundo
la cadena magnífica que una
la vieja España con el Nuevo Mundo.

¡En tu camino de titán hoy haces
una jornada, y suntuoso templo
al arte teatral levantas ora,
el cielo de la patria dará acaso
al arbusto de hoy miradas tiernas;
serán las huellas de tu regio paso,
huellas tuyas, señor, huellas eternas!

DE "INCÓGNITA"[4]

...Ven, mi adorada,
posa tu mano en la mía,
que se presta esa armonía
a fraguar otra ficción:
otra ilusión fingiremos,
como esa ilusión perdida,
que es fuerza pasar la vida
de ilusión en ilusión...

UXMAL[5]

Al maestro Ramírez

Tu muerte es inmortal, gigante muro
interpuesto entre el hombre y el pasado,
tumba en que el epitafio se ha borrado,
sombra que haces del sol un orbe oscuro.

¿Qué mano audace del granito duro,
Uxmal, tu mole enorme habrá arrancado?
Allí donde la historia ha comenzado,
concluye Uxmal y empieza su futuro.

Cuando la tierra muera y en osario
trueque el hielo las zonas ya desiertas,
quizá esquivando su glacial sudario.

El último hombre llamará a tus puertas...
y a verlo agonizar, del milenario
polvo, despertarán las razas muertas.

México, enero de 1872

EN LOS FUNERALES DE MANUEL ACUÑA[6]

¡Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
de un porvenir feliz, todo en una hora
de soledad y hastío
cambiaste por el triste
derecho de morir, hermano mío!

En vano el hombre inclinará la frente
sobre tu tumba; en vano del abismo
querrá arrancar el lúgubre secreto
de tu heroico egoísmo;
el drama de tu vida se encontraba
desde la cuna, en tu interior escrito;
era un germen que en tu alma fermentada,
en tu alma que buscando el infinito
en un mundo raquítico se ahogaba.

Eras, ay, de una raza ya perdida;
la muerte heló en tu boca el postrer grito
de incurable dolor y de anatema
con que en tu sangre juvenil teñida
arrojabas al polvo tu diadema...
Eras un rey proscrito
y antes que presentar tu frente altiva,
de espinas coronada,
al ultraje, a la turba, a la saliva

del mundo miserable,
antes, Manuel, que revelar tu suerte
te cubriste en tu lecho de dolores
con la púrpura regia de la muerte.

Ha tiempo te faltaba
el beso santo que a la vida escuda...
Como águila en la noche se agitaba
tu alma en la inmensa noche de la duda;
tiempo ha que tu cielo se apagaba...
Al sol voló tu excelsa fantasía,
lanzaste al orbe tu mirada inquieta
y creíste que en el orbe se moría
de tedio y de dolor, como un poeta.

Buscaste el más allá, nada saciaba
la aspiración suprema de tu pecho
y de tu vuelo al ímpetu gigante
el rumbo de los astros era estrecho.
...Nada encontraste; el ala de la ciencia
sobre tu espalda se quebró y volviste
a posar de la tierra en la indigencia,
¡solo, sublime, triste...!
Arrojaste, entonces, en *El pasado*[7]
a nuestra pobre sociedad idiota
el guante; te aplaudió sin comprenderte...
Después... contaste en tu postrera nota
tus divinos amores con la muerte...

¿Qué te importaban, dime,
el odio o el amor de los mortales?
Tan sólo fueron átomos pequeños
que un instante nublaron
la luz crepuscular de tus ensueños.
¿Qué te importaban, di, niño sublime,
por el hado crüel amortajado,
en el dolor sin tregua y el olvido
algunas hojas de laurel sagrado

por el llanto agostadas en tu nido?
¿Ni qué te pudo hacer la saña impía
del enano, tus plantas lastimando
con su ponzoña vil; qué la porfía
con que insultarte pudo el vulgo necio?
¿No le queda al poeta todavía
el Olimpo inmortal de su desprecio?

Manuel, el poeta soberano,
el divino cantor del pensamiento
¿a qué pedir razón a tus despojos
de tu postrer aliento?
Bástenos el inmenso sentimiento
que en lágrimas inunda nuestros ojos.
Quién sabe si en tu hora postrimera
buscaste algo en el seno de la noche
que a la angustia de tu alma respondiera.
Si te quisiste erguir la luz buscando
y estabas ciego y tu cabeza fría
ligada ya a la tumba quedó inmóvil
y te sentiste solo en tu agonía;
quién sabe, ¡oh cielo!, si el sagrado nombre
de tu madre a tus labios se acercaba,
si como en tu niñez, buscaste triste
su rostro, en tu alma angelical impreso
y al tiempo de expiar, sentir quisiste
como un perdón de Dios, su último beso...

* * *

¡Hermano, adiós; mañana
en torno de tu fosa habrá callado
la pompa estéril de la gloria humana,
y la gloria crüel de tus dolores
habrá sido una sombra fugitiva;
como hoy el mundo tu recuerdo esquiva
tal vez tu tumba esquivará las flores...!
¡Cuántos te olvidarán! Nunca el que pudo

escuchar un momento tu gemido,
y el que una vez sintió bajo su mano
de tu alma enferma el fúnebre latido.
¿Cómo olvidarte? No. Por dondequiera
lo seguirá tu sombra funeraria
y tu voz sonará, como en la noche
el grito de la errante procelaria;
y se unirá tu amor a sus amores,
tu memoria bendita a su plegaria,
tus versos al perfume de sus flores.

Cerca del fuego de su hogar, vacío
te esperará un lugar. Cuando el impío
duelo visite su mansión oscura;
cuando solloce en su quebranto
se mezclará a la copa de su vida
amarga gota de insecable llanto:
el nombre infortunado del suicida.

Ay, adiós... en nocturna lontananza
tu estrella se apagó y el alma herida
te deja en su eterna despedida
esta palabra única... Esperanza.

Diciembre de 1873

A MANUEL ACUÑA[8]

¡Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
de un porvenir feliz, todo en una hora
de soledad y hastío
cambiaste por el triste
derecho de morir, hermano mío!
En vano el mundo inclinará la frente
sobre tu tumba; en vano del abismo
querrá arrancar el lúgubre secreto
de tu heroico egoísmo;

el drama de tu vida se encontraba
desde la cuna en tu interior escrito;
era un germen que en tu alma fermentaba,
en tu alma que buscando el infinito
en un mundo raquítico se ahogaba.
¡Ay!, tú eras de otra raza ya perdida,
la muerte heló en tu boca el postrer grito
de incurable dolor y de anatema
con que, en tu sangre juvenil teñida,
arrojabas al mundo tu diadema.
Eras un rey proscrito,
y antes que presentar tu frente altiva
de espinas coronada
al ultraje, a la burla, a la saliva
del mundo miserable;
antes que al hombre revelar tu suerte
te encubriste en tu lecho de dolores
con la púrpura regia de la muerte.
Tiempo hace te faltaba
el beso maternal que el pecho escuda;
como águila en la noche se agitaba
tu alma en la inmensa noche de la duda,
tiempo hace que tu cielo se apagaba...
Los soles escaló tu fantasía,
y creíste que el orbe fatigado
en su manto de estrellas se moría.
Buscaste el más allá, nada saciaba
la aspiración suprema de tu pecho,
y de tu vuelo al ímpetu gigante
el rumbo de los astros era estrecho.

Nada encontraste... el ala de la ciencia
sobre tu espalda se quebró y volviste
a posar de la tierra en la indigencia
solo, sublime, triste...
Y así arrojaste el guante en *El pasado*
a nuestra pobre sociedad idiota,
que tu audacia aplaudió sin comprenderte,

y nos contaste en tu postrera nota
tus divinos amores con la muerte.
¿Qué te importaban, dime,
el odio o el amor de los mortales?
Nada más eran átomos pequeños
que en un instante anublaron
la luz crepuscular de tus ensueños.
¿Qué te importaba a ti, niño sublime,
por el destino cruel amortajado
en el dolor sin tregua y olvido,
algunas hojas de laurel sagrado
por el llanto agostadas en tu nido?
¿Qué te importaba a ti la grita impía
del enano, tus plantas lastimando
con su ponzoña vil; qué la porfía
en insultar tu faz, del vulgo necio?
¿No le queda al poeta todavía
el Olimpo inmortal de su desprecio?

Manuel, mi hermano, el poeta incomparable,
el divino cantor del pensamiento,
¿a qué pedir razón a tus despojos,
de tu postrer aliento?
Que nos baste el inmenso sentimiento
que en lágrimas empapa nuestros ojos.
Si en tu hora postrimera
nada hallaste en el seno de la noche
que a la angustia de tu alma respondiera;
si te quisiste erguir buscando el aire
de una región mejor de fe y de poesía,
y el silencio rodeó tu desventura
y te sentiste solo en tu agonía;
si viste el cielo, si el sagrado nombre
de tu madre a tus labios se acercaba,
si, como en tu niñez, buscaste triste
su rostro en tu alma angelical impreso
y al tiempo de expirar, sentir quisiste
como un perdón de Dios, su último beso.

Adiós, adiós, mañana
en torno de tu tumba habrá callado
la pompa estéril de la gloria humana.
¡Ah!, la historia cruel de tus dolores
será la sombra que huye fugitiva;
como hoy el mundo tu recuerdo esquiva,
tal vez tu tumba esquivarán las flores.
¡Cuántos te olvidarán! Nunca el que pudo
escuchar un momento tu gemido...
El que una vez sintió bajo su mano
de tu alma enferma el fúnebre latido.
¿Cómo olvidarte? No. Siempre en las horas
en que llegue la sombra funeraria
escuchará tu voz, como en la noche
el grito de la errante procelaria.

Se mezclará tu nombre a sus amores,
tu memoria bendita a su plegaria,
tus versos al perfume de sus flores.
Cerca del fuego de su hogar, vacío
te esperará un lugar, y si el impío
duelo visita su mansión oscura,
como un sollozo de letal quebranto
se mezclará en la copa de su vida,
gota perenne de insecable llanto,
el nombre infortunado del suicida...
Adiós, hermano, adiós, ya en lontananza
tu estrella se apagó: nuestra alma herida
como señal de eterna despedida,
en tu sepulcro escribirá: esperanza.

NOCTURNO

A Lumen

Como negras mortajas desgarradas
por el rudo huracán

las nubes en fantásticas bandadas
dispersándose van.

Lívida está la noche, empaña el cielo
un opaco vapor
la luna cubre con luctuoso velo
su disco sin color.

Muy lejos en las cumbres de los montes
entre el negro capuz
ilumina los tristes horizontes
fosforescente luz.

Pasó por fin la tempestad impía,
pasó la niebla ya,
sólo la tempestad del alma mía,
ay, nunca pasará.

¿Me amas? ¿Por qué? Yo soy un desterrado,
un triste soñador
el goce del amor me está vedado.
Sólo es cierto el dolor.

¡Ay!, sólo es cierto el sufrimiento inmenso
de mi última ilusión,
que cuando en ti, cuando en tus ojos pienso
me rompe el corazón.

Sólo es verdad la maldición terrible
que pesa sobre mí,
mi loca aspiración a un imposible
y el llanto eterno por mi amor por ti.

Sólo es verdad, mi virgen inefable,
que si a mi lado estás
hay una voz tristísima, implacable,
que a mi alma viene a murmurar: Jamás.

Jamás, porque mi amor es un delirio,
de insaciable pasión,
porque llegó mi hora de martirio,
porque llegó mi noche de expiación.

No me ames; yo quiero, abandonado,
agonizar de amor;
está, niña, mi aliento envenenado,
conmigo van el luto y el dolor.

Pero nunca me olvides,
eso fuera matar mi corazón.
No me olvides nunca, que eres mi postrera
creencia, mi postrera religión.

Adiós —las negras nubes en bandadas
empiezan a llegar.
Mi alma y la tempestad acompañadas,
vuelven a palpitar.

Adiós —al cielo en mi corazón le pido
se digne permitir
que la orla nada más de tu vestido
pueda besar para después morir.

Septiembre de 1873

OTOÑAL[9]

Es una de esas tardes que yo adoro:
rota por las aristas de los montes,
el sol deja su túnica de oro
flotar en los inciertos horizontes.

Y se va, como un Dios, llevando impresos
los celajes que cubren el poniente;
rastros de sangre de sus largos besos

lo siguen por la atmósfera candente.

Su disco, cual un nimbo, en la montaña
ciñe un vórtice azul, desnudo y yerto;
en un río de fuego al mundo baña
y se estremece el mundo: el sol ha muerto.

En innúmeros átomos se quiebra
su último rayo, y tiñe el áereo velo
de tonos espectrales, que enhebra
la tarde su oro y su zafir el cielo.

De ese velo en un pliegue, en ese instante,
una perla, una estrella, brilla sola:
flor de luz que entreabre palpitante
en el éter su pálida corola.

La brisa de noviembre, fresca y pura,
desata sus efluvios perfumados,
y penetra y se esparce en la verdura
húmeda y moribunda de los prados.

Canta en las selvas con clamor solemne,
y balbuce en las fuentes un reproche:
¡fragmentos del monólogo perenne
que extinguirá el silencio de la noche!

Los insectos efímeros palpitan
de amor y, en nubes de fulgor cubiertas,
sus élitros metálicos agitan
en derredor de las corolas muertas.

Los vibrantes maizales, ya quemados
por la escarcha, su grácil caña mecen...
Todo agoniza; sólo en los sembrados
las violas melancólicas florecen.

Hay en todo una queja comprimida;
la flor, la fuente, el astro que allí brota,
cantan, pero profunda y escondida
de un gran dolor la misteriosa nota.

La escuchan, como yo, las rezagadas
golondrinas, que el aire tibio anhelan,
y abandonan los surcos, y en bandadas,
como celajes fugitivos, vuelan.

Mañana, en los aleros carcomidos
de la torre rural que toca a duelo,
diréis adiós a los vernales nidos,
¡oh nómades alígeras del cielo!

Presto partís; los círculos glaciales
el norte deja, prodigando estragos;
ya lo aspiran las garzas tropicales
en el salado aliento de los lagos.

Volad, hijas del sol. ¡Ah!, quién pudiera
en un eterno afán de luz y flores,
mecida el alma en brisas y fulgores
transmigrar de una en otra primavera.

¡De juventud en juventud! Impío
intento... Hay en abril horas fatales...
Prefiero el soplo voluptuoso y frío
de estas mágicas tardes otoñales.

La inexpresable, la ideal tristeza
crepuscular, y esta infinita calma,
beso de la inmortal naturaleza,
que lentamente nos absorbe el alma.

Un torrente de fuego moribundo
rompe en mares de sangre los espacios...,

cual náufrago bajel zozobra el mundo
entre ondas y espumas de topacios.

Los lagos rayan de ópalo y de rosa
los esfumados términos de oriente,
y su azulino vaho, lentamente,
prende en torno su niebla venenosa.

Más allá de las cimas, entre el coro,
el Popocatépetl yergue en el cielo,
estriada de púrpura y de oro,
su gigante pirámide de hielo.

La ola opaca de improviso crece;
tiembla la regia hoguera en el vacío;
mas sus flavos fulgores desvanece
el ósculo nocturno, mudo y frío.

En este incendio, que el ocaso inflama,
sorprendieron las fases fugitivas,
de un episodio del eterno drama
las grandes teogonías primitivas.

Un dios, entre los gritos sollozantes
de la tierra, pasión y muerte hallaba...
En su tumba la noche derramaba
urna inmensa de sombra y de diamantes...

Isis buscaba en la región sombría
el cadáver de sol... luego, en la altura,
la sonrisa de amor de la natura
y la triunfal resurrección del día.

¡Oh! ¡Túnica de luz de lo infinito,
que es la sombra! ¡oh, natura!, el alma humana
con un anhelo trágico se afana,
en darte alma también, y nace el mito.

Yo te amo y renuncio a comprenderte:
sé que no sientes nada, y que se anida
en tu regazo espléndido la muerte,
la muerte es el capullo de la vida.

Sé que el llanto silente de las cosas
y tus duelos, son símbolos y nombres
de las múltiples sombras dolorosas
que en ti proyecta el alma de los hombres.

Sufre un átomo en ti, la mente tiñe
al universo en su color sombrío
y, con su duda y su anhelar, lo ciñe
como la espuma al impasible río.

¿Tu fuerza es odio, si la dicha trunca,
o amor, cuando la dicha en él se alcanza?
Todo es ilusión: tú no amas nunca,
no eres ni el dolor ni la esperanza.

Eres una experiencia, ya divina
y embriagadora, ya trágica y ruda;
la ciencia tus umbrales ilumina,
pero no tu misterio, esfinge muda.

¿Qué más allá de la asombrosa malla
de tus formas encuentra el pensamiento?
¡Qué realidad eterna en ti se halla!
¿Cuál es tu alfa y tu omega? El movimiento.

Hacia ese punto la Creación gravita;
mas allá surge íntegro el problema...
¡Es Natura la incógnita infinita
y ella y su causa la ecuación suprema!

¡Por eso yo ignorarte y adorarte
prefiero en tu hermosura augusta y fría!

Sé que un esbozo junto a ti es el arte,
y un grito en el naufragio la poesía.

¡Sólo grande eres tú, sólo tú, bella!
¿Por qué te quemo incienso a toda hora,
yo, que sé que del polvo de tu huella
mi alma es una molécula sonora?

Es que espero que extingas mis dolores
con tu visión perpetua en mi desierto,
y que, con todo lo que en mí se ha muerto,
hagas tú, obra fatal, trocarlo en flores.

¡Vano esperar! No importa; nuestra pena
tu regia majestad serenar sabe;
y es nada el sufrimiento en la cadena
en que del astro al polvo el mundo cabe.

Ya no un tormento me serán tu imperio
ni tu inconsciente y sepulcral grandeza,
en que se hunde, sediento de misterio,
el corazón con inmortal tristeza.

¡El pensamiento es el dolor! Yo ansío
aniquilarlo en tu sublime calma;
gozarte a solas y arrojar, al río
de tu inconstancia, la razón y el alma.

¡E ignorarte! Tal vez ilusión pura
eres, y acaso tu esplendor diverso
un sueño del espíritu. ¡Oh, Natura!
¿Fuera del hombre existe el Universo?

¡Quién sabe...! Este crepúsculo me encanta
con su oro muerto y sus perfiles rojos...,
¡ay!, ¿por qué este sollozo en mi garganta
y esta rebelde lágrima en mis ojos?

5 de noviembre de 1885

INVOCACIÓN

Lucretius, De rerum natura, *Libro I*[10]

Aeneadum genitrix divum
hominumque voluptas...

De dioses y hombres inmortal delicia,
madre de eneas de quien roma es vástago,
¡alma Venus!, que a par fecundas próvida
bajo el cielo en que en orden van los astros,
las frugíferas glebas y los mares,
¡que surcan siempre resonantes barcos!
Por ti que todo lo concibes, brotan
los seres y el sol miran; huyen raudos
de ti vientos y nubes; rinde el suelo
sus flores a tus pies; del ponto vasto
te sonríen las olas, y se inundan
en nueva luz los cielos aplacados.

Apenas visten su vernal ropaje
los días, y Favonio, roto el claustro,
en germinantes auras se desata,
te anuncian con sus férvidos reclamos
las aves, y caldean en tu fuego
su sangre generosa los rebaños
que triscan por las húmidas praderas
y los bullentes ríos cruzan rápidos...
Todo te sigue en la Natura, todo
corre vencido en pos de tus encantos.

Sí, cuanto vive en mares y montañas,
en el agua que rompe entre peñascos,
en los nidos ocultos por las frondas,
en los verdinos florecientes campos,
se siente lleno al punto del dulcísimo
calor que se difunde con tu hálito

y hace que se propaguen las especies
el deseo prolífico avivando.

Y pues tú sola en la Natura reinas,
pues que a la luz, sin ti, nada ha brotado,
ni nada amar, ni amor inspirar puede,
asóciate a mis métricos ensayos
y díctame un poema en que consiga
contar el Universo un ser que amo,
a Memmio, que ha vivido en todo tiempo
de tus excelsos dones al amparo:
inspírame y revista el verso mío
tu muelle gracia y tu perenne encanto.

Pero haz antes que el bélico ardimiento
cese, que tierra y mar hallen descanso.
¡Oh!, sí, sola tú puedes, la serena,
la grata paz enviar a los humanos;
pues Marte, el dios que armipotente rige
el combate feral, inerme y manso
yacer suele, rendido por el fuego
de una eterna pasión, en tu regazo:
la varonil cabeza echada entonces
hacia atrás, bebe en tus miradas ávido
placer inagotable, con el alma
ebria de amor, pendiente de tus labios.

En el momento en que descanse, ¡oh diosa!,
sobre tu cuerpo inmarcesible y sacro,
envuélvelo en caricias y le pide
con tierna voz, la paz para el romano;
porque los duelos de la patria ahuyentan
de mí la calma amiga del trabajo,
y absorto en la salud del pueblo, Memmio,
no ocupará su espíritu en mis cantos.

Diciembre de 1886

AL AUTOR DE LOS "MURMURIOS DE LA SELVA"[11]

Quod si Threicio blandius Orpheo
Auditam moderere arboribus fidem
Non vanae redeat sanguis imagini.

HORATII, *Carminum,* Liber I,
Carmen XXIV

Probaste en la vernácula zampoña
a revivir los cánticos helenos,
y el tallo yerto para ti retoña.

La sicilide abeja tus serenos
versos busca, gérmenes de vida
y de dulzura misteriosa llenos.

A tu rústica puerta y escondida
cuelga, entre las volutas de la hiedra,
tu avena en miel del Hyblos embebida;

táñesla cual ninguno; tu grey medra
al oírla, florecen los alcores,
la fuente ríe en el brocal de piedra,

y cantan los arpados ruiseñores.
en tu honor aún celebran su concilio,
de Febo a los candentes resplandores,

las Piérides sacras, y el idilio
enlaza a tu corona de cristiano
una rama del lauro de Virgilio.

¡Oh!, dime, ¿no es divino, por humano,
el arte que formando egregio coro,
con los *aedas* nace soberano,

en Atenas, de Grecia alma y decoro,
toca al cenit y deja en los latinos

labios, morir sus cláusulas de oro?

Creación perdurable, a los destinos
de una raza excedió; en ella informa
lo bello al realizarse; sus genuinos

caracteres serán perpetua norma
de la poesía, forma de la vida
a que da ser la vida de la forma.

Tú lo sabes; por eso tu alma henchida
de música inefable, trasvasaste
a la urna por Teócrito esculpida.

Y del Mincio en los cálamos posaste,
aque en perlas desgranó su cristal puro
apara hallar en tus rimas áureo engaste.

¿Y nada más? Existe en el seguro
de tu conciencia un dios que comunica
tu vida con el cielo; y cabe el muro

de tu humilde cabaña, en flores rica,
una latina diosa solitaria
tu casto amor con su blancura indica;

al primero la íntima plegaria,
a la diosa los délficos cantares...
¡Ah!, afuera la errante procelaria

anuncia tempestad a los hogares;
afuera el ala férrea de los vientos,
enloqueciendo los insomnes mares,

los estrella del globo en los cimientos
o los arrastra en montes que naufragan,
en vórtices de sombra, y que violentos

resurgen del abismo, al cielo amagan
y de la tarde en la velada frente
despedazan el iris y lo apagan...

¡Cuán bueno, cuánto al ánimo es clemente
el solemne silencio del pasado!
¡Qué deleite recóndito se siente

Si el anhelo de hoy queda olvidado
“por la dulzura de mejor memoria”!
¡Cuán amable refugio el inviolado

santuario del arte, en que la historia
semeja himno lejano, y un suspiro
la vida, y breve exhalación la gloria!

Mas, ¡ay!, tramontó el sol que en el zafiro
vio transcurrir la era de la alegría
en que su amor gentil cantó Titiro,

y el viento que a Virgilio conducía
llevaba entre sus ondas hasta el puerto
de la estrofa de Horacio la armonía.

¿Por qué crece entre el mármol del desierto
templo del dios de Klaros, el espino?
¿Y por qué ha muerto Pan? ¡Ay!, pero ha muerto,

y de tu caña el ritmo peregrino,
¡oh dulce bucoliasta americano!,
el sueño del caprípedo divino

ha de probar a interrumpir en vano.
Duerme el numen el sueño del Averno
desde el día que de un altar cristiano

bajó un efluvio penetrante y tierno

impregnado en lágrimas del mundo
y otro ideal surgió... Y éste era eterno

porque era el dolor. No el infecundo
dolor pagano, alguna vez sublime
pero suicida; no, sino el profundo

manantial que en todo hombre oculto gime,
o al cielo en rojo surtidor se lanza:
dolor que santifica y que redime,

y del que surge pura la esperanza.
Pero aquel llanto, ¡cuántas flores
quemó, y cuán presto disolvió la alianza

de la antigua poesía y los pastores!
El poder de vivir, la inefable
fruición de embriagarse en los amores

de la mujer, la frágil, la adorable;
la devoción por cuanto bello emana
de la materia (que es de lo inmutable

cambiante perenne) culpa insana
digna de la gehena fue; a la altura
los brazos levantó la estirpe humana;

implorando piedad... Mortaja oscura
Dafnis halló en el claustro, y la cabeza
de espinas coronó Cloe la impura...

Cual de herida colmena con presteza
se parten los enjambres, así huyeron
los dioses, de la gran naturaleza;

flores y aves exánimes cayeron,
desaprendió la selva misteriosa

el habla de las brisas, y bebieron

las estériles piedras la olorosa
y blonda miel de los panales rotos.
Égloga, láctea y boquirrubia diosa,

desamparó las greyes y los sotos,
y aquel, de nublos y borrascas lleno,
cielo, antes puro. yace en los ignotos

prados del asfodelo, en cuyo seno
extínguese sin eco el canto grave
del arpa santa en que solloza el treno.

La égloga espiró; conserva el ave
el iris de sus alas cuando muerta
¡mas no los trinos de su voz süave!

Depón la flauta pánica; despierta
a nuevo afán tu corazón, lo escuda
con triple bronce, y en la ola incierta

del ponto hirsuto, y en la mar sañuda
de nuestra edad demente, tu barquilla
lanza, ¡y que Dios en tu socorro acuda!

O sois vasos de aroma hechos de arcilla
y fugaz vuestra esencia se evapora,
o augusto signo en vuestra frente brilla

de una misión, si heroica, aterradora,
¡oh poetas!, mostrad a los humanos
el sol oculto que las cimas dora.

O consumís vuestra alma en ayes vanos,
o de la prosa, triunfadora impía,
sabéis el ideal guardar ufanos;

lo erigís como antorcha en la sombría
realidad, y llegáis a la ribera
de la gran noche, con la fe en el día.

Tú tienes esa fe viril y austera,
hay en ti poderosas vibraciones,
voces como la tuya el siglo espera.

Canta, canta al compás de los bordones
de la lira de bronce, aunque a tu acento
estallen de dolor los corazones.

¡Qué importa! ¡Si el dolor es el aliento
del nuevo, que del hombre antiguo brota
cual del carbón la llama con el viento!

Sigue en tu nave el rumbo y la derrota
que van a lo ideal, mientras tus venas
tengan sangre y tu cítara una nota.

Puede el noto romper mástil y antenas,
no poner miedo en ti. ¿Qué su coraje
es para el que hallará mares serenas

de eternamente arrullador oleaje?
Tienes seguro el puerto prometido,
no puedes desmayar en el viaje.

Nosotros sí; que el azaroso nido
de nuestra inspiración, ya no calienta
águilas que transpongan el olvido,

y surcando soberbias la tormenta,
sepan clavar, vencido ya el nublado,
su pupila en el sol, brava y sangrienta.

¿Y en qué sol, si ya el nuestro se ha apagado,

si están mudos oráculos y altares?
¿Si en un rayo supremo condensado

el fulgor de los mundos estelares
ni un faro, ni uno solo, encender puede
en la noche sin fin de nuestros mares?

El Universo a nuestro empuje cede:
en polvo de creencias van cayendo
sus viejos aledaños; nada excede

a esta fuerza: el examen, el tremendo
explosivo que mina cielo y tierra...
Y rueda en tanto el orbe, entre el estruendo

que al estallar en inexpiable guerra
hacen los dogmas próceres. ¡Ruina
que se agiganta y al vidente aterra,

y por entre la cual densa y sanguina
la ola humana rompe efervescente
y a nuevos horizontes se encamina!

"¡Nos queda la verdad!", dice el prudente;
¿pero qué importa la verdad que pasa?
¡Sólo importa lo eterno a nuestra mente!

La ciencia, vasto mar que todo arrasa,
es como el mar, que no tiene una gota
para calmar la sed que nos abrasa.

¡Ay!, no es la duda; a la región ignota
nos dirigimos, pero no salvamos
nunca el abismo en que la noche flota.

Y sufrimos, ¡oh!, sí, mas no dudamos,
no; sabemos que nunca de la escala

de lo absoluto se hallarán los tramos.

Jamás tal poesía, la que exhala
el espíritu enfermo, ave que al suelo
tiene clavada para siempre el ala,

podrá satisfacer el hondo anhelo
por esos ideales al proscrito
caros: un Dios y un más allá en el cielo...

Suspende tu canción y oirás el grito
que el alma nueva en su naufragio lanza;
sólo ansía una tabla: el infinito,

y nuestra voz a hablarle sólo alcanza
de aceptar el deber sin recompensa,
de cumplir el deber sin esperanza...

Y nos rechaza...¡acaso en tu fe piensa!
Arranca de las cuerdas del salterio,
poeta y sacerdote, nota inmensa

que al vibrar de la sombra en el imperio,
para el grupo escogido que ama y siente,
se torne luz y alumbre el gran misterio,

o en amor se trasmute omnipotente
y por él el enigma se resuelva,
que torna al mundo en *la ciudad doliente*.

Pero antes tu experto labio vuelva
a copiar, en las cañas desiguales
del dios Pan, *los murmurios de la selva*.

Y estos que lloro subjetivos males,
si son ciertos, ¿por qué no desleírlos
en la muelle canción de los zagales?

¿Por qué de las alondras y los mirlos,
parvada celestial que en tu arpa anida,
no han de poder los cantos adormirlos?

Ése es el secreto de la vida:
olvidar; tú has hallado en las arenas
un oasis, allí cantando olvida...

Pero no lo podrás, y tus serenas
horas de inspiración serán turbadas
por la agria voz de las humanas penas.

Entonces nos dirás tristes baladas,
llenas, como las ráfagas de invierno,
de nidos rotos y hojas arrancadas...

Aún vivirá Virgilio, ¡que es eterno!,
mas no el de la natura dulce amante,
sino un genio flotando entre el Infierno
y la sombra fatídica del Dante.

TRES CRUCES[12]

A Fernando Duret

LEONIDAS

Murieron, su deber quedó cumplido;
mas del paso del bárbaro monarca
guardaron las Termópilas la marca
clavado en una cruz al gran vencido.

Cadáver que bien pronto ha repartido
a jirones el viento en la comarca
y en cuyo pecho roto por la Parca
el águila del eta hace su nido.

La sangre de Leonidas que gotea
en la urna de bronce de la historia,
a todo pueblo en lucha por su idea

ungirá con el crisma de la gloria,
como a Esparta en el día de Platea
al compás del *peán* de la victoria.

ESPARTACO

De los buitres festín los gladiadores
y harto de sangre el legionario, al frente
de las enseñas tórnase impaciente
a Roma, Craso, en pos de sus lictores.

De la matanza envuelto en los vapores
yace Espartaco de la cruz pendiente;
y es su can de combate solamente
testigo de sus últimos dolores.

Sobre aquella pasión callada y tierna
lenta cae la noche hora tras hora;
cuando la sombra por el mar se interna

y el lampo matinal las cimas dora,
la cruz se yergue oscura, pero eterna
en el vago apoteosis de la aurora.

JESÚS

En la cruz del helénico guerrero
la patria, santo amor, nos ilumina;
la libertad albea matutina
del Tracio esclavo en el suplicio fiero.

Uno hay mayor: del gólgota el madero;
porque en el ser de paz que allí se inclina
el alma en sus anhelos adivina

qué está crucificado el hombre entero.

De esas tres hostias de una gran creencia,
sólo Jesús resucitó y alcanza
culto en la cruz, señal de su existencia.

Es que nos ha dejado su enseñanza,
un mundo de dolor en la conciencia
y en el cielo una sombra de esperanza.

1890

A LECONTE DE LISLE[13]

En la última página de
Poèmes barbares

Esplende en tus poemas el mar en que naciste:
sobre inmutable sombra la luz de un sol sin velo:
sus olas y ellos copian todo el cristal del cielo
y un ritmo igual modulan inmensamente triste.

Como diosa Fidias, estrofas esculpiste,
sublimes arquetipos sin mancha ni modelo,
y tu alma dolorosa, cual río bajo el hielo,
bajo la forma diáfana ir a la noche viste.

Preservarán los siglos entre su polvo de oro,
poeta, el de tus versos, olímpico tesoro.
Así de Milo el polvo guardó a la Venus pura,

y eterno hará el contorno de mármol de tus rimas
tu idea, como hace eterna tu blancura
la nieve en los perfiles de las celestes cimas.

Julio de 1894

EL BEATO CALASANZ[14]

(*Siglo XVI*)

Al gran poeta nacional Guillermo Prieto.
Homenaje de filial admiración

I

¡Qué triste fue esa noche! ¡Qué invierno aquél tan crudo!
La escarcha entre la yerba del patio cintilaba
y un ángulo del claustro, muy frío y muy desnudo,
subiendo lenta y blanca la luna iluminaba.

En el rincón opuesto la celda más oscura
estaba entreabierta; un hombre en ella había
tendido en las baldosas; su rígida figura
crispada en sus postreros espasmos la agonía.

En un sayal envuelto el cuerpo enflaquecido,
el rostro en la penumbra del capuchón; cerrados
los ojos, y saliendo del borde del vestido
los pies, como la piedra del pavimento, helados.

Cadáver parecía; dos frailes en voz baja
rezaban: crepitada en su tazón exiguo
la lámpara, y del muro pendían, la mortaja
y, embadurnado en sangre, un crucifijo antiguo.

Eran las dos: el físico se acerca; en sus escuálidos
dedos, llevaba un frasco de elíxir: "Vive", dijo;
vertió el licor, del monje entre los labios pálidos,
y se postró, esperando, al pie del crucifijo.

No esperó mucho; un súbito temblor al fraile agita;
de un golpe se incorpora, fijos los ojos muertos
y balbuciendo: "Cúmplase tu voluntad bendita",
tiende a la cruz convulsos los brazos entreabiertos.

“¡Oh Calasanz!”, el físico al contemplarle exclama,
“un día me dijiste: ‘si en el primer vahido
de la temida muerte, en mí la vital llama
atizas, dicha eterna te deberé’... He cumplido.

Vive, levántate, anda, que Dios no me reproche
el detener su mano apenas una hora,
porque en su instante último te arrastrará a su noche
la muerte, la implacable, la fría segadora.”

Con voz inacentuada repuso el moribundo:
“En un vetusto infolio que existe en el convento
un fraile escribió: ‘El hombre que al escapar del mundo
a prolongar llegare el primordial momento
en que la muerte empieza, escuchará en su oído
sonar la voz del Verbo, la voz del Increado;
sí, siempre que a la carne jamás haya cedido
y nunca, nunca, nunca de Dios haya dudado’.

Pues bien, soy ese hombre; yo nunca del Eterno
dudé, ni del Espíritu, ni blasfemé su nombre;
y la impureza, fango que brota del Infierno,
jamás manchó mi humilde sayal, soy ese hombre.

¿Sólo una hora? Bástame; iré al santuario,
y puesta la cabeza exánime en la alfombra,
esperaré, rezando, la voz que en el Calvario
hizo temblar la tierra y al sol cubrió de sombra.

En tanto murmuraba el físico: “Misterio
no existe igual al hombre, que es gloria y que es miseria;
éste, al llegar su alma de Dios al puro imperio,
se para a dar la prueba de Dios a su materia.”

El monje no le oía; con paso lento y grave
salió cual un espectro del ángulo sombrío;
llegó a un portón tallado y se metió en la nave
del templo, tumba inmensa por lo callado y frío.

Filtrándose la luna por la ventana ojiva
de un nimbo circuía el gran capuz del santo
que, puesta al pie del ara la frente apenas viva,
dejó subir del alma las olas de su llanto...

II

Estalló al fin el grito penetrante
de sobrehumano afán su boca yerta,
que vibraciones de clarín triunfante
difundió por la bóveda desierta.

"Señor yo soy tu siervo reverente", clamó,
"y mi vida entera y mis pesares
son átomos de incienso, lentamente
quemados por mi amor en tus altares.

Ave de mar, del mar de lo infinito,
hórrida tempestad me estrelló un día
contra las gradas de tu altar bendito;
allí rotas las alas, me moría.

Y me salvó tu amparo, y ya mi vuelo
trasponiendo la atmósfera terrena
pudo acercarse al foco que en el cielo
mantiene, eterno sol, tu faz serena.

Y heme ante ti, señor, heme de hinojos
con la frente en polvo. Ya cubiertos
por un velo de muerte están mis ojos;
ya sólo para ti se hallan cubiertos.

La vez primer que alcé ante la aterrada
muchedumbre tu hostia blanca y pura,
en mística efusión arrebatada
mi alma de un vuelo se perdió en la altura;

llegó al trono en que la luz la estrella toma,
y al retornar del viaje peregrino
me trajo, cual la bíblica paloma
una oliva de paz: tu amor divino.

Y por eso en tu amor, mi vida flota,
átomo de la sangre indeficiente
que cae de tu pecho gota a gota
y baña al Universo en su corriente.
Como al sol la partícula de arena,
del Cosmos en los piélagos fecundos,
se llega a unir por la vital cadena
que a los átomos junta con los mundos.

¡Ah!, mi espíritu así, del barro suelto,
a ti se une, en ti su ser resume;
vaso de arcilla soy que al polvo vuelto
devuelve al cielo su inmortal perfume.

Ese polvo, esa alma, son mi ofrenda,
¡hostia de amor, que de la tierra inerte
levanta y alza, ante tu faz tremenda
entre sus manos pálidas la muerte!

Pues bien, señor, en este santüario
oiga tu siervo, que al morir te nombra,
la voz que al resonar en el Calvario
al orbe entero sumergió en la sombra."

III

"Nada... nadie... ¡Ay de mí! Siento en la boca
el amargo sabor de la agonía;
ya de mis sienes el latir sofoca
mano letal que para siempre enfría.
¿No me escuchas, señor? ¿Acaso loca
fue mi esperanza y mi ambición impía?
¿Podré morir sin escuchar tu acento?

No, señor, creo en ti; llegó el momento.

No pudo el santo que con pulso fuerte
trazó, por orden tuya, en un instante
su fin, con sangre, en el papiro inerte,
mentir de tu justicia ya delante
al traspasar las puertas de la muerte.
No, la historia del fraile agonizante
la verdad guarda, como a ti, Dios mío,
te guarda el tabernáculo sombrío.

Allí me escuchas con piedad; ya baja
a mí tu gran misericordia y suena
en mi oído tu voz... ¡Soy leve y paja
que barre el viento ante tu faz serena;

cadáver soy, envuelto en su mortaja
de polvo; mas mi alma de ti llena
está, cual de tu luz están los astros
y la conciencia humana de tus rastros!

Puedo, al oír tu voz, de donde arraiga
la vida, en este pecho enflaquecido,
la postrer gota que la sangre traiga
al corazón, sacar, en el latido
postrero, y en la piedra en que yo caiga
expirante escribir: ¡yo he oído
su voz... y el mundo atónito creería,
y este siglo sin Dios, de Dios sería!

Este siglo dudó, nunca mi alma,
este siglo blasfema de tu nombre;
en mis horas de lucha, en las de calma,
yo lo bendije siempre; soy un hombre
que ambicionó jamás mundana palma...
¡y aunque el arcángel de la duda asombre
sólo una gloria codicié y ansío,
unirme, unirme a ti, Señor Dios mío!

¿Me escuchas? ¿Por qué entonces a mi ruego
no respondes? Cansado peregrino
en ti busco la calma y el sosiego;
destrozaron las zarzas del camino
mis pies; estoy sediento, a beber luego
dame, pues ya se cumple mi destino
de la que al pecador jamás esquivas
inagotablemente fuente de aguas vivas.

¿Pues no, cuando caliente se encontraba
aún con tu beso creador la tierra,
tu voz en los oídos resonaba
del hombre primogénito, en la guerra
con Satanás? ¿Y no a Moisés llamaba
en Horeb, o surgía de la sierra
del Sinaí con truenos iracundos
apagando al pasar almas y mundos?

¡Pues así suene para mí, se hunda
en mí aunque ciegue el germen de la vida,
y calcine mis huesos iracunda,
y queme mis entrañas, y despida
de mí, como una llama moribunda
la materia, y con ella el alma unida
torne del Cosmos a la mar revuelta
en disgregados átomos disuelta!

¡Ay!, porque tanto la esperé, Dios mío,
que quizá en este instante, en el supremo
instante de expirar, vapor impío
tu luz me oculte; ¡ah!, no, Señor, no temo
la duda, no, jamás... Acaso el frío
de la muerte, me turbe por extremo...
¿Es una prueba...? Acepto, me es garante
mi vida entera de salir triunfante.

Recuérdalo, señor; sobre las gradas
nací, de un trono, aún niño me mostraron

las multitudes ante mí humilladas
y, *¡eso es tuyo!*, en mi oído murmuraron;
nubes de adulación a mí se alzaron,
y mis pies doblegaban la cabeza
pontífices, burgueses y nobleza.

¿Y me creí divino, por ventura?
¡Oh!, no; desde el albor de mi conciencia
a ti me consagré; la investidura
regia a tus pies depuse; con violencia
rugió el pueblo indignado; de amargura
colmaron mis hermanos mi existencia,
y tu vicario me mandó en tu nombre
recoger la diadema y ser un hombre.

"Resistí, y en mi fuga un eremita
me amparó, y supe que mi hogar y trono
aventaban los bandos, que proscrita
mi madre huía, que, en su ciego encono,
la enfurecida plebe, tu bendita
religión maldecía, y en su abono
denunciaba mi empeño desdichado
como germen mortal para el Estado.

¡Oré, vencí, y un día en que ya mudo
el furor popular, mi madre muerta,
mi familia dispersa en el sañudo
huracán, llegar pude hasta la puerta
de este asilo de paz, eterno escudo
a mi flaqueza, y encontréla abierta;
dejé el pasado en el umbral austero
y me abracé, Dios mío, a tu madero!

"Era joven aún, y aún ignorado
mi nombre aquí, mas era mi fe tanta,
que la Iglesia su óleo consagrado
puso en mi frente, y me fijó la santa
misión de combatir con el pecado,

y calmando el dolor, guiar la planta
de la ovejuela errante entre los riscos
del mundo, hacia tus célicos apriscos.

Era mi hija espiritual la bella
mujer, prócer y santa fundadora
del cercano convento, pura estrella
del coro de las vírgenes... Ahora
devota besa su sagrada huella
la multitud, y en sus altares ora,
mientras dice la Iglesia en tierno canto
su virtud limpia y su renombre santo.

En una tarde rubia y transparente
de abril, del sol los últimos fulgores
vibraran en la atmósfera caliente,
y ventalle de oro y de colores
abierto en el zafir, era el poniente.
Dentro del huerto en flor, los ruiseñores
a compás de la fuente que reía,
preludiaban su grácil elegía.

Estábamos los dos solos; postrada
confesábame ella sus amantes
deliquios con Jesús; pasó callada
una hora... ¡y al fin las embriagantes
notas del ruiseñor en la enramada
fundieron nuestras almas delirantes
en insólito rapto, a un tiempo mismo
fruición del cielo y sensación de abismo!

De la nocturna brisa el beso puro
me volvió en mí... yo estaba estremecido,
llorosa ella, el santuario oscuro...
¡Ay de mí!, aquella noche era un latido
de pasión... Ella, con acento impuro,
el rojo labio al mío ya tendido,
contestó balbuciente a mi reclamo

un trémulo y opaco: '¡Yo te amo!

Huyamos este templo y este velo
de virgen, que me ahoga, y esta fría
cruz que guarda un cadáver, que hace un duelo
de la vida, que torna en agonía
la sed de amar y que convierte el cielo
en un sepulcro. Ven si tu alma es mía;
¡ah!, ven, huyamos a lejanos puntos
para vivir de amor y morir juntos!'

Serpeaba en mi sangre intenso frío,
luego un ardor de hoguera; ella mis manos
bañaba con sus lágrimas, al mío
su corazón con golpes sobrehumanos
respondía... y aún miro el cuadro impío,
aún en estos momentos tan lejanos
siento el fuego de su hálito, aún la veo
agonizar de amor y de deseo!

¿Qué pasó en mí? No sé; mas si no fuera
la infinita esperanza de la gloria,
si lo pasado revivir pudiera,
volver a aquel instante de mi historia
por morir de deleite yo quisiera...
La llama fue voraz; ¡ay!, mi ilusoria
virtud hallaba al fin su eterno ocaso...
¡La luz del templo se apagó en su vaso!

Y temblando me alcé; sentí tu aliento
mi rostro helar y como alción errante
que halla su nido entre el furor del viento,
volví a ti, Señor Dios; mi devorante
sed de aquella mujer pasó el momento...
Como selva incendiada árbol gigante,
mi alma así, en el incendio de mi vida,
irguióse al cielo, mas de muerte herida.

Volvió ella a la paz de la conciencia,
y ya jamás la vi. ¡Pudo esa hora
inexplicable hacer nuestra existencia!
Murió la santa que la Iglesia llora;
¡medio siglo de austera penitencia
ha pasado después el que te implora
por borrar en su ánimo cobarde
el recuerdo, Señor, de aquella tarde!

Cincuenta años mi carne entre sus puntas
se llevaron las férreas disciplinas;
cincuenta años, Señor, vivieron juntas
mi sangre y del cilicio las espinas.
Si a estas piedras frías les preguntas,
te contarán mis noches peregrinas;
guardan vivos, las naves solitarias,
ecos de mis sollozos y plegarias.

Y tú, a quien no puedo, desde el día
en que mi carne habló, con mis impuros
labios nombrar, ¡oh!, vuelve, virgen pía,
tu vista a mis anhelos tan oscuros,
como fue angustiosa tu agonía;
haz que resuene en estos sacros muros
de tu hijo la voz: sólo tu acento
redimir puede mi postrer aliento.
Ya lo voy a exhalar y ya rebota
una idea, una sola entre la estrecha
pared del cráneo y ya mi fuerza agota...
¿Y mi fe? ¿Qué es la fe? ¿Por qué deshecha
se hunde mi razón gota tras gota,
en la implacable clepsidra en que acecha
la muerte? ¿Quién me tiende esta emboscada?
¿Vos, Señor? ¿Tú, Satán? ¿Será la nada...?”

IV

¿Fue acaso anuncio de la voz del cielo?

Ello es que al finar su frase inquieta
cayó en éxtasis el fraile: era su anhelo.

Como después que lanza la saeta
vibrando queda el arco, así temblaba
al huírsele el alma, el pobre asceta;

cuando al fin quedó inmóvil, semejaba
tendido inerte en la negruzca alfombra
que del altar las gradas ocultaba,

un jirón de sudario envuelto en sombra.
Y esa alma al salir de aquel sudario
¿qué busca?, ¿y a quién llama?, ¿y a quién nombra?

Llama al Dante, al siniestro visionario
cuya *Comedia* Calasanz leía
sin cesar en su asilo solitario;
no sólo la admiraba, la creía;
por eso buscó al Dante; era preciso
a su designio el prodigioso guía,

porque iba a escalar el Paraíso,
hasta que en su ascensión oír lograra
sonar la voz divina de improviso...

Parte, remonta hasta la fuente clara
de un rayo de la luna; era el primero
de los cielos del Dante, allí se para;

llama a su guía... Un "¡ay!" de prisionero
a quien la noche encadenado esconde,
como eco expirante y plañidero

a la voz del extático responde:
"¿Eres tú el profeta florentino?",
pregunta el fraile, "¿dónde estás?, ¿en dónde,

de los cielos sublime peregrino?”,
y junto a él, surgir ve repente,
roja sombra talar, en torbellino

silencioso, arrastrada lentamente;
siente en su rostro un soplo que murmura:
¡ay!, sólo existe la ciudad doliente,

y va y se borra en la extensión oscura.
Queda solo y entonces mirar piensa
ante él negra nube; no fulgura

sangrando el rayo entre su noche densa
ni el Aquilón desgarra, la que hunde
en horizontes vagos, orla inmensa.

Hondo, glacial pavor de nuevo cunde
del que vuela en el ánima angustiada;
llama pronta a extinguirse, se confunde

su fe, quiere en su vértigo a la nada
huir... al cabo la visión comprende;
la nube es el querube, el que la entrada

del Paraíso cierra... Entonces tiende
su vista en derredor: noche y espanto...
Y su vuelo fatal de nuevo emprende

y el querube ante él, huye entretanto.
¿Mas dónde está de Dante el cielo bello?
¿Dónde el globo de Venus, que amor santo

enciende con su luz, puro destello
del amor esencial? ¿Y el sol, del rito
pagano centro e indestructible sello

puesto a la obra eterna en lo infinito?

¿Y Jove, el astro de radiantes huellas,
en el Edén cristiano, Dios proscrito?

¿En dónde el mar de inmóviles centellas,
en que el Dante escuchó la portentosa
melodía triunfal de las estrellas

en derredor de la divina rosa
en que el Verbo encarnó? Y el cristal terso
del primer móvil, sobre el cual reposa

el señor, desde donde el Gran Perverso
fue lanzado y que al Dante parecía
la sonrisa inmortal del Universo,

¿en dónde estaba o en qué mar sombría
había naufragado? ¡Hasta Dios mismo,
como ocultando al hombre su agonía,

apagaba su luz en el abismo...!
Y tornó a detenerse el fraile osado
en medio del creciente paroxismo

de su delirio de vidente; airado
acento en su interior le dice: “Escucha,
esa sombra que el paso te ha cerrado

no es un querube que contigo lucha,
es la sombra que brota de tu alma
y ante ti se proyecta, tu fe es mucha,

gigante tu valor, obtén la palma.”
Como al caer la tarde, en la amarilla
franja de ocaso y por el mar en calma

hacia el levante donde el faro brilla,
como tras de su misma sombra, vuela

del pescador la frágil navecilla,

así, en pos de aquel nublo que le vela
la ruta, el fraile va; pasa el postrero
de los globos... Allende se revela

sin duda el Verbo; llámalo el viajero;
su voz invoca... Nada... Abre los ojos,
busca del ser el único venero,

y nada ve; sus labios caen flojos
de estupor, no osa hablar y ya no clama
al Señor como antes... Los despojos

del orbe flotar mira entre la llama
lívida de una tea mortuoria;
su pecho ya no siente, nada inflama
su cerebro. “¿Habré muerto? ¿Ésta la gloria
será?”, pregunta y en su loca idea,
suspira por su cuerpo; aquella escoria

lo atrae, en su angustia abrir desea
la enorme piedra que cerró su tumba;
con titánico esfuerzo la golpea...

Al fin rompe y mira... en torno zumba
el torbellino de la vida, el cielo
místico de Alighieri se derrumba...

Como tienda que pliega con anhelo
el caminante al asomar la aurora
así despareció; y el sacro velo

del templo, roto está... ¿Qué ve ahora
Calasanz? ¡Si verdad el sueño extraño
de Copérnico fuese...! El santo llora

sintiéndose sujeto a aquel engaño
de Luzbel. No, no es cierto, su convento
él cerró al nuevo espíritu, aunque en daño

de la ciencia del mundo, pero atento
a la de Dios, a la que Aquino y Dante
le enseñaron... Mas, ¡ay!, en el momento

lo olvidó todo... El cerco de diamante
que encerró al Universo en mil pedazos
estalló; donde el trono fulgurante

se alzaba del Altísimo, en los brazos
de querubes y arcángeles, hoy brilla
el mar del ser, sin límite, sin lazos...

En él flotan los soles, él orilla
no tiene en el espacio; entre su espuma,
átomo microscópico de arcilla,
gira la Tierra; impenetrable bruma
de mundos cerca el horizonte... Nada
fija en cuál centro el Creador reasuma

su omnipotencia. Con angustia helada
la inmensidad recorre y dondequiera,
al tocar en la orilla vislumbrada,

surge ante él la inmensidad entera.
Entonces lo abrazó sed de la ignota
vida do no hay conciencia; la sed fiera

de salir de sí mismo, de ver rota
su alma y como lluvia disolverse
en aquel mar eterno, gota a gota;

fundirse en el Gran Todo, en él perderse...
y no fue su conciencia que moría,

fue su instinto, al que, al fin, logró prenderse

el monje al sucumbir, el que a porfía
lo retuvo. El silencio soberano
rompió entonces y con voz que parecía

provenir de un sepulcro muy lejano:
"¡Ven", exclamó, "ven tú, ven a salvarme!
¡Oh!, santa a quien amé, tu cielo arcano

abandona y me ampara. Condenarme
pudiera si lo accedes a mi ruego;
que acierte yo en tu seno a reclinarme

para escuchar a Dios... y muera luego",
"Héme aquí", contestó el ser evocado;
y como del carbón, chispa de fuego,

surgió así de la noche. "Héme a tu lado",
murmuró al oído del vidente,
que la miró un momento enajenado.

Mas no era Beatriz, de refulgente
inmaculada túnica vestida,
ceñida por un nimbo el alba frente;

ni era una alma sin color nacida
en un rayo opalino de la luna.
¡Oh!, no; una mujer ebria de la vida

y de pasión miró, tal como en una
tarde de abril, magnética y serena,
cuando amor, *que es el mal*, quiso en su cuna

matar para los cielos su alma buena.
Así la vió y el perfumado nido
de su seno de virgen de amor llena

palpitaba con rítmico latido:
“Sin ti no hay cielo”, dijo, “por ti clamo”,
y con el labio al beso ya tendido

respondió el sacerdote: “Yo te amo”.
¡Acento del Señor! ¿Por qué iracundo,
al oír el sacrílego reclamo

no resonaste estremeciendo al mundo?
El fraile, como un beso del Infierno
sintió en la boca; su calor profundo

evaporó su sangre en un eterno
minuto de deleite... Luego, nada,
sólo el vacío que en su ser interno

se filtraba sintió, cual onda helada.
Y tornó a prorrumpir en férreo grito
que recogió la noche amedrentada:

“¿No me escuchas, Señor...? Pues tú, proscrito,
óyeme, escucha mi plegaria impía
y por primera vez serás bendito.”

“Háblame”, y condensando su agonía
en un postrer esfuerzo, el fraile atento
esperó... Mas Satán enmudecía.

Como torrente que rompió violento
el dique huyendo en vértigo insensato,
así el monje siguió con hondo acento:

“¡Satán, Satán, Satán!, tu nombre acato,
pero muéstrate a mí, tu voz quisiera
escuchar, sé verdad y yo desato

tus culpas y te arranco de la hoguera

con mi poder sacerdotal, ¿oíste?
Nada: ¿ni el mal existirá siquiera?”

En el ara que opaca luz reviste
y en los muros de mármol del santuario
rebotó la blasfemia. Fulgor triste

de blandones en torno de un sudario
despedían los astros. Despertaban
los frailes, y cogiendo su breviario
hacia el templo solemnes caminaban.

V

¡Satán, Satán, Satán...! Eco süave
pareció, de la voz aterradora,
la campana mayor que lenta y grave
dio las tres. Calasanz oyó la hora;

se puso en pie al instante; con la mano
tendida al tabernáculo desierto,
dijo con un acento limpio y llano:
“Yo creo en ti, Dios mío”. y cayó muerto.

1894[15]

JOSÉ MARTÍ[16]

No ocultará por siempre a nuestra vista
tu cuerpo sacro el arenal nativo,
¡ay!, sin que mi lamento fugitivo
diga el dolor que el corazón contrista.

De una patria empeñado en la conquista,
por tu heroico ideal moriste altivo...
¡Quién pudiera volvernos redivivo
al gran poeta, al soberano artista!

En la lira de América pondremos
tu cadáver, así lo llevaremos
en nuestros propios hombros a la historia.

En la paz de tu noche funeraria
acaso, como lámpara de gloria,
brille un día tu estrella solitaria.

Mayo de 1895

MÁRGENES DE LA HISTORIA[17]

JUANA D'ARC

I

Suspende la pastora su balada...
Oye de su Lorena en los rumores
la voz de sus celestes protectores.
"Salva", dicen, "a Francia con la espada".

Túrbase, llora... y va de su fe armada;
despierta al rey y manda a los señores...
Ya combate... ya triunfa... Entre loores
unge al rey. está su obra terminada.

¿Qué, entre esa pompa, la pastora piensa?
¿Qué es aquella apoteosis transitoria?
No le importa, entrevé la recompensa:

Siente el beso de Francia ante la historia.
Un beso dado con pasión inmensa
a la flor de su sangre y de su gloria.

II

Entre la turba marcha la heroína

como va en el turbión la flor inerte,
besa la cruz, estática, y su suerte
acepta sin temblar, con fe divina.

Como la de la estrella matutina
en los rayos del sol, así es su muerte;
la llama sube hasta la virgen fuerte
y la consume a un tiempo y la ilumina.

El viento esparce sus cenizas luego,
y en la sangre del pueblo, nunca en calma,
las reenciende en átomos de fuego;

comulga en esa hostia Francia entera,
y de todas las almas, nace un alma:
la patria, ¡oh juana!, el Fénix de tu hoguera.

HOJA DE ÁLBUM

El niño llega a la apartada roca.
Ahuyenta al ave cuyo nido arranca,
y estalla al punto su purpúrea boca
en adorable risa, limpia y franca.

Sangra en sus manos puras el polluelo,
brizna a brizna destroza el tibio nido,

y el asesino encantador, al cielo
vuelve los ojos de contento henchido.

¿Y qué importa una roca despojada,
un ave sin su nido y su cariño?
Vale más la argentina carcajada
que en resonantes perlas lanza el niño.

Llega un día —tal es la humana historia—
de duelo y de pasión. Entonces, ¿es cierto?

La imagen resucita en la memoria
del nido roto y del polluelo muerto.

DE ARY RENAN[18]

Partir miré esta tarde, en un mar ceniciento,
como tropel de abejas, brillantes y ligeras,
los bergantines de oro, las cándidas galeras,
de cada fondeadero del golfo, en un momento.

La escuadra iba inclinando con suave movimiento
sus mástiles ornados de flores y banderas,
y hacia el venturoso país de las quimeras
zarpó, sin coger rizos, puesta la barra al viento.

Ya se perdió a lo lejos cual pálido espejismo;
nube de rayos llena nos ocultó el abismo
donde el naufragio ejerce sus hórridas venganzas;

y mientras, en la playa, sobre los rotos leños,
lloraba mis deseos, mis vagas esperanzas
que se ha llevado a bordo la flota de mis sueños.

Noviembre de 1896

A MARÍA DE LA LUZ[19]

Blanca paloma que anidó en el cielo,
madre de amor, de luz fanal divino,
urna santa de paz y de consuelo,
yo soy el fatigado peregrino
que en un rincón de tu sagrado suelo
a llorar su dolor contigo vino.
Yo soy el trovador que en su agonía
busca en tu altar amparo, madre mía;
yo soy el que sin fe, sin esperanza,

seco ya el corazón por los pesares,
viene a morir aquí.
Yo soy el que ha perdido la esperanza,
yo soy el que han herido, el que agoniza
sin vislumbrar siquiera en lontananza.
¡Ay!, la fe que el sepulcro diviniza;
yo soy el ave que a la mar se lanza,
el fiero vendaval mis alas riza,
yo vengo huyendo los revueltos mares,
madre mía, a anidar en tus altares.
Yo te olvidé, Señora, cuando ufano
al mundo me lancé con ansia loca,
bebí la miel en el festín mundano,
y, ¡oh Dios!, tu nombre se extinguió en mi boca,
y henchida el alma del orgullo humano
que en ceniza convierte cuanto toca,
lejos, muy lejos escuchar solía,
el poético nombre de María.
Descansemos aquí de la existencia,
juntos nuestra jornada hemos vencido
y no temo otra muerte que tu olvido
ni más que una eternidad, tu ausencia.
Tu amor ha sido mi única creencia,
y a ella vuelvo náufrago y vencido,
buscando el casi solitario nido,
como el reo la paz de la conciencia.
Descansemos, y déjame que pida
una hora final pura y serena:
con los brazos en cruz sobre la vida,
tú ruega a Dios, después que yo sucumba,
que a mí llegue el calor de tu alma buena
al través de la piedra de mi tumba.

HANNIBAL[20]

Jura en su nido al águila matar; el Pirineo
cruza y la Galia, a saltos; desde la rota cresta

del Alpe mira a Italia ebria de luz y fiesta
y baja y la hace suya: ¡fatídico himeneo!

Sacia, del Trebia a Cannas, en sangre su deseo,
el elefante púnico pisa la flor enhiesta
de la virtud de Roma que a sucumbir se apresta.
Sólo el Senado vela junto al postrer trofeo.

No puede, exangüe, el cíclope, tocar el nido rojo.
Cartago, negra madre, lo deja moribundo,
a par que Roma surge gigante de su enojo.

Vencido, de odio muere y de desdén profundo...
Y el gran grito del águila hincada en el despojo,
despierta un eco lúgubre en el pavor del mundo.

HUBO UN DRAMA EN EL CIELO...

Hubo un drama en el cielo: se disolvió en los astros
un cometa y el éter transfiguró sus rastros
en un globo gigante de hielo sideral,
que giró en el espacio de uno en otro asterismo
y al recibir un ósculo del sol en el abismo
se derritió en un lago de oro y de cristal.

Y gravitó hacia el mundo: era un mar que caía,
tramando sus moléculas en el fulgor del día
y rompiendo la noche como lampo de luz:
sus olas en calladas espumas cintilantes
iban desde las Pléyades, corimbo de diamantes,
hacia los clavos de estrellas en la cruz.
Las flores eran cálices de inmateriales gemas que emergían al cielo en alburas supremas,
¡gotas de Vía Láctea, cuajadas al caer!
Se abrían a la luna cual se abre una boca
cuando en su rota barca de azul cristal de roca

rocía con sus perlas el áureo amanecer.

El Fénix, flor de fuego que vive de su muerte,
el Ave Rock, el cisne de Leda níveo y fuerte,
el grupo de palomas de Venus la triunfal,
eran aves del lago y el Ara cuyo vuelo
es un jirón del Iris, que flota por el cielo
y la serpiente mítica con las alas de Quetzal.

Aquella mar bogaba del éter suspendida
y respirando como una virgen dormida
reflejaba en su seno todo estelar fulgor,
parecía en su marcha fatídica y premiosa
el fantasma en *crescendo* de incierta nebulosa
obediente al reclamo de oculto imán de amor.

Tocó al fin en la tierra el rastro del cometa
y cual un Dios que fuese un trágico poeta,
con voz de abismo y roncos jadeos de Titán,
formó excelso poema de estrofas siempre grandes
por cuyas rimas emergieron los Andes,
como cornisa inmensa de fuego de volcán.

En vano el frío cósmico del removido lago
cubrió de eterna nieve las cumbres, el estrago
del fuego, un continente de agua hizo surgir,
y mientras escalaba del aire los extremos
se hundían las Atlántidas en vórtices supremos
quebrando sus montañas en islas al morir.

El lago se deshizo en el dorso del mundo;
saltando entre los montes fluyó un hielo profundo
que unido a otros y otros el istmo fecundó
y bajo el cielo cálido que su corriente tinta
abriendo un tajo enorme el regio Usumacinta,
¡por su cuenta de oro hasta la mar corrió!

Y la flora, hija lúbrica del trópico encendido

y la fauna ebria siempre de amor, perenne nido
tuvieron, y fue todo luz, música y calor;
en tanto sobre el río en átomos colaba
otro río zumbante que en cada ser dejaba
su dardo microscópico de sangre y de dolor.

Y pasaron los siglos de siglos hasta el día
en que Huracán, el padre de cuanto ser vivía,
tornó a encender la aurora de otra feliz edad;
el río envolvió el ópalo de su caudal inmenso
en una eterna nube de flores y de incienso
y en un canto infinito de amor y de piedad.

Tornaba el escogido de Dios a amar la tierra,
tornaba el demiurgo cuyo espíritu encierra
la ciencia y la poesía en diptongo de luz;
volvía Quetzalcóatl y a su vera llegaban
los sabios de los cielos y el sol simbolizaban
entre los cuatro brazos divinos de la cruz.

Todo traía el santo: que era ave y era estrella,
y eterno, como el *Coase* con que su nombre sella
todo: fe, ciencia, un credo de mansedumbre y paz;
pero faltó a su símbolo la raíz de la planta,
faltó tu alma, tu nombre, tu altar, libertad santa,
por eso huyó, por eso no ha vuelto Guxcumaz.

Mas en aquella época, tranquila Edad de Oro,
las palmas y las ceibas alternaban en coro
con el manso murmurio del río al descender,
dando perennemente dulce acompañamiento
a los grupos hieráticos que en forma de lamento
cantaban en sus himnos lo vano del placer.

Y así los sacerdotes surcaban en piraguas
de uno en otro santuario nacido de las aguas,
como un loto que surge de su cristal azul,
y vivían unidos en sus aras enhiestas

por un rosario eterno de oblaciones y fiestas
a que llamaba el triste golpe del Zunkul.

Todo templo era un ara votiva sobre un monte,
una selva de templos graduaba el horizonte
ceñida de otra selva con triunfador afán,
coronaba el santuario un gran crestón vertido
de estucos prodigiosos, representando el nido
del pájaro serpiente, del sacro Kukulkán.

Perduró por centurias el reinado divino,
el pueblo nahua y maya mezclaban su destino
bendiciendo el augusto sembrador del maíz...
Pero un día los esclavos alzaron la cabeza
y tambaleó todo, sacerdocio y realeza,
sintiéndose el mundo herido de muerte en su raíz.

Cayó: calló: el profeta, el enviado, el verbo.
Desapareció en silencio y un dios triste y protervo
resucitó a Xibalbá el reinado del mal.

[1] Ignacio M. Altamirano, *Revistas literarias de México*, T. F. Neve Impresor, México, 1868, pp. 149-150.

[2] *Veladas literarias. Colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos*, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, México, 1867-1868, pp. 113-118.

[3] *El Siglo XIX*, México, 14 de octubre de 1868, p. 2. Aparece transcrito dentro de la *Crónica de teatros* de Ignacio M. Altamirano. Se escribió con motivo de la inauguración del Conservatorio Dramático, el 29 de septiembre de 1868.

[4] Estrofa incluida en el cuento "Incógnita", publicado sin título y dedicado "A Lácryma, muerta en el mar", en *El Domingo*, México, 1871, t. I, y recogido luego en los *Cuentos románticos*, contenidos en Justo Sierra, *Obras completas II*, pp. 505-525.

[5] *El Federalista. Edición literaria*, México, enero de 1872, t. I, p. 57.

[6] Versión manuscrita.

[7] Título de la pieza teatral de Manuel Acuña, estrenada el 9 de mayo de 1872.

[8] Versión publicada en *El Federalista*, México, 11 de diciembre de 1873, pp. 1-2.

[9] *La República Literaria*, Guadalajara, 1890, t. V, pp. 16-21; Enrique Fernández Granados (comp.), *Parnaso de México. Antología general de poetas mexicanos*, t. I, Porrúa Hermanos Editores, México, 1919, pp. 216-223.

[10] *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, 1889, t. I, pp. 260-261; *Revista Moderna*, México, mayo de 1899, t. II, núm. 3, p. 85.

[11] En un folleto de la Imprenta de la secretaría de Fomento, México, 1888, y en *La República Literaria*, Guadalajara, 1889, t. V, pp. 333-341. El autor de la obra referida es Joaquín Arcadio Pagaza.

[12] *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, 1890, t. III, pp. 465-466.

[12*] De una colección inédita que se titulará "Márgenes de la historia". [N. del A.]

[13] *Revista Azul*, México, 12 de agosto de 1894, t. I, núm. 15, p. 224.

[14] *Revista Azul*, México, 4 de noviembre de 1894, t. II, núm. 1, pp. 8-20.

[15] La fecha de composición de "el beato Calasanz", el poema más ambicioso de Sierra, presenta un problema complejo. En su primera publicación el poema lleva al calce la fecha 1884, pero aparece en 1894. ¿Cuál de las dos fechas debe tomarse en cuenta para situarlo cronológicamente?

Hay muchos motivos para creer que la primera fecha, 1884, es un error de imprenta o una alusión, por parte del autor, a la fecha de los primeros gérmenes de su poema. En ningún otro caso conservó inédito o en el telar tantos años un poema, y éste lo dio a conocer en 1894. Manuel Gutiérrez Nájera habla de su primera lectura en un artículo fechado en febrero de 1894 ("La primera del Calasanz", *Revista Azul*, 11 de noviembre de 1894, II, 2, pp. 21-23); Guillermo Prieto, a quien está dedicado el poema, lo agradece en carta de noviembre de 1894, y sus comentaristas, como el doctor Manuel Flores, Amado Nervo y Rafael Ángel de la Peña, escribieron después de su aparición en la *Revista Azul*, 1894, y ninguno dice haberlo conocido tiempo antes. Por otra parte, el poema que parece haber sido modelo del de Sierra, "La visión de fray Martín", de Gaspar Núñez de arce, se publicó en 1888. ¿A desvanecer este parentesco tendía la fecha que sierra puso al pie de su poema?

Todo parece, pues, indicarnos que, en este caso, debemos tener en cuenta la fecha de publicación del poema, 1894, y no la muy incierta que lleva al calce. Dentro de la evolución poética de Sierra, en 1894, y no dos lustros antes, parece tener su lugar justo "el beato Calasanz".

Conviene advertir, finalmente, una peculiaridad del título mismo. San José de Calasanz (1556-1648), español, fundador de las Escuelas Pías dedicadas a los escolares pobres, fue beatificado en 1748 por el papa Benedicto XIX y canonizado en 1776 por Clemente XIII. Ignoro de dónde procede el testimonio de esa última experiencia teológica que el poema de Sierra narra, pero ¿por qué llamó a Calasanz "beato" y no "santo", como ya lo era? ¿Hay en ello alguna intención de juicio, ignorancia de la canonización o simple preferencia por el título más eufónico?

[16] *Revista Azul*, México, 2 de junio de 1895, t. III, núm. 5, p. 67.

[17] *El Mundo*, México, 1° de enero de 1899, p. 12.

[18] *El Mundo*, México, 15 de noviembre de 1896, p. 306. Ary Renan (1855-1900), hijo de Ernest Renan, inició su carrera

como pintor para dedicarse luego a la poesía y a la crítica de arte. Sus versos, que se habían publicado en revistas literarias —donde pudo conocerlos Sierra—, se coleccionaron en un volumen póstumo, *Rêves d'artiste* (1901). Este soneto de justo sierra pudiera ser, pues, una traducción de Ary Renan, aunque, por no haber podido consultar aquel volumen, no puedo comprobarlo.

[19] Los últimos catorce versos de este poema —a partir de "Descansemos aquí de la existencia"—, con ligeras variantes, son los mismos que Sierra publicó en forma de soneto, en 1912, con el título "A L... "

[20] *Revista Moderna de México*, México, noviembre de 1903, p. 145.

CUENTO

666: CÉSAR NERO[*1]

> Que cualquiera que tenga inteligencia calcule el número de la Bestia; es el número de un hombre, y este número es 666.
>
> Apocalipsis, XIII, 18

> Los adivinos le habían prometido que a su caída reinaría sobre el Oriente; otros le habían asignado el reino de Jerusalén.
>
> SUETONIO, *Nerón*, XL

> Veinte años después de su muerte, apareció un aventurero que se decía Nerón. A favor de este nombre supuesto fue muy bien recibido entre los partos y recibió de ellos grandes auxilios.
>
> SUETONIO, *Nerón*, LVII

> El gran rey de Roma la Grande, el hombre igual a Dios, engendrado por Júpiter y Juno la diosa, que solicita en los teatros aplausos, cantando sus himnos melifluos, que ha matado a tantos, sin contar a su propia madre, vendrá de Babilonia, terrible e impío. La multitud y los grandes le harán séquito...
>
> *Orác. Sibilino*, V

A Bernardo García Rejón

Siete años hacía que, por la gracia del Señor, reinaba el emperador Justiniano, de eterna celebridad y equívoca reputación; algunos romanos que habíamos servido en el ejército de Belisario durante las últimas campañas en Persia, nos vimos en la absoluta necesidad de permanecer en Antioquía, mientras nuestro general emprendía la reconquista de África, porque la cicatrización de nuestras heridas era muy lenta.

La corte de Constantinopla, según allí sabíamos por los mercaderes y los marinos de la flota, apenas se reponía de la emoción que le causara un tremendo levantamiento de las facciones cocheriles, que estuvieron a punto de incendiar la ciudad entera; nosotros, hijos de occidente, que hacía tiempo habíamos olvidado, en medio de nuestras desdichas, la habilidad de los “verdes” y de los “azules”, nos entregamos con placer a las deliciosas vacaciones que la buena estación y algunas larguezas de Belisario nos permitían disfrutar.

En aquellas poblaciones profundamente dominadas por la devoción y la fe, era obligada

romería de todo buen creyente la que se hacía para visitar la iglesia y monasterio llamados la Mandra de San Simeón Estilita. En el santuario, situado a trescientos estadios de Antioquía, se veneraba, en efecto, la columna en que aquel varón extraordinario pasó cerca de treinta años, siempre en pie, predicando y orando. Un siglo, poco más o menos, hacía que el Estilita había muerto y aún la fama de su milagrosa vida era el consuelo y el orgullo de la iglesia patriarcal de Siria.

Antes de volver a nuestra Italia, aun cuando fuese para ensangrentarla al arrancarla a los bárbaros que la profanaban, quisimos, ya aliviados de nuestras dolencias, hacer también la santa peregrinación; y reunidos a una de las numerosas caravanas que de todos los puntos del imperio se dirigían al milagroso santuario, llegamos a aquel monte en donde se había realizado la manifestación más extraordinaria del poder pasivo de la naturaleza humana, subyugada por el fanatismo y espiritualizada por el éxtasis. Nosotros, que en nuestra calidad de romanos, nacidos en Roma, nunca tuvimos el fervor religioso de aquellas poblaciones orientales, mezclábamos cierta timidez a las demostraciones de adoración que prodigaban los peregrinos ante la columna de aquel prodigioso penitente, de aquel suicida, como decía irreverentemente el más joven de nosotros, vástago, según afirmaba, de una antiquísima familia pagana.

Salimos de la iglesia, para recorrer la galería que la rodeaba; nos guiaba un cenobita que, a nuestro ruego, nos condujo a la habitación del santo Eutiquio, que había conocido a san Simeón y que, según la fama, leía en las almas como en un libro abierto. Aguardamos un rato a que el varón de Dios concluyese sus preces; nos hizo sentar, en seguida, a su lado, con afabilidad y dulzura, pero sin despegar del más joven de nosotros su mirada penetrante.

—¿Cuál es tu nombre? —le dijo al fin.

—¿Mi nombre cristiano, padre mío?

—No, el nombre de tu *gens*, de tu familia, tu nombre antiguo, el de hace tres siglos.

El sacerdote aguardaba la respuesta con una especie de ansiedad; nuestro camarada se había puesto muy pálido.

—Padre mío —replicó al fin—, si es cierto que el Señor os ha dado el poder de leer en las almas, ved en la mía el nombre que rehúsa pronunciar mi boca.

—Hijo, no es necesario leer en tu alma, para adivinar cuya es la sangre que por tus venas corre; basta el color singularísimo de tu barba...

(Y en efecto, nuestro camarada tenía la barba de color de bronce rojo.)

—*Aenobarbus*... —murmuró el asceta.

Nuestro primer movimiento fue retirarnos de aquel pariente de Nerón, que se arrojó lloroso a los pies del santo.

—¿Son amigos tuyos, estos que te acompañan?

—Son mis hermanos.

—Entonces esperad un instante —dijo el anciano y salió apoyado en su báculo.

Arrepentidos de nuestro primer movimiento, estrechamos a enobarbo en nuestros brazos; nos refirió brevemente que descendía por la línea paterna de Lucio Domicio, a quien, según una tradición doméstica, un genio le había acariciado las mejillas, cambiando para toda su descendencia el color de la barba. De ese mismo Domicio descendía Nerón.

Concluía su historia nuestro camarada, cuando volvió Eutiquio trayendo un rollo de pergamino atado con un cordón de púrpura.

—Este escrito —nos dijo— fue entregado al santo Simeón por un pastor que, en un bosque de las cercanías de Éfeso, lo encontró en un túmulo en ruinas. Sólo Dios sabe quién lo escribió: leed.

Tornó Eutiquio a ponerse en oración. Nosotros, sentados en sendos sitiales de cedro del Líbano, desenvolvimos el pergamino, y yo leí en voz alta:

La fiel actea y las nodrizas Eclogé y Alejandra llevaron al monumento sepulcral de los domicios el cadáver de César, de Nerón. Depositáronlo en el interior del mausoleo y después de regarlo con flores y lágrimas, se retiraron, las nodrizas hacia Antium, villa natal de los Enobarbos, y la inconsolable actea hacia las catacumbas novísimas, en donde sus oraciones subían al eterno día y noche para hacerlo propicio al espíritu de su imperial amante.

Poco después de haberse alejado aquellas piadosas criaturas, una sombra, negra como una nube de humo, cubrió el sepulcro. La claridad lunar que inundaba el Campo de Marte, el Capitolio y la mole inmensa de Roma, hacía resaltar más la pavorosa oscuridad que lo envolvía. Aquella sombra que se prolongaba cual inmenso fantasma por toda la colina de los jardines, era la de una mujer que se acercaba lentamente al sitio en que el emperador yacía y que, cuando hubo llegado, salvó la balaustrada de mármol de Thasos y acercándose a la tumba, que era de pórfido y bronce, aplicó sobre la puerta el anillo que llevaba con la efigie de Augusto. La enorme plancha metálica abrióse en dos ante ella; giraron las puertas sobre sus goznes y la visitante nocturna se perdió bajo la fúnebre bóveda. Algunos minutos después reapareció trayendo sobre sus hombros un cadáver envuelto en la gran túnica blanca bordada de oro que llevaba Nerón durante las calendas de enero. Depositó su fatigante carga al pie del altar que decoraba el monumento y sacando de debajo de su pénula un frasquito tallado en un trozo de cristal de roca, vertió lentamente su contenido sobre los labios entreabiertos del cadáver. Desnudóle en seguida el pecho marmóreo y cubierto de rojizo vello, y examinando una ancha herida que el joven César tenía sobre el corazón, aplicó la mano sobre ella, murmurando incomprensibles frases y dirigiéndose a Luna-Hécate, la divinidad protectora de los envenenadores y de la magia, como si invocase su misterioso poder.

En el instante mismo un movimiento convulsivo agitó el cuerpo del César, que comenzó a respirar. La mujer se incorporó:

—*Ave, imperator* —dijo en voz baja—, he cumplido mi promesa.

Y dichas estas palabras volvió al interior del mausoleo, cuyas puertas se cerraron

lentamente. Nerón se puso de pie, vacilante, cual si después de una larga perturbación volviese a la conciencia de su estado, y una hora después una figura blanca se alejaba precipitadamente por el Campo de Marte y se perdía en la sombra.

Una nube negra cortaba en aquel instante mismo el disco de la luna; semejaba un águila inmensa.

—Guíalo, águila imperial, y que cumpla su destino lejos de mí —balbució la hechicera, que de nuevo había salido del sepulcro—. Yo también lo amaba.

Así dijo y se dispuso a huir sin advertir que algunos soldados de la guardia pretoriana, que traían orden de arrojar al Tíber el cadáver del tirano, se acercaban cautelosamente. Tres días después la plebe romana arrastraba a las gemonías el cadáver de Locusta.

La nube, que parecía el águila imperial, dirigíase constantemente al levante, siguiendo un camino contrario al de la luna. No faltaban en Roma adivinos (acaso los mismos que profetizaban a Nerón el reino de Jerusalén) que propagasen entre la plebe, devotísima del último César, la noticia de su resurrección y de su pronta vuelta, a la cabeza de un ejército de partos.

La idea cristiana fermentaba en las entrañas de la ciudad eterna, preparando la terrible erupción que había de hacer, con el paganismo, lo que el Vesubio con Herculano y Pompeya. Los dioses parecían huir del Olimpo, y aquel pueblo que reía incrédulo ante los templos de sus ídolos y levantaba altares a Calígula, el epiléptico Júpiter Lacial, se revolcaba en el cieno de los placeres torpes y sin nombre. El alma cristiana prorrumpía en aleluyas, al oír los anuncios que mostraban a Nerón viniendo a renovar, en más espantosas proporciones, el incendio de 64, y clamaba:

—¡Maldición, maldición sobre ti, ciudad impura de la tierra latina. Bacante que juegas con tus víboras, te sentarás viuda al pie de tus colinas y sólo quedará el Tíber para llorarte, meretriz!

El pueblo también se regocijaba con la vuelta del César, en cuya muerte no había creído, y esperaba entonces volver a embriagarse con los espectáculos inmensos y tornar a ver a “los enemigos del género humano”, que entre sí se llamaban “cristianos”, servir de antorchas para iluminar las noches de orgía de Roma y escuchar de nuevo resonar en los ámbitos del teatro la voz del hijo de Agripina, que si resuena desapacible y ronca en los oídos de la historia, siempre fue celeste y dulce para el plebeyo romano.

Pasaba el tiempo, y con él los caudillos de la soldadesca que habían intentado recoger la herencia del postrer representante de la divina familia de Julio César.

Por fin, un soldado de hierro subió al trono imperial: Flavio Vespasiano. El pueblo-rey comenzaba a perder la esperanza en la vuelta de Nerón; pero no el pueblo cristiano, que en la reaparición de aquel representante del mal sobre la tierra, veía la destrucción del Imperio y el

anuncio de los tiempos nuevos. Por eso en las entrañas de la tierra, en las catacumbas, o en los refugios de Asia, o en los desiertos de África, el cristiano leía en voz baja la profecía del fin del mundo impío, el libro nuevo y misterioso de juan, el discípulo amado de Jesús, que, cubierto de años, hablaba desde Patmos con voz de trueno y por eso le llamaban el Hijo de la Tempestad, *Boanerges*. En ese libro estaba la "revelación" de lo futuro; era el Apocalipsis. Ahí los iniciados encontraban al Imperio figurado en la enorme bestia purpúrea que salía del seno del mar, llevando, como Satanás, siete diademas y en cada una de ellas un nombre: César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galba; y diez cuernos: África, España, Galia, Bretaña, Germania, Italia, Grecia, Asia, Asiria, Egipto. Mas la cabeza cortada de la bestia no renacía aún y los momentos de horrible desolación que debían preceder al reino mesiánico del milenio, no empezaban a señalarse en la clepsidra por gotas de sangre, en vez de gotas de agua, como todos los creyentes lo esperaban. El autor del Apocalipsis lloraba de dolor con la noticia de la total destrucción del templo de Jerusalén, por los soldados feroces de Tito, sin que nadie hubiese socorrido a sus defensores...

Por aquellos días corrió un extraño y pavoroso rumor por las ciudades del Asia Menor y se comunicó a Grecia de isla en isla: los partos, afirmaban muchos, han pasado el Eufrates y van a derramarse sobre Asia y Siria; los acaudilla Nerón resucitado y conquistarán a Roma. Era ese el ejército profetizado por Juan, el ejército de langostas convertidas en hombres y que llevaban corazas de hierro y cascos dorados, debajo de los cuales salían flotantes cabelleras largas como las de las mujeres; sí, así eran los partos. Al saberlo, una inmensa emoción se apoderó de los cristianos y el *aleluya* que iba a celebrar el triunfo después de la destrucción total subía ya a sus labios.

Un hombre, vestido con una clámide bordada de oro, andaba por la playa cercana a Éfeso, como esperando una galera que aún no aparecía en el horizonte. Purísimo estaba el mar y como él, el cielo; parecía un inmenso *velarium*, tendiendo por la inmensidad el azul luminoso de sus pliegues. Amanecía; las brisas helénicas saturaban de voluptuoso perfume la atmósfera de aquella comarca marina. El oído, involuntariamente, disponíase a escuchar, en aquella soledad, los acordes de la lira jónica, como el canto del ruiseñor en el bosque.

La mirada profunda del hombre de la clámide blanca, se fijaba ansiosa en el occidente y exclamaba:

—¡Oh, Grecia mía, patria del alma y del amor! ¡Oh!, tú, que surgiste del océano al son de los cantos de Orfeo y balbuceaste tus primeros himnos sobre la lira de Homero. ¡Oh!, tú, madre divina de la poesía y del arte, mañana pisaré tu suelo sagrado y surgirán a mi voz invencibles legiones y romperé las cadenas que mis antiguos soldados rebeldes han forjado de nuevo para ti. Mañana, en la Grecia libre, Claudio Nerón recobrará su Imperio.

De repente resonó en sus oídos una música distinta de las que hasta entonces había escuchado; era un coro de voces infantiles que se exhalaba en notas de una dulzura mágica;

parecía una plegaria. El “primer artista del mundo” se dirigió, como impelido por fuerza superior, hacia el lugar de donde partían aquellas cadencias divinas. Agitaba su alma desconocido sentimiento que lo deleitaba y lo espantaba al mismo tiempo. Deteníase a veces, trémulo de emoción y como si temiera perder una sola, la más tenue nota de aquella salmodia de los cielos; Grecia, el Imperio, todo lo había olvidado. Inusitada angustia invadía su alma:

—¿Voy a llorar, oh Júpiter, te habrás compadecido de mí? —murmuraba aquel hombre.

Divisó, por fin, oculto entre unas rocas, el lugar de donde salían las voces; acercóse, llegó... Un anciano vestido de un tosco sayal y cuya barba era blanca como la nieve del Líbano, lo detuvo.

—Detente, infeliz, detente. Ve en busca de tus ejércitos y apréstate a la horrible matanza. Pero el señor no quiere que te acerques al lugar santo. Éste es su templo; el templo cuyo pavimento inmaculado cubriste con la sangre de los mártires.

—Cristiano, ¿sabes quién soy?

—Lo sé, lo veo; yo soy el discípulo del grande amigo de Cristo, del profeta que aguarda en Patmos el martirio y que ha colocado sobre tu frente por todos los siglos el sello mismo de Satanás.

—¡Oh!, anciano, perdón. Iníciame en los misterios de tu culto; yo también quiero ser cristiano.

—Dios mío —murmuró Policarpo, poniendo en el cielo una mirada sublime de esperanza y de ruego—, Dios mío, tú lo dijiste: todos, todos pueden alcanzar perdón... Apiádate del hijo de Belial.

—¿Tu Dios era el rey de los judíos? —preguntó Nerón.

—El reino de Cristo no es de este mundo.

—Padre mío, si quieres convencer mi alma, ruégale que deje salir las lágrimas que me queman el corazón.

—Así sea —murmuró el apóstol, y tendió las manos sobre la cabeza cubierta de purpúrea cabellera del emperador. Un instante después estaba éste de rodillas y un raudal de llanto corría de sus ojos.

—*Miserere* —repetía el coro de los niños y de las vírgenes—, *miserere*...

—Ahora, ve a confundir tus lágrimas con las del mar, cristiano, y allí recibe tu bautismo y espera tu perdón. Entra al océano y anda si tienes fe...

El de la clámide blanca penetró en el océano sin vacilar.

Súpose al siguiente día que, a consecuencia del movimiento de los partos, una inmensa conspiración iba a estallar en Asia y Grecia... Mas el caudillo había desaparecido.

Los marinos habían visto surgir, de improviso en el Egeo, un peñasco árido, pelado, horrible, semejante a un cráneo coronado; sobre él se balanceaba en el cielo una nube negra semejante a un águila imperial.

El agua de los ríos llegó a amargarse tanto como la del océano; parecía que la profecía de

juan iba a cumplirse y que la tercera parte de las aguas se tornaban absintio.

—¡Ah! —decía en su isla sagrada el gran revelador—, el primero de los pecadores debe estar llorando sus culpas. *Beati qui lugent*.

Dos siglos y el tercio de otro siglo habían pasado; el imperio se había transformado, mas las aguas seguían amargas; árido el siniestro peñón batido por las olas; sombría, inmensa, el águila que se mecía en las alturas. Por el mes de octubre del año 313 de la venida del señor, una aurora maravillosa iluminó el occidente: algo así como un día nuevo surgió del ocaso del sol. Sus rayos de oro penetraron y deshicieron el águila imperial y la nube se disolvió en lluvia fresca y bienhechora. La roca, empapada por ella, se convirtió en una corona de flores que se reflejaba en el dulce cristal de las aguas. En torno de ella resonó un coro semejante a las plegarias que entonaban a Dios los niños cristianos y sobre el disco del sol el mundo contempló admirado una cruz fulgurante, bajo la cual una mano misteriosa había trazado en los cielos esta frase: *In hoc signo vinces*. Y estas palabras anunciaron a Constantino y a la Iglesia la victoria suprema, y la misericordia de Dios a Claudio Nerón.

[*] *El Renacimiento*, México, 1869, t. I, pp. 439-442.

[1] Aún no publicaba Renan su *Anticristo* cuando apareció este fantaseo en el *Renacimiento*. Yo tomé del estudio de un exégeta alemán, analizado por Reville, la interpretación que luego adoptó, ampliándola magníficamente, el gran historiógrafo francés y que consiste en leer en la cifra misteriosa del *Apocalipsis* el nombre de Nerón. [N. del A.]

LA FIEBRE AMARILLA

A José María Peón

Registrando un cuaderno pomposamente intitulado *Álbum de viaje*, y que yacía entre ese polvo simpático que el tiempo aglomera en una caja de papeles largo tiempo olvidado, me encontré lo que verán mis amables lectoras.

Veníamos en la diligencia de Veracruz, un joven alemán, Wilhelm S., de cabellos de oro gris, ojos azules, grandes y sin expresión, y yo. No bien habíamos encumbrado el Chiquihuite cuando se desató la tormenta. El carruaje se detuvo para no exponerse a los peligros del descenso por aquellas pendientes convertidas en ríos. Asomé la cabeza por la portezuela, levantando la pesada cortinilla de cuero que el viento azotaba contra el marco; parecía de noche. Sobre nosotros la tempestad con sus mil alas negras golpeaba el espacio; sus gritos eléctricos rodaban por las cuestas hasta el mar, y el rayo, abriendo como espada fulmínea el seno de las nubes, nos mostraba las lívidas entrañas de la borrasca.

Estábamos, literalmente, en el centro de una cascada que, despeñándose de las nubes, rebotaba en la cumbre de la montaña y corría por las pendientes con un furor torrencial.

—Estoy sudando a mares —me decía en francés mi compañero de viaje— y tengo un horno en el vientre.

—Duerma usted —le contesté—: así le pasará todo.

Y uniendo al consejo el ejemplo, me arrebujé en mi capa y cerré los ojos.

Dos horas después, la tempestad había pasado, huyendo hacia el oeste por entre la verde serranía. Eran las cinco de la tarde y el sol marchaba por el camino en que se perdían los últimos jirones de las nubes. Penetraba la luz por entre aquella vegetación exuberante, tiñéndolo todo con una maravillosa multiplicidad de tintas que se fundían en un tono cálido de oro y esmeralda. Por oriente, un tapiz infinito de verdura bajaba plegándose en todas las quiebras y dobleces de la serranía, manchado aquí y allí con el tierno y brillante verdor de los platanares, y ondulando por aquella gradería de titanes, hasta convertirse en azul por la distancia y bañar su ancho fleco de arena en la costa de Veracruz. El camino, que habíamos seguido al subir la cuesta, serpeaba por entre árboles que apenas destacaban sus copas entre la tupida cortina de las lianas; pasaba sobre altísimo puente; bajaba en curvas abiertas a una pequeña población de madera, e iba, abajo, por entre espesos y bullentes matorrales, a confundirse con el fragmento de vía férrea que, del pie de la montaña, lleva al puerto.

En el fondo del cuadro, allí donde se adivinaba el mar, se levantaban soberbios grupos de nubes, sobre cuyo gris azuloso se destacaban negros e inmóviles los *stratus*, que parecían una bandada de pájaros marinos abriendo al viento, que tardaba en soplar, sus larguísimas alas.

Dormía el alemán como una persona muy fatigada, y de su pecho jadeante salían sollozos opacos; parecía presa de intenso malestar; una sospecha cruzó por mi mente: ¡Si tendrá...!

Las ramas de un árbol cercano se introducían por una ventanilla de la diligencia que esperaba inmóvil que los torrentes disminuyeran un poco su ímpetu. Sobre una hoja amarillenta temblaba una gota de agua, lágrima postrera de la tormenta; yo, preocupado por el funesto temor que me infundía el estado de mi compañero, me puse a mirar atentamente aquella perla de cristal líquido. He aquí lo que vi:

Era la gota de agua el golfo de México, bordado por la curva inmensa de sus calientes costas y entrecerrado al oriente por esos dos muelles bajos y cuajados de flores y de palmas, la Florida y Yucatán, entre los que parece emprender el vuelo la larguísima banda de aves acuáticas de las antillas, guiada por la garza real, la espléndida Cuba, la esclava servida por esclavos.

En medio del golfo, rodeada por amarilla corona que doraba al mar en torno, como un enorme girasol que se abriera a flor de agua, se levantaba un islote de impuro color de oro, en donde depositaban las corrientes sus algas semejantes a las bandillas con que envolvían a sus momias los egipcios. Sobre aquel peñón el sol brilla con un tono cobrizo; la luna pasa fugaz, velada por lívidos vapores, y en los días de tempestad las procelarias describen un amplísimo círculo en torno suyo lanzando graznidos pavorosos. Una voz infinitamente triste, como la voz del mar, sonaba en aquella isla perdida:

—Oye —me dijo—: el mismo año que los hijos del sol llegaron a las islas, vivía en Cuba una mujer de trece años a quien llamaban Starei (estrella). Era muy bella; negros eran sus ojos y embriagadoramente dulces como los de las aztecas; su cutis terso y dorado como el de las que se bañan en el Meschacebé; celestial su voz como la del *shkok* que canta sus serenatas en los zapotales de Mayapán, y sus dos piecesitos combados y finos como los de las princesas antillanas que pasan su vida mecidas en hamacas que parecen tejidas por las hadas. Cuando Starei apareció una mañana en la playa, sentada sobre la concha de carey rubio de una tortuga marina, parecía una perla viva y todos la adoraron como una hija de Dios, de Dimivancaracol. Mas el profeta de la tribu oró toda la noche junto al fuego sagrado en que ardían las hojas inebriantes del tabaco y oyó la voz divina que resonaba dentro del corazón del gran fetiche de piedra que le decía:

"—No la matéis, guardadla y amparadla; es la hija del Golfo y el Golfo fue su cuna; haga Dios que vuelva a ella.

"Starei cumplió trece años y los ancianos y los jóvenes, los profetas y hogares, para correr en pos de ella por las orillas del mar. Todos estaban locos de amor; pero si alguno se acercaba a ella, el Golfo rugía sordamente y el pájaro de las tempestades cruzaba el espacio.

"Starei cantaba como el *zenzontli* mexicano y su canto acariciaba como el terral que besa las palmeras en las tardes calientes, y reía de todo abriendo su boca roja como las alas del ipiri y su seno levantaba y dejaba caer en dobles pliegues provocadores la finísima tela de

algodón blanca que lo cubría. Los hombres, al escucharla, lloraban de rodillas, y las mujeres lloraban viendo sus casas de palma vacías y las cunas de junco inmóviles y heladas hacía mucho tiempo.

”Una noche de tempestad, la divina Starei regresó al pueblo, después de una de sus correrías por la orilla del mar en que pasaba horas enteras contemplando las olas como si esperase algo; los que la seguían decidieron hacer alto y enterrar a sus muertos: a los ancianos que habían muerto de cansancio en pos de la hija del Golfo, a los jóvenes que se habían arrancado el corazón a sus pies, a las madres que habían muerto de dolor, a las esposas que habían sucumbido desesperadas.

”Era una noche de tempestad; reinaba con furia jamás vista Huracán, el dios de las Antillas. Los sacerdotes hablaban de un nuevo diluvio y de la calabaza alegórica en donde estaban los océanos y los monstruos del agua, que se habían roto un día e inundado la tierra, y se encaramaban azorados a la cima de sus cúes y se refugiaban en la sombra de sus dioses de piedra, que temblaban sobre sus bases. Los habitantes de la isla, transidos de pavor, olvidaron a Starei. Toda la noche pasó en oración y en sacrificios; mas al despertar la aurora corrieron delirantes a donde el canto de la virgen los llamaba.

”Starei estaba en la playa, sentada sobre un tronco de palma de los millares que el viento había arrancado y regado por la arena; sobre sus rodillas descansaba la cabeza de un hombre blanco que parecía un cadáver. La hermosura de aquel rostro era dulce y varonil a la vez, y la barba apenas naciente indicaba la corta edad del joven que Starei devoraba con los ojos arrasados en lágrimas.

”—Quien lo salve —exclamaba— será mi compañero, será el esposo de toda mi vida.

”—Está muerto —dijo con voz profunda un viejo sacerdote.

”—Está vivo —gritó un hombre abriéndose paso entre la multitud.

”Los indios se apartaron sobresaltados; jamás habían visto tan extraño personaje entre ellos. Era alto y fuerte; sus cabellos del color del vellón del maíz, se levantaban rígidos sobre su frente ancha y broncínea y, dividiéndose en dos porciones, caían espesos y lacios en derredor de su cuello atlético; sus cejas eran dos delgadas líneas rojas que se juntaban en el arranque de su nariz aguileña; su boca del color violáceo del palo de Campeche levantaba hacia arriba los extremos de su arco sensual e irónico. El óvalo de su rostro, no deformado ni por el vello más sutil, no llamaba tanto la atención como sus ojos del color de dos monedas de oro finísimo, engastados en sendos círculos negros. Estaba desnudo y espléndidamente tatuado con dibujos rojos; de la argolla de oro que rodeaba su cintura pendía una tela bordada maravillosamente de plumas de *huitzli*, el colibrí de Anáhuac.

”Aquel hombre, que algunos creían venido de Haití, se acercó al que en apariencia era un cadáver, sin hacer caso de la mirada profunda y preñada de cólera de Starei. Puso una mano en aquella frente glacial y al llevar la otra al corazón del blanco, la retiró con un movimiento brusco, como si hubiese tocado una brasa; desgarró rápidamente la camisa tosca de lino,

empapado aún, que cubría el pecho del joven, y se apoderó de un objeto que llevaba pendiente del cuello. Starei se lo arrebató. ¿Era un talismán? Cuando aquel hombre singular ya no tuvo bajo su mano aquello, que le era sin duda un obstáculo, la colocó sobre el corazón sin latidos del náufrago y dijo a la niña:

”—Bésale la boca.

”Y apenas había sido obedecido aquel mandato cuando el presunto muerto se incorporó y tomando el pedazo de madera que Starei conservaba en la mano, se arrodilló pegando a él sus labios y bañándole con sus lágrimas. Era una cruz.

”—Adiós, Starei —dijo el de los ojos de oro—: allí está entre los cocoteros la cabaña de Zekom (quiere decir *fiebre* este nombre); allí está nuestro lecho nupcial; te aguardo, porque lo has prometido.

”Y se alejó y se perdió entre las palmas.

”La hija del Golfo no pudo reprimir un grito de rabia al escuchar las palabras del hijo del Calor; se acercó al cristiano, rodeóle el cuello con los brazos y le cubrió de besos la boca y los ojos.

”—No, no, dejadme por favor, ¡oh! adoradora de Luzbel —clamaba el joven pugnando por desasirse de la hermosa. Starei lo tomó de la mano, lo condujo a su cabaña y le dijo con expresiva pantomima:

”—Aquí viviremos los dos.

”Entonces su compañero respondió en el idioma de los de Haití, que en Cuba era perfectamente comprendido:

”—No puedo ser tu esposo; seré tu hermano.

”—¿Por qué no? ¿Quién eres?

”—Soy de muy lejos, de mucho más allá del mar, vengo de Castilla. Otros muchos y yo llegamos hace algunos meses a Haití y sabiendo que esta región de tu isla no había sido visitada por cristianos, quisimos descubrirla y naufragamos en la espantosa tormenta de anoche; y ya iba yo a perecer al arribar a la playa, cuando me asió tu mano entre las olas y me salvaste.

”—¿Y por qué no quieres ser mi esposo?

”—Porque soy sacerdote y mi Dios, que es el único Dios, ordena a sus sacerdotes que no se casen; nos ordena predicar el amor y vengo a predicarlo aquí, pero no el amor del mundo —añadió suspirando el español.

”—Eso no puede ser, eso no es cierto —repuso con ímpetu la isleña—; quédate conmigo en la cabaña y seremos los reyes de la isla y nuestros hijos serán los dueños de todos.

”—Seré tu hermano —respondió el misionero.

”Y la india enamorada se alejó llorando. En la mitad de su camino se encontró a Zekom, que fijaba sobre ella su terrible mirada amarilla.

”—¿Vienes a mi cabaña, Starei? —le preguntó.

”—Jamás —contestó ella, altanera y bravía.

”—Seremos los reyes de todas las islas y de los mares y nuestros hijos serán dioses sobre la tierra, porque hijos de dioses somos; a ti te engendró el Golfo en una concha perlada; a mí, el Trópico ardiente en un arrecife de oro y coral.

”Starei detuvo el paso; estaba en la cima de una roca desde donde se dominaba la costa.

”—Mira —prosiguió Zekom—: así será nuestro reino.

”Y ante los ojos fascinados de la hija del Golfo, se presentó un panorama sorprendente. En medio de una llanura de esmeralda levantaba un cu o *teocali* su altísima pirámide de oro, que reflejaba su luz en torno hasta el lejano horizonte. En derredor de aquella llanura fulgurante estaban prosternados innumerables pueblos, con el miedo retratado en la frente. Genios revestidos de maravillosos ropajes disparaban sobre aquellas naciones infinitas flechas de llama, cuyo contacto daba la muerte. Y en la cima del cu, como sobre un pedestal espléndido, estaba ella de pie, más bella que el sol de primavera. La hija del Golfo permaneció largo rato extática y muda.

”—Anda, Starei —murmuró Zekom en su oído—, mañana te espero en mi cabaña.

”Starei se fue pensando, soñando. Al despuntar el nuevo día vio al español oculto en el bosque, arrodillado y con los ojos fijos en el cielo; al verlo sintió la india renacer toda su pasión; arrojóse sobre él de nuevo y, aprisionándolo entre sus brazos, repetía:

”—Ámame, ámame, hombre de la tierra fría. Adoraré a tu Dios, que no puede maldecirnos porque cumplimos con su ley, porque es la ley de la vida. Ven a mi cabaña nupcial: seré tu esclava, oraremos juntos y seré humilde y cobarde como tú; pero ámame como yo te amo.

”—Seré tu hermano —respondió pálido de emoción el misionero.

”—Maldito seas —dijo Starei y huyó.

”El sacerdote hizo un movimiento para seguirla, pero se contuvo lanzando al cielo una mirada sublime de resignación y de dolor.

”Toda la noche tornó a rugir el Golfo de una manera espantosa. Al rayar el día, Zekom y Starei salieron de la cabaña nupcial; pero al recibir la niña el primer rayo de sol en sus lánguidos ojos, perdieron su negrura luminosa como la de la noche y se tornaron amarillos, del color de oro que tenían los ojos de su amante.

Éste arrojó una piedra al mar y en el acto apareció en el occidente una piragua negra, que se acercó a la orilla impulsada por el huracán que inflaba sus velas color de sangre.

”—Ven a ser reina —dijo Zekom a la hija del Golfo, y entraron en la lancha, que instantáneamente ganó el horizonte.

”Entonces el misionero apareció en la playa gritando:

”—Ven, Starei, hermana mía, ven, yo te amo.

”La silueta del bajel, como una ala negra, se perdió en la línea imperceptible en que el mar se une al cielo. Starei se había desposado con el diablo.”

Y la voz que resonaba triste y melancólica en la roca, continuó:

—Éste es el centro del imperio de Starei, desde aquí irradia su eterna venganza contra los blancos. Murió el misionero, poco tiempo después, de una enfermedad extraña, y su helado cadáver se puso horriblemente amarillo, como si sobre él se reflejaran los ojos de oro impuro de Zekom. Desde entonces, todos los años Starei lo llora, sin consuelo, y sus lágrimas evaporadas por el calor del trópico se evaporan y envenenan la atmósfera del Golfo, y ¡ay de los hijos de las tierras frías!

La gota de agua rodó al suelo; la diligencia se puso en camino y yo volví la vista a mi amigo. Estaba inconcebible; una lividez amarillenta había invadido su piel y sus ojos parecían saltar de sus órbitas.

—Me muero, me muero, madre mía —decía el pobre muchacho.

Yo no sabía qué hacer; lo estrechaba en mis brazos procurando debilitar sus sufrimientos dándole ánimo. Llegamos a Córdoba. El pobre febricitante decía:

—Miradla, la amarilla...

—¿Quién —le pregunté— es Starei?

—Sí, ella es —me contestó.

Preciso me fue abandonarlo. Al llegar a México leí este párrafo en un periódico de Veracruz:

“El joven alemán Wilhelm S., de la casa Watermayer y Cía., que salió de esta ciudad bueno en apariencia, ha muerto en Córdoba de la fiebre amarilla. R. I. P.”

LA SIRENA*

A Enrique Mac Gregor

Desde la popa de uno de los buques de corto calado que pueden acercarse a Campeche, la ciudad mural parece una paloma marina echada sobre las olas con las alas tendidas al pie de las palmeras. Allí ni hay rosas ni costas escarpadas; el viajero extraña cómo el mar tranquilo de aquella bahía, que tiene por fondo una larga y suavísima pendiente, se ha detenido en el borde de aquella playa que parece no presentarle más obstáculo que la movible y parda cintura de algas que el agua deposita lentamente en sus riberas.

El cielo de un azul claro, luminoso, inmóvil durante horas enteras o puesto de súbito en movimiento por nubes regiamente caprichosas; el fresco y oloroso verdor de las colinas, los caseríos de la falda mostrando apenas entre el follaje sus techos de palma; la vieja, descarnada y soberbia cintura mural que rodea a la ciudad y el mar rayado de oro, por donde van lentas y graciosas las canoas como palmípedos blancos que desaparecen al alba en derredor de sus nidos formados en los pérfidos bancos que las olas dejan más bien adivinar que ver, imprimen a aquel cuadro algo de perpetuamente risueño y puro que encanta y serena las almas.

Mas cuando la rada de la muy noble y leal ciudad, como dicen los blasones coloniales de Campeche, toma un aspecto mágico en verdad, rico de colorido y de vida, es en el nebuloso día de san juan, en la época del solsticio de estío, la gran fiesta de las aguas. En tal día los habitantes de la ciudad corren a la playa, corónanse de gente murallas y miradores, y la muchedumbre desbordada por el muelle; todos tratan de mirar y deleitarse con el *voltejeo*, la alegre fiesta del mar. Al misterioso murmurio de las olas se mezcla el sonido ronco y triste del caracol, el clarín de océano, que resuena por doquiera que una barquilla se desliza. El mar, bajo los nublos del cielo y las caricias del viento de lluvia, tiene aires de rey y encrespamientos de león; bajo cada ola hinchada parece respirar y bullir algún pez gigantesco. Todo ello importa muy poco a aquellos marinos y pescadores acostumbrados a los caprichos del mar como a los de una querida y, sin cuidarse de los elementos, se embarcan en esquifes, diminutos a veces, y hombres, mujeres y niños surcan la rada, cantando, tremolando grímpolas y banderas, gritando e improvisando acá y allá vertiginosas aplaudidas por cuatro o cinco mil espectadores.

Y, sin embargo, ni la alegría, ni el voltejeo son lo más notable de la fiesta de san juan; hay algo mayor y mejor, misterioso e inefable, enteramente real aunque parezca imposible: al rayar el alba *canta la sirena*.

La sirena campechana es (o era, ¡ay!, ignoro si haya muerto), es, digo, conforme de toda

conformidad con el tipo clásico inventado quizás por Horacio, que dice de ella:

Desinit in piscem mulier formosa superne.

Y es cierto —en Campeche hay testigos oculares—: la sirena es mitad mujer y mitad pez. Todas estas creencias populares tienen en su raíz una leyenda, de la que es necesario desentrañar la lejana y abscóndita realidad de un hecho.

Si me seguís, lectores, he aquí la leyenda, tal como, en sustancia, me la refirió uno de esos viejos marinos "que han oído a la sirena".

Hace un siglo casi, cuando apenas firmaba en aranjuez Carlos III los preliminares de la erección de la villa de Campeche en ciudad, en razón de los grandes servicios prestados a la corona por el comercio de dicha villa en las guerras contra los salvajes y, sobre todo, contra los filibusteros que inundaban comarcas y, como reza el texto de la real cédula, "para poder continuar en ella un comercio cuantioso y boyante, con cerca de diez y siete mil personas de población en cuasi tres mil familias establecidas en ella, y no pocas del primer lucimiento y distinción, que aspiran a continuar sus lealtades, imitar y aun adelantar si pueden los justos impulsos que han heredado de sus antecesores"; por ese tiempo, decíamos, vivía en el barrio esencialmente marino de la villa, en San Román, una vieja de siniestra catadura y que, según el dicho de algunas abuelas de por allí, debía contar con un siglo largo de existencia, pues cuando ellas habían entrado en el uso de la razón, referíanles sus padres que desde niños habían conocido a aquella mujer con la misma facha con que por entonces se paseaba encorvada, desde su casa hasta el fortín de San Fernando, construido a dos tiros de fusil del barrio.

Los "sanromaneros", aunque no sentían la menor simpatía por aquella mujer doblada hasta el suelo, sin pelo, cejas, ni pestañas, cuyos ojos brillaban con el fuego sombrío de los carbunclos, cuya boca parecía un rasguño sangriento trazado de oreja a oreja por la punta de un alfiler y sobre la cual se buscaban, para darse perdurable beso, las puntas de la corva nariz y de la corvísima barba, la tenían respeto, acaso terror. ¿De dónde había venido a san román aquel insigne trasgo? Nadie lo sabía, mas no faltaban suposiciones. Unos decían que había llegado a la península en calidad de esclava del nefasto conde de Peñalva y aseguraban, muy serios, que, después del asesinato del conde por la heroica esposa del judío, los regidores que formaban la Santa Hermandad, ordenadora del terrible castigo del mandarín inicuo, habían hecho quemar a la esclava por bruja y hechicera, en Campeche, donde se había refugiado, y arrojar al mar sus cenizas. Mas, añadían con profunda convicción, en virtud del pacto que la tía Ventura (así la llamaban) tenía concertado con el diablo, sus cenizas habíanse convertido de nuevo en carne y hueso y en cierta ocasión, un día de san Juan, la tía Ventura había venido sobre las olas, montada en un mango de escoba y se había establecido en el barrio de San

Román.

Otros insinuaban que muy bien podía ser el alma del terrible filibustero Diego el Mulato, condenado desde hacía mucho más de cien años a esperar en los arrabales de Campeche el perdón que su celestial amante Conchita Montilla imploraba para él. Un sacerdote de la Compañía de Jesús, que hacía años había pasado por Campeche rumbo al colegio del Jesús de Mérida, había hablado con la bruja, y de lo que le había dicho y de su acento italiano, había colegido que debía de ser una adepta de la secta italiana de los inmortalistas, fundada por el conde de Bolsena, que creía haber encontrado el elíxir de la vida de que, sin duda, la tía Ventura había gustado.

El caso es que, o por miedo a las diabólicas artimañas de la bruja o por respeto a la edad, nadie, ni los irreverentes chicuelos ni la Inquisición, se metía con la anciana. Una cosa llamaba mucho la atención: por la noche, ya soplara tibio y perfumado el terral, ya el águila de la tempestad se meciera en las turbulentas ráfagas de Chiquinic, el mal viento de aquellas costas, la tía Ventura, sentada en el umbral de su barraca en la playa, se ponía a cantar, y quienes habían logrado percibir las tenues notas de su canto aseguraban que era aquello como un acompañamiento angélico de los sollozos de la brisa y que la tempestad parecía callar como para oír mejor.

Ah, sí, la música lo suaviza todo; es el esfumino de ese dibujo eterno que se llama la naturaleza. El mito de Orfeo, el cantor que conmovía a todos los seres, lo animado y lo inanimado, sigue siendo y será eternamente cierto. Las cosas grandes y las pequeñas en la naturaleza, el hombre y la sensitiva, el océano y el cocuyo, todo cuanto se mueve, cuanto ilumina, cuanto siente, tiene un momento dulce, una sonrisa o una lágrima y ese momento es esencialmente musical. ¿Podemos imaginar siquiera todos los misterios de infinita melodía que encierran las imperceptibles trovas eólicas de la brisa que agita los pistilos de un lirio? Yo recuerdo cuán tremenda impresión resentí la primera vez que vi un cadáver; mas también recuerdo que cuando en presencia de aquel hombre muerto, escuché una sonora estrofa musical, el cadáver me pareció irradiar no sé qué dulcísima serenidad. Lo que me había hecho estremecer, me hizo llorar; el muerto sonreía al través de la música y era inefable sonrisa la suya. Volvamos a la tía Ventura.

Las mujeres, envidiosas tal vez, explicaban el fenómeno, afirmando que la bruja tenía en una jaula un pájaro hechizado, un *shkok*, el ruiseñor de las selvas yucatecas. Los jóvenes espiaron y aun registraron la barraca de la tía, y sólo encontraron, sobre la tosca pared, mal encalada, un perfil trazado con carbón: ese perfil era el de una mujer y esa mujer era divina; pero ni pájaro ni jaula había allí.

—Se lo habrá comido —decían las abuelas del barrio— y le canta desde dentro.

—Sí —decían los hombres—, tiene la tía Ventura un ruiseñor en la garganta.

Y quedó demostrado que la tía Ventura tenía una voz de ángel.

Era la noche del 23 de junio de 1772; guardaba el fortín de San Fernando un joven alférez, de gallarda apostura e intrépido corazón. Después de examinar el horizonte con su catalejo de marina, sin descubrir nada que fuera alarmante, tiró su capa en el suelo, desciñó su espada, se tendió al aire libre, apoyando su hermosa cabeza sobre un saco de pólvora, y sin poder conciliar fácilmente el sueño por el excesivo calor, se puso a mirar la luna de hito en hito; de cuando en cuando un suspiro revelaba el estado de su corazón. En el espacio no había una sola nube; apenas brillaban algunas estrellas pálidas como grandes cuentas de cristal de roca. La luna daba al cielo un tono nacarado y convertía el mar en un inmenso baño de diamantes. Las olas jugaban con las peñas que rodeaban el baluarte y los cocoteros mecían sus grandes abanicos verdes con voluptuosa elegancia, inclinándose sobre el encaje que bullía entre las algas de la playa.

El joven pensaba en su país natal, un terruño entre la montaña y el Cantábrico, con melancólica nostalgia; pero narcotizado por los besos tibios de aquella perfumada noche del Trópico, se durmió al arrullo de la lánguida y monótona canción del mar.

Soñó que un genio marino le ofrecía su vara mágica para penetrar en el seno de las olas; soñó que aceptaba, que entraba en el líquido elemento y bajaba de ola en ola, como por una escalinata de esmeraldas en fusión, hasta llegar a una roca soberbia que parecía el crestón de cristal de una nívea montaña. En la falda de aquel prisma enorme, hundían sus raíces transparentes extraños árboles que a compás de las olas se balanceaban sin cesar y entre cuyas hojas, que llegaban como inmensas cintas a la superficie del agua, desplegaban algunos habitantes de aquel invisible mundo sus redes de gasa irisada o cruzaban rápidos y esplendorosos algunos peces, aves de pedrería de aquella selva submarina.

La roca de cristal era una gruta misteriosa y azul por dentro. Frente a su entrada extendía la púrpura pálida de sus maravillosas flores un jardín de rosales de coral. Y más allá se bajaba por los peldaños de esmeralda que el joven conocía ya; llegó así a un salón, que dividían en naves circulares vastas columnatas de diamante formadas por las estancias y en medio del cual, bajo una bóveda diáfana por donde se filtraba divinamente amorosa y triste la luz de la luna, había un estanque de agua en que morían las corrientes del Mississippi, del Bravo, del Pánuco y del Grijalva, que rompían por entre los cristales de los muros y caían en silenciosas cascadas en aquella copa inmensa del Golfo. En sus bordes crecían flores pálidas y transparentes, con los tallos cuajados de estrellas de sal y cuyos pétalos estaban salpicados de perlas, el rocío del océano.

En el centro de aquel estanque se erguía una flor extraña y solitaria; de ella brotaba un canto inoído, ideal. Parecía que en su corola anidaba un coro de invisibles ángeles, los ángeles del mar; el eco de sus cantares es el que llevan las olas a la playa en las noches serenas.

—¿Quién canta así? —murmuró el joven soñador.

—La flor —contestóle el genio—: mira su sombra en el espejo del agua.

Y el alférez vio que la sombra de la flor estaba encerrada en el perfil de una mujer inefablemente bella. Si los que osaron registrar la cabaña de la tía Ventura hubieran podido ver aquella sombra, habrían recordado el trazo de carbón estampado en la pared de la barraca.

En ese instante el alférez despertó. Y su asombro fue indecible. La voz de la flor de sus sueños resonaba ahora al pie del baluarte y de allí, pasando por su corazón, subía a los cielos por la escala de oro de una infinita melodía. Era aquella una de esas voces que nos recuerdan los besos maternales, el hogar ausente, los hermanitos muertos, los primeros besos de las pasiones puras, y luego una lánguida y sublime aspiración a la muerte.

El alférez se incorporó; puesto de codos sobre la cortina del fuerte, miró hacia abajo. Una sombra negra se movía al pie de una palmera. Bajó el joven; la sombra había entrado en una barquilla y parecía esperar: estaba sola. Acercóse el oficial y a la luz de la luna, ya en su ocaso, distinguió a la tía Ventura. El joven retrocedió espantado; mas el canto los fascinó, y subió a la lancha que se columpiaba rítmicamente sobre las olas.

La sombra satánica cantaba:

—El amor, el alma del mundo, tocará con el beso de sus labios el rostro marchito de la inmortal y el ángel de la belleza tornará a encender en su frente la estrella del placer sin mañana y sinfín, y en esa estrella de inextinguible foco, los que se aman se consumirán como la mirra en el perfumero. Ven, oh, ven: en el amor está toda belleza; toda belleza emana del amor.

El joven apartó la vista de su compañera de viaje, porque la lancha bogaba, bogaba mar afuera, y la fijó en el mar. La luna rompía en la barquilla algunas varillas de su abanico de plata y sus rayos oblicuos proyectaban la sombra de los viajeros sobre el terso y sereno oleaje. Y, oh prodigio, la sombra de su compañera era la sombra de la flor del estanque de sus sueños; la sombra de una mujer bella como la primer vigilia de amor. El joven oficial acercó su sombra a la sombra que lo enloquecía, para confundirse con ella.

Ambas se buscaban; las dos se acercaban, se acercaban, iban a tocarse. De repente, un beso preñado de juventud y de deleite resonó en la barca y el mar lo recogió con voluptuosa avidez... El mancebo tenía en sus brazos a una mujer de los cielos; la anciana había desaparecido: quedaba en su lugar una virgen, como no la había concebido artista, ni soñado poeta de veinte años... La lancha bogaba, bogaba...

La luna había huido; el viento solsticial soplaba con furia; la barquilla bogaba, bogaba... Rugió la tormenta en el cielo; el huracán estremeció la tierra, la rada entera se convirtió en una oleada sola, lenta, inconmensurable, negra.

—Piedad, Dios mío —exclamó la virgen del canto—. ¿Qué no te bastan cinco siglos de sufrimiento? ¿Qué no puedo ser amada?

—No —respondió un trueno en la altura. Y el rayo hundió en la ola ilimitada a la barquilla y a los amantes; ambos rodaron abrazados y convulsos por el abismo.

Mas ella no podía morir; reapareció en la superficie; era una divina mujer, pero bajo su

vientre se translucían las escamas de oro de su inmensa cauda de pescado. Aquella monstruosa forma canta un canto preñado de sollozos de amor; sus ojos buscan llorando en torno suyo y torna a hundirse luego.

Y cada año, en la mañana de san Juan, se escucha en la entrada de la rada un canto celestial que dice:

—El amor es el alma del mundo; ven si quieres consumirte de placer en mi seno, como la mirra en el perfumero. ¡Ven! Toda belleza emana del amor.

—La sirena —dicen los pescadores, y haciendo la señal de la cruz, huyen a toda vela.

[*] Apareció publicado, con el subtítulo “Recuerdos del mar”, en *El Renacimiento*, México, 1869, t. I, pp. 475-477.

PLAYERA

A Esteban González

En la mansa orilla de mis playas natales brotan los cuentos, florecen las leyendas como las rosas y los jazmines que bajan al arenal trocando la colina en una sonrisa, por entre los mangueros, los tamarindos y los *shkanloles* que de sus espléndidas copas verdes dejan caer, por las puntas de sus ramas, su incesante lluvia de flores de oro. Unas de esas leyendas son reidoras y alegres como la luz del día; otras melancólicas como el crepúsculo de las tardes lluviosas; de todas se exhala el vivaz aroma salado de tus algas, ¡oh, mar!, que has sido colocado a la vista del hombre para sugerirle la emoción del infinito. Uno de esos cuentecillos voy a traducirlos, lectoras mías, en pálido lenguaje; oírlo referir a una joven de la costa, mezclándolo con cantares, salpicándolo de imágenes que parecen árabes por lo atrevidas, por lo ardientes, en lenguaje vibrante y sencillo, sin un ápice de retórica, es un encanto. Oírmelo a mí en lenguaje literario y en frases poéticas compuestas *ad hoc*, puede seros fastidioso; temiendo esto, será breve.

Mas os he engañado, lectoras mías, lo que vais a leer no es un cuento, ni es una leyenda siquiera; es un poemilla muy lírico, muy "subjetivo", es decir, muy del alma para adentro, si se me permite decirlo así (y aunque no se me permita), que en lugar de estar escrito en verso está compuesto en prosa lo más verso posible (si puede decirse así, que sí se puede).

Apasionado de los contrastes, desde niño he buscado instintivamente, no los sitios siempre verdes y floridos en que parece que la luz se enferma de fastidio, sino el prado cargado de tintas vigorosas que se apoya en la abrupta montaña y que desborda sobre escalinatas de rocas ásperas y negruzcas en donde el mar se estrella y labra su nido la gaviota. Por eso en las playas dulces y sin cantiles de mi país, era para mí deleitoso cierto sitio en que la amplísima curva de la playa se interrumpe súbitamente por una aglomeración de peñascos cuajados de cácteas y desde cuya cima, que me parecía la de una montaña, y que en realidad no era más alta que la de los vecinos cocoteros, tomaba el mar a mis ojos de niño un relieve soberano.

¿Me creeríais, lectoras, si os dijese que en este lugar me entregaba a grandes y fantásticos ensueños mirando las nubes, una tarde del estío templado que en nuestras costas acostumbran llamar invierno? ¿Y por qué no me habíais de creer? Tenía yo diez años. ¡Mirad las nubes! ¿Qué otra ocupación más seria puede tenerse en esa edad? Esa tarde tenían un resplandor cobrizo, pero como si fuera el reflejo de un gran horno de cobre en fusión, oculto como el sol bajo el horizonte. Más arriba grandes masas de vapor, de un impuro color violáceo, desleían sus contornos en la enorme placa de zinc del cielo. El mar imprimía a aquellos horizontes su tono prodigioso. Mis meditaciones (¿eran meditaciones?), tomando un giro triste del paisaje,

me sumergían lentamente en una catarata de abismos.

Unas muchachas con sus flotantes faldas de muselina blanca, con el pecho cubierto por una cruzada pañoleta de seda, y con flores y cocuyos en las trenzas, subieron a donde yo estaba, reidoras y traviesas. Una de ellas tocaba una guitarra, cantaban todas; poco a poco los cantos cesaron; la tristeza indefinible que emanaba de las cosas ganó sus almas y, sin hacer caso de mí, comenzaron a hacerse confidencias, y una, la tocadora, hizo su confesión. De esa confesión, que la joven ponía en tercera persona, he extraído unas gotas de perfume para las páginas que vais a leer.

Se llamaba Concha; en los labios de la que se confesaba, tomó el nombre de flor de Lila.

Lila era más linda que ese celaje que veíamos flotar como un encaje de oro sobre el disco del sol poniente. Era blanca y el hálito del mar sólo aterciopeló un tanto sus facciones. Era alta y parecía haber estudiado en los datileros cierto delicioso vaivén que daba a su modo de andar la cadencia de una de esas canciones tristes que cantan los pescadores al salir por el mar. Sus cabellos eran de un castaño denso; eran casi negros con visos dorados, suaves como el primer vellón de la mazorca del maíz, y sus ojos eran grandes y brillantes, de un color indefinible, y divinos y turbadores cuando los entrecerraba (porque era un tanto miope), y podía percibirse el fluido cristalino que los bañaba, al través de la rizada seda de sus pestañas. Bajo la nariz rosada y un tanto aguileña, se abría, como el botón purpúreo de un clavel, una boca que espiaban para besarla y chuparle la miel los colibríes y las abejas, que habían olvidado por ella las flores perfumadas del *shtaventún*. Completaban aquella maravilla las líneas de óvalo de su rostro, sedosas y puras, como las de la escultura de *La Purísima* que se venera en la iglesia de san Francisco y que es fama que fue esculpida por los ángeles.

Lila era una niña rica; mas cuando vivía con su familia en el lindo poblacho en que Campeche toma fresco, las marineritas de los contornos la contaban como una de ellas, la colmaban de regalos y parecían mariposas revoloteando en torno de una rosa de Alejandría.

Lila nunca había sufrido, ni tampoco había llorado, y esto la ponía triste y pensativa; muchas veces se pasaba las horas sentada a la orilla del mar, preguntando a este perenne oráculo de las costeñas el secreto, no de su falta de sentimiento, sino de su falta de lágrimas. No, no lloraba, y cuando resentía alguna grave aflicción, sus ojos se ponían un tanto opacos... y no más.

Era una mañana de agosto; la playera acababa de bañarse en el mar reidor y tibio y parecía empapada en el lampo de la aurora; sus cabellos, salpicados de rosa de cristal, caían en grandes ondulaciones sobre sus hombros de estatua, y bajo la orla de la pintoresca saya asomaba un piececillo cubierto a medias por el agua y sobre el cual las olas remedaban arrullos de paloma y desplegaban coquetamente primorosos festones de espuma. Lila tenía a

su hermanito entre los brazos y jugueteaba deliciosamente con su carita risueña y sonrosada de placer y de vida; ya cerrándole la boquita con sus dedos de hada, ya fingiendo el canto de la torcaz cuando reclama a sus polluelos o cubriéndole de besos y mordiditas que hacían reír sin cesar al recién nacido.

Las nubes, como apretadas bandas de cisnes, tomaban en el oriente baños de púrpura; se abrieron dejando entre ellas un gran trecho azul limpísimo y bruñido. En ese espacio apareció súbitamente un segmento del disco del sol en ascensión. De él se escapó el primer rayo, y la luna, que se columpiaba sobre el mar, palideció de amor. El rayo de sol bajó la colina cubriendo de besos las copas de las palmas, trocando en perlas de oro las gotas de rocío en las florecillas y los musgos, y llegó a la cabellera de lila; allí quedó prendido, se había enamorado de ella. La sombra se proyectaba delante de la niña y era que el primer beso del día se había dormido en el regazo de la playera.

Lila sentía extraños padecimientos; palpitaba violentamente su corazón y cerraba los ojos como si quisiera cegarla el reflejo del sol que ya abría sobre las olas su inmenso abanico de fuego:

—¿Voy a llorar, Dios mío? —se preguntaba.

Una sensación inexpresable la hizo volver en sí; al tornar el rostro al oriente había recibido un beso en los labios; quiso huir, pero no pudo. Puso al niño sobre la arena, suave como un almohadón de pluma, y se apoyó en la roca; parecíale que una voz cuchicheaba en su oído frases divinas. Y tornaron sus ojos a cerrarse, una corriente volcánica circuló por sus venas y al sentir el segundo beso sus labios sonrieron de deleite; estaba dormida.

Y allá, en la región de los sueños, la joven escuchó la música voluptuosa y lánguida de esta canción de amor:

Soy un destello del sol candente,
chispa de un foco de eterno amor;
niña, tu boca dulce y riente será mi cáliz,
será mi flor.

Mírame, ámame, niña hechicera,
yo soy el ángel de la ilusión;
dame tu vida, blanca playera,
playera, dame tu corazón.

Delante de ella se irguió un mancebo; tenía en la mano el arpa, vibrante aún, y temblaba en sus rojos labios la última nota. Su belleza era ideal, brotaban de sus ojos en ondas luminosas el amor y la juventud. Hasta su sombra parecía iluminada por un fulgor cuya fuente era invisible. El mancebo parecía embarcado en un esquife cubierto con mantos de armiño y

cendales de oro; las olas del mar se teñían de fuego al acercarse a él; cuando batía sus alas inmaculadas dejaba entrever detrás de él, en los cielos, un gigantesco pórtico de cristal y de zafiro desde donde bajaba una gradería de oro transparente.

En medio de su éxtasis, una penumbra negra invadió el alma de la muchacha; tuvo un recuerdo. En la última fiesta del patrón de los marineros que se venera en san román, había visto a aquel ángel: vestía de terciopelo como un magnate de la corte virreinal (de los que todos hablaban y nadie había visto), o como un jefe de corsarios franceses, y recordó que todos creían que aquel hombre debía de ser un filibustero, porque nadie lo conocía y derramaba el oro a manos llenas. (Estamos, queridas lectoras, en los tiempos coloniales; no se me había presentado oportunidad de decíroslo.) Lo singular, lo malo, es que durante todas las fiestas aquel hombre la siguió con sus miradas, amorosas y audaces a la vez; ¡qué horror! Y ella, ella lo veía como distraídamente y el corazón le palpitaba con infinita fuerza...

Todas estas reminiscencias pasaron como una bandada de aves negras por el cielo de su alma. ¿Quién ha pretendido analizar el primer momento de amor en el corazón de una mujer? Ellas jamás lo explicarán, ni los ruiseñores cómo brota de su garganta el primer arpegio, ni el botón de nardo cómo exhala, al abrirse, su primer perfume. El primer amor es la revelación del alma en nuestro ser: sabemos que existe; mas no la sentimos, sino cuando amamos. La paloma que anida el misterio que cada uno lleva en lo más íntimo de sí, abre las alas y canta, con sólo el fulgor de una mirada que penetra en nuestra sombra. Y esta palabra mil veces deletreada con indiferencia: amor, adquiere para nosotros una significación inmensa, nos lo explica todo, es la clave del jeroglífico de la eternidad.

Lila no se explicaba así lo que sentía, ni de ningún otro modo. Porque el mancebo que la playera tenía delante lo estaba en realidad, pero delante de su alma; y el parecido de éste con el filibustero, indicaba que ya lo había visto. Pues no, no había visto a nadie; y, sin embargo, todo era real, todo era supremamente real, pues qué ¿hay algo más real que la luz en un rayo de sol y el amor en una mujer de quince años, en la costa del Golfo?

Lila, magnetizada por las palabras del mancebo alado, se dejó cubrir la frente de besos; de cada beso nacía un azahar, y juntos formaban una corona de desposada. Luego, el ángel (¿no os he dicho que era un ángel?) tendió sobre su cabeza y dejó caer en rectos pliegues sobre el cuerpo de la virgen una nube sin mancha; era el velo de boda. Y el altar era sorprendente; parecía el altar de la iglesia de San Román, pero cuajado de piedras preciosas; los cortinajes de tisú recamados de oro, parecían nubes bordadas de estrellas y el pavimento era un ópalo verde como el mar.

—¿Me amas? —preguntó el mancebo.

—Sí —dijo la joven con sólo el destello que se encendió en sus ojos.

—Ven, pues, ven conmigo.

—¿Podré llorar?

—Llorarás —repuso el amante de lila.

Y la barquilla de cristal se aproximó... Pero otra sombra negra se interpuso entre el alma de la niña y su visión de amor:

—¡Dios mío! —exclamó la niña con desesperación profunda—. ¿Dónde está mi hermanito? Lo dejé dormido en la arena y lo olvidé. ¡Ay!, se lo han llevado las olas.

—Míralo en su nido —le dijo el celestial barquero.

Sobre la luna en menguante, apenas visible en occidente y que parecía una cuna de plata colgada en el firmamento, Lila pudo ver a su hermanito dormido.

Y ya la barquilla bogaba, bogaba en el mar risueño. La cabeza de Lila, reclinada sobre el pecho de su amado, parecía rodeada de una aureola; sus cabellos destrenzados mojaban sus extremidades en las olas, y éstas pasaban a través de sus hilos sutiles temblando armoniosamente, como la brisa por entre las cuerdas de las arpas eólicas. Lila se sentía dormida y no tenía fuerzas para querer despertar. En sueños tuvo un recuerdo y fue la última sombra negra. Aquella mañana, al salir del baño, había visto un bergantín con bandera negra cruzando a toda vela el horizonte... La bandera negra es la bandera de los filibusteros:

—Allí está —decía palmoteando alborozada la criada africana de lila—, allí está: viene por nosotros.

—¿Quién? —preguntó la niña.

—Aquel que tanto miraste en las fiestas de San Román...

Después, Lila, pensativa, tomó un poco de leche que le trajo la esclava; estaba un poco amarga, y luego siguió jugando con su hermanito...

Lila sintió un beso entre los labios y la barca continuaba bogando, bogando...

—Yo quisiera llorar —decía la niña—. ¡Oh!, Dios mío, creo que voy a llorar.

—Llorarás —contestaba el ángel, inclinando sobre ella su gran mirada de amor...

—Vaya, un cuento raro. ¿Y lloró por fin? —decía una de las muchachas.

—¿Quién sabe? Pero lo cierto es que fue feliz.

—¡Feliz! —dijeron todas a una.

—Si murió, fue feliz, y si lloró, fue feliz también...

—¡Oh!

—¿No ha dicho Jesús, nuestro Señor: “felices los que lloran”?

EN JERUSALÉN

A Pablo Ordaz

Durante el gobierno de Pilatos en Judea se hallaba en Jerusalén un joven romano que pertenecía a una de las pocas familias senatoriales de prosapia verdaderamente histórica que quedaban en la capital del mundo. Después de haber estudiado en Atenas pidió permiso de visitar las provincias de Asia y Siria, a Tiberio, que era su tutor. El emperador le envió instrucciones minuciosas para su viaje, a lo que puede inferirse de sus cartas. Por una coincidencia notabilísima fue testigo de la oscura tragedia que terminó con la muerte de Jesús y pudo dar testimonio de alguno de esos episodios que cuentan, como ha dicho el gran historiador de los orígenes del cristianismo, por muchos siglos de la historia de la humanidad. Lo que vio quedó consignado en una carta escrita a un compatriota y amigo que había dejado en Atenas; esta carta llegó a manos de algún discípulo de san Pablo en Atenas, probablemente, y piadosamente conservada en algunos grupos de las comunidades cristianas primitivas, fue transmitida de una en otra generación hasta los tiempos bizantinos, en que halló sepultura en el polvo secular de la biblioteca del convento celebérrimo del Athos. Allí la descubrió el erudito alemán Hermann Bauer; he aquí su traducción.

Obedeciendo al mandato de César me presenté a Poncio en Cesárea y de allí nos trasladamos a Jerusalén para asistir a la gran fiesta pascual, en que la ciudad era un foco de tumultos y sediciones. Él, su familia y yo nos alojamos en un viejo edificio real de la época de los asmoneos, los últimos reyes nacionales de Judea, y desde las ventanas medio derruidas de aquel palacio, que daban sobre el patio del templo, pude observar a mi sabor la abigarrada y pintoresca multitud que allí se aglomeraba. Pocos días después de nuestra llegada hallé al procurador agitado e irascible; creí que era la noticia de alguna intriga de Vitelio, el prefecto de Siria, y su personal enemigo. No era eso.

Nada puedes, caro Emilio, imaginar de más extraño, de más noble y más bajo a la vez que este pueblo judío, su historia, sus poesías y sus costumbres... Y su religión, ¿qué decirte de su religión? ¿Es un sistema filosófico, es el más grande de los sistemas filosóficos reducido a un dogma y a la más pura enseñanza moral? ¿O es la creencia bárbara, desnuda y simple de un pueblo primitivo, que la imaginación oriental ha vestido de pintorescas y complicadas liturgias? No sé; todo es aquí un problema para mí; pero todo mantiene alerta mi curiosidad. Jove, para ellos, es un ser incorpóreo que dirige los ejércitos de astros en el cielo; le llaman Zebaoth, Adonai, y esto no es su nombre, su nombre sólo es conocido del sumo sacerdote. No te entristeceré con los pormenores de las prácticas austeras y tristes de este culto tan parecido al que celebra delante de sus dioses de mármol el exquisito grupo humano en que vives, como

el cielo urente y polvoso del desierto cercano, al suave, al templado, al luminoso cielo que el favor de los dioses nos permitió bendecir juntos...

Mas volvamos a Poncio; su mal humor tenía por causa la aparición de un grupo exaltado y que parecía sedicioso, entre la multitud que duplicaba en esos días la población de Jerusalén. Lo formaban muchos de los peregrinos de galilea y algunas personas pobres de los alrededores de la ciudad y de los restos de la secta de un agitador religioso que metió mucho ruido por estos contornos, no hace largo tiempo, y que Poncio llama el Bautista. Lo singular del caso actual y lo que ponía perplejo a nuestro irresoluto procurador es que, según su esposa le había contado, el jefe de este grupo es un profeta, como son aquí todos los corifeos de sediciones; mas Jesús, así se llama, no azuza al pueblo contra nosotros los romanos, sino contra los sacerdotes y los fariseos. Esta división no es benéfica: suscitar los odios de los unos contra los otros en este pueblo rarísimo que nos odia en masa, es lo mejor que desearse podía, con tal de que no perturben "la inmensa majestad de la paz romana". Lo grave es que el profeta galileo ha sido aprehendido y sentenciado anoche por los devotos del cuerpo sacerdotal y que Poncio tiene dentro de unos momentos que revisar esta sentencia capital contra un reo del terrible y extraño delito, ¡admírate!, de "seductor" del pueblo y de blasfemo. Llegado el momento, Poncio y yo salimos con una centuria del palacio y nos dirigimos al tribunal, al *bisma*, como en Siria se dice...

De pie junto a la silla de Poncio pude contemplar aquella escena:

—Se trata —decía al gobernador su secretario—, se trata de uno de esos vagabundos que conmueven al pueblo de los campos y a los pescadores; éste se dice hijo de Dios, ha asegurado que el templo vendrá por tierra y que él lo levantará en tres días.

—¡Bah! —murmuraba Poncio—, es un loco, es uno más. ¿Dice algo de César?

—Dice que a César se debe lo que del César es; pero afirma que es el rey de los judíos, por herencia y por determinación divina.

—¡Ah!

Rodeado de un tropel de sacerdotes, de escribas, de grupos que pertenecían a las sectas en que aquí se divide el pueblo: fariseos, saduceos, ¿qué sé yo?, y de mujeres y niños que vociferaban, subió el reo, trabajosamente protegido por los soldados de la cohorte, las gradas del tribunal... ¿Aquella multitud le era hostil? Así me pareció a primera vista. De todas maneras, el aspecto de aquel hormiguero humano era siniestro. Unas mujeres se lamentaban y quizás lanzaban imprecaciones sobre nosotros, en esta ruda lengua aramea que parece hecha para expresar tan sólo el dolor o la ira.

Vestido de una túnica suelta que le bajaba hasta los pies, de un color indefinible, pero que tenía visos rojos, quedó solo el reo en un espacio despejado ante nosotros. Su cabellera llena de polvo y sangre caía en guedejas desde su cabeza profundamente doblegada. Al través de la túnica desgarrada a trechos, se veía un cuerpo enjuto y débil; en su dorso, las ligaduras habían

dejado hondamente impresa su huella de púrpura. En su barba rojiza había espesos coágulos de sangre negra.

Poncio comenzó su interrogatorio; en vano: aquel infeliz nada contestaba, ¿estaba aterrado? ¿O seguía de hito en hito, sin hacer caso de las turbas, ni de sus dolores, la ascensión lenta y sublime de una visión interior? Lo cierto es que nada respondía, nada. Un emisario de los sacerdotes estaba listo para interpretar sus palabras y traducía las del procurador. Éste, sin embargo, hacía una tentativa suprema; por una parte, aquel enemigo de los sacerdotes, de los fariseos, le interesaba; por otra, quería conocer el móvil íntimo de aquellos conatos frecuentes de insurrección que irritaban a César y que daban cierta apariencia de verdad a las acusaciones del prefecto que le achacaba tolerar demasiado a la casta sacerdotal. Pero fué inútil, Jesús parecía mudo; al mediar la noche, aquel infortunado esperaba en el patio del tribunal, y ni los tormentos, ni la burla brutal de la soldadesca (que indignaba tanto a la esposa de Poncio) habían conseguido despegar sus labios.

Uno de los levitas que tenía cierta amistad con Poncio y que había logrado acercarse a nosotros, después de hablar acaloradamente con el gobernador, se lanzó hacia la balaustrada, inclinó sobre la muchedumbre su mirada ávida y negra y articuló algunas frases, que provocaron un inmenso clamor.

—Me piden la libertad de uno de los sediciosos más peligrosos —me dijo Poncio—, por ser ésta la costumbre durante las fiestas, y no quieren la libertad de este infeliz nazareno... Óyelos.

—¡Bar-habas, Bar-habas! —gritaba frenético el pueblo.

Los hombres mostraban los puños, las mujeres esforzaban sus lamentos, los agentes de los sacerdotes rugían sordamente y cubrían sus rapadas cabezas con sus paños de amarillo impuro.

El reo alzó lentamente la cabeza; me estremecí involuntariamente, te lo juro por los dioses. Era un león herido que sacudía la negra melena; el pueblo seguía gritando:

—¡Bar-habas, Bar-habas!

El sol de la hora meridiana lanzaba a plomo sus rayos que caldean la sangre y aceleran las palpitaciones del corazón; un viento caliente y sofocante nos traía los rumores lejanos de las procesiones de peregrinos que subían las gradas del templo de Moriah en que iba a celebrarse la Pascua, y entonaban salmos de una ruda y maravillosa poesía que, aseguran, son obra de un rey y profeta antiquísimo, de David.

Jesús se había erguido completamente; parecía que su alma volvía de muy lejos, de no sé qué abismos, y que adquiría al fin conciencia de lo que pasaba en torno suyo. Sacudió su cabellera y volvió al pueblo su rostro ensangrentado y flaco y pálido en la sombra de su melena real. Sus ojos emitieron una sola mirada y sus párpados se cerraron de nuevo. La multitud recibió el choque de aquel destello inmenso y calló súbitamente; las frentes se inclinaron sombrías de vergüenza y de espanto; los sacerdotes murmuraron sus preces

ahogadas y monótonas.

A mí me turbó profundamente la luz que de esos ojos vi desprenderse: era tan suave, que la del sol me pareció dulcificarse al mezclarse con ella. Ven a oriente, amigo mío, si quieres ver de los harapos de un mendigo surgir un Dios.

Jesús fue condenado; Poncio no lo reputaba culpable, pero creía contentar así a los judíos y a César...

¿Conoces el horrible suplicio que se aplica a los esclavos allá y aquí a los reos de sedición? Pues éste fue el que a petición de la muchedumbre se aplicó al profeta. Quise ver esto: era horrible, pero mi curiosidad me arrastró; ¡y aquel hombre me interesaba tanto! Los penados eran varios; pero yo no tenía ojos más que para Jesús. Lo vi llegar al lugar prominente en que se expone aquí a los ejecutados y estaba casi muerto de cansancio físico y moral: sobre dos maderos unidos en forma de T fue atado de pies y manos, clavado con larguísimos clavos, lo que me produjo horror, e izado en aquel alto leño en medio de la cima colocado, y desnudo el cuerpo estrujado y cubierto de llagas y sangre.

Unos cuantos, y nuestros soldados los ayudaban estúpidamente, lo motejaban e injuriaban; pero aquellos procaces no encontraban eco en la plebe que se apiñaba en torno, y que, probablemente, había pasado de la cólera a la piedad, a juzgar por su siniestro silencio; las mujeres lloraban y alzaban las manos para bendecirlo: otras se acercaban y lo contemplaban con dolor y adoración a la vez. ¿Dijo algo? Yo no oí nada: oí redoblar los lamentos; vi que los soldados se miraban unos a otros como sorprendidos: ¡oh!, ¿cómo no oí su voz, cómo no acerté a escuchar y a comprender sus palabras? Pero sí le vi abrir los ojos, sí le vi levantar los ojos al cielo, si entendí que en ellos había ¿un reproche o una plegaria?, no sé, pero sí un destello inmenso, así como el rápido fulgor de una estrella entre dos nubes que vuelan. No hagas caso de esta comparación: es débil; aquello que yo vi era más triste, más puro...

Reunidos por la noche en derredor de la mesa de Poncio, guardábamos profundo silencio; reclinados en los triclinios, parecía que dormíamos. Y no, pensábamos. El calor era sofocante y los esclavos nubios derechos, desnudos y negros con su pequeño paño de púrpura tiria en derredor de la cintura, agitaban en vano sus grandes abanicos de plumas de aves africanas sobre nosotros o derramaban en nuestros vasos de oro el vino de Chipre que no bastaba a refrescar nuestro ánimo. La esposa de Poncio, inquieta y triste, se hacía humedecer el cabello por sus esclavas sirias, con agua helada perfumada con esencia de nardos: su mano febril jugaba con las gruesas perlas de su rosario de ámbar.

Nos separamos; después de mucho tiempo comencé a conciliar el sueño arrullado por las salmodias de los peregrinos que daban gracias después de distribuirse el cordero pascual. De improviso desperté sobresaltado; mi memoria despertó también. La escena de la muerte del Nazareno vino de un golpe a mi mente. Me incorporé trémulo y frío, como si me hubiese rozado la frente la punta del ala de la muerte, una ola de llanto subió a mis ojos y lloré, lloré...

lloré como el día en que fuimos juntos a depositar a mi madre en el sepulcro.

NOCTURNO*

A Roberto A. Esteva

He aquí una hoja de su cartera. La he conservado amarillenta y próxima a convertirse en polvo, como esas hojas anémicas con que los viejos fresnos lloran la pérdida del calor y que ruedan por los campos a merced de los nortes de otoño formando en las veredas movibles tapices.

De esa hoja transcribo los versos siguientes:

Las flores del cementerio,
las de las corolas pálidas
que una vez el tallo doblan
y ya nunca se levantan;
las flores en que el rocío
sus perlas convierte en lágrimas,
aquellas que de las tumbas
creciendo a la sombra helada,
viven muy tristes, muy tristes,
y mueren blancas, muy blancas...
Las rosas del cementerio
que miel no tienen ni ámbar,
las que desprecian las niñas
y que nunca la mañana
refrescó con su abanico
de oro, de azul y de nácar,
el abanico en que juegan
las brisas embalsamadas,
uniendo el olor del bosque
y el olor de la montaña,
y a los arpegios del mirlo
la canción de las calandrias...
Esas pobres flores huérfanas,
esas pobres flores parias,
esas son las flores mías,
como yo desheredadas,

que lloran como yo, y tienen
como yo la frente pálida.
Cuando a su tallo sin jugo
se acerca mi mano helada,
las siento muertas... ¡Dios mío!
¿Será un sepulcro mi alma?

Al calce de este romance melancólico, una mano, que parecía senil y que era de un adolescente, había escrito un nombre: lo velaremos con otro semifantástico, ¿no os parece, lectoras? Escribiremos Stella y sigamos describiendo la hoja de la cartera.

Bajo el nombre de Stella hay unos signos musicales en unas líneas de pauta. Paco lerdo de Tejada los interpretó en el piano: eran las transcripciones de un sollozo. A la vuelta de la hoja estas frases: “Su corona nupcial es de rosas exangües, ¡tan pálidas! Pobre Stella obligada a hacer sus ramilletes en el cementerio. Ésta es la noche de boda...” La hoja termina así: San Fernando, números 201 y 202. R. I. P.

Heberto era un soñador de veinte años; no había nacido para nada útil, en el sentido que da el mundo al vocablo, y creía que tenía derecho para no hacer, para no ser nada. ¡Pobre! Su padre le obligó a estudiar; él no sabía, no podía, no quería estudiar. Los muros del colegio oprimieron su corazón infantil y se lo dejaron enfermo para siempre; cuando su madre, una santa, fue, por consejo de los médicos, a sacarlo del colegio, se encontró con un niño muy pálido que tenía mucho frío, unos ojos llenos de fiebre y que por cierto movimiento, que en otro habría sido amanerado y era gracioso en él, indicaba el hábito contraído de contemplar largas horas el cielo.

La madre lloró al ver a Heberto; éste lloró, primero porque su madre lloraba y luego porque en su corazón enfermo parecía haber un depósito de lágrimas y, cuando ya rebosaba, parecía que por una válvula de escape se derramaban en sus ojos, en sus mejillas, y entonces, se calmaban un tanto, un instante. Era una naturaleza viciada, era un ave de paso que se había equivocado de rumbo viniendo a la tierra. Desde pequeño le había faltado el sol y el corazón de su madre, ese otro sol. Resultado: había contraído un vicio; ¿qué niño secuestrado en el colegio no lo contrae? El vicio solitario de Heberto eran las lágrimas; la causa, una sensibilidad de mujer. ¿Quién sabe qué elementos entraban en la composición de su alma? Quién sabe cuántas mujeres huérfanas, desamparadas, soñadoras, locas tal vez, habían dejado al pobre muchacho su herencia de sentimentalismo y de aspiraciones irrealizables. Pobre Heberto: era un histérico.

Lo despreciábamos algo, sus compañeros de colegio; le queríamos mucho: cuando le veíamos dormido, sentíamos tentaciones de rodear su lecho con cuatro cirios. No hay cosa más lúgubre que un adolescente sin salud; es un mes de mayo sin golondrinas.

Heberto, al salir del colegio, entró al primer templo que halló a su paso y se arrodilló:

—Dios mío —dijo—, yo sé que me voy a morir; pero concédeme antes una cosa, una sola: amar, para tener la seguridad de ir al cielo.

Poco más o menos, todos hemos hecho esta plegaria en los años de fe de la adolescencia sobre los cuales aún se proyecta la dulce y piadosa sombra de nuestra madre, como la sombra del viejo campanario que repicó en nuestro bautizo, nos acompaña algunos instantes al alejarnos de nuestro país natal.

Heberto buscó un año. Su madre no cesaba de aconsejarle un viaje a Europa; ella le acompañaría; en Burdeos tenían parientes que los esperaban. Heberto aplazaba su resolución. Creía que el ángel de sus ensueños, que en sus delirios llamaba Stella, debía de ser hija del suelo mexicano, formada con el luminoso éter de nuestro firmamento, dorada por un rayo de sol de nuestras primaveras, perfumada por las ardientes y acariciadoras emanaciones de las florestas indianas. El ángel que había elegido por nido el corazón del poeta no tenía rostro, ni tenía cuerpo: era un celaje color de rosa que dibujaba, bajo su gasa vaporosa, las líneas ideales de una figura extrahumana, como bajo una sábana de lino inmaculado se adivinan los contornos poéticos e imprecisos de una impúber.

Cierta vez, Heberto dio un grito en su lecho; en su almohada había caído una lágrima reciente que no podía ser suya; las coberturas guardaban casi el molde y la tibieza de un cuerpo de virgen. Su madre vio algo de eso, cuando Heberto se lo refirió entre el llanto y la risa. Salió al jardín de la casa que habitaban en el campo y se sintió súbitamente narcotizado por los aromas vivaces de las plantas. Cuando el sueño apagó en su cerebro el último destello de razón, escuchó Heberto, en pleno paraíso fantástico, un “ven” sonoro y claro como si hubiese salido de una garganta de oro.

El soñador, incorporándose, marchó en línea recta al lugar de donde la voz había salido. Pronto llegó a una pobre habitación; allí encontró a Stella, allí vivió algún tiempo. Stella era una niña como Alfredo la soñaba; era una ráfaga color de rosa, detenida, con las alas trémulas, sobre los pétalos de una azucena. Su nombre, su figura, su alma eran hijos del cielo. Era una perla caída de la guirnalda efímera de las hadas, en una noche en que la aurora las sorprendió en el seno de las flores. Era, de lejos, un espectro; de cerca, un perfume. ¿Cómo Alfredo había encontrado a Stella? Lo ignoramos. ¿Stella existía, ha existido alguna vez? Lo ignoramos; y, sin embargo, estamos seguros de haber visto su negativa en el taller de los señores Cruces y Compañía. A pesar de eso nos preguntamos: ¿será cierta la bajada de ese ángel a la tierra?

En suma, la hemos conocido, a no ser que la hayamos soñado; su retrato parece la fotografía de una cabeza pintada por un artista inspirado. Es, o era —como quieran mis lectores—, era divina, en lo que hay de más alto en esta palabra aplicada a la forma; tenía la belleza de un alma, es decir, de lo más inmaterial que puede forjarse la imaginación humana, sólo capaz de concebir tipos materiales. Alfredo la había bautizado en su corazón con el nombre de Stella (estrella). Y, en efecto, parecía una gota de luz derramada sobre el mundo desde uno de esos vasos de diamante que llamamos astros.

Era color de rosa; sus ojos eran negros, pero parecían emitir luz, no recibirla. Cuando sus pupilas se levantaban hacia el cielo y la punta de sus pestañas se confundía con el arco admirable de las cejas, no sé qué llamarada sombría se encendía en aquel punto, que hacía estremecer de delicia, pero que enfermaba el corazón. El óvalo de su rostro habría desesperado a Winterhalter; bajo su nariz recta y pura desplegaba su broche de jacinto una boca celeste, casi siempre entreabierta como para dejar escapar una nota del alma, o aspirar el aroma de las flores, sus hermanas menores.

El día que la vi llevaba vestido color de violeta, la flor de los poetas y de las vírgenes, y una pellizca negra sobre los hombros. ¿Pero no será una alucinación mía? ¿No una visión producida por las tintas de nácar del crepúsculo de la tarde?

Heberto y Stella vivieron juntos; Stella en el corazón de su amante, como una esperanza de poeta; no podremos decir si el joven estuvo presente alguna vez en el pensamiento de la niña. Ya hemos dicho que había entre ambos la distancia de la tierra al cielo.

Una vez llegó Heberto al altar en que su estrella le esperaba. Decimos “altar” porque para el pobre poeta la vista de Stella era una comunión; sentía, como el creyente que se aproxima a la mesa eucarística, que con las miradas de su amiga ideal caía en su espíritu un rocío, un maná del cielo. Heberto, decíamos, llegó una vez al tabernáculo de su pasión; su amada se acercó al marco de oro de su cuadro, y le dijo “adiós”, con una voz sonora y dulce como la música que debe de oírse más allá de la tumba... Y partió. Cuando hubo llegado a la región de las almas, dejó caer sobre su amante desamparado una mirada que Heberto vio encenderse en el espacio en forma de estrella. Y esa misma noche, en medio de su insomnio, oyó el joven junto a su lecho sonar distinta y clara esta palabra: “ven”, y sintió sobre su frente rodar tibia y lenta una lágrima.

Stella vivía en el mundo inmaterial, pero Heberto la veía; la veía de noche como un lucero en su constelación favorita y de día se le aparecía en las penumbras muy blanca, muy blanca, con la inefable blancura triste de las flores de cementerio. El pobre tendía la mano para tocarla y no podía; de vez en cuando sentía sobre su frente el roce de su cabellera, suelta, sedosa y áurea, tal como la llevaba la última vez que había sentido el roce de sus hilos finísimos entre sus dedos febriles...

Entonces esbozó unos versos que nos han sido transmitidos; he aquí los menos informes:

Piedad por los recuerdos alegres de tu vida,
por la ilusión primera de tu alma celestial,
por la paloma blanca que cuando estás dormida
baja del cielo y mece tu sueño virginal.

Piedad, por tus quince años; piedad, porque eres bella
y tengo, niña, henchido de muerte el corazón;

porque será mi vida sin tu mirar de estrella
espectro coronado con flores de panteón.

La vida es lo que pido, pidiendo que me ames;
la vida, para luego agonizar de amor;
para que mi alma entera dentro del pecho inflames
y se consuma como la mirra ante el Señor...

Pero Stella seguía cruzando como un silfo por los rayos de luz que penetraban hasta el lecho del pobre enfermo. De repente, el techo del cuarto desaparecía y un cielo en que oscilaban mareas de luz y olas de oro transformaba la estancia. Como una virgen de Murillo se le aparecía en medio de tanto esplendor su Stella.

Hace un año la blanca Stella descendió sola y melancólica por un crepúsculo brumoso y frío. Llevaba en la frente una corona nupcial de camelias blancas:

—Esta noche celebraremos nuestras bodas —murmuró en el oído de Heberto.

Éste escribió en su cartera unos versos, necesidad sublime de los corazones que sufren y aman; trazó algunas notas musicales como queriendo interpretar la voz de Stella.

Luego llamó a su madre. La santa mujer corrió al lecho de su hijo, que volvía a la razón; sí, porque un mes hacía que Alfredo había salido como un delirante al jardín en busca de una mujer que había llorado una lágrima sobre su frente. De allí le trajeron aletargado a su casa y ese letargo sólo se interrumpía por accesos de delirio. Pero ahora sí, ahora sí volvía el pobre enfermo a la razón. Su pobre madre —¡pobres madres!— aprovechó aquel instante para inundar de claridad el espíritu de su hijo y convencerlo de que su amor era imposible, era una visión de la fiebre. Alfredo quedó plenamente convencido de ello y murió... Su madre lo creyó salvado cuando le vio llorar; ella lloró también. De repente dos lágrimas se detuvieron como congeladas entre las pestañas del soñador:

—Se ha dormido —murmuró su madre—: que nadie lo despierte...

Nadie lo iba a despertar; se había dormido para siempre.

Anochecía el día de muertos del año pasado. Una llovizna menuda y fría caía de los negros y desgarrados nubarrones que entoldaban el cielo. Si alguna vez las nubes fueron crespones y los astros cirios, fue en aquella noche; parecía que en las alturas también se festejaba a los muertos; llevaba el viento ecos de responsos en sus ráfagas y del fondo de la noche parecía venir por momentos un rumor pavoroso del *de profundis*. Las raras estrellas estaban trémulas como lágrimas; cuando llegaba a percibirse una constelación, semejaba una corona de inmortales colocada en el sepulcro de un dios...

Penetramos en el cementerio de San Fernando algunos estudiantes. La muchedumbre se había escurrido y algunos sacristanes quitaban a toda prisa a los sepulcros sus vestidos de

lujo, dejándolos desnudos y fríos. Así son las mañanas que siguen a un baile de carnaval, cuando ellos y ellas arrojan los dominós ajados y las caretas maculadas de sudor y de vino, sobre el mostrador de los alquiladores. El día de muertos es el baile de carnaval de los muertos; en lugar de dominós azules se ponen sambenitos negros.

Entramos en el cementerio para colocar nuestra losa sobre el sepulcro de Heberto. En el nicho contiguo había una lápida flamante; se había colocado, al parecer, ese mismo día. No tenía más inscripción que ésta, un nombre: Stella. Sobre ella colgaban el velo, la corona de las desposadas.

Stella había muerto; luego había vivido... La realidad oculta bajo mi simbólica narración obtendría algunas lágrimas vuestras, lectoras mías, porque es muy dolorosa y muy triste. ¿Os la contaré algún día?

[*] Con el título de “Leyenda de un muerto” y dedicatoria “A la señorita V. H.”, se publicó en *La Juventud Literaria*, México, 1888, t. II, pp. 181-182.

MEMORIAS DE UN FARISEO*

(*Fragmento*)

A José Córdoba

En el liceo Francomexicano, en que viví por algunos años, me hice amigo de un joven de origen alsaciano, hijo de un israelita.

Leíamos juntos con frecuencia las obras de Renan y Strauss sobre Jesús, y sin llegar a resultados apreciables, como sucede en todas las discusiones en que los datos son insuficientes en pro o en contra de la tesis, andábamos siempre querellándonos sobre el poco noble papel asignado en la narración evangélica a los fariseos, de quienes era mi amigo acérrimo defensor y aun algo descendiente, según decía.

Como casi todos los judíos ilustrados en nuestros días, era un apasionado de Jesús; los quince siglos de indecibles torturas infligidos por los discípulos del Nazareno a los judíos, no acertaban a empañar ante los ojos de mi amigo la claridad incomparable de la personalidad moral del "judío divino", como él le llamaba. Y en el afán de lavar de una mancha de iniquidad y de sangre a los que él reputaba como lo mejor de su pueblo, como el fruto maravilloso de la planta sembrada por el profetismo y por los legisladores geniales de Israel, sostenía, con los eruditos rabinos Salvador y Rodríguez, la teoría de que Jesús había sido sacrificado por los romanos y un grupo de traidores a la patria, confabulados con ellos.

A la vuelta de un viaje muy largo que hizo por Europa, me comunicó el fragmento de unas memorias vertidas del hebreo al griego, y luego al latín, en una judería holandesa durante el siglo XVII, y que en la familia de mi hombre radicada en argel después de la guerra francoprusiana, se conservaba piadosamente como una sagrada reliquia de lo pasado. ¿Pero —dirán los lectores— el documento es auténtico? Mi israelita me lo juró por la ley y los profetas.

¡Oh, dulces mañanas tibias del mes de Nisán en la tierra de las divinas promesas! La de aquel día inolvidable había sido bella y roja como ninguna; luego de aparecido el sol, todo fue azul y oro. Entre las negruzcas rocas surgía la ciudad como una multitud de cubos de un blanco implacable atenuado por las manchas verdes de los limoneros y las palmas.

Dos grandes rumores se levantaron con el sol: el del viento del desierto arábigo que bebió con una sola ráfaga el ligero velo de niebla que esfumaba los olivos de Getsemaní y caldeó la atmósfera saturándola de moléculas de fuego, y el de la multitud pascual que se precipitó desde los atrios del templo y desbordó del recinto de Sión, en busca de un poco de frescura y de sombra.

A pesar del calor abrasante, comenzaron las procesiones multicolores de los peregrinos a ascender al santuario, al son del *kinnor* y del salterio, cantando en cadencia bajo la dirección de sus coreutas los salmos sagrados que algunos atribuían a David.

Al mismo tiempo, el mercado, que rodeaba el recinto sacerdotal, se animaba por inusitado modo. La fiebre del cambio y del lucro se apoderaba de aquellos hombres que hablaban todos los idiomas del mundo, reunían en sus bazares todas las mercaderías; desde la esclava blanca y casta de Germania, que parecía una estatua de lácteo alabastro, coronada de un nimbo de oro, hasta el enano negro de la alta Etiopía, acurrucado sobre un chal de púrpura en un pintarrajeado vaso escita, y desde la ánfora de Atenas, elegante y pura, hasta el papiro de Alejandría en donde se contaban los espléndidos episodios de *La vida inimitable* y la pasión de Antonio y el áspid de Cleopatra.

Yo, en la azotea de una de las sinagogas que apoyaban sus muros en el recinto exterior del templo, miraba el precipicio a mis pies, el seco lecho del torrente Cedrón, serpeando en el árido llano, y más allá los olivos del huerto.

Un grupo de jóvenes *kohenim* (sacerdotes) compañeros míos, asiduos lectores del gran doctor fariseo Hillel, comentaban las noticias llegadas la víspera hasta nosotros y que ponderaban las maravillas realizadas por un joven profeta y taumaturgo que, curando y predicando parábolas, venía seguido de una multitud pasmada de admiración, desde las orillas del lago de galilea hasta Jerusalén, a celebrar la Pascua.

"¿Quién era ese alborotador del pueblo?", se preguntaban los romanos. "¿Quién es ese humillador de hipócritas?", murmuraban algunos sacerdotes.

Los suyos le llamaban rabí y le llamaban Cristo, esto es, el ungido del señor, el prometido de los Beni-Israel, el mesías de la emancipación.

Pilatos temblaba de pavor, y con Pilatos temblaba Kaipha, que era el sumo sacerdote y llevaba ese año en la cabeza el *petalon* sagrado. Porque nadie en el pueblo de Dios era amigo de los soldados del César; nadie, excepto Kaipha y algunos que le seguían.

Los fariseos que componían el *synedrium* eran enemigos de roma y su vida era santa y su doctrina santa, porque era la doctrina de Moisés y los profetas, explicada por Hillel, que había dicho: "Haz a otro lo que quieras que te hagan a ti; ésta es toda la ley, lo demás son comentarios" (Talmud).

Y después de Hillel había venido Jesús de Nazareth y había repetido las palabras del maestro.

Los fariseos amaban a Jesús y odiaban a Herodes y a los esbirros de Herodes, los protegidos de roma. Y esperaban el tiempo de la emancipación y la llegada del Mesías de gloria.

Jesús había dicho: "No temáis a los que matan el cuerpo" (Mateo). "El que conserve su vida la perderá y el que la pierda por amor mío la encontrará" (*idem*) y "los cabellos mismos de vuestra cabeza están contados" (*idem*).

Jesús había dicho: “Desde los tiempos de Juan el Bautista hasta hoy, el reino del cielo se posee por violencia y los violentos lo arrebatan.”

Y los que no lo conocían preguntaban:

—¿Quién es éste?

Y las gentes del pueblo respondían:

—Éste es Jesús, el profeta de Nazareth de Galilea. Éste es el que ha dicho: “Ahora es cuando el príncipe de este mundo va a ser arrojado” (Juan). Y entonces el príncipe del mundo era Tiberio César y los enviados del César.

Éste es el que ha dicho: “El que tenga una bolsa y una alforja, tómelas, y el que no las tenga, venda su túnica y compre espada” (Lucas). “Y en cuanto a aquellos de mis enemigos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá y matadlos delante de mí” (Lucas).

Y aquellas palabras eran el grito de guerra contra la opresión de Roma, la impía, de la Babilonia del Occidente.

Porque sus discípulos le decían: “Rabí, tú eres hijo de Dios, tú eres el rey de Israel” (Juan). “Y todo aquel que se hace rey se declara contra César” (Juan).

Cerca de tres millones de almas (*Josepho*) celebraban aquel año la pascua en Jerusalén. Reinaba un rumor inmenso en derredor del templo, y el zumbido de muchos pueblos llenaba los aires. Yo escuchaba explicar la ley en el templo santo, cuando un clamor lejano y prolongado como el primer suspiro del viento en el desierto, llegó hasta nosotros.

—Es la tempestad que sopla de Jericó —dijo uno.

—No —respondió el anciano Ismael, incorporándose—, es el alarido del pueblo: ¿no oís que semeja la voz ensoberbecida de las olas?

Corrimos a los pórticos, salimos a las gradas, vimos en el triste valle del Cedrón un espectáculo indecible.

La llanura estaba como vestida de una clámide flotante de vívidos colores. Parecía que, arrancada por la ira del Señor la clave del arco iris de la alianza, se había éste desmoronado en infinitos fragmentos sobre el valle del último día.

El polvo oscuro del suelo de Sión empañaba con su nube ardiente aquel cuadro prodigioso.

El sol levantado en los cielos de un azul plomizo como la superficie del Mar Muerto, lanzaba implacable sus saetas de fuego sobre el templo y la llanura.

La inmensa muchedumbre se precipitaba en todas direcciones hacia el camino que baja de Getsemaní y se apiñaba ya en el recinto exterior del templo.

La voz del pueblo subía hasta las nubes y la repetían las colinas, como los ecos del trueno de Dios.

Y en el centro de la multitud se agitaban las palmas y se estremecían las ramas en las manos de los niños.

Y oíamos una gran voz como la voz del que clama en desierto, que decía:

—Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del señor; hosanna en las alturas.

Era el conquistador que venía en nombre de Yaveh, era la hora de la emancipación que llegaba. Los ancianos murmuraban: no era tiempo aún; pero brillaban sus pupilas como si el sol se hubiera reflejado en ellas por la vez postrera. Buscaban nuestros ojos con sed intensa, en el centro de los pueblos, al profeta de Galilea: su espada debía centellear como la espada de Goliat en manos del pastor de Terebinto; sobre su indómito corcel, hijo de los vientos de Arabia, debería asemejarse a Josué victorioso en Gabaón de los hijos de Canaan.

Todos esperábamos ansiosos. Las palmas, las ramas, se hicieron de un lado y otro, y se adelantó del seno de la turba un hombre montado sobre el lomo humilde de un asno.

Y bajando de la cabalgadura contuvo al pueblo con un ademán, y subió solo por las gradas del templo. Y al verlo murmuraban los ancianos las palabras del profeta:

—He aquí que tu rey viene manso para ti, sentado sobre un asno, sobre el pollino de una asna.

Era Jesús de Nazareth. Su rostro no se había enrojecido con el calor del camino; antes bien, estaba pálido y melancólico, como el del cantor de las lamentaciones. Su frente era elevada y llena de luz, y sus cabellos rojizos y suaves; su boca, como la del que nunca la ha acercado al cáliz de los placeres del mundo. Cuando levantó los ojos al cielo, cuando invocó a su Padre y permaneció mudo en oración, el fulgor sobrenatural de su pupila hizo palpitar el corazón de los que mirábamos e iluminó las sombras sagradas del santuario. Hubo un momento en que sus ojos se humedecieron y temblaron nuestros huesos como los de nuestros padres cuando el fuego del Señor coronó la frente del Sinaí; si una lágrima hubiera brotado entre sus pestañas, el templo habría caído hecho polvo a sus pies.

La multitud rompió el silencio al verlo marchar hacia la teba del templo santo; cuando penetró bajo el techo de Yaveh no había una sola boca muda, y los ámbitos de la casa del altísimo resonaron con un hosanna infinito salido de todos los pechos:

—Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor, hosanna en las alturas.

Los romanos temblaban; pero velaban Herodes y Kaipha —el traidor a su ley y al pueblo, el soberano sacrificador.

El día 14 de Nisán sacrificó en Jesús de Nazareth las esperanzas de los Beni-Israel.

En vano los fariseos habían dicho al joven profeta: “Sal de aquí y vete, porque Herodes te quiere matar” (Lucas). En vano le habían rogado que hiciera callar a sus discípulos, que lo proclamaban rey delante de los romanos (Lucas). Jesús, que había afirmado su fariseísmo de una manera completa diciendo: “Los escribas y los fariseos se sentaron sobre la cátedra de Moisés; guardad, pues, y observad todo lo que os dijeren” (Mateo), se volvió contra los malos fariseos de Kaipha y los maldijo y hubo gran división entre el pueblo.

Los romanos aprehendieron a Jesús. Kaipha, el mal fariseo, y Hanan, su padre, lo quisieron condenar por blasfemo, a pesar de las resistencias del consejo; pero todo fue inútil, y en lugar de ser lapidado, que era el suplicio a que la ley condenaba a los blasfemos, se le condenó al suplicio romano de la cruz, y la causa de su muerte, escrita por orden del cruel y rapaz Pilato (*Philon*), se fijó en un cartel sobre la cruz: *Jesús Nazareno, rey de los judíos*.

Los judíos del templo amamos durante largo tiempo a los judíos discípulos de Jesús, que nos acompañaban a orar y cumplían con todos los ritos de la ley (orígenes). Santiago era uno de nuestros santos, venerado por los *ebionim* del pueblo (ebionitas, pobres). Pero un hijo de Hanan, hechura de Herodes y traidor como Kaipha, fue nombrado pontífice y dio muerte a santiago como blasfemo. Los Beni-Israel se indignaron lo mismo que los cristianos. La opresión de Roma llegaba a su colmo y el pueblo se estremecía de odio y de impaciencia.

El día en que yo me separé, a las puertas del templo, del último discípulo de Jesús, que amé en mi vida como a un hermano, un loco seguido de muchos grupos de gentes apareció gritando estas horribles palabras (*Josepho*):

-¡Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos! ¡Voz contra Jerusalén y contra el templo! ¡Voz contra los casados y contra las casadas! ¡La voz contra todo el pueblo! ¡Ay de ti, Jerusalén! ¡Ay de ti, ay de ti!

[*] *El Federalista*, México, 25 de marzo de 1875, publicado bajo el título de “El rey de Israel” y firmado con el seudónimo Merlín.

INCÓGNITA*

A Francisco Villaseñor

Tú sabías, dulce y santa criatura que descansas en una inmensa tumba anónima, lejos de la isla espléndida cuyas brisas mecieron tu hamaca infantil, tú sabías mirar más allá de los horizontes limitados del mundo y, soñando con algo viviente más allá de tus suspiros, buscabas el modo de huir de nuestra impura atmósfera, sin dejar un solo jirón de tu inmaculada veste entre las garras de la esfinge. Mas ella, como el *Smarra* de Nodier, se sentó sobre tu propio corazón, y la tremenda pesadilla de la existencia oscureció tu alma y tu ruta... Un Dios piadoso rompió entonces para ti esa crisálida de la muerte que llamamos vida y... ¿está resuelto para ti el problema? O lo está o el problema no existe.

Vale in æternum.

I

De los pies a las cejas era un hombre vulgar, en alto grado vulgar el doctor Rafael Montero. Digo hasta las cejas, porque entre éstas y la fracción de atmósfera que cubría su cráneo liso como una bola de billar, el doctor tenía la frente. Y, bajo mi palabra de honor, aquella era una frente admirable, llena de prominencias y precipicios, pero no deforme, sino, al contrario, resumida en un total armónico; sus profundos surcos indicaban que el arado del pensamiento había sido en ella un arado de hierro.

Tenían sus ojos esa especie de atonía de los acostumbrados a ver el cielo al través del telescopio. Porque era un médico singular don Rafael Montero: sus colegas estudian generalmente la naturaleza en los átomos; él la estudiaba en los mundos; creía en la astrología. En las poquísimas veces que había sido consultado, en vez de tomar el pulso al paciente, se informaba del año, mes, día y hora en que había nacido, y una vez determinadas las influencias siderales que obraban y reobraban sobre el individuo, a fuer de discípulo del gran Paracelso, caía en hondos arrobamientos o éxtasis, durante los que el visitante tomaba su sombrero, su sombrilla y dejaba al médico en conversación con el anillo de Saturno. Cuando volvía en sí, el doctor se encogía de hombros con un movimiento de desdén indecible y, dirigiéndose a su laboratorio, desleía en una cucharada de agua una gota de un brebaje negro, que daba al líquido un rutilante color de sangre, y la apuraba para reparar la fuerza vital perdida en su meditación última. En seguida volvía a sus pergaminos, que le eran caros y le costaban caro.

El astrólogo —¿por qué no lo hemos de llamar así?— había copiado en Nápoles uno de los carbonizados papiros de Herculano, que había resultado una obra medical [*sic*] egipcia que descifraba el sabio con la clave de Champollion. El escrito atribuía a la noche el origen de todos los males y ponía en el sol fuente de todos los bienes. Esta obra se llamaba como todas quisieran llamarse: *Sabiduría*.

Otra particularidad tenía nuestro hombre: era un espiritista rabioso. Marta, su ama de llaves, fresca y hermosa casi, a pesar de sus cincuenta próximos, aseguraba haber oído rumores de voces "de gente que no había entrado" en el cuarto de aquel "santo varón", como solía llamarle.

—Señor —le decía ella en tono de broma—, anoche estuvo el diablo en su cuarto de usted.

—Marta —contestaba el doctor con su enigmática sonrisa—, el diablo está aquí; le tenemos dentro: el hombre es el diablo.

Suponemos que el doctor comprendía a la mujer en el vocablo.

Como todos los sabios, el nuestro tenía un sobrino, un parisiense, que había vivido largos años en Europa con su segundo padre y había aprendido mucho más que su tío, que no salía de la sorbona y el Colegio de Francia. Los cursos a que el sobrino había asistido se daban en los bastidores de los teatros del *boulevard* y en los bailes públicos; no eran cursos gratis, pero el doctor era riquísimo. Este joven había traído de Francia un poco de *esprit*, de ese que se vende a diez céntimos el volumen en los gabinetes de lectura; decía que el dinero era "lastre del frágil barco de la vida", y cuando algún amigo tropezaba con él en alguna aventura nocturna y le preguntaba por su tío:

—Le he dejado haciendo el oso a la Osa Menor —contestaba.

Este sobrino se llamaba Víctor.

II

Era una tibia noche de la entrada de la primavera; el doctor volvía de su paseo vespertino, un poco fatigado, mas de excelente humor. Marta preparaba sobre una mesita del salón de trabajo el té, en un elegante aparato de Christofle. El cielo jaspeado por unas vetas pálidamente violadas encendía sus mil luciérnagas de oro en el espacio. Por encima de los frondosos fresnos de la huerta, acechaban tímidas algunas estrellas. La penumbra que anegaba los sembrados hervía en rumores misteriosos, dominados por el chirrido metálico e intermitente del grillo. Las lomas se velaban para dormir con los vapores opalinos del crepúsculo; aquí y allí se percibían las luces encendidas en las chozas de barro; el ruido trabajoso y desapacible de una carreta que subía al cercano molino, los balidos de un rebaño de cabras que corrían por las veredas tras el cencerro cascado y melancólico, y los ladridos de los perros que empezaban cuando acababa el canto de los pájaros, parecían manifestaciones medio

fantásticas de la soledad y de la sombra.

Marta se puso a rezar al oír en la iglesia vecina sonar “la oración” y el doctor se puso a pensar; así oraba.

—¿Recuerdas, Marta, la noche del 9 de marzo de 1865? —dijo el doctor de improviso—. ¿Aquella noche en que creíste que una legión de almas en pena había venido a mi cuarto? —y sin hacer caso de la contestación de Marta, que se había puesto pálida, continuó—: Quince años hace hoy; sí, hoy la encontraré; los espíritus no saben, no pueden mentir; el único mundo de la mentira es éste. ¡Qué noche, qué noche! Tú viniste espantada a verme... ¡Oh!, mi buena Marta, entonces eras joven y guapa...

Marta miró al médico con expresión indefinible. Éste proseguía cada vez más ensimismado:

—En este mundo la vida del alma debe ser par, debe ser a dos para ser completa. No hay almas solas, hay almas solitarias. Si un alma no encuentra en la Tierra su complemento, lo encontrará en otra parte. Las ideas impregnadas del fluido vital, de que habla Van Helmont, van a despertar al través de las distancias, al través de los tiempos, correspondencias simpáticas que dormitan en otras almas; a esto llamaba Baltasar Gracián “el parentesco natural de los espíritus y los corazones”.

Marta acercó al doctor una taza aromática de té de caravana, puso junto a la taza el limpio frasco de anisado de Mallorca y salió de puntillas. El sabio sorbió lentamente la poción refrigerante; luego dejó la taza sobre el velador y colocó la mano sobre él. Poco después un estremecimiento extraño se apoderó del delicado mueble; parecía que las vetas de la caoba se dispersaban en un abanico fantástico y ondulante como si sus moléculas, repentinamente disgregadas, tendiesen a pasar al estado líquido. Algunos instantes más, y las fibras, los nervios, los filamentos todos de la madera palpitaban, se torcían, sollozaban de una manera tenue pero dolorosa, parecían gemidos de un niño que venían de muy lejos, de muy hondo. El velador estaba epiléptico.

En los pliegues de la frente del doctor se reflejaban y repetían las convulsiones de la mesa; ya se contraían tempestuosas sobre sus abultadas cejas, ya se esparcían como nubes dispersadas por el viento al impulso misterioso de una irradiación interior.

Espesos nubarrones habían invadido una ancha porción del cielo, y la luna, escondida tras ellos, plateaba las orlas del celaje, que así parecía un paño fúnebre. Las estrellas parecían miradas que convergían atentas hacia aquel grupo negro, como si en su seno se consumase algún misterio. A la luz de los silenciosos relámpagos se veían desprenderse de aquella masa sombría largos jirones sutiles de vapor negro que recibían un beso de la oculta luna y se desvanecían suavemente en el espacio.

El doctor se incorporó, su mano rígida se desprendió con esfuerzo violento de la mesa y una especie de sonrisa se dibujó en sus delgados e inexpresivos labios. El doctor sonreía porque había vencido a la materia; la mesa, siguiendo la dirección de su mano que obedecía a

su voluntad, se había desprendido del suelo y oscilaba en el aire.

"Obedece —exclamaba el magnetizador—, obedece al espíritu, esclava para quien no sonará jamás la hora de la emancipación. Si yo quisiera, con sólo una mirada podría arrojarte a la cara de los necios que hacen burla de mis ideas; yo les mostraría que tú, pobre astilla de árbol, sirves de pedestal a esos seres que la antigüedad llamó ángeles; que eres un tramo de la escala de Jacob, que los hombres pretenden truncar y romper por la mitad, quedándose sólo con la parte apoyada en la tierra, para aislarse en su cenagal y su fango. Y bien, vivid en él; vivid, hongos saturados de veneno; vivid, parásitos del árbol social que os llamáis 'aristócratas' y que no sois más que la aristocracia del vicio; vivid, hombrecillos perfumados que os figuráis representar en la farsa de la vida el papel de juvenal, el gran poeta romano del castigo, cuando sólo alcanzan vuestras fuerzas para soportar la máscara de Polichinela. Tenéis razón en injuriarme: mi horizonte es demasiado vasto para vuestra miopía; tenéis razón en negar que el alma es inmortal, la vuestra está sujeta a la muerte. El derecho a ser inmortal es un premio en la lucha de la existencia; la inmortalidad es la perfección y poco es para alcanzarla la vida en la Tierra, que es un minuto en la historia de los seres.

"Si de vuestro cerebro brota un destello, si de vuestro corazón nace un sentimiento, luchad por conservarlos, pelead sin tregua por elevarlos más y más; que en esa ascensión penosa hacia el ideal, aquellos a quienes amedrentan los escarpados picos del Tabor en donde las águilas hacen sus confidencias al cielo, esos débiles que bajen, que huyan hacia las zonas de las flores y del perfume, que desaparezcan; sus almas se evaporarán en el vacío. Porque las almas son como los granos de polen que llevan las auras; de cada millar uno o dos se convierten en plantas, los demás se reducen a polvo. ¡Eh!, vosotros, apresuraos a morir, estáis robando a la naturaleza elementos que necesita para más felices combinaciones."

Y el buen doctor, como si se dirigiese a un auditorio de enemigos, levantaba su mano crispada y amenazadora, sus cejas se erizaban como la cola de un gato; en el fondo, muy en el fondo de sus apagados ojos, se iba encendiendo una llama azulosa y las sienes le latían como si en las paredes de su cráneo se estrellase una oleada de sangre. La mesa daba en el aire saltos fantásticos, yendo de un lado a otro del aposento, cual si un enjambre de geniecillos invisibles se divirtiera en jugar con ella a la pelota. Sin embargo, a medida que el doctor se serenaba, el mueble magnetizado iba recobrando su aplomo, y cuando su dueño se dejó caer sobre el sillón, apenas conservaba algunos estremecimientos. Parecióle entonces al sabio, que las nubes se abrían para dar paso a un tropel de fantasmas. Al principio sólo percibía contornos indecisos, movimientos cadenciosos y vagos de la oscuridad; pero aquellos lineamientos tomaban cuerpo, venían... venían...

La ventana que daba a la huerta se abrió sin ruido, como empujada por una mano de mujer; luego la lámpara se apagó suavemente. Apenas iluminaba la estancia el fulgor lívido de la llama de alcohol que Marta, al retirarse, había dejado sobre una cómoda de *boule*. La tapa de la tetera, levantada sin cesar por el vapor del bullente líquido, producía un ruido continuo

semejante al tic-tac de un reloj. El doctor pensaba; he aquí lo que pensaba el doctor:

“Hace quince años llegó la hora fijada por los astros. A las doce de la noche el alma que es parte de la mía, la Eva espiritual prometida por el cielo a los que creen, el complemento de mi ser que, según los oráculos, debía encontrar en esta tierra, apareció para mí. Marta recuerda bien aquella noche solemne; la llegada a este mundo de mi coespíritu se anunció faustamente; Víctor, mi sobrino, que había nacido idiota, adquirió súbitamente la inteligencia. Como si quisieran los genios hacer llegar hasta los seres queridos para mí la irradiación del alma esperada, del ser en que, como una burbuja de oro en crisol inmenso, se perdía mi pobre ser embargado por el éxtasis.

”Ese viejo pergamino, en que está escrita la sabiduría, me había revelado el secreto. Las almas gemelas rara vez cruzan juntas las esferas del dolor; tal premio sólo se concede a quienes, en sus existencias anteriores, han creído siempre y obtienen al fin, por recompensa, en esta vida, ser iniciados en los grandes misterios de la naturaleza. ‘Aquel que crea en la naturaleza obtendrá de la naturaleza según la extensión de su fe’, ha dicho Paracelso. Mi alma ha abierto su cáliz, es cierto, después de la edad del amor; mi alma ha sido una *mesembryantemum*, la flor de la tarde; pero eso es porque tomo mi vida actual por término de comparación; mas en la eternidad, que es la verdadera edad del alma, no hay tarde, el sol no declina, el sol está siempre en el cenit. Allí entra un día en la constelación del amor. ¡Oh! unidad cuya fórmula para ser perceptible al hombre es la dualidad: dualidad santa que, escondida o manifiesta, te revelas en toda la creación, que en todas partes estás, hasta en la muerte, como la luz del sol está dondequiera, hasta en la sombra; ¡santa ley de amor, yo te bendigo!”

Y el doctor se dirigió a su gabinete con pasos de sonámbulo; tomó la traducción del papiro egipcio y deletreó, que no leyó, estas frases cabalísticas:

“Dos es Dios; de dos brota el fuego, el ser sin mancha. Dos es amor. Amor es Dios. Dios es la llama que todo lo vivifica, en la que todo vive. Adora. Tú verás, hijo de la fe, verás más allá de lo que rodea a este mundo; tu Dios interior proyectará su luz blanca por delante de ti. Cree, cree siempre, hijo de la fe, cree porque la fe es el puente por donde pasan todos los predestinados, fino como la arista de hierro que corta el vello de tu barba, pero al cabo del cual está el Paraíso. Adora. Adora a la que venga hacia ti de la constelación del amor, de géminis; vendrá en la noche y la noche arrojará una gran luz, las estrellas cadentes serán su séquito, porque son almas errantes como ella, en busca de sus dobles, que no se detienen en la tierra. Cuando llegue la mitad de la noche y un instante más vendrá hacia ti el alma de tu alma.

”Ya ha venido, sin duda —se interrumpió el doctor—; ha entrado en esta habitación, me ha mirado con ojos cariñosos y luego ha ido a nacer quién sabe en dónde. Del foco de un astro bendito que brilla en el cielo lo mismo esta noche que aquella, hace quince años hoy, bajó como envuelta en una espiral de oro. Cierto es que esta espiral venía envuelta en otra de sombra; es cierto que, según este libro divino, pueden venir dos almas a la vez del cielo, una

en la luz y otra, su otra ella, escondida en la sombra, y esa otra hecha de tiniebla es un espíritu de mal. Mas la luminosa visión de aquella noche no podía unirse con nada sombrío. Y luego, ¿no sentí acaso todas las señales, iba a decir los síntomas, que indica mi divino libro, para conocer la proximidad de nuestra otra alma? Ya se había perdido en el horizonte la línea luminosa y yo contemplaba aquella irradiación divina brillar en mi fantasía. Marta vino a hallarme en los últimos límites del éxtasis; un minuto más y el hilo que unía mi espíritu a la materia, se rompía como la hebra sutil de una tela de araña y tornaba yo al cielo y al espacio, al gran laboratorio en cuyos alambiques fui un átomo lentamente transformado de existencia en existencia. En fin, hoy se cumple el plazo, hoy debo verla: ¿en dónde? ¡Decídmelo, espíritus!”

El doctor tendió los brazos, pronunció con sobrenatural dulzura una frase incomprensible; luego cerró los ojos y cayó dormido en su sillón. Se había magnetizado a sí mismo.

III

Las paredes del aposento, como fundidas por un fuego devorador, tomaron un color de púrpura; después se hicieron translúcidas y color de rosa; la alfombra, a la vez, se esponjaba y encrespaba con la apariencia de una nube borrascosa; como si la moqueta hubiese sido arrancada del piso, algunos jirones de lana flotaban bañados por el lampo plateado de la luna; hubiérase creído que la habitación entera ascendía en el espacio, que en las regiones altas de la atmósfera se adelgazaba hasta tomar la apariencia de un cubo formado por seis planos de cristal, tan tenue que bastó el calor del corazón del doctor para licuar mobiliario y paredes, que cayeron convertidos en gotas de rocío sobre las plantas de la huerta.

El sabio se sintió, desde aquel momento, profundamente solo, a una inmensa altura, con el libro de la sabiduría bajo el brazo y en pie y firme sobre las ondulaciones del éter. Habría podido realizar el deseo de un estudiante amigo nuestro, muy dado a la astronomía; enganchar al meridiano una escala de cristal, para poder enamorar a Venus, aburrida de verse sola en el firmamento, persiguiendo al sol, sin esperanza. Lo cierto es que, si hubiera podido ser vista desde este mísero planeta, la frente calva del doctor habría parecido un astro de tercera magnitud; parecía una estrella con pantalones. ¿Y ese puntito negro que danzaba en el vacío? Era la mesa magnetizada.

El doctor Montero era el último Fausto, o si creéis, lectores, que todavía puede reproducirse este personaje en el curso de los tiempos, le daremos el número de orden que os plazca. Pero era un Fausto; so capa de buscar la ciencia, la ciencia absoluta, nuestro hombre, como el de Goethe, pero más directamente que él, buscaba el amor, la verdad suprema, la ciencia de las ciencias, por ende.

En las alturas a que había ascendido “el espíritu infatigable que flota en torno del vasto

universo", como dice el amante de Margarita, habló al doctor:

—Mira —le dijo—, arroja la sonda de tu mirada hacia abajo: ¿no ves a la Tierra que vuela en su órbita haciendo espuma como un cetáceo en el mar?

—No veo —contestó balbuciente el doctor.

—¿Quieres luz?

—Sí, dame luz.

Algo semejante al hálito de un niño acarició el rostro del vidente y luego sintió sobre los ojos un dolor agudo, como si un dardo de fuego le penetrara en la retina; esta sensación fue instantánea; cuando abrió los párpados creyó tener a manera de antiparras dos telescopios de Herschel delante de los ojos.

—¿Ves ahora? —tornó a preguntar la voz.

—Sí; he allí abajo la tierra rodeada de nubes: se agranda, se agranda, como si viniese sobre mí; ya saca por encima de su bruma su enorme calva blanca. ¡Ah!, es el polo cuajado de hielo. ¿Qué cosa es esa enorme serpiente que presente al sol sus escamas de plata y cuyas alas inmensas caen sobre el globo y lo cubren? No es un dragón fantástico, es la mar.

—Toma más luz —dijo la voz—: Allí está el continente, todo arrugado de montañas; con largas grietas llenas de agua; esos son los picos de los volcanes, parecen las tiendas blancas de una caravana que hace alto en el desierto. Abajo, los montes retorciendo sus grupas negras, erizadas de púas, son los pinos; allá un caserío, bosques, puntas de campanarios, edificios en la sombra; he allí los transeúntes, parecen hormigas. Aquí es de noche, me acerco, me acerco más. ¿Pero qué es esto? Una mascarada, ¡cuánta luz! ¡Cuántas mujeres! Oigo el zumbido de la multitud delirante de alegría; este es el pórtico de un teatro... ¡Ah!, sí, sí; estoy en una fiesta de carnaval... Aguarda, espíritu, aguarda, detente; siento el gran estremecimiento eléctrico, como hace quince años. Ese dominó, esa careta de raso, ¡oh!, sí, sí, veo debajo del antifaz, sí, es ella, es mi visión, es el alma que yo esperaba... ¡Dios mío! Sigámosla, veamos...

—¿La has reconocido? —preguntó el interlocutor misterioso.

—¡Oh!, sí —respondió el doctor—; ¡oh!, sí, es ella, ¿no es cierto?

—Yo puedo resucitar a tus ojos lo pasado y hacerte abarcar lo presente; sólo Dios puede revelarte lo futuro...

—Tú no me lo puedes decir; pero mi libro me lo ha dicho ya —pensó el doctor.

—Aún no has descifrado su última página —replicó el espíritu, como respondiendo a aquel pensamiento.

El doctor tuvo un terrible sobresalto de ansiedad. Reencendióse la luz a un soplo repentino y Marta entró a apagar la lamparilla de alcohol. Quedó un rato pensativo y agotado nuestro hombre, luego estuvo un rato mayor contemplando el cielo y al fin, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, llamó. Vino Marta.

—Prepárame mi traje de etiqueta —dijo el médico—: haz que preparen el coche; voy a México.

Marta miró a su amo con asombro y al cabo preguntó, entre azorada y risueña:

—¿Va usted al baile, señor?

—Precisamente, voy al baile de máscaras.

Marta estaba estupefacta, no quería dar fe a lo que oía; pero el hábito de la obediencia se sobrepuso a todo y se encaminó meditabunda a la alcoba del doctor.

—Es cierto —murmuraba éste, siguiendo lentamente a su ama de llaves—: esa última página siempre me pareció oscura.

IV

El discípulo de Paracelso tomó en su laboratorio un frasquillo de oro, cuidadosamente guardado en su estuche, vertió en una cucharilla de agua una gota de un licor negro que con el contacto del aire y del agua tomaba un bellísimo color de púrpura, y lo hizo pasar por sus fauces con delicia íntima.

—Éste es el elíxir del amor —exclamó—, porque es el elíxir de la vida, puesto que equilibra en mí las fuerzas del cuerpo y las del alma.

Y en efecto, siempre que el doctor se entregaba a sus arrobamientos, tomaba una cantidad pequeñísima de aquel brebaje y, como por encanto, lograba volver a la sangre las fuerzas que la fiebre de sus deliquios espíritas le arrebataba.

Vistióse de rigurosa etiqueta y emprendió en su bien cerrado vehículo el viaje hacia México y hacia el baile. Éste rayaba en su apogeo cuando, a las once de la noche, llegó el doctor. La charla estridente y el perpetuo falsete de las máscaras, que se ponían un antifaz en la voz como se lo ponían en la cara; las melodías de la habanera que tienen la ondulación provocadora de las caderas de las negras; el roce de los dominós de seda, el choque de las miradas que aislaba y concentraba el marco de seda de la máscara, el de los alientos saturados de fiebre y de vino; los colores vivos de los trajes, la luz que ponía de relieve la belleza de las damas de los palcos, risueñas de curiosidad y de placer, todo eso en indescriptible conjunto que hería todos los sentidos a la vez, hacía del salón del baile una Babel del deleite y la locura.

El doctor Montero tambaleó como presa de un vértigo, al poner el pie en aquel nuevo mundo. Pronto, sin embargo, se repuso, y navegando como pudo, entre aquellas oleadas humanas dejóse arrastrar hacia la otra extremidad del salón. Poco tiempo hacía que se había instalado en su observatorio, cuando una mano pequeña y fina bajo la cabritilla, apretó la suya y una mujer herméticamente encerrada en su dominó pronunció a su oído estas palabras:

—Yo soy.

Gabinete del palco intercolumnio de la derecha, piso primero. Media luz; sobre el velador

un tiesto de porcelana lleno de flores y una careta de seda; un espejo en su óvalo de palo de rosa; bajo él, un candelabro con grandes flores de cristal y dos o tres bujías apagadas. En el confidente, una mujer reclinada con elegante abandono; delante el doctor, de pie y arrobado; una lágrima humedece su mejilla.

LA DAMA. No me extraña eso, doctor; mi fisonomía lleva una marca fatal. Cuantos me miran detenidamente sienten deseos de llorar. Tal vez por eso me llamaron Lácrima.

EL DOCTOR. Es porque vos hacéis soñar, señora; porque habláis con la dulce expresión de vuestros ojos de un mundo mejor, y los que os ven llorar porque se sienten encadenados a éste.

LA DAMA. Juntos recorreremos ese mundo: ¿no es cierto, hermano mío? ¡Oh!, yo os buscaba; ese hombre, me dijo mi corazón, es el que te han mostrado los espíritus desde hace tiempo; por él llegarás al amor, que es la insaciable sed de tu corazón. ¿Es entonces su alma hermana de la mía?, pregunté a mis confidentes de ultratumba. ¿Eso está escrito en la última página del libro de la sabiduría? ¿Tiene usted ese libro, doctor?

EL DOCTOR. Ayer, niña mía, creí tenerlo sobre mi atril; mas hoy comprendo que lo tengo aquí, en el corazón, porque es el amor... Y yo os amo. Ésa es la palabra de eterna juventud; por ella soy tan joven como vos.

LA DAMA. ¿Y habéis llegado a leer todo ese libro hasta la última página; esa que quieren los espíritus que quiero yo leer?

EL DOCTOR. Vais a leerlo todo; os digo que es el amor, y os prometo que lo leeréis hasta la última hoja. ¿Qué edad tenéis?

LA DAMA. Siéntese usted, doctor; tengo, hoy precisamente, quince años. ¿Os parezco hermosa?

EL DOCTOR. Me parecéis sobrehumanamente bella.

LA DAMA (*ruborizada*). Gracias, doctor. Me han dicho que mi madre era bellísima señora; yo no la conocí; murió pocos minutos después de mi llegada al mundo. Mi padre... sólo Dios y mi anciano abuelo conocen su nombre. Mis primeros recuerdos datan del convento; allí aprendí a soñar y a tener mucha confianza con los muertos y con la noche. El cementerio y las naves del templo solitario y desierto a media noche tenían para mí atractivo irresistible. La sombra y la soledad, ¿sabe usted, doctor, que ésas son las hermanas consoladoras de nuestra alma? Pero yo iluminaba esa sombra con la aureola espectral de los que volvían del otro mundo y poblaba mi soledad de amigo de inefable sonrisa y de miradas vagas y acariciadoras; yo tenía como las aves nictálopes el don de ver en las tinieblas y las veía llenas de seres que la luz del día borra, como borran los rayos del sol a las estrellas que siguen constelando, aunque invisibles, el cielo. Y, con todo, lloraba yo frecuentemente. ¿Por qué? La superiora me decía que así

lloran siempre los huérfanos. ¿Es cierto eso, doctor?

EL DOCTOR. Sí, los huérfanos piden a la naturaleza las sonrisas que nunca vieron en los labios maternales; porque el niño que crece sin madre, es como el caminante que atraviesa el desierto sin agua; en cada nuevo horizonte que descubre cree mirar un manantial brotando en húmedos murmurios al pie de las palmeras. Para vosotros los huérfanos, esa necesidad de las caricias maternales que Dios pone en nuestra alma al despertar y en nuestro cuerpo al crecer, queda viva y depositada en el fondo de nuestra naturaleza, cuando no ha sido satisfecha. Por eso vosotros creéis ver una sonrisa en los labios escarlatas del clavel silvestre: la de la madre ausente; en los cantos del ruiseñor que parecen siempre venir de muy lejos, por el rumbo del cielo, se os figura oír el eco de la canción extinguida por la muerte en los labios maternales mientras columpiaba vuestra cuna. ¿No es verdad, niña mía, que la violeta perlada por una gota de rocío os pareció que guardaba la lágrima con que vuestra pobre madre se despidió de vos, mientras dormíais? Hija efímera del espíritu maternal, os saludaba todas las mañanas en el jardín del convento, y luego se evaporaba en el cáliz de esa flor retraída y casta, que es la religiosa de los vergeles.

LA DAMA (*escucha embelesada al doctor, que goza viendo el efecto que produce su largo párrafo poético y sentimental*). ¡Oh!, sí, sí, así era poco más o menos; vos me explicáis lo que yo sentía sin explicármelo. De noche, cuando a tiempo de recogerme en mi blanca y estrecha cama de penitencia, mis cabellos desatados resbalaban por la piel de mi espalda, sentía que una mano me tocaba suavemente; volvía la vista y nada veía, porque yo que veo a los seres invisibles, jamás he logrado ver a mi madre; sólo escuchaba junto a mí el rumor tenue de un suspiro, como si fuera un eco de los míos. Creo que por eso he tenido el don de lágrimas, creo que por eso he podido hablar con los ángeles.

EL DOCTOR. ¿Salisteis del convento para ir a Europa?

LA DAMA. Sí, conducida por mi abuelo; allí una amiga me inició en los divinos misterios de la ciencia de los espíritus. Pero el alma de mi madre no vino jamás a mi llamado; cuando mis ojos cerrados sondeaban las sombras de otro mundo creía ver una nube blanca que me ocultaba, como a los ojos de los apóstoles, la ascensión de un ángel; ese ángel debió ser mi madre. Para llegar a donde ella habita, necesitarías que un alma santa y pura te ayudase en tu peregrinación sobre la tierra, me dijo un espíritu amigo. Yo sabía que os iba a encontrar aquí...

El doctor llevó a sus labios una de las manos afiladas y blancas de Lácrima, a sus labios tanto tiempo áridos y crispados. La irradiación interior se reflejaba en toda su fisonomía; su noble frente parecía que, desde aquel instante, quedaría por siempre envuelta en una atmósfera de serenidad y de luz. Estaba casi hermoso así. Lácrima lo miró en los ojos con infinita simpatía,

y sus manos estrecharon silenciosamente las de su noble amigo.

¿Nace, pues, el amor de una mirada? Espíritas o no, ¿tenemos en el fondo de nuestro ser un ángel escondido que pliega dolorosamente sus alas dentro de la materia, y ese ángel, esa Psiquis, soñadora sublime de amor, se asoma a nuestras pupilas cuando la encarnación humana de nuestro ideal surge ante nosotros y nos llama con una sola mirada? ¡Quién sabe! Bienaventurados los que creen...

¿Lo que Lácrima sentía dentro del pecho era el amor? Cuando el doctor la condujo a su coche, un dominó de seda blanca se acercó a la pareja y quitándose vivamente la careta, preguntó con voz alegre y juvenil como el sonido claro de una campana de oro:

—¿De qué cielo habéis descolgado esa estrella?

—¿Quién es ese hermoso joven? —preguntó Lácrima, ya en su asiento.

—Es Víctor, mi sobrino —respondió el doctor, y ebrio de felicidad besó otra vez y otra la mano de la joven.

Ya había partido el carruaje majestuosamente balanceado en sus ocho muelles y la mirada de Lácrima seguía entre la multitud al dominó blanco...

V

Un abuelo a quien parecía estorbar la presencia de una niña que quizás era para él un reproche o un remordimiento, y que, de propósito, dejaba envuelta la venida al mundo de su nieta en el silencio y el misterio; una niña de quince años que no sentía la menor inclinación por aquel anciano siempre huraño y seco con ella y que al mismo tiempo creía haber encontrado el compañero que los hados le habían destinado, no podía presentar graves obstáculos al matrimonio del doctor, y un día de mayo, Rafael Montero y L. M. (Lácrima) celebraron su enlace.

El sabio había cerrado su preciosa quinta de Tacubaya y había tomado una casa, al estilo antiguo, pero amplísima y cómoda, en el centro de la ciudad; quería hacer a su joven esposa honores de reina. Marta, que naturalmente se puso muy triste desde que su antiguo amigo, más bien que amo, le participó el inmenso cambio que iba a operarse en su existencia, con el cuidado exquisito que se despierta a veces en la mujer más vulgar, cuando sabe que otra mujer, y elegante, va a juzgar de su buen gusto, dispuso las habitaciones que iban a ocupar los recién casados.

Mucho se habló, mucho se comentó en la ciudad, el casamiento. Muchos se tomaron el trabajo de pensar, por el alegre y casquivano Víctor (que era incapaz de fijarse tres minutos en un mismo pensamiento), en las probabilidades de que la muy respetable herencia del tío quedase en otras manos. Algunos se lo insinuaron así al joven, y la mala impresión de esta advertencia hubiera durado en él dos o tres horas, si pocos instantes después de que meditaba

sobre ella no lo hubiera tomado del brazo el doctor para mostrarle su departamento en los entresuelos de la nueva habitación.

Todo era en él lujo y *confort*. Sobre los espesos relieves de las alfombras había por dondequiera muebles fuertes, pero de exquisita forma. Sólo en las casas ricas de Europa había visto el joven cristales tan diáfanos, mármoles tan puros y sedas tan bien recamadas. En el zócalo de cada candelabro había una angélica o un Medoro, un Romeo o una Julieta, esculpidos en bronce por Barbedienne, y para tener más contento a su sobrino, que tenía cierto instinto artístico, el doctor, en una pequeña y deliciosa biblioteca atestada de libros maravillosamente ilustrados, hizo colocar entre los cuadros del gusto de Víctor, la *Psiquis* de Amaury Duval y la *Leda* de Guerin, perfectamente copiadas; un lápiz original y auténtico de Paul Chevalier (Gavarni) que había deseado mucho el joven, más por lo poco velado de las figuras, que por el mérito del dibujo. El piano irreprochable, las salas de armas y de billar, el *fumoir* primoroso y un baño de mujer coqueta, completaban la instalación de aquella casita dentro de la casa del doctor.

Víctor sintió disiparse como por encanto su melancolía; sobre todo en presencia de los nuevos y magníficos caballos y de un documento encontrado en cierto lugar del escritorio, que era la constancia de una pensión vitalicia de ocho mil pesos anuales, a la cual añadió el doctor que en ella no estaban incluidos ni los gastos extraordinarios, ni los domésticos, sino puramente los que exigían las costumbres elegantes de su pariente. Pero si Víctor se sintió feliz, su tío estaba literalmente en el Paraíso. El sarao nupcial hizo furor; la novia estaba encantada y encantadora.

Fueron muy numerosos los invitados; los salones estaban cuajados de notabilidades de uno y otro sexo. El doctor recibió a los sabios, sus amigos, médicos la mayor parte, en su estudio, y departía con ellos lo más humanamente que podía, porque más que nunca se sentía saturado de la esencia de la dicha, que ponía en sus miradas extraordinarios efluvios magnéticos. Habría querido hablarles de lo que en su interior sentía, pero determinó callarse cuando uno de sus colegas respondió de este modo a las primeras frases que se le escaparon:

—Sois un sonámbulo inapreciable, mi buen Rafael, y el sonambulismo se ha posesionado de vos, por tal modo, que lo que me parecería raro sería que vivieseis un momento en el mundo real; nos habláis de Dios, del alma, del amor, como si fueran entidades reales, y no son más que quimeras de vuestros sueños lúcidos. Aquí en la tierra, amigo mío, todas esas cosas se van olvidando desde que el hombre supo observar y experimentar. Son cosas que sirvieron, que servirán algo todavía, pero que, en personas ilustradas, constituyen manifestaciones de graves dolencias mentales. Esas ilusiones han huido: del telescopio que da sus alas de luz a la mirada, huyó el cielo; del escalpelo, como si tuviese miedo de lastimarse, ha huido encogida y temblorosa el alma, y huye, el amor, cuando faltan algunos globulillos rojos a la sangre. Y os digo esto, aquí entre nos, porque afuera gusto de que me vean muy devoto en el templo y soy la espada más poderosa contra la impiedad. Pero ¿qué queréis? Es preciso tomar la vida por el

lado que no tiene espinas, puesto que nada aprovecha el punzarse; el dolor es el verdadero Satanás, *vade retro*. En conclusión, he aquí cómo yo resuelvo la incógnita de nuestra existencia, he aquí mi ecuación: *x*...

—Mi esposa, caballeros —dijo el doctor incorporándose y presentando a Lácrima, que acababa de entrar.

Todos se inclinaron mudos de admiración; era sobrenatural la belleza de aquella criatura. Parecía que iluminaba todos aquellos rostros demacrados por la meditación con el reflejo de su fisonomía casi inmaterial; aquellas canas se doraban dulcemente como si estuvieran inundadas por una ráfaga de luz solar. Vestía la desposada un traje de seda *antique*, color de hoja de rosa, velada por un celaje de crespón blanco, que parecía el tenue vapor de un incensario; de entre una ola rítmica de espuma y de perlas surgía su busto virginal y pálido, y el óvalo purísimo del rostro estaba coronado por una áurea cabellera en cuyas ondas luminosas se enredaba un hilo sultánico de perlas, cuyas extremidades se besaban al través de los rizos opulentos que caían en cascada velando la ondulación sedosa de la espalda hecha, habría dicho Teófilo Gautier, con la pasta de lirios con que Fra angélico pintaba sus *madonnas* [*sic*].

La curva mágica de su boca de carmín vivo dejaba entrever el reflejo nacarado de su dentadura, como el oriente de una perla en el cáliz de una “flor de sangre”, según llaman los orientales al coral. Bajo su frente griega, bajo el doble arco de sus cejas que un antiguo habría comparado a los arcos de Cupido, brillaban, como dos zafiros negros, sus ojos grandes, profundos y misteriosos. Sólo a la luz del sol se adivinaba, en torno de aquellos ojos, una ligera tinta azul y transparente como la del cielo de la aurora.

Después de saludar con gracia de emperatriz niña a los amigos de su marido, la celeste criatura dejó caer su abanico de inmaculadas plumas pendiente de su cintura por un broche de pedrería, recogió la inmensa falda con la mano más aristocrática que han calzado jamás los guantes de Jouvin y pasó por entre los sillones, no sin que la orla indiscreta del vestido hubiese revelado un pie.

—¿Creéis ahora en el amor? —dijo el doctor Rafael acercándose a su amigo.

—¡Qué pie, Dios mío, qué pie! —contestó distraído el sabio materialista.

Frunciόse imperceptiblemente el ceño del doctor y todos se dirigieron al salón de baile, donde sonaban los primeros compases de un vals. La inspección de algunas plantas exóticas, colocadas en los ángulos en ricos tiestos de porcelana japonesa, detuvieron algún tiempo a aquella procesión de hombres negros, los sacerdotes de la ciencia, como se llamaban entre ellos. Luego tomaron asiento en los huecos de los balcones velados por finos transparentes de punto y se pusieron con cierta curiosidad grave, y en el fondo impura, a seguir la ondulación de las parejas en el vals a dos tiempos.

El roce de la seda con la seda, en el volteo vertiginoso de las parejas, producía ese largo y suavísimo crujido que hace correr por los nervios un estremecimiento de indefinible deleite.

El cálido aroma de las flores y de las mujeres se esparcía en el ambiente en ondas magnéticas y embriagantes. Las bocas entreabiertas, los ojos encendidos, el choque del aliento y de las miradas en no sé qué palpitaciones voluptuosas; las inflexiones intermitentes de la voz que acaba por hacerse fascinadora como la mirada y por convertirse en sonrisa y en jadeo de placer, todo eso hacía de aquellos seres unas deliciosas parejas animales, en cuyos cerebros dormía el pensamiento como una sensitiva cerrada al borde de un torrente de fuego.

Ha concluido ya la música y todavía el corazón repite en sus latidos los últimos ecos de aquellas melodías.

Un minuto había transcurrido desde la entrada del doctor al salón cuando cruzaron ante él Lácrima y Víctor. Nada más seductor que aquella pareja; el mancebo estaba hermoso, gallardo, inundados de placer los ojos chispeadores, impregnado de ardientes efluvios el aliento. Su brazo enlazaba con nerviosa gracia el cuerpo flexible de su compañera, que cruzando su brazo fino de Venus de Médicis sobre la elegante manga negra de Víctor con el otro recogía su falda con un movimiento lleno de indecible abandono y de coquetería infinita. Su admirable cabeza, ligeramente echada hacia atrás, dejaba flotar en torno suyo su cabellera que caía y se levantaba de sus hombros con palpitaciones de ala, al compás vertiginoso de la pieza alemana.

Una llama suavemente purpúrea bañaba su rostro, sus miradas se besaban en el espacio con las miradas del joven, y en sus labios secos y rojos, por donde pasaba a cada momento la punta de su húmeda lengua, se adivinaba el desmayo y la sed, como dice el autor de *Clemencia*.

Como respondiendo a un acorde interior que se correspondía incesantemente en sus almas, los dos jóvenes se precipitaban alegres, risueños, ligeros por entre el torbellino del baile. Los espejos reproducían millares de veces aquel cuadro de vértigo y de luz.

—¿Estás cansada, Lácrima? —murmuraba la voz acariciadora de Víctor.

—No —contestaba ella—, así no me cansaría nunca.

Víctor y Lácrima se amaban.

Cuando concluyó el baile, el joven hubiera querido decir a la recién casada, llena como estaba su alma de fiebre de amor, la linda estrofa del infortunado Luis Aznar:

...Ven, mi adorada,
posa tu mano en la mía,
que se presta esa armonía
a fraguar otra ficción:
otra ilusión fingiremos
como esa ilusión perdida,
que es fuerza pasar la vida
de ilusión en ilusión.

Pero Lácrima estaba muy seria ya... Una expresión de tristeza adorablemente dolorosa invadió su rostro, y como ya todos los convidados habían partido, las bujías estaban apagadas y sólo se advertían en el salón algunos ramos de flores deshojados y marchitos sobre la alfombra. Los dos jóvenes, sin articular una palabra, sin decirse nada, ella sentada cerca del piano, él apoyado en el mármol de una consola, cuando se vieron solos, cambiaron una mirada muy larga, inmensa, y se echaron a llorar como dos niños... Mucho rato pasó así; de repente Lácrima se incorporó y se dirigió a su alcoba; Víctor vaciló un momento y luego, dando un rugido sordo, que parecía el reclamo amoroso de un león, la siguió de puntillas.

El doctor esperaba a su esposa en la cámara nupcial absorto en profundas reflexiones; al verla entrar se adelantó hacia ella. La niña se detuvo llena de sufrimiento y de rubor; quiso hablar, mas no pudo; un estremecimiento nervioso recorría todo su cuerpo, su garganta se anudaba y una nueva oleada de lágrimas le subía del corazón. El sabio tomó silenciosamente las manos de su esposa, la contempló un momento con una expresión llena de ternura y de pesar a la vez; tomó luego entre sus manos la hechicera cabeza de la joven y, besándola en la frente, le dijo:

—Duerme, hija mía —y salió de la habitación.

Poco después, todo era silencio en la casa. Víctor se revolcaba en su lecho devorado por una especie de fiebre de remordimiento y de deseo; Lácrima lloraba; Marta rezaba y el doctor pugnaba con toda la energía de su alma por descifrar el enigma de la última página del libro de la sabiduría. Pero ninguno dormía: ¡cuando el sueño se ha retirado de los habitantes de una casa, una gran desgracia está próxima!

VI

Nada dijo durante muchos días al doctor la última página del libro de la sabiduría. Su cabeza se había desorientado, la estrella de la esperanza se había eclipsado para aquel astrólogo. Los espíritus callaban, ninguno de ellos respondía a su llamamiento; la mesa mágica permanecía inerte bajo su mano demacrada y trémula y era porque el sabio dudaba ya. Sus ojos abríanse de repente, enormes, llameantes, llenos de inquietud y de dolor y como si quisieran salirse de sus órbitas para ir a escudriñar el cielo. Todo continuaba tranquilo. ¿Qué importa el átomo al Universo?

Víctor continuaba con la cabeza enferma; comprendía que su tío, a su vez, lo comprendía todo y lo esquivaba tenazmente; entraba furtivamente casi a la casa, se encerraba en su departamento y pasaba las noches a oscuras junto de las vidrieras desde donde podía ver pasar a Lácrima. De cuando en cuando su mirada tomaba un tinte sombrío capaz de infundir miedo en aquel casquivano que, de repente, se había tornado en serio y melancólico; era que alguna idea siniestra batía sus alas negras dentro de su débil cráneo... ¡Su tío era un obstáculo!

En la última página del papiro contemporáneo de Sesostris, había ciertas lagunas que el doctor había llenado a su antojo creyendo interpretar bien la idea del misterioso autor; sin duda el infortunado Montero se había equivocado; su vida, como una oleada entre dos rompientes, se estrella entre dos problemas: un libro y un corazón. ¡Y cuando recordaba aquella noche en que había visto descender a Lácrima por una espiral de luz, el pobre hombre lloraba de impotencia y desesperanza!

Cierto día entró al cuarto de su esposa, a quien casi no veía; la encontró cada vez más espiritualizada, si así puede decirse; su tez había adquirido una opalescencia incomparable; sus ojos divinos se habían hundido dejando, como el sol en el crepúsculo vespertino, una sombra más azulosa y triste que la que en ella era habitual. Lácrima se moría de amor. El recuerdo de su madre, su veneración por su esposo, el mundo de los espíritus, todo había desaparecido para ella; sólo en un objeto se había concentrado su ser entero.

¡Pobre muchacha! Yo la conocí a orillas del mar, fijando su mirada con una confianza infantil en la nube que huía y con la que sostenía intraducibles diálogos. Su palidez tenía no sé qué de resurrección, y emanaba de ella una especie de irradiación sobrenatural. Las mariposas debían buscar sus labios cuando estaba dormida y hundir en ella su trompetilla ávida de miel como en el cáliz de una rosa; aquella deliciosa niña era, sin duda, una flor. Su amiga de colegio en Francia, la bella Libye (cuyo nacimiento ha referido Michelet), la comparaba al lirio de Rumania, al que lleva el delicioso nombre de *lacrimoire*.

Volvamos a la visita que le hizo su esposo. La saludó con afecto, casi con piedad; ella bajó los ojos y dos hilos de topacio líquido comenzaron a correr por sus mejillas; la fatalidad martirizaba aquellas almas. Tendió el sabio en silencio las manos sobre la doblegada cabeza de aquella dulce virgen y ésta lanzó un gemido, como el de la cuerda de un arco al estallar. Pocos momentos después dormía magnetizada. He aquí lo que respondió a las temblorosas preguntas del doctor:

“Yo bajé de los cielos a tu vista y tú, dominado por la impresión que, según el libro de la sabiduría, es la que sienten las almas hermanas cuando se aproximan en el mundo la una a la otra, te dijiste: hela aquí, y soñaste en una niña pura y bella a quien unirte para siempre. Te olvidabas de que Dios maldice al hombre cuya boca, agostada por los años, se acerca a los labios de la mujer en flor y la marchita con su aliento muerto; te olvidabas de que otra alma escondida en la sombra venía al lado mío y que desde el día siguiente Víctor, que había nacido idiota, empezó a despertar a la razón.

”No, no era yo el alma que buscabas; has preguntado a los espíritus en dónde debías encontrarme y te lo han dicho; pero callaron todos cuando quisiste saber si yo era la esposa de tu alma. Yo también me engañé. Ése te guiará al amor, me dijeron las voces del cielo, y yo creí que eras el amor mismo. No, no, tú eres el dolor, por ti he sufrido lo bastante para expiar una vida; pero te bendigo, porque me lo has hecho conocer. Me ama, ¿no es cierto que me ama?”

—¡Pobre criatura! —murmuraba el doctor, pálido como un cadáver—; hemos querido

resolver el enigma de la esfinge y la esfinge nos ha devorado.

Y saliendo del aposento, y sin despertar a Lácrima, fuese en busca de Víctor y lo condujo al cuarto de la magnetizada:

—Hoy salgo para el campo —le dijo— y ni a ella ni a ti los volveré a ver jamás. Partid de aquí, tengo derecho a exigir esa última prueba de respeto. Cuando lleguen a Europa encontrarán ustedes una fortuna, mi fortuna; acéptenla como un recuerdo. Lácrima puede moverse e ir y venir, pero no despertará en cuatro días: llévatela y ojalá pueda así reparar de algún modo el mal que, sin querer, le hice.

Cuatro días después, Lácrima despertaba en el mar.

VII

Cuando se encontró sola con Víctor, una alegría inmensa se apoderó de su alma; pero al salir del estupor de la felicidad que la enajenaba, comprendió el tremendo sacrificio del doctor, midió el tamaño de su bondad casi divina, y sufrió y lloró. Para ella era intolerable la idea de ser causa de un gran dolor y sintió un vago deseo de morir. Y al contacto de la pasión puramente sensual de Víctor, su mente se sintió libre y pudo pensar; pensó en el abismo de ridículo en que había dejado caer el nombre de un caballero honrado, que era su esposo... El mundo se veló ante sus ojos y una sorda desesperación se infiltró en su espíritu con el sentimiento de lo irreparable.

—Víctor —decía—, yo quiero, yo necesito morir.

—No seas niña —contestaba éste—: todo es ya inútil.

El paquete americano entraba en la Habana en aquellos momentos. Lácrima, encerrada en su camarote, veía por la ventanilla el risueño panorama que se desenvolvía lento ante sus ojos llorosos y cansados. Por la ventanilla entraban bocanadas de aire caliente y perfumado. Lácrima seguía orando a su madre, invocando su auxilio; pero ni podía ni quería moverse: una lasitud indecible se apoderó de ella por entero; todo, cuerpo y alma, parecían naufragar en un mar de sueño, mas pronto el cansancio fue doloroso, le parecía que había andado muchas leguas y que iba a expiar de fatiga; su cerebro se disolvía bajo la presión circular de una espantosa corona de hierro; le parecía que una mano brutal le dilaceraba los riñones... Poco a poco la calentura sopló sobre ella su aliento de fuego, y Lácrima se durmió como asfixiada por un incendio, mientras la brisa de Cuba entraba cada vez más cálida por la ventanilla del camarote.

El sueño de aquel dormir febril le fue grato, sin embargo. Soñó que de los horizontes de aquella isla encantada, de entre las emanaciones balsámicas de sus campiñas saturadas de aliento marino, el espíritu de su madre se desprendía como un vapor opalino y sutil; soñó que el espíritu se acercaba a ella, que enjugaba sus lágrimas, que besaba su boca; sintió al par de

los suyos los latidos de aquel corazón y... oyó luego una voz que le decía:

—Ven, pobre hija mía, a quien me arrebataron al nacer y que he esperado quince años; el cielo no quiere que tú expíes en el mundo las faltas de tu madre. Voy a libertarte del cuerpo, que, tan bello como es, es la única mancha de tu existencia; entonces cruzaremos juntos el espacio sideral, mi alma y la tuya se unirán en un solo ser, por virtud de mi amor, porque es el único amor, el que no miente jamás. Ven, yo soy tu madre...

Cuando el médico examinó a la enferma, en presencia de Víctor, manifestó que era imposible moverla de donde estaba, que la única esperanza remota de salvación era que el paquete que estaba ya a punto de zarpar, saliese de aquella zona de muerte, que él nada tenía que hacer; su diagnóstico fue éste: *el vómito*.

Víctor se enfrió de terror y de miedo y no pensó más que en alejarse de la doliente. Ésta no conservaba de su fisonomía de ángel más que los ojos, la mirada azul y misteriosa... Por todo lo demás, había pasado su pavoroso nivel la fiebre. En ese horno de fuego se había fundido la belleza de la pobre Lácrima; no quedaba más que su alma aleteando en el fondo de sus pupilas de zafiro. Víctor decidió quedarse en Cuba, prometiendo reunirse con “su esposa” en Nueva york. El vapor salió y las horas pasaron y la zona del vómito quedó atrás y la enfermedad no soltó su presa. Lácrima murió al fin, sin decir nada, sin pensamiento, sin delirio: de sus ojos apagados se escapó el alma, sin agonía casi, sin una lágrima.

La envolvieron en una gran sábana blanca, ataron a sus pies una bala enorme para que descansase rápidamente en el maravilloso lecho de algas del fondo del mar, y al ponerse el sol, bajo la mirada espléndida del véspero que parecía también un alma surgiendo de la agonía febril del día, la depositaron en la cubierta. El vapor enfrió sus calderas y se detuvo; el agua estaba negramente azul; después de las preces del pastor, coreadas por la ruda voz de los marineros, dos jóvenes tomaron el cadáver y lo llevaron a la borda abierta, por entre los pasajeros arrodillados; balancearon por tres veces el gran bulto blanco y lo dejaron caer, el sacerdote trazó sobre el mar la señal de la cruz, el cañón del paquete hizo tres pausados y lúgubres disparos y el navío partió...

VIII

Nuestro malaventurado doctor se había dicho: “Es preciso que, como parte integrante de la fortuna que esos muchachos reciban en Europa encuentren mi papeleta de defunción. Pero antes quiero saber a qué atenerme respecto de esta última página del libro de la sabiduría que me ha hecho infeliz por su oscuridad”. Y volvía, con una curiosidad que lo mataba a fuerza de ser intensa, a descifrar la hoja consabida. Pero sus lagunas eran demasiado grandes y aun cuando el doctor hubiese tenido para reconstruir aquel escrito el genio que Cuvier desplegó en sus restauraciones paleontológicas, la empresa habría sido punto menos que imposible.

Pero sucedió —y por cierto que fue el día mismo que Lácrima murió— que los amigos invisibles del buen doctor lo visitaron; entonces su mano, guiada por otra intangible, corrió sobre el papel y la ansiada página quedó integrada:

> Muchas veces —decía— pueden vivir muy cerca una de otra las dos mitades que constituyen un alma sin conocerse; los iniciados en la ciencia sagrada resentirán, cuando hayan vivido así, la emoción reveladora de la presencia del alma desconocida, cuando en ésta se encienda el amor; mas esto sólo puede suceder en el momento en que la muerte comience a desatar para una de las dos los lazos de la materia. Porque esas almas sólo están destinadas a unificarse en otras regiones.

El doctor no leyó más; se dirigió poseído por el demonio de la curiosidad y de la desesperación a su laboratorio, tomó el frasco de oro y vació todo su contenido en sus entrañas. Algunas horas después entró Marta; las facciones de su viejo amigo habían cambiado; su cabeza y su cuerpo todo habían empequeñecido: era el doctor una reducción de sí mismo; la fuerza del elíxir de vida era tal, que el calor de la sangre devoraba todos los tejidos del organismo y los músculos, y los huesos del doctor se fundían y calcinaban en un formidable crisol interior; todos los poros de su piel, todos sus nervios, todas sus fibras, todas sus celdillas parecían aspiradas por la bomba gigantesca del corazón; sus ojos, huidos hacia el fondo del cráneo, no existían casi; era una rara agonía aquella.

Marta comprendió que el doctor se moría; le buscó el pulso y una gruesa lágrima desprendida de los ojos de la pobre mujer cayó sobre el rostro del sabio. Abrió éste los párpados y algo que era ya el último residuo de la masa cerebral, miró a Marta desde el fondo del cráneo del médico; luego una voz que parecía venir del fondo de un abismo y a distancia de tres mil años, heló la sangre de la desdichada. Y decía la voz:

—¡Eras tú, eras tú, Marta, el alma complementaria de mi alma! ¡Tú me amabas, tú me amas!

Había tal mezcla de ternura y de congoja en aquella voz, que podíamos llamar psíquica, que Marta, arrodillándose, se puso a rezar. Cuando acabó de ofrecer el alma de su amigo, la sombra había invadido el aposento. Fue a buscar una luz y alumbró el lecho del moribundo y dio un grito: sólo las ropas del doctor estaban allí; su cuerpo se había evaporado.

Mucho lloró la pobre Marta; guardó las reliquias del doctor piadosamente y quemó el libro. Debe haber muerto ya, porque cuando, muy poco después de los sucesos, nos refirió la historia que habéis leído, su vejez parecía datar de tres siglos. Ahora hablemos de otra cosa, según el consejo de maese Rabelais:

Mieulx est de ris que de larmes escrire[1]

[*] Sin título y dedicado “A Lácrima, muerta en el mar”, apareció en *El Domingo*, México, 1871, t. I, pp. 30-31, 38-39, 46-85, 55-56, 61-63.

[1] Justo Sierra conservó en esta cita la ortografía primitiva del conocido texto francés.

EL VELO DEL TEMPLO*

A Domingo Díaz

Era un jueves santo por la noche.

Habían acabado las ceremonias de la tarde, y tras un día de fatiga y de calor, yo, joven seminarista que no había tenido tiempo de conmoverme, volví sudoroso y cansado a mi celda de colegial, a disfrutar de media hora de reposo, pues a las ocho en punto debíamos estar en el palacio del obispo para acompañarlo a rezar las estaciones en siete de las principales iglesias de la ciudad. Arrojé sobre la cama mi beca azul y mi sotana carmelita, y después de apurar a rápidos sorbos un gran jarro de horchata, acerqué al balcón mi butaca de cuero, me puse de codos sobre el barandal y empecé a ver, a pensar, a soñar...

Debajo de mi balcón, la calle, negra y profunda, parecía hacer del silencio un paño fúnebre. El polvo levantado por la agitación del día iba cayendo lentamente sobre el suelo y de vez en cuando una de sus partículas, arrebatada por el caliente viento de abril, reflejando la luz moribunda del cercano reverbero, parecía un átomo de oro encendido que hacía viajes fantásticos por el espacio. Sólo el eco de alguno que otro rezo llegaba hasta mí, que oía sin escuchar.

Mi balcón dominaba todas las vecinas azoteas y un gran trozo del cielo oriental se extendía ante mis ojos. La luna, velada por la bruma compuesta de las moléculas de fuego desprendidas de los campos incendiados, se levantaba roja, enorme y sin fulgores, como si saliera de un baño de sangre. Fragmentos largos y flotantes de los nubarrones que se agrupaban en el cenit la velaban a veces, y a veces subrayaban con un enorme rasgo negro aquel globo de púrpura. Hubo un momento en que el disco lunar me pareció un agujero abierto en la bóveda sombría del cielo, detrás del cual se veía el seno de incandescente volcán o de otro cielo abrasado por infinito incendio. Mi espíritu revoloteó por los bordes de aquel cráter, y luego, cerniéndose un momento sobre él, agitó las alas y huyó.

Huyó a aquel tiempo lejano en que, sin que el mundo lo sintiera, unas cuantas palabras sencillas y una dolorosa y oscura muerte cambiaban el itinerario de la edad antigua y hacían que la corriente del paganismo se bifurcara en un montículo de la Palestina, yendo una a perderse en la soledad del desierto como los ríos del África, y entrando la otra en el cauce profundo en que la civilización helénica se convirtió en la civilización humana.

Subí la colina de Moriah, en cuya cima estaba el templo Sión, con sus altos muros, sus ramilletes de olivos, sus higueras agostadas por el calor primaveral; estaba a nuestra vista, sentado sobre su trono de roca negruzca y calcinada. Procesiones larguísimas de peregrinos

venían cantando los salmos y los himnos sagrados; atravesaban el torrente y trepaban continuamente por los peldaños de la colina santa.

El israelita del otro lado del jordán, el que mezclaba sus tiendas de pieles de cabra a las de los hijos de Moab, o vivía en pos de sus rebaños vagando por los confines del desierto de los hijos de Agar, unía sus cánticos al israelita de la poética Galilea, que tenía, en su andar rítmico, el vaivén gracioso de las olas del Tiberiades, y cuyas mujeres se cubrían con sombrillas rojas, pensando, en aquellas horas de calor y de fatiga, en las frescas sombras de los plátanos de Nazareth. Aquellos peregrinos traían ovejas blancas de Galaad y corderos cebados de la Siria; tórtolas del oasis damasceno, y frutos de todos los climas; cajas de sándalo de Ofir llenas de gomas de la Arabia y cofres de ciprés del Líbano para guardar los vestidos sacerdotales; vasos murrinos para los bálsamos y ánforas áticas para los vinos. Los sacerdotes veían risueños, desde el gran pórtico del templo, aquellas multitudes cargadas de presentes para los servidores de Jehová.

En el interior del templo la muchedumbre se apiñaba; crujían las tablas de cedro del revestimiento interior y el humo del incienso formaba una niebla densa en torno del *santo de los santos,* como en el día en que Jehová había venido en forma de nube sobre el arca del testimonio, al escuchar las preces de Salomón.

Los levitas, vestidos de blanco, contenían al gentío en torno del gran sacrificador, y sus salmodias, acompañadas por el sonido de los salterios y de los *kinnorim,* se mezclaban a los clamores de los fieles. A cada momento el sol se oscurecía dejando al templo sumido en la sombra, y las llamas del candelabro de los siete brazos vacilaban sobre sus aceiteras de oro. Un ruido sordo, que parecía gemido escapado de las entrañas del monte Sión, hacía enmudecer de repente a los hombres, temblar a las mujeres y llorar a los niños. El gran sacerdote paseaba su mirada inquieta sobre las cabezas inclinadas que lo rodeaban y una súbita palidez invadía su rostro. Los cascabeles de su túnica resonaban, porque se había apoderado de él un estremecimiento extraño.

De dentro del tabernáculo salían débiles quejas, como si un anciano llorara. David, al golpear con su frente cubierta de ceniza el pavimento del santuario, delante del arca, debía llorar así; las mujeres repetían en voz baja y convulsiva:

—*Miserere nobis*; apiádate, señor, de nosotros, según tu gran misericordia.

Los levitas agitaban sus cofias de lino y los fariseos, en aristocrático grupo, observaban con sus rostros rasurados y marmóreos, oculta la frente bajo sus tiaras de pergamino, aquel espectáculo confuso.

El que observaba en el cuadrante dio la señal; la sombra del *gnomon* tocaba la raya que marcaba la hora nona. Los *cohenim* acercaron la mesa del sacrificio, sobre la que yacía un cordero sin mancha. Delante del arca, sostenido por cuatro columnas de ciprés con capiteles de oro y zócalos de plata, se tendía inmenso el velo de púrpura que cerraba el santo de los santos.

El pontífice blandió el cuchillo; lanzó el tierno cordero una mirada de dolor sobre su verdugo, como si hubiese tenido la súbita revelación de su destino, y una lágrima humedeció su vellón inmaculado. La mano cayó; un solo chorro de sangre brotó de la herida, y como si el ángel del Señor hubiese pasado su espada niveladora sobre las cabezas de levitas y profanos, todas las frentes se inclinaron; bajó la espada y todos los cuellos se encorvaron; más aún y todas las rodillas pegaron en tierra. Un gran grito salió del tabernáculo. Así debió ser el último suspiro del rey profeta...

Cuando los ojos se elevaron, el velo estaba roto, abierto; por entre sus dos fragmentos, como por mano colérica apartados, se veían temblar las alas de los dos querubes, cual si quisieran transportar el arca al cielo...

De entre la nube de incienso, salió un niño: ¿era Joas? ¿Era el rey niño guardado por los sacerdotes en el santuario, como si sobre el trono de la Palestina quisieran los levitas reemplazar con una flor al águila de Roma?

No, aquel niño tenía una figura extraña; si un pueblo al nacer se encarnase en un símbolo, habría escogido, para esconder su alma, aquella frente pura, aquella mirada que parecía hecha no para recibir la luz, sino para darla...

Era la estatua viva de una nueva edad.

—Ha muerto —exclamó—, ha muerto, ha muerto. El rey de los judíos, la flor de la vara de Jesé, el vástago de David, el hijo de Jehová ha muerto; ha muerto el Cristo. Yo le he visto; una gota de su sangre cayó sobre mi frente: *mirad*.

Pontífices, levitas, fariseos, pueblo, todos en confuso remolino se precipitan hacia el niño; los querubines del arca volvieron sus cabezas para mirar también.

Dos líneas rojas, una puesta al través de la otra, marcaban la frente del niño.

El sumo pontífice murmuró algunas palabras en los oídos del pequeñuelo. ¿Eran palabras de muerte? El niño levantó los ojos al cielo y abrió los brazos como si invocara a Dios. El sol lo hería de frente con su último rayo; la sombra del cuerpecillo y de los abiertos brazos creció detrás del infante; el arca desapareció debajo de aquella sombra; desapareció el templo, la colina, Jerusalén; llenó el mundo, ganó el cielo, y el espacio infinito se llenó con ella: era la sombra de la cruz.

[*] Publicado en *El Federalista*, México, 11 de abril de 1879, p. 3, con el seudónimo Merlín.

CRÍTICA LITERARIA

LOS POETAS*

A Ignacio M. Altamirano

La poesía es una perenne revelación de Dios en la humanidad. Los helenos la llamaban *creación*. Los latinos apellidaban a los ministros de ese culto inmortal de lo bello, *vates*, adivinos, y cuenta la tradición que la pitonisa phemonoé fue la primera que en el arrebato de la inspiración profética, prorrumpió en esa música del pensamiento que se llamó *verso*.

Yo creo a la poesía nacida con el canto, que iniciando al hombre en los goces misteriosos de la inteligencia, fue el primer vagido de la civilización.

¡Qué extraña belleza debió ser la de esa poesía primitiva, cuando la sombra del Creador se dibujaba en el firmamento de las noches genesiacas, y la tierra, aún tibia con el calor de la generación, se estremecía bajo los pies de los hombres rítmicos, y el hervoroso océano, poblado de monstruos, guardaba un trueno en cada ola y una chispa eléctrica en cada embate! ¡Qué grandiosa debió ser la poesía que se acompañaba con el estridor de aquellos huracanes cósmicos, y ante cuyos ojos reventaban las tremendas burbujas del mar, dejando escapar masas inconmensurables de humo y de lava, retorciéndose como hidras infernales en el cielo, azotando las nubes con sus caudas incandescentes, y arrastrando en su ascensión constante grandes moles de rocas, como absorbidas por una tromba ignífera, que arrancaba los futuros continentes del seno tempestuoso de las aguas!

¿Qué labio humano podría decir a los hijos de la hora presente, gastados por el goce y por el dolor, una nota tan sólo del primer himno balbucido en la presencia del sol, cuando los vientos desgarrando el toldo de brumas que cubría el cielo, se encendía súbitamente en los espacios aquella mirada de Dios, haciendo brotar la vida en dondequiera que tocaban los rayos de la inmensa pupila de fuego?

En esa misteriosa mañana de la historia, en que ya se encuentran formando inmensos grupos los pueblos orientales, la poesía es la madre de las concepciones teogónicas en que se hace tan patente la vecindad de las primeras edades.

Los poetas de aquellos tiempos son seres misteriosos que viven en el éxtasis. Algunas veces descienden a remover con su poderosa palabra las entrañas de la humanidad, cantando los altos hechos de los hombres, muy luego divinizados en su imaginación, o flagelando el crimen con el látigo implacable de la ira. “El metro ha sido inventado por la indignación”, dice Valmiky en el *Ramayana*.

La personificación del poeta en el principio de la civilización es Orfeo, es anfión, los que adormecían las fieras y hacían danzar las rocas. La significación que encierran estos mitos es ya clara y luminosa como las de todas las leyendas fabulosas creadas por los griegos, o a

quien ellos han marcado con el sello indeleble de su inteligencia creadora. La inteligencia, enseñoreándose de los elementos orgánicos e inorgánicos de la naturaleza, fue sin duda la aurora de la civilización, que es la penetración progresiva de Dios en la conciencia humana.

El papel del poeta está, pues, marcado desde la antigüedad, y la creación típica de Orfeo, el intérprete de los cielos, como le llama Horacio, muestra bien claramente cómo desde los más remotos tiempos ha sido comprendida y venerada su misión. Era el intermediario entre la divinidad y el hombre, sabía el camino de la escala de Jacob, y los astros le descubrían sus secretos y le revelaban su armonía.

Y en efecto, la poesía es un verdadero sacerdocio, quizá el más bello de todos. Si el alma del poeta tiene alas como los ángeles, éstas le han sido dadas para atravesar los espacios, para sorprender en lo desconocido una nota del himno misterioso de los cielos, y enseñársele al resto de los humanos en su lenguaje divino.

La historia de los poetas es la de los grandes pasos de la humanidad. Los cantos de Hesíodo inician al hombre en los goces sagrados del trabajo; Homero les hace amar la lucha para que han sido destinados, y amar la gloria, brillante ilusión de ultratumba que hace marchar sin tregua hacia adelante. Esquilo, ese condensador supremo de todos los dolores y de todas las esperanzas del género humano, ese creador de insólita potencia, con sus manos de titán llega a modelar el embrión del porvenir. Isaías, el gran poeta de la indignación y del dolor, águila que roía las entrañas de ese monstruoso imperio asirio sobre cuyos escombros deformes debía levantarse el vidente hebreo, pulsaba el sagrado *kinnor* para anunciar al mundo el día de la libertad. Lucrecio, el melancólico hijo de Epicuro, que escribió en el Olimpo pagano la palabra *mentira*, y volviendo su frente inspirada hacia algo que presiente pero que no ve, remueve la naturaleza con su lira, y lleno de una melancolía infinita niega y muere, resignado a la nada, el único infierno que el más horrible fanatismo religioso no se ha atrevido a inventar; Lucrecio, cuyo libro leeremos muchas veces por temor de haberlo comprendido mal; Lucrecio, a quien hemos oído llamar el primer cristiano, es la protesta encarnada de toda la suma de virtud posible, en una sociedad que, como el Demóstenes francés, se rodeaba de flores en su lecho de muerte, y que con una serenidad que las sociedades modernas no pueden comprender, reía y cantaba en la agonía, en el mismo momento en que nacía de un pueblo de inquebrantable fe el que debía permanecer por todos los siglos con los brazos abiertos al porvenir: Jesús.

La sociedad romana había mezclado en sus venas el virus de todas las naciones: en el fondo de todas las civilizaciones había un vacío, es decir, una perpetua amenaza de muerte: el imperio cosmopolita, fundado por César, lo aceptó todo: en la copa del pueblo rey iban mezclados todos los vicios, todas las abominaciones: la comunión de las naciones paganas en los tiempos que precedieron al cristianismo, no era un ágape, era una orgía: aquello debía pasar.

Y pasó.

Pero a todas esas voluptuosidades debía mezclarse un dolor, un latigazo. Este latigazo se llamó Juvenal, el castigo hecho hombre.

La naciente religión del nazareno tuvo también su gran poeta, leed profeta, *roë* en hebreo, Juan, el autor de ese libro sombrío e inmenso que se llama el Apocalipsis, libro que mientras más se comprende se hace más bello, el libro de las venganzas, que arrebata su voz a elementos desconocidos del mundo pagano, en cuya boca la imprecación es más iracunda que el trueno de las tempestades, y en cuya mano justiciera no está la férula que hiere, sino el rayo que mata y que aniquila.

El libro del proscrito es verdaderamente una revelación. Jamás la ira revistió ropaje semejante; jamás la esperanza ciñó a su frente igual aureola. Todas las cóleras, todos los sufrimientos, cóleras y sufrimientos inauditos, rebosando el corazón del pueblo hebreo y del pueblo cristiano, desbordaron terribles, incontenibles, formando un inmenso mar de absintio, de hiel; en medio de ese mar había una gota de miel más dulce que la del Himeto, era el nombre del Cristo, era la fe del mundo nuevo. Sí, es un libro divino el libro de Juan; sí, el Apocalipsis es una de las más grandiosas estrofas del poema eterno.

Después del Apocalipsis, la elaboración inmensa de otra civilización sobre el cadáver del imperio impide la florescencia del genio, o ahoga el canto de los poetas entre el ruido inmenso de aquella inmensa tarea. La cultura latina había muerto tan natural, tan irremediablemente, que la humanidad parecía haber retrogradado con la invasión de los bárbaros hasta las épocas primitivas.

Como en las épocas primitivas, las lenguas entraban en una segunda formación. La edad Media, que del más monstruoso agrupamiento que registra la historia, formó de cataclismo en cataclismo las naciones modernas, tuvo su Homero: Dante Alighieri.

Para comprender todo lo que hay de terrible en el gran libro del proscrito de Ravena, sobre todo en el primer canto, que es sin duda la parte capital del poema, es preciso transportarse en alas de la imaginación hacia aquella edad de dolor inaudito, de sufrimientos sin nombre.

En la Edad Media, en que según la bella expresión de Michelet, “las inteligencias más sanas y robustas estaban enfermas”, la figura del Dante no es sino un reflejo, un resultado de la convergencia del dolor y del martirio, en aquellas épocas en que el miedo era una religión y el mal un dios, Satanás. Un escritor ha dicho, con justicia, que era imposible exagerar lo que había de embrutecedor y de mefítico en ese terrorismo del miedo que se encarnizaba en empequeñecer y que sólo sabía proferir entredichos y maldiciones: maldiciones contra la carne, la naturaleza, la vida, la filosofía, contra todo, en fin, y de tal modo, que efectivamente destronaban a Dios para entregárselo todo al diablo. Ayer, la ciencia ha descubierto que un objeto brillante colocado cerca de los ojos e inmóvil durante cierto tiempo, bastaba para arrojarnos en el sonambulismo, en la anestesia. Imaginaos, pues, a los hombres absortos en ellos mismos desde la cuna hasta la tumba, inteligencias constantemente dominadas por la

fascinación de un mismo terror, constante y exclusivamente con centradas en la sola idea de merecer el cielo, de imaginar y de imponerse mortificaciones y dolores para salvarse del infierno: eran literalmente catalépticos.

Aquello era la cuna del nuevo culto romano que desde entonces empezaba a renegar de todo el decálogo y culto nacido en la Edad Media, "del principio de espanto sistematizado en el ascetismo y de la creencia en una autoridad espiritual infalible".

Agregad a todo eso las terribles figuras que campeaban en los centros feudales, los brutales castellanos cuyo corazón parecía amasado con todo lo que hay de pavoroso en el crimen, con todo lo que hay de implacable en el vicio. Lujurias salvajes, deseos desenfrenados, inauditas crueldades; el derecho de primicias matrimoniales del señor, las *razzias* de los solterones del castillo entre las vasallas; lo inamovible de la condición que impide huir a la víctima, y la incertidumbre de la misma condición dependiente del arbitrio del amo feudal: el pueblo que ha defendido el territorio y a quien se hace siervo; el barón que tiene derecho a un tributo determinado, pero que puede tomar, además, todo lo que le parece; el sacerdote cómplice del señor y que impele al paisano hacia el incesto, prohibiendo el matrimonio con la pariente mientras el señor lo prohíbe con la extranjera; los demonios esculpidos en las puertas de la iglesia para manchar los sueños de la virgen, y en el interior un Dios que habla latín:[1] he aquí la perspectiva ligerísima, todo lo que había de horrible [y] ominoso [en aquel] tiempo.

Poned en medio de esa edad a un hombre que iba a llegar a este pensamiento:

> ... *Esser conviene*
> *amor sementa in voi d' ogni virtute.*
> (*Purgatorio,* XVII)

"Sea en nosotros el amor la semilla de toda virtud", y del contraste de este corazón y de aquella sima, de este amor y de aquel odio tendréis un cuadro que rara vez repetirán los siglos. Dante en pie al borde de ese abismo que se llama Edad Media, cuyos reflejos de fuego purpuraban su rostro de pitonisa, compuso un poema sin filiación en el pasado, sin sucesión en el porvenir.

Aquella inmensa y misteriosa obra cuyo misticismo hizo pensar a Lamartine en Santo Tomás de Aquino, en donde la imaginación toma sus más espantosas revelaciones de una realidad más dolorosa que todos los dolores de los réprobos, se llamó la *Divina Comedia*. El *Purgatorio* y el *Paraíso* no son allí sino el desleimiento armonioso de esperanzas místicas; este poema se concentra verdadera mente en su principio: el *Infierno,* terrible palabra que es la clave de los martirios y de la lentitud de la civilización cristiana, y que algún día, esperamos en Dios, desaparecerá para siempre del vocabulario humano.

La lengua divina que Dante enseñaba a sus compatriotas, mientras de uno y de otro lado del

Loira cantaban los trovadores y los troveros en francés bárbaro (*langue d'oc, langue d'oïl*), y don Gonzalo de Berceo y el rey sabio componían en España, el uno su *Poema de Alejandro* y el otro su oscuro *Tesoro* y sus célebres *Querellas*,[2] debía abrir para la Italia las puertas de oro de la literatura. Del renacimiento de las letras nació el renacimiento del arte, y con ellos esa bella época de la historia del espíritu humano, toda de poesía y de amor, siglo bendito que fue como un rato de solaz para la afligida humanidad, y en cuyo seno brotaron con abundancia providencial esos tipos del hombre, esos resúmenes de las aspiraciones de la humanidad que se llaman *genios*.

No somos, con todo, de los que pensamos, aun cuando alguna vez hayamos podido escribir algo que parezca lo contrario, que en ese siglo que se llamó del Renacimiento, viniese la reforma a inutilizar los esfuerzos de la iglesia en pro de la conciliación de la filosofía y de la religión, provocando esa serie de calamidades para la humanidad, que ha llegado hasta la última encíclica papal.

Para nosotros hay necesidades, íbamos a decir fatalidades históricas. La re forma es una de ellas. A falta del monje agustino, otro hubiera protestado. Antes de Lutero ya había habido hombres de fe y de inspiración que se llamaban: Wiclef, la estrella matinal de la reforma, Juan de Huss, Jerónimo de Praga, Savonarola y otros, casi todos mártires; mártires llenos de esperanza y de valor, que recordaban a los primeros cristianos.

El Renacimiento tuvo una desgracia en germen desde el momento en que nació.

Su alianza íntima con la roma pagana. El poder espiritual de los pontífices, que sólo era un motivo de exigencias temporales, llegaba entonces a su apogeo. Roma recomenzaba su papel del tiempo de los emperadores.

El sistema del antiguo imperio estaba en todo su vigor.

La explotación de todos por una casta única, el clero; la explotación del mundo entero por roma, y de roma por un solo hombre, el papa; era tan evidente la exhumación del pasado hundido por la protesta de Cristo, que insensiblemente tornábanse las inteligencias hacia la religión ahogada con Majencio en el puente Milvio.

El Renacimiento tenía, pues, una gran cantidad de tendencias hacia el retroceso; la mitad de aquel bellísimo cuerpo estaba muerto.

Un Médicis era el augusto de aquel siglo de oro, León X.

La figura del Cristo envuelta en nieblas tornó a levantarse entre la brumosa Alemania. El nazareno había marchado hacia el norte.

El Pablo de la nueva protesta se llamó Lutero.

Con él empezó para el renacimiento el cumplimiento de esa otra ley terrible de todas las grandes edades del género humano: la decadencia.

Estos periodos de agonía, periodo que para muchas cosas está pasando hoy día a nuestros ojos, tienen súbitas apariciones melancólicas, pero luminosas; tristes, pero acaso por eso mismo llenas de poesía deliciosa y frágil.

El Tasso, el prisionero de Ferrara, en cuya historia las investigaciones modernas han descubierto, en vez de un misterio de amor, un misterio de miedo, y en vez del semblante divino de Leonora de Este, la torva faz de los inquisidores italianos, ministros del culto de la hoguera y del embrutecimiento, cuyas víctimas fueron tantas, que con sus mortajas agregadas se podría formar un sudario que envolviese a todos los países católicos; Torcuato Tasso es el astro de mayor magnitud en aquel cielo italiano, nublado desde los primeros gritos del brutal apóstol de la Reforma.

La ley de la transfiguración de las especies se aplicaba entonces a la literatura. Moría en Italia, en España aparecía llena de vida, aunque sin poder ocultar su descendencia de la moribunda.

Diez años después de la muerte del Tasso, se publicaba en Madrid un libro nuevo: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

La obra capital de Miguel de Cervantes marca para nosotros el punto culminante de la literatura española en el gran siglo. Época única en la historia de las letras castellanas, que debía empezar en Garcilaso y acabar en don Luis de Góngora y don Francisco de Quevedo.

Cervantes, en aquella época en que todo protestaba, protestó también; Lutero acababa de romper las cadenas de la conciencia humana; Cervantes vistió a su caballero de todas armas, y lanza en ristre le arrojó sobre los muros que encarcelaban al sentido común, y más feliz que su héroe en la famosa aventura de los molinos, los muros cayeron, no como los de Jericó, al son de las terribles trompetas de Israel, sino al alegre sonido de una carcajada inmensa. La seria protesta del agustino debía hacer derramar torrentes de sangre, debía ocasionar batallas que quizá, mirando el fondo de las cosas, han tenido su terrible apéndice en Sadowa. Cervantes hizo, frente a todo aquel cúmulo de barbaridades que se llamaban las historias de los caballeros andantes, lo que dos siglos después debía hacer Voltaire frente al catolicismo: reír.

Su inmenso libro hizo popular en el mundo la majestad del idioma castellano, que desde entonces viste, como una rica presea, el nombre glorioso de Cervantes; la idea que se propuso desarrollar y que en gran parte permanece envuelta en un misterio cuya clave es el inencontrable Buscapié, no podía encerrarse entre Gibraltar y los Pirineos, sino que invadiendo todas las regiones batió por todas partes al enemigo que, nacido en la tienda guerrera de los godos, y después de llenar una misión sublime durante la Edad Media, había llegado hasta la cuna de Cervantes como un espectro inútil, sólo bueno para trastornar más y más la inteligencia humana. El grande escritor echó sobre la espalda de la andante caballería la túnica de los locos y la sacó a la vergüenza con este letrero al cuello: “El de la triste figura”; y una risada universal se unió a la suya: la humanidad se había salvado. Miguel de Cervantes la había curado de enajenación mental.

El 23 de abril de 1616, murió el autor de *Don Quijote*, en el mismo instante que William Shakespeare entregaba el alma, que, como dice Alejandro Dumas, ha sido la que ha creado más después de Dios.

Cervantes y Shakespeare no tienen precedente en la historia del pensamiento humano. Fueron dos individualidades poderosas, iguales, porque su frente se pierde en la atmósfera infinita en donde no hay más que una grandeza: la de Dios; “en la región de los iguales”, como ha dicho el maestro en ese su bosquejo a lo Miguel Ángel consagrado al poeta británico.

El autor del *Quijote* había estudiado el cerebro de la humanidad; el autor de *Hamlet*, su corazón. El uno era un sabio, el otro un ignorante. He aquí la ventaja del inglés. Sus composiciones abrazan todas las épocas, hasta las que jamás han existido. Shakespeare sólo conocía a Plutarco. Esquilo, Sófocles, Eurípides, eran nombres sólo para él; tal vez ni eso. Hay ocasiones en que la ciencia es una traba. La ciencia tiene en los cuatro vientos cardinales las columnas de Hércules: *nec plus ultra*. El dramaturgo inglés nunca conoció ese lema; por eso su imaginación se desbordó inmensa, sin límites; aquel hombre era el mar.

Plagado de anacronismos, ¿qué le importaba nuestra historia a ese forjador de gigantes? La historia era un metal que empleaba en la fundición de sus colosos. Tanto mejor si el metal se perdía en el horno ardiendo. El poeta destruía la historia de la humanidad para rehacer la historia del hombre. Obra divina.

William Shakespeare era el grande por la imaginación, el soberano por la pasión, el único. Aquel genio lo evocaba todo. No había leído en los libros, pero leía en su alma el libro infalible. No necesitaba de los demás. No hay dolor, no hay alegría, no hay infamia, ni delirio, ni vértigo, ni ternura, que no haya acudido en torno de su vara mágica, como los genios a la voz del padre de Miranda. ¿Quién le había revelado todo eso? Nadie; Dios. Su cerebro era un Sinaí.

Leed sus obras.

Antes de Cervantes había habido un astro de primera magnitud, Camões, el Homero de la gloria portuguesa, el tierno amador de la misteriosa doña Violante, el malaventurado autor de *Las lusiadas*; después de Shakespeare hay una pléyade: don Pedro Calderón de la Barca, Corneille, Ruiz de Alarcón, Molière; después nada, después la noche. En el fondo de aquella noche se bosquejaba un *rictus* satánico. Aquello fue Voltaire.

Vino en seguida la gestación del siglo XIX; el mundo viejo moría, el mundo actual nacía. Era la mentira, eternamente cierta, del fénix renaciendo de sus cenizas.

Durante aquella transformación, el mundo había cambiado de frente. Como esos viajeros que al pasar la línea ecuatorial, viniendo del sur, se encuentran de improviso bajo las magníficas constelaciones del hemisferio boreal, así la viajera humanidad, después de pasar por ese ecuador de sangre que se llamó la Revolución francesa, entonó un himno por la voz de todos los nuevos bardos, ante el espléndido cielo que se desarrollaba a sus ojos.

Otra vez hablaremos de esos admirables cantores que abrieron la época presente, desde Quintana y Goethe hasta Lamartine, el que necesitaba morir; hasta Victor Hugo, el que necesita vivir.

Amor y lágrimas: he aquí las palabras que el autor de las *Meditaciones*[3] hizo grabar en un

anillo cuyo engaste estaba formado de una partícula del muro que aprisionó al Tasso en Ferrara; porque estas palabras resumen la historia de casi todos los grandes poetas.

Amor y lágrimas, es decir, la mujer.

La mujer es en la creación el elemento inspirador por excelencia. En toda virgen hay un poeta, en toda madre hay un ángel.

La mujer, que cada vez va tomando una parte mayor en el goce y en el sufrimiento de los hombres, estaba destinada a iluminar con la incomparable luz de sus ojos la vía dolorosa de esos cantores peregrinos, que siempre serán trovadores, y siempre vagarán por los campos de la imaginación con la lira al hombro y el cayado entre las manos.

No sé cuál será el sentimiento interior de los poetas en la plenitud y en la decadencia de su vida; pero el poeta joven sólo ve en las rosas y en los astros, flores del mundo y flores del cielo, un color, un aroma, una luz: la mujer amada. Petrarca oirá en las soledades de Vaucluse el nombre de Laura confundido con todos los perfumes, con todos los murmullos, con todas las cantilenas; el Dante encontrará a su Beatriz en el cielo, pura como sus sueños, bella como sus ángeles, ideal como su esperanza:

Amor ch'a nullo amato amar perdona...

El cristianismo es el verdadero creador de la mujer; el cristianismo sentó su imagen al lado de Dios, y le dijo: "Hete aquí, mujer; tú la que quebrantarás la cabeza del mal; tú, el ideal eterno, yo te consagro, bendíceme: te llamas María."

Y la mujer desde entonces entró a la vida con una aureola divina formada por todos los gérmenes de la poesía cristiana.

Así elevada, ya no podía separarse de nuestros destinos. Desde entonces el nombre de una mujer sería el primer vagido de la lira; el recuerdo de una pasión debía mezclarse con el último suspiro del poeta. Si queréis un ejemplo, ahí lo tenéis en el incomparable cantor de Elvira, que llegando a los límites de la vida humana, estrechaba contra su corazón, aun después de muerto, el crucifijo que su amada le había legado al morir, sesenta años hacía.

La poesía dulce y santa, la poesía del alma había crecido en Nazareth en el corazón de aquel que debía decir a Magdalena: "Mujer, Dios te perdona, porque has amado mucho."

Aquellas palabras que rescataban a Eva en nombre del amor, son la fuente de la poesía espiritual. Desde entonces el himno de los sentidos estaba condenado a ser fugitivo y perecedero, como el cuerpo cuyos goces interpretaba.

El Evangelio es la nulificación de todos los anacreontes pasados, presentes y futuros.

Feliz el poeta que no encuentra un vaso de lágrimas en el corazón de la mujer; feliz el poeta para quien la mujer es el prisma al través del cual adora a la naturaleza y a Dios, cuya lira no vibró jamás al soplo impuro de los deseos; para quien hay una misión más alta que cantar los placeres, y es la de elevar la inteligencia y el corazón de los hombres hacia lo

eternamente bello y lo eterna mente santo; feliz el que en el camino de la vida ha encontrado su ángel y ha merecido por epitafio la última nota de esa estrofa de felicidad que tanto se parece a una lágrima, el “Lago”:

Que le vent qui gémit, le roseau qui soupire,
Que les parfum légers de ton air embaumé,
Que tout ce qu’on entend, l’on voit ou l’on respire,
Tout dise: “Ils ont aimé!”

[*] *El Renacimiento*, México, 4 y 18 de septiembre y 16 de octubre de 1869, t. II, pp. 12-13, 42-43, 102-104.

[1] J. Milsand, *De l'imagination dans l'histoire*; Michelet, *La sorcière*. [N. del A.]

[2] Ya en 1864 don Tomás Antonio Sánchez consideraba inaceptable la atribución del *Libro de Aleixandre* a Berceo y se inclinaba a afirmar que su autor fue Juan Lorenzo Segura de Astorga. Don Ramón Menéndez Pidal ha robustecido el mismo criterio.

También falló la erudición de Justo Sierra al mencionar las obras de Alfonso el Sabio. Las *Querellas* —sólo dos estrofas— fueron una superchería del cronista Joseph Pellicer, absolutamente desechada. *El Libro del tesoro*, sobre asuntos de alquimia, se considera apócrifo.

[3] *Lamartine*.

VICTOR HUGO*

... Et uniuscujusque opus quale sit, ignis probabit.

PAUL., *Ia. Ad Cor.*, vers. 13

No pretendemos hacer una biografía, que tendría que ser incompleta y que casi todos nuestros lectores conocen en sus principales rasgos por lo menos; ni un estudio especial sobre el papel que Victor Hugo ha desempeñado en medio de la literatura contemporánea, porque semejante tarea, además de exigir fuerzas de que carecemos, no traduciría más que una de las fases de esa personalidad llama da a figurar más entre la literatura de los siglos por venir que en la del presente; ni mucho menos hacer una crítica de sus obras, porque ni para ello nacimos, ni creemos que la crítica, no digo la que estamos acostumbrados a despreciar, sino la verdaderamente sabia y elevada, pueda soportar entre sus finas y laboriosas manos, el metro de bronce con que puede medirse ese gigante de cien codos, que pasa sus escasos ratos de ocio jugando con sus hijos los niños pobres de Guernesey.

Para hacer, pues, lo primero, nos falta material indispensable; para lo segundo nos falta aliento, y nos sobra cariño y admiración para pretender lo último.

Nuestro escrito no será sino un epítome de las impresiones que la vida y las obras de ese hombre han producido en nuestro corazón, donde hay quizá la pobre semilla de un poeta, y en nuestra inteligencia, en donde existe tal vez el germen humilde de un pensador.

Esta "negativa", como diría un fotógrafo, es lo que vamos a ofrecer a los lectores de *El Renacimiento*, y nuestra labor sería feliz, si al través de estos renglones pudiese vislumbrarse como un planeta en la indecisa coloración del crepúsculo; esa figura cuya frente pierde sus perfiles en la luz de las múltiples aureolas que la rodean, hasta tomar el tinte misterioso de lo que está más allá del hombre, en el dominio augusto del infinito; esa figura que como la de todos los precursores del sol tienen detrás de sí la aurora, y por eso la humanidad que la ve de frente, la ve llena de sombra; esa personalidad, en fin, triste y severa, herida en el corazón por la desgracia; pero siempre en pie sobre una roca del turbulento océano, el último amigo de todos los grandes desheredados de la historia.

Cuando casi en el fin de nuestra infancia acertó a caer en nuestras manos el primer libro de Hugo que hayamos leído (*Bug-Jargal*), lo primero que se nos ocurrió fue investigar quién era aquel escritor cuyo nombre había sonado frecuentemente en nuestros oídos, que escribía cuentos tan interesantes y de quien los otros escritores decían que era un gran poeta, mágica palabra que provocaba vagas y deliciosas aspiraciones en nuestra alma infantil.

Confesaremos un pecado de nuestra primera edad. Un poco de imaginación y una completa ignorancia de la historia, habían acabado por hacernos grandes partidarios del actual

emperador de los franceses. Su nombre resonaba en nuestros oídos de una manera particular, era el mismo que el del héroe prodigioso cuya leyenda había reemplazado hacía medio siglo en los dos continentes, a todas las consejas de brujos y encantamientos que nos solazaron en la niñez. Aunque a la verdad, el actual Napaleón tenía una cara horrible y en nada semejante a aquella popular figura de su tío, cuyos ojos eran los más profundos y cuya sonrisa era la más encantadora que hubiera visto en rostro humano *madame* de Staël, llamada por Pelletan, "el único hombre" de aquella tropa de chambelanes, que formaba desde Arkángel hasta Cádiz la corte del vencedor de Friedland.

El vengador de Waterloo, el que se preparaba entonces a derrotar a un descendiente del pérfido Alejandro, era para mí una gran cosa.

Pregunté quién era Victor Hugo. Supe su historia, y yo, que siempre tuve el feliz instinto de abandonar la lectura de una batalla para escuchar un verso, sentí horror por aquel señor de los enormes mostachos engomados, y empecé a querer mucho al hombre que había salvado la vida de uno de sus semejantes con una sola cuarteta.

Victor Hugo, me dijeron, es el primer poeta de la Francia moderna: empezó cantando a los reyes de derecho divino, porque era hijo de una santa mujer, de una vendeana; entonces M. de Chateaubriand le llamaba "un niño sublime"; luego, revolviendo su cabeza de león hundida en el regazo maternal, aquella cabeza, hecha para erguirse en todas las inmensidades, sintió correr a sus pies la sangre de sus hermanos, husmeó los montones de cadáveres sobre los que había restaurado la santa alianza un trono impasible, y balbuceó un nombre inmenso con el cual se había de identificar por mucho, por demasiado tiempo, por desgracia: Napoleón.

Toujours lui, lui partout! —ou brûlante ou glacée
Son image sans cesse ébranle ma pensée.
Il verse à mon esprit le soufle créateur.
Je tremble, et dans ma bouche abondent les paroles
Quand son nom gigantesque, entouré d'auréoles,
Se dresse dans mon vers de toute sa hauteur.

Aquel joven apasionado de todo lo grande, se había encontrado con la imagen de napoleón en su marcha hacia la revolución francesa; realidad del pasado, cuyos reflejos formarían siempre el miraje del porvenir.

En el libro tercero del quinto tomo de *Los miserables*, está pintada de una manera admirable, entre aquellas admirables páginas, la transformación del poeta, de realista en bonapartista.

Pero llegó un día en que Victor Hugo, a fuerza de examinar aquel coloso, llegó a los pies y encontró el barro. Ya no era tiempo.

En vano incrustó su lira en el mármol de la tribuna y arrancó de ella palpitaciones febriles

y tremendas; en vano hizo crecer la antorcha de su genio sacudiéndola en medio de todos los huracanes; en vano aquella inteligencia inmensamente trágica, estalló de improviso en una carcajada de desprecio que hizo bambolear el poder: el semidiós reía; pero antes había cantado. Ya no era tiempo.

¿Qué había, pues, sucedido?

Una cosa muy sencilla. Hacía veinticinco años que la literatura francesa, acaudillada por Hugo, había restaurado pieza por pieza el trono derribado en Waterloo.

Victor Hugo se había ofuscado con el brillo de ese parto de los tiempos que supo poner en la espalda lacerada de la patria, la púrpura de la gloria, para presentarla al mundo montada a la grupa de su caballo blanco.

Mientras la victoria bordó con su fulgor solar aquel manto de reina, la Francia aplaudió; pero cuando la clámide roja quedó hecha jirones desde Moscú hasta el Beresina, desde el Beresina hasta Leipzig, desde Leipzig hasta París; cuando después de una corta intermitencia, la compañera de César quedó desnuda y expirante bajo los cascos de los escuadrones de Blücher, entonces todo el mundo se apercibió de que aquella infeliz, hecha a la fuerza manceba del héroe de Brumario, no era otra cosa que la Revolución francesa.

Entonces fue un grito de venganza general y de odio para aquellos reyes que habían pasado sobre tanta sangre francesa, y de conmiseración por aquel hombre que flotaba en los crepúsculos vespertinos del occidente, como una sombra inmensa inclinada sobre los horizontes de la Europa, para medirla entera con su sombría mirada de águila.

Un día, aquella fantasma tomó un tinte negro y a poco se desvaneció en el espacio. El eco fúnebre de un doble llegó hasta los oídos de la Francia, que creyendo llorar a su antiguo amo, lloraba la opresión estúpida de los Borbones.

Tal situación era dramática, aquel recuerdo era eminentemente poético. Por eso la lira de la joven generación se uniformó en un diapasón único: el emperador y los poetas se dedicaron a convertir en un himno la historia de Napoleón. Aquello era vengar a Waterloo; es cierto; pero era también santificar el 18 de Brumario.

Si después de ese concierto magnífico en alabanza del muerto en Santa Helena, era posible la revolución de 1830, también era segura la llegada de un 2 de diciembre. Consecuencia fatal y no prevista.

Dijimos todos los poetas, y debíamos haber exceptuado uno solo, Alfonso de Lamartine; honor a él, gloria a su nombre, mensajero por tanto tiempo de celestes armonías; que Dios bendiga su retiro de Saint-Point, del que ya nunca tornará a salir.

Cuando al grande ejército, muerto alrededor de Cambrone, sucedió el ejército sublime y vengador de la inteligencia, la Francia presentaba uno de esos espectáculos que rara vez se repiten en los siglos.

Aquella eflorescencia tenía por gérmenes inmediatos una gran cosa y tres grandes hombres.

La gran cosa era la renovación radical hecha en la Francia decrépita por la Revolución

francesa, renovación un momento desequilibrada por la espada de napoleón, y que entonces reaparecía trayendo en su manto antiguo la libertad nueva.

Los grandes hombres se llamaban Voltaire, es decir, la burla; Byron, es decir, el dolor, y William Shakespeare, el pensamiento, el más moderno de los tres.

Aquellos tres granos simples produjeron una floresta; Voltaire abandonó un día su pluma oxidada por la hiel, y tomó la lira jónica, el instrumento de los fáciles cantares: entonces se llamó Branger; Byron engendró con su escepticismo sensual y voluptuoso a Alfredo de Musset, el de las suaves y perfumadas canciones, el de la lira cincelada como una joya antigua y de la inspiración profunda mente artística y juvenil; las composiciones de Musset son acordes arrancados al arpa durante un banquete, mientras se opera la fusión divina de nuestras mi radas y de las miradas de una mujer, mientras marchitamos con las ardientes emanaciones de nuestra sien calenturienta, una guirnalda de flores escogidas, y sin despegar nunca los labios del borde de una taza de oro en donde se consume el líquido caro a todos los dioses, y dulce a todos los poetas.

Alguna vez aquellos ojos se empañaron con una lágrima, aquellos labios se crisparon como a impulsos de una sensación dolorosa. ¡Quién sabe cuántos secretos de dolor y de amargura encerraba ese corazón! Desgraciadamente en el fondo de cada goce hay una gota de acíbar, y el placer quema y mata. Musset, al arrojarse en los brazos de la voluptuosidad, podía repetir, pero con una terrible verdad, lo que decía jugando, a Julia, en una de sus más deliciosas composiciones:

Ouvre ta robe, Déjanire,
Que je monte sur mon bûcher.

¡Duerma en paz!

La melancolía soñadora del Childe Harold, sus arranques sublimes, sus apóstrofes magníficos a lo desconocido, hicieron profunda impresión en el alma de un joven que de la playa al valle y del valle a la montaña, pisaba los melodiosos senderos de Italia, buscando una nota perdida entre aquellos enjambres de notas, que correspondiese a la lira de su alma.

Éste se llamaba Lamartine.

El otro, el tercero, Victor Hugo, había empuñado la trompa de bronce, y cuando la Francia quería sentirse arrebatada como Ganimedes por esa su joven águila, entregaba el alma a aquellos sonidos misteriosos arrancados a las cimas, a las simas, a la nube, a la tempestad, a las estrellas, al sol, a la flor, al rugido de los mares, al zumbido de la luciérnaga, ese fuego alado que recama de pedrería las tardes del estío.

Los otros venían de otros.

Éste venía de él mismo.

Si algún nombre podía escribirse sin temblar en la fe de bautismo de aquel gigante, era el

de Shakespeare, ese hijo póstumo de Esquilo.

El autor de *Macbeth* y el autor de *Hernani* son idénticos en esta gran cualidad del genio: lo ilimitado. Nadie ha alcanzado como ellos a sorprender en los misterios del corazón humano, no sé qué fondo eterno de tragedia y de pasión que nunca se agota para ellos, y que por todos los poros de sus obras se revela súbitamente iluminado por fulgores sobrehumanos, y brotando en raudales hirvientes de sus cerebros, esos crisoles en donde hasta el barro se convierte en oro.

Los dos están acostumbrados a ver en estos dos abismos: el abismo-profundidad y el abismo-altura; la inteligencia de ambos es nictálope. El uno es el mar, Hugo lo ha dicho; el otro es el sol. En uno hay el desbordamiento de la vida, en el otro la concentración de la luz. ¿por qué, pues, tanta sombra en ellos? Es porque sin luz no habría sombra; mientras la luz es más abundante, la sombra resalta más. Y luego, aplicad al genio el axioma de Young, enunciado técnicamente por Fresnel: la luz agregada a la luz puede producir oscuridad. Por eso un ilustre poeta me decía poco tiempo hace: “Hay capítulos de Victor Hugo que se parecen a la noche; muchas ideas, muchas estrellas, y detrás el fondo negro de lo desconocido.”

A mí me causan grande risa todos esos apóstoles de la oficina del fiel contraste en literatura, que quieren aplicar sus medidas pequeñitas a lo que ha nacido con esta condición esencial: la libertad. Genio, quiere decir libre. ¿Y lo bello?, diréis vosotros los temerosos de buena fe. Lo bello, preguntad a los misteriosos autores de la Biblia, preguntad a Homero, preguntad a Shakespeare. Ellos os dirían que la cualidad nativa del genio es presentar lo bello bajo todas sus fases. Lo bello, lo que es realmente tal, no es invención del hombre, es una revelación del genio. ¿Qué sería la pintura sin el pincel divino de Rafael; qué la escultura sin el milagroso buril de Miguel Ángel; qué la música sin la inspiración de Rossini? Ellos son los que han humanizado el ideal, esta encarnación, digámoslo así, del pensamiento, es el punto de comparación para juzgar de lo bello en este mundo. “He ahí, pues, los modelos, he ahí lo que debéis eternamente imitar”, dice la crítica. No, mil veces no. Esos hombres que parece que condensan en sí mismos la grandeza de las generaciones, son como gigantescos arcos triunfales coloca dos en las etapas de la civilización, no para que nos estemos contemplándolos en éxtasis perpetuo, o hagamos una serie de copias en miniatura, imitando con barro modelos de granito, sino para que el genio guíe por debajo de ellos a la humanidad, a quien Dios hace marchar continuamente. Esos arcos de triunfo están todos a lo largo de la vía, ninguno al fin de ella. La meta del estadio está en lo desconocido. Esa meta no se percibe desde la tierra.

Los genios son como las abejas; ellos van a libar las flores de un mundo ideal, y vuelven aquí abajo para formar ese panal que se va depositando en el seno de los siglos. Cada vez que una abeja brota, todos vosotros os asustáis y gritáis: escándalo, anatema; nuestro rico panal será destruido; pero pasa el tiempo, ese gran oculista, y las miopías se curan y los críticos de hoy se burlan de los que ayer comparaban a Dante con Estacio, a Corneille con Claudiano y a

Shakespeare con Góngora.

Todo en este mundo está sujeto a la ley del progreso; el hombre es uno de los corolarios del teorema: adelante. Pero si en la ciencia es odiosa la opresión, en literatura los principios escolásticos son risibles. La literatura es la expresión pura del pensamiento, y el pensamiento y la regla son dos ideas contrarias.

Hubo una época en Francia, cuando todo resucitaba lleno de una vida nueva y distinta de la que hasta allí se había manifestado, en que se reconoció que todos los grandes maestros en literatura habían hecho algo muy grande, pero no todo lo grande; y la joven generación, para quien la revolución francesa había abierto el *Sancta Sanctorum* de las ideas, se levantó, acaso sin mucho respeto para los muertos, pero con una ansia invencible de respirar en otros horizontes.

Por supuesto que toda esa gente que nace de espaldas al porvenir, y en donde la crítica recluta sus mejores soldados, clamaron a los dioses y cubrieron sus cabezas de ceniza. Esto no era nada para aquellos atletas de veinte años. Los gritos de la vejez sólo servían para hacer resaltar el himno de la juventud. La lucha fue obstinada y tremenda: hoy, de todo aquello sólo quedan inmensas reputaciones cimentadas y grandes ideas fecundas; el nombre de los críticos yace en el olvido, el de los otros está todos los días en los labios de treinta o cuarenta millones de europeos y americanos.

Aquel mar ascendente en que cada idea era una ola y cada imagen un relámpago, tuvo un nombre: el romanticismo. Sobre ese océano marchaba Victor Hugo, como el Jesús de la leyenda evangélica por sobre las olas del Tiberiades.

El autor de *Marion Delorme* tiene la inteligencia más trágica del siglo. En esta línea particularmente cabe su filiación shakespeariana. Tiene Hugo en sus obras esta cualidad, cualidad admirable sobre el autor inglés: el estilo; y Shakespeare tiene sobre él esta ventaja: la ignorancia.

La ignorancia suele servir; acaso no ha servido más que una vez, a los hombres extraordinarios. Shakespeare es el genio más espontáneo que haya habido, y esta espontaneidad hubiera disminuido en mucho con una gran sabiduría. Este es un hecho que nosotros sólo registramos. Victor Hugo lo sabe todo: su cerebro es uno de los que han llegado a contener mayor cantidad de instrucción en nuestros tiempos. Victor Hugo sabe que para ser apóstol es preciso saber mucho en estos tiempos en que la ciencia está al alcance de todo el mundo, y con esa voluntad inflexible, que es uno de los caracteres dominantes de su alma, ha sabido acumular en torno suyo grandes tesoros de sabiduría, en donde templa sus armas para la lucha titánica que hace cerca de medio siglo viene sosteniendo.

Un día, era el año de 1830, el 26 de febrero, tuvo lugar la primera representación de *Hernani*. Este gran drama marcó una nueva faz del autor de las *Odas y baladas*, hijas de su amor filial e impregnadas de un candoroso monarquismo.

Hernani, dice Julio Janin, es un drama muy bello; pero no por Corneille, no era eso el *Cid*.

Esto escribía el espiritual folletinista del *Diario de los Debates*, allá por los años de cuarenta y tantos. ¡Ah!, ¡cómo ha cambiado su opinión! En el momento en que escribimos estas líneas, recordamos haber leído, hace dos años, el folletín de *Los Debates*, en que daba cuenta de la *reprise* de *Hernani* en París. Qué página tan elocuente; qué estilo el de ese crítico que parece que hace con su pluma incrustaciones de perlas; con cuánta tristeza vuelve la vista hacia aquel desterrado sombrío a quien la calumnia ha hecho un pedestal gigantesco; y con cuánta ternura, con cuánta admiración envía al través del mar sus saludos de hermano hacia aquel contemplador del infinito que, con una mano sobre su corazón y otra en la mano de la humanidad, espera tranquilo la hora de la resurrección de los pueblos.

Hernani fue un desafío a la escuela clásica; desde Voltaire, tentados estábamos de decir, desde Racine, la musa del teatro francés no había arrancado de su seno trágico, tan vehementes, tan sublimes acentos; pero la tragedia nueva no llevaba el coturno antiguo, iba con el pie desnudo; las tragedias clásicas eran bajorrelieves en mármol, *Hernani* y las que le siguieron fueron grupos de carne y hueso. El secreto del romanticismo era el estudio, no de Sófocles, no de Corneille, sino del hombre. La famosa pintura del quinto acto de Fedra nos admira; el sonido de la trompa de Ruy Gómez de Silva nos estremece. He aquí toda la diferencia...

Vino después *Marion*, la divina *Marion Delorme*... Julio Janin, citaremos aún a este príncipe de la crítica, dice a propósito de este drama: “¡es la rehabilitación de la cortesana!”

Y bien...

¿Acaso se pretende hacer del teatro el eterno panegirista de Lucrecia, que en lugar de encontrar un puñal a la media noche, lo encontró al día siguiente? Enseñad en hora buena la admiración por la virtud heroica, levantadle altares; yo me arrodillaré ante ellos; pero no cerréis las puertas a lo que es más humano, a lo que es más doloroso, al crimen que se arrepiente. ¡Rehabilitar a la cortesana...! ¿Y por qué no? ¿La historia de aquende el calvario es otra cosa que la rehabilitación de la mujer sumida en todas las miserias, vegetando en todas las corrupciones? Si el teatro es una cátedra, enseñad desde ella a esas infelices hijas del insomnio y del placer engangrenado: a esa procesión de autómatas, en la cual, cosa horrible, no se llora nunca; enseñadles que el vicio es inicuo, pero mostrándoles en el cieno la primera grada de la redención. Tomadlas de la mano, provocad sus lágrimas, las lágrimas lo borran todo; decides que si hay en su pecho un destello de amor, ese destello puede convertirse en una aureola, y esa prostituta en Magdalena; y cuando al través de vuestros dramas, en donde la pasión hace las veces de apóstol, podáis hacer llegar al oído de esas miserables a quienes asfixia el desprecio, las santas palabras del nazareno: “Mujer, yo te perdono, porque has amado mucho”, dormid en paz, habréis hecho una buena acción.

Desde entonces, añade el crítico, las tendencias todas de la obra literaria de Victor Hugo se han dirigido a ensalzar lo feo. ¡Oh, reproche eternamente repetido, y eternamente injusto y necio!

Nadie ha comprendido, a nuestro entender, la belleza, tal como el creador de estos tipos inmortales: Esmeralda, Coseta, Deruchette y Dea. Y su ideal es tan puro, tan noble, tan celestial, que no se ha contentado con presentar sus reñejos al través del prisma de su imaginación en esos cuatro ángeles, sino que lo ha hecho brillar como una aureola de bendición sobre dos cabezas sublimes, Cuasimodo y Gwynplaine.

Yo no creo en la fealdad absoluta, como no creo en el mal absoluto: dos cosas que se confunden. El ideal de lo feo en los tiempos pasados se llamaba Satanás. Este nombre era una especie de espada de Damocles colgada sobre la conciencia humana. De ahí esa especie de constante opresión en el aparato respiratorio de la humanidad: apenas se abría para ella un horizonte nuevo; apenas vislumbraba, entre los intersticios de un cielo implacablemente pálido como el de los crepúsculos polares, un vago destello que le hablaba de libertad y de progreso. Se levantaban como un enjambre de espectros negros, allá el papado, acá la monarquía; allá la hoguera de Savonarola, acá el patíbulo de Lanuza; allá el pontífice ambicioso sucediendo al César, acá el monarca ávido sucediendo al Burgrave.

La Edad Media es la verdadera cuna del diablo. Satanás es el hijo del sufrimiento y del miedo. De entonces viene esa protesta de la mujer que busca una aliada en la naturaleza contra aquel cúmulo de padecimientos, y que se hace “bruja”. De entonces vienen esas pinturas cargadas de demonios, y en donde los ángeles parecen cadáveres; esas iglesias góticas cargadas de animales monstruosos y llenas por dentro de misteriosas sombras y de sepulcros lúgubres y tristes. Llegó un momento en que el viejo fantasma de la Grecia, espantado en Bizancio por las bombardas de Mahomet, se refugió en Occidente; los papas se enamoraron del Olimpo y los dioses volvieron. León X, ese Médicis a quien despertó Lutero de sus sueños de artista, habría de buen grado hecho grabar sobre el friso de la basílica de San Pedro: *Jovi Optimo Maximo*. Entonces aparecieron las *Madonnas* de Rafael, y el ideal de lo bello tornó a ascender en la conciencia humana; pero era el ideal griego, no el ideal cristiano; era el ideal de los sentidos, no la visión sublime del alma.

El siglo XIX, esencialmente ecléctico, ha rehabilitado el elemento espiritual en el arte, sin disminuir en nada el tipo material del Renacimiento. Esto ya era un gran paso. Pero faltaba algo que hacer. Había una sentenciada a muerte en todos los siglos; en la edad Media, porque era la imagen del diablo; en el Renacimiento, porque era hijo de aquella Grecia que perdonó a Frinea sus impiedades en gracia de sus formas divinas: esta anatematizada era la fealdad física.

Hubo quien comprendiera que aquella era la más horrible de todas las in justicias, porque en ella como que se complicaba la mano de Dios, parecía que la naturaleza era cómplice de un crimen. Y sin embargo, en el fondo de aquel cerebro podía arder un pensamiento, en el fondo de aquel corazón podía anidarse una pasión; y si dentro de aquella corteza satánica se encerraba una grande alma, si el monstruo por el cuerpo era un ángel por el espíritu, ¿quién podía tomar la medida de los sufrimientos de ese ente desgraciado, en choque constante con

una sociedad que huía o que reía de él?

Hubo quien la tomara. Leed *Nuestra Señora de París*; leed *El rey se divierte*; leed *El hombre que ríe*. Nos reservamos hablar de la tercera de estas obras en un análisis especial que aquí o en otra parte verá la luz pública; en este trabajo sólo diremos brevemente lo que de las otras dos pensamos.

Sobre la primera página de *Los trabajadores del mar*, en febrero de 1866, escribía Victor Hugo estas palabras:

> La religión, la sociedad, la naturaleza, he aquí las tres luchas del hombre. Esas tres luchas son al mismo tiempo sus tres necesidades. Preciso es que crea, de ahí el templo; preciso es que cree, de ahí la ciudad; preciso es que viva, de ahí el arado y el navío. Pero estas tres soluciones contienen tres guerras. La misteriosa dificultad de la vida nace de esa trinidad. El hombre tropieza con el obstáculo bajo la forma superstición, bajo la forma preocupación, bajo la forma elemento. Un triple *ananké* (fatalidad) pesa sobre nosotros; el *ananké* de los dogmas, el *ananké* de las leyes, el *ananké* de las cosas.

En *Nuestra Señora de París* el autor ha denunciado el primero; en *Los miserables* ha señalado el segundo; en este libro indica el tercero.

"A estas tres fatalidades que envuelven al hombre se mezcla la fatalidad interior, el *ananké* supremo, el corazón humano."

Nuestra Señora de París comienza al expirar la edad Media. Constantinopla había caído hacía treinta años en poder de los turcos. La Biblia latina llevaba también treinta años de haber salido de los talleres de Gutenberg y de Faust, y el rey Luis XI hundía al pie del cadalso de Saint Paul y de Jacques D'armagnac las columnas más sólidas del feudalismo francés.

Sin embargo, en tal momento, y como para agregar al cuadro sombrío de esa edad la luz siniestra de un incendio inmenso, la inquisición se cebaba sobre los relapsos de una manera espantosa. La satánica invención del predicador de la cruzada contra los albigenses aún tenía derecho de ciudadanía en Francia, y si nunca llegó a recibir allí la organización que en ese mismo año de 1482 le daban en España los reyes Fernando e Isabel, su papel era bastante importante para que en esa novela terrible se vea por todas partes su mano negra armada de un cadáver en cruz.

La erudición, el retrato de las costumbres del pueblo y de la corte, los golpes de vista por sobre aquella aglomeración de oscuridades, son admirables en ese libro; pero su parte filosófica se encierra en este germen inagotable de todos los grandes dramas de la humanidad: el amor imposible. De las ramas de árbol plantado en el infierno, cuelgan dos frutos de maldición: Claudio Frollo y Cuasimodo; un sacerdote y un monstruo.

El *ananké* supremo es el corazón; nosotros agregamos: la redención es el amor. Claudio Frollo, en su celda de nuestra señora, hablando con Maese Charmolue, vio de repente que una mosca que buscaba alegremente un rayo del sol primaveral, se enredó en una gran tela de araña. El asqueroso animal que ocupaba el centro de la tela, se lanzó de improviso sobre su víctima y la atrapó con dos de sus horribles antenas.

Maese Charmolue extendió el brazo para salvar a la mosca.

—Dejadla, Maese, dejad obrar a la fatalidad —gritó el archidiácono.

—Maese —hubiéramos dicho nosotros—, salvadla, dejad obrar vuestra bondad.

Sobre ese calvario, el corazón humano, está esa redención, el amor.

Si alguna cosa concluyó al pie de la cruz, fue el *fatum* que reinaba en el mundo antiguo; esto es lo que no ha comprendido la Edad Media flotando entre Aristóteles y Tertuliano: la libertad es esencialmente cristiana. El Evangelio es la mano del hijo del pueblo arrancando a la humanidad de las antenas de hierro del destino.

Hay algo superior a ese encadenamiento de sucesos que nos arroja por una vía implacable; ese algo superior es la libertad humana.

La libertad que apenas se abría paso por ese tremendo crepúsculo de la historia que se llama la Edad Media. Cuatro siglos habían de pasar antes de que la palabra *ananké*, escrita por un discípulo de Hermes, llegara a ser reemplazada por la palabra *amor*, escrita por los discípulos de Cristo.

La fatalidad que perseguía a Claudio Frollo era la fatalidad humana; no venía del Evangelio el celibato de los clérigos, venía de Roma.

Por el otro lado estaba Cuasimodo.

Cuasimodo era la deformidad sublime.

La pintura de aquella fealdad en el libro de que hablamos es verdaderamente un gran rasgo de inspiración.

El poeta presenta un tipo en ese monstruo. Cuasimodo es el parto de la Edad Media, que se había pasado muchos siglos pensando en el diablo, de aquí el hijo horrible y semejante a las visiones de la madre.

El poeta lo presenta y luego lo hace sufrir, y luego lo hace morir. Allí si no hay redención posible en este mundo, ¿quién podía amar a aquel vestigio?, diréis vosotros.

Otra vez veremos cómo el autor ha resuelto este problema en su última obra.

La abnegación sublime de Cuasimodo se cambia en una aureola. El sacristán de Nuestra Señora será eternamente horrible y eternamente simpático. Ésa ha sido una grande obra de caridad.

¿Y quién se atreverá a reprochársela al poeta?

Aquello es maravillosamente feo; qué complacencia en aglomerar sobre esa cabeza infernal todas las repulsiones; ¡qué fríamente calculada está aquella fealdad fantástica!

Sí, es cierto todo eso; pero pensad que ése no es un hombre, es la fealdad misma. Victor Hugo no la ensalza, pero le busca el alma, y si sorprende en ella una belleza interior, ilumina con sus poéticos rayos las facciones de aquel monstruo, y entonces todos nos compadecemos; todos habríamos querido una gota de felicidad para el heroico defensor de esmeralda, y puesto que la fealdad existe sobre el mundo, bendecimos al poeta que la rehabilita en nombre de la belleza eterna, la belleza del alma; y bendecimos al novelista que amarra a la picota en la

plaza pública al infeliz Cuasimodo, y cuando éste, sofocado por los insultos de la multitud, consumido por la sed, con los músculos hinchados y la lengua casi fuera de los labios de fuego, el desgraciado pide de beber, y el poeta hace subir por las escaleras del cadalso a un ángel que en medio de la multitud estupefacta presenta su cantarilla de agua a aquel moribundo, hemos sentido bajo aquellas frases palpitantes de emoción, latir la más bella de las ideas cristianas, la redención de todos los oprimidos, y la lágrima que rueda en ese instante por las mejillas del lector, equivale a la palma de mártir dada por los siglos al miserable sacristán de Nuestra Señora, y al pedestal de cariño y admiración levantado por todos los buenos corazones al autor de uno de los libros más bellos que se han escrito en este mundo.

Hablemos ahora de *El rey se divierte*: nadie lo ha explicado mejor que su autor mismo, respondiendo al reproche de inmoralidad que se hacía al drama. He aquí lo que el autor escribía en noviembre de 1832:

> ¿La pieza es inmoral?, ¿ustedes creen? Es por el fondo. Helo aquí: Triboulet es de forme, Triboulet está enfermo, Triboulet es el bufón de la corte; triple miseria que le hace malvado. Triboulet odia al rey porque es el rey, odia a los nobles porque son los nobles, y a los hombres porque no tienen una joroba sobre la espalda... Deprava al rey, le corrompe, le embrutece. Le suelta al través de todas las familias de gentiles hombres, mostrándole sin cesar con el dedo la mujer por seducir, la hermana por robar, la hija por deshonrar... Un día, en medio de una fiesta, en el momento mismo en que Triboulet impele al rey a robarse a la mujer de M. de Cossé, M. se Saint Vallier penetra hasta el rey y le reprocha el deshonor de Diana de Poitiers. Triboulet se burla e insulta aquel padre a quien el rey ha arrebatado. El padre levanta el brazo y maldice a Triboulet. De aquí viene toda la pieza. El verdadero argumento del drama es la maldición de M. de Saint Vallier. ¿Sobre quién ha caído esta maldición? ¿Sobre Triboulet, loco del rey? No. Sobre Triboulet que es hombre, que es padre, que tiene un corazón y que tiene una hija.

El autor continúa resumiendo en algunas líneas el terrible drama que nuestros lectores conocen. Victor Hugo, y éste es uno de los secretos de su grandeza, tiene una muy alta idea de su misión de poeta; por eso cuando en ella se ve atacado, se defiende con tanta elocuencia, porque siente que al defenderse él, defiende a la poesía moderna, a la poesía que ha hecho una de sus condiciones de vida, la libertad, que ha nacido del progreso, que marcha hacia el porvenir. La poesía encerrada en una jaula en donde había capiteles griegos y torres góticas y verde césped y sonora fuente y pájaros canoros y bellas ingratas, se extasiaba repitiendo en notas más a menos cadenciosas lo que ya desde Eurípides, Anacreonte, Píndaro y Homero, sabía el mundo de memoria. Polimnia se había cambiado en la ninfa eco; pero en el trastorno general del fin del siglo, mientras las ciencias y las artes, convertidas en águilas se lanzaban al cielo, ella se había quedado en su jaula. En Francia y en España sólo los cantos a la libertad y a la guerra se habían escapado de sus doradas prisiones; esos atrevidos viajeros del infinito se llaman en Francia la “marsellesa”, y en España las “divinas odas de Quintana”. Por lo demás, en ambas naciones se saboreaban los fastidiosos versos de Delille, y en España los melifluos y empalagosos versos de Meléndez.

De repente, un muchacho que venía de Italia se lanzó por una ventana del templo cristiano,

y cantando a su Elvira huyó por los espacios; otro, cuyas alas eran tan grandes que la jaula no podía contenerle, se lanzó fuera de ella, y pronto una parvada de ruiseñores en libertad impregnó de armonías todos los horizontes de la Europa.

Esto se llama el romanticismo, es decir, la emancipación.

El rey se divierte es una de las obras que llevan impresa más hondamente la marca característica de la época. Las mismas grandes pasiones, el elemento trágico presentado de nuevo bajo uno de sus más terríficos aspectos, los mismos gritos del alma, e idéntico estremecimiento del estro poético.

En este drama hay también un tipo de execrable fealdad. Pero bajo la fea corteza hay también un corazón malvado. El autor, por eso, castiga en el padre al bufón. Y el castigo es tremendo.

En el fondo de las otras obras del autor domina la fatalidad. ¡En el de este drama, su mismo autor lo ha dicho, se ve la providencia!

El teatro, durante la representación de los dramas de Hugo, era un inmenso campo de batalla en donde la victoria, mucho tiempo indecisa, quedaba casi siempre en manos de la juventud.

Y mientras el drama, saliendo de aquel cerebro de bronce como un río de lava, se precipitaba sobre los obstáculos y los fundía, siguiendo en medio de la admiración de la Europa su curso tempestuoso, el hombre de las terribles es cenas, cuyo ceño olímpico producía al contraerse con la obsesión de la musa, relámpagos y estrellas, el poeta, el hijo de la lira, recorría los bosques y las montañas, cantaba al mar y a la naturaleza toda, las más bellas estrofas de que puede enorgullecerse el genio humano, salvaba por una deliciosa cuarteta la vida de un hombre, y reía o lloraba de modo que hacía reír o llorar a toda la Francia. Sus dramas eran fantásticas reminiscencias de España, en donde el poeta había pasado algunos meses de su adolescencia. En aquella tierra legendaria, en don de la civilización gótica y la civilización morisca se habían confundido casi, a fuerza de hacerse la guerra, debía atraer muy particularmente esa imaginación, que colocada en la frontera de la poesía del norte, austera y melancólica, y de la poesía meridional, melodiosa y trágica, lo ha reflejado todo; nieves perpetuas y castillos sombríos, la bruja que se esconde en el bosque de pinos y el águila que cuelga su nido de la roca abrupta de la montaña, el viento que silba por entre los rombos de plomo viudos de sus vidrios en las casas feudales, y por entre los cuales pasa gimiendo la bruma de las noches de invierno, poblada de fantasmas y de sudarios flotantes; las pálidas estrellas del norte, su sol velado “que parece una luna”, ha dicho el poeta, todo eso lo ha cantado Victor Hugo; ha hecho más, se ha remontado a los tiempos en que el dominio de las razas frías, digámoslo así, era aún general en la Europa, y la intuición de la Edad Media ha sido tan poderosa en aquella alma, que un mundo entero olvidado ya, resucitando a la evocación del poeta, volvió a la luz con sus ojivas y sus monstruos, y sus filigranas y sus encajes de piedra, lanzándose hacia el cielo con la majestad de las selvas

germánicas entre las cuales domina el cono gigantesco del pino, como la flecha gótica domina la vieja catedral, perdiéndose frágil y soberbia en el cielo, en cuyo azul parece proyectarse indefinidamente; hizo más aún, resucitó no sólo al monumento, sino al pueblo que lo había concebido, y lo resucitó con sus mismas pasiones, con sus amores y sus odios, sus preocupaciones y su sabiduría, hija de Flamel, sus vagas aspiraciones y sus crueldades gigantescas, y aquel golpe de vara mágica produjo tan rudo sacudimiento en nuestra época, que muchos de aquellos colosos de piedra, sentenciados a muerte en Europa, en bien de la orientación de las ciudades, han permanecido en pie porque el poeta con su voz de trueno gritaba: "sacrilegio".

Ésta es una faz de aquella imaginación altísima, la que ve al norte; otra hay que mira a la región amada del sol y que no es por cierto la menos bella.

Allí aparece España, el país de los ojos negros y de los pies de hada; el país de la andaluza y de la Alhambra, una maravilla de Dios y otra del hombre; el país de los sueños y de los rosarios, de los gitanos y de las mandolinas, de las mantillas y de los azahares, de los balcones calados y de las escalas de seda; el país de la capa y de la espada, del honor (*Hernani*) y de la pasión (*Ruy Blas*); el país de la tertulia y del abanico, de los cármenes y de los romances, del Manzanares y de Cervantes, del Guadalquivir y de Murillo. Una tierra de poesía y de bendición. Victor Hugo no se contentó con españolizar su masa; hizo más: junto a los recuerdos moriscos de que está sembrado el suelo natal de Garcilaso se puso a soñar, a soñar en el Oriente. Ya conocéis ese maravilloso minarete arábigo desde el cual el cantor sublime estudia toda la pasión, todo el color, toda la pedrería del Oriente; se llama *Las orientales*: en medio de aquella región de la fábula, el poeta hizo resucitar a dos muertas, la Biblia y la Grecia, dos deidades, las dos madres del mundo moderno; de la una había nacido Jesús, de la otra Atenas.

Si el pensamiento de ese libro pudiera tomar una forma material, se convertiría en un joyero de nácar lleno de perlas y de rubíes.

Estas dos facetas del prisma que ha reflejado mejor los rayos de la poesía, no estaban separadas por una arista inflexible; al contrario, se confunden constantemente al menor hervor de la inspiración. Esmeralda es una piedra preciosa arrojada en el fango de la Edad Media, llena de las reverberaciones del sol del mediodía. Carlos V, una de esas grandezas batalladoras, que asesinó a su madre en Tordecillas y asesinó a la España en Villalar, es en el drama de Hugo un sueño alemán cruzando por entre los limoneros; la poesía intitulada "noviembre" en *Las orientales* es otra prueba de esta mezcla constante de rayos poéticos dentro del crisol intelectual del maestro; no os asustéis por tal confusión; en ese crisol pueden fundirse todos los elementos y de él saldrán barras de oro puro.

El poeta "que lo sabe todo y lo canta todo", según la expresión de Méry, por los mágicos caminos de su fantasía nos ha llevado a todas las regiones de este mundo, y por su intuición maravillosa del "más allá, ha hecho de la humanidad un Ganimedes, y arrebatados por sus

garras de águila, hemos tocado los límites de lo desconocido. La lira de Victor Hugo es inmensa, sobre ella corren todas las zonas; sus cuerdas, en donde nunca se pone el sol, están tendidas desde los pies del Hekla hasta el Himalaya, desde *Han de Islandia* hasta *Los pozos de la India*.

Aquel revolucionario omnipotente vivía entretanto feliz. Rodeado de la más encantadora de todas las familias, adorando a su mujer y a su hijos con una de esas pasiones celestes y que sólo resienten los hombres de nobles instintos y de conciencia honrada; simple y tranquilo en la intimidad del hogar, prefiriendo a los rayos del sol, que tanto amaba la sonrisa de un niño; viviendo entre murmullos y gorjeos y aromas, aspirando con toda la fuerza de su virilidad y de su salud las oleadas de armonía y de perfume que se disputaban por enviarle perennemente los niños, los pájaros y las flores, tres gracias que nadie debajo del sol ha cantado como él, algunas veces aquel inmortal, tan dulce entre los brazos de sus hijos que le rodeaban como una guirnalda de rosas cantantes, que le cubrían de besos y de caricias en cambio de versos y de cuentos, aquel león terrible en la lucha, que había sido el Lutero de la nueva iglesia literaria en cuyo friso podía escribirse como en el decálogo de la república, libertad, igualdad, fraternidad (frase sagrada detrás de la cual se alinea toda la historia, ante la cual se alumbra todo el porvenir), el hombre de la lucha y sobre todo del triunfo, sentía de repente una vaga tristeza. ¿Por qué seré tan feliz, Dios mío? —murmuraba en todas sus plegarias aquel iluminado.

El océano le guardaba en sus profundidades un *ananké*. Leopoldina Hugo era un ángel, era la hija de todos los poetas, de todos los artistas, de todos los jóvenes soñadores de la Europa. Todos la habían cantado, bendecido y acariciado. El mundo presentía que los mejores versos del gran poeta se los debería a la preciosa niña, y el mundo se los agradecía de antemano. Las poesías y las flores habían caído como una cascada de primavera sobre la cuna augusta de Leopoldina; todas las hadas se habían reunido en el hogar del poeta cuando nació su primera hija, todas le dejaron un don sobre sus pañales blancos, pero ninguna le dijo: cuídate del mar. Un día —ya la niña era mujer, y era esposa de ese heroico Carlos Vacquerie, que no quiso abandonarla en su tumba inmensa, y mezcló su agonía y su muerte con la agonía y con la muerte de su celestial esposa— el cielo estaba terso y limpio, y como el cielo, el mar de las costas normandas. El puerto del Havre estaba de fiesta, el rey Luis Felipe recibía en su castillo de Eu a la reina Victoria, nuestros dos desposados tomaron una barca para volver por mar a su casa, y en el camino una bocanada de viento hizo zozobrar el frágil esquife.

He aquí todo el drama. Leopoldina no pudo soltar la embarcación, a la que se había colgado con sus dos manecitas. Su marido, que era un excelente nadador, no quiso abandonarla, la abrazó dulcemente en el fondo del mar, y los dos expiraron.

El océano seguía silencioso; el primero que tuvo conocimiento del suceso fue Alfonso Karr, que estaba muy cerca de allí, y que ha consagrado a esta tragedia la página más bella que haya salido de su pluma original y triste.

Así murió la primera hija del poeta. Ese ángel, al partir, cerró para siempre la puerta de oro de la alegría en aquella casa feliz. Sólo quedó abierta la puerta de hierro por donde debían venir en lo de adelante muchas horas negras, muchas tristezas, muchas lágrimas.

Hay un libro en donde está sellado el dolor del poeta. Este libro es un prodigio de poesía y de llanto. Bajo las estrofas palpitantes se siente una agonía constante. Oh, cuán pocas veces ha sido dado a la humanidad contemplar este espectáculo: un poeta que llora a su hija. Desde entonces esta triste palabra: *sombra*, hace parte de todos los versos de Victor Hugo. El dolor supremo del padre se desbordó en armonías no presentidas dentro de aquel pecho de titán, y de ahí vino esa Biblia del dolor paternal que se llama *Las contemplaciones*. El recuerdo de la pobre niña muerta tiene un altar en cada palabra, es el libro de las lágrimas. Un poeta nuestro amigo, nunca lee sin llorar una de aquellas inmortales estrofas:

Oh! je fus comme fou dans le premier moment,
Hélas! et je pleurai trois jours amèrement.
Vous tous à qui Dieu prit votre chère espérance,
Pères, mères dont l'âme a souffert ma souffrance,
Tout ce que j'éprouvais, l'avezvous éprouvé?
Je voulais me briser le front sur le pavé;
Puis je me révoltais, et par moments, terrible,
Je fixais mes regards sur cette chose horrible,
Et je n'y croyais pas et je m'écriais: Non!
—Est-ce que Dieu permet de ces malheurs sans nom
Qui font que dans le cœur le désespoir se lève?
Il me semblait que tout n'était qu'un affreux rêve
Qu'elle ne pouvait pas m'avoir ainsi quitté,
Que je l'entendais rire en la chambre à côté,
Que c'était impossible enfin qu'elle fût morte,
Et que j'allais la voir entrer par cette porte!

Las contemplaciones son para nosotros sagradas. Lo que con ellas hemos sentido, lo que con ellas hemos pensado, no lo podemos decir ahora; acaso algún día. Algunas veces ha venido a nuestra mente la idea de traducir varias de aquellas composiciones. Nunca hemos podido. Para traducirlas se necesitaría ser un gran poeta y tener un hijo; acaso se necesita también ser madre, porque sólo ellas han podido comprender todo lo que hay de terrible y de santo en los vértigos del dolor. Y así es que quien mejor ha traducido a Victor Hugo en la lengua española es Isabel Prieto, un poeta delicioso por el talento, un poeta inmortal por el corazón, y una madre incomparable. Mucho tenemos que agradecer a nuestra ilustre amiga por sus magníficas versiones.

Leopoldina era muy bella: "¡Ah, cielos! —dice Julio Janin—, era una de esas castas y conmovedoras bellezas, de una gracia y de una pureza angélicas. Cuando andaba se le hacía paso, por admiración y por respeto". Una vez desaparecido ese rayo de sol, la frente del poeta se bañó de tinieblas; el poeta de la vida concluyó para dar lugar al cantor, al redentor con la palabra, de todas las esclavitudes. Pensó mucho el semidiós sobre la tumba de Villequier que contenía los dos cuerpos adorados. Allí comprendió que el mejor lenitivo que podía encontrar para su sufrimiento era el de consagrarse exclusivamente al sufrimiento de los demás, que la caridad ha sido siempre el bálsamo de nuestras propias heridas.

Victor Hugo comprendió la caridad de una manera inmensa. Hasta entonces sólo había socorrido a los pobres; entonces comprendió que era también preciso socorrer a los pueblos, esos sublimes indigentes. La levadura democrática entró definitivamente en la gigantesca composición de aquella alma.

Desde ese instante comenzó en el hombre una revolución inmensa, el poeta se hizo profeta ("vates"), el pensador se hizo republicano.

Cayó Luis Felipe, la transición hecha rey, según una expresión de *Los miserables*, y Victor Hugo, cuya palabra generosa había resonado con tanta elocuencia en la cámara de los pares en favor de la familia Bonaparte, se presentó ante el sufragio universal para representar al pueblo. El pueblo le envió a la asamblea. Allí se reveló el tribuno.

La cabeza asquerosa de la reacción, ese otro *ananké* que aún aguarda en el mundo un aplastamiento definitivo, apareció en el seno de la representación nacional. Victor Hugo no la aplastó, pero sí la mostró al mundo en toda su asquerosa fealdad. La lucha trabada con las viejas ideas y con las torpes aspiraciones, fue inmensa. El corto espacio de que podemos disponer, así como la marcha necesariamente literaria de este estudio, nos impide examinar esos bosquejos de elocuencia volcánica en que el lirismo de Tirteo se hermanaba con el sarcasmo de Juvenal, para herir, para matar, ya que no en el dominio de los hechos, sí en la conciencia humana, aquel motín de pretorianos que amenazaba entronizarse en Francia y que se entronizó por fin en un día de borrachera. Victor Hugo luchó sin tregua hasta el último momento, y cuando todo estaba perdido, excepto la honra, el gran poeta abandonó el suelo de parís empapado de sangre y tomó el camino del destierro. Dieciocho años hace...

Nuestro propósito de completar un estudio sobre el hombre de que hablamos, y sobre su influencia en el destino de la literatura universal, no puede concluir en esta publicación, por circunstancias independientes de nuestra voluntad.

En otra parte verá la luz pública un trabajo que titularemos "La labor del proscrito", y que servirá de complemento a este artículo. Victor Hugo necesita estudiarse con mucha atención en el destierro. Su figura ha ascendido, pero en vuelta en una nube, como Jesús en las cristofanías evangélicas. Sin embargo, su acción se hace sentir cada vez más poderosa sobre la tierra. Los libros inmortales de Hugo nacieron en su patria, los libros divinos vienen del destierro. Acaso en esa su isla solitaria le guarda el cielo una tumba. Nosotros o nuestros hijos la regaremos

con lágrimas, la arrullaremos con nuestros himnos; entonces la voz mezquina de la crítica se apagará, y la envidia seguirá formando un contraste negro a la más espléndida figura de nuestro siglo.

¡Maestro! ¡Recorre con tus miradas, que saben ser tan buenas para los pequeños, estos humildes renglones dedicados al poeta que se hizo apóstol, al apóstol que se hizo profeta, al profeta convertido en mártir! ¡Desde tu hogar, en cuyos cimientos duerme como un terrible guardián de tu grandeza el océano, recibe a la humilde golondrina americana, que para poder cruzar los espacios busca tu sonrisa de soñador, tu bendición de anciano!

* *El Renacimiento*, México, 20 de noviembre y 4, 18 y 25 de diciembre de 1869, t. I, pp. 180-182, 214-215, 246-248 y 258-260.

LA LITERATURA EN MÉXICO Y OTRAS COSAS*

El carácter distintivo de nuestra época es la crítica. Los sistemas políticos, los filosóficos, los literarios y hasta las partes en que los sistemas científicos se adelantan por la vía nebulosa de las hipótesis, todo se pretende sujetar a la fría di sección del analista.

Las tendencias positivistas han dado margen al inmenso desarrollo del espíritu de examen; nadie se contenta con conocer un resultado; espontáneamente buscamos el porqué de todo afecto, y de causa en causa llegamos a la terrible incógnita que forma por dondequiera, inabordable horizonte al mundo real de la ciencia.

En la aplicación constante de esta ansiedad nativa en nuestro ser de investigarlo todo, de darnos la razón de la existencia física o moral, real o ideal de cuanto se relaciona con nosotros a nuestro paso por el mundo; en esa sed inextinguible de ciencia, anatematizada torpemente por la autoridad teocrática, entra por mucho el espectáculo de tanto absurdo pulverizado, de tanta creencia desvanecida, de tantas preocupaciones que habían acabado por atrofiar el cerebro humano, comprimiéndolo con el lento depósito de los siglos, y reducidas a humo bajo la acción de la ciencia y de la filosofía, como la yesca bajo el doble influjo de los espejos conjugados.

Locura sería, pues, el querer negar la razón de ser de la crítica; sería esto tanto, casi, como negar el progreso; y aunque somos de los destinados a soportar de continuo las severidades de la diosa, ni nos quejamos ni tenemos la necia pretensión de creernos fuera de su alcance.

Vamos todavía más lejos: hemos deseado ardientemente la censura para nuestras obras y las de los demás, ejercida en nombre de las reglas eternas que presiden lo bueno y lo bello, y teniendo en cuenta el carácter esencialmente libre y novador de nuestro siglo.

En el terreno literario se han hecho notabilísimos ensayos de crítica, durante el periodo transcurrido desde el triunfo de la nación hasta la fecha. Los estudios publicados por el señor Altamirano en *El Siglo XIX*, en donde campean la penetración luminosa y el incomparable vigor de colorido que caracterizan sus producciones, y los juicios irreprochables del señor Peredo, publicados en *El Semanario Ilustrado* y en *El Renacimiento*, juicios que sólo puede calificar de bien hablados y nada más la candidez afectada de un malqueriente, pues pocas veces hemos tenido ocasión de ver, fuera del gran siglo de la literatura española, tan acertadas razones y tan exquisita perspicacia, engarzadas en estilo más límpido y elegante.

Después de un largo silencio, la musa (porque también es una musa) que inspirara a los Janin y a los Fígaro,[1] ha tenido su veleidad de vida, eligiendo para un preludio de desperezamiento, las columnas viriles y austeras de *El Mensajero*. Sea enhorabuena.

Y no extrañará el autor del artículo titulado: “nuestros teatros y otras cosas”,[2] en el que

bueno es anticiparlo, no escasean ni sensatas ideas ni una forma llena de graciosa ironía, que nosotros ensayemos, en algunos puntos, criticar su crítica; porque por mucho en que lo tengamos, no podríamos sin faltar a nuestras convicciones, otorgarle una infalibilidad incompatible con la humana naturaleza.

Hagamos a un lado la ocurrencia de hacerse pasar por un humilde labriego, para citarnos luego a Horacio y a Uhland; inofensivo maquiavelismo que debió hacer muy buen efecto en otro tiempo, cuando Dios quería; pero que ya por viejo y por trivial, estaba relegado al museo de recursos literarios oxidados, y de donde extrañamos que el inteligente articulista le haya exhumado. Pero qué hacer cuando hasta el sol tiene manchas... Entraremos, pues, en materia.

Y para ello sigamos al articulista en el análisis de las causas de decadencia en que se encuentran nuestros teatros, no sin concederle razón en lo que toca a los ataques vehementes que hace tiempo sufren los actores dramáticos, no porque lo que es malo, a pesar de la buena voluntad del mencionado crítico, pueda llamar se de otra manera, sino porque cumple a escritores mexicanos tener en cuenta los obstáculos que existen en nuestro país para el perfeccionamiento del arte.

El teatro, dice, como primer elemento de vida y de prosperidad necesita de público, es decir, de dinero; y es sabido que habiendo lo uno habrá lo otro; como segundo elemento necesita literatura dramática; como tercero, actores, y como cuarto, al fin, buena y concienzuda crítica.

No es nuestro ánimo defender aquí el incalificable abandono con que el gobierno y la municipalidad ven el desarrollo y conservación de nuestros teatros, cuando bien dirigidos e inteligentemente alentados forman uno de los grandes agentes de la educación del pueblo; y respecto a las palabras de que el escritor se sirve sobre las dificultades que oponen a las empresas los dueños de los teatros y sus innumerables dependientes, las encontramos en alto grado justas y bien dichas.

Pero llegamos aquí a un punto capital. No existe entre nosotros una literatura dramática. ¿Por qué no existe?

¿Cuál es el elemento esencial para la formación de una literatura dramática mexicana? El estímulo. ¿Y a quién le toca estimular? Al público ante todo, después al gobierno. Vamos a explicarnos.

No me meteré a investigar por qué motivos el público mexicano no estimula ni con sus aplausos, ni con su presencia siquiera, los ensayos que se han hecho en la materia. Dicen que en otro tiempo no era así. Tal vez el articulista, que se nos antoja ha suspirado también a orillas de la fuente o en el rincón de una alcoba idilios llorosos y melancólicos, pueda decirnos algo sobre ello. El hecho es que en el día, nadie, nadie hace caso de la literatura nacional bajo ningún aspecto. Y con razón los directores de compañías dramáticas, exceptuando quizá a Eduardo González,[3] esquivan el dar a la escena piezas de autores mexicanos. No le gustan al público. ¿Pero qué quiere entonces esta caprichosa entidad?

¿Quiere de jóvenes que ensayan sus fuerzas en ese género prodigiosamente difícil, sin esperar retribución, sino simplemente un poco de aliento, quiere exigir de sus primeros pasos, dramas gigantescos como *Hamlet*, o cuadros inmortales como *La vida es sueño*?

¿Y dónde estaría la lógica del escritor que reprochase a seis u ocho aficionados a las bellas letras el no dedicarse con *amore* al género dramático? ¿Cree el articulista, nuestro adversario, que la Belaval y el inteligentísimo Muñoz,[4] se rehusaron a representar piezas nacionales por un capricho suyo? Error. Ellos creyeron halagar así al público mexicano. Verdad tristísima, pero verdad.

¿Queréis que pongamos, señor escritor, la primera piedra de nuestra litera tura dramática? Pobre y humilde está puesta ya. Desdéñela enhorabuena nuestro adversario. Nosotros la respetamos, porque en esa primera piedra está grabado el nombre del poeta más generoso que haya pisado el suelo de dolor de nuestra patria, Rodríguez Galván, y los nombres no menos gloriosos de Calderón, Gorostiza y otros. Y como no creemos que en materia de dramaturgia nacional debemos concretarnos a la capital de la república, mencionaremos a los Vigil, a Isabel Prieto, la cantora del hogar sereno y de la conciencia pura, entre otras joyas literarias de Jalisco. En nuestra tierra natal, los dramas sobrios y profundos de Cisneros, los poéticos y ardientes ensayos de Aldana, entre una gran cantidad de nobles tentativas, marcan muy alto el nivel que ha alcanzado en Yucatán la corriente literaria, cuya fuente se identifica con una memoria por nosotros adorada, y que aún hoy y por entre innumerables obstáculos marcha más imponente a cada instante, bajo el decidido amparo de un gobierno lleno de inteligencia y de ardor juvenil por el bien y prosperidad del estado. Y lo que decimos de Jalisco y Yucatán, puede repetirse de la mayor parte de los otros estados.

Evidentemente se equivoca el escritor. No sólo existe la primera piedra, sino otra y otras, sino una columna que señala una etapa recorrida ya por la literatura dramática.

Pero si es del presente periodo del que quiere hablar nuestro adversario, dígnese recordar algunos esfuerzos, mezquinos por cierto, pero hechos con *amore*, por los señores Peredo, Cuéllar, Olavarría, Torroella, Gostkowski, y el que escribe estas líneas, y aun algunas tentativas para aclimatar entre nosotros la escuela realista, hija legítima de nuestro siglo, por medio de traducciones hechas por los señores Gonzaga Ortiz, Peredo y Baz M.

Todo ha sido infructuoso, se nos contestará. Búsquese entonces la causa, no en la apatía de los que el articulista llama bohemios, sino en la suprema indiferencia del público, confesada terminantemente en el escrito que contestamos; y luego, ¿quién ha dicho que en una capital en donde hay tanta ilustración, en donde a cada instante se nos regala con los desahogos anónimos de una censura acerba, que cinco o seis amigos amantes de lo bello, hemos de ser críticos, bardos antiguos, sacerdotes eslavos, Tirteos y Teócritos, dramaturgos, público, dinero, gobierno y quién sabe qué cosas más? Eso sería impertinente si no fuera risible. ¿Cuándo nos hemos creído el único círculo literario de la república? Otros muchos hay; ¿por qué el crítico no se dirige a ellos? Por la buena voluntad de herir constantemente, ya no digo reputaciones

literarias que en tal materia lo que nosotros dijéramos al crítico le convencería tanto como a nosotros lo que él nos contestase, sino herir algo que a nadie atañe, con alusiones muy sencillotas, es decir, pero poco caballerosas, y que nos callamos por respeto al público y a nosotros mismos.

Y díganos también nuestro entendido contrincante: ¿tiene noticia de que alguno de nosotros viva de sus rentas, para podernos entregar en cuerpo y alma a las musas? ¿Piensa el articulista señalar una pensión a los dramaturgos? ¿O ignora por ventura que el cultivo de las bellas letras tiene que ser en México asunto de ratos desocupados? Si no fuera así, extrañaríamos mucho que un hombre de innegable talento como lo es él, que posee un gran conocimiento de lenguas vi vas y muertas, y que es susceptible de épico entusiasmo, no nos hubiera regalado un drama social por el estibo de *Paul Forestier,* o una tragedia como la *Francesca* de pellico.

El drama, dice el autor de *Aurora Leigh* (Elizabeth Barrett), es como un trono en que se sientan por turno los reyes del corazón humano; en México los tales tronos, cuando no están vacíos están aislados; por toda guardia de honor tienen a los músicos de la orquesta.

Si es un drama social, como no hay suficiente depravación en las costumbres, pálidos reflejos aún de las europeas, el autor necesita recurrir a la hipérbole; tiene que exagerar el colorido de sus cuadros, de donde brotan episodios por el estilo de los de una *Piedad*[5] que por ahí anda, en donde domina lo que [el] autor llama: el lirismo del vicio; si es una comedia, tiene que imitar precisamente las españolas; o si se quiere mezclar a ellas un poco de salsa del país, ¡cuidado con el público de las noches! Decidíos, por último, a contar en dramas la epopeya de nuestros abuelos, de los heroicos aborígenes (?) de nuestras montañas, nuestros bosques y nuestros vergeles. Devanaos los sesos para hacer de cada indígena un Garcerán;[6] haced, a riesgo de parecer inverosímiles hasta no más, haced hablar y moverse a esa noble raza envilecida por la servidumbre y por la ignorancia, que ha visto pasar ante ella doce generaciones de opresores, silenciosa e inmóvil; dad el color local a vuestras composiciones... y el teatro, estallando en una carcajada homérica, os mandará a todos los diablos, a vosotros y a los heroicos aborígenes de nuestras montañas.

Todo lo que hemos dicho puede reasumirse en pocas palabras. ¿El teatro tiene público suficiente? No. La corta cantidad de personas que a él asiste, ¿gusta de las producciones nacionales?, ¿las alienta siquiera? No, sino al contrario, bosteza con las comedias, se indigna con los dramas, y... ¡oh!, patria, atranca tus oídos... se ríe de los dramas tomados a nuestra grandiosa epopeya nacional.

Agréguese la incuria irremediable del gobierno, cuya intervención nos re pugna en casi todo, pero que en materia de artes irrecompensables en México, tiene la obligación de hacerlo; y se tendrá este total: estímulo, ninguno.

Y preguntad ahora por qué no existe una literatura dramática nacional.

Pasando a otras cosas, y a riesgo de cansar a nuestros lectores, se nos permitirá hacer algunas reflexiones sobre el resto del artículo que contestamos.

Divágase el autor en meras personalidades, asestando sus dardos envenenados, ya contra las deliciosas *Humoradas* del señor Gostkowski, sobre las que el público ha pronunciado su veredicto acogiéndolas con avidez; ya contra el señor Olavarría, desconociendo el carácter de su estudio sobre *Álgebra del corazón*, en el que toma esta muy débil comedia como un simple motivo para la exposición y desarrollo de sus ideas sobre la materia, y que nosotros hemos tenido el honor de combatir en las columnas de *El Siglo XIX*; delízase en todo esto, no sé qué vapor impuro de malevolencia personal, quién sabe qué recuerdo de rencillas individuales, que apenas se disfrazan bajo una afectada frialdad; recordamos involuntariamente al leer estos párrafos, ciertas palabras de que se sirve nuestro crítico: cosas hay que no debían ser pronunciadas, por temor de que el que las dice se mordiese la lengua.

Ocúpase luego de la señorita María Servín,[7] figura inmaculada en los anales de la escena mexicana, a quien como actriz aplaudirán siempre los amantes del talento, y como mujer, seguirá por dondequiera el profundo respeto de las personas honradas; y a continuación (a propósito de la decadencia de nuestra literatura, y hablando de sus causas) estampa estas líneas: “Por una parte nuestra pereza tropical, y por otra nuestra ligereza, y por fin, la política, ¡la política!, vorágine terrible que ha devorado ya a más de dos de nuestros genios y de nuestras esperanzas.”

¿Qué entenderá por política nuestro adversario? Si con esa palabra quiere significar el deseo de medrar arrastrándose por el fango movedizo de la intriga; el ponerse del lado de quien tenga el poder, no por convicción, sino porque el porvenir tome así un dorado aspecto, porque se entrevea, *verbi gratia*, en lontananza, una curul coronada por una bolsa de oro y se desee subir a ella aun cuando los escalones sean la dignidad y la conciencia... Entonces el articulista es un impostor. Porque esta política está muy por debajo de nuestro orgullo y de nuestro desprecio; el fango no sube, preciso es bajarse a él, y todavía somos jóvenes para que no nos cueste trabajo inclinarnos. Llevamos los pobres bohemios nuestros errores y nuestras esperanzas con la frente altísima, al nivel de la de los hombres de bien.

¿O acaso entenderá por esa palabra que le horripila los intereses sagrados de nuestra patria?

Entonces tiene mucha razón; tenemos la firme decisión de poner nuestro grano de arena en el arco de triunfo que marque en México la llegada definitiva del progreso y de la libertad. Y será o no será vorágine, nosotros nos dejaremos arrastrar a ella si con nuestros cuerpos podemos, colmando el abismo, allanar el camino a la santa idea de la regeneración social de la república. Y los que pudiendo no lo hicieren por el temor de la figura poética del articulista, ésos no cumplen con su deber.

No cumplen con su deber, si como prosadores no siembran en el virgen y hermoso campo de nuestra historia, la fecunda simiente de la libertad; si como poetas no cantan, no ya la magnífica epopeya de los heroicos aborígenes de nuestras montañas, que ni el articulista ni nosotros sabemos quiénes fueron, sino las tradiciones inmortales de nuestras luchas, de la

guerra de la insurgencia, de la santa contienda civil que produjo la Reforma, de ese épico ayer que se llama la segunda independencia. Cantad, poetas, no la danza habanera, ni en versos más o menos armoniosos, los viles refinamientos de una lascivia platónica, de que se hace alarde nada más que por el prurito de pasar por libertino; cantad al amor, pero al amor sublime del alma; y cantad la historia política de nuestra patria, aun cuando vuestros himnos os marquen un puesto en uno de los partidos en que se divide nuestra sociedad. Dejad que estalle vuestro corazón, sin cuidaros de imitar, al contar al pueblo las sagradas leyendas de su nacimiento y desarrollo, ni la cobardía franca de Horacio, ni la servil dulzura de Virgilio, ni las miedosas adulaciones del cantor de Reynaldo; no, imitad, aun cuando os digan que ésa es literatura extranjera, a Quintana, ese Tirteo de la España de 1810; a olmedo, el cantor de la libertad americana; a Hugo, el poeta redentor de la injusticias sociales; así formaréis, así estáis formando bellas páginas a la literatura nacional.

Y como lo poco o lo mucho que sepáis debéis compartirlo con los que ignoran, llevad vuestra lira, es decir, vuestra alma, a dondequiera que el pueblo os reclame, a dondequiera que la libertad peligre; así seréis dignos de esta patria que enamora por sus desgracias a los corazones juveniles, y que necesita no sólo himnos de admiración, sino del trabajo y de la abnegación de todos los que la amen. Esto es lo que nosotros diríamos a los escritores; nosotros que esperamos en Dios no haremos desdecir nuestras acciones, de esta vieja divisa adoptada por nosotros: *Habenti parum, egenti cuncta*.

[*] *El Mensajero*, México, 28 de enero de 1871, p. 2.

[1] Jules Janin (1804-1874), crítico literario francés. “Fígaro”, seudónimo del escritor español Mariano José de Larra (1809-1837).

[2] Apareció en *El Mensajero*, el 21 de enero de 1871, firmado por Simón D. García. [N. del E.]

[3] Actor y director español cuya compañía dramática se presentó en el Teatro Nacional de México en diciembre de 1869. Representó, entre otras piezas de autores mexicanos, *Piedad*, de Justo Sierra, en 1870.

[4] Pilar Belaval y Antonio Muñoz, actores de la compañía de Eduardo González, y en 1870 organizadores de una nueva compañía dramática.

[5] *Piedad*, título de un drama en tres actos escrito por Justo Sierra en 1865 y representado en 1870.

[6] Nuño Garcerán, personaje de la leyenda del duque de Rivas, *La azucena milagrosa*.

[7] María de Jesús Servín, dama joven mexicana que formó parte de la compañía de Eduardo González.

“MARÍA”

(Impresiones de un libro de Jorge Isaacs)[*]

A Ignacio M. Altamirano

Nosotros amamos mucho los libros a que debemos algunos minutos de sentimiento y de lágrimas. Es tan difícil llorar en este tiempo; tan raro es sentir... los hombres siempre han llorado poco; ahora nunca tienen esa debilidad... las mujeres lloran todavía, pero movidas por el despecho o por el miedo... el llanto del sentimiento ha pasado para siempre... la mujer ha muerto... sólo quedan la señora y la señorita.

Quizá la impresión que ha hecho en el mundo hispanoamericano el libro admirable de Jorge Isaacs proviene de los recuerdos que hemos sentido removerse en nuestro interior frente a aquella mágica aparición de mejores días; hay en el desierto de nuestros corazones, perdidas allá en la sombra, las ruinas sagradas de un templo, del santuario inmaculado de nuestras ilusiones, en donde ardía, lámpara purísima, el culto del sentimiento. La lámpara se apagó con el aleteo del ave nocturna que se cierne sobre nosotros en nuestros días felices; de la lechuza agorera que cortaba el gorjeo amoroso de María y de Efraín con su graznido fúnebre... Cayó el templo en ruinas. A ese templo nos ha encaminado el autor; junto a esas ruinas evocó a su ángel.

No, poeta, nunca ha cruzado esa ave por entre vuestras frentes ruborizadas por la pasión; ese punto negro que revolotea en el libro desde la aurora de oro que baña sus primeras páginas, no estaba fuera de ti; el ave siniestra anidaba en tu cerebro, se alimentaba con tu propia sangre y roía sin piedad tu corazón... Esa ave se levantó de vuestras dos almas, y vosotras, pobres amantes, la llamasteis “presentimiento”... ¡ay, no!, era la duda.

¿Creísteis, por ventura, en la felicidad?

El pájaro sepulcral que enturbia con su sombra la limpidez de aquel cielo es el punto por el que “entangenta” con la tierra el amor sublime de María y de Efraín; las dos almas hermanas bajan con esas alas negras al suelo sin flores de su siglo, al hogar sin fe de sus contemporáneos. En el fondo, muy en el fondo, son esos dos niños algo más cruel que dos supersticiosos, son dos escépticos. Para los que han leído esas memorias dolorosas, parecerá esto una paradoja, pero no es así, por desgracia.

Ninguno de los dos amantes esperó seguro las horas sagradas en que el cielo bendice el amor, y la sociedad unge la frente de los esposos para prepararlos al sacerdocio augusto de la familia; ninguno de los dos creyó en el porvenir. La enfermedad de María, y luego, no sé qué vago convencimiento de que la suprema ventura les estaba negada por el destino, domina en todo el libro; desde las primeras sonrisas, se entrevén las primeras lágrimas.

Cuando las horas terribles llegaron, cuando la tumba se cerró sobre el cadáver de María, entonces es en vano buscar en el libro el versículo de Job: “El Señor me la dio, el señor me la quitó; bendito sea su nombre”. No, después de aquellas lágrimas, de aquel último adiós, no hay nada más que la “pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrece la noche”.

Nuestro siglo no posee el mismo fatalismo que la antigüedad; el *fatus* griego tuvo un platillo de la balanza para Agamenón y otro para Ulises. Debió, el uno, encontrar el puñal en la mano de Clitemnestra; el otro, el amor en los castos labios de Penélope. Entonces podía el hombre virtuoso esperar la felicidad: hoy no; hoy, el mundo está entero en el lado de la balanza que inclina al dolor; el otro platillo se ha perdido en lo desconocido; por eso es cada vez más aceptado como lema de nuestro tiempo, el “comamos y bebamos, pues mañana hemos de morir”. Luchar con el destino, reír de Dios hasta donde se pueda; ésta es la divisa de la época, transitoria felizmente, que vamos atravesando.

Sin este signo característico, la novela de Isaacs no pertenecería a la centuria presente. Nos separa con dulzura de nuestro mundo convencional, para mostrarnos en las fronteras de la civilización a la naturaleza admirable con su pompa americana, en las quiebras pintorescas del Cauca; vigorosa y sin doblez en el labrador de las montañas; dulce y buena en las mujeres; soñadora y apasionada en María, melancólica y ardiente en Efraín... Sin la forma moderna, este libro nos remonta a las leyendas primitivas, cuando no se había infiltrado veneno en la sangre de los hombres, cuando todavía se amaba, cuando se lloraba todavía...

El libro está compuesto de los dos elementos más poéticos de la vida huma na: el amor y la muerte. Es un cuento sencillo, es un idilio campestre, en que las lágrimas y las flores se derraman profusamente; nada ha producido la literatura americana de más suave y delicioso. Todos los personajes que rodean a los dos protagonistas son tipos de bondad y de virtud. No hay un solo “mal corazón” en aquel templo de amor. Mefistófeles no se atrevería a parecerse a tanta gente honrada; por eso toma la figura de una ave fúnebre; sus sonrisas son graznidos en medio de tanto gorjeo, de tanta melodía, de tanta luz...

Dos niños, dos corazones bañados por esos efluvios misteriosos que activan todas nuestras facultades, por esas brisas del cielo que abren la corola del alma a la absorción del infinito, que concentran en un minuto de amor todo el fuego, toda la vida que bastaría a la existencia entera de otros seres, que hacen de dos pasiones un solo grano de incienso y lo evaporan en perfumes y lo desvanecen en la inmensidad... He aquí todo el libro.

La sombra de una separación inevitable primero, de la enfermedad de María después, mezclan un tinte de inefable melancolía a los tonos cálidos de aquella aurora americana... Y en medio de tanta tristeza, de tanta alegría, el diálogo constante de los dos enamorados continúa resbalando por los pintorescos episodios de la obra, como el arroyo cristalino que baja de lirio en lirio las accidentadas pendientes de los andes. Llega el momento terrible; nada se dicen los dos amantes...

¡Las almas que se aman no tienen olvido,
no tienen ausencia, no tienen adiós...!

ha dicho nuestro primer poeta erótico Manuel Flores;[1] el momento de la partida pasó en el silencio y en el llanto... ¿Qué murmuraban aquellos dos corazones? Shakespeare lo ha dicho:

JULIETA. ¿Ya vas a partir? Pero el día está lejos aún. Tu oído inquieto creyó escuchar a la alondra matinal; era el ruiseñor que cantaba. Todas las noches viene a cantar bajo mi balcón; se oculta en el follaje de aquel granado. Créeme, amor mío, era el ruiseñor.

ROMEO. No, era la alondra, la mensajera del alba; la alondra y no el ruiseñor. ¿Ves, amor mío, esas llamas celosas que desgarran las nubes; esas bandas de fuego que surcan el horizonte oriental? La noche apaga sus últimas antorchas, y la risueña aurora se alza de puntillas en la cima nebulosa de las montañas. Es preciso, o dejarte y vivir, o quedarme y morir.

JULIETA. No, esa claridad no es la claridad del día, yo lo sé bien; es algún meteoro, una luz que exhala el sol y que lo anuncia. Quédate, ¡ah!, quédate; ¿por qué partir tan pronto...?

ROMEO. Me quedo. Que me sorprendan y me maten; tú lo ordenas, soy feliz. No, esa luz opalina no es la primer mirada del sol: es la luna cuya pálida frente proyecta a lo lejos sus oblicuos rayos. No es la alondra la que allá en lo alto, sobre nuestras cabezas, hiere con sus notas vibrantes la bóveda del cielo. Me quedo y soy feliz; ¡iba a partir tan triste! Ven, muerte, y sé la bienvenida; Julieta te llama. Alma mía, conversemos aún... el día no ha llegado.

JULIETA. Llegó ya... helo, helo aquí. Vete, parte, déjame, huye, huye pronto. Esos ásperos acentos son el canto de la alondra. Ella nos arroja. ¡Oh!, ¡quién ha podido decir que su voz era dulce y sus notas encantadoras! Esa voz odiosa nos separa; desata nuestros brazos enlazados, toca la hora del alba y te arranca de mi seno. Vete, ¡oh!, vete. De minuto en minuto se aclara el cielo.

ROMEO. De instante en instante se oscurece mi destino.

JULIETA (*abriendo el balcón*). Balcón, ábrete. Penetra, luz del día; y tú, déjame, luz de mi vida.

ROMEO. Adiós, adiós (*tendiendo la mano a Julieta*); un beso todavía, un beso nada más, y bajo... (*La besa y desciende.*)

JULIETA. ¡Cómo puedes abandonarme así, oh mi amor, mi dueño, mi amigo! ¡Necesito saber de ti a toda hora, porque cada hora de tu ausencia es más larga que un día! ¡Ay!, cómo habré envejecido, cómo habré envejecido cuando vuelva a ver a mi Romeo.

ROMEO. Adiós, amor mío; no perderé ocasión de enviarte nuevas de tu fiel amigo.

JULIETA. ¿Crees que nos volveremos a ver?

ROMEO. ¡Oh!, no lo dudes; ¡y qué felices seremos hablando de nuestras desventuras pasadas!

JULIETA. ¡Dios mío, Dios mío, tengo en el alma un presentimiento fatal! ¡Ahora que estás al pie de este balcón, me pareces un cadáver en el fondo de una tumba! ¿Me engañarán mis ojos? Me pareces pálido.

ROMEO. Amada mía, tú me pareces también muy pálida. El pesar quema la sangre y agota la vida. Adiós, adiós.

JULIETA. ¡Oh!, fortuna, fortuna —exclamaba la dulce esposa de Romeo—, todos hablan de tu volubilidad. ¿Por qué, pues, ocuparte de mi Romeo, que es la constancia misma? ¡Oh!, sé inconstante para devolvérmelo; no lo guardes largo tiempo; envíamele otra vez.[2]

Mientras María repetía en su alma las palabras de Julieta, Efraín depositó sobre su frente el primero, el último beso; ella, sacudiendo estremecida la cabeza, hizo ondular los bucles de su cabellera, y escondiendo en el pecho de su amante su faz bañada en lágrimas, extendió uno de su brazos para señalar el altar...

Pocos meses después, María había muerto esperando a su romeo... el canto había sido cortado por una cadencia fúnebre. El libro de Isaacs es un dúo corea do por la poesía ignorada del Nuevo Mundo, por la voz de las grandes florestas, por las salvajes armonías del Dagua bordado de selvas profundas, rumorosas y sombrías, por la risa perlada de las cascadas aljofarando los ásperos picos de la sierra, por el rugido del jaguar herido y el canto apacible del ave de las montañas, por los sones melancólicos del bambuco y la greguería de los loros cruzando bajo el cristal azul de los cielos como un jirón de cachemira arrebatado por los vientos... por el misterioso romanticismo de las noches americanas llenas de ecos vagos y fugaces, impregnadas de música sin nombre, de melodías sin notas...

Y aquel idilio brotó y creció como la mata de azucenas sembrada por María en una tierra fértil, regado por el sudor de los padres y de los hijos, cuyos hogares alegraba el canto y la charla del pimpollo del esclavo al caer la tarde, cuando los pastores recogen el ganado y las sombras bajan al valle desde la cresta de los montes, y el cielo se ruboriza con los últimos besos del sol... ¡Oh! ¡Bendito el amor que nace y se conserva puro en el regazo de la familia, hijo de los campos consagrados por la santa poesía del trabajo, que engendra las afecciones castas y la serenidad de la conciencia!

Cuando se cierra la última hoja del libro sudamericano, después de un largo rato de tristeza y de lágrimas, ¿será cierto?, se pregunta a sí misma nuestra alma. ¿Será cierto que se puede querer así? ¿Conque el amor existe todavía? ¿Conque esta misma mujer que acepta en nuestras ciudades con tal descaro un papel miserable en la comedia humana, es capaz de sentimiento y de pureza? ¿Psiquis no abandona aún la tierra? ¡Quién sabe! María (el nombre más poético en el lengua je humano), María es quizá la última mujer, la última digna de

encarnar el ideal de un poeta, el último corazón; y ésa su historia, que parece un suspiro en medio de un himno, es la oración fúnebre del amor sin impureza y sin cálculo.

Para nosotros, ¡ay!, hijos de nuestros siglo, presidiarios de la civilización actual, ese libro es un consuelo. Feliz el que así amó y así fue amado; después de eso, se tiene el derecho de creer en el cielo.

Todos debemos colocar una corona funeraria en esa tumba; allí descansa el vástago postrero de nuestros sueños de poeta. ¿Quién no tiene una María muerta en su corazón? De hoy más, el ideal sólo existe en la mansión celeste... otro ideal quizá...

Para los que luchamos por no perder la fe en la mujer; para los que batallamos sin tregua por conservar en nuestra alma la sombra siquiera de una ilusión; los que contagiados por la enfermedad de nuestra época, quisiéramos arrancar ese cáncer que va invadiendo nuestra existencia, y creer y amar con el corazón entero, porque cuando se empieza por dudar del amor, se acaba por dudar de todo lo que es generoso y grande, idea o sentimiento..., nosotros saludamos el libro de Isaacs como un faro en la tormenta... Ese libro nos ha sorprendido: pe regrino en medio del mar de libros infiltrados de materialismo y de corrupción que invade los pueblos modernos, ese hijo de la América virgen nos habla de fe, de esperanza y de amor... Si el faro sólo fuera un fuego fatuo que vaga sobre las olas y se desvanece, si sólo fuera el producto de una imaginación romántica, se ría una decepción muy amarga... Pera no: detrás de tanto sentimiento y de tanto dolor, debe existir una triste verdad: la solitaria tumba que guardan celosas las azucenas del Cauca.

* *El Domingo*, México, 1871, t. I, pp. 127-129; *El Federalista*, México, 29 de mayo de 1871, p. 1.

[1] Manuel M. Flores (1840-1885). Los versos citados, con algunas variantes aquí corregidas, son los finales del poema "adiós".

[2] *Romeo y Julieta*, acto III, escena V.

LA GUILLOTINA Y MARÍA ANTONIETA*

Al barón Gostkowski[1]

Nadie como tú, querido amigo, conoce esa época amable y funesta que precedió a la gran catástrofe, al gran triunfo. Cuando Luis XV desapareció, cuando detrás del ataúd salió por la gran puerta de Versalles la Du Barry (cuyo nombre de familia era una indecente abreviatura, Becu), sólo quedó la nueva reina, la encantadora delfina del día anterior.

La pobre mujer había olvidado los presagios. Había nacido el 2 de noviembre (fiesta de los muertos) de 1755, el día del terremoto espantoso de Lisboa. Los quirománticos, únicas personas a quienes se creía en aquellos días de risueña incredulidad, se habían puesto pálidos al ver las líneas de su mano archiducal; la historia sangrienta de Medea había rodeado su primer lecho francés, y la amable niña no había podido entrar a parís la noche en que se celebraba su himeneo, porque la diversión se había convertido en una catástrofe horrible.

Había olvidado los presagios y llevaba alegremente su extraña viudedad, que desconcertaba los planes de María teresa, la insaciable, y que luego reparó con tanto amor y tanta bonhomía el desgraciado Luis XVI.

Michelet dice que María Antonieta fue un *fléau*, una plaga, para la Francia. Las publicaciones recientes de M. Feuillet de Conches,[2] la correspondencia, llena de revelaciones, del conde Mercy D'argenteau, el embajador-policía de María Teresa, no han podido desmentir el terrible juicio del gran historiador.

En ella queda demostrado que María Antonieta fue educada para ser reina de Francia, en todas las pequeñas miserias del refinamiento de la sociedad francesa. Por lo demás, la pobre niña era una ignorante. María Teresa era su guía, es cierto, pero para hacer de ella un instrumento del Austria; para esto, la ex amiga de la Pompadour, no vacilaba en combatir la noble repugnancia de la delfina por la Du Barry y pretendía sujetarla en todo a su Mercy d'Argenteau.

Y cuando no obedecía a su Austria, obedecía su pasión por la Polignac, que tenía a su lado un ejército de ávidos y sacrificaba a Luis XVI, que despedía llorando al único hombre que hubiera podido colocar a la monarquía al frente de la revolución, a Turgot, y que reemplazaba luego al hábil Necker con Calonne, es decir, al crédito con la bancarrota, a la virtud con la prodigalidad desenfrenada, con el *déficit* en que debía hundirse el prestigio de la corona y el honor del rey Vulcano, como llamaba María Antonieta a su esposo, por su afición al oficio de herrero.

Tiempo hace, amigo mío, que tú te ocupas de este estudio; tiempo hace que nos has mostrado la fisonomía original de este tiempo enfermizo, inolvidable para un polaco, fecha

maldita del desmembramiento de la patria, banquete de iniquidad en que entre un emperador bárbaro y un rey filósofo, se sentó la buena María teresa, la devota, la que recomendaba a su hija como su primer deber, que hiciese todas las mañanas su plegaria a la Virgen, especial protectora de la casa de Austria. ¡Estas oraciones impidieron sin duda a la Virgen proteger a la católica Polonia!

Anteayer, en *Le Trait d'Union*,[3] después de pintar a grandes rasgos la sociedad que precedió a la revolución, nos reprochas las palabras finales de un artículo de fantasía sobre la infortunada María Antonieta.[4] Crees ver en ellas la justificación de la muerte de aquella mujer. No hay, por cierto, nada de eso en la intención del autor. Es una conclusión provocada por un hecho materialmente exacto: la presencia en la plaza de la revolución de la estatua de la libertad.

Después de María Antonieta, hubo una reina en Francia, La guillotina. Nosotros rechazamos a las dos, a la una en nombre de la suprema legitimidad de la República, a la otra en nombre de la inviolabilidad de la vida humana. El cadalso de la revolución es cruel inmolando a María Antonieta; es inútil inmolando a la Du Barry; es odioso inmolando a André Chénier; es injusto inmolando a *madame* Roland; es infame inmolando a Vergniaud; es imbécil inmolando a Danton; es cobarde inmolando a Robespierre.

Y, sin embargo, recórrase esta lista de nombres prominentes en el inmenso catálogo del terror, y se encontrará a la cortesana sacrificada por el desprecio público, al poeta por la ignorancia de la multitud, a *madame* Roland, a Vergniaud, a Danton, por la inflexible utopía de Robespierre; a éste por el miedo de los hombres corrompidos; sólo María Antonieta, sólo ella, sube al cadalso acompañada del odio del pueblo.

Porque era la cabeza expiatoria sobre la cual se habían acumulado propios y ajenos delitos. Entremos al pueblo, mezclémonos a sus dolores, a su ignorancia, a su ceguedad, a su pasión, y, digámoslo también, digámoslo muy alto, a sus virtudes; volvamos la vista a su pasado, sintamos su hambre, lloremos sus lágrimas, percibamos la inmensa falta de aire que el régimen antiguo había hecho en su derredor, recordemos la sangre y el deshonor que costó a la Francia su alianza con el Austria, simbolizada en María Antonieta; contemos los millones en que el sudor del pueblo se ha convertido para la Polignac y sus favoritos, registremos el tesoro exhausto de Calonne y las orgías inmensas de la corte, busquemos en el fondo de esas cifras y encontraremos la agonía del pueblo.

Y después, cuando el país recobra la conciencia de su fuerza, cuando la Corte se declara impotente con la despedida de Turgot, incorregible con la expulsión de Necker, cuando el pueblo se decide a salvarse a sí mismo y comienza a pensar con la cabeza de Sleyes, a tronar con la palabra de Mirabeau, a luchar con la espada de La Fayette, veamos la resistencia, la ligereza, la conspiración sorda pero evidente en Versalles y la contrarrevolución convertida en un dogma religioso.

¿No es esto bastante? Pues mirad la coalición de los reyes avanzando sobre París, la

Revolución amenazada de asfixia en su cuna, el extranjero entregando al incendio los campos de la patria, las familias desmembradas; el hijo, el padre, el hermano marchando a la frontera; el hogar sin fuego y la traición hirviendo en el corazón de la República... y todo eso hecho por el sobrino de la austriaca, provocado por la emigración, esperando en el extranjero... bebamos el soplo eléctrico de la ira popular... y... digamos ante Dios y ante los hombres, ¿no hubiéramos sentenciado a muerte a la reina?

La guillotina es injustificable, es indisculpable, pero se explica... se explica, a pesar de la repugnancia con que pronunciamos esta palabra. No renegaremos, pues, de nuestros padres, y si algo constituye la gloria de la gran Revolución, es la de tener el mundo moderno el derecho de llamarse hijo suyo.

Y esto, a pesar de la guillotina, a pesar de nuestras lágrimas. Al par de la obra de muerte se operaba entonces la obra de eterna vida, la obra de la renovación de las sociedades.

No es fácil juzgar esta época, porque corre uno el riesgo de apasionarse o de querer aplicar teorías absolutas a tiempos críticos y tempestuosos. La estatua de la libertad no puede mancharse, no se ha manchado nunca, con la sangre vertida en el cadalso; siquiera sea la sangre de una madre infortunada; la libertad sobrevive a todos los extravíos que se cometen en su nombre. Y allí estaba, querido amigo, allí estaba en la plaza de la Revolución. De los alrededores de ese cadalso partían, cantando la carmañola, los hombres que habían de derramar por el mundo la savia inagotable de la libertad humana.

[*] *El Federalista*, México, 2 de febrero de 1875, p. 1.

[1] Gustavo Gosdawa de Gostkowski, escritor de origen polaco, radicado en México.

[2] Felix Sebastien Feuillet de Conches (1798-1887), historiador francés que publicó las correspondencias de Luis XVI y de María Antonieta.

[3] Periódico francés, fundado en 1862, que se publicaba en México.

[4] Se refiere a María Antonieta, que forma parte de los *Cuentos románticos* de Sierra.

JORGE SAND*

El último paquete nos ha traído una noticia bien triste para todos los amantes de la literatura: Jorge Sand ha muerto.

Aún bajo la dolorosa impresión que este suceso ha producido en nuestro ánimo, no nos es posible dar más que una pequeña noticia biográfica del gran escritor, que figura en primer término en la historia literaria de este siglo. Dentro de algunos días publicaremos su biografía en toda forma.

Amantina Lucila Aurora Dupin, conocida más tarde bajo el seudónimo de Jorge Sand, nacida en París en 1804, descendía por su linaje paterno de Mauricio de Sajonia, hijo natural de Augusto II, rey de Polonia, y de Aurora de Koenigsmark. Su abuela, hija natural del mariscal de Sajonia y viuda del conde de Horn, casó en segundas nupcias con M. Dupin de Francueil, receptor general.

Su padre, Mauricio Dupin, de quien existen algunas cartas encantadoras que ella publicó en su *Historia de mi vida,* se distinguió en la época de la República y el Imperio, y murió en 1808, dejándola de cuatro años de edad.

Aurora Dupin fue educada en el castillo de Nohant, en el Berry, por su abuela *madame* Dupin, señora nutrida en las ideas del siglo XVIII.

Sus primeros recuerdos indican en ella una rara disposición para salir de los senderos trillados de la vida real, y lanzarse a los mundos imaginarios. Muy niña aún, inventaba historias que nunca tenían fin. La gran ocupación de su primera juventud fue una gran novela que nunca llegó a publicar, y cuyo héroe, mitad pagano y mitad cristiano, era el confidente y el ideal de sus ensueños. Estudiaba con placer la historia, porque le presentaba un campo vastísimo para creaciones poéticas y juicios entusiastas. Viviendo en el campo, adoraba la poesía de las escenas campestres, y jugando con los hijos de los campesinos se forjaba ideas de igualdad perfecta y comunidad absoluta.

Los disgustos entre su abuela y su madre, que se disputaban su cariño, la decidieron a refugiarse en el convento de las agustinas inglesas, en el cual permaneció tres años, de 1817 a 1820.

Allí la siguieron las costumbres que en Nohant había contraído y la necesidad invencible de meditar, hasta un día en que, habiendo entrado por casualidad a la capilla, al arrodillarse, pensando en la conversión de san Agustín, oyó también las famosas palabras: *tolle, lege*. La lectura del Evangelio la enajenó, concibió una ardiente devoción y quiso hacerse religiosa.

Un poco más tranquilizada, organizó un pequeño teatro en el convento y divirtió a la comunidad poniendo en escena algunos recuerdos de Molière.

Al volver a Nohant, en 1820, continuó su vida de movimiento físico y de trabajo interno, recorriendo el campo a caballo, entregada a sus meditaciones.

El genio del cristianismo, que correspondía a los instintos de su juventud ardiente y poética, destruyó en su ánimo los efectos producidos por la *Imitación de Cristo*.

Leyó a Mably, cuya moderación le disgustó; se apasionó por Leibnitz, que le dio una gran idea de la ciencia; pero Juan Jacobo tuvo sobre ella una influencia decisiva.

El *Emilio*, la *Profesión de fe del vicario saboyano*, las *Cartas de la montaña*, *El contrato social* y los *Discursos* la sedujeron; Juan Jacobo fue el punto en donde sus trabajos intelectuales se detuvieron, siendo para ella el verdadero político y el verdadero cristiano. Un disgusto con su confesor puso fin a sus prácticas religiosas.

Entretanto, su alma cambiaba también. Los moralistas le habían quitado ya las ilusiones de la vida, y la melancolía de René no tardó en apoderarse de ella.

Byron la conmovió y Shakespeare la conquistó por completo. *El misántropo* había llegado a ser su código; acusaba a la sociedad de todo el mal que agobia a los hombres, y el desencanto la inspiró el pensamiento del suicidio, al grado de arrojarse un día a caballo en un foso profundo.

El carácter irritable y áspero de su madre, con quien vivía desde la muerte de *madame* Dupin, la decidió a casarse en 1822 con M. Dudevant, hijo de un antiguo oficial, barón del imperio, de quien tuvo un hijo y una hija.

A consecuencia de una serie de disgustos con su marido, fue a vivir a París en 1831, sola con su hija, y con la intención de escribir para cubrir sus necesidades. Trató de hacer traducciones y retratos, pintó flores y pájaros para adornar cajas de rapé y fabricó cigarreras de madera de Spa. Pero deseaba algo más. Para poder andar con libertad por parís y asistir a los teatros, volvió a tomar el traje de hombre que había usado en su niñez. Kératry, a quien fue presentada, le dijo que una mujer no debía escribir; Balzac no prestó gran atención a sus proyectos literarios; pero Delatouche, su compatriota, la acogió favorablemente y la hizo colaborar en *El Fígaro*; mas este género de trabajo le era muy difícil, y perdía en él su tiempo sin ganar nada.

Entonces compuso su primera novela, *Rosa y Blanca*, en colaboración con Julio Sandeau, a quien Delatouche hizo tomar el nombre de Julio Sand. *Indiana*, que debía escribir en compañía de un amigo, apareció poco después escrita enteramente por ella, en 1832, y Delatouche, para conservar en parte el seudónimo que apareció en la primera novela, fabricó al autor el nombre de Jorge Sand, que ella conservó después.

En seguida vieron la luz pública *Valentina* y *Lelia*, escrita esta última bajo la impresión causada por las matanzas de Varsovia, el levantamiento de parís y los estragos del cólera.

En aquel tiempo (1833), visitó la Italia en compañía de Alfredo de Musset, volviendo en 1834 encantada de Venecia. Escribió sus impresiones en varias novelas, particularmente en las *Cartas de un viajero*, *Jacobo*, *Andrés*, *León Leoni* y *Simón*. Esta última fue publicada en

1836. En el año anterior había conocido en el Berry al abogado Michel (de Bourges), a quien designa con el nombre de Evrard y quien le predicó el republicanismo, la unidad de la verdad social y religiosa, y la trastornó al mismo tiempo con su exageración de ideas. La impresión que le causó Lamennais fue más profunda.

En 1836, su situación con su marido empeoró. Una sentencia judicial decretó la separación y le confió la educación de sus hijos. Mas Dudevant apeló y después se desistió.

En el mismo año visitó la suiza, perdió a su madre y conoció a Federico Chopin, con quien pasó ocho años y en cuya compañía hizo, en 1838, un viaje a Mallorca que describió más tarde.

De 1833 a 1838 dio a la *Revue des Deux Mondes: El secretario íntimo, Lavinia, Metela, Matea, La marquesa, Mauprat, La última Aldini, y otras varias.*

Después de la publicación de *Paulina*, en 1841, se disgustó con el director de la *Revue* y se separó del periódico.

Hasta esta época, ninguna de sus novelas revela una influencia extraña dominante; algunas son obras de arte nada más; otras plantean cuestiones que su experiencia personal le había sugerido. La influencia de Lamennais se vio clara en las *Cartas a Marcia*, publicadas en *Le Monde*, que el autor de las *Palabras de un creyente* había fundado. Toda la obra respira una dulce resignación cristiana.

La influencia de Pierre Leroux es visible en *Spiridion* y en *Las siete cuerdas de la lira*, obras mixtas de imaginación y de filosofía, cuyo fondo es la creencia en el progreso, la necesidad de restablecer en el alma la armonía de todas las facultades, rota por los sistemas, y la vuelta de las almas a la tierra en cuerpos diferentes. Esta misma inspiración persiste en *Consuelo*, que al principio no anunciaba más que una bella obra de estética musical, y en *La condesa de Rudolstadt*, continuación de la obra precedente. Estas dos novelas, o más bien, estas dos partes incoherentes de una misma novela, aparecieron con *Horacio*, de 1842 a 1843, en la *Revue Indépendante*, fundada por Pierre Leroux. El vivo sentimiento de la música que se nota en *Consuelo*, recuerda la influencia de Chopin. Las aspiraciones socialistas de Michel (de Bourges), mezcladas en *La condesa de Rudolstadt* con una fantasmagoría mística, se encuentran siempre más a menos alteradas en *Le compagnon du tour de France, Le meunier d'Angibault* y *Le péché de M. Antoine*.

Juana, obra de 1844, anunciaba su vuelta a un arte más desinteresado y puro. El movimiento iniciado continúa, de 1846 a 1850, en diferentes publicaciones: *Isidora, Teverino, Piccinino, Lucrezia, Floriano, François le champi, La mare au diable*, obra maestra de sencillez rústica, *Mont Revêche* y *La filleule*.

Un gran acontecimiento político, la revolución de febrero y la proclamación de la República, había venido a agitar la vida y el pensamiento del autor.

Se arrojó ardientemente en el movimiento; escribió la introducción a los boletines de *La República* y dos *Cartas al pueblo*, y fundó un periódico hebdomadario, *La causa del pueblo*.

Sin embargo, Jorge Sand no había renunciado al arte; había adquirido un gusto nuevo, el gusto por la composición dramática. Su primera pieza *Cosima o el odio en el amor,* drama en cinco actos, no tuvo buen éxito; pero *François le champi* y *Claudia* fueron representados en 1851 en el Odeón con grande aplauso. Más tarde dio al teatro *Les vacances de Pandolphe, Le démon du foyer*, *Molière*, *Le pressoir*, *Flaminio*, *Mauprat* y *Françoise*, que fueron bien acogidos, pero nunca como el resto de sus obras. Su talento reflexivo fue siempre más apto para la concepción tranquila de un libro que para la rapidez de la escena.

Sin embargo, el éxito del *Marqués de Villemer*, en 1864, fue inmenso. Más tarde compuso, en colaboración, *Le drac*, drama fantástico, *Les beaux messieurs de bois doré, Le pavé, Les Don Juan du village, Le lis du Japon*, *Cadio* y *L'autre*, gran drama, criticado como inmortal.

En 1854 publicó en *La Presse* su *Historie de mavie*, memorias que en lugar de picantes revelaciones y de anécdotas escandalosas, no contienen más que la historia del desarrollo íntimo y filosófico de su pensamiento.

El talento de Jorge Sand es incontestable. No todas sus obras son de igual mérito; varias de ellas encierran teorías filosóficas y discusiones sociales; la conclusión de algunas es muy precipitada, y hay en ellas personajes demasiado abstractos; pero hay obras que le valdrán una reputación imperecedera.

Ha tenido un don particular de observación interior para seguir los progresos de la pasión; una imaginación poderosa que crea todo un mundo lleno de misterioso encanto; una inspiración espiritualista, y mística a veces; un sentimiento profundo de la naturaleza y el arte, de la música particularmente; y en fin, un estilo puro, fuerte, brillante y armonioso. Todas estas cualidades hacen que sea uno de los primeros escritores de nuestra época.

En cuanto a sus doctrinas, haciendo abstracción de todas aquellas que tan elocuentemente ha interpretado, se encuentran condensadas en este pasaje de la *Historie de mavie*:

> Mi religión no ha variado jamás en cuanto al fondo; las formas del pasado se han desvanecido, tanto para mí, como para mi siglo, a la luz de la reflexión; pero la doctrina eterna de los creyentes, el Dios bueno, el alma inmortal y las esperan zas de la otra vida, he aquí lo que ha resistido a todo examen, a toda discusión, y aun a ciertos intervalos de duda desesperada.

[*] *El Federalista*, México, 29 de junio de 1876, p. 2.

LITERATURA FRANCESA

Las conferencias de M. Lejeune[*]

I

EL TEATRO

He formado parte del escaso público que ha respondido al llamamiento de M. Lejeune, y no me arrepiento de ello. Debo a la vasta erudición literaria, a la palabra llena de color y de calor del distinguido "conferencista", algunos momentos de reflexión, algunas ideas nuevas, y ese placer exquisito y refinado que se siente en confrontar nuestras impresiones propias con las de un hombre de talento y de gusto, en cuestiones de arte y de literatura. El género que M. Lejeune pretende aclimatar aquí es ciertamente encantador, pero lleno de peligros como todas las cosas encantadoras; el orador y el público se dejan arrastrar un tanto por la especie de embriaguez que causa al espíritu el paso rapidísimo de una multitud de cuadros de bosquejos, de líneas, magistralmente trazados algunos e iluminados todos por la luz de bengala, de los rasgos *d'esprit* que llegan y pasan ante los ojos, sin detenerse; corriendo siempre, alados, arrebatados por la marcha casi eléctrica de la improvisación presurosa y febril del que necesita decir muchas cosas en pocos minutos. Hay momentos en que quisieran orador y oyentes detenerse un poco, comprobar un juicio, recortarlo menos, quitarle cierto carácter absoluto que lo hace parecer injusto; pero es imposible: la *causerie va son train* sembrando de vencidos su camino, vistiendo a éste con la púrpura rápidamente o fusilando a aquél a orillas del camino casi sin formación de causa... y adelante, adelante, adelante.

Por ejemplo, si hablando del teatro se declara que Alejandro Dumas, hijo, no es un dramaturgo, sino un predicador que "dialoga" sermones intolerables o "monóloga" prefacios fastidiosos; que tiene algo en sus dramas del antropofagismo y del candor de sus bisabuelos de la costa de Guinea; que es un *faux nègre* (un negro de pega), podemos asegurar que en la conciencia del que tal cosa dice debe haber una buena cantidad de circunstancias atenuantes, de "peros", de "aunques", de "sin embargos", que tienen su interés porque hacen de un juicio sumario un juicio equitativo, pero en los que no puede detenerse un conversador que busca la apreciación enérgica, concisa y de efecto, para fijarla con fuerza en el ánimo del que oye y poder pasar sin transición a otro tema.

Otra cosa no desorienta a cuantos no vamos arrastrados por la corriente vertiginosa de la vida literaria francesa cuyo *malstrom* es París, y esa cosa que nos cuesta trabajo definir está expresada por estas simples palabras, breves y contundentes, como un pronóstico de muerte en boca del médico: "Eso ya no se lee, eso es intolerable", y sucede que nosotros, arrinconados

en una pequeña provincia del mundo intelectual, frecuentemente leemos todavía y todavía toleramos lo que en la capital de ese mundo está ya abandonado y empolvado. Mas, nos preguntamos tímidamente: ¿tal obra o tal autor no es leído ya ni tolerado en virtud de un capricho de la moda, o porque determinado adelanto intelectual o estético es incompatible con esta obra o aquel autor? En suma, ¿constituyen un progreso las ciento y tantas representaciones de *Nana* y las pocas de *La princesa de Bagdad*, o las cuarenta ediciones de *Pot Bouille* y las dos o tres que alcanzan las novelas de Cherbuliez o de Theuriet?[1] Ésa es la cuestión. Tal vez aquí, a donde llegan debilitados por la distancia los ecos de la gran batalla que allá se libra, en donde apenas conocemos los productos notables de la infernal fecundidad de la literatura contemporánea, estemos mejor situados para juzgar con más serenidad, para fijar mayor tiempo nuestras predilecciones, para razonarlas más imparcialmente.

No disimulamos al señor Lejeune que su apreciación magistral, pero cruel, de la obra de Dumas, hijo, no conquistó un asentimento unánime ni mucho me nos, entre sus oyentes. Las pequeñas miserias que han revelado en estos días al gran público ciertos lados repulsivos del carácter de Dumas segundo, ¿no habrán contribuido a exaltar la sangrienta ironía con que lo ha combatido M. Lejeune, y que tiene todos los caracteres de un odio literario? Los fundamentos de la opinión del conferencista están tomados de ciertos vicios inherentes al autor, idiosincráticos capitales de su sistema.

Dumas es, respecto de algunos de sus personajes —dice M. Lejeune—, sobre todo de ciertas mujeres por él creadas, un perseguidor tenaz, implacable, despiadado (¿será esto fisiológico —añade espiritualmente el conferencista—, será un fenómeno de atavismo en el nieto de los antropófagos de las costas de guinea?). No (puede contestar el creador de Margarita Gautier), es que cuando se tiene un sistema preconcebido, es preciso triturar bajo sus ruedas a dos o tres personajes, y esto es lo que hago yo. De aquí proviene la singularidad que registraba M. Lejeune respecto de la baronesa d'Ange, esa bribona protagonista del *Demimonde*, que el autor persigue hasta hacerla simpática, valiéndose de ciertos hombres de bien a cual más repulsivo. Un crítico francés ha dicho: el *Demimonde* data de una época en que la mujer galante, entre nosotros, estaba tan completamente fuera de la ley, del honor, de la humanidad, que la ley, el honor y la humanidad, no solamente no la obligaban, sino que tampoco obligaban a los otros a nada respecto de ella, y que los hombres honrados, precisamente porque lo eran, se creían dispensados de ser honrados con ella.

Pues bien, en el *Demimonde* hay un drama, porque Susana d'Ange no es un símbolo, no es una abstracción representada por un personaje que se mueve como un títere en manos del autor: es una mujer viva, humana, real; es un carácter, y cuando el dramista logra reproducir un carácter verdadero en cualquiera de sus obras ha cumplido su misión, el objeto del arte se ha realizado.

No sucede así con algunas otras de las creaciones de Dumas, con el duque de Septmonts, en *La extranjera*, por ejemplo; también este *vibrion*, este ser espontáneamente malo y

corruptor, perseguido con inquina terrible por Dumas, llega a ser simpático como la baronesa d'Ange, porque la severidad del castigo provoca la compasión, y el drama se presenta como drama, es decir, es humano por el lado contrario a aquel en que lo buscaba el autor.

Y aquí toca el conferencista la verdadera explicación de los defectos, cada día más salientes, de la obra de Dumas. Para él, el teatro es una escuela de costumbres, es una cátedra de moral. M. Lejeune ha dicho bien, combatiendo esta teoría, que el teatro debe proponerse divertir (nosotros diremos interesar) y no moralizar. Que la moral brote de las entrañas mismas del drama o comedia está bien, pero que se crea que el objeto del arte dramático es reformar las costumbres y hacer mejores a los hombres es un error. El arte va tras lo bello, no tras lo bueno; el dramista debe contentarse con buscar en el espectador la emoción, eso es lo bello en el teatro. Suscribimos a esta doctrina estética, sin reserva; es la nuestra, es la de la escuela moderna.

Pero es necesario hacer con este motivo una advertencia: que el teatro no tenga por objeto moralizar no quiere decir que la emoción moral debe estar excluida de los objetos de la literatura dramática; la lucha del bien y del mal, el eterno dualismo de la vida, ¿no están en el fondo de toda lucha humana, de la batalla exterior, lo mismo que de la íntima, más sombría y más trágica que ninguna? ¿Y éste no es el elemento principal de toda obra dramática? ¿Un drama es otra cosa que un episodio del combate eterno? Sea el drama moral o inmoral, siempre es la misma cuestión resuelta en un sentido o en otro. Shakespeare no ha hecho dramas morales ni inmorales, nos dice M. Lejeune. ¿Está bien seguro de ello? ¿Quién podría demostrar que *Hamlet*, *Macbeth*, *Ricardo III*, *El rey Lear*, no eran tragedias morales? Es forzoso que cuando la materia prima de una obra es la acción humana, se confronte esta acción con las reglas a que se someten o contra las que se rebelan, pues estas reglas son la moral.

El defecto de los últimos dramas de Alejandro Dumas es que, con el objeto de hacer dramas penetrados de una moral medio mística y medio sensualista que le es propia, se propone tesis de moral paradójica, alambicada, compuesta de buena copia de elementos disímbolos, artificial por ende, y que se propone en sus dramas predicar esta tesis y razonar sobre ellas. Resulta que la acción queda subordinada al discurso, y que no se verifica sino para demostrarlo. Partiendo de esta base falsa, los dramas resultan inhumanos, porque los personajes son las ideas de la tesis o sus objeciones disfrazadas de hombres o mujeres. Todo se mueve, por tanto, en un mundo de convención, y el objeto del arte ha sido abandonado.

Lo singular es que en esto, Dumas obra con perfecto conocimiento de causa; tiene un sistema y lo sigue voluntariamente; su maravilloso talento no desconoce la fuerza de ninguna objeción; pero él busca otra cosa, se mete a explorar terrenos nuevos, y si no descubre un nuevo mundo para el arte dramático, sí marcará la ruta que habrán de seguir los que vengan en pos de él.

Dudar, no decimos del talento, sino de la integridad, del vigor de las facultades dramáticas de Dumas es, en nuestro concepto, un error que no ha querido evitar M. Lejeune. En *La*

princesa Georges, en *La extranjera*, en *La princesa de Bagdad*, al través de la niebla del sistema, y en el fondo de la paradoja y de lo convencional, se descubre la mano poderosa que escribió la *Dama de las camelias*, del *Demimonde* y de *Un padre pródigo*: la misma destreza, el mismo acento, idéntica audacia en la exploración del corazón humano.

Pero dejemos a Dumas y sus prefacios fastidiosos, según M. Lejeune (a nosotros nos encantan), y pasemos a los novelistas. El conferencista terminó su primer ensayo hablándonos de Meilhac y de su obra capital *Froufrou*. Razón tuvo en alabar esta delicada pieza, en que se nos revela un estado particular de alma, producto "quintaesencial" de una cultura refinada y un tanto morbosa. Nosotros no le haremos más que una pequeña pregunta: ¿por qué atribuyó toda la gloria de haber hecho *Froufrou* a Halévy, el constante colaborador de Meilhac?[2] a ambos se debe el drama, y no sé cómo podría disputarse el mérito de haber puesto una buena parte de la emoción exquisita y profunda que campea en la pieza, al autor del *Abate Constantino*,[3] que ha hecho en el mundo literario, asqueado ya por la nauseabunda psicología de *Nana* y *Pot Bouille*, la impresión que un ramillete de flores nuevas al salir de un laboratorio en que se preparase el ácido sulfhídrico.

II

La novela francesa contemporánea. Idealistas y realistas

Si fue un poco mortificante para nuestra pequeña vanidad patriótica, el corto interés que las personas cultas de la capital manifestaron por la primera conferencia de M. Lejeune, a esa pena se agregó la causada por la creencia formal de que dichas personas se privaban de un refinado placer, dejando pasar inadvertida la segunda conferencia, que fue, en nuestro sentir, muy superior a la primera.

Y tenemos el pesar de que nuestras ocupaciones nos hayan impedido hasta hoy dar cuenta de la amable y chispeante conversación del joven literato francés, en que la enseñanza va envuelta entre flores de delicado perfume; mas como nos hemos impuesto la tarea de comunicar a nuestro espiritual amigo con el público mexicano, aprovechamos para continuarla los primeros momentos de vagar que se nos presentan, pues preferimos pasar por morosos que por poco cumplidos.

Manteniéndose en el género familiar que ha escogido para exponer sus ideas literarias, M. Lejeune tiene el arte de saber callar en materia de preámbulos generales, y viene en pocas palabras al grano. En la velada a que nos referimos pasó una revista, a trazos perdidos, de la novela en Francia, bajando velozmente de *madame* La Fayette a Le Sage, al abate Prévost; entrando en el siglo XIX sin detenerse en Chateaubriand, y haciendo brevísima referencia a los grandes novelistas del romanticismo; de esta época a la nuestra, M. Lejeune encuentra una

doble corriente: la del idealismo y la del realismo literarios. La primera tiene su encarnación típica en Jorge Sand, en Balzac la segunda. De estos dos escritores de genio derivan todos los novelistas franceses contemporáneos. Por ser la nove la genuina expresión literaria de nuestro tiempo, las producciones de esta clase abundan tanto y tantos son los autores distinguidos que en ella han adquirido fama, que apenas haciendo una severa selección pueden decirse algunas palabras respecto de media docena de ellos.

En conceptos gráficos, apreció M. Lejeune a los grandes representantes de la pléyade de los idealistas: a Sandeau, a Feval,[4] ayer novelista de "capa y espada", hoy defensor del jesuitismo, sin que por esto pueda decirse que su talento haya menguado —restos ambos de la generación literaria que brilló en el segundo periodo del romanticismo—; y después de ellos se fijó algunos momentos en Cherbuliez, cuyas heroínas son siempre virtuosas, dice M. Lejeune; en Octavio Feuillet, Droz, Erckmann-Chatrian, About y Theuriet,[5] de cuyas obras se escapa siempre un fresco y vivaz aroma de naturaleza rústica, de árboles, de cosechas, de vendimias, que acaba por producir una suerte de dulce embriaguez.

... Leur odeur
Où je ne sais quel prière amoureux se mélange,
Flotte dans l'air ainsi qu'un souffle avantcoureur
Des ivresses de la vendange.

Mas encarnan, sin embargo, el gusto de nuestro tiempo los representantes de la escuela realista, hoy naturalista, que por Balzac, Stendhal, Goncourt, ha llegado a Flaubert, Daudet y Zola. Fueron estos autores, mejor dicho, fueron los dos primeros de estos últimos, objeto principal del estudio del conferencista, y como era natural, se detuvo más tiempo en Flaubert, que con justicia calificó de superior en algunas partes de su obra a Balzac mismo.

La conferencia terminó por una apreciación cruel de Zola, apreciación que no tendríamos inconveniente en suscribir si hubiera sido menos somera y si al lado de los defectos se nos hubieran mostrado las cualidades del escritor. Poco competentes somos para emitir un juicio sobre Zola; de él sólo conocemos *Le Ventre de Paris*, *La Curée* y *L'Assommoir*, que nos parece una gran novela, presupuesto el género, y no hemos tenido ni tiempo ni curiosidad para leer en forma *Nana* y *Pot Bouille*. De veras que si no fuera la obligación que hemos contraído, cederíamos aquí la pluma, entre nuestros compañeros, a Bulnes,[6] que como ninguno en México, puede hablar de Balzac; o a Hammeken,[7] que conoce admirablemente a Stendhal, a Flaubert y a Zola; al Duque Job, a quien es Daudet tan íntimo.

Nuestro amigo Lejeune nos excusará, si aún esta vez nos atrevemos a presentarle algunas observaciones sobre puntos que le son por extremo familiares, que ha estudiado tanto y que expone con tanta autoridad como gracia. De esta temeridad él mismo tiene la culpa, bien lo sabe; puesto que, estimulados por él, nos metemos en un terreno donde todas las ventajas están

de su parte. Pero es tarde ya para arrepentirse.

Inútil es decir que, respecto de muchos de los juicios, no demostrados sino sentenciados, permítasenos la frase, y sentenciados sin considerandos, del ilustra do conferencista, hacemos idénticas reservas a las que cuando se trató del teatro hicimos: son apreciaciones demasiado concisas para no ser injustas en parte; no hay en ellas matices ni atenuaciones, y esto es grave, tratándose de obras infinita mente complejas como son las novelas de los maestros contemporáneos. Pero no sólo en los juicios, algunas veces tampoco con la exposición de los hechos podemos conformarnos; decir, por ejemplo, como para mostrar en Cherbuliez su poco sentimiento de la realidad, que todas sus heroínas son virtuosas, es inexacto; la heroína de *La aventura de Sadilas Bolski* y *Meta Holdenis* no son ciertamente virtuosas; y precisamente son esas dos novelas, en nuestro sentir, las mejores de Cherbuliez.

Pero dejemos los detalles y vamos a lo esencial de la cuestión. Y ante todo, ¿por qué esa división de idealistas y realistas? No negamos que estas dos palabras correspondan a cosas distintas, aunque quizá no convendría aplicar a las producciones literarias denominaciones que en filosofía tienen acepciones diversas de las que en este caso se les atribuyen; acaso las palabras subjetivo y objetivo se acomodarían mejor a la idea que M. Lejeune quiso expresar. Dejar hablar las cosas sin intervención del juicio ni de la emoción del autor, pintar una alma sin juzgarla, tratar el mal y el bien no como una virtud o un vicio sino como simples fenómenos psicológicos, describir la pasión sin pasión, esforzarse en hacer el papel de fonógrafos inteligentes pero desinteresados, retratar la naturaleza interior y exterior al hombre con la precisión y frialdad de una máquina; suprimir en la observación eso de sí mismo que ponen los hombres en todo lo que comprenden, y que corresponde en el mundo moral a lo que los astrónomos llaman en el mundo físico “la ecuación personal”; copiar y no interpretar; en suma, reemplazar la pintura con la fotografía, he aquí lo que se llama realismo; lo que, ciertamente, es objetividad pura.

Vienen de aquí esas exageraciones de “estilismo” que hacía notar con tanto talento y penetración M. Lejeune, en la obra de Flaubert y de Daudet. La necesidad de buscar el vocablo que represente con mayor exactitud el objeto; de causar con la disposición de la frase, hasta con el sonido de las palabras a veces, una sensación idéntica a la producida por la realidad; el sistema de huir de todo epíteto, que acuse una intervención del sentimiento del autor en lo que relata; de suprimir, en lo posible, los adjetivos, las ideas generales, todo lo que signifique, lo repetimos, una sustitución del espíritu del escritor a la realidad, son derivaciones naturales de la tendencia exclusivamente objetivista que domina en la literatura contemporánea, en los poetas lo mismo que en los novelistas, en Leconte de Lisle lo mismo que en Flaubert, y acabamos de escribir los dos nombres más grandes del periodo posromántico de la literatura francesa.

Cuando en una obra literaria predomina el sentimiento del autor; cuando en el drama o la novela se apasiona por sus personajes, creados unos con amor, con odio los otros; cuando

entre el lector y el asunto se interpone sin cesar el espíritu del autor, entonces la obra [es] subjetiva, y de aquí fluyen fatalmente estas con secuencias: las personas no se mueven por sí mismas sino por los sentimientos del dramista o del novelista; los objetos, los hechos, en fin, la realidad exterior, subordinada a una realidad interior, que desde el momento que saliendo de los límites del espíritu del que hace la obra tiende a mostrarse en la naturaleza moral o material, lo falsea todo, lo convierte todo en accesorios de una sola personalidad que no está en la obra, sino detrás de la obra, y así se entra de lleno en el mundo de la ficción y de lo convencional.

Cierto que si el alma del autor está llena de esas misteriosas tinieblas, más allá de las cuales se entrevén horizontes inmensos cuando las ilumina con sus relámpagos el genio, el espectáculo es soberbio, no es dado al hombre contemplar otro igual ni en los cielos ni en la tierra; en este caso la obra subjetiva se cierne por encima de la objetiva como el cóndor por encima de la riscosa montaña; tal es la distancia que existe entre el *Manfredo* y el *Fausto*, que son, sin duda, con la *Leyenda de los siglos*, las obras capitales de la poesía en nuestro siglo.

El vicio de esta cualidad consiste en hacer perder la proporción a las cosas; en trocar la naturaleza en abstracción, en símbolo; en extraer la realidad de la creación entera para absorberla y concentrarla en un alma y convertir el drama infinito del universo en un monólogo perenne. Un mundo de belleza queda así, perdido en la sombra, y sobre esa sombra flota el espíritu del hombre, como el soplo de Iavéh sobre las aguas del abismo. Espléndido panorama debe presentar la tierra al ojo del cóndor perdido en el éter; pero desde esa altura no se puede adivinar más que la armonía del conjunto; la belleza del detalle, el color de esta flor, el canto de aquel cenzontle, los diamantes de este riachuelo, la mirada de aquella mujer, están velados, están perdidos, el cóndor no los ve.

Cierto que descendiendo de tal altura, a par de la fase hermosa de la realidad, su fase repugnante se presenta; junto al perfume el cieno, el gemido junto al cantar y junto al amor el dolor; mas de todo eso se compone la sensibilidad humana; por eso las obras subjetivas arrebatan, producen el entusiasmo, que es la forma sensual de la aspiración del hombre a lo desconocido, mientras las obras objetivas hieren las fibras íntimas del corazón, conmueven en el más profundo [sentido] de la palabra.

La causa de que prefiramos la denominación “subjetivo” y “objetivo”, a las de “idealista” y “realista”, es que todos los grandes idealistas han sido realistas, y cuando los realistas no han sido idealistas o éstos no han tenido el sentimiento de la realidad, no han producido verdaderas obras de arte, éstas han sido incompletas; búsqueseme un gran nombre en los anales de la poesía y si sus obras no van marcadas con este doble sello de idealidad y realidad, retiramos nuestras afirmaciones. El siglo XVI nos presenta dos de esos nombres que alcanzan colosales proporciones: Shakespeare y Miguel de Cervantes; ¿son realistas o idealistas? Viniendo a los ejemplos antes citados, ¿quién puede decir que *Fausto*, obra objetivista por excelencia, no sea idealista también? ¿Margarita, Elena, no son como ideas

encarnadas? Sin dejar de expresar ambas realidades poderosas, ¿no es un poema cristiano, no es un símbolo pagano la otra? El *Manfredo* de Byron, tipo del poema subjetivo (ver Taine, *Litérature anglaise*, vol. IV), ¿nada tiene de real? Las inquietudes trágicas de Byron ante el problema del destino, encarnadas en esa obra sublime, ¿no eran una realidad? Sí, por cierto; un siglo de poesía ha brotado de esa realidad: de Byron acá todos los poetas han sentido vibrar en las cuerdas de sus arpas un eco de aquella melancolía soberana.

Pero todo esto es natural, ¿una idea no es una realidad? La diferencia consiste en que mientras que el idealismo de los subjetivistas va de su espíritu al mundo exterior, de éste parte hacia el espíritu el ideal de los objetivistas.

Y lo repetimos: no hay obra de arte sin un ideal, sin la manifestación de un carácter esencial. Vamos a explicar desde este punto de vista las obras de algunos autores contemporáneos, Flaubert, Daudet y Zola, principalmente. De paso presentaremos a nuestro amigo Lejeune a algunos desconocidos para él, tan interesantes, quizá, como los antes mencionados, al menos para nosotros, puesto que escriben en español.[8]

[*] *La Libertad*, México, 22 de agosto y 12 de septiembre de 1882, p. 2.

[1] *Nana* y *Pot Boville* son obras de Émile Zola. *La princesa de Bagdad* es el título de una pieza teatral de Dumas, hijo. Victor Cherbuliez (1829-1899) y André Theuriet (1833-1907), novelistas franceses.

[2] Henry Meilhac (1831-1897) y Ludovic Halévy (1834-1908), autores franceses de operetas y comedias.

[3] novela de Halévy.

[4] Jules Sandeau (1811-1883) y Paul Feval (1817-1887), novelistas franceses.

[5] Octave Feuillet (1821-1890), Gustave Droz (1832-1895), Emile Erckmann (1822-1899), Alexandre Chatrian (1826-1890) y Edmon About (1828-1885), novelistas franceses.

[6] Francisco Bulnes (1847-1924), historiador y sociólogo mexicano.

[7] Jorge Hammeken y Mexía (?-1884), periodista mexicano.

[8] Justo Sierra no escribió los comentarios que anuncia en este pasaje.

EL MAESTRO ALTAMIRANO[*1]

Señores don Enrique Fernández Granados, don Alberto Michel, don Luis González Obregón y don Antonio de la Peña y Reyes.

Agosto 4 de 1889

Queridos amigos:

Bastante pena hubiera sentido, quizás hubiera tildado de olvido injusto, que a una manifestación en honor de Altamirano, sus jóvenes discípulos de hoy no hubiesen pensado en asociar a un discípulo de toda la vida. Agradezco a ustedes, agradezco al Liceo su amable invitación. Por supuesto que a este agradecimiento va aparejada la firme resolución, tomada *a priori*, lo confieso, de no concurrir personalmente a esta expresiva fiesta que es, ¡ay!, una despedida de la familia literaria del maestro. ¿Cómo conciliar estos sentimientos? Voy haciéndolo, como ustedes ven. Empezaré por explicarlos.

Bajo esta mi montañosa apariencia, escondo una cantidad enorme de nervios en mal estado, en estado patológico; quiero decir, aunque parezca broma, que soy un nervioso, un neurópata, probablemente. Por eso soy de los que no pueden decir "adiós". Es para mí un sufrimiento no sólo moral, sino físico.

Soy, además, un supersticioso. El señor Altamirano lo es también, aunque creo que no lo confiesa. Más aún; él, entre otras cosas buenas, que por supuesto no aprendí, me enseñó esta mala: ser supersticioso, la que sí aprendí inmediatamente por la sencilla razón de que ya la sabía; fui supersticioso porque ya lo era. Y ésta, me lo temo, es incurable enfermedad. La ignorancia, madre tenebrosa de la superstición, según el gran cliché puesto en moda por los filósofos del siglo pasado y sus hijos los revolucionarios franceses, y sus nietos los revolucionarios mexicanos, la ignorancia llega a ser una especie de odio intelectual para el espíritu que percibe su contraste con la luz; pero la superstición de que hablo, hija más o menos natural del sentimiento, no huye de la luz, sino que la limita en la reconditez misteriosa del corazón, allí donde se siente el incontestable y angustioso anhelo de que, por no sé cuál prodigio, resulte que lo que se nos propina como única verdad, sea mentira, y de que al fin sólo sean ciertas (¡ay!, este fin no llega nunca) algunas caras e intangibles quimeras, sedimento hereditario de veinte generaciones de creyentes y alucinados, que se deposita en lo más irreductible de nuestro ser, haciéndonos adorar secretamente todo lo que es ilusión y ensueño. ¡Ensueño, ilusión! Una vibración que viene de la profundidad de la noche, y que articula en

nuestro oído un nombre con una voz que creímos no volver a escuchar nunca es una alucinación, sin duda; ¿la creencia en el destino, que nos figuramos como una pupila de sombra que nos atisba desde la inmensidad, en la buena estrella que es la luz de esa mirada, en la mala suerte que es su noche, son otra cosa que insanias? ¿Por qué nos encariñamos con ellas tan tenaz y silenciosamente? Porque detrás de esas microscópicas creencias que persisten, tiemblan como llamas batidas por el viento, otras, las grandes, que proclamamos perdidas; detrás de la voz nocturna está el deseo de la supervivencia del alma, y detrás de la sombra del destino está la necesidad inextinguible de algo que sea eternamente cierto y eternamente bueno... no le buscaré sinónimos, le llamaré Dios. ¡Ilusión, ensueño! ¿No es la realidad pura ilusión, según enseña la filosofía? ¿Por qué la ilusión pura no habría de ser una realidad?

Escribo esto de noche, una noche sin estrellas, no es extraño que me haya expuesto a perder mi centro de gravedad en las agrias cuestas de lo metafísico, y todo ello no es más que un largo circunloquio para paliar mi infinita cobardía ante un “adiós”.

¡Y luego los recuerdos que esta triste palabra evoca, las innumerables moléculas de amargura que componen una sola lágrima de despedida! No sé si para ustedes, pero para mí todo recuerdo es triste; no hay mayor dolor que el recuerdo, no sólo el *del tempo felice nella miseria*, sino todo recuerdo, en toda hora. El del tiempo feliz amarga, por pasado, y el del infortunio, porque si el tiempo hace al sufrimiento incierto, difundiéndolo en la corriente de la vida, en cambio lo hace más basto, hasta enlutarlo todo con él, hasta asombrarlo todo: yo creo que de aquí el pesimismo filosófico y literario de nuestra época.

¡Que si tendría para mis recuerdos un “adiós” a Altamirano! A tal punto, que no me atrevo a llamarlos sino sobrecogido de emoción; todos entreduermen hacinados en mi memoria; podría hacerlos desfilar a vuestra vista, dulces y tristes, alegres y trágicos, gloriosos y lúgubres, pero melancólicos todos... la procesión se os figuraría un entierro. Buscaré entre mis reliquias algunas que sólo a mí me entristezcan. Y perdonad el *yo*; notad que es el único pincel con que puedo esbozar ante vosotros una figura querida.

No cumplía catorce años, cuando por primera vez vi a Altamirano en la tribuna de la Cámara. Mediaba el año de 61 y, ¡oh!, fortuna singular, pronunciaba su discurso *pro corona*, digo, contra la ley de amnistía. La pequeña estatura agigantada por el ademán y el acento; la altivez de la frente bajo la negra melena lacia; el crispamiento irónico de la gran boca “suriana”; la inaudita expresión de odio, de desprecio, de soberbia que se condensaba en relámpagos en la mirada y en sonoridades vibrantes, calientes, extrañas en la voz, sin llegar al grito jamás, y, sobre todo, la palabra, la imagen, la idea, todo mesurado en medio de la pasión desbordante, todo artístico, correcto, rítmico, todo eso lo vi, lo oí, lo sentí por instinto; ahora es cuando me doy cuenta de ello, pero no lo olvido; semejantes espectáculos no se olvidan jamás.

Devoraba yo por aquellos días de fiebre en la sociedad y de fiebre en el alma, *Los girondinos* de Lamartine, la Biblia de los revolucionarios de quince años (aún el divino

forjador no concluía de martillar en su fragua *Los miserables*), y al oír aquel discurso y al ver a aquel hombre, el gran drama de la Convención vivió para mí con la vida intensa de la sangre y del espíritu; Camilo Desmoulins sin el balbuceo, por el arrebato y el sarcasmo; Vergniaud por el clasicismo del método oratorio, por la sobriedad y la seguridad de la cita histórica, por la espléndida vestidura de la metáfora, resucitaban a mis ojos en aquel orador de veintisiete años...

Vino después el gran paréntesis de la intervención. Así, en su conjunto, ese periodo aparece en mi memoria como un cuadro de Rembrandt. Una masa densa de sombra surcada por un rayo de luz que toca y hace resaltar, aquí mitras, palios y coronas maravillosas; allá placas de diamantes, tisús bordados de perlas, mantos de seda, espaldas desnudas, flores, música uniformes de todos los matices, plumas de todos los colores; y detrás mieses ondulantes de sables y bayonetas; y en el fondo, entre la luz y la sombra, el vertiginoso ir y venir de los airones rojos de las guerrillas por las vertientes de las sierras; y más allá, en plena sombra, la patria en agonía. Nosotros asistimos conmovidos, enardecidos y encantados, a aquella espléndida *mise en scène* de la tragedia imperial; lo que nos venía de allende aquella muralla de oro, de fierro y de sangre, producía en los colegios un efecto de aerolito lento trazando un surco de fuego en la negrura del espacio: un apotegma de Juárez, una carta de Lerdo, un estudio de Iglesias, un artículo de Ramírez, una oda de Prieto, un discurso de Altamirano, una canción de Riva Palacio, una proclama de Porfirio Díaz, eran acontecimientos inmensos en nuestra vida literaria. Novias, fiestas, novelas, códigos, todo se eclipsaba, para nosotros; la novia, la fiesta, el poema, la ley, estaban más allá del horizonte, allá donde despuntaba vaga y blanca la aurora de la resurrección.

¡Con qué emoción leíamos los versos de los poetas patriotas! Todos sabíamos de coro aquellos de Altamirano escritos en un álbum al partir en 63:

Señora, adiós: en los oscuros días
en que huyó de la patria la victoria,
una canción a mi laúd pedías.
Aquí dejo mi adiós...

Pero nada penetraba tanto en las fuentes mismas de nuestra emoción juvenil; nada hizo vibrar más en mí la fibra poética que comenzaba a exteriorizar en preludios apenas melodiosos, los anhelos del corazón; nada, digo, como la bellísima elegía “a Carmen”. La “María”, hecha después y que todos hemos querido imitar, es admirable por su grave melancolía; pero el canto a Carmen arranca de una más íntima palpitación de la vida y de la juventud heridas por un gran dolor; es más espontánea, más gallarda en medio de la tristeza y de la muerte; es la música de un grito de sufrimiento humano, tierno, sensual y apasionado como pocos. Carmen es la poesía más genuina, más expresivamente romántica que ha producido la literatura patria.

Cuando, después del triunfo de la República, conocí a Altamirano, estaba convaleciendo de una penosa enfermedad y de una campaña oposicionista contra las tendencias anticonstitucionales del gobierno de entonces; raras veces se han nutrido pasiones más vehementes con ideas más pensadas; ni en frases mejor armadas de todos los recursos del estilo se ha condensado más electricidad de ira y de desdén. Nosotros admirábamos los escritos, amábamos a los escritores, y un poco sorprendidos y desconcertados, procurábamos en vano caldear nuestra sangre con aquella implacable censura. Precisamente en los momentos en que dejaba Altamirano la pluma política y volvía todo su poderoso esfuerzo hacia el renacimiento literario que apuntaba, tuve el honor de serle presentado.

Ya saben ustedes cómo acoge a los muchachos, con qué alentadora caricia en la frase y en el consejo rápido y seguro, y en la paciencia, en la milagrosa paciencia con que sabe escuchar, sin desmentirse, los disparates, el Mississippi de disparates que durante treinta años ha corrido ante él. Como tiene el don de abrir horizontes y de encender vocaciones, yo quedé pasmado, al salir de aquella entrevista, de la confianza que en mí mismo había adquirido. Esto sí lo he perdido después, bajo mi palabra de honor; pero entonces tenía veinte años, hacía los versos que se hacen a esa temperatura, y tenía un miedo horroroso de romper el círculo estudiantil que me los aplaudía. Llamar sobre mis composiciones la atención de los maestros, era un sueño. Aquel tiempo era mucho más respetuoso que éste, y aquellos maestros eran nuestros númenes literarios.

Cuando venciendo mi timidez, que hacía sonreír a Altamirano, hablé con él, me sentí otro, y me detengo un momento en recordar este estado de mi ánimo, porque ha sido el de muchos de vosotros, amigos míos, en circunstancias análogas; estoy seguro de ello. Mi nombre trajo a su prodigiosa memoria el de mi padre, me habló de él, me entusiasmó, me cautivó, me hizo suyo... lo soy todavía. Al día siguiente me llevó a una "velada literaria" en la casa del señor Payno. ¿Qué hombres había allí? La nobleza, la alta nobleza de las letras patrias: prieto me llamó su hijo con olímpica ternura; Ramírez me dio un consejo o una broma; Payno brindó conmigo; Riva Palacio me habló del porvenir; Gonzaga Ortiz se informó de mis aficiones literarias en un tono un poco "marqués", es cierto, y portilla, nuestro siempre llorado don Anselmo de la Portilla, me comunicó instantáneamente su fervor por el ideal y por el arte. Y Altamirano, que era allí el niño mimado, me tomaba con ardor bajo sus auspicios, que cuando conté todo esto, exagerándolo un poco, a mis compañeros de colegio, les pareció que había yo crecido, y algunos me dijeron "adiós" como si nos fuéramos a separar para siempre. Era verdad; el claustro de la encarnación me ahogaba, las columnas del Vinio me parecían una montaña sobre mi pecho y huí rumbo a los versos, rumbo a la gloria, me decía confidencialmente a mí mismo; ¡ay!, era yo muy niño. Dos días después leí a Altamirano, por primera vez, unos versos (la "playera"). Me dijo lo que sentía, y para animarme me leyó su "María" y me pidió mi opinión; pasamos juntos muchas horas. Y aquella visita se repitió cuatro o cinco años día por día.

Larga, lenta comunión de ideas y de sentimientos que imprime carácter a la vida entera. Allí pude aquilatar lo que valía el hombre; desde antes sabía lo que el orador, el novelista y el poeta valían. No sé qué imbécil ha dicho que Altamirano solía aplastar a los polluelos que abrigaba bajo sus alas de águila. Yo sé bien, todos sabemos bien, que lo contrario es lo cierto. Por eso su influencia en la moderna literatura vernácula es superior a la de cualquiera otra personalidad; por eso ha penetrado tanto; por eso jamás se olvidará. El cariño, el entusiasmo, la adhesión que inspiraba, despertaban en él los mismos sentimientos. ¡Oh, cuánto, cuánto podría yo contar en este punto; cuánto nosotros todos!

Su afán supremo consistía en buscar, en desentrañar, en hacer venir a luz desde el fondo del espíritu del discípulo, una personalidad literaria más o menos poderosa; era un "partero de almas" como Sócrates.

Su enseñanza prodigada a manos llenas (oro regado, pero quizás no desperdiciado), ha sido colosal; nunca reglas, siempre ejemplos; los clásicos griegos, los latinos, los españoles, conocidos, comprendidos a fondo, eran la quilla, las velas y el timón de la nave en que nos ha conducido en un viaje perpetuo hacia lo ideal. La nave, ya lo veis, estaba hecha como la de los argonautas, con madera de las sagradas encinas de Zeus. Una curiosidad infinita, una sed inagotable de emoción literaria, lo empujaba hacia todos los horizontes, a abordar a todas las playas en que el verbo humano había sido informada por lo grande y lo bello.

Así han pasado veinte años de un diálogo asombroso. Viajar es su método; no hay región del pensamiento de donde no haya amarrado su barca; la flora ideal de las literaturas antiguas y modernas le han dado todos sus perfumes, le han mostrado todos sus colores, lo han visto pasar sobre sus cálices llenos de miel, seguido de un enjambre de almas zumbadoras, y si no ha tenido tiempo para analizar y disecar, sí lo ha visto, lo ha sentido y lo ha aspirado todo.

Un hombre así es un tipo único en nuestra historia literaria; un hombre que sabe mostrar el modelo y puede crearlo, que con la palabra da el ejemplo, que dice cómo se hacen los versos y los compone admirables, que enseña la elocuencia y es un gran orador, que deslinda las condiciones de la novela nacional y hace *Clemencia* y *El zarco*, no proyecta sobre un espíritu la luz y la sombra sin dejar en él huella indeleble, y el espíritu de que aquí se trata es el de dos generaciones de escritores mexicanos. ¿No es cierto, amigos míos, que cada uno de nosotros al componer algo, verso o prosa, nos hemos preguntado siempre: qué pensará Altamirano de esto?

Exhibir aquí los recuerdos íntimos de aquellos años de nuestra vida, contar sus peripecias, sus alegrías, sus dolores; hablar de aquel honrado hogar donde al derredor de un ardiente emancipado intelectual, de un apóstol de todas las independencias exceptuando la del corazón, crecía una buena y sencilla familia de adopción, por tantos de nosotros fraternalmente amada; hablar de Margarita, la serenidad inmaculada de un rincón de aquel cielo tempestuoso, de su devoción conyugal, de su entusiasmo risueño y sano por nuestras producciones juveniles, de su piedad por nuestras desventuras; de Margarita, figura dulce que pasa velada y pura por nuestra

memoria y que lleva en pos todas nuestras bendiciones; hablar de todo esto sería imposible; sería tropezar con demasiadas tumbas; sería evocar demasiadas sombras afligidas; abrir todas nuestras heridas; reconstruir el pasado lágrima por lágrima.

¡Maestro! Hacéis bien en usar de esta palabra, cuando de Altamirano se trata, porque ella encierra un concepto filial. Hacéis bien en apretaros aquí en su derredor como una sola familia, para decirle "buen viaje", haciendo votos secretos porque la nostalgia nos lo devuelva pronto; y todo con profunda emoción, pero sin presentimientos; el cariño que nos circunda en la vida, cuando es sincero y bueno como el vuestro, es el mejor de los presagios.

Y no concluiré sin aprovechar la forzosa solemnidad de esta entrevista, para dar ante nuestros contemporáneos, en vuestro nombre y en el mío, testimonio de que merece haber sido nuestro maestro el señor Altamirano, porque jamás hemos oído de sus labios una enseñanza que no haya sido de dignidad y de honor; porque jamás por culpa suya hemos abrigado una intención dañada en nuestro corazón; porque jamás por culpa suya hemos profanado el amor, ni desesperado de la justicia, de la libertad y de la patria, triple forma de una sola religión, la religión del deber.

Y al calce de estas palabras, puedo despedirme de él como solemos después de largos meses de no vernos, separarnos al fin de largas pláticas nocturnas por las calles desiertas:

—Buenas noches, hijo mío.

—Hasta luego, maestro.

[*] *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, 1889, t. II, pp. 161-167.

[1] Carta leída en la velada literaria que celebró el Liceo Mexicano. [N. del A.]

En uno de sus artículos más hermosos, "Un banquete al maestro Altamirano", Manuel Gutiérrez Nájera escribió estas palabras:

> Acabo de leer la carta que Justo Sierra dirigió al Liceo Mexicano, con motivo de este viaje... para mí imaginario. ¡Qué hermosa carta! ¡Se parece a la inteligencia y a la alma de Justo! ¡Qué llena de versos está esa prosa! ¡Cómo la robustecen la verdad y la sinceridad! ¡Cómo la calienta el sentimiento! ¡Así escriben los hombres honrados, cuando tienen genio! (No sé si genio es palabra castellana, en la acepción que aquí le doy. Justo ha de saberlo. Pero yo a él no le llamo ingenio, aunque me maten. Le diré en francés, o en inglés, o en lo que sea: Justo es un genio.)
>
> Manuel Gutiérrez Nájera, *Hojas sueltas*, Antigua Imprenta de Murguía, México, 1912, p. 7.

PRÓLOGO A LOS “VERSOS” DE LUIS G. URBINA*

¡Un prólogo, un prólogo más! ¿Hay quien todavía lea prólogos? Lo dudo; por lo menos no es temerario afirmar que están en mayor número los autores que los lectores de prólogos. Yo, que nunca me he hallado entre los últimos, he aspirado a no contarme jamás entre los primeros. Algunos prólogos he prometido, pero he tenido siempre la aparente mortificación y la satisfacción íntima de faltar sin remordimiento a estos compromisos. Afortunadamente, si los literatos pasábamos por poco formales, desde el advenimiento del Duque Job, el “poco” ha desaparecido; con esto ha hecho un bien inmenso a la especie entera el Duque; merece una estatua. Ya nadie cree en nuestras promesas. Cuántos de nosotros gracias a él hemos visto desaparecer de nuestro horizonte (sea así por siempre) las solicitudes de prólogos y los nombramientos de poetas en las fiestas cívicas. ¿Y los álbumes? ¿Se eclipsarán también los álbumes? Hágalo el cielo. Por desgracia, este espantoso género de tortura ha sobrevivido a la informalidad redentora de nuestro Job. Pero tengamos fe en nuestro amigo; si se necesita un esfuerzo supremo, él lo hará.

Y así se deslizaba mi vida, cuando Luis Urbina me pidió un prólogo para sus versos. Y ¡ay, esos versos me gustan tanto!; emana de ellos un fluido simpático tan penetrante, tan dulce, su autor guarda en el fondo de su decorativa y elegante melancolía de poeta de veinte años, una tristeza tan cierta, la que brota en los corazones delicados del roce persistente con el inartístico naturalismo de la vida, que me encontré perplejo. Y luego, la súplica era tan modesta, tan cordial, que tras encontrarme perplejo, no tuve valor para decir “no” inmediata mente... y ésta es la historia de este prólogo, que por fortuna sólo será leído por el poeta, uno que otro candoroso aficionado, y nada más; porque yo me propongo no leerlo. ¡Oh!, no.

Debe de haber un libro que se ocupe del *Arte de hacer prólogos*; debe de conocerlo Maximiliano Baz, que sabe de todos los libros que existen y van a existir; no he tenido tiempo de consultarle, y heme obligado a hacer solo mi receta. ¿De qué se compone un prólogo para un tomo de versos? Un elogio del poeta es la urdimbre, y la trama una profesión de fe o teoría estética más o menos traducida del alemán por conducto del francés, y apropiada al caso con mayor o menor arte. Esto es, ¿no es verdad? Pues bien, mi interesante y poco difícil descubrimiento me condujo a un abismo de irresolución. No encontraba (y al fin de estos mal peinados renglones, mis cuatro lectores abundarán en mi opinión), no encuentro camino que no revele demasiado a las claras mi natural torpeza para salir del zarzal en que me he metido. Primero, porque no necesito elogiar los versos de Urbina; es mejor leerlos. ¡Ay de los versos que no se elogian solos! Ésos no sobreviven a los prólogos amistosos. Y segundo, yo no tengo teorías estéticas: conozco las más, he comprendido las menos, y en la práctica las olvido todas

y me atengo a mis impresiones. ¿Qué hacer? Contar mis impresiones al través de los versos de Urbina; falta averiguar a quién diablos podrá interesar esto.

Luis Urbina es un poeta, ¿no es cierto?

Soy un ave caída en los inmundos
fangos del mal desde las altas frondas;
llevo en el alma abismos muy profundos
y tristezas muy hondas.
He bajado a las simas y mansiones
oscuras del dolor; desde temprano
contemplé las horribles convulsiones
del sufrimiento humano.
Voy por la senda del pesar eterno
sin amor, sin apoyo y sin auxilio;
no tengo como el Dante en este infierno
ni Beatriz ni Virgilio...

Quien ha escrito estas estrofas sabe sentir, sabe decir lo que siente.

¿Y qué cosa es un poeta?

Aventuremos una definición; será la única. Un poeta es aquel que por medio de la palabra, musicalmente dispuesta, sabe comunicar el placer de lo bello. No teman mis supuestos lectores; no voy a analizar el placer estético ni, con este motivo, a rehacer algunas de esas desacreditadas teorías "aprioristas" como las de Schelling o Hegel; ni a mostrar, con la escuela moderna, cómo el placer de lo bello se descompone en series de tendencias, de apetitos, de instintos, de emociones, a semejanza de todos los estados de conciencia, cuya raíz se sumerge en las más profundas manifestaciones de la vida. No, me basta saber que cuando digo "el placer de lo bello", nos entendemos; si tratásemos de explicarnos, esta inteligencia concluiría probablemente.

Esa tentativa de definición de poeta es todo mi prólogo, es la definición de Urbina. Veámoslo.

¿Cómo comunica un poeta el placer de lo bello? Sintiéndolo primero; el eterno *si vis me flere*. Urbina siente. Siente, es decir: ve y comprende la naturaleza. "Soy muy fuerte —decía Teófilo Gautier—, llego a quinientos en el dinamómetro, hago metáforas que se ligan y veo el mundo material". Parece muy sencillo ver el mundo material, y pocos escritores han logrado esto. Se ve mal a través de un prisma, aunque se vea todo engastado en la maravillosa aureola del iris, y pocos poetas pueden prescindir del prisma; ven por entre un recuerdo, un dolor, una ilusión; a veces al través de un verso ajeno: ver el cielo o el mar al través de Hugo; los valles y los lagos al través de Lamartine o Núñez de Arce; las mujeres por medio de Byron, de

Musset o de Espronceda, y la naturaleza al través de Leopardi, como se ve el sol por entre un cristal negro, es propio de los poetas de nuestro tiempo. Y no digo que Urbina haya podido (¿quién, ¡ay!, lo habrá logrado?) verlo todo directamente; pero algunas veces sí se siente vibrar en la imagen la sensación directa de las cosas:

Vuelvo a mirar mi barca
sobre las olas
en esas noches tristes
llenas de sombras;
llenas de sombras
que el faro desgarraba
sobre las rocas.

En otros versos pinta un cuadro, que es un rápido trasunto de la realidad bien vista:

La ventana ruidosa
do mi primera novia me besaba;
la iglesia de mi barrio, silenciosa,
triste, churrigueresca,
con su nave elevada y gigantesca,
su pórtico de toscas esculturas,
y sus torres hermosas
recortando, pesadas y angulosas,
el transparente azul de las alturas.

Y poco más adelante habla de los rayos del sol cayendo, ora sobre las cabezas de los atentos niños,

Ora por los rincones
iluminando solitarios bancos,
o ya sobre los negros pizarrones
llenos de líneas y guarismos blancos;

o habla del viento, cuya voz, dice,

Vibraba melancólica,
con dulce acento entre la verde hiedra,
o grave y triste, como voz lejana,
entre los rotos ángulos de piedra

o el hierro sin color de la ventana.

A cada instante se encuentran en estos versos juveniles, fuertes impresiones del mundo exterior, que sirven tanto para nutrir la imagen y transmitir la emoción. Hay, pues, un temperamento de artista en nuestro poeta: después de Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, aquél un gran escultor y éste un músico incomparable, ninguno entre los poetas jóvenes (y digo jóvenes para exceptuar a Fidel, cuyas cualidades de colorista son únicas en nuestra literatura) es más artista que Urbina. Porque no sólo tiene el don de retener las sensaciones y de escoger entre ellas las mejores, y de convertirlas en imágenes pensadas que ponen al lector frente a frente del objeto, sino que posee el verso, que es aquí el instrumento de arte, lo domina y le hace expresar lo que quiere en un lenguaje rítmico, frecuentemente admirable. Ese instrumento es fino y delicado en Urbina, más propio para traducir melodías íntimas y suaves, que las vastas y fascinadoras "sonoridades" de la expresión y el sentimiento; pero siempre está en tono, siempre acaricia el oído, es como la voz un poco femenil, pero exquisita, de un tenor adolescente; voz destinada a cantar

cual cantaban antiguos trovadores
en dulce mandolín sus cantilenas.

El tiempo dirá si el canto de Urbina llegará a dominar las grandes masas corales e instrumentales de la poesía moderna; lo que sí es cierto es que el arte de expresar musicalmente, no tiene ya secretos para él.

Lo prueban versos como éstos:

Las glorias del amor vuelan de prisa;
siempre hay una beldad llorando a un bardo;
Julieta que se queja con la brisa,
o la nevada toca de Eloísa
sobre el yerto sepulcro de Abelardo.

Y como éstos:

En las leyendas famosas
de los años infantiles
do surgen niñas gentiles
del pétalo de las rosas;
donde azules mariposas
truécanse en corte real,

y en que, como en un fanal
en la torre alta y lejana
hila una hechicera anciana
en su rueca de cristal...
[. . .]

Allí las he visto; aladas,
nebulosas, peregrinas,
en las penumbras divinas
de las cosas encantadas.

Genios misteriosos, hadas
que dibujan en la bruma
el castillo que se esfuma
en los oscuros confines
y se cubre de jazmines
como las ondas de espuma.

Juan Peza, que estimuló cariñosamente los primeros ensayos de Urbina, a pesar de su maravillosa facilidad, no haría décimas más fluidas y melodiosas que éstas. Y como estos versos, hay muchos en la obra de nuestro amigo; los que no son así, son excepciones.

Ahora me diréis: ya sabemos que sabe reproducir sensaciones en un len guaje poético: ¿es un poeta? Los poetas hablan en imágenes. Así habla Urbina. Permitid dos o tres ejemplos, a más de los que conocéis:

A veces el viento lleva
en sus transparentes alas,
tañidos graves y tristes
de las solemnes campanas;
notas de cristal, preludios
de cantos y serenatas,
ayes misteriosos y ecos
de dulcísimas plegarias.

Y éste de “La última serenata”:

Como un nimbo de luz, un fino encaje,
movido a veces por su aliento flébil,
ornando su cabeza,

y envuelto en blanco y vaporoso traje
el cuerpecito enflaquecido y débil.

En el capricho intitulado “¡Llueve!” y dedicado al genial artista Juan Gamboa, hay versos como éstos:

Sobre los rústicos techos
de las cabañas, se enciende
fugitiva luz, a trechos
con raro fulgor esplende
la negra cinta del río
que cruza cantando el monte,
cuando en el azul sombrío
del fondo del horizonte,
el relámpago desata su
ala inmensa que parece
una lámina de plata
que brilla y se desvanece.

Y estos otros:

Cuando en mi oscura memoria
la frase brillando queda,
como en un jirón de nube
el reflejo de una estrella,
es porque bajó tan hondo
la inspiración a cogerla,
que en esa frase palpita
el corazón del poeta.

Pero los citaríamos todos. Sí, Urbina habla el lenguaje de la imagen admirable mente, y como se ve, no sólo habla, sino piensa en imágenes, y sus imágenes tienen alas. ¿Por qué? Hay poetas que no tienen nada que decir al mundo; modulan frases deliciosas que pasan sin huella, sin dejar un alma vibrante, sin dar voz a uno de nuestros sentimientos indecisos y flotantes, sin despertar con su chispa eléctrica una de nuestras ideas dormidas. Estos poetas agradables y fugitivos hacen lo que decía Heine:

De cada pena que siento,

compongo una cancioncita
que sonoramente agita
su plumaje por el viento.

La facultad de hacer una cancioncita con cada pena, equivale a disolver las penas en canciones; porque para que un dolor se convierta en materia de arte, es preciso verlo de fuera y objetivarlo; esto es dado a muy pocos, porque torna a renovarse el dolor centuplicado por el análisis, y esto es atroz. El *Pauca meæ* de Victor Hugo no sólo es la elegía íntima más profundamente dolorosa que ha es cuchado nuestro siglo, sino que es un prodigio con esfuerzo artístico; los poetas que tienen la facilidad de multiplicar estos esfuerzos tienen la sensibilidad en la epidermis del alma, por decirlo así; de allí la cancioncita de Heine. Pero si estas cancioncitas son átomos volatilizados de un gran dolor; si después que brotan y vuelan puede decir el poeta como Urbina dice:

Y sin embargo, en el fondo
cuántos dolores se quedan,
sin expresión, tan intensos
que no caben en la idea,
porque son deseos vagos,
aspiraciones inmensas,
alas que exploran espacios,
sueños de cosas eternas,
nostalgias de extraños mundos,
citas de la que no llega [...]

entonces prestamos el oído; entonces la poesía es una de las grandes voces de la humanidad que despierta un eco en lo más hondo de nuestro corazón; entonces el poeta sabe decirnos las dos palabras eternamente nuevas, aunque son de la edad del mundo: "Amo, sufro."

Con qué pudorosa y velada tristeza nos ha dicho esto Urbina, en esas frases suaves y acariciadoras que se conforman tan bien al consejo de Horacio: *dulcia sunto*. Su sensibilidad encuentra notas realmente divinas, por melancólicas, por sinceras. Con frases como ésta:

Reza por mí: recuerda que tú eras
el culto de mi pecho
y lámpara encendida ante tus gracias
era mi pensamiento.

o esta otra:

Sol de mi cielo, ya no me alegras;
es templo en ruinas mi corazón,
lúgubre nido de aves negras
entre las sombras de mi dolor.
Un misterioso rayo de luna,
pálido y débil hilo de luz,
esta tiniebla sólo importuna;
¡que no se apague...! Es mi fortuna,
es un recuerdo de juventud.

y esta última:

¡Y no estoy solo!, te amo, te deseo
melancólica y dulce poesía;
claridad de mi espíritu, te veo,
y te puedo decir lo que decía
Julieta enamorada de Romeo:
"No te vayas, no es tiempo todavía".

Podría componerse, decíamos, con versos de este género, desgranados en las composiciones de Urbina, un espléndido rosario de perlas negras.

Ya veis: imagina, siente, hace sentir; ¿sabe hacer pensar? La obra suprema del poeta es transmutar una idea en sentimiento o un sentimiento en idea... Por esa senda va Urbina, que empieza a vivir todavía.

Su filiación poética (porque no hay poetas de generación espontánea) es clara; proviene de Heine por medio de Bécquer, y de los poetas franceses modernísimos, por medio de Gutiérrez Nájera; pero el poeta se ha desembarazado rápidamente de sus pañales de encaje bordados de oro: aprendió con la seguridad instintiva de su naturaleza de artista "la manera de hacer", el "procedimiento", que llaman los franceses, y se confió a sus propias alas. Resultó un poeta romántico. El estado de alma y la expresión apropiada a ese estado que se llama romanticismo se reproducen periódicamente; subordinar el arte al sentimiento y darle al cabo una nueva forma, destinada a su vez a convertirse en clásica, es un fenómeno que se repite en la historia de la cultura humana; y sucede que, en consonancia con la teoría evolucionista que quiere que el individuo en su vida embrionaria resuma la evolución total de la especie, en cada poeta auténtico la evolución literaria se reproduce y empieza por ser romántico, como han empezado todas las literaturas; como lo fue la Grecia de la epopeya antes de la aparición del poema épico; como lo fue España antes de Calderón y Cervantes; como Francia antes de Corneille y... Pero aquí voy a naufragar en no sé qué abismo de historia literaria; demos la espalda a la

teoría y contentémonos con afirmar; no faltará ocasión de demostrar; mientras se tarde más, mejor será...

Urbina (véase su "Última serenata"), como poeta de sentimiento puro, no sólo canta la endecha perenne del sufrimiento indefinido e indefinible, sino que por inconsciente modo reproduce las frases estereotipadas hace medio siglo de los románticos byronianos:

Y cual nocturnos pájaros los vicios
en mi pálida frente aletearon.

Esta composición de la vida como una orgía engendradora de la desesperanza y del ateísmo; este culpar al acaso y al mundo del tedio de nuestro corazón, secado por el placer, son flechas del carcaj de Musset y de Espronceda: están ya melladas; pero los jóvenes poetas eternamente recurrirán a ellas; en manos de Urbina son dardos de oro, porque no sabe ser trivial, ni inferior ni prosaico; y porque pronto encuentra su sinceridad y su potencia.

No ha hecho quizás todavía
un verso doloroso, y penetrante y triste,
que con inmensa fuerza traspase el corazón,...

como quería el gran poeta ruso Pushkin, ni su edad es propicia a esas transverberaciones; la que sí me es evidente es que bajo tal o cual dolor ficticio, expresado más o menos retóricamente, hay un dolor difuso e incurable quizás, que forma como el fondo gris de toda la colección, y que si el poeta se entrega por entero en sus versos futuros, sabrá revelarnos; las amarguras "vividas" están latentes en los infortunios fingidos.

Pero decíamos, ¿sabe pensar, sabe hacer pensar? Ya es un tópico éste de que la poesía romántica es una poesía de sentimiento, la clásica de pensamiento y la realista de sensación. Todos estos sistemas son absolutos y falsos por ende. Es cierto que la poesía romántica en nuestro siglo vivió de pocas ideas; Victor Hugo mismo no ha hecho más que desarrollar unas cuantas muy generales y repetidas, en una serie interminable e incomparable de imágenes y rimas.

Mas el predominio de un elemento en un periodo de la evolución literaria no significa ausencia de los otros. La verdad es que no hay gran poeta que no sea una síntesis de esos estados de alma. Ya hemos mostrado la aptitud de nuestro poeta para sentir el mundo objetivo, para transformarlo en imágenes y para comunicarle la vida del sentimiento; la idea apunta en la frente de esas imágenes, como en los celajes altos del crepúsculo la luz del sol que viene.

Leed la poesía que comienza "Qué cansancio, ni gozo ni padezco", y en ella y en otras os encontraréis rápidos esbozos de la explicación de los grandes problemas de la vida y del destino, que el poeta se da a sí mismo.

Urbina no sería de su tiempo si esta explicación, si esta filosofía no tuviera una marcada tinta pesimista. Yo no sostendré nunca que el pesimismo sea bueno, pero es evidente que como idea generadora de poesía es grandioso; mas si no es sincero, si es una actitud, si es una parodia, si es una inferencia que concluye de un pequeño dolor nuestro al dolor del mundo y pretende empapar al universo con una lágrima de muchacho, entonces es insignificante y baladí. No puede decirse esto de la filosofía que preludia el cantor de "La última serenata"; si pesimismo hay en él, se ve que no se da cuenta de ello, que es espontáneo, que no está sacado de la lectura de Hartman o Leopardi.

Quizás mañana lo veamos atravesar en la barca infernal el aqueronte del pesimismo; tal vez no, tal vez crea y encuentre el Paraíso como el Dante, que es uno de los santos de su *lararium.*

Adviértase que a este poeta debe juzgársele por lo que sus versos anuncian; que aún no ha llegado la sazón del fruto, que es una poesía en flor la suya, y os lo aseguro, una flor deliciosa y hecha para perfumes inmortales. Siento haberla deshojado un tanto en las anteriores líneas; pero este vandálico oficio termina ya. Termina porque si en un prólogo debe haber un análisis, la hora de señalar las deficiencias se acerca; dejo por eso a otros la tarea. Yo no sé criticar, ni siquiera en el buen sentido de la palabra; entre otras cosas porque me lo vedan la sabiduría divina que dijo: tire el impecable la primera piedra, y la sabiduría humana que enseña: cuando tengas tu tejado de vidrio, etcétera. Y quizás ignoren u olviden los lectores que yo también suelo "padecer" versos.

Y bien, cerremos el prólogo y abramos la mano; ya habéis visto al ave aprisionada, he tratado de haceros admirar la belleza de su plumaje, espolvoreado por el iris de átomos de luz; que recobre su libertad... que vuele... que cante.

* "Prólogo" a Luis G. Urbina, *Versos*, tipografía de *El Combate*, México, 1890, pp. I-XV. *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, 1890, t. III, pp. 519-529. *El Partido Liberal*, México, 24 de agosto de 1890, p. 1. Esta última inserción está precedida de la siguiente carta de Sierra:

Sr. Senador D. Apolinar Castillo. —Presente. —Casa de Ud. Agosto 20 de 1890. —Muy estimado amigo: Ha publicado en *El Partido Liberal* un estudio crítico de los versos de Urbina y del prólogo que les puse, el Sr. Puga y Acal (Brummel), que lastima bastante mi lealtad, por nadie puesta en duda, atribuyéndome capciosos y embozados ataques a la justa fama de que goza el delicadísimo poeta que me hizo el honor de encargarme la introducción de su primera colección de poesías.

No sé quién ha visto en esto un combate entablado entre el sr. Puga y yo; ésta es una tontería. Mis explicaciones no habían de dar a mi trabajo las cualidades literarias de que carece y la victoria sería indefectiblemente para mi muy inteligente y diestro adversario como con tanta justicia lo vaticina un periódico de Pachuca. Pero sí exijo de la amistad de Ud., Sr. Director, que, en defensa no de mis méritos, sino de mi probidad literaria, y como única contestación a las imputaciones de Brummel, se sirva Ud. Hacer reproducir en *El Partido* el prólogo en cuestión. Tendrán así los lectores elementos de comparación y de juicio entre mi acusador y yo. A ese juicio me atengo con absoluta confianza.

Ruégole también que, extremando su bondad, haga encabezar esa reproducción con esta carta que la justifica y que acepte por todo las más rendidas gracias.

Su amigo afectísimo y S. S.

Justo Sierra.

Manuel Puga y Acal respondió con una carta abierta publicada en el mismo periódico el 31 de agosto de 1890, p. 1.

PRÓLOGO A LAS POESÍAS DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA*

El compromiso fue contraído sobre la tumba del poeta. No creo poder cumplir lo; mis fuerzas, de suyo escasas para tamaña empresa, están como enervadas por la proximidad casi material de nuestro amigo,[1] porque la catástrofe, inesperada no, por desdicha, pero sí súbita, nos ha desconcertado moralmente a quienes lo quisimos como él enseñaba a querer; porque lo sentimos junto a nosotros caliente todavía de juventud y de cariño; su alma sollozante y afligida vaga en la atmósfera que respiramos. Como impregnan los átomos de oro de sus versos nuestro ambiente poético, al grado de modificar, esfumándolas, todas las líneas de nuestro horizonte espiritual, así los ecos despertados por sus sordos y suavísimos lamentos se dilatan de corazón en corazón y entran, desde hoy, en los componentes de nuestra ecuación personal y se reflejan en todos los aspectos del dolor, de la pasión humana, cuando tenemos la serenidad de contemplarlos. Ese carácter de sugestión es el sello de la obra poética de Manuel Gutiérrez Nájera, y sería necesario alejarse bien de ella para poder juzgarla. Hoy no, por que estamos bajo el sortilegio de sus cantos. Perdurará esa influencia mágica, y probablemente quienes lo conocimos y lo amamos no estaremos en aptitud de juzgar nunca a este maravilloso difundidor de sentimiento y de música en las últimas horas de nuestro expirante siglo.

Un día estábamos al frente de una publicación literaria, hace siete u ocho años; hablamos Manuel y yo de sus versos y creo que también de los míos.

—No —le decía—, no haré un prólogo, pero sí desearía bosquejar una psicología de usted; no acertaré, pero allí quedará dicho cuanto de usted pienso y siento, y por qué le admiramos tanto, y por qué le queremos más.

Los pactos celebrados así, entre dos versos y dos risas, en cualquier rincón de la vida, de improviso surgen de una tumba, solemnes y graves. Entonces hay que acatarlos, precisa cumplirlos... ¿Podré?

Acabo de leer sus versos uno a uno. Tornaré a leerlos, los leeré siempre. Haré de ellos una selección, me compondré mi florilegio; con voluptuosa devoción paladearé las exquisitas gotas de alma derramadas en esos vasos de cristal etéreo, y viviré así en larga, en perenne comunión con él.

Analizar esta emoción será, lo presiento, una tarea casi imposible para mí. Guardan las poesías de mi amigo la forma de su cadáver que cubren todavía como una mortaja; de lejos parecen cinceladas en pleno mármol virgíneo, nítido, pero de cerca, ¡viven y sufren tanto! ¿No es verdad que bajo su inmaculada blancura corre y bulle, en imperceptible red de venas palpitantes, la pálida y rítmica sangre del dolor y de las lágrimas? ¿Cómo proceder así a un

estudio que sería casi una vivisección? Dejémosle envuelto en la túnica sutil y vaporosa de sus versos alegres; revistámosle con el tisú de oro de sus versos tristes, y cubierto con el manto de la gloria, que es la púrpura regia de los poetas, guardémosle, respetemos su sueño, y que sus despojos

custodi la Chimera
ne la purpurea sera

como D'Annunzio dice.

Me contentaré con darme el espectáculo, soberbio por variado, por romancesco, del viaje de esta alma, pura y flébil como un aliento de niño, como la *animula vagula blondula* del poeta imperial, a través de silenciosas borrascas subjetivas, más terribles que las que estrellan a los albatros contra las rocas y rompen las alas de las águilas.

Su vida es un idilio trágico del que sólo conocemos la música: los versos del poeta. Resulta un poema con notas alegres, humorísticas, satíricas, y a pesar de eso, y por eso quizás, inefablemente triste. Hay que seguirlo paso a paso y estudiar la metamorfosis de este espíritu de elección. Como en todos los poetas que han tenido una madre muy dulce, muy amante y muy piadosa, el alma de Manuel en sus primeros gorjeos no es más que una prolongación del alma materna; son versos de nido los primeros versos suyos, mas de nido colgado en la alta ventana de colores de la iglesia. Los místicos suspiros de su madre pasan a través de su arpa ("La cruz", "María", "Dios", "La fe de mi infancia").[2]

Estos fervores de creyente, más aún, de devoto, muy sinceros, aunque algo convencionales, y en los que, a vuelta de una que otra estrofa gallarda y rica, se advierte el afán de conformarse a los modelos venerados de la poesía sagrada con visos de erótica y romántica, que fue el encanto de la generación del segundo tercio de este siglo; estos arrebatos de adoración católica apenas indican la futura personalidad poética de Gutiérrez Nájera, el más delicadamente sensual y elegante de nuestros líricos; pero ya entusiasmaba, ya suscitaba fe y nuevos anhelos. Y por cierto no sólo en los jóvenes; don Anselmo de la Portilla —el eximio escritor hispanomexicano; osaré decir, [que] tanto identificó el fervor ingenuo de su corazón español con todas las esperanzas y aspiraciones de nuestra literatura vernácula— la presentó al mundo de las letras mexicanas como un precocísimo poeta de estro y de porvenir.

Debió de ser esto, en la casa de Manuel, motivo de gratísima satisfacción y orgullo; cuántos besos y cuántas bendiciones habrán llovido sobre aquella cabeza de quince años, dorada aún. Porque si su madre era una alma vibrante siempre de emoción religiosa y de ternura (y las madres así tienen siempre hijos poetas), su padre tenía la pasión literaria, el culto de los buenos versos, y también los componía y dedicaba sus ocios a piezas dramáticas que, al fin de su vida, sometía al impecable buen gusto de su hijo, quien las oía conmovido e influía tal vez, con tacto exquisito y respetuoso, en que no pasaran, de la lectura entre íntimos,

a la escena.

Si hubo un poeta de raza y de medio, fue Gutiérrez Nájera seguramente; tenía en la sangre el germen y respiraba la atmósfera apropiada a su desarrollo precoz. La sociedad católica en México que, muertos Carpio y Pesado, no veía despuntar ningún sucesor de aquellos grandes salmistas en su horizonte, porque Arango y segura eran acrisolados versificadores más bien como resultado de una cultura literaria selecta y superior, que por temperamento y genio; la sociedad católica que atravesaba una crisis aguda de descomposición y recompensación a consecuencia del triunfo definitivo del liberalismo, miró en Gutiérrez Nájera a su niño sublime, como dijo Chateaubriand de Hugo, y esperó verle tremolar, al son de incomparables himnos, los *vexilla regis* de la religión y del arte.

Dos cosas debieron de inquietarle: el erotismo y el francesismo que, en forma de tendencia, aún no de afición decidida, denunciaba en sus composiciones el flamante versista. ¿Pero hay algo más sensual que la prosa de Chateaubriand, que por su sola música produce una sensación material de deleite, y por su espíritu convierte al genio del cristianismo en la fuente misma del arte en lo más humano, es decir, en lo más pagano de su acepción; y no era él el último padre de la iglesia, en opinión de muchos poetas ortodoxos? Gutiérrez Nájera, en su erotismo balbuciente e indistinto todavía, de imitación con frecuencia, que era el acento genuino y daba el tono a sus composiciones, no se mostraba rebelde a la tradición cristiana. Pero ese erotismo debe, de rigor, vestir el ropaje clásico y ser más o menos latinizante o helenizante, para no ser un pecado; es decir, debe, tratándose del sentimiento humano más hondo, y de donde brota en raudal inagotable la savia misma de la poesía eterna, debe, decimos, procurar hacerse pasar a los ojos del lector como un juego armonioso, como una imitación sin sustancia de los antiguos; debe, en suma, disimularse y ponerse el rótulo clásico. Lo inquietante era que en las estrofas de Gutiérrez Nájera resonaban a veces no tas de pasión muy penetrante y dulce, si real y voluptuosa como ninguna, y no había en ellas ni actitud clásica, ni decoración mitológica.

¡Y el francesismo! En un estudio, demasiado rápido e incompleto, por insuficientemente informado, de nuestra literatura nacional en los tres primeros cuartos de este siglo, pero así y todo, el más acertado y de mayor alcance de cuantos sobre el mismo tema se han escrito, el señor Menéndez y Pelayo reprocha a los novísimos poetas mexicanos su devoción, que él llama hiperbólicamente superstición, por la literatura francesa del cuño más reciente.[3] puede ser justo el reproche, aunque lo merecemos todos acá y allá. El espíritu francés en literatura, por el asombroso poder de irradiación del genio de ese pueblo; por la *similabilidad*, permítaseme la palabra, de sus creaciones y transformaciones; por su ligereza misma; por el carácter de su gusto estético, qué se yo; por idéntica causa a la que hace que sus modas se avengan mejor a todos los tipos humanos, y su cocina a todos los estómagos; el alma francesa, que es el traje de la humanidad latina desde hace dos siglos, traje que viste el señor Menéndez, como su cuerpo las levitas francesas, aunque parezca no darse cuenta de ello, esa

literatura, repetimos, ha sido el jugo nutritivo de las letras españolas en los últimos tiempos. Lo extraño es que el insigne escritor no se haya explicado el fenómeno y no lo haya comprendido inevitable.

Ningún pueblo, engendrado por otro en la plenitud de su cultura, y a quien se haya trasmitido la herencia forzosa de la lengua, las costumbres y la religión, ha podido crearse a la par de su personalidad política, una personalidad intelectual o literaria; esto ha sido, cuando ha sido, obra lenta del tiempo y de las circunstancias. Decirnos, irónicamente, a los hijos americanos de España, que nuestra literatura nacional no aparece todavía no es ni de buenos críticos. ¿Opina el ilustre académico que la historia de nuestra literatura no revela la evolución hacia cierta forma característica y que marque distintamente al grupo mexicano entre los de habla española? Sí, sí ha habido evolución, y para ello la asimilación ha sido necesaria; imitar sin escoger, casi sin conocer, primero; imitar escogiendo, reproducir el modelo, después, esto es lo que se llama asimilarse un elemento literario o artístico, esto hemos hecho. ¿Y a quién podíamos imitar? ¿Al seudoclasicismo español de principios del siglo? Era una imitación del francés. ¿Al romanticismo español del segundo tercio? También era una imitación francesa. Y los imitamos, sin embargo: Quintana y Gallego, el duque de Rivas y García Gutiérrez, Espronceda y Zorrilla, han sido los maestros de nuestros padres.

Pero después la imitación ha sido más directa. Como aprendemos francés al mismo tiempo que el castellano; como en francés podíamos informarnos y todos nos hemos informado, acá y allá, de las literaturas exóticas; como en francés, en suma, nos poníamos en contacto con el movimiento de la civilización humana y no en español, al francés fuimos más derechamente. Y eso es lo que puede encontrarse en el estado actual de nuestro desenvolvimiento intelectual. Gutiérrez Nájera fue de los que más pronto acudieron a esas fuentes, sin paciencia para esperar el delgado escurrimiento del acueducto español. Pero había en ello un peligro, hubo un mal. El habla española, el vehículo con que ahora y siempre expresamos nuestras ideas, se alteró profundamente, no para traducir necesidades de nuestro espíritu, sino exigencias facticias de nuestra retórica. Precisamente el servicio del admirable poeta que aquí rememoramos fue poner su ejemplo, como impulso, para acentuar el movimiento que nos llevaba al conocimiento íntimo de la reina de las literaturas latinas en nuestra época, y defender la lengua de España, como el vaso único en que debíamos beber el vino nuevo. Pensamientos franceses en versos españoles, he aquí su divisa literaria, podríamos decir, transformando la de André Chenier. Y algo logró andando los años; su propósito no abortó; el lenguaje castellano, no acicalado ni lamido, pero sí castizo y rico, tomó con él, principalmente, carta de naturalización en nuestra literatura: los poetas de los últimos barcos, que dice Daudet, tuvieron a honor expresarse en el mejor castellano que les fue posible, por imitarlo, por imitar, no ya sus versos, sino su prosa, por desdicha inimitable, en donde expresaba, con un colorido y una gracia maravillosos, todos los sentimientos, todos los anhelos y hasta los caprichos y las veleidades del alma moderna, en un idioma generalmente

puro y sano.

Justo es decir que en esta tarea Gutiérrez Nájera halló colaboradores de primer orden: Pérez Galdós y Alarcón, leídos y releídos, lo mismo ayer que hoy, el primero, sobre todo, renovaban el lenguaje y el estilo de nuestros noveladores y las aficiones de los lectores; Valera, gracias a la milagrosa facultad de vencer fácilmente todas las dificultades de la lengua, se dejaba paladear con fruición íntima por todas las personas de buen gusto y por cuantos dudaban que pudiera aclimatarse en el español, enfático y preciso de suyo, el etéreo *esprit* francés. (Lo cierto es que, sólo Valera allá, y Gutiérrez Nájera acá, lo han logrado, aunque por maneras distintas.) El mismo señor Menéndez y Pelayo, pasmo de los doctos y encanto del público ilustrado, que le perdona sus aberraciones de sectario, en gracia de su buena fe infantil casi, de su esfuerzo, inusitado entre los polemistas neocatólicos por ser imparcial y justo, y, sobre todo, de su talento en perpetua y sorprendente ascensión, contribuía a poner de moda entre nosotros el gusto por el castellano de buena cepa, tan distinto del relamido, solemne y estrecho de los clásicos de principios del siglo, y del desatinado y galicista de los románticos que les sucedieron.

Con estos conspicuos escritores, y antes que ellos y por encima de ellos, compartían nuestra admiración casi absoluta (no sé por qué apunto esta reticencia), Castelar en prosa, y Bécquer, Campoamor, Echegaray y Núñez de Arce en verso. El primero, el único que en la historia literaria de nuestro siglo puede ser comparado con Victor Hugo, no por el estilo ni por la obra, sino por la opulencia infinita de la elocución y por el don de pensar exclusivamente en imágenes, ése podía influir en nuestro espíritu, fascinarlo o hipnotizarlo (y de hecho Castelar ha tenido a la América Latina pendiente de su prodigioso verbo durante más de un cuarto de siglo), pero no influía en nuestra lengua, desafiaba su elocuencia toda imitación que resultaba ridícula y fría. Los otros eran poetas, y los poetas con su vocabulario reducido y sus artificios retóricos influyen en la dirección general del alma poética de una sociedad, se reflejan en el estilo de los poetas coetáneos suyos, pero no acrisolan el idioma; ésa es obra de los prosistas. Mas ese reinado de los poetas fue la preparación del cambio benéfico que en nuestra literatura, que antes alardeaba de incorrecta y desdeñaba la gramática, se va acentuando desde hace algún tiempo.

Reinado dijimos, y lo fue, lo es en cierto modo todavía. Bécquer nos retuvo largo tiempo bajo la magia semigermánica de sus estrofas casi sin contorno, pero medidas por el ritmo de una música interior indefiniblemente melancólica y que parecía más adecuada al doloroso idealismo de la lírica moderna; Echegaray, otro gran poeta lírico, al través de los trágicos casos de conciencia de sus violen tos dramas paradójicos y soberbios, fue también admirado, aplaudido, como que sus versos aceleraban las palpitaciones del corazón y enfermaban de emoción y de lágrimas; Núñez de Arce era y es el más estimado, el más amado; la nívea probidad del alma de este gran representante del parnasismo español se transparentaba en el fondo de la clarísima corriente de su elocuencia poética, corriendo por las canales de mármol

blanco de un verso indeficientemente sonoro y puro. A él se levantaron todas las almas, se tendieron todas las manos, se ofrecieron todas las coronas; aún tiene entre nosotros templos escondidos en que se adora el arte y en que el autor de *Raimundo Lulio* y de *La pesca* ocupa el mismo lugar que dos o tres libros supremos de la humanidad, y es el breviario estético de mujeres muy elegantes, en la más noble acepción de la palabra, y de alma superior. Y, con todo, Campoamor es quizás más delicado, más psicológico, más trascendental; menos serio, pero así, risueño e irónico, su sonda baja más y trae más nuevos ejemplares de pasión y de dolor del fondo del alma humana. Sí, estos inspirados fueron reyes, fueron soles; satélites suyos habrían sido el mayor de nuestros poetas, si la atracción de la literatura francesa y las otras literaturas exóticas que a través de la francesa conocíamos, no nos hubiera marcado una órbita cuya curva no puede ser determinada todavía.

Puede afirmarse que los diez o doce primeros años de la vida literaria de Gutiérrez Nájera (1876-1888),[4] fueron un viaje perpetuo por entre todas estas influencias, acercándose a todas, reflejándolas todas, nadando en las aguas de los autores nuevos, encantado, admirado, sumergido, y mostrando a veces en la superficie de las olas, como el escualo de Heredia, su aleta relampagueante de esmeralda y oro.

En aquel decenio se reveló prosista singularísimo, sin punto de comparación dentro de las letras españolas de hoy, por la fulguración perpetua, pero suavísima, como la de las noctilucas, de su frase, y por su estilo, muy complicado, muy fino, saturado de poesía y de una inexpresable facultad de efusión íntima, familiar y acariciadora, que parecía tocar en lo amanerado, pero que sorteaba el escollo con un movimiento lleno de gracia y de gusto.

En su prosa, comentario perpetuo de su alma lírica y amorosa, puesto como un bordado de hadas sobre la trama de los acontecimientos mundanos que su deber de cronista le obligaba a narrar, fue en donde nuestro Manuel formó su estilo, creó su personalidad literaria y llegó a la plena conciencia de su fuerza y de su arte. Entonces se hizo popular entre la sociedad inteligente y la sociedad de los salones, el seudónimo del Duque Job, que iba tan bien a su modestia y a su nobleza literaria, y que concertaba tanto con la conciencia que había en los dos grupos sociales, que él unía con inimitable donaire, de que aquel joven escritor era realmente un príncipe del país azul de la fantasía, un mago que pintaba en abanicos de encaje y seda, figuras y paisajes deliciosos, rodeados de infinito y de ensueño.

Pero dejemos al prosista a un lado: ¿nos será dado estudiarlo un día? Sin ese estudio, tal vez lo dijimos antes, la figura en pie del Duque no puede colocarse sobre el pedestal. Sigamos brevemente al poeta; sus versos, menos frecuentes que al principio, más artísticos, obra de quien conoce y penetra los más recónditos secretos de la técnica, emergen de su prosa periodística y abren en los remansos de la precipitada corriente, como los nelumbios del Nilo, sus grandes flores, a manera de estrellas vivas engarzadas en cristal. Flores, eso eran sus versos, sí; y su obra poética, en conjunto, es la flor más bella, la más perfumada, la flor de otoño del romanticismo mexicano. En los elementos de su savia, en el jugo que la colora, se

pueden encontrar elementos selectos de todas las producciones poéticas que, aquí y Allende el mar, le eran anteriores de cerca, y en la poesía de toda la generación que a Gutiérrez Nájera sucede, está deshojada como en una copa de vino generosa la corola de esa flor.

Flor de romanticismo dijimos, y es verdad. Es verdad, primero, que toda nuestra literatura poética, desde 1830 es romántica. La forma de las obras realistas es la que ha influido sobre nosotros, no la tendencia, el espíritu no, a muy poco; románticos hemos sido y seremos largo tiempo a pesar de las transformaciones que sufren las escuelas de nuestros maestros de ultramar. No hemos logrado nunca hacer poesía puramente objetiva; en cada uno de nuestros versos vaciamos todo nuestro sentimiento, toda nuestra personalidad; no hemos hecho más que poesía subjetiva. Tarde han venido algunas tentativas heroicas, pudiéramos decir, dado nuestro temperamento, para salir del antiguo cauce e impersonalizar la emoción; para hacer, en suma, un poco de realismo indiferente en verso (pienso en los “poemas crueles”). Es dudoso que se haya logrado producir otra cosa que espléndidos ejemplares de poesía psicopatológica. La flamante poesía descriptiva de Pagaza, Othón, Delgado, Valenzuela y de un grupo de jóvenes refinados artistas, resulta semiobjetiva apenas, por sus fines, o religiosos, o eróticos, o morales. Véase la regia Silva de Gutiérrez Nájera: “Tristissima nox”; allí se tiene una muestra de poesía objetiva; allí hay sorprendentes adivinaciones de la naturaleza, y, sin embargo, ¡cuánto de su alma femenina y dolorosa hay esparcida en esa sombra; cuánto lirismo espolvorea de oro las alas de esa gran mariposa negra!

La poesía individualista, en que predomina, no el lirismo, como se ha dicho (porque el lirismo, según mi profesor de literatura francesa, no es un género, es un estado del ánimo que puede ser común a diversos géneros de poesía), sino lo que caracteriza más al individuo, aquello por lo que puede su personalidad distinguirse más de las otras, en suma, la sensibilidad, más bien que la inteligencia, es lo que llamamos romanticismo. Esta poesía de la sensibilidad o, en términos de poetas, el sentimentalismo, es la de Gutiérrez Nájera. Su lirismo sentimental, hasta cuando retoza y ríe, es por esencia elegiaco; tómese un centenar de las composiciones aquí publicadas, y con la mayor parte de ellas se puede formar un ramillete de elegías, blancas, perfumadas y tristes como las últimas flores de un jardín que va a morir. Tal florilegio podría intitularse “amor y lágrimas”, y este solo nombre sería una reminiscencia del apogeo romántico.

Mas la elegía de Manuel, verdadero canto de flauta (eso fue la primitiva elegía helénica) por su doliente y sutil dulzura, no por ser la revelación en rimas musicales de un alma, deja de ser de su tiempo y de indicar la indeterminable transición entre el romanticismo y el realismo puro, que hoy el misticismo de las escuelas nuevas irisa con los colores espectrales en que se descompone la luz que viene del sol de ultratumba. Canto de amor o de dolor o de ambas cosas, como suele, es muelle hasta la languidez, sensual hasta la delectación, como los de su maestro Musset; pero alguna vez va más allá, y desde el vértice de su tristeza, contempla nuestro poeta el fragmento de mundo, de vida universal que nos es dado conocer, como un

sector de sombra y desesperanza que corta y mide las dos líneas de espíritu y materia que forman el ángulo de nuestra existencia, y entonces Manuel es pesimista, y su poesía expresa tan acertadamente el tormento de muchos, sí, de muchos, que se impersonaliza casi y deja de ser romántica para ser eterna.

Riamos del pesimismo con los Dumas, con los Nordau; riamos, la vida es buena; la prueba es que nos asimos a ella furiosamente, ¡ay!, sí. Pero porque o es un instinto, es decir, por lo menos intelectual que hay en nosotros, o por el deber, por la vida de los demás. "¡El pesimismo de los jóvenes poetas es una actitud, no es un sentimiento!", dicen los flamantes espirituales discípulos de Pangloss. ¡Así pues, la pérdida del rumbo en pleno océano (porque la ciencia sólo sirve, y admirablemente, eso sí, para la navegación costanera por los litorales de lo conocido), la intuición invencible de la inmensidad de lo desconocido, la ocultación de la antiquísima estrella polar que se llamaba la religión, el enloquecimiento de la aguja de marear que se llamaba la conciencia libre, no son motivo de suprema angustia, no son capaces de trascender a toda nuestra sensibilidad y de enlutar la lira, como asombran el alma con la más densa de las sombras! ¡Y eso no es digno de ser llorado y clamado en sollozos y gritos inmortales! ¡Ah!, si todo esto es una actitud, es la actitud en que nos ha colocado la civilización, la actitud de Laoconte entre los anillos de las serpientes apolíneas.

El sublime elegista mexicano tenía un hilo de oro atado al pie, y apenas aleteaba en la noche del pesimismo ("Tobe", "el monólogo del incrédulo", "ondas muertas", "almas huérfanas"), volvía a su romántico nido, tapizado con el plumón de todos los ensueños, entibiado con el calor de todos los amores, y desde allí seguía entonando inefables melodías lacrimosas y divinas. Divinas, sí ("Pax animæ", "Non omnis moriar", "A Cecilia", etcétera, etcétera), divinas sin hipérbole, porque del levantamiento volcánico producido en el corazón por el dolor y el desencanto ("Mis enlutadas", "Castigadas", "Mariposas", "La serenata", "Después"), de la lava petrificada y decorada de cácteas espinosas floreadas de copas de sangre, surgían cimas muy altas, muy serenas, muy níveas; en esas cimas en que los antiguos colocaban a los dioses, desde donde los modernos ven el cielo más insondable, más negro, pero más fulgurantes las estrellas.

Un poeta atormentado por el deseo de la felicidad y la sed de la verdad, es una tragedia que pasa cantando por la mascarada humana; eso era Manuel, eso era esa alma enferma de ideal, que, como alguno dijo de la de Joubert, estaba encerrada y cohibida por un cuerpo cualquiera, encontrado por casualidad. En la felicidad llegó a creer al fin de su vida, al calor del hogar, y hay en sus versos algo como un eco de la inmortal súplica de Fausto al tiempo, al fugitivo instante: "¡Oh, detente, eres tan hermoso...!" Mas la ansiedad por comprenderlo todo (el ensueño de Goethe) tornaba a inquietarlo, a impulsarlo, y de antemano se sentía vencido, y la musa murmuraba a su oído las palabras de Shelley (a quien Manuel adoraba): "Duerme, duerme; olvida tu pena; mi mano posa sobre tu frente, mi espíritu sobre tu cerebro, mi piedad sobre tu corazón, pobre amigo... Duerme, y con ese sueño que es igual al de la muerte, al de la

nada, olvida tu vida y el amor, olvida que debes despertar para siempre, olvida la salud perdida y los divinos sentimientos que murieron durante la breve mañana de tu juventud y... olvídame, porque no podré jamás ser tuya.” ¡Oh!, no, la Musa, el arquetipo de belleza y de bien que pugnamos por realizar en la vida, es como esas mujeres que se dan, pero no se entregan; es la deliciosa vida de nuestra aurora rosada y azul que, al fin, en plena vida, se torna pura sombra, absoluta

sombra, la sombra sin orillas, ésa,
ésa que no ve, que no acaba,
la sombra en que se ahogan los luceros,
esa es la que busco para mi alma.

La sombra que el poeta buscaba es la eterna, es la de la tumba. Parémonos en el umbral; está muy alto. Del otro crepúsculo, ¡ay!, no tan lejano (¡la vida del Duque fue tan breve, en la brevedad normal de la vida!) del crepúsculo místico, de la penumbra del templo, emerge el astro y podemos seguir su curva de luz; Bécquer, Campoamor, luego todos los poetas franceses de la moderna, de la nueva y la novísima generación, desde los de la carabela romántica hasta los del último barco, desde Hugo, Lamartine y Musset hasta Richepin, Rollinat y Verlaine, pasando por Gautier, Baudelaire y Coppée, todos han ido marcando como constelaciones el trazo de la órbita del astro; de estas constelaciones, las que han brillado más en el cielo de Gutiérrez Nájera han sido Campoamor y Musset; como en su prosa, se reflejan el estilo de Gautier y Paul de Saint Victor y el frasco limpio y cristalino de don Juan Valera que, de cuando en cuando, tiene un delicioso dejo arcaico, como la canción del rey de Thulé, en el *Fausto* de Gounod.

En los últimos seis u ocho años, dueño ya por completo de sí mismo, no con el estilo de sus maestros, pero sí con uno que sus maestros no habrían repudiado y que era único en nuestra literatura, el poeta, el Duque Job, había logrado realizar en sus escritos lo que había soñado: amalgamar el espíritu francés y la forma española. En plena mancha hacia el ideal, por el imperio adquirido ya de su genio y de su expresión, vino el impío y súbito truncamiento de la muerte.

Como se calcula y define la revolución de un cometa por los elementos de una curva, así pudiéramos figurarnos lo que Gutiérrez Nájera iba a ser; se presiente lo que iba a decir, lo que iba a cantar. Y yo creo que iba a ser el gran poeta religioso de la aurora del siglo latinoamericano; digo religioso y quiero decir cristiano; no, cierto, un cristiano a la manera de los pesado y los Carpio, ni a semejanza de nuestro pindárico Prieto que es más bien deísta que cristiano y que adora en Cristo al pueblo divinizado, sino un cristiano sereno y delicado, profundamente piadoso al sentirse en contacto con la miseria y el dolor social, y con la duda y la desesperanza individual; un cristianismo sin secta; éste habría sido el fondo de sus poemas

postrimeros. Y habría ganado muchas almas, no por la sublimidad trágica de sus *De profundis* y sus *Dies iræ*, sino por la tierna y balsámica unción de sus *Ave Maris Stella* y de sus *Te Deum*. Verdad es que el carácter elegante y exquisito de sus versos no le habría dado influencia sobre las masas, y nunca hubiera sido popular, pero sí habría hecho vibrar como cuerdas de lira las fibras de corazones agonizantes en la aristocracia de los intelectuales, y éstos son los que necesitan una fe y un ideal, no el pueblo que los tiene sencillos, absurdos y divinos.

Pero no; todo concluyó en pleno día y en pleno esfuerzo; la obra de Gutiérrez Nájera continúa, pero en la de los otros que vinieron después que él y reflejan y refractan a la vez su influencia luminosa. Porque puede decirse que él fue un gran suscitador de vocaciones poéticas, y puede agregarse que el enjambre de cantores (hablo de los verdaderos) que pueblan hoy los aires con sus notas, aquí y acaso en toda la América española, despertó en su nido y voló, gracias al mágico prestigio de la voz de Manuel.

¿Y qué había en el fondo de esa alma selecta, cuál era su facultad ingénita, la que sirve de clave a su elegancia, a su ternura, a su amorosa y melancólica inspiración? Una muy difícil de explicar, imposible de definir y concretar, pero que todos comprendemos al nombrarla: la gracia; especie de sonrisa del alma, que comunica a toda producción no sé qué ritmo ligero y alado, que penetrando en ondulación impalpable, como la luz, por todas las ramificaciones nerviosas del estilo, les presta cierta suerte de magia singular que produce en el espíritu una impresión parecida a la de la dificultad vencida sin esfuerzo, lo que se torna delectación y encanto. Este don de la gracia en nuestro poeta, se transparenta a través de todos los temas de sus admirables composiciones en prosa o verso; o lúgubre, o serio, o humorístico, o clásico, o satírico o tierno, todo trabajo suyo es, por efecto de la gracia, diáfano, aéreo, imponderable; su risa, sus lágrimas, sus acentos patrióticos, su crítica de arte, sus cuentos regocijados o tristes, hasta sus artículos políticos, todo, desde la crónica de un salón hasta un estudio sobre Hamlet, desde los versos de espuma de *champagne* a la Duquesita, hasta los trinos de infinita suavidad del *Non omnis moriar*, todo deja ver esa irradiación particular de las personalidades del poeta; son como los rayos X de Roentgen que, a través de un muro, hacen florecer la placa fotográfica.

La distinción, el primor, la elegancia del estilo, no son más que manifestaciones de la gracia nativa del hombre, que es la cualidad que mejor prepara a la educación del gusto, esa otra facultad indefinible compuesta de equilibrio, de proporción y de armonía. El buen gusto del Duque era supremo; sus “Odas breves”, verdaderas ánforas del Cerámico, lo demuestran bien; cuantos conocimos a Manuel sabemos que podía producir indefinidamente esos ejemplares de arte inmaculado; esas joyas, dignas algunas de la antología, eran juegos para él.

Y la facultad soberana, que da toda su variedad y movimiento a la obra artística de Gutiérrez Nájera, constituye también su unidad; la imaginación ponderada como la de un ateniense, la delicadeza del sentimiento, la ternura del corazón, son sin duda las condiciones

psicológicas y morales que permiten emplear de un modo fecundo este don de los dioses. Esos eran los signos distintivos del carácter de Manuel.

O yo o algún otro se encargará más tarde de trazar la biografía psicológica de nuestro amigo. La perfecta imantación de su alma, que ejercía sobre cuantos lo trataban el magnetismo irresistible de la bondad y de la pureza de sentimiento, redimidas, intactas, de una juventud arrojada en flor a todas las sensaciones y expuesta al contacto de todos los fangos, éste será un problema. Será el otro, el porqué de la conservación de la viripotencia mental y estética de un intelecto exprimido hasta el martirio en una labor perenne que duró diez o doce años en que un hombre, maravillosamente acondicionado para soñar y cantar, se convirtió en el forzado del periodismo y dio en pasto a la prensa, en series indefinidamente renovadas, ya estudios de literatura superior, ya esmaltes y camafeos, y orfebrerías poéticas en que apuraba su pericia artística, sin agotar ni mermar siquiera la savia de su instinto estético, que quedaba impoluta y virgen después de los derroches de fuerza y de luz del incansable escritor, ya artículos serios de polémicas políticas y juguetes cotidianos impregnados de ática ironía y regocijado humorismo. ¿Cómo pudo ser esto? He ahí el secreto de una vida y una muerte.

¡Pobre Manuel! Nunca le fue dado vivir consigo, realizar el *secum esse secum que vivere* de Marco Tulio; nunca. Y por eso sentía, por momentos, una infinita lasitud instantáneamente combatida con enérgicos y traidores estimulantes. Y este hombre, que había vivido cien vidas por la intensidad de sus cerebraciones y de sus sentimientos, encontró incólumes su corazón y su fe para formar un hogar, para coronar de flores inmortales la frente de la amada, y para lograr, a fuerza de cariño, que su alma angélica transmigrase al alma de su pequeña Cecilia, un serafín a quien nuestro infortunado Martí consagró su última adorable canción. Yo he visto esa alma palpitar, en el fondo de los dulces y claros ojuelos de la niña, el día de la muerte de su padre.

Dilucidaremos esos problemas dolorosos; volveremos así, o por otro camino, hacia nuestro amigo; volveremos siempre. Para decirle aquí adiós, pediré a Shakespeare, el poeta que todo lo supo y todo lo sintió, las palabras de Horacio ante el cadáver de Hamlet (también nuestro Duque era un príncipe del arte): “Buenas noches, dulcísimo príncipe mío; que los ángeles arrullen tu sueño con sus cantos.”

[*] "Prólogo" a Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras. Poesía*, establecimiento tipográfico de la oficina impresora del timbre, México, 1896, pp. III-XVII.

[1] Manuel Gutiérrez Nájera murió en la ciudad de México el 3 de febrero de 1895.

[2] Estas poesías aparecieron con las fechas 1876, 1877, 1878; estamos seguros de que otras muchas del mismo género escribió Manuel antes de las publicadas aquí; pero éstas, si no se distinguen por la absoluta espontaneidad de la inspiración, sí nos revelan al versista ya casi dueño de su arte. [N. del A.]

[3] Prólogo del primer tomo de la *Antología de poetas hispanoamericanos*. [N. del A.]

[4] Los primeros artículos de Gutiérrez Nájera aparecieron, a partir del 15 de noviembre de 1876, en la edición literaria de *El Federalista*, con el nombre de *Confidencias*.

PRÓLOGO A
“PEREGRINACIONES” DE RUBÉN DARÍO[*1]

He aquí un poeta discutido: es indiscutible. Sin reserva alguna es un poeta, y sólo eso es quizá, pero lo es en toda la fuerza connotativa del término. ¿Un gran poeta? No hay grandes poetas: hay poetas, astros de luz propia, y hay los otros, los de luz reflejada; somos los más, somos los planetas; Rubén tiene su luz en sí mismo.

sí, lo dijo ya el mundo hispanoamericano y todo latino comienza a saberlo ya: Rubén es un poeta. Una de estas noches atroces, de frío, de bruma, de agua, en que parece que llueve barro sobre las calles de París y que son, sin embargo, muy oficial y muy astronómicamente “noches de primavera”, leía yo, paladeándo las con delectación morosa, como diría un teólogo, las composiciones que por un capricho, un poco enigmático o un poco infantil, llama el autor *Prosas profanas*. Las tales prosas son poesía pura, arte puro, copas de Bohemia, tazas de Sevres, cálices de oro y gemas de los tesoros de las iglesias italianas; anforinas del Cerámico, en las cuales ha vertido Rubén esencia de su alma, formada con los instintos que suben al alma del fondo de nuestro organismo y la rebotan y la hacen opaca como la sangre; formada con el dolor que comunica a la nuestra todo contacto con otras almas y tornan su esencia transparente como las lágrimas; formada con lo que recoge nuestra alma de átomos emanados de un sol oculto (en poesía es evidente la teoría de las emanaciones), de imágenes sin contorno, proyectadas por un mundo no visto, por el universo que empieza allí donde el universo acaba y que transmutan la sombra en misteriosa e infinita claridad; son ellas las que ponen en lo interior de nuestra vida una lámpara de altar que parece a veces apagada, cuando repentinamente nos inunda de eso que llama deliciosa mente el poeta, “una dulzura de luz”.

Pero, dice una crítica, si de esos elementos de sensualismo y misticismo que efectivamente suelen ir juntos, al grado de que el segundo no es más que el erotismo imantado hacia Dios, si de eso se compone la inspiración de Rubén Darío, ¿por qué hablarnos de ánforas de Atenas, de cálices de Cellini y de cristales de Baccarat? ¿Es bella la forma de esa inspiración? ¿Son bellos esos versos? Tienen, respondo, una gran música extraña, que sorprende primero, que parece un reto a todas las reglas de la métrica y la prosodia, pero que leída atentamente, se filtra en el alma gota a gota de miel y la anestesia y subyuga.

En primer lugar, es suyo el instrumento poético, enteramente suyo. Quiero decir que Rubén lo domina al grado que parece su creador, que parece el inventor de su modo de hacer versos; y ese instrumento es un orquestrión: clarín, flauta, címbalo, arpa, violín y lira, todo lo pulsa por igual. No sé si alguno haya dudado jamás de que este poeta fuese capaz de cincelar su estrofa en mármol clásico como Leconte de Lisle y Núñez de Arce, o en bronce como Hugo y

Díaz Mirón, o en arcilla de Tanagra como Campoamor y Banville; muestras de su destreza de escultor ha dado, no para olvidarlas; pero es músico y es músico wagneriano. El doctor Max Nordau, que lo admira (hemos conversado mucho con él), debe de aborrecerlo por este capítulo, y Rubén, que es un retador soberbio y silencioso —su silencio suele tener sabor de desdén—, se ha resignado a figurar en la próxima edición de *Dégénérescence* al lado de Verlaine y Maurice Maeterlinck. ¡Asustado debe estar con tamaña compañía...! Y, sin embargo, el doctor Nordau tendrá razón en clasificarlo entre los tipos de la familia de los *degenerescentes*, porque pudo muy bien llamar *regenerescentes*, porque inútil es negar que si Wagner y Verlaine no han creado una forma nueva del arte eterno, sí han estado a punto de hallarla, y el primero la ha hallado tal vez. Y yo no sé si es cierto que el verso de nuestro poeta es en realidad el del ancestro Gonzalo de Berceo, engastado en joyas *modern style*, o como con elegante donaire dice:

Y yo procuro que en la luz resalte
tu antiguo verso cuyas alas doro
y hago brillar con mi moderno esmalte.

Esto es para sabiamente dilucidarlo entre quienes como rodó, en el juicio admirable sobre *Prosas profanas*, estudian al microscopio el talento de Darío, y al telescopio sus poesías, que son estrellas. Yo sólo veo en mi interior las reliquias que allí han dejado esos cuerpos celestes al pasar por mi atmósfera mental. Lo que es evidente es que ha entrevisto y nos ha hecho entrever un color más en la poesía castellana, un ultravioleta que no conocíamos; que nos ha hecho sentir un sonido más no percibido antes de él; y repito que es músico wagneriano en verso español, no sólo por la prodigiosa variedad de su métrica, que cierto va más allá del metro de los primitivos algunas veces, sino por el ritmo apropiado por tal modo al tema, que es probable que un oído fino, aun cuando fuese el de un ignaro en lengua española, pudiera inferir, por ejemplo, de la "Marcha triunfal", por sólo su resonancia, que se trataba de algo heroico y bélico, y de la composición que se intitula: "Era un aire suave", verdadero *menuet* oral, que se trataba de algo del antepasado siglo, que pasó, efectivamente, "entre los sollozos de los violoncellos".

Nadie ignora cuánto se ha discutido en América su técnica, sus procedimientos métricos, y cómo han caído sobre sus hombros desdeñosos, *confetti* y serpentinas de parodias y censuras. Rubén ha sacudido impávidamente su túnica apolínea, con la secreta amargura del que quisiera ser respetado y comprendido en la dolorosa labor y exquisita de... Así dice:

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,
botón de pensamiento que busca ser la rosa...

Y no hallo sino la palabra que huye

la iniciación melódica que de la flauta fluye
y la barca del sueño que en el espacio boga...

De mí sé afirmar que, sin que arrastre siempre mi asentimiento en sus ensayos, me encantan siempre y suelen convencerme. Pero sería mejor prescindir del verso antes que desarticularlo así y hacer bella prosa, dice una crítica. ¡Ah! Lo bello es abrir a la estrofa su dorada jaula clásica, dejarla volar y perderse en el horizonte y hacerla volver al reclamo. Y es de ver, en las osadías métricas de nuestro liróforo, cómo los acentos se multiplican, las cesuras se complican, y la frase métrica se disgrega y salva el límite del largo alejandrino monorrimo primitivo sin llegar a duplicarse, a hacer de un verso dos yuxtapuestos, sino manteniendo unidad misteriosa en el alma misma de la estructura. La teoría de la melodía ideal, que ha formulado el poeta en un preámbulo que va a desencadenar una tempestad literaria, no me convence, porque no define nada, puesto que esa melodía puede encontrarse tanto en el verso de Heine como en la prosa de Loti, y de lo impreciso de esa teoría ha resultado el ensayo, no digno de aplauso, de mezclar a la prosa el verso en combinación íntima. No, no es porque cada palabra tenga un alma, por lo que el verso de Rubén será verso, sino porque siempre conserva el tema y se agrupa y se cristaliza en una unidad musical; éste es un arte consumado y, aquí puede decirse, no aprendido.

Sugerido sí, sugerido por el medio poético a que ha apropiado mejor el alma rítmica de Rubén Darío. Toda, o casi toda la nueva generación literaria en Francia y en todo el grupo latino, pugna por hallar un mundo nuevo en la métrica; está encinta la musa decadente, y nada más interesante que este trabajo de gestación; pero no será un Mesías lírico el que nacerá, será solamente un Benjamín. Después de Victor Hugo, que apuró cuanto había de color, de música y de plasticidad en la lengua poética francesa; Leconte de Lisle y los parnasianos, para renovar, sin romperlos, los moldes eternos del alejandrino, lo hicieron sonar o con mayor dulzura o con mayor fuerza, pero siempre acomodándolo a la expresión de ideas cada vez más objetivas y concretas, verdadero realismo lírico que se acercaba sin cesar a un arquetipo de música oral que tradujese fónicamente la imagen, y que el día que sea alcanzado por el poeta, en vez de palabras escribirá notas. El parnasismo desde Leconte de Lisle hasta M. de Heredia ha sido dominado por ese afán, y todos sabemos cuán venturosos han sido sus hallazgos, y cómo ha dotado a la lírica y la épica francesas de una maravillosa colección de medallas y bajorrelieves imperecederos. Pero el empeño de encontrar a la poesía una forma elemental mente distinta de la prosa continuó inextinguible, y las palabras llegaron a tener, para la generación de poetas posparnasianos, un valor de sonido en el verso, casi independiente de su significado, y el verso resultó indeterminado, lo que lo convirtió en una especie de ensueño verbal que en los grandes poetas decadentistas tiene un encanto extraño y responde a lo que la noción de poesía representa de vago, de inexpresable, de misterioso. Entonces las palabras cuya acepción se esfumaba en no sé qué onda musical, adquirieron valor simbólico, y la frase

poética fue una alegoría apenas penetrable a otro que no fuera su autor, y la poesía fue esotérica, sólo inteligible para los iniciados. Esto la sentenciaba a muerte; perdido el contacto con el medio social, se desoxigenó y murió entre Verlaine y Mallarmé, pero dejando como reliquia un verso capaz de emanciparse de la métrica antigua, capaz de expansiones y retracciones imprevistas, sin perder la unidad rítmica que lo constituye; dejando a Henri de Régnier, a Verhaeren, a Rubén Darío...

Nuestro poeta ha sido, en el mundo de habla española, el más conspicuo representante de esta gran tentativa de hacer hablar a la poesía un verso nuevo, y no puede decirse que no lo haya realizado. Lo singular es que, profundamente sugerido por toda la poesía francesa de la última generación, ha sabido robustecerse con la asimilación y ser original, como se debe ser, no empeñándose en decir lo que otros no han dicho nunca, sino esforzándose en ser una personalidad cada vez de mayor relieve.

El idioma español, con sus palabras precisas hasta la rigidez, se defendió de los forzadores, pero la verdad es que ha adquirido su métrica matices nuevos, como dijimos ya, y afirmábamos que el hijo flamante era un Benjamín y no un Mesías, porque si España ha agregado una cuerda a su lira no ha suprimido las otras. Núñez de Arce seguirá haciendo admirables versos, y Rubén, como suele también, los hará admirables; la poética decadentista no es, en mi concepto, una renovación, sino una innovación.

Al servicio de esta causa ha puesto el poeta sudamericano una alma, en que la sensibilidad artística es una hiperestesia, un temperamento prodigiosamente voluptuoso que convierte en una especie de agonía el amor por la forma, y un don de reducir cuanto le dictan la sensibilidad y temperamento a fórmulas se lectísimas, que comunican la emoción del poeta y la prolongan en la vibración de las almas.

Frente a algunos aspectos de la civilización humana, un poeta así dotado debe ser un caso interesantísimo, me decía yo, al comenzar la lectura de los apuntes de Rubén en su viaje por Italia y París; y me dispuse, no a viajar con el poeta, sino a viajar por dentro de las impresiones del poeta.

Al volver de un viaje a Italia, conocí una buena parte de estas peregrinaciones que va el lector a conocer, que conoce ya, porque no le supongo el mal gusto de comenzar este libro por el prólogo, y la verdad es que todo prólogo debía ser un epílogo y ser colocado al fin, porque ése es el orden racional, puesto que nace, después de la lectura de la obra, en la mente del prologuista, y el orden habitual; porque nadie va al introductor sino al autor cuando se trata de literatos de alta talla.

Rubén no sólo es alto intelectual y sensitivamente, sino físicamente; es el suyo un cuerpo que, a punto de ser atlético, se detuvo negligente y perezoso y escondió una resistencia férrea a todos los *surmenages* bajo una piel pálida patinada de bronce, y una alma de artista afinada hasta el dolor, en un cráneo que revela su cúpula mística bajo la cabellera oscura

cuidadosamente peinada, y detrás de unas pupilas color de tabaco, frías y silenciosas mientras no afocan uno cualquiera de los infinitos aspectos de lo bello, que entonces brilla en ellos una llama concentrada de pasión y de goce. Así atraviesa el poeta hispanoamericano la Europa de la civilización, grande, lento, siempre bien pergeñado y elegante, como quien *flâne* por un inmenso *boulevard*.

¿Quién no cae en la tonta tentación de escribir sus impresiones de viaje en general y de viaje a Italia en particular? Rubén Darío se ha visto forzado a hacerlo así; a eso vino, enviado por un periódico de Buenos aires, ¡hay periódicos inteligentes en este mundo, digo, en el otro mundo! Y forzado, es la palabra, ¡cuánto se conoce en los comienzos de algunos de sus trabajos el esfuerzo atormentador del poeta por exteriorizar su impresión en lenguaje de viajero, por precisarla cuando es imprecisa, por recortarla cuando es vaga, por darle forma cuando no tiene contornos, por reducir a unas gotas de agua clara que ha de beber cualquiera, el celaje sutil que *flâne* por nuestro cielo! Pero mientras murmura sus primeras líneas, pasa una metáfora ante la playa de su Mediterráneo (mar interior), una trirreme de marfil o ébano, purpúrea la vela triangular, y tripulada por oceánidas desnudas dentro de su gasa de oro, y nuestro autor se embarca y sigue el hilo de cristal de su sensación y de su ensueño.

Las primeras hojas del libro son manchas de parís, como los pintores dicen, totales de la última exposición, “gloria de los ojos”, como dice el poeta: artículos panorámicos a través de cuyas líneas se entrevé la mar de ángulos y curvas de pirámides y hemisferios, de grises y aros, de sombra difusa estriada de luz que constituye el aspecto de este parís que hace indefinido, que hace infinito su perpetuo cerco de bruma. Cuando el viajero desciende de la torre de Eiffel (el penacho de Cyrano de París), es para buscar detalles de arte, para meterse en un sumario dorado y elegante de la evolución artística de Italia, para medir a un escultor del tamaño de Rodin, grande hasta en sus errores, haciendo por cierto, con exquisiteces de criterio incapaz de pedantería, el más acertado juicio que del insigne y oscuro autor del bloque de Balzac se ha hecho hasta hoy.

Y como no hay cosa que seduzca más a estos adoradores de la gracia que son los poetas, que la fuerza (que cuando está en el servicio de la inteligencia es también una belleza y también es una gracia), nuestro peregrino se mete entre los anglosajones de América y todo lo encuentra digno de alabanza, y casi todo digno de admiración; y puede que razón tenga, y la tiene de seguro, y no sé por qué se desearía que no la tuviera tanto.

Las líneas consagradas a Oscar Wilde, el poeta estigmatizado sobre quien hizo llover la sociedad fuego de vilipendio e ignominia, como el que cayó del cielo bíblico sobre Sodoma, son magníficas de piedad y severa tristeza. Tiene en él frases Darío que muestran cómo su fantasía, a pesar de sus gigantescas alas condorinas, no sale de la atmósfera de la razón y de la realidad, y que no es cierto que la genial idea poética, el estro, que los académicos dicen, sea una enfermedad de la mente, una vesania, sino una afirmación extraordinaria de la facultad de percibir lo bello. Tiene, en este juicio, pensamientos supremamente hermosos como éste, que

será lo único del libro que cite yo, puesto que, reducido a fragmentos, lo haría entrar todo en este prólogo: “Wilde no comprendió sino muy tarde, que los dones sagrados de lo invisible son depósitos que hay que saber guardar, fortunas que hay que saber emplear, altas misiones que hay que saber cumplir”.

Y así vive París Rubén Darío, y París vive así: de la exposición a Krüger, de Swedenborg a Sada Yaco, de la Opera a *La boîte à Fursy*, de *Lohengrin* a *Los trabajos de Hércules*, del abate Estourneau a la *belle* Otero, de un sermón de Bossuet exclamado por Mounet Sully a una *complainte* funero-pornográfica del *Cabaret du néant*. Y todo esto se refleja, no con precisión fotográfica, sino con verdad de vida y de poesía, en el libro del poeta que a fuerza de ver, risueño y *charmé*, a este París que lo ha fascinado y hecho suyo, que lo ha hecho su mosca de oro en una telaraña maravillosamente irisada por la luz de este sol que parece el lustro que alumbra la escena de eterna comedia, se ha vuelto pesimista; y suavemente y con la *nonchalance* de un *dilettante*, pone en su honda esta piedra:

> Como hago muy poca vida social, tengo todavía el mal gusto de creer en Dios, un Dios que no está en san sulpicio ni en la Magdalena, y creo que ciertos sucedidos como el del Bazar de Caridad y la singular muerte de Félix Faure, con vagas señas que hacen los guardatrenes invisibles de esta locomotora que va con una presión de todos los diablos a estrellarse en no sé qué paredón de la historia, y a caer en no sé qué abismo de la eternidad.

¿Será que nuestro poeta encuentra que lo que liga y aprieta en un haz de placer y de gusto todas esas disímbolas manifestaciones del parís que tanto ama, sin embargo, es un signo misterioso que reside en la sombra y en el mal y que un *Mané, Thecel, Pharés*, relampaguea invisible en las noches de la moderna Babilonia? Lo cierto es que de improviso desertó del parís de la exposición, una cosa monstruosamente admirable y loca, como un laberinto de gemas que fulguraran, rieran y cantaran, y al mismo tiempo ordenada y armoniosa como una sinfonía de Beethoven, y huyó a Italia. Tuvo razón. A Italia se debe huir siempre; Italia es el refugio divino de toda alma en peregrinación; todo hombre que tenga el estigma del amor a lo bello en su frente debe ir allí, debe abandonarlo todo por ir allí, debe ir a oír lo que Italia le dice, pegando todo el espíritu, todo el sentimiento al corazón de la diosa, y auscultarla devotamente, y sentir el ritmo sorprendente de esa vida en que la naturaleza y el arte riman en un poema sin fin... ¡Oh!, Italia, Italia, madre de toda poesía, desposada de todo ensueño, visión de amor y de belleza apenas estrechada cuando desvanecida entre los brazos...

Rubén Darío entró a Italia como se debe entrar, con la devoción ingenuamente pagana de un católico, dispuesto a arrodillarse en los Calvarios convertidos en Tabores, antes los Cristos-Apolos, ante las Madonas-lirios de Angélico, nardos de Botticelli, rosas de ternura de Rafael, de dolor de Dolci, de vida de Andrea del Santo y de cielo de Bellini. Así lo hizo; el arte de Italia, veránlo mis lectores, le fue como un diamante bebido faceta a faceta, luz a luz.

Empezó a rezar su rosario de poeta por Génova, Pisa, Roma, Nápoles..., allí lo dejé yo a través de este libro magnífico; las cuentas de oro le pasan, lentamente acariciadas, por los

dedos. En todas partes dice algo, después de tantos y tantos, que se oirá siempre, porque deja hablar a su alma... Qué bien transmitida al lector la maravillosa tristeza y silencio de pisa, el gran camposanto de mármol cuyas tumbas son la torre inclinada, el Bautisterio, el Duomo y el mismo camposanto en que parece que oye uno por delante los pasos del Dante y por detrás los de Dios... ¡Oh, con qué piedad se adora allí, en aquella tremenda tranquilidad, la desnudez y la pobreza de aquel sitio decorado de sombras de frescos de Gozzoli y de Orcagna, de reliquias de sepulcros y de un mundo de historia y poesía!

¡Y en Roma! La Roma de Rubén Darío es la Roma del pontífice, es la Roma de que toma posesión Pedro en el Circo de Nerón de *Quo vadis*, allí mismo quizás donde hoy se levanta la Basílica tiarada con la gigantesca cúpula de Miguel Ángel... Las protestas, las reservas, las negaciones ante ese divinismo hierático que forma bloque con las miserias y las flaquezas más tristes de la humanidad, se disiparon cuando tocó con sus labios reverentes el anillo del pescador. Tiene palabras encantadoras para León XIII, de admiración, de amor; tanta gallardía de inteligencia y de vida dentro del transparente fanal de aquel cuerpo que parece una lámpara de altar en un santuario oro todo, arte todo, todo Rafael, todo Miguel Ángel, todo Pinturicchio, todo Canova, lo seduce, lo atrae, lo arrodilla. Tiene razón: el espectáculo es soberbio; estos hombres de ideal, en lucha con un mundo, son la obra de arte de Dios; ¡cómo besa las manos del pontífice, manos fluidas, bendecidoras y trémulas, manos hechas de alma y de bondad, cuya blancura inmaculada se continúa y se completa en la mística blancura de la hostia...!

En Nápoles, a orillas del golfo de luz, en cuyo fondo de zafiro viene y emerge ante los ojos arrobados la flor del arte antiguo, del arte eterno, la flor de amor, entre la tumba de Virgilio y la tumba de Tiberio, entre los oráculos de la Sibila y las tarantelas de Carmelina, yo he dejado al peregrino... Y ¡oh espectáculo incomparable, el de un poeta que transmite al mundo en vibraciones la perenne sugestión de esas cosas en que el hombre y Dios han rivalizado casi en crear belleza! Mas no creáis que Rubén cabalga siempre en pegaso; fue a tierra y con la rienda de su corcel lírico al brazo, *il mène Pégase au vert*, como decía el ancestro Hugo. Este *vert* es aquí el campo de la observación realista, penetrante, exacta, del medio social que el viajero atraviesa. Dice lo que ve, todo lo que ve, y en su retina nada se deforma, unas cosas toman mayor relieve que otras y eso es todo...

Rubén sigue peregrinando, seguirá por mucho tiempo; ahora va de *boulevard* en *boulevard*, exquisitamente divertido por el fantástico desfile del París crepuscular y nocturno ante los *bocks*; cada vicio cascabeleante de audacia y de locura, cada virtud alegremente disfrazada de vicio lo sorprende, lo retiene, lo conmueve...

¿Por qué dicen que no sois un poeta de América, mi querido gran poeta, cordial y bueno bajo la pálida máscara, por qué? Pues no sois de Francia, porque aunque vuestro verso habla, no la lengua, pero sí el verbo francés, encendéis sobre él esas constelaciones nuevas que ven “los conquistadores” de José María de Heredia al pasar el ecuador; no español, porque tenéis el

estro demasiado crepuscular y compuesto de demasiado complicados matices para que pueda ser su medio natural el de los colores francos y altos que ama la musa española, y que tienen el don de irritar a nuestro eximio amigo Santiago Rusiñol, a cuyos pies todos los días pone, sin embargo, el Mediterráneo su copa de oro blanco y de azul enceso [*sic*].

Sí, sois americano, panamericano, porque en vuestros versos, cuando se les escucha atentamente, suenan rumores oceánicos, murmurios de selvas y bramidos de cataratas andinas; y si el cisne, que es vuestro pájaro heráldico, boga sin cesar en vuestros lagos helénicos en busca de Leda, el cóndor suele bajar a grandes saltos alados de cima en cima en vuestras estrofas épicas; sois americano por la exuberancia tropical de vuestro temperamento, al través del cual sentís lo bello; y sois de todas partes, como solemos serlo los americanos, por la facilidad con que repercute en vuestra lira policorde la música de toda la lira humana y la convertís en música vuestra...

Vos no queréis ser de nadie; las únicas palabras de prosa que he encontrado en *Prosas profanas* son un "alzo el puente y me encierro en mi torre de marfil", que aprietan el corazón. Volved a la humanidad, volved al pueblo, vuestro padre, a pesar de vuestras manos de marqués; a América, nuestra madre, a pesar de vuestra carta de naturalización en la república de Aspasia y de Pericles. Los poetas deben servirse de su lira para civilizar, para dominar monstruos, para llevarlos en pos suya hasta la cima de la montaña santa en que se adora el ideal.

París, abril de 1901

[*] "Prólogo" a Rubén Darío, *Peregrinaciones*, Librería de la Vda. De Ch. Bouret, París, 1901, pp. 119; *El Mundo Ilustrado*, México, 19 y 26 de mayo de 1901, t. I, núms. 20 y 21.

[1] Hacia 1898 José Enrique Rodó había afirmado: "Rubén Darío no es el poeta de América", aunque aclarando, en seguida, que no señalaba con ello "una condición de inferioridad literaria". Tres años más tarde, Justo sierra, en este notable "prólogo" al libro en que Darío narraba sus impresiones de viaje por Italia y Francia, discute la apreciación del maestro uruguayo y advierte, el primero, el valor americano de la obra poética del autor de *Prosas profanas*.

CRÓNICA*

* Esta sección recoge una parte de las impresiones de viaje de Justo Sierra. Debido a que se ha querido integrar una lectura y no un expediente, se modificaron los títulos y se suprimieron partes de los textos.

LA CASCADA DE TIZAPÁN*

Una montaña se endereza al borde del abismo; caprichosas rocas de granito se agarran a la montaña con sus enormes antenas de piedra, como temerosas de caer: por la cumbre de la serranía, soberbia, espantando con sus mugidos a las aves que huyen despavoridas al acercarse a ella, viene amplia y magnífica una corriente de agua.

De improviso el álveo se pierde, el río aborda el precipicio, encréspase como si tuviera el vértigo de la altura, oscila un minuto, y desbaratando al fin su cauce en el vacío, brinca, se precipita, azota con furia gigantesca las peñas de la pendiente, y rueda por fin en lo hondo de la quebradura, jadeante, bañando sus nuevas riberas con una blanquísima sábana de espuma, en tanto que su hálito de brumas sube al cielo entre las alas multicolores del arcoiris.

Enmudeced a toda la naturaleza en torno de la maravilla, escuchad el grito del trueno que abriga en su líquida falda, y si algún otro que no sea Dios debe hablar allí, dad una voz a Chateaubriand o una lira a Heredia.

He ahí una de las grandes fases de la naturaleza; he ahí lo sublime; he ahí lo que hace temblar.

En cambio, venid [a] orillas de la corriente plácida, venid y sentaos cabe la ribera amiga, en cuyas doradas arenas brotan las flores y juegan las aves; venid junto al arroyo en cuyas guijas la paloma bebe agua mirando al cielo.

Allí la cascada es un juego de cristal, cuya caída quiebra dulcemente la tersa superficie del riachuelo, arrojando en todas direcciones lluvia de rocío que aljofara los débiles estambres de las flores.

Allí duermes tú entre los nevados borbotones de espuma, arrullada por el balido de la *cascatella*, por el susurro de los álamos y el suave piar de las alondras; allí, ¡oh musa de Teócrito y de Gessner!,[1] allí moras, exponiendo al Alisio de la mañana tu arpa eólica, y mezclando a las misteriosas voces de la naturaleza la tuya argentina y melodiosa: ¡oh dulcísima hada de los campos, blonda y tierna poesía del idilio, hija de la calma del corazón y de las horas tranquilas!

Junto de soberbias construcciones llenas de esa severa poesía de la industria moderna, rodeada de un paisaje encantador, se halla la pintoresca cascada de Tizapán. De lo alto de la fábrica, que ha ido a buscar a orillas de la corriente el alimento de sus enormes máquinas, se disfruta de un panorama bellísimo. Mirando hacia la capital, sobre las policromas colinas que la rodean, vemos tenderse todos esos deliciosos pueblecillos del suroeste del valle, los de blancos caseríos y perfumadas flores; a lo lejos, siguiendo la dirección de la cinta de hierro que parte de san Ángel, levántase sobre sus gigantescos sabinos Chapultepec, ese bardo de

piedra que cuenta tan poéticas leyendas a los ecos convecinos, mientras vela armado de punta en blanco sobre el tesoro de los aztecas; aún más allá, tras una planicie entre cuyas múltiples ondulaciones se esconde Tacubaya, se mira, perdida un tanto en la bruma, a la Tenochtitlán de nuestros abuelos.

Del otro lado las montañas cubiertas de largas procesiones de pinos, el Ajusco azul con su fugaz diadema de nubes, y al oriente los dos volcanes con sus eternas coronas de hielo.

Empero, todo aquel paisaje tan rico en colorido, soberbio de variedad y de esplendor en sus líneas, en sus accidentes, en su cielo incomparable, parece formado como para servir de relicario a la primorosa caída de agua, que embarrancándose entre las flores, lamiendo los guijarros de su cauce, sombría y silenciosa allá en donde se proyecta la sombra de la fábrica, fresca y verde y traviesa bajo los árboles que se miran en sus linfas, por donde quiera que se la contemple habla de poesía, invita a la paz de la vida, mientras empuja muellemente sus olas por el estrecho cauce.

¡Cuántas dulcísimas horas he pasado junto a ti queriendo comunicar a mi sangre el frescor de tus aguas! ¡Cuántos pensamientos míos han ido tras cada uno de tus prismas líquidos, hanse ahogado entre la rica pedrería de tu espuma, en esa mágica hora del crepúsculo en que el sol deja vacío a la contemplación del mundo su inmenso lecho de púrpura!

En ti admiré otra de las infinitas fases de la naturaleza, no la que estremece, sino la que hace soñar.

[*] *El Renacimiento*, México, 29 de mayo de 1869, t. I, pp. 294¬-295.

[1] Salomón Gessner (1730-1788), grabador en madera y poeta alemán cuyos *Idilios* —algunos de los cuales tradujera Altamirano— fueron muy leídos por esos años, probablemente en su versión francesa.

TRINITARIAS

I

[...] Lo primero que tuvo lugar esta semana digno de referiros, fue la fiesta de la Virgen de Guadalupe. En las noches del 11 y del 12 fue celebrada, según la antigua costumbre, por los vecinos del callejón de la Alcaicería, con templetes y músicas, y cohetes, y buñuelos, y vendimias, y toritos.

Todas ustedes conocen estas diversiones, que son de las más populares entre nosotros, y en las que habéis lanzado más de una exclamación al acercarse el toro, y más de una mirada amorosa al acercarse el amado de vuestro corazón.

Yo por mi parte recordé los fuegos celebrados en honor de la Virgen del Pilar en el barrio de San Miguel, en que acompañaba a una preciosa niña, amiga mía, y en que nos divertimos lindamente con los toros y con las exclamaciones que nuestros vecinos y vecinas dejaban escapar cuando el buen torito posado sobre las espaldas de un robusto indígena, se acercaba, arrojando llamas por los encendidos ojos y amenazando a los muchachos que le aguijoneaban.

La fiesta de la Alcaicería concluyó, en las dos noches, después de las once, sin que faltaran por supuesto los clásicos gritos de las cacahuateras, las fruteras, las buñueleras, las turroneras y los pasteleros, los populares sonecitos del país, la algarabía de los muchachos, los suspiros de las ancianas por los tiempos que no han de volver y los de los jóvenes por los tiempos que vendrán.

La fiesta de la Villa no estuvo tan concurrida como en otras ocasiones. Algunos han creído que esto sucedió a causa de la “leva”, que ha derramado el pánico en todas las clases sociales; nosotros creemos que ésta no fue la única causa, sino que también influyó mucho la poca fe que anima a nuestro pueblo, que hace que los sacrificios que antes hacía para emprender esa romería en que empleaba una buena parte de sus ahorros del año, no los haga ahora, porque su entusiasmo se ha amortiguado, y de esto no tienen la culpa el gobierno, ni los liberales, ni el progreso, ni siquiera la revolución, sino el mismo Dios de que nos habla Ripalda, que hace algún tiempo escasea los milagros, causando así un grave mal a las arcas del clero y a la fe popular, que se está muriendo.

La creencia en eso inexplicable que se ha designado con el nombre de Virgen María, es sin duda una de las más poéticas que se han podido inventar, sobre todo entre nosotros; pero poco a poco se ha querido arrebatarle, tal vez sin intención, gran parte de su esplendor, despojándola de su dignidad de madre, y queriendo renovarla continuamente, como si fuera necesario esto, en una santa que despierta con cariño los días de la infancia en que nuestras madres nos enseñaban a amarla, reclinados en su regazo; los días de la juventud en que su

sonrisa serenó el huracán de nuestras primeras pasiones; como si fuera posible inventar una palabra nueva sobre esa divina mujer que consuela las penas de nuestro corazón desgarrado, sobre esa hermosa madre cuyas alabanzas hace tantos siglos que se vienen entonando, siempre brillantes, siempre armoniosas, sin que el vapor de los años haya podido nublar una sola de sus palabras...

Por supuesto que en la fiesta de la Villa no faltaron ni sus ebrios ni sus pleitistas, ni sus escandalosos... ¡Bah, faltaría algo a la fiesta, si no hubiera eso! Por la noche, como el número de las Lupes es muy crecido, hubo bailes y tertulias por todas partes, luces, gasas, perfumes, lágrimas, promesas, cunas de esperanza y esperanzas de sepulcro.

Después de la fiesta de Guadalupe ha habido un acontecimiento que ha ensanchado nuestra alma, porque tenemos la firme convicción de que lo que necesita el país es escuelas y no soldados; y que el día en que existan escuelas en cada barrio, en cada calle, en cada pueblo, en cada encrucijada, habremos resuelto el problema de nuestro porvenir en favor de la felicidad y del verdadero engrandecimiento.

La noche del jueves tuvo lugar la solemne distribución de premios entre los alumnos más aprovechados de las escuelas municipales, hecha por el señor presidente de la República.

El teatro estaba adornado con gusto exquisito; los colores de nuestra bandera flotaban en gasas por todas partes, y una ráfaga de hermosuras iluminaba todos los ámbitos del salón. El foro se había iluminado a la veneciana y allá, como en lontananza, se veía el Partenón iluminado por un reflejo, y en él a Minerva coronando a los niños estudiosos. Y la idea fue preciosa. Minerva, ese mito en cuyo nombre se fundó esa Atenas que tantas glorias produjo a la humanidad, esa hada de la ciencia, trazando a los niños pequeños e inocentes el camino por donde se llega al verdadero progreso.

Cuando se asiste a uno de estos actos, nuestra alma se agita de una manera inusitada en las entrañas, como si sintiera el rocío de una esperanza que nunca ha de morir. Aquellos niños, que como un enjambre de abejas corrían presurosos, anhelantes, a recibir el premio de su trabajo, después de haber libado por espacio de un año la miel de la instrucción, han de ser mañana los ciudadanos depositarios de la ley, intérpretes del derecho que han de llevar a nuestros hijos a un abismo o a la felicidad; porque la semilla buena o mala que se deposita en su corazón inocente ha de germinar con presteza, echando unas raíces tan profundas, que nunca se arrancan completamente. Por eso yo amo a la niñez con indecible ternura; por eso me causa enojo que en su alma blanca se arroje el veneno que se desborda de las máximas de la ignorancia y del fanatismo, porque la niñez es la urna preciosa en que se debe depositar el aroma de nuestros amores más santos y no el albañal de nuestras locas pasiones.

Aquellas niñitas pequeñas, dulces, inocentes, muchas de las cuales apenas comienzan a expresarse en el delicioso idioma de los primeros años, han de ser mañana la musa de los poetas, la inspiración de los pintores; sus miradas han de animar al que trabaja, su amor les ha

de excitar y les ha de sostener; sus bendiciones y sus lágrimas han de ser el bálsamo que cure las heridas del corazón y del alma. Aquellas niñas serán madres, es decir santas, es decir maestras, es decir sibilas; serán los ángeles del hogar, las estrellas en la noche de nuestra oscura existencia. Ellas pondrán la virtud en las almas y la ternura en los corazones.

El programa de la función fue delicioso. A la obertura siguió la memoria leída por el señor don Eduardo Arteaga, regidor de instrucción pública. En ella se nota el raro empeño con que este benemérito ciudadano se ha consagrado al fomento de la instrucción; de ella se destacan maravillosamente los obstáculos que ha vencido y las importantes mejoras que ha introducido en este ramo de una importancia tan alta. Esta memoria es, sin duda, uno de los títulos más gloriosos que el señor Arteaga puede presentar a la gratitud pública, porque en ella se enumeran las grandes conquistas que ha hecho pacíficamente, sin más esfuerzo que una voluntad firme e inquebrantable y un decidido amor al pueblo.

La orquesta y una banda militar ejecutaron el Himno nacional, ese *Te Deum* de nuestra libertad que agita los nervios de un modo misterioso; en el que parece que vibran los acentos vigorosos de la libertad, prometiendo la dicha a los que se guarezcan bajo su sombra bienhechora. Este himno fue cantado por trescientas niñas bajo la dirección del hábil profesor señor don José León.

Inmediatamente el señor presidente de la república hizo la distribución de premios a las niñas. Aquel espectáculo fue conmovedor: cuando una niña pobre, muy pobre, envuelta en los modestos vestidos de nuestra última clase, llevando al hombro su pequeño rebozo de a seis reales —muchas de las cuales ni calzado llevaban, y que tal vez no habían recibido ni el alimento más miserable—, cuando una de aquellas niñas recibía su premio, el entusiasmo, la alegría que se pintaba en todos los semblantes estallaba en un aplauso sincero, tributado a aquellas pobres niñas, verdadera imagen del pueblo, sobre cuyo cielo comienza a tenderse una aurora de esperanza.

Después de esta distribución siguió la “Marcha Zaragoza”, de nuestro distinguido maestro Aniceto Ortega,[1] el himno verdaderamente nacional, porque es una de las muy pocas composiciones patrióticas de autor mexicano.

La señorita María E. Anaya, con voz conmovida, leyó una lindísima poesía a la escuela. Al concluir, cuando aseguró que la escuela es la voz del porvenir, su acento de profunda convicción la transfiguró a los ojos de todos; nos pareció una de esas sibilas antiguas con la lámpara de la verdad en la mano, desgarrando las entrañas del tiempo que aún no existe, para trazar a los pueblos la senda que conduce a la dicha.

A continuación se distribuyeron los premios a los niños aplicados, y la señorita Margarita Caballero leyó un bello discurso.

Todos esperaban con ansia este momento para escuchar la voz de nuestro Prieto, de nuestro vate popular, de nuestro orador poeta, del que sabe arrancar una lágrima cuando habla de los niños o del amor, o una exclamación de ira cuando habla de los tiranos. Bástenos decir que

prieto estuvo sublime. A través de su discurso se distinguía su figura gigante, que domina con razón como la de uno de los atletas más vigorosos de nuestra literatura.

Cada una de estas fiestas es la más brillante prueba de nuestro adelanto. Escuelas necesita el país; no revoluciones. Cuando un pueblo sabe y quiere ser libre, lucha para conquistar pacíficamente sus derechos. Es necesario que lo comprendan así nuestros hombres, y habremos seguramente encontrado la "panacea" de nuestras enfermedades públicas [...]

Supongo que la mayor parte de vosotras concurre todos los domingos a la alameda, y que ahora, después de las emociones de un baile, asistiréis más gustosas, porque aquel remedo del campo tiene mil atractivos para los que sueñan. Parece que aquella naturaleza traduce fielmente en sus murmullos las voces de una alma que toda una noche ha estado bajo la dulce impresión de un sentimiento de amor o de esperanza, que ha acariciado tiernamente contra el pecho a la persona amada, que ha aspirado su aliento, y que por fin ha sentido derramarse una vaga tristeza cuando la luz de la mañana ha comenzado a alumbrar el mundo, al ver desvanecerse con la última sombra de la noche la imagen de su amada, como si la tiniebla que se iba y la luz que se acercaba se la hubieran disputado igualmente; al sentir que su alegría momentánea se ahuyenta, como se ahuyentan las aves vagabundas de las regiones en que ya pasó la primavera.

Yo no sé qué tienen aquella tierra y aquella luz que se respira en la alameda, de creador y de fecundo, que basta un instante para que el embrión de la esperanza se desarrolle de una manera completa.

Aquella atmósfera envuelve en misterios el amor que germina y la fe que comienza a nacer. Y cuando van a aumentar esta poesía las dulces notas de la música, entonces el encanto es indefinible; aquellas notas inspiran un sentimiento que hace dirigir los ojos en torno como buscando una dulce compañera a quien decir algo muy bello que desea murmurar el alma, y al influjo de aquel sentimiento se experimenta una dulce expansión, se comprenden los encantos de la naturaleza y se encuentran secretas armonías entre los sentimientos y la voz de aquellas flores; se comprenden las extrañas melodías del susurro de las hojas, del canto de los pájaros y del arrullo de las tórtolas. Por esto padecemos al ver caer secas y amarillentas las hojas de los árboles, y al ver que las fuentes se agotan porque éste es el cuadro vivo de la caída de las ilusiones que sólo dejan en el alma las punzadoras espinas del dolor.

Hoy habrá en la alameda, como todos los domingos, flores y música, y esas otras flores y esa otra música de vuestros acentos y de vuestra hermosura.

II

La posadas han sido la única diversión verdaderamente notable que ha tenido lugar en la

semana. Todos los pensamientos y todos los deseos han ido a converger hacia ellas. Multitud de ilusiones han muerto y de entre sus cenizas han levantádose otras que también pasarán como un sueño, que tendrán la vida fugaz de la gota de rocío, que llora la mañana y seca el ardiente sol de medio día, la vida de las rosas que son tronchadas cuando apenas comienzan a derramar su aroma.

Esta época es sin duda una de las más azarosas, sobre todo en la vida de la juventud. Es la época de los grandes compromisos y de las grandes promesas. Con el objeto de distraerse, ¿qué número de locuras no se llevan a cabo?, ¿qué raudales de lágrimas no se derraman?, ¿cuántos días amargos, cuántas horas de insomnio, cuántos desengaños no derrama esta inocente diversión?, ¿cuántas espinas no clava en los corazones?

Las posadas son una diversión esencialmente mexicana, debida en gran parte a nuestro carácter eminentemente social y amigo del bullicio. Todo el año se piensa en las posadas, y cuando llegan, el estudiante empeña o vende sus libros, el empleado vende su quincena en la mitad de su valor, el rico echa la casa por la ventana, como vulgarmente se dice; los Otelos de levita y saco inglés no escasean, así como las Desdémonas de *puff* y guate blanco, y cuando todo concluye queda un profundo vacío en el bolsillo y tal vez un desengaño en el alma.

Las posadas en este año no han carecido de animación. El cielo ha brillado en estas noches como la mirada serena de los ángeles, el frío no se ha hecho sentir en su terrible intensidad, y no obstante el estado del país, los jóvenes alegres se han olvidado de todo y han corrido a llevar sus flores al templo de vuestra hermosura.

En este año, aunque el entusiasmo no ha sido el mismo que ha reinado en otros, ha habido sin embargo magníficas posadas. En la mayor parte de ellas se ha suprimido ya la antigua costumbre de pasear a los santos peregrinos, que por cierto han de estar más contentos así, porque ahora se ha procedido con entera franqueza y no se les ha invocado como pretexto para una diversión que por otra parte tiene mucho de inocente.

El señor don Adolfo Castorena ha reunido en estas noches a todos sus amigos en su casa de la calle de san Juan, donde se han celebrado unas de las más elegantes posadas de la ciudad. La señora su esposa, la hermosísima Anita Miranda, ha hecho los honores de la casa con la elegancia que la distingue. La concurrencia ha sido escogida y la reunión ha tenido el sello de la más dulce intimidad. Entre las hermosuras que han deslumbrado aquellos salones en estas noches, hemos admirado a la simpática señorita Lupe Miranda, a las señoritas Silva, Ramírez, Castorena, Villar, Mateos y otra porción de hermosuras cuya sola sombra habría sido capaz de romper el pecho del hombre más sensible.

El señor licenciado Díaz ha reunido, como acostumbra, en sus salones a lo más escogido de nuestra sociedad, y en ellos se han encontrado en estas noches la mayor parte de las deidades del olimpo de nuestra hermosura. Y ¿qué diremos de las del Casino de San Cosme? Todos saben que en aquel barrio, el más aristocrático de la ciudad, habitan nuestras *lionnes*, las pollas más deliciosas de México, hermosas como las flores de sus jardines, poéticas como

el pasado de los niños.

Todas las bellezas del barrio han inundado en estas noches los salones del Casino. Los afortunados concurrentes han deseado mil veces que las noches no tuvieran otro límite que el de su entusiasmo infinito, y estamos seguros que su recuerdo quedará grabado en ellos como si estuviera empapado en el delicioso aroma del cielo.

A propósito, nos hemos reservado este lugar para hablar de las posadas que han tenido lugar en la casa del señor don Vicente Silva, en las rejas de San Jerónimo número 4, han sido unas de las reuniones más agradables, en que ha reinado una cordialidad exquisita, y en las que los concurrentes han quedado más complacidos. El grupo de los rostros encantadores y divinos de las hermosas que han concurrido a ellas ha sido espléndido. Me ha parecido un grupo de ángeles de la mañana, que poco a poco iban disipando las tinieblas para mezclarse después a la luz de que a la vez son emanación y deslumbramiento. Las señoritas D..., con sus talles espléndidos y su conjunto poético; la señorita R. S..., cuyo carácter es la modestia; las señoritas C. S., y Ch. O..., de una expresión encantadora; la señorita H. L..., brillante, como una aparición "ossiánica"[2] entre los rayos del sol de medio día, cuyos ojos negros y hermosos han incendiado el corazón de algunos pollos; la linda señorita G. A... Y las preciosas señoritas Q..., esbelta y elevada la una, de una belleza ideal, cuyas miradas parecen brotar de sus ojos, como de un misterio o de un sueño; delicada la otra, teniendo el poder mágico de la belleza, dominando por el atractivo de su hermosura, han sido en estas noches las reinas de aquellos salones.

El señor Silva y su apreciable familia han desempeñado su cometido con un talento y un *esprit*, que dejará profundas huellas de gratitud en el ánimo de todos los concurrentes.

Por supuesto que no han escaseado en las posadas los frutos de la estación. Llega usted a una de ellas, y si por desgracia no es amigo de los concurrentes, o cuenta usted con la fortuna de que disponía César, y que es la misma con que cuentan los jugadores de lotería, ¡desgraciado!, se quedará usted abriendo la boca, porque no bailará en toda la noche; se desliza usted hasta el asiento de una niña que no baila; lleno de timidez le suplica sea su compañera; la arguye usted que no ha probado bocado (de baile) en toda la noche; pero aquella deidad es inflexible, como nuestros amigos dioses: ella espera a su compañero que muchas veces la deja burlada, haciéndola sufrir el suplicio de tántalo.

Muchos pollos que se han sentido celosos han tenido lances serios, tomando después el partido de beberse una botella de champaña a su mutua salud, en vez de incrustarse una bala en el cráneo, juzgando que es lo mejor, porque la muchacha no valía la pena de que se matasen por ella, porque correspondía... a los dos [...]

El paseo de Buenavista es ahora uno de los más populares y de los que atraen una concurrencia más numerosa.

No se puede negar que aquel lugar posee encantos desconocidos; parece que se respira allí

una atmósfera en que aletean millares de ángeles, que ahuyentan con la dulzura de sus palabras la sombra de las desgracias que aquejan a toda hora.

En Buenavista se siente algo de esa poesía misteriosa del campo; el límite de las aspiraciones se ensancha, parece que se prenden a nuestra alma alas poderosas que la remontan a otras regiones más limpias y serenas.

El campo es el verdadero depositario de la alegría y de la felicidad; allí el espíritu se ensancha, el aspecto de la naturaleza le hace soñar; aquellas armonías que flotan en el espacio, como si fueran notas desprendidas de una arpa celestial, derraman en el alma la melancolía tierna de una pasión que se produce a cada paso y que agita en nuestro ser la fibra de los sentimientos más delicados.

No sé yo por qué dentro de las ciudades se respira una atmósfera de fastidio que muchas veces se llega a convertir en una pasión que no nos abandona, llega a ser la única palabra de la vida, el mal incurable del alma.

Casi nunca es completa la alegría en las ciudades, los pesares se centuplican a cada paso; muchas veces no se siente ya el dolor, pero es porque se han destruido completamente todas las fibras sensibles; parece que el corazón se osifica al respirar esa atmósfera de vicios, de sombras, de miseria y de egoísmo; el verdadero amor y las grandes pasiones difícilmente se encuentran en las grandes ciudades; el pensamiento, que allí se detiene a cada paso por las consideraciones sociales, corre en los campos tranquilos como los arroyos; jamás se siente oprimido, y nunca fatiga con su peso nuestro espíritu. El cadáver de los desengaños se convierte en flor de esperanza; divina resurrección que parece anunciar la resurrección del alma en un mundo desconocido. En el campo se comprende la poesía de la naturaleza y se cree en Dios; el alma se arrodilla delante de él; parece que estrecha su mano y que la besa.

Por esto, sin duda, el paseo de Buenavista reúne una concurrencia tan numerosa; todo se olvida allí por un momento para entregarse a las dulces expansiones de la felicidad. Hermoso es este paseo a la hora del crepúsculo; cuando las sombras comienzan apenas a caer del cielo; cuando las últimas nubes, coloreadas por el sol que se va ocultando, parece que se sonríen, como si fueran las almas de los amantes que a esa hora lanzaran el fuego de sus pálidas miradas sobre el mundo. Todo sonríe a esa hora, todo canta, todo se ofrece a la más grata sensación; se experimenta como una dulce embriaguez; se piensa en todo y en nada, es decir, en ella, en ese ideal de nuestra alma que ilumina nuestra vida, que la impregna del aroma de su aliento, que nos señala el norte divino que nos ha de librar de ser arrastrados por el amargo oleaje de las pasiones; todos los recuerdos de dolor se amortiguan allí; no llega ni uno solo de los rumores del mundo; todas las ráfagas del aire libre de aquellos pequeños prados, sombreados por grandes árboles, todos los movimientos de aquellas hojas, todos los rayos de aquel cielo introducen la dulzura de la paz en el corazón, y bastan para llevar el vacío más espantoso que pudiera reinar en las regiones de la vida.

Qué bello es un paseo a ese lugar en que los amantes se hablan muy quedo y se dicen cosas

tan bellas, como que están destinadas a ser escuchadas sólo por aquellas aves y por aquellos árboles. Sin más testigo que el cielo, debe ser muy dulce en aquel lugar estar sentado el uno junto al otro, oprimiéndose las manos, sintiendo estallar el corazón, abrazándose con las miradas, y contemplando la sonrisa de Dios en el risueño paisaje que se tiende a la vista... Ya me parece sentir que el viento suspira a mis oídos notas impregnadas de melancolía y de frescura; creo que el ramaje no quiere dejar escapar un solo eco; que las aves quieren unir sus armonías a las armonías de nuestra alma... Oh, sin duda Buenavista es uno de los paseos más deliciosos de nuestra ciudad.

Varias empresas han colocado allí columpios y voladores, y varios otros juegos frecuentados no sólo por los niños pequeños, sino aun por los que sin serlo se acuerdan de que la edad de la dicha es la de los primeros años, y se entregan a la dulzura de aquellos juegos inocentes, mientras llega el momento de volver a las tareas de la vida diaria, a respirar el aliento emponzoñado de la ciudad [...]

[1] Aniceto Ortega, médico y músico mexicano muerto en 1875. Autor de una ópera, *Guatimotzin*, estrenada en México en 1871. Se le considera precursor del nacionalismo musical mexicano.

[2] De ossian, el nombre supuesto que adoptó el escritor inglés James Macpherson (1736-1796) en las poesías “legendarias escocesas del siglo III”, que publicó en 1760.

DE MÉXICO A TOLUCA
Impresiones de viaje en un tren de prueba[*]

I

Provisto de dos invitaciones, una del señor Sullivan, para recorrer en un tren de prueba el camino de fierro entre México y Toluca, concluido el día anterior, y otra del señor Fuentes Muñiz, convidando a comer en Toluca, en nombre del gobernador del Estado de México y de algunos distinguidos vecinos de la capital, nos dirigimos a la estación de la Ciudadela el 5 de mayo, antes de las seis de la mañana. Dos cómodos y lujosos vagones de siesta (*sleeping cars*) y una plataforma entoldada, componían el tren elegantísimamente ataviado con festones y banderas tricolores, desde la máquina hasta la plataforma, y en cuya parte posterior, íbamos a decir la popa, flotaba un magnífico pabellón mexicano con las iniciales de la Compañía Nacional Constructora [...]

Nos habían dicho que en la parte provisional y en la aún no concluida del camino había serios peligros; las aves de mal agüero no faltaban en México: una catástrofe era inminente. ¿Alguno de los que íbamos en el tren se acordó del peligro? Nadie. En primer lugar, porque la confianza en el eminente ingeniero que conducía la expedición era absoluta; el señor secretario de Fomento dio de esta confianza una de esas pruebas que obligan eternamente la gratitud de todos los hombres de corazón bien puesto, y que los directores de la Compañía recibieron con profunda emoción: llevó consigo a su esposa y a sus hijos. ¿Quién al ver a aquella dulce y simpática señora, tan tranquila, tan valiente; a aquellos niños amables, alegres y contentos como si jugaran en el jardín de su casa, instalados en la plataforma para palpar mejor la audacia infinita y el gigantesco trabajo de los constructores de la línea, podía mostrar miedo ni recelo? En segundo lugar, que no había tiempo ni espacio para el miedo. El espectáculo que a nuestra vista se desarrollaba como la inmensa tela de su cuadro mágico, embargaba el pensamiento y dejaba a la imaginación vagar sin rienda por los accidentes de aquel panorama sin fin.

Traspuestos los últimos ondulosos términos del valle de México, la ascensión comienza y una cadena de tajos, de puentes, de terraplenes pasmosos se sucede sin interrupción.

Ahí está escrita con caracteres eternos la historia del esfuerzo humano para vencer el obstáculo que le salía al encuentro en forma de montaña, de barranco, de torrente; las montañas parecen partidas con el hacha de un titán; las barrancas han sido salvadas haciendo bajar a ellas colinas enteras, quitadas de allá y puestas aquí en forma de terraplenes; y los torrentes y riachuelos impetuosos de la serranía lamen mansos e ignorados los pies de fierro de los estribos de los puentes.

Líbreme el cielo de la pretensión de describir aquel camino de águilas; los grandes espectáculos de la naturaleza se sienten, no se traducen. Un poeta, un gran poeta, uno de esos asombrados confidentes de la Creación, sólo podría transmitir la emoción sublime que se siente ante lo grande, con uno de esos inspirados gritos que estremecen las cuerdas de una lira, las fibras de un alma, hasta romperlas; pero un pobre cronista pedestre como yo, tiene que contentarse con decir a vuelapluma sus impresiones y que concretarse a resumirlas en esta frase: “Id a ver”.

Nos son familiares las primeras decoraciones de la serranía que separa los valles de Toluca y México; al penetrar en el corazón de las montañas es donde el paisaje comienza a desplegar su grandiosidad salvaje; a uno y otro lado del camino, en los estrechos y tortuosos lechos de los grandes torrentes están sembradas las montañas, que se ven levantarse desde su base hasta tocar la región de las nieves, vestidas por tupidos bosques de coníferas, embalsamando el aire con los penetrantes aromas de los árboles y dejando ver por entre las cimas coronadas de pinos, otras y otras montañas que en escalones inmensos se retiran hasta los confines del cielo. Todo es allí interesante, desde la obra inconscientemente ingeniosa del agua en las colinas gredosas, desmoronándolas, llenándolas de caprichosas grietas, convirtiéndolas en órganos altísimos, en fantásticas catedrales, en estalagmitas de barro amarillento y triste, hasta la roca basáltica o granítica de los tajos, que presenta a los ojos asombrados una sucesión infinita de facetas apagadas, de cortantes aristas de mármol, que se descubren por debajo de la epidermis vegetal, como fragmentos maravillosos de la osamenta del globo.

La vía férrea, sorteando montañas y salvando abismos, se desarrolla como una serpiente de fierro por aquella escalinata del cielo. A veces la obra humana se muestra tan atrevida como la de la naturaleza; así en el formidable puente de Dos ríos. ¿Formidable, decimos? No es ésa la expresión. Hicimos detener el tren, bajamos por los lados de la profunda barranca, y aquella maravilla de fierro surgió a nuestra vista en toda su elegancia soberbia. Francamente aquello parece una calaverada sublime: unas cuantas AA truncadas en los vértices, unidas por varillas delicadas, como fibras, sirven de soporte a la vía, que se desenvuelve sobre ellas como un enorme teclado, y bajan a descansar a veinte metros sobre unos zócalos esbeltos de piedra bruta. Parece aquel puente pintado en el aire por un pincel caprichoso; su esbeltez le da un carácter femenino, sensible, nervioso; el tren pasándole por encima, tiene no sé qué aire de brutal forzador...

Entramos después al llano de Salazar, subiendo por un larguísimo túnel; después de él vienen las obras provisionales: intrincados laberintos de rieles y durmientes; esqueletos extraños que suben desde el fondo del precipicio a buscar, como con las puntas de sus dedos de palo, el nivel de la vía, a manera de temerarios equilibristas; allí se puede aprender cómo se hace una vía provisional; la inseguridad inherente a las obras de esta especie está atajada y disuelta en una multitud de puntos, como el rompeolas dispersa y convierte en átomos de

espuma una montaña de agua precipitada por el huracán.

Jadeando subían las máquinas aquellas agrias pendientes, que a veces alcanzan el máximun permitido por la ley; las máquinas mejor articuladas de Ferly se adaptarán mejor a aquellos accidentes. Nuestra mirada vagaba distraída y atónita por las cimas; a veces la ondulación de aquellos perfiles lejanos se interrumpía bruscamente como por un hachazo: era un tajo por donde había pasado o debía pasar nuestro tren; de improviso aquí, debajo de nosotros, saliendo de sus tocas de neblina, apenas disueltas en rocío por los rayos del sol que levantaba al fin del primer cuarto del meridiano su fulgurante patena de oro, el pueblo de Ocoyacac tendía sus azoteas y las puntas de sus campanarios bajo los enhiestos taludes de la vía; bajábamos a aquella población extensísima, en alas del vendaval; el camino hace una inflexión atrevida como si quisiera besarla, y se levanta de nuevo sobre ella, dejando empequeñecerse en una fuga fantástica, casas, iglesias, chozas, sembrados, que un minuto después de mostrarse con maravillosa precisión, se esfuminan con vertiginosa rapidez en el horizonte. ¡Pero qué horizonte! No es uno solo, sino una superposición de horizontes; acá y allá rompe aquel cerco azuloso y vago, una saliente abrupta; por ahí la vista se escapa y un valle sucede al otro en una extensión que parece prodigiosa; se siente el vértigo, la atracción punzante y voluptuosa de la inmensidad, ante aquella enorme grieta de las montañas, en donde cabría alguna nación de Europa; sembrada de pueblos, que recortan en una especie de crepúsculo blanquecino las siluetas de sus torres y los perfiles de sus caseríos. Sobre aquella extensión cuyo límite no alcanza la vista, corre como áureo río sin bordes y sin sombras la luz que baja de los cielos, como el Ganges de los mitos índicos, bañándolo todo, coronándolo todo de fuego y de pedrería, lo mismo la humilde estepa del arbolillo que la aldea lejana, que parece una isla de esmeralda balanceándose sobre las olas.

Bellísimo: apenas nos reponíamos de aquella poderosa emoción y ya pasábamos por el fangoso charco que forma el Lerma, casi al nacer, y por donde

... niño todavía,
corre desnudo de la regia pompa
que lo acompaña hasta la mar bravía.

Como ha dicho Altamirano en su divina “María”.[1] Y después, un mar de nacientes maizales; era el valle de Toluca, y luego otro mar de gente, que todo lo ocultaba, todo lo llenaba, coronando las alturas, colgando de los árboles, haciendo irrupción en la llanura, poblando el cielo de vivas y aplausos. Habíamos llegado.

II

Eran las once. El sol caía a plomo sobre nuestras cabezas, sin respetar la reputación de señora fresca que tiene Toluca. Pero ni el calor ni el polvo de oro que nos ahogaba prosaicamente, ni la presión ejercida sobre la extensa superficie de nuestro cuerpo por las corrientes humanas que de todas direcciones afluían hacia los vagones, fueron capaces de disgustarnos. Superior a estos menudos contratiempos, era la sensación producida por el aspecto de aquella multitud en que la tonalidad blanca que resultaba de los trajes de nuestras clases populares dominaba, dando a aquel mar humano reflejos acerados. Perdidos entre aquellas olas y a merced de ellas, porque la comisión de recepción había sido tragada por la multitud y, nuevo Jonás, tuvo que hacer un esfuerzo supremo para salir del vientre de la ballena, observamos a nuestro favor las fisonomías que se sucedían ante nosotros en "óptica ilusoria", con el objeto de sorprender en ellas algún rasgo de indiferencia. Era imposible; aquella muchedumbre tenía una sola alma, un solo sentimiento que venía a los labios en gritos atronadores y que hacía prorrumpir en un aplauso inmenso a veinte mil personas.

Viejos, niños, ricos, pobres, hombres, mujeres; toluca entera estaba allí. Había arcos de triunfo, músicas, banderas; yo nada podía ver, yo nada vi más que gente y gente y gente. Por fin, algunos puntos de aquella multitud tomaron a nuestros ojos vida y personalidad distintas; eran los señores de la comisión de recepción que, luchando con mil obstáculos, nos instalaron en coches y nos hicieron partir.

El señor gobernador Zubieta nos esperaba en su casa. Éste es un abogado cuyo rostro amable e inteligente previene desde luego en su favor. Después de las presentaciones de oficio, descansamos algunos minutos y nos dirigimos al hospicio, donde debíamos comer. En este hermoso edificio estaba dispuesta la mesa en un espléndido salón adornado con muchísimo gusto.

A pesar de los numerosos paquetes de *sandwiches* que regados con cerveza y *cognac* habían circulado en los coches durante el viaje, el aire vivaz de las montañas había mantenido a alta presión la caldera estomacal y teníamos hambre; el general Loera convenía en ello con profunda convicción. Un estremecimiento, enteramente ajeno a las relaciones que guardan con el sistema nervioso las funciones mentales, se propagó desde la médula espinal a todo nuestro cuerpo cuando el sabroso humillo de la sopa empezó a competir con el perfume de las flores; una vez sentados en la cabecera de la mesa los señores Pacheco, Riva Palacio, Quaglia (el simpático gobernador de Morelos), Sullivan, Buchanan, a quienes hacían frente los señores Fuentes y Muñiz, Zubieta, Carvajal, etcétera, comenzó el festín.

Tocónos en suerte estar cerca de algunos estimables diputados del estado de México al Congreso de la unión, y de un tremendo "soldado del tirano", como él se llama a sí mismo, Joaquín Verástegui, tipo caballeresco que parece salido, el estoque en la mano y el requiebro en la boca, de una comedia de capa y espada de don pedro Calderón, y de Juan M. Zambrano, otro valiente calavera, que parece que ya está de vuelta del país de las ilusiones y de las aventuras.

Desde los primeros minutos la animación y el contento estallaron en chispeantes conversaciones, en risas que recorrían la mesa entera como una corriente eléctrica, y en choques de copas y de botellas; rumor entusiasta de alborozo y de júbilo, por entre cuyo *crescendo* perenne se abrían trabajosamente paso algunas ráfagas de armonía que partían de los dos patios vecinos, en donde ejecutaban, alternativamente, bonitas piezas dos bandas de música. Se había llegado a la mitad del menú, que parecía dispuesto por una hada con objeto de provocar la caída de los mexicanos en el quinto pecado capital, cuando empezaron los brindis [...]

III

La primera impresión que produce Toluca es buena; pero la segunda es mejor: sus calles limpias, sus casas frecuentemente bonitas, y más que bonitas, algunas; sus larguísimos portales, sus edificios correctos y hermosos, producen un efecto total por extremo favorable, al célebre emporio de los chorizos y jamones. Verdad es que al cruzar por algunas calles, hieren los nervios olfativos ciertas emanaciones porcinas que obligan a recordar con tristeza los olores vivaces y puros de las convecinas montañas; pero en manos de los toluqueños está el remedio de tamaño mal: expúlsense las zahúrdas del centro y oblígueselas a montarse a la moderna, y esta mancha asquerosa en el vestido de reina de la ciudad montañesa desaparecerá. Esto es obra del tiempo: el movimiento que en aquella comarca va a crear el paso de la vía férrea será parte no pequeña para apresurar esta transformación.

Desde nuestra llegada a Toluca, la buena suerte nos deparó un *cicerone* incomparable: el señor licenciado Zamora, presidente del tribunal de Justicia del estado y de la Junta de Beneficencia pública. Hombre cuya fisonomía revela uno de esos fondos de bondad limpia y pura como el agua de roca, un entusiasmo tranquilo, pero inacabable por el bien, por el progreso de su tierra natal. El señor Zamora es uno de esos ciudadanos, no tan raros en nuestro país como lo suponen los pesimistas, que se consagran con alegría y sin esperar otra recompensa que la de su conciencia, a aliviar desgracias y a fomentar la mejora social. Es característico en hombres de tal temple, el amor por la niñez, el celo por las instituciones escolares. Es natural: el carácter paternal del estado se manifiesta cuando cuida del niño y es feliz el pueblo que posee como representantes, como encarnaciones de ese deber social, hombres de espíritu noble y bueno, como nuestro amabilísimo *cicerone*.

Teníamos todavía en las manos el cepillo con que nos esforzábamos en volver a nuestras ropas el color primitivo, y ya el señor Zamora nos obligaba a visitar al amplísimo local del hospicio, sus cómodas y ventiladas habitaciones, y sus refectorios, cocinas, etcétera, perfectamente aseados y limpios. Aquellas excelentes condiciones higiénicas se reflejan en los rostros de los niños asilados, que respiran salud y contento.

Después del banquete fuimos a presentar nuestros respetos a la estimabilísima señora que nos ofrecía en su casa esa hospitalidad naturalmente noble y franca que ya no se practica entre nosotros, que conocieron nuestros padres y que se ha ido a refugiar lejos de la gran capital; esa hospitalidad no es, como aquí, hija de la etiqueta social o del deseo de ostentar, sino de un sentimiento que los antiguos elevaron al rango de virtud; sólo delante de tanta amabilidad y deseo de complacer puede comprenderse bien el sentido cordial y sincero de la vieja fórmula española de urbanidad: "ésta es la casa de usted", que en nuestros labios no es más que un ofrecimiento banal y mentiroso.

Cierto que en todo eso tenía influencia decisiva el talismán que yo llevaba, o mejor, que me llevaba a mí: el general Riva Palacio. Para los toluqueños, mi simpático amigo es la mejor obra de don Mariano Riva Palacio, que tantas obras buenas hizo en el estado. En la casa de la señora viuda de González vi, en resumen, el vivísimo sentimiento de gratitud y de amor que rodea en aquellas comarcas al nombre y al hombre.

Cuando nos pusimos a las órdenes del señor Zamora, apenas nos quedaba una corta porción de la tarde, disponible. Visitamos el palacio municipal, en construcción todavía, pero que ya revela en su elegante fachada que no necesitaría más reforma que la supresión del zócalo del asta bandera que descompone el remate; en su airosa y valiente escalera, en sus amplios salones, que será la casa más bella de Toluca; el palacio de gobierno, construido sobre los planos de ese pobre artista de genio que se llamaba Rodríguez Arrangoity,[2] apenas ayer bajado al sepulcro; desde los balcones del palacio pudimos ver una parte del gracioso panorama de Toluca; los espléndidos cimientos y planta baja medio levantada ya de la futura catedral, cuya conclusión, por desgracia, se hará esperar tanto como la de la catedral de Colonia, a juzgar por el hecho y por lo que queda por hacer.

El sol declinaba ya cuando de palacio salimos; la tarde tendía un melancólico velo gris sobre la ciudad, y la bruma desvanecía por dondequiera los términos lejanos del bello paisaje que circunda a Toluca. El bullicio había cesado en la parte de la ciudad que recorríamos, y en las calles solitarias resonaban nuestros pasos sobre el limpio enlosado como si fuera de noche, cuando los ruidos mueren y los vecinos duermen; éstos no dormían, no; en los balcones y ventanas asomaban los ancianos sus caras risueñas y satisfechas, saludaban con ternura a mi compañero de viaje, mientras las niñas nos seguían con sus miradas llenas de curiosidad y de luz [...]

IV

Y toda la noche, mientras el general Riva Palacio tarareaba sus canciones del tiempo de la campaña, a cual más erótica, yo daba vueltas entre mis mantas, pensando en la sorpresa que al día siguiente me iba a dar el nevado, y en que, para castigo del orgullo humano y de la

infatuación que a nuestro siglo han causado el vapor y la electricidad, la providencia ha dispuesto que todo aquel que pase su día viajando en vagón no duerma de noche; así como ha dispuesto también que la literatura de los telegramas acabe con toda otra literatura; aunque está por inquirir si esto es castigo o beneficio.

No estoy cierto si rayaba el alba cuando me asomé al balcón; un cefirillo toluqueño, que aspiré con delicia porque era para mí un mensajero del nevado, me dio un fresco saludo matinal; la luna, pálida de tanto desvelarse, retardaba perezosamente su vuelta a casa con visible intención de que el sol la sorprendiera en el cielo, sin estrellas, como si dijéramos, sin testigos.

La luna al ver al sol acorta el paso
y se quedan mirando frente a frente
un globo de oro y sangre en el oriente
y un globo de alabastro en el ocaso,

que dijo Zenea,[3] el poeta mártir. En aquel momento nos contentábamos con el globo de alabastro.

Descorrer el alba las cortinas azules de su cama y poner temblando de frío su desnudo piececito de color rosa en la alfombra de escarcha del valle fue todo uno. Entonces me volví todo ojos; busqué con ansiedad por los cuatro vientos del horizonte el lugar en que debería dibujarse el perfil elegante del nevado. Nada, ¡ay de mí!, nada había más que montañas vulgares con sus grandes peinetas de pinos, en que el viento preludiaba como en las cuerdas de una arpa sus alegres canciones de primavera y, abajo, la “yerba que verdegueaba”, de la propia suerte que en derredor del castillo del señor de Barba azul.

Eran cerca de las seis cuando dejamos, a seguida de un opíparo desayuno, aquella hospitalaria casa, después de presentar nuestros respetos a la señora viuda de González, que hasta el último instante se mostró con nosotros admirable de cariño por mi compañero y de afectuosa atención conmigo.

—Esta noble mujer, hoy sola y casi ciega —me decía el general cuando nos encaminábamos a la Lonja—, ha conservado, aquí y en México, amistades cordiales y profundas, porque su casa era el centro de donde partían el consuelo y el auxilio de cuantos sufrían por la causa de la independencia o de la libertad. Desde los jefes “chinacos” en tiempo de la intervención, hasta el señor iglesias en tiempo de don Sebastián Lerdo,[4] todos los perseguidos, todos los desgraciados han encontrado amparo y cariño en casa de Carlota. Por eso es tan querida.

El punto de cita de los viajeros era la Lonja; allí nos reunimos y, un cuarto de hora después, el tren partía lentamente de la estación, saludado por "la crema" de la sociedad toluqueña, que nos había hecho el insigne honor de madrugar para darnos el ultimo apretón de

manos [...]

[*] De la sección intitulada “La semana” que publicó Justo sierra los martes en *La Libertad*, del 28 de febrero al 3 de octubre de 1882, se reproducen aquí los artículos de carácter literario. El resto de la serie, de carácter misceláneo, figura en el tomo XV de las *Obras completas* que publicó la universidad nacional autónoma de México.

[1] Poema de Ignacio Manuel Altamirano, fechado en 1864. Justo Sierra cita de memoria. Los versos dicen en el original como sigue:

... Débil todavía,
juega, desnudo de la regia pompa
que lo acompaña hasta la mar bravía.

[2] Ramón Rodríguez Arrangoity, arquitecto mexicano.

[3] Juan Clemente Zenea.

[4] José María iglesias (1823-¬1891), presidente de la Suprema Corte de Justicia que, en desacuerdo con la reelección del presidente de la república Sebastián Lerdo de Tejada (1820-¬1889), asumió el cargo de presidente interino. Justo Sierra abrazó su causa.

METLAC*

La vía férrea de Veracruz a México corre de levante a poniente. Si en un momento dado pudiera suprimirse una inmensa porción de terreno del lado del norte, desde la franja dentada que forman los durmientes de la vía, hasta veinte o treinta kilómetros de distancia, podría entonces abarcarse a un tiempo el milagroso trabajo del hombre incrustado en hierro sobre el pavimento colosal de la naturaleza.

Sería el corte longitudinal de una gradería olímpica. En la extremidad del poniente, las accidentadas llanuras de la mesa central, cubiertas de magueyes, de cactus y de pinos, esos melancólicos gigantes de las regiones frías; engalanadas con un cielo azul, armónico y de un brillo incomparable, con el cielo que cobija a México, la azteca dormida sobre un inmenso cráter convertido por la naturaleza en un nido de flores en medio de un anfiteatro de policromas montañas, reproduciendo su belleza en el espejo de sus lagos y vigilada por esos dos titanes que para verla mejor rasgan el éter con sus cimas de hielo, enormes abanicos de plata nevada que refrescan las noches del valle; con el cielo que acaricia a puebla, poético y silencioso convento, que como todos los conventos de América, ha trocado frecuentemente sus cánticos religiosos por los himnos bélicos y el clamor de sus campanas por el estallido de los cañones, las campanas de la guerra.

Una árida pendiente, formada por cadenas de estériles valles, ondula hasta las cercanías de Orizaba. Las cumbres de Acultzingo destacan en el cielo su soberbia silueta; por su falda los hombres han hecho una vía romana siguiendo las huellas de las águilas, semejante desde lejos a una serpiente blanca que por medio de panoramas indescriptibles se precipita sobre los cafetales que rodean ese terruño del edén, que se llama Orizaba.

Descendamos aún por entre los platanares y los mangueros, los plantíos de tabaco, los cañaverales y esa multitud de *orchideas* de tan diversos colores y formas, esa muchedumbre de pájaros que parecen flores que vuelan, y seguimos bajando; de improviso se presenta un abismo, una enorme solución de continuidad: la barranca de Metlac. En el borde, horizontes de montañas, pavimentos de verdura; a lo lejos “la tienda de cristal del Orizaba”, como dice Ramírez; bájese aquí por un camino que serpea en la roca; allí, por una serie de pequeños despeñaderos que en un instante conducen al suelo, un riachuelo pasa junto a los pueblecillos que duermen en el fondo; la naturaleza es magnífica en derredor de esa tremenda grieta del suelo; las lianas, colgando de los árboles, bajan agarrándose de los mamelones arenosos, hasta unirse con los árboles de la profundidad; el reptil de la vegetación desempeña allí funciones fraternales. Pero un tren de vapor no puede ni con mucho hacer lo que las lianas. El tren tiene que salvar la barranca.

Un día de éstos se agruparán muchos hombres en el fondo de aquel abismo, y a poco se levantarán de entre ellos algunos enormes cimientos de cantería, sobre los cimientos, gruesos postes y ligaduras de fierro; luego, en el momento en que esos gigantes de cien metros de altura se den las manos, la locomotora pasará como una exhalación por sobre las profundidades de la barranca, el silbido de esa águila se confundirá con el del tucán, y el carbón de piedra, ese incienso de la industria humana, dejará su rastro, semejante a una nube, en el cielo tranquilo de Metlac.

Salvado aquel obstáculo, el tren bajará por la falda de ese maravilloso *belvedere* que se llama el Chiquihuite y a poco tocará en las arenosas playas de Veracruz, en cuyo mar durme la fiebre amarilla, ese terrible dragón de las Hespérides mexicanas.

[*] *El Renacimiento*, México, 24 de julio de 1869, t. I, p. 425.

EN TIERRA YANQUEE*

DEL BRAVO AL MISSISSIPPI

Vamos andando, corriendo, volando ya. La fisonomía del paisaje no cambia en sus grandes líneas; pero aquí en los primeros términos varía rápidamente. Aquí la vegetación parece más copiosa, más grasa, de un verde mejor lavado que allá, aunque siempre chaparra. Rompen a trechos estas masas de colorido húmedo los cubos regulares de los caseríos de color de ladrillo amarillento.

Uno que otro *ranger*, inmóvil sobre su caballo inquieto, con su "jarano" blando hecho en Chicago, sus botas rojizas a la federica y su cara seria de rubio abofeteado por el sol, ve pasar el tren en una encrucijada de árboles. Las casas pintorescas de madera menudean; primero se ven altas, coloradas y clareadas de ventanas, como manchas agradables que recortan el gris azul del cielo y alegran por abajo las masas verdosas de la arboleda; al cabo empiezan a ser monótonas, mas nunca es ésta como la desesperante monocromía de las cercas y las chozas de adobe, color de tierra muerta.

En el fondo, un esfume plomizo de montañas bajas; la mañana avanza y parece que el tren la deja atrás; vemos, al pasar, las *sections* en que están divididos los condados texanos, sucederse casi sin interrupción.

Algunas de estas poblacioncillas son muy limpias; parecen vestidas de día de fiesta, y son como una especie de repique de colorido en un paisaje a dos o tres tintas nada más. Los hotelillos regocijados, sus vastas tiendas de abarrotes (*groceries*) arrancan de nuestros labios la consabida exclamación nacional: ¡qué bonito! De cuando en cuando un *city hall*, un palacio municipal, como solemos decir, trivial, aislado, se yergue blanco y severo, flanqueado por techos negros de lámina, entre los que descuella en el centro una torre pagódica pomposa y fuera de tono...

Sigue la llanura aborregada de arboleda verde a "vista perdida"; los maizales tostados manchan aquella interminable tela de amarillo rural, pero no le quitan su visualidad.

San Antonio. Aquí junto, del fresco *restaurant* para allá, dos o tres millares de casas de madera con sus tejados blancos o rojos. En cuanto se alínea el tren, se ven distribuirse, perpendicularmente a la vía, prolongadas avenidas entre masas iguales de construcciones altas, acotadas por rígidas vallas de postes telegráficos, por entre los cuales vienen y van continuamente, como enormes tortugas automáticas, los vagones eléctricos, armados de sus largas púas de fierro que buscan y pierden sin cesar el contacto con el alambre.

Tal es San Antonio a primera vista; a segunda vista percibimos varios lindos edificios de ladrillo; a tercera vista, San Antonio es una sopa de malva, un filete de cerdo, un *pudding* de

cebada; a cuarta vista, un vagón que lleva este gran letrero: *For whites,* para blancos: primer contacto con la democracia americana. Entramos en ese vagón en nuestra calidad de semiblancos. Una muchacha de trece años, un brote de aquel árbol inmenso cuya savia está hecha de leche y sangre, una flor encapullada de aquella civilización en que cada uno se siente algo y lo manifiesta con cierto aire de rey de su propio individuo, que ni se pierde ni se confunde con nada, ni cuando es ridículo o cómico, eso era aquella muchacha elegante, bonita, seria, bloqueada en su asiento por un gran plato de uvas heladas, una canasta de panecillos y un montón de periódicos. Iba a Nueva Orleáns, sola, sin miedo y sin reproche. Eso allí es cosa tan común, tan natural, que nadie se fija en ello, ni lo ve siquiera; mas un mexicano tiene el derecho de dar testimonio del caso y de ver... de reojo, porque la mirada de un hombre que "insistiera" en dirección de una pequeña *miss* de éstas, se encontraría al fin con la mirada sorprendida de la niña y luego con la del conductor... ¡Y aquí de mis paisanos!

Y mientras repantigado en mi mullido asiento de polvosa pana roja, veía pintarse y desaparecer en la zona del cielo que encuadraba mi ventanilla, en perenne avance, uno tras otro, los molinos aéreos, como extrañas aves degolladas, con sus alas de abanico y sus colas rectas de palo pintado, hacíame estas reflexiones políticas, que son probablemente perogrulladas trascendentes: *For whites,* para blancos, nada más; y es que toda democracia necesita esclavos, o abajo, como la de Atenas, o arriba, como la francesa; los de arriba son caros, se llaman diputados, son el gobierno. Esta democracia americana tiene a los de arriba y quisiera tener aun a los esclavos de abajo. En suma, una democracia es un sueño; una democracia es una aristocracia constantemente asaltada por los que quieren entrar en ella. ¡Si los negros lograran tener la mayoría en el Capitolio, como la tienen en las calles de Washington, reducirían a los blancos a la esclavitud!

Paran aquí mis lucubraciones políticosociales; aquí paran, porque me fastidia pensar en esas cosas, tanto como a mis lectores leerlas; y Horacio dio la receta: si quieres fastidiar, abúrrete, *si vis me flere*...

La tarde cae como una sábana gris sobre el campo distribuido en tableros de algodón ya casi cosechados; sobre el verde pajizo de los tallos la flor blanca o morada (lo que llamó el gran poeta de la naturaleza americana "las rosas de oro y el vellón de nieve") muestra aquí y allí sus motas tupidas y encapulladas; de cuando en cuando un hombre que *pizca*, se endereza y nos mira pasar con su cara hosca y emborronada de pelos, y su mujer, arrodillada y apoyadas las manos sobre el cestón en que recoge los vellones, vuelve a nosotros sus ojos risueños y su frente atezada, bajo el gran paño azul de la cofia. Entre campos de algodón y campos de maíz descoloridos, brillan a trechos las grandes pajas de seda verde de las praderas sembradas de *johnsongrass.* Las casitas de madera se apiñan con más frecuencia ahora que esta mañana, y hay entre ellas edificios verdaderos cuajados de arabescos y con grandes pujos arquitectónicos; solemos detenernos en estos poblachos ricos. Bordando las estaciones hay parquecillos muy bien arreglados; en este que recorremos con deleite, por el sereno frescor de

la temperatura, se lee el nombre del lugar, trazado en el suelo con piedras bañadas de cal blanca: “Schulembourg.”

Al anochecer llegamos a Houston; ésta es una ciudad en forma. ¡Houston, qué melancólicos recuerdos! Esta ciudad lleva el nombre de nuestro vencedor en Texas; es decir, del vencedor de Santa Anna. Estas páginas de nuestra historia no pueden recorrerse sin que venga a la boca un sabor de ceniza y de muerte. La gran figura del federalista Zavala surgió ante mí, del libro consagrado por mi padre a su memoria.[1] no, no fue un traidor el primer vicepresidente de Texas; la patria apenas tomaba forma en el caos, aún se subalternaba esta noción, en las conciencias nuevas, a determinada forma política. No, Zavala no fue traidor; había nacido en Yucatán; pues bien, sólo para los dos extremos del país, para Yucatán y Texas, el pacto federal había sido un hecho y no una ficción...

Estamos en Houston; el ir y venir incesante de trenes en la estación me proporciona la primera sensación de “un pueblo entero en movimiento”, a compás de un campaneo perpetuo y de un rugir de locomotoras que no acaba. Unos hombres andan como autómatas, suben con sus valijas en una mano y su periódico en la otra, atraviesan nuestro carro, salen, bajan, desaparecen; uno que otro se sienta en el gabinete de fumar, enciende un puro y se va; ha descansado de cinco a seis horas de marcha. Cuando se mueven estos hombres, óyese el crujido de sus articulaciones de fierro. ¿Quién hizo estos muñecos tan impasibles, tan colorados y tan fuertes? Éste es el pueblo americano, un pueblo que no se sienta más que para tomar cerveza, y eso no es sentarse. Además, habla por la nariz.

La tierra sale desnuda a tomar su gran baño de plata a la luz de la luna. Ésta es una noche pintada expresamente para ilustrar un poema de Chateaubriand; no tendría precio, como bambalina, en *Atala*, esa ópera de las vírgenes soledades americanas. No son vírgenes ya, por desgracia; por desgracia para ellas, no para mí, que sin este crimen no las habría visto. El vapor es el gran violador; hijo del carbón y del agua, es el dios de la mitología nueva (que es lo mismo que la vieja), mueve al mundo como si fuera una palanca o un émbolo, y por eso esta noche de plata pura está incrustada de fierro y de fuego. Junto a mi ventana pasan los trenes diabólicamente ruidosos; allá abajo corren los ríos celestemente silenciosos...

En Luisiana. Mientras un negro me frotaba el pecho y la espalda con una gran esponja de agua helada, yo veía, apoyado en el mármol de los lavabos, amanecer el mes de octubre en Luisiana, y en verdad que esta aurora estaba muy bonitamente arreglada, las nubes muy bien cardadas (en la próxima fábrica de tejidos de lana, me figuro) flotaban en copos de un gris azul impagable para una corbatadirectorio; pegadas al oriente había fajas de seda purpurina estriadas de largos pliegues horizontales; un verde en el cielo, muy de moda, y ¡qué cielo tan cristalino, tan claro! Los tupidos cañaverales altos, repletos de miel, llegaban como esteras doradas hasta el horizonte, y los algodonales empolvaban, como peluca a la Luis XV, las rubias praderas.

Estamos en la tierra de “los bosques de la Luisiana”, esa especie de edén con que Law

enloquecía a los nobles y burgueses de Francia, al principiar el pasado siglo; verdad es que Luisiana se llamaba entonces una región que comprendía vagamente la mitad de los actuales Estados Unidos.

Pero los bosques no sólo son de árboles, sino también casuchas de lindo aspecto, de jardines acicalados; vimos en ellos algunos abetos, tan primorosamente cuidados, que no los desdeñaría un jardinero de Versalles. ¡Oh!, qué envidia, qué envidia causan estos suelos tan bien regados, tan negros, tan grasos, tan bien preparados para el cultivo.

Por entre las calles de maíz cosechado ya, desfilan grupos de *babies* y *misses* negras, del color de la tierra, sucias y mal pergeñadas, alargando hacia el tren el grueso y sensual hocico, y en pos de éste, todo el indolente rostro encuadrado por las alas enormes de sus cofias de percal.

No que los árboles de estos bosques sean gigantescos, no; ni siquiera las largas guedejas grises que cuelgan de sus ramas, idénticas a las parásitas de nuestros ahuehuetes, les dan un aire secular; parecen bosques de cincuenta años, pero tupidos y repuestos a maravilla; en la sombra en que bañan los troncos de sus interminables arboledas, que rara vez puntea de oro un rayo furtivo de sol, espejean rápidamente grandes charcos de agua que de lejos dan frío y de cerca deben dar calentura.

Multiplícanse en el cielo las chimeneas con sus garzotas de humo o negras o grises o blancas; las corrientes suelen ser más anchas; he aquí un río, lo atravesamos sobre un magnífico puente; sus riberas tienen un ribete de *docks* de madera color de chocolate, acotados de uno y otro lado por líneas simétricas de casas que, como todas las de por aquí, parecen portátiles, tan ligeras así son, y por vapores de todos tamaños que van o vienen del Golfo. La señorita, que ha pasado la noche sola, entre los hombres del *sleeping car*, vuelve en estos momentos del tocador, esbelta, correcta y limpia, con esa limpieza de las razas rubias que parece una irradiación del alma; y con sus ojos lucientes y tranquilos, su sombrero y su camisa blanca, bajo el *jaquet* de corte varonil, parece una Juana de Arco de escuela normal. Y ¡oh contraste!, en la estación siguiente se instala frente a ella una yanquesa de pelo rojo, de tez pálida, con unos anteojos que parecen un biombo de cristal y terminada por puntiagudo sombrero negro: ¿será un *yankee?* Merece serlo [...]

NUEVA YORK

Las calles se parecen todas; he aquí el tipo que más se reproduce: grandes edificios, monumentales por sus dimensiones; ocho o diez pisos con frecuencia; ningún balcón; ventanas todas, con dos bastidores de cristal que suben o bajan deslizándose por correderas paralelas: nunca puede abrirse más que media ventana, o la parte de arriba o la de abajo; unos dos o tres metros sobre el nivel de la acera, una serie de bonitas y pequeñas vidrieras: son las

puertecillas de aquellas casas enormes, que tienen casi uniformemente un ancho de siete a ocho metros. Resultan, pues, series de torreones contiguos; mas como todos están construidos según el mismo patrón, parecen palacios de tamaño de un *block* cada uno. De la puertecilla se baja a la calle por una escalinata de piedra con grandes balaustradas; todo, casas y escaleras, de color de chocolate claro. Entre dos escaleras, el fondo de la acera está abierto, y por ahí recibe luz, cuando la recibe, el primer piso subterráneo en donde están el comedor y otras dependencias domésticas. El segundo piso subterráneo, siempre iluminado con gas, a veces recibe luz por el andén de la acera, en donde suelen sustituir a las losas grandes placas de vidrio; a través de ellas puede el transeúnte ver las cocinas, las calderas de los elevadores, calefactores, etcétera.

Desembocamos en una vía anchísima, que la altura y la robustez de los edificios que la bordan, hacen parecer estrecha; estábamos en el centro de la Quinta Avenida. Empieza allá abajo, más allá de nuestro horizonte; sube a lo largo del parque Central y no termina: terminará donde termine Nueva York, que ya rebasó su isla; pero, ¿Nueva York terminará en alguna parte? ¿O seguirá a lo largo del Hudson y hará del Champlain uno de los lagos de su futuro Central Park, y desembocará en el Canadá, que será entonces parte de la Confederación Americana? Quién sabe; mas cuando esto suceda, los Estados Unidos, después de un tempestuoso periodo de monarquía, o mejor dicho, de cesarismos socialistas y demagógicos, habrán vuelto a su equilibrio republicano, formando una confederación compuesta de grupos federales independientes, de verdaderas naciones; entonces nosotros, que habremos crecido más lenta, ¡oh!, sí más lenta, pero más sanamente (*chi va piano va sano!*), veremos qué partido tomamos; ¡oh, lo hemos de pensar mucho! Si alguno no cree en esta profecía, tómese el trabajo de vivir cuatrocientos años.

San Patricio

[...] Es un encanto esta iglesia de san patricio, la catedral católica, viuda en aquellos días de su arzobispo, que estaba en México coronando a Nuestra Señora de Guadalupe y sirviendo de corista en la apoteosis de Juan Diego, personaje tan real, gracias al poder creador de la imaginación del pueblo, el supremo poeta anónimo, como el Guillermo Tell de los suizos. A éste y a aquél los inventaron los monjes; pero a éste, a Juan Diego, en la actitud en que querían los misioneros eternizar a la raza conquistada, protegida por la reina de los cielos, que convirtió la tilma indígena en una égida fulgurante capaz de embotar todas las codicias y avideces de los encomenderos, y de rodillas ante los frailes sus bienhechores.

En el centro del amplísimo ándito, tapizado con la felpa verde de deliciosa gramínea inglesa, se alza solo, soberbio y puro, el templo gótico de la piedad fastuosa de los irlandeses, que ayer se disputaban unas patatas y hoy derrochan millones, ha erigido a su patrono

nacional, al santo misionero que es la personificación legendaria de su fe y su esperanza, de la religión y de la patria. La blancura del mármol, la elegante sobriedad de los apoyos exteriores de las bóvedas ojivales, la fantasía de la ornamentación, la fragilidad aérea de los muros diafanizados por vitrales gigantescos, la elevación sublime de las flechas orladas de marmóreo encaje, obligan a poner en olvido la extraña forma de monstruosa arácnida de piedra que tienen los templos góticos. Lo verdaderamente arrobador en esta iglesia de San Patricio es la suavidad con que las líneas convergen todas desde las bases al extremo de la flecha, que la imaginación continúa en una línea ideal en lo infinito. Es una plegaria, como se ha dicho de estas maravillosas creaciones de la arquitectura ojival, pero una plegaria mansa y serena; no es un doloroso miserere, es un plácido y solemne *Te Deum*. Los arquitectos que esto ejecutaron no eran esos monjes inquietos y llenos de fe mística, pero en perpetua lucha con el infierno en el interior de su alma; no eran esos arquitectos de atormentado espíritu que intentaron hacer de un edificio inmenso una pirámide aérea maravillosamente calada y ornamentada con todas las quimeras y todos los demonios y todas las deformidades del pecado, trepando en forma de esculturas convulsivas por los arbotantes y abriendo sus fauces sobre el abismo en las gárgolas y riendo en los doseletes de los santos, mientras adentro se sucedían en una mirífica epopeya, todas las fases del combate entre la luz y la sombra, ensangrentado aquí, divinizado allá, por las claridades que filtraban del rubí y del zafiro de los vitrales. No, aquí no; en esta catedral hecha con lo mejor de todos los estilos del arte gótico, no hay lucha, hay triunfo; la luz que domina en el interior es la de la amatista episcopal o la del topacio que rodea de oros de apoteosis las madonas, los tabernáculos y hasta las cabezas argentadas y los rostros floridos de dos o tres irlandesas que hacen crujir los reclinatorios bajo el peso de sus cuerpos atiborrados de *roastbeefs* y de margarina de Chicago. ¿Qué es lo que falta aquí, oh, san patricio? Nada, todo; falta el tiempo, falta la pátina de los siglos, ésa que quitará a esta catedral magnífica su aire de haber salido ayer de una fábrica de catedrales, qué sé yo. La historia, en suma; esto es lo que falta aquí. Dentro de ochenta años, cuando los anarquistas y los negros hayan degollado cien o doscientas familias de millonarios irlandeses en las gradas de san patricio, el vapor de sangre que suba por estos muros, dando al mármol un tinte color de rosa, trágico y delicioso a un tiempo, habrá convertido este costoso ejemplar de la industria humana, en una obra de arte [...]

DOWN TOWN

[...] Tiene toda mi aprobación este invento de los ferrocarriles elevados, o como aquí dicen todos: el “elevado” o *the L*, sencillamente, conduciendo por término medio un millón de pasajeros diariamente; los trenes del “elevado”, que se siguen con intervalos de dos o tres minutos en el día, y de diez por la noche, van y vienen a lo largo de varias avenidas desde lo

más alto de la ciudad, desde el río Harlem y de más allá, hasta la punta de la isla, hasta lo que se llama la Batería. La vía, de hierro y madera, está construida sobre columnas fundidas, a la altura de los primeros pisos en la ciudad baja, y a la de los más altos, a veces, en la superior; allí, hacia el Harlem, los trenes van al nivel de los tejados de casas de doce y quince pisos, sobre tinglados de fierro que parecen nacidos de la torre Eiffel; desde allí se domina el Parque Central y gran parte de la ciudad; merece verse. A veces, en una sola avenida se alinean dos vías separadas; suelen, sin embargo, ir juntas en una armazón sola que sirve casi de techo al pavimento inferior, por donde discurre otro millón de pasajeros en vagones funiculares o de tracción animal y en toda clase de vehículos; nadie anda a pie sino el menor espacio posible, y cuando estos señores van a pie, van corriendo a buscar la escalera del "elevado", o subir en la primera bocacalle a la plataforma de un vagón de cable. *Et sic semper.*

Llegamos a Down Town, que es un laberinto de callejas tortuosas, la antigua Nueva Ámsterdam de los holandeses, circundada y penetrada por la vieja Nueva York. Es un triángulo erizado de muelles (*docks*) en sus catetos; los trasatlánticos, los *ferries* y mil embarcaciones de toda especie zumban en derredor de esos *docks*, o inmóviles como cetáceos colosales hacen sus formidables digestiones de artículos de exportación, en cambio de baratijas o de emigrantes. En este triángulo, el mundo entero está presente en vertiginosas transacciones comerciales, y todos los representantes del comercio del mundo han querido tener ahí un despacho, un mostrador, un libro de cuentas; por eso el terreno tuvo una demanda enorme y todo quedó distribuido en proporciones de siete y medio metros de frente; entonces, para dar cabida a esta enorme población diurna de la transacción y del lucro, sobre un piso vino otro y veinte más, y los arquitectos americanos, preocupados bien poco del arte, y gobernados por la necesidad de conquistar en el aire lo que no era lícito tener en el suelo, y de buscar en sus construcciones mucha resistencia contra el viento y contra lo deleznable del piso, han hecho maravillas de solidez frágil; empeñados en tener en sus fantásticas torres todo el *confort*, toda la comodidad característica de la cultura *yankee*, inventaron los "elevadores" y otra porción de cosas que es preciso que nuestros arquitectos vayan a estudiar allí, *sur le terrain*, porque cada una de ellas significa una dificultad vencida a fuerza de cálculo, un problema resuelto a fuerza de ingenio. Y así es como se han puesto de moda en Nueva York y en toda la unión estas casas que los americanos llaman con cierto orgullo "rasca nubes", *skyscrapers*. Pronto estas torres serán de acero, o de vidrio, o de aluminio, y subirán (hay una en construcción de veinticinco pisos y otra de treinta y dos en proyecto para el *Sun*, popular periódico de aquí) a 140 metros. Supongo que habrá que tener entonces encendida la luz eléctrica todo el día en las calles de esta Babilonia [...]

VISTA PANORÁMICA

[...] ¿Y aquella cúpula de cobre que se me incrustó como un clavo en el cerebro cuando divisé a Nueva York por primera vez en esta supuesta isla de Manhattan, que en realidad no es más que una lengua de roca arenosa, erizados de *docks* sus bordes como la defensa de un pejesierra? Aquí está, sobre una de estas torres angulosas en que vive esta gente su frenética vida de negocios, y que no es posible llamar casas; son los templos del *business*. Arriba, pues; pagamos unos cuantos centavos, entramos en nuestra jaula... Solo el tiro de una mina puede dar idea de estos pozos, por donde vuelan los ascensores... Llegamos, subimos una escalerilla de hierro, y henos aquí instalados en una ventanilla de la cúpula.

Ya sabía yo que así era Nueva York; no había cesado de figurármela así, y ¡qué sorpresa! Como dar idea de este "apeñuscamiento" de edificios aquí abajo de nosotros, que un poco más allá se calma, se serena, se regulariza y se escapa en macizos simétricos de casa rojas, rojizas o enrojecidas, que no dejan de ser grises, sin embargo, y se va, se va por la estrecha isla y se pierde en nuestros horizontes en un salpicamiento de manchas verdosas de árboles, entre jirones de nubes de humo de carbón de piedra. Desde esta altura se ve a nuestra derecha la línea de Brooklyn y el puente en un escorzo maravilloso; entre los ángulos de las casas se ven cruzar las velas, las chimeneas, los árboles desnudos de los barcos; aquí abajo se distinguen los ramales de fierro del "elevado", sobre el cual arrastran sus enormes eslabones los trenes, que pasan y pasan, tragando y vomitando gente en las estaciones. Más abajo los coches funiculares surcan ríos de viandantes y de carruajes que forman, en las bocacalles, gruesos nudos vivos, que se disuelven y reforman instantáneamente. Broadway, como una serpiente negra de multitud, corta al sesgo las otras corrientes y casas y calles y avenidas y plazas, y se pierde quién sabe dónde. Aquí no surgen los campanarios, como en nuestras ciudades; una que otra aguja gótica, que nunca se sabe si es de una iglesia u oficina pública, o colegio o compañía de seguros; las que descuellan como torres son las casas altas, las de quince o veinte o veinticinco pisos, como esta azulosa y aún no rematada que vemos aquí a un lado. Los penachos de humo, espesos cerca y tenues y blancos a medida que se alejan y que se escapan de todas las chimeneas, dan a todo esto cierto aspecto de inmensa estación de carros fúnebres, inmóviles bajo sus plumeros ondeando en una sola dirección.

Corrimos a otra ventana. ¡Oh!, el agua, el agua; las tendidas, las interminables planicies de agua; éste es el panorama supremo, éste es el espectáculo que nunca sacia, que hipnotiza, pero que no cansa, que absorbe la mirada primero y el pensamiento luego, y la emoción después, y lo deja a uno sin conciencia, como el fragmento de madera que flota a merced de las olas... Cada contemplación del mar es un naufragio, es un desvanecimiento infinitamente voluptuoso en el no ser; el "nirvana" de los budistas aquí está, de aquí brotó la imagen que se tornó en idea, que se volvió sistema en el cerebro de los filósofos ascetas de la India...

La bahía se ve desde aquí admirablemente recostada en la luz de esta tarde clara; está gris como el cielo, parece formada de cielo líquido; las islas cargadas de edificios y espinadas de mástiles la pueblan sin disminuirla; todos los monstruos que surcaban el océano en los tiempos

terciarios han vuelto a la superficie en forma de navíos, de *ferries*, qué sé yo, en todas las formas; pero rígidos en sus inarticulados carapachos de fierro, con sus caudas rotatorias o sus formidables aletas que transforman las olas en lumíneas explosiones de diamantes y topacios... Allá enfrente, en una isleta, se ve una figura que parece la vigilante pastora de estos monstruos marinos: *La libertad* de Bartholdy. “nos queda un segmento de tarde y de luz; vamos allá.” [...]

Cuba y Estados Unidos

[...] Abajo, debajo, en el piso subterráneo del Colón-Cervantes, en la sala de billar, en el bar, reunidos en derredor de los vasos de cerveza, de los *cocktails*, del licor de jengibre, entre espesas nubes de humo de tabaco, los muchachos bebían y pasaban, los hombres serios bebían y se sentaban y hablaban de negocios, de política, ¡ay!, de política internacional. ¿Cómo podrá resistir Venezuela los avances de Inglaterra sobre un territorio que es, por herencia de España, venezolano? (Aún no hacía sonar *mister* Cleveland la gran campana de alarma de la doctrina Monroe, de “alarma” en todos los sentidos.) Y luego, Cuba. ¿Qué actitud tomará el ejecutivo americano, cuál los poderes legislativos? ¿Cómo permitir que esta guerra, cada vez más sangrienta, siga indefinidamente? Que impidan, no aparentemente sino de veras, los americanos las expediciones filibusteras, y la insurrección morirá falta de parque y de dinero, decían los españoles y los españolizantes. La opinión predominante allí y en todos los círculos sociales era ésta: ha llegado la ocasión de resolver el problema cubano; a todo trance será resuelto esta vez; o lo resuelve España o lo resuelven los Estados Unidos; en América no puede haber más que pueblos libres, y Cuba lo será. Sí, pero sólo una política “sensiblera” puede querer que esta libertad sea obra de los Estados Unidos, replican otros; esto equivaldría en realidad a la anexión de la isla, y los que nos llamamos latinos no podemos ver tranquilamente la absorción del mundo antillano por la raza sajona, que tiene fines y medios esencialmente distintos de los nuestros: éstas, poco más o poco menos, eran las opiniones que allí oímos y de que pudimos tomar nota. Lo repetimos, la idea dominante en los círculos sociales y políticos de la unión es que Cuba debe ser independiente, y debe ser no de los estados unidos, ¡oh, no!, sino formar parte de los Estados Unidos; no una colonia, sino un estado de la federación americana. Y eso es indeclinable. Este sentimiento que es general, casi unánime, según pudimos observar, va en *crescendo* de exaltación a compás de la exaltación española; al menos en el pueblo. Los móviles humanitarios sobre que se frasea tanto en discursos y artículos son una soberana añagaza; esto sólo es cierto en el corazón de algunas señoras y estudiantes; lo que aquí hay es una formidable codicia; lo que aquí existe es el mismo cínico apetito que determinó al Congreso americano a aceptar la anexión de Texas, que, al segregarse de nosotros, había hecho lazar por sus *cowboys* un jirón del territorio de Tamaulipas. La verdad es que Cuba es un gran *business:* hace cincuenta años que el entonces

ministro Buchanan autorizaba al plenipotenciario Saunders a ofrecer cien millones de duros a España por la siempre fiel isla; cinco años después la oferta subió a doscientos millones, y ahora mismo, si pudiese haber de parte de España una intención manifiesta de discutir semejante proposición, el gobierno americano ofrecería lo mismo o más, con el reconocimiento de la deuda cubana por añadidura. ¡Si será negocio!

Por eso el gobierno de la Casa Blanca tiene la firme decisión de facilitar, con la libertad, la americanización de la isla; éste es el pensamiento, apenas disimulado, es el de *derrière la tête*, como los franceses dicen. Si su actitud ha sido hasta hoy reservada y en apariencia correcta, depende de que aquí una preparación para la guerra es muy lenta y muy pública; pero, según informes que creo buenos, esta preparación quedará completa en el curso de 98; entonces la amonestación amistosa a España se convertirá en aspérrima intimación, y el coloso levantará su voz formidable para formular un insolente *ultimatum*. Y los españoles no pueden forjarse ilusiones; una guerra por Cuba, que empezaría por hacer de Cuba misma la prenda pretoria que asegurase los gastos de la guerra, sería aquí enormemente popular: un puerto bombardeado, una ciudad saqueada, dos o tres centenares de buques mercantes pillados en el mar por los corsarios, son alfilerazos en el cuerpo del coloso; sólo servirían para irritarlo, ni lo desangrarán, ni lo rendirán. Verdad es que España, perdiendo a Cuba con honor, es decir, luchando, perderá casi nada, si se atiende a la incurable situación de la isla mientras sea española. Pero la guerra con los estados unidos sí enriquecerá con nuevos episodios heroicos los heroicos anales españoles; cavará tal abismo financiero a los pies de la monarquía, que no bastarán a colmarlo las ruinas seculares del trono.

Hay ciertamente mucho de admirable, no ya en el esfuerzo y la abnegación sorprendentes del pueblo español arrojando su sangre y su oro, sin vacilar y sin contar, a la insaciable hornaza tropical de Cuba; sino en la política de Canovas del Castillo, colocándose resueltamente en un extremo de la cuestión, y sosteniendo, con intratable y soberbia entereza, la doctrina absurda de que debe considerarse a Cuba como parte integrante del territorio nacional; de modo que no es una cuestión colonial, sino de integridad territorial la presente. Desde el primer ministro español hasta nuestro excelso y venerado Castelar, todos los hombres de gobierno en la península se han encastillado en esta especie de dogma de orgullo, que cuadra a maravilla con la índole del pueblo español, pero que saca la cuestión de su quicio. La doctrina natural y racional es esta otra. Cuba es una colonia; toda colonia es una nación embrionaria, toda metrópoli debe cuidar del crecimiento de su hija, de hacer de ella una nueva y completa manifestación, en el mundo, de su espíritu, de sus ideales y de sus intereses, si posible fuere. Planteado así el problema, la autonomía no será nunca una solución definitiva de la cuestión cubana, es cierto, pero llevará a ella, por un pacto libremente consentido. La aceptación del consejo del conde de Aranda habría evitado los abismos de sangre de las guerras de insurrección en América: la política de O'Donojú, comprendida y aprobada en las Cortes liberales de 1822, habría salvado el prestigio de España en el Nuevo

Mundo.[2]

No importa; desde un punto de vista eminente, el error mismo de esta guerra antillana tiene una filosofía estoica y rígida, pero soberanamente consoladora: en pleno fin de siglo, del siglo más egoísta y más positivista de la historia, dos considerables grupos humanos, espontáneamente se sacrifican por dos altísimos ideales; si un juez regula en su arbitrio supremo la finalidad del mundo moral, hagamos votos por que esos dos ideales en conflicto se refundan en uno solo de libertad y de justicia [...]

El Capitolio

Paseando

Como el de San Pedro en Roma, el domo de esta gran catedral laica de la libertad humana se ve de todas partes. Confesémoslo de buen grado: el Capitolio de Washington es el centro de la transformación republicana del mundo cristiano. La teoría científica (apoyada en la observación y la experiencia) del gobierno libre, democrático y federal, formulada en preceptos en la Constitución, ha sido, en este laboratorio político y judicial, reducida a la práctica. Y a pesar de que el admirable domo blanco, asentado sobre un tambor artístico de puro estilo francés neoclásico ha disminuido a la vista sus majestuosas proporciones de antaño, gracias al crecimiento constante de los pabellones laterales, puede decirse que, idealmente, descuella sobre todo el continente nuestro; es la mayor altura americana. Admiro al pueblo cuyo centro de gravedad política es el Capitolio; su grandeza me abruma, y me impacienta, y me irrita a veces. Pero no soy de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados, con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante, que, en otro tiempo, fue el ogro de nuestra historia, como los niños a los hércules de circo. Pertenezco a un pueblo débil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, como mi patria, tener ante los estados unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros destinos. Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más para ver mejor.

Desde la noche misma que llegamos a Washington, después del teatro, sin poder dominar nuestra curiosidad, subimos como sombras por la amplísima escalinata que hace accesible la colina sagrada del Capitolio; nos sentamos al pie de la gran balaustrada, y durante una hora larga vimos de hito en hito aquel edificio: ¿por qué con indefinible emoción? Es muy grande, muy regular en cada una de sus partes, aunque desproporcionado ya, como he dicho; la cúpula no totaliza el edificio, como antes; necesitaría ser cinco veces mayor de lo que es; no era ni

podía ser la mía, como se ve, una emoción estética; era otra, del orden moral, sin duda; muy confusa y muy tumultuosa brotaba de mi memoria y de mi conciencia; pensaba yo en todo lo que allí se había discutido, en las enseñanzas insólitas que esas discusiones entrañaban, en los actos que de ellas se iban desprendiendo; pensaba yo en las iniquidades allí sancionadas por la facción que perpetró la guerra con México y la anexión de territorios que no eran Texas; pensaba en lo que por tanto tiempo había logrado hacer el partido esclavista protegido por la ley; en la áspera e implacable política de egoísmo nacional que con el título de "protección a la industria" no sólo ha creado la industria americana, lo que podía justificarla, sino que después de nacida y crecida, la ha mantenido en su situación privilegiada, lo que ha dado por resultado la formación de formidables divisiones sociales en el seno de la democracia, provocando al amontonamiento de gigantescas riquezas en manos de unos cuantos oligarcas y de apetitos insaciables en las densísimas masas obreras: electricidades contrarias de donde se originarán conflagraciones más pavorosas que los cataclismos de la naturaleza que cambian la forma de los continentes. Se ve bien, por contraste, esa base oscura de la flama que esplende en este gran faro en que se combinan el elemento de la ley y de la justicia para producir la luz. El desenvolvimiento de la Constitución, su apropiación a las ingentes necesidades de este organismo que es un milagro de crecimiento, la liberación de millones de esclavos, provocando la guerra civil, para hacerla definitiva, y exponiendo a la unión a disolverse, para hacer triunfar la libertad humana; y el comentario perpetuo de la ley fundamental hecho por la Suprema Corte, que con él ha embebido de derecho constitucional hasta la última celdilla de este cuerpo vivo, ésa es la labor sin par del Capitolio. ¿Cómo no inclinarnos ante ella, nosotros, pobres átomos sin nombre, si la historia se inclina? [...]

ARTE ¿ARTE?

[*Rembrandt*]

Claro es que yo sabía que era una maravilla. Los hombres de mi generación nos creamos viendo en las ilustraciones como *El Correo de Ultramar* (¿vivirá todavía este viejo y divertido amigo?) reproducciones en estampas de algunos cuadros de Rembrandt, que nos parecían, *verbi gratia*: *La anunciación a los pastores,* muy extraños: feas las figuras, anacrónicos los trajes, y maravilloso ese bloque de sombra de donde surgía esa gran luz; los hombres de mi generación, ya jóvenes, leímos mucho a Taine y *Les maîtres d'autrefois* de Fromentin, y sabíamos, por supuesto, quién era Rembrandt... leído; yo supe algo más de este caballero, porque Valentín Uhink tenía una colección sin par de reproducciones de las aguasfuertes del artista holandés, y nos pasamos muchas mañanas dominicales oyendo misa en aquel misal divino. ¡Oh, primavera, tú la que vuelves, ay, la que no vuelves...!

Luego he visto ediciones completas de las obras de Rembrandt excelentemente

fotograbadas; y la *Lección de anatomía* y *La ronda nocturna*, y diez o doce retratos suyos, son para todos los aficionados al arte, tan familiares, que basta cerrar los ojos para verlos detalladamente en blanco y negro. Yo no había visto nada, me olvidé de todo, cuando vi aquel *Retrato de un hombre*; hace el efecto de una súbita descarga eléctrica; me sentí "yugulado", quiero decir, que la impresión que sentí fue aguda y dolorosa, como si me agarrasen por la garganta y me echasen por tierra; quiero decir, que me pareció que todo lo que había admirado en aquellas salas, eran ensayos firmados por hombres famosos; que en aquel momento se me revelaba el arte en toda su potencia; que aquella cabeza saliente en rojo de una sombra negra hecha de átomos de luz neutralizados, llegaba al no más allá de la realidad y de la idealidad, porque aquella cabeza vivía una vida intensa en su serena indiferencia de burgomaestre cualquiera, y era claro que sólo quien tuviera facultades excepcionales, únicas, para ver la realidad hasta en sus más recónditos elementos de color y de línea, lo cual es el realismo; y sólo quien, para hacer ver a los demás lo que él veía con ojo maravillosamente conformado, por medio de la iluminación pasmosa de una mancha en la sombra, lo cual es el idealismo, lo cual es la poesía, podía producir el efecto que este hombre produce.

Fromentin dirá a ustedes cuál es el secreto de este "procedimiento", de qué colores y de qué artificios se valía este señor para obtener tal o cual efecto, cuáles fueron los errores y los defectos de *La ronda nocturna* y de... Yo no sé, yo no podía ver, ni discernir, ni encontrar nada. Taine mostrará a ustedes cómo este "vidente", es decir, que veía en la naturaleza más allá de lo que los otros ven, que veía la tiniebla como los nictálopes, es el resultado de una raza, de un medio y de un momento; pero viéndolo frente a frente, no pensaréis ni en la raza, ni en el medio, ni en nada de esto; sentiréis que os traga la vista, querríais abrir desmesuradamente los ojos para ver más o reducirlos a un punto para concentrar más la visión y descubrir vivo al artista en las profundidades de su obra, y otras tonterías de este jaez.

En verdad que no sirvo para crítico de arte, *je m'emballe* con mucha facilidad; Brunetière, un dómine de endiablado talento y que navega siempre en mares tempestuosos, muy bien lastrado de erudición y de odios literarios (que son implacables), dice que sólo los artistas, los conocedores a fondo de la técnica, pueden juzgar una obra de arte; sí, juzgarla, ¿pero gustarla? ¡Oh!, no. Parece que el arte es algo esotérico que sólo los iniciados pueden comprender; entonces pierde sus ligas con la humanidad y resultaría estéril; además esta teoría llevaría a esta otra: sólo el artista es capaz de juzgar sus obras, porque sólo él conoce exactamente sus medios y sus fines... No, señor; el arte puede revelarse a cualquiera, y con tal que "cualquiera" no signifique un excomulgado de la civilización, puede entender lo que un artista quiso decir con su "partitura" o con su cuadro, y puede traducir el idioma del artista en su idioma propio, y eso es crítica de arte... También aquí *je vais m'emballer*.

Dos o tres retratos de hombre, uno de mujer, un paisaje vivo como si fuera también un retrato de hombre; tanta fisonomía, tanta personalidad, si puede decirse así, ha sabido comunicarle al pincel de este brujo que dicen que pintaba con cuatro quintas partes de sombra

y una de luz; un cuadro místico en que la claridad materialmente fulgura y estalla y ciega; tal es Rembrandt en el museo neoyorquino. Me despedí dándole cita para Amberes; no sé si le besé la mano; allí estaba; viendo sus cuadros se siente su presencia. Y después nada quise ver: ¿cómo tuve valor para ver y admirar a otro, a un compatriota y contemporáneo de Rembrandt, a Franz Hals? No sé; sé que es también admirable; hay allí de él, un fumador y un retrato de señora, la señora Franz Hals nada menos, que son buenamente maravillosos. La luz bajaba; solos perico y yo vagábamos por los salones; las figuras de los cuadros salían a pasear en aquella penumbra misteriosa; nos las encontrábamos por todas partes; estaban dentro de nosotros probablemente; pero las exteriorizábamos y las veíamos discurrir ante nosotros. ¿Cómo ese mofletudo holandés retratado por Rembrandt estaba más delante de mí, que Napoleón que desde hace un siglo está en todas partes? No sé; así será.

Debíamos de tener el mismo modo de mirar admirado, pero no sorprendido, de esta *Juana de Arco* de Bastien Lepage (un gran artista muerto en flor), que vislumbraba entre los árboles los espectros un poco macizos de sus santas y de san Miguel, armado como ella quisiera verse... Antes de salir de estas inolvidables galerías, después de seis horas de contemplar, de mirar, de ver y de entrever, lo que sólo en veinte o treinta sesiones podría hacerse con fruto, nos detuvimos unos cinco minutos, los últimos, frente a un cuadrito: *Estudio de una vaca*, decía el catálogo. Una purísima obra de arte [...]

NIÁGARA

[...] No vimos nada; nos fuimos derecho a un gabinete en donde dejamos nuestros abrigos y, en un santiamén, los pilotos de la catarata nos vistieron de hule de pies a cabeza; las manos quedaban desnudas para estar expeditas, lo que me puso pensativo: estábamos ridículos e impermeables. Vamos al descensor; salgamos al aire libre. ¡Y no era poca la libertad de aquel aire! La nieve nos azotaba el rostro, nos cegaba, se nos amontonaba en las barbas, formaba estalactitas en nuestras pestañas y cornisas en nuestras cejas; el frío nos mordía a su gusto la cara y las manos indefensas. Un gran blondo nos perseguía; con la obstinación implacable y suave de los hiperbóreos, nos obligó a sentarnos sobre un montículo de nieve y nos retrató. ¡Qué agradable y qué estético debe de ser el cuadro! Nuestros trajes nos dan una apariencia de escafandros buceando en la nieve. ¡Oh, la fotografía, la fotografía, el medio infalible de inmortalizar lo feo!

Seguimos a paso veloz, rumbo al abismo; en la jaula del descensor íbamos tres mexicanos, dos señoritas americanas con sus impermeables amarillos que les daban un curioso aspecto de coleópteros sobrenaturales, ¡con decir que dentro de los pantalones tienen que caber todas las enaguas!, y el guía. La temperatura bajaba con nosotros, se despeñaba a saltos del cero abajo; nuestras manos pasaban del color de la sangre viva al lívido; aquello era un sufrimiento lleno

de atractivo y de deliciosa angustia. Llegamos, dejamos nuestra jaula... He aquí la catarata o algo que me figuré que eso era; un telón espeso de agua y tempestad que huía a nuestro lado, que huía de sí misma como una loca exasperada al vislumbrar el precipicio. Lo que me pasmaba era la suprema majestad con que la corriente llegaba al borde y el repentino vértigo de la caída; la masa perseguía a la masa, la molécula a la molécula, sin cesar, sin cesar nunca desde la Creación, que es el principio que asignamos a lo que no lo tiene; aquel infinito de átomos caía con fuerza tal, que parecía llegar al fondo de la tierra de donde surgía instantáneamente en forma de nube, y de un solo esfuerzo, de un solo trueno volvía a nivel de donde había caído, al través del iris, en días de sol, hoy, en medio de las ráfagas de nieve que la azotaban y la deshacían.

Pasamos, cortándonos las manos, por una garganta estrechísima de rocas. ¿Cómo pudo efectuar mi curiosidad dolorosa la tracción de mis dos o tres toneladas de carne? ¡Lo ignoro! Ello es que el viento y la nieve nos ahogaban cuando llegamos al pie de una roca inmensa; por una escalera de mano subimos a la meseta, uno de cuyos ángulos perfora al torrente que vuela casi por encima de ella. Con un terror divino veíamos al monstruo lanzarse hacia nosotros, bañarnos en su vaho y desplomarse a nuestros pies a una distancia que parecía la misma que hay entre el cielo y la tierra.

Bajamos de nuestro mirador terrible y, seguidos o precedidos por nuestras bizarras compañeras, subimos por una estrecha galería tallada en el granito y pavimentada de madera; al salir de ella nos sentimos inundados; todo el ambiente era agua; estábamos debajo de la bóveda líquida de la caída. No veíamos ni de donde venía ni a donde iba aquello; teníamos delante un muro de cristal en disolución perenne; las rocas vibraban en inacatable terremoto bajo nosotros; todo nos indicaba que estábamos en poder de la catarata.

Avanzamos más, llegamos hasta un banco tallado en la masa de piedra, y allí nos sentamos, bajo una “ducha” que parecía salir a borbotones de la constelación de acuario, y frente al velo rasgado de la gran Humeante. Luego por una cornisa fuimos a un balcón desde donde vimos otro aspecto del abismo. ¿Cómo no resbalamos unos cuantos centímetros hacia fuera y volamos al precipicio que nos habría reducido a humo? Comprendí que era inútil contemplar más en aquel momento; había llegado al límite en que la sensación se transforma en alucinación, en que ya no vemos, sino imaginamos. Después que nos desvestimos y tocaron con fruición nuestras manos ateridas algunas tibias y auténticas pieles boreales, repasamos el río por otro puente.

La nevada había cesado, y no es posible decir la gracia con que el ilimitado marco de plata encerraba en su centro a la catarata. Nuestro cerebro reposaba en esa dulcísima impresión, y tornábamos a figurarnos, en aquella claridad azulosa, que viajábamos por la luna. Sólo el agua del río corría negra bajo la espuma. De cuando en cuando una plantita, vivaz aún, hacía un esfuerzo por levantar la gran mortaja blanca y mirar al cielo.

¡Oh!, volver, volver, murmuraba yo acostado, a media noche, en el muelle, pero diabólicamente trepidante lecho del *sleeping car*, corriendo a todo vapor rumbo a Chicago. Y asistí en sueños a la maravillosa caída del ganges, desde el cielo, sobre la cabeza del dios Shiva, mayor que la tierra; en cuanto pude releí el texto famoso del *Ramayana*... "La atmósfera, llena de miríadas de copos de blanca espuma, brillaba como brillaba un lago plateado por el plumón de los cisnes. El agua, que caía de la cabeza de Mahadeva, se precipitaba al suelo de donde subía y a donde bajaba perennemente en torbellinos, antes de seguir su espléndido curso."

La verdad es que la imagen del Niágara queda en el espíritu como un inmenso telón de fondo; es una decoración perpetua para el drama subjetivo cuyos episodios constituyen el interés y la tristeza de la vida interior.

De Niágara a Chicago

[...] Por aquí, trepando por esta rampa de centenares de leguas que sube majestuosamente a la Mesas mexicanas, o serpenteando por las cordilleras que forman sus bordes titánicos, han marchado sin cesar las razas aborígenes hasta que quedaron comprimidas, y velozmente ahogadas o lentamente atrofiadas, por las dos corrientes de las razas blancas. Unas no renunciaron jamás al movimiento, es decir, a la libertad, y del chichimeca al piel roja, han ido y venido estrellándose en las ciudades que la religión creó para los sedentarios en torno de los teocalis sagrados. Otros...

No, mis lectores se dormirán sobre estas hojas postreras con otro motivo, no con el de que les haya traidoramente deslizado una meditación histórica para "cerrar con broche de oro", como se dice en literatura de brindis, este viaje. Pero sí me perdonarán (o no me perdonarán, es lo mismo) que yo acabe por dos minutos de examen de conciencia. Así deben acabar todas las jornadas de que la vida se compone, según Pitágoras, Séneca, Marco Aurelio y San Agustín —verifíquense las citas. ¿Qué he sacado de mi viaje a los estados unidos? Poco, nada. ¿Supe ver? Apenas. ¿Supe mirar? ¡Tampoco! ¿Supe discernir? No pude. ¿Qué me queda? ¿Cómo me explicaré? Me queda una especie de zumbido de oídos en el espíritu; una especie de visión apocalíptica, una serie de fragmentos de una espiral de fierro, cuyas vueltas ocúltanse en las brumas del horizonte y cuyos extremos se pierden, arriba en la irradiación del cielo, y abajo en la noche del infierno... Por esos fragmentos de tramos corre la gente sin cesar, sin cesar, *go ahead, go ahead*...

No; vengamos del Apocalipsis a la Tierra; si yo pudiera personificar a este pueblo, del modo que me lo figuro siempre, lo pintaría en forma de atleta, de púgil, listo para romper los huesos de los Corbett o Fitzsimons que se le pongan delante. ¡Vamos a ver! Helo aquí plantado. Hagamos como las *misses* de Nueva York o de Boston, que, siguiendo el ejemplo de

la riquísima Mrs. Jack Gardner de Boston, la amiga de Paul Bourget, se entregan a una *personal examination* de los músculos de los boxeadores. Éste es admirablemente desarrollado: cuello, brazos, piernas, torso y dorso, protuberantes de músculos duros, se amontonan bajo la turgencia de la piel blanca, enrojecida por las duchas frías y doradas por el sol. ¿Y la cabeza? Desarrollada por la voluntad. ¿Y el rostro? Armado de ojos duros y de mandíbulas de fierro por el apetito insaciado. La vida mental y la alimentación *à outrance* enfermarán del estómago a este atleta, lo harán neurasténico y vendrán terribles desequilibrios. Ved los pródromos: una democracia que aspira a la gloria militar y caerá en el cesarismo; una democracia facticia que está dominada por una plutocracia de cuatro mil millonarios, que la tiene a sus pies y de quien, sumisa o rabiosa, es esclava. Una plutocracia que quiere conjurar el odio de cincuenta millones de pobres, dándoles la limosna de los hospitales, de los asilos y de maravillosos institutos de instrucción pública, que pondrán armas terribles en manos de sus adversarios... Y las mujeres deseando ser hombres para luchar también por la vida, es decir, por el lujo y el *confort*, y corriendo al través del matrimonio y del divorcio como en una *steeplechase*, para conseguir una felicidad sin reposo, sin hogar, sin alma...

Todos estos pesimismos me vienen de los libros que he leído sobre la sociedad americana, son "librescos"; yo no vi bien, entreví un gran pueblo... y adquirí una convicción, que la libertad es un aire respirable.

Una horda, no de chichimecas, sino de coyotes que ululaban como hienas, nos hizo volver de prisa al tren, y media hora después, el tren volaba, recuperando el tiempo perdido. Adiós, pues, oh tierra de lo repentino, de lo colosal, de lo estupendo; naciste ayer y has crecido en una hora; brotan tus ciudades en los pantanos, en los desiertos, en los bosques, como pasmosos hongos de hierro. Me voy a la tierra de las horribles chozas de adobe, de las casas bajas, "banales" y sin *confort*, a la tierra de las personas lentas, negligentes, anémicas; de la temperatura enervante y dulce, del cielo tramado de luz. Esa tierra a donde voy me gusta más; pobres, pequeños e inactivos, los pueblos a que pertenezco se han apropiado un lote mejor en la batalla de la vida; a hormiguear indefinidamente en torno de migajas, hemos preferido cantar al sol como las cigarras de la fábula. ¡Bah! Seámoslo siempre, cantemos siempre, puesto que todo es ilusión.

Sólo el amor es cierto, con su divina certeza de un minuto. Mañana borraré con mis besos las lágrimas de los rubios que me aguardan en mi hogar, y cambio feliz los millares de sensaciones que he resentido en mi rápido viaje, por la emoción de mañana.

[*] Este título corresponde a un conjunto de crónicas que Justo Sierra escribió durante 1895, en un viaje a Estados Unidos. Los textos se publicaron por entregas en la revista *El Mundo*, de la ciudad de México, entre 1897 y 1898. En este último año se reunieron en un volumen publicado por la tipografía de la oficina de la impresora del timbre, palacio nacional, en fragmentos y, respetando los títulos originales, se han integrado en un solo texto.

[1] Se refiere al estudio de Justo Sierra O'Reilly que precede al *Viaje a los Estados Unidos* de Lorenzo de Zavala (Mérida, 1846).

[2] Este capítulo, escrito cuando vivía Canovas del Castillo, fue publicado, bastantes meses antes de la guerra, en *El mundo Ilustrado* de esta capital. [N. del A.]

EN LA EUROPA LATINA

UNA TUMBA

Cartas a Urbina

Seca, glacial, muy dolorosa a los pies y las manos y espléndida y pura, fue en Niza la penúltima mañana del siglo; el sol estaba allí, no cabía duda, puesto que lo veíamos, él era quien parecía no vernos; su eléctrico faro incandescente iluminaba sin calentar; el aliento helado de los Alpes no lo dejaba entibiar siquiera la, sin retórica, azul atmósfera; el padre de la vida, es decir, del calor, teñía de mal grado la cristalina tersura del cielo, palideces y desmayadas blancuras de sol de fin del mundo. Con su látigo de seda punteado de hielo, el amable cefirillo nos azotaba la cara de lo lindo. De no gran cosa (me traduzco poco libremente) nos servían los sobretodos y las mantas; mas íbamos contentos a visitar a Niza en su panorama, y a Gambetta en su tumba; por eso subíamos la rampa del Jardin du Château.

Quedó a nuestra mano la playa de plata y zafiro, decorada por un lado de palacios y *villas*, y calzada por la rambla lentamente corva de la Promenade des Anglais, y comenzamos a vencer la pendiente de una colina escalonada de jardines y bosquecillos verdes, a pesar de la estación. Íbamos dejando abajo arroyos de agua limpia, en cuyas orillas alineaban las lavanderas sus sayas de colores, remangadas sobre las desnudas pantorrillas, y las casas apiñadas de la Niza añeja, que alargaban en busca de luz sus cabezas salpicadas de ventanillas verdeviejo, y cubiertas con sendos sombreros de alegres tejas de Marsella. Pronto se escondió entre las ramas de los árboles, que sería injusto llamar *escuetos* y adulador llamar *repuestos*, el montón de casas, y no vimos, de un lado y otro, sino verdura un tanto marchita, sin otras flores que los rostros de algunos niños y de algunas inglesas, jugosas y rubias las más, y desteñidas las otras, como flores de invierno.

Delante de nosotros un racimo amarillento de regocijados estudiantes japoneses, armados de sendas *kodaks*, colgaba de un carruaje que subía la cuesta a escape; nido debía decir, que no racimo, porque del grupo aquel salían cancioncillas de frases picadas, estridentes o guturales, extrañas, capaces de matar de pena a los escondidos y mudos ruiseñores de aquellas arboledas, dolorosamente crispadas de frío... Abajo, el marco de seda azul del mar, volvía a crecer a nuestra vista, y se complicaba de lejanías esfumadas, de horizontes indecisos, velados levemente de brumas opalinas, sugeridores de la sensación de lo infinito... Un rumor de agua que caía en dos o tres palpitaciones sonoras, que constituían con su cristalina monotonía un ritmo, una canción antijaponesa; por encima de los árboles corría una balaustrada marmórea de gran estilo, clásicamente decorada de trepadoras; de su base brotaba

una combada y transparente cortina de agua artificial, y después se escurría entre las guijas y, ya encauzada, pasaba a nuestro lado ligera, cantante y clara.

Llegamos a la meseta del *château*; allí no hay castillo viejo o nuevo, y aquello es el jardín de una fortaleza como podía serlo de una ermita; hay unos cuantos buhoneros, que vagan por doquiera, en busca del "forastero", hay vendedores de mosaiquillos florentinos, de rosarios romanos, de cajas de Sorrento. Hay, además, un hombre armado de un telescopio. La muralla alpina con sus rotas cornisas de nieve color de rosa, cerca del horizonte terrestre y abajo, arriba, en derredor, Niza, sobre sus colinas acicaladas de mansiones señoriales y de hoteles más señoriales todavía, magníficos edificios que gritaban, como advenedizos, su hermosura arquitectónica, supremamente "confortable" y deliciosamente presuntuosa y bárbara; allí es donde se envuelve en mármoles enterrados, que son incomparables *belvédères*, en *halls* y galerías de piedras y estucos, cuajadas de plantas raras, el activísimo *farniente* de la sociedad elegante, que va allí o en busca de atmósfera tibia, de viento salado, un poco enferma y delicada del cuerpo, o en busca del casino de Montecarlo. Todo eso metido entre promesas o pálidas realidades de vegetaciones destinadas a triunfar en Floreal.

Al margen de todo este panorama "accidentado" (la academia pregunta en este caso si "el accidente" fue grave o leve) que nos dominaba, nos rodeaba y nos desbordaba, se abría un amplio segmento de la Côte d'Azur, y allí se clavan los ojos, y de allí nos fue preciso arrancarlos para ver con el telescopio el hotel que se construye para la reina Victoria, y a donde la reina no vendrá, a pesar de que se la considera como la jefe augusta de la colonia extranjera en Niza, y si me decís que esta profecía está formulada después de la muerte de la gorda señora augusta, os contestaré que os pasáis de listos. El telescopio seguía, entretanto, mostrándonos a más de otros hoteles, como el Riviera Palace, insolentes de lujo y de *modern style* arquitectónico, los fuertes ocultos en las alturas, para defender la abierta rada de Niza y la de Villafranca; en un ventisquero una galera larga cerrada casi herméticamente por la nieve, unos homúnculos entraban y salían por allí, era un cuartel de alpinos, engastado en el cuarto del *glacier*. Y volvían los ojos al mar, al mar que por uno y otro lado acotan Beaulieu y Antibes; aquel azul tiene alma; azul como los ojos de la blonda que se ama, dulcemente respirador, desmayadamente dormido; en el horizonte el perfil del *steamer* que pasa como si estuviera en el aire, como un buque fantasma, alado, irreal; y allá, allá, una fugitiva silueta montañosa de Córcega, apareciendo y desapareciendo en el campo de nuestra lente [...]

NOTAS CATALANAS

Barcelona I

Si tuviese que escoger una ciudad para vivir en Europa, me fijaría primero en Florencia, luego

en Bruselas, en Sevilla quizás, en Barcelona de seguro. Las ciudades de segundo orden en España o en Italia, no se parecen a las francesas que, o son fastidiosas si no se parecen a París, o son "cursis" si quieren parecerse. Para vivir fuera de la capital en esa uniformísima Francia urbana, a pesar de Rouen y de Avignon, es necesario buscar el mar en Bretaña, o un castillo a orillas de la Loire, o un hotel en Cannes o Monte Carlo, digo, en Niza, que da lo mismo. En Italia, en España, no; hay ciudades que no remedan la capital, que viven de sí mismas, que son artísticas socialmente, autónomas, que son personas y no reproducciones, que tienen "sello". Barcelona es de ellas.

Llevaba, cuando fui allí, en diciembre de novecientos, el reflejo de una mala impresión: a Altamirano le había sido profundamente antipática;[1] llegó, enfermó, partió sacudiendo el polvo de sus zapatos. De parís me escribió todo esto, y a pesar de mis noticias y de mis amigos catalanes, no lo podía olvidar. Entré en Barcelona en el carruaje de un excelente hotel situado en lo mejor de la Rambla; y ésta me pareció amplia y tristona, se aglomeraban en torno a ella laberintos de callejas obscuras y estrechas. Poco después aparecieron los amigos; el venerable padre de mi buen camarada don santiago Ballescá, muy simpático viejecito de pocas palabras y mucho corazón; su dependiente principal, don Francisco Álvarez, excelente y utilísima persona, que opina por la anexión de España a Cataluña y nos hablaba en español por mera consideración, fueron los primeros que vinieron a nuestros brazos; ambos habían pasado buena parte de su vida en México, y comprenderéis por esto si serían los bien venidos. Adiós *spleen*; nos fuimos a ver Barcelona, bajando la rambla hasta el paseo de Colón, subiendo en la altísima columna del gran navegante a quien primero la mala suerte y hoy la erudición le han disputado un mundo y a cuyos pies se tiende la ciudad entera, y trepando al fin hacia la fortaleza de Monjuic, que domina con sus cañones el mar, el puerto y la inquieta y levantisca población. Antes de encumbrar la armígera altura, hay un punto de vista delicioso, Miramar; allí nos detuvimos una hora, en un confortable *restaurant*, y cogimos los anteojos y vimos, vimos, no nos cansábamos de ver.

Sobre nuestras cabezas recortaban el cielo las líneas duras, severas. Tristes del castillo; abajo el mar tranquilo, levemente gris como el Mediterráneo cuando no es azul. ¿Cuándo no es azul? Los diques que forman el doble puerto parecían finas pinceladas amarillentas trazadas en el cristal. ¿Cómo aquellos muros delgados y frágiles podían servir de reparo contra los alborotos y tumultos del océano? Por todas partes barcos, algunos magníficos; dos famosos frente a nosotros: el *Pelayo*, blanco, blanco, con sus torrecillas y sus cañones; ¡pobre *Pelayo*!, o habría naufragado como sus compañeros de armas, o habría a estas horas cambiado de color en el arsenal de Brooklyn, si hubiese ido a la guerra, pero no fue *Pelayo*; hizo bien, y fue una tontería de sus compañeros el haber caído de bruces en el infernal garlito. Junto al acorazado de túnica blanca, estaba coqueto y risueño el *Montserrat* del marqués de Comillas, el hijo y heredero del gran armador montañés don Antonio López. Por allí acabábamos de ver su estatua, *Montserrat* sí fue a la guerra y desafió los bloqueos gallardamente, y helo aquí ileso:

“Tope usted”, como dicen los majos. Enfrente Barceloneta y, una inmensa extensión, la ciudad condal apeñuscada, un poco negra de hollín, apretada de calles tortuosas; entre ellas se abre trabajosamente camino la Rambla rumbo al interior, con sus árboles amarillentos y desnudos, hasta alcanzar, en las primeras ondulaciones de esta doblada planicie, catalana, la ciudad nueva, el Ensanche y el barrio de Gracia, claro, magnífico, amplio, lleno de aire, de luz, subrayado de vegetaciones, aún no totalmente devoradas por el invierno, más clemente aquí que suele en los mismos paralelos: y es que el Mediterráneo es una gran cuba de agua tibia y clara en que se ha bañado en plena juventud y hermosura la civilización humana. Más allá la bruma esfumaba y desvanecía el panorama. Ya era la ciudad una nébula formada de átomos de electricidad luminosa y el mar una placa de acero negro, cuando bajamos de nuestro mirador; no habríamos querido abandonarlo [...]

Barcelona II

Vais a ver, amigos míos, si llené bien mi programa el 23 de diciembre, según creo. Lo tomo al pie de la letra de mis notas:

En la mañana. Muy fresca y muy limpia entre ocho y nueve. Los amigos Rahola, Pujal, que fue con nosotros muy servicial y muy asiduo, nos condujeron a donde está construyendo el gran arquitecto Gaudí su basílica La Sacra Familia que se ha ido pagando por medio de una suscripción pública. El terreno está muy escogido y la inmensa fábrica se eleva ya a la altura de las cúpulas; una parte del crucero, otra del ábside y un lado de la catedral, si mi memoria no me dicta mal, están en pie. Gaudí construye a su fantasía, como quiere, sin planos, con simples diseños parciales; su designio lo conocen sus discípulos; a ellos legará el remate de su obra. Esa obra es un pensamiento, claro está, porque es un símbolo perpetuo. No hay nada que esté puesto por la simple belleza de la línea, de la forma; forma y línea interpretan la idea del autor del soberbio poema de piedra que tenemos a la vista; pero esa idea es la llama de un sentimiento que no es de este siglo, que no es de este mundo: es hija de la fe pura, espontánea, cándida, infantil y absoluta de “un primitivo”, de un artista, ¿cómo diremos?, diremos artista integral, que lo mismo es arquitecto que escultor, que ebanista, que decorador, que herrero; todo lo inventa él, todo lo ejecuta, todo lo forja y en todo es nuevo, nada de lo que él hace, exceptuando lo que constituye la sustancia misma de la obra obligada por el rito a condiciones determinadas, nada se ha visto en otra parte: es un alma distribuida en formas infinitas y cuya unidad enteramente subjetiva vive en la fe religiosa.

Este hombre es una maravilla en nuestro siglo; es un vástago de los compañeros y maestros masones que construyeron las catedrales góticas, es, en nuestra época, un exótico, viene de otro planeta, viene de la luna, del astro blanco de los ideales muertos. Por desgracia no le conocí; debe de ser un asceta, es, de seguro, un creyente, que tiene el don —es un don de su

raza— de exteriorizar su creencia en piedra y fierro que lo obedecen como si fueran cera: aquellas cosas no parecen ni repujadas con martillo ni talladas con cincel, sino labradas con voluntad pura, ¡tanto así conservan la marca generadora del espíritu! En el interior, a través de otra sapientísima catedral de andamios, vimos los gigantescos muros incrustados de torres cilíndricas, altísimas, caladas de ventanales y galerías que dan vértigo y rematados en esbeltas agujas góticas de crestería que parecen los andamios de filigrana de otra iglesia superior, de la del espíritu. Aquel estilo que a veces parece gótico, plateresco a veces, o árabe y pagódico como el de las mezquitas de la india, es original, sus patrones están en el alma fervorosa del artista. Los vastísimos claros de los muros serán cerrados por vitrales enormes; los altares que son cada uno una oda, un arranque de lirismo, tienen sus raíces en el templo subterráneo en los hundimientos de éxtasis de las criptas severas como tumbas impregnadas del inefable misterio de la esperanza. Algunas portadas de la fachada retienen horas enteras; o son arcos exuberantes de rosas simbólicas o son capítulos del evangelio, sobre todo, del deliciosamente ingenuo apócrifo de la infancia de Jesús, transcrito en árboles, en animales, en figuras de piedra y mármol, con la misma emoción, el mismo candor, la misma poesía que en la narración cristiana.

Y como el autor necesita para su obra algunos millares de estatuas y los escultores cobran muy caro, aquel genial encontrador emplea un procedimiento sencillísimo para obtener moldes perfectos sobre el objeto vivo, planta, animal, hombre; obtenido el molde, vacía en él su yeso, que sale palpitante de verdad y de vida, y luego lo traduce en bronce o mármol a su gusto; ya esto es obra de artesanos [...]

[1] Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) fue designado en 1889 cónsul general en España con residencia en Barcelona.

DISCURSOS

EN HONOR DE GABINO BARREDA*

Señor presidente de la República:
Señoras:
Señores:

Con su espíritu lleno siempre de plácida curiosidad, inmutablemente sereno, como que su serenidad era del mismo mármol que la ciencia, pero apremiado constantemente por el afán de conocer cualquier fenómeno social en cualquiera de sus manifestaciones, aun las más microscópicas, el doctor Barreda se inclinaría con atención profunda, y no menos profunda, aunque inquiera simpatía, hacia este movimiento que hoy presenciamos, este llegar atropellado y tumultuoso de la nueva generación, que en pos de quienes están parados ya en los umbrales de la virilidad y aún más acá, invoca con vocablos de guerra civil y anatemas de contienda religiosa los ideales santos de nuestros padres, en gran parte realizados ya, y golpea sonoramente los broqueles del sentimiento juvenil con espadas descolgadas del arsenal de las bravas luchas de antaño por la Reforma y la emancipación social, tremolando como estandarte de batalla su nombre, el nombre de Barreda, del pensador, del fundador tranquilo que creyó cimentar sobre inconmovibles bloques la paz espiritual de la República.

¿Era ensoñar muy alto, era ponerse fuera de las condiciones de lo real, acariciar este anhelo superhumano de concordia intelectual? ¿O era la intuición hondísima que hace percibir a los hombres geniales necesidades lógicas que escapan a nuestros ojos vulgares, y enciende ante los escogidos del pensamiento visiones radiosas en horizontes que las sombras del presente nos ocultan, visiones que surgirán indefectiblemente de la noche, como esos astros vagabundos que a los ignorantes se nos antojan fulgentes aventureros del espacio, y que el sabio, absorto en sus cálculos, mira venir al campo de su telescopio desde el abismo del tiempo, al través del infinito? ¡La paz en el mundo de las ideas no sólo es posible, es fatal, pensaba Barreda; las verdades que la ciencia ha demostrado, en que todos están conformes, abrazan todo el conocimiento; desde la matemática, en que las leyes son axiomas, hasta las leyes que rigen la inmensa complejidad de los fenómenos sociales que la ciencia un día reducirá a axiomas también; ellas proporcionan una base segura, indiscutida, a toda actividad mental; ahí ya no hay batalla, ahí no hay más que saber: todo es luz: ahí el espíritu, único dios de lo relativo, ha puesto su tabernáculo como el Dios de la Biblia erigió el suyo sobre la esfera rutilante del sol!

Dudemos; convengamos con el gran creyente, cuyas enseñanzas, cuyos actos más bien, estaban llamados a trascender a todo el porvenir del intelecto mexicano, en que lo

rigurosamente lógico sería esa fraternidad bajo la tienda de la ciencia en que todos caben como bajo la tienda de Isaías; lo indiscutible forma una religión la verdad que no puede tener herejes; ¡la ciencia, eso es lo indiscutible...!

Dudemos; en primer lugar, porque si la ciencia es nada más que el conocimiento sistemático de lo relativo, si los objetos en sí mismos no pueden conocerse, si sólo podemos conocer sus relaciones constantes, si ésta es la verdadera ciencia, ¿cómo no estaría en perpetua evolución, en perpetua discusión, en perpetua lucha? ¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido en el terreno científico, o no se discute en estos momentos? La geometría está al debate, y varios de sus postulados son tenidos como opuestos a toda objetividad, a toda realidad; la ley de la atracción universal, base de la física del universo; la teoría cosmogónica de Laplace, explicación total del sistema planetario, si no han sido negadas, sí han sido sindicadas de deficientes para explicar grandes fenómenos del mecanismo universal: la ley fundamental de la física moderna, nada se crea, nada se pierde, todo se transforma; la ley de la conservación de la energía, parece destinada a modificaciones substanciales, gracias a nuevas experiencias sobre la disociación y desvanecimiento de la materia: la química, que sólo pudo nacer cuando la alquimia, cuando la piedra fisolofal, cuando la transmutación de los metales pasaron a la categoría de irrealizables quimeras y de rectas de charlatanes, se tropieza hoy, gracias a una aplicación de la actividad del *radium*, con la conversión de unos metales en otros, es decir, con la alquimia resucitada, y no por un brujo, sino por Ramsay, uno de esos taumaturgos de laboratorio que, a los ojos de los iniciados, parecen elaborar lo sobrenatural de sus retortas. Las ciencias de la vida, que se gloriaban de tener por base su absoluta independencia de lo inorgánico; las que, según el apotegma de uno de los más ilustres biólogos, tenían por punto de partida la necesidad de lo vivo por producir lo vivo, se acercan cada día más al mundo físicoquímico, y comienzan a columbrarse en éste relámpagos fugitivos de vitalidad, bosquejos del puente que colmará ese abismo, que parece un reto a la lógica de la ley de evolución. Allí, en la biología, se detenían Barreda y su maestro Comte: ¿mas no basta esta especie de temblor de tierra bajo las grandes teorías científicas, para hacer comprender que la bandera de la ciencia no es una enseña de paz? Y no lo es, no. Sobre las ciencias se han erigido esos inmensos edificios de ideas que, al intentar explicar el universo y el destino del hombre, han tomado en los sistemas metafísicos todos los aspectos, y han servido de fortaleza y reparo a todas las pasiones; porque la suerte de las ideas es y será siempre que, al convertirse en sentimientos, único medio de conmover el alma de los pueblos, se humanicen, por decirlo así, y tomen el color de todos los temperamentos, y se enciendan con el calor de todos los corazones, y floten como pendones en todas las bregas y se llaman espiritualismo, materialismo, positivismo, y hoy agnosticismo, y pragmatismo mañana. Y es que en sus formas metafísicas, esas grandes síntesis, completamente hipotéticas y probablemente quiméricas, porque en manos de la experimentación, el espíritu se ha vuelto complejo, y la materia se ha desvanecido en fuerzas, confinan con la religión y son su alma en

realidad, y las religiones matan a sus disidentes moralmente cuando materialmente no pueden; matan a la palabra con el anatema; matan la resistencia con la excomunión, matan con la hoguera la herejía; son estupendos organismos vivos que, como todo lo que vive, necesitan de la refacción perenne de la muerte.

Vedlo hoy mismo: para estos efebos enardecidos por el amor santo de la ciencia, que es bueno mantener encendido en ellos, porque sólo así podrán ascender intrépidos la dura y alta escala de pórfido del conocimiento; para esta juventud, la obra de Barreda es un ideal religioso casi, un ideal de emancipación y libertad; un negador no sin inteligencia; un heresiarca de la ciencia, no sin bravura, sonó el clarín de la disidencia: fue sólo un toque de atención, todas las cabezas inclinadas sobre los libros se levantaron curiosas; pero al llamamiento del clarín de protesta siguió el coro de ángeles caídos en el infierno periodístico, de los que creen servir su fe, mostrando lo imposible que es para el mundo moderno, volver a ella sin negarse a sí misma; de los que subrayan con la línea de sangre de la difamación y el insulto, todos sus comentarios a las palabras del manso divino que predicó las bienaventuranzas; a este ejemplo de insensatez estupenda que mantiene el elemento religioso, indispensable factor de la vida nacional, en alta presión, amenazando con desbaratar, por medio de súbitas explosiones, cada movimiento de la sociedad hacia la realización de su destino, era natural que contestase el grito de coraje, de indignación, de ira, de cuantos sentían más con el corazón, más con el entusiasmo que con el análisis, que Barreda era el completador mental de la reforma, era el Juárez de las inteligencias emancipadas, no por odio político, como las de muchos de los próceres de nuestra libertad civil, sino por la fe en la ciencia, por la transformación de las bases mismas de nuestro ser intelectual.

Y dudemos, señores, que el maestro hoy glorificado por la juventud, y en cuya ara votiva mezcla su corona hecha de almas en primavera y de anhelos en flor, a la corona cívica que ahí ha depositado la patria, dudemos que haya sido un pacificador, pero pensemos siempre en que ha sido uno de los fundadores del tiempo nuevo.

¡Fundador! ¿Cuál fue su obra? La escuela preparatoria. La escuela preparatoria es la piedra fundamental de la mentalidad mexicana. La reforma triunfante había puesto su mano demoledora sobre la enseñanza y había desbaratado algo; pero no había tenido tiempo de rehacer nada; los colegiales cantábamos las canciones de guerra reformista, urdíamos para las sabatinas toscos argumentos patrióticos en latín de seminario —¡perdón, padre Horacio, padre Virgilio, perdón!— y todo ello andaba mezclado con jirones viejos de metafísicas escolásticas, aprendidos de coro, y un poco de matemática incomprendida y un poco de física desencuadernada: esa reliquia de otras edades se llamaba un curso de filosofía. ¡La reforma incubaba sus polluelos en el viejo nido hecho por las golondrinas de los tiempos devotos en los recovecos del campanario! Al triunfar la república, Juárez y Barreda se entendieron y desapareció como por ensalmo toda reliquia escolástica, toda filosofía de rutina, todo vestigio de la pseudociencia, que fue el azote de las enseñanzas de segundo grado, durante los siglos

coloniales, y que sobrevivía a sí misma. Un fundador hemos dicho, porque ese hombre al hacerlo desaparecer todo, al dejar el campo docente, no sembrado de ruinas, sino barrido y limpio de reliquias de lo pasado, en el acto sembró y su ademán fue augusto; sembraba una simiente fecunda: la verdad, la sola verdad, que es dado afirmar al hombre como verdad: la ciencia; lo relativo, es cierto; la ciencia, ya lo dijimos y todos lo han dicho, no es más que el conocimiento de las relaciones entre las cosas. Y este bloque era firme; era inconmovible; los hechos existían, eran; por eso resisten, por eso cimentan. Discútanse y niéguense las hipótesis que interpretan los hechos que generalizan los fenómenos, que proyectan la luz de los reflectores intelectuales hacia este mar sin límites para el que no tenemos ni barco ni velas, como Littré dijo en una página sublime, pero de cuyas ondas emergen islotes, islas, Américas, mundos hacia los cuales se tienden puentes desde la tierra firme que algunas veces llegan en su otro extremo a encontrar quimeras, a pretender apoyarse en espejismos, a desvanecerse en sombras; esos puentes caen al abismo como han caído la teoría de las creaciones sucesivas para explicar los periodos geológicos y el animismo y el vitalismo, y el sistema de Ptolomeo, y tantas teorías que llenan con los restos, con los trágicos restos de naufragios intelectuales, las playas del mar de lo desconocido.

Sobre esa base de verdad, Barreda erigió una filosofía, es decir, un sistema que daba la explicación cierta de las cosas explicables, y la organizó en serie y le infundió su alma. ¿Qué filosofía era ésa? La filosofía positiva; no hay que acobardarse ante los vocablos, latinos como somos; hay que aceptarlos en lo que significan y en lo que valen, si expresan lo que creemos cierto, y si lo expresan todo; lo positivo, lo real, lo que no está ya expuesto a negaciones, eso es lo que informó la filosofía de la preparatoria. Y al llegar el niño del campo, de lo puramente concreto, pero dotado ya de la facultad de abstraer, se inició en la matemática, en lo abstracto, en una forma de lo abstracto que necesita para adquirir su poder de asimilación, referirse perennemente a lo concreto, y el niño se tornó adolescente cuando adquirió en la contemplación del cielo la noción capital de ley, de ley inquebrantable, de armonía infinita de lo existente, y siguió su marcha a través de los fenómenos capitales del mundo que nos revela la experiencia hasta llegar, joven ya y consciente de su crecimiento mental a través de la ciencia organizada, a la parte más alta, a la más intelectual de aquel vasto cuerpo, a la lógica, y conoció entonces que lo que había estudiado era un método en sus formas capitales; que todo lo demás en el campo del saber era subciencia, era submétodo, y por eso se llamó el plan de la escuela nueva una disciplina, y por eso el joven que hasta allí asciende resulta un hombre mentalmente formado.

Permitidme un paréntesis. Cuantos han censurado la creación que Barreda tomó, para hacerla vividera, de su maestro Augusto Comte (uno de entre los más excelsos pensadores del siglo pasado); cuantos la han censurado, porque no es pedagógica quizá, puesto que hace entrar al niño en la zona de la deducción pura antes de iniciado en la observación de la naturaleza, y lo obliga a abstraer cuando el régimen inductivo no ha fortificado aún su cerebro;

cuantos así piensan y tienen razón en buena parte de lo así pensado, y será motivo de constante responsabilidad para el cuerpo docente de la escuela, el no mezclar en íntimo consorcio en sus enseñanzas lo concreto y lo abstracto, como lo están en el mundo real; cuantos así piensan, lo repetimos, olvidan, ¡no lo olvido yo!, que el régimen que pulverizó para siempre el cimentador que aquí conmemoramos tenía por base una abstracción mayor y más fría que la de la matemática: la enseñanza gramatical; que esta abstracción no se dirigía, como la matemática, a la inteligencia para desenvolverla por medio de una gimnástica incomparable y dotada de un instrumento de mensuración maravilloso, precisamente en la edad en que es más plástico y adquiere mejor lo que adquiere el espíritu humano, no; sino que se dirigía sólo a la memoria y la atestaba de reglas, casi siempre incomprendidas, con el objeto de dar a conocer un idioma que no se llegaba a conocer. Y esta enseñanza gramatical no era más que el preámbulo de otra, de la latina que los niños recorrían a grandes pasos y a grandes castigos, desde el *musa musæ*, hasta las fábulas de Fedro y las oraciones de Cicerón y los versos de *La Eneida*, cuya elocuencia, cuya poesía jamás conocían los educandos, en la disección dolorosa, en el análisis absurdo que hacían de ellas los gramáticos. Y yo os aseguro que mi generación y las anteriores de que puedo hablar, supieron gramática, pero no supieron castellano; allí están nuestros escritos, vagamente franceses, que lo demuestran. Quienes excepcionalmente lo conocieron, fue porque tuvieron voluntad y tiempo para entrar en contacto íntimo con los maestros eternos de la poesía y la prosa españolas, de la poesía y la prosa latinas; y todo aquel que se atreva a ser franco os dirá que ha conocido más la riqueza estupenda de nuestra habla, leyendo los libros actuales de los Galdós, los Valera, los Menéndez, los Pereda, que meditando todas las gramáticas de la academia.

¡Es verdad que en esa lengua incorrecta se expresaron soberbios y generosos sentimientos en las horas magnas de la República, y es verdad que esto suele bastar en las palpitaciones supremas de la vida de los pueblos, y es verdad que antes que las letras y las ciencias están la libertad y la patria!

Cuando Barreda hubo llevado su idea a la existencia real; cuando cada cláusula de su ley vivió la vida premiosa y vacilante de todo magno ensayo; cuando en la gigantesca colmena de San Ildefonso, en donde los estudiantes de derecho, incrédulos, ceñudos, hostiles, veíamos acudir en susurrante tropel los enjambres juveniles atraídos, más que por la novedad del intento, por el prestigio de los profesores, entre quienes descollaban altas inteligencias del clero y el partido conservador, entonces el creador de aquel mundo pequeño le comunicó su alma.

De él, como de su venerado amigo Littré, espíritus moralmente religiosos, que habían dejado la creencia en los límenes del laboratorio, de él parece haber dicho Nietzsche sus frases memorandas:

> Los positivistas son los últimos idealistas del saber, en ellos se encarna la conciencia intelectual de nuestro siglo. Su voluntad de verdad a toda costa, su fe en el valor absoluto, incondicional de la verdad y la ciencia, no son, sin embargo, sino una

forma infinitamente refinada, sutil, sublime del espíritu ascético y cristiano. Siempre resulta fundada sobre una creencia metafísica nuestra fe en la ciencia; también nosotros, los pensadores de hoy, los ateos, los antimetafísicos, también nosotros tomamos esta fe que nos anima del incendio suscitado por una creencia milenaria ya, por esa fe cristiana, que fue también la de platón y que enseña que Dios es la verdad y que la verdad es divina.

Y si ésa era el alma que inspiró el fundador en el naciente organismo, esa alma era una fe, ésta: hay una verdad, aunque relativa; esa verdad, lo es, tiene un pleno valor objetivo; si no lo tuviese, le sería imposible prever y la ciencia prevé. Fundad en esa previsión que caracteriza lo mismo a la astronomía que a la sociología, aún en vía de constituirse; fundad en esa previsión vuestros actos, y no sólo llegaréis a ser sabios, sino seréis buenos, porque partiréis de esta noción superior, que será la conciencia misma de vuestro ser intelectual; todo está sometido a leyes, nada está gobernado por el azar; el universo revelado por la ciencia es la revelación de una armonía; para formar parte de ella, poned vuestra vida en armonía con todo lo existente, contribuid a la vida de los demás para intensificar la vuestra. El cristiano más grande quizás de los tiempos modernos, Blaise Pascal, ha dicho: “Toda la dignidad del hombre está en el pensamiento; trabajemos, pues, en pensar bien; es el primer principio de la moral”. Estas palabras resumen toda la enseñanza de Barreda: la enseñanza de su palabra y de su vida.

La simiente arrojada al surco germinó, creció y hoy puebla el campo intelectual de la república. ¿En qué ha disminuido la mentalidad o la moralidad mexicana con las cosechas nuevas? Al contrario; sólo los ciegos subjetivos no ven qué cantidad de lastre en contacto íntimo con la ciencia organizada metódicamente, ha puesto como suprema compensación de razón y buen sentido, en el fondo de nuestro ser hispanolatino, medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo. Y para combatir el egoísmo, que es el medio supremo de moralizar a un pueblo, ¿cómo no ha de haber prestado inmenso servicio social un sistema que, como lo habéis visto, como lo estáis viendo, hace palpitar de entusiasmo y de amor por altísimos ideales a los grupos escolares que se levantan, que se conciertan, que se alistan y marchan bajo los sagrados lábaros del progreso humano?

El crimen mental de vuestro santo laico, dicen los sofistas de todas las túnicas, consiste en haber intentado apagar la lámpara del altar que, encendida un día en el vaso de arcilla de las Catacumbas, no se ha extinguido hasta hoy; en haber apagado el cielo, en haber descoronado de Dios al universo. No es justo, jamás lo será este reproche. No; todos besamos con profunda piedad la mano de la mártir cristiana que encendió la lámpara de las Catacumbas; todos sabemos que si la ciencia apagó los luminares del cielo, pobló el espacio de soles y de mundos, entre los cuales nuestro mundo es un átomo, y adivinó las leyes del maravilloso equilibrio de los universos que pueblan lo ilimitado y las redujo a una ley que nosotros los poetas podemos llamar el verbo mismo de Dios, más allá de la cual se adivina el mar del misterio, en cuyas playas la ciencia abre los brazos estremecida de aspiración y de impotencia. Y eso jamás lo negó el fundador; jamás negó que pudiera concluirse del orden del

cosmos a una inteligencia que lo regenteaba; lo que negó siempre fue que eso fuera materia de ciencia; lo que afirmó siempre fue que lo que no era ciencia no era materia de enseñanza, porque materia de enseñanza para el periodo del crecimiento mental sólo puede ser lo científicamente comprobado. La creencia, la fe, velas del barco que surca impávido lo desconocido y encuentra la verdad de un sistema metafísico o la luz de una religión, de una esperanza, de un consuelo (las que no son ni esperanzas ni consuelos no son religiones), la creencia, la fe, constituyen el derecho sagrado de todo el que piensa, de todo el que siente; pero son individuales, tienen sus motivos en lo íntimo de cada ser, tal como el heredismo y la ambiencia moral que respira lo han formado; sus fundamentos son "esas razones del corazón que la razón no comprende"; pero sólo lo que la razón comprende, puede asentarse en el libro de la escuela como texto de ciencia y de verdad.

No hay que pretender lapidar a este incólume portaluz de la breve, pero clara verdad relativa que está puesta al alcance de todos los hombres, con estas dolorosas añoranzas de las creencias perdidas, de las plegarias olvidadas; quien ha causado esto no es él, es un mundo que se ha transformado en otro mundo, es la gran vibración reaparecida en el crepúsculo del Renacimiento y comunicada al través de las reformas y las revoluciones y las doctrinas y los descubrimientos hasta nosotros, y que ha colocado una interrogación ante cada sistema, una protesta ante cada credo, una negación rebelde ante cada tradición. ¿Y adónde, si no a abrir nuevos abismos, han llevado las resistencias, desde las que se opusieron al primer grito de reforma religiosa, brotada, por cierto, de la conciencia de un pontífice, hasta las que formula la encíclica, *pascendi domini gregis*, frente al grupo más ilustrado del clero católico, frente a los "modernistas" empeñados en ver los textos evangélicos, no a luz del razonamiento puro, sino de la ciencia misma de la exégesis eclesiástica? De todo esto, de mucho más, tenía conciencia el glorioso patrono de la escuela preparatoria, porque no había una sola manifestación del saber que se ocultase a sus miradas y escapase a su juicio prodigioso: lo que quería era abrir en el interior de cada uno un puerto seguro, el puerto de lo comprobado, de la verdad positiva, para que sirviera de refugio y fondeadero a los que no quisieran afrontar las tormentas intelectuales, bastante más temerosas y más negras y más angustiosas que las del océano, a los que volvieran desarbolados y maltrechos de las trágicas aventuras de la ciencia, pero con el incoercible empeño de tentar nuevas empresas, nuevos viajes de Colón en pos de constelaciones nuevas.

León Gambetta, el nunca bastante llorado ponderador de los anhelos democráticos del mundo latino, dijo que la enseñanza positiva era "médula de leones"; vio claro que por la perseverancia en el esfuerzo de adquirir el conocimiento, se nutrían y desenvolvían las facultades y se organizaba el *training* de la voluntad, exteriorización del carácter, y que por la práctica del método se adquiría la noción y la necesidad del orden, y por la iniciación científica el amor a la verdad, y en el amor a la verdad, la preparación del amor al bien.

Y resume así la obra de Barreda: he aquí toda su ambición; era inmensa, era difícil,

parecía imposible, lo parece todavía después de una batalla titánica para hacerse comprender, como lo demuestran las negaciones sugeridas o espontáneas de cuantos no aciertan a comprenderlo; pero persistió, pero triunfó, pero triunfará. He aquí toda su ambición: fundar la educación nacional; para ello creó un tipo de escuela laica; sólo la escuela laica puede realizar todas las creencias; sólo ella puede ser neutral frente a todas las filosofías; sólo ella puede educar a la república en el respeto a la libertad suprema, la libertad de la conciencia; sólo ella puede fundar la única religión compatible con todas las religiones, porque no es trascendente, porque es únicamente humana: la religión cívica, el amor a las instituciones, el alma de la nación.

Sólo ella, y por eso es un órgano necesario, indispensable del estado, que por medio de ella va creando y formando la continuidad entre lo presente y lo futuro, la perennidad de la patria. Barreda deseó formar en este panel de educación, algo así como el cerebro nacional: los que allí se educaran, eran los que debían influir más de cerca en los destinos de México, y por eso quiso que su escuela fuera fundamental, típicamente laica. Sólo así podía llenar lentamente su misión. Y la llenará, porque vivirá. La nación la ha hecho definitivamente suya; basta a probarlo, que cualquier absceso de reacción que se forma en el periódico, en el libro, en la escuela, toma el aspecto de una protesta contra la obra de Barreda. A este hombre lo ha embalsamado, lo ha marmorizado, lo ha eternizado el odio de los secretos u ostensibles enemigos de la plena emancipación del espíritu humano. Así se ha formado sola y espléndida la estatua del maestro; las generaciones nuevas, la que vienen sanas de inteligencia y corazón, con la vista fija en el divino ideal de Barreda —la libertad y la paz social, por la verdad y por la ciencia—; esas generaciones erigen hoy esa estatua, sobre un pedestal de almas.

¡Oh, maestro!, permíteme llamarte así; no soy tu alumno, fui el más oscuro de tus conquistados colaboradores; mas quien fue tu colaborador era tu discípulo. ¡Oh, maestro!, tu memoria, que entra laboriosa y dolorosamente en el corazón de la posteridad (por eso se grabará en él hondamente), encuentra, cerrándole el paso, a los mismos enemigos que encontró tu designio y que te ultrajaron cuando levantabas tu primera cosecha, cuando por algún tiempo abandonaste tu labor fecunda, cuando agonizante de nostalgia, tornabas a los cielos natales para expirar en brazos de la noble y fiel compañera de tu suerte.

En cambio, quienes jamás olvidarán que el ideal, que el deber, que la patria, fueron tu indisoluble, tu supremo amor, seguirán rodeando tu recuerdo en legión sinnúmero, en todos los ámbitos de la república, levantando en alto las manos cargadas de ramas de encino y palmas de oro, como en las antiguas *panegyrias*. Puede tu biografía condensarse en esta inscripción de una lámpara medieval (recientemente recordada por un académico francés): *aliis inserviendo consumor*, "me consumo en servicio de los demás". Por eso, por haberte consagrado entero al servicio de tus conciudadanos, logrando dar vida perdurable a una idea, mereces esta ovación a que ha venido a asociarse el gran mexicano que la preside.

Maestro: yo, en mis años juveniles, saturado el espíritu de adoraciones revolucionarias,

quise medir contigo mis armas, te creí injusto; tú pulverizaste mis argumentos y sonreíste con augusta bondad de mis frases irrespetuosas. Hoy, el viejo y un poco fatigado luchador, coloca en los peldaños de tu altar su espada rota, y el vencido se confunde venturoso en el grupo inmenso de los que te admiran, de los que te bendicen, de los que te aman.

* Pronunciado en la velada que tuvo lugar en el teatro Abreu, la noche del 22 de marzo de 1908, en honor del maestro doctor don Gabino Barreda.

EN LA INAUGURACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL*

Señor presidente de la República:
Señoras:
Señores:

Dos conspicuos adoradores de la fuerza transmutada en derecho, el autor del *Imperio germánico* y el autor de la *Vida estrenua*; el que la concebía como instrumento de dominación, como el agente superior de lo que Nietzsche llama la voluntad de potencia, y el que la preconiza como agente de civilización, esto es, de justicia, son quienes principalmente han logrado imbuir en el espíritu de todos los pueblos capaces de mirar lo porvenir, el anhelo profundo y el propósito tenaz de transformar todas sus actividades: la mental, como se transforma la luz, la sentimental, como se transforma el calor, y la física, como se transforma el movimiento, en una energía sola, en una especie de electricidad moral que es propiamente la que integra al hombre, la que lo constituye en un valor, la que lo hace entrar como molécula consciente en las distintas evoluciones que determinan el sentido de la evolución humana en el torrente del perenne devenir...

Esta resolución de ser fuertes, que la antigüedad tradujo por resultados magníficos en grupos selectos y que entra ya en el terreno de las vastas realizaciones por nacionalidades enteras, muestra que el fondo de todo problema, ya social, ya político, tomando estos vocablos en sus más comprensivas acepciones, implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación.

Porque ser fuertes, ya lo enunciamos, es, para los individuos, resumir su desenvolvimiento integral: físico, intelectual, ético y estético, en la determinación de un carácter. Claro es que el elemento esencial de un carácter está en la voluntad; hacerla evolucionar intensamente, por medio del cultivo físico, intelectual, moral, del niño al hombre, es el soberano papel de la escuela primaria, de la escuela por antonomasia; el carácter está formado cuando se ha impreso en la voluntad ese magnetismo misterioso, análogo al que llama a la brújula hacia el polo, el magnetismo del bien. Cultivar voluntades para cosechar egoísmos, sería la bancarrota de la pedagogía; precisa imantar de amor a los caracteres; precisa saturar al hombre de espíritu de sacrificio para hacerle sentir el valor inmenso de la vida social, para convertirlo en un ser moral, en toda la belleza serena de la expresión; navegar siempre en el derrotero de ese ideal, irlo realizando día a día, minuto a minuto; he aquí la divina misión del maestro.

¡La Universidad, me diréis, la Universidad no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora; sólo sirve para formar cerebrales. Y sería, podría añadirse entonces, sería

una desgracia que los grupos mexicanos ya iniciados en la cultura humana, escalonándose en gigantesca pirámide, con la ambición de poder contemplar mejor los astros y poder ser contemplada por un pueblo entero, como hicieron nuestros padres toltecas, rematase en la creación de un adoratorio en torno del cual se formase una casta de la ciencia, cada vez más alejada de su función terrestre, cada vez más alejada del pueblo que la sustenta, cada vez más indiferente a las pulsaciones de la realidad social turbia, heterogénea, consciente apenas, de donde toma su savia y en cuya cima más alta se encienda su mentalidad como una lámpara irradiando en la soledad del espacio...!

Torno a decirlo: esto sería una desgracia; ya lo han dicho psicosociólogos de primera importancia. No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla, discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión, que recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber. El telescopio al cielo nuestro, sumario de asterismos prodigiosos en cuyo negror hecho de misterio y de infinito, fulguran a un tiempo el Septentrión inscribiendo eternamente el surco ártico en derredor de la estrella virginal del polo, y los diamantes siderales que clavan en el firmamento la Cruz Austral; el microscopio a los gérmenes que bullen invisibles en la retorta del mundo orgánico; que en el ciclo de sus transformaciones incesantes hacen de toda existencia un medio en que efectuar sus evoluciones; que se emboscan en nuestra fauna, en nuestra flora, en la atmósfera en que estamos sumergidos, en la corriente de agua que se desliza por el suelo, en la corriente de sangre que circula por nuestras venas, y que conspiran, con tanto acierto como si fueran seres conscientes, para descomponer toda vida y extraer de la muerte nuevas formas de vida.

Ésta se agotaría probablemente en nuestro planeta antes de que la ciencia apurase la observación de cuantos fenómenos nos particularizan y las particularizasen a ella. Nuestro subsuelo, que por tantos capítulos justifica el epíteto de nuevo que se ha dado a nuestro mundo; las peculiaridades de la conformación de nuestro territorio constituido por una gigantesca herradura de cordilleras que, emergida del océano en plena zona tórrida, la transforma en templada y la lleva hasta la fría y la sube a buscar la diadema de nieve de sus volcanes en plena atmósfera polar y allí, en esas altitudes, colmado el arco interno de la herradura por una rampa de altoplanicies que va muriendo hacia el norte, nos presenta el hecho, único quizás en la vida étnica de la tierra, de grandes grupos humanos organizándose y

persistiendo en existir y evolucionando y llegando a constituir grandes sociedades, y una nación resuelta a vivir, en una altitud en que, en otras regiones análogas del globo, o los grupos humanos no han logrado crecer, o no han logrado fijarse, o vegetan incapaces de llegar a formar naciones conscientes y progresivas.

Y lo que presenta un interés extraordinario es que no sólo por esas condiciones el fenómeno social, y por consiguiente, el económico, el demográfico y el histórico, tienen aquí formas *sui generis*, sino los otros fenómenos, los que se producen más ostensiblemente dentro de la uniformidad fatal de las leyes de la naturaleza: el fenómeno físico, el químico, el biólogo, obedecen aquí a particularidades tan íntimamente relacionadas con las condiciones meteorológicas y barológicas de nuestro habitáculo, que puede afirmarse que constituyen, dentro del inmenso imperio del conocimiento, una provincia no autonómica, porque toda la naturaleza cabe dentro de la cuadrícula soberana de la ciencia; pero sí distinta, pero sí característica.

Y si de la naturaleza pasamos al hombre, que, cierto, es un átomo, pero un átomo que no sólo refleja al universo, sino que lo piensa, ¡qué tropel de singularidades nos sale al encuentro! ¿Aquí habitó una raza sola? ¿Las diferencias no estructurales, pero sí morfológicas de las lenguas habladas aquí, indican procedencias distintas en relación con una diversidad, no psicológica, pero sí de configuración y de aspecto de los habitantes de estas comarcas? Si no es un centro de creación este nuestro continente, ¿a dónde está la cepa primera de estos grupos? ¿Hay, acaso, una unidad latente de este grupo humano que corre a lo largo de los meridianos de un polo a otro? Estos hombres que construyeron pasmosos monumentos en medio de ciudades al parecer concebidas por un solo cerebro de gigante y realizadas por varias generaciones de vencidos o de esclavos de la pasión religiosa, servidores de una idea de dominación y orgullo, pero convencidos de que servían a un dios, también erigieron en sus cosmogonías y teogonías, monumentos espirituales más grandes que los materiales; como que tocan por sus cimas, abigarradas al igual de las de sus teocalis, a los problemas eternos, ésos en presencia de los cuales el hombre no es más que el hombre, en todos los climas y en todas las razas, es decir, una interrogación ante la noche. ¿Quiénes eran estos hombres, de dónde vinieron, en dónde están sus reliquias vivas en el fondo de este mar indígena sobre el que ha pasado desde los tiempos prehistóricos el nivel de la superstición y de la servidumbre, pero que nos revela, de cuando en cuando, su formidable energía latente con individualidades cargadas de la electricidad espiritual del carácter y la inteligencia?

Y la historia del contacto de estas que nos parecen extrañas culturas aborígenes, con los más enérgicos representantes de la cultura cristiana, y la extinción de la aquí en tan múltiples formas desarrollada, como efecto de ese contacto hace cuatrocientos años comenzado y que no acaba de consumarse, y la persistencia del alma indígena copulada con el alma española, pero no identificada, pero no fundida, ni siquiera en la nueva raza, en la familia propiamente mexicana, nacida como se ha dicho, del primer beso de Hernán Cortés y la Malintzin; y la

necesidad de encontrar en una educación común la forma de esa unificación suprema de la patria; y todo esto estudiado en sus consecuencias, en las series de fenómenos, que determinan nuestro estado social; ¡qué profusión de temas de estudio para nuestros obreros intelectuales y cuánta riqueza para la ciencia humana podrá extraerse de estos filones, aún ocultos, de revelaciones que abarcan toda la rama del conocimiento de que el hombre es sujeto y objeto a la vez!

Realizando esta obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la república, aptas para la labor científica, es como nuestra institución universitaria merecerá el epíteto de nacional que el legislador le ha dado; a ella toca demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza y en nuestra historia; que, participando de los elementos de otros pueblos americanos, nuestras modalidades son tales que constituyen una entidad perfectamente distinta entre las otras y que el *tantum sui simile gentem* de tácito, puede aplicarse con justicia al pueblo mexicano.

Para que sea no sólo mexicana, sino humana, esta labor, en que no debemos desperdiciar un solo día del siglo en que llegará a realizarse, la Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir sin renovarlo el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general; que sus métodos, que sus investigaciones, que sus conclusiones, no podrán adquirir valor definitivo, mientras no hayan sido probados en la piedra de toque de la investigación científica que realiza nuestra época, principalmente por medio de las universidades. La ciencia avanza, proyectando hacia delante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad; debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas.

La acción educadora de la Universidad resultará entonces de su acción científica; haciendo venir a ella grupos selectos de la intelectualidad mexicana y cultivando intensamente en ellos el amor puro de la verdad, el tesón de la labor cotidiana para encontrarla, la persuasión de que el interés de la ciencia y el interés de la patria, deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano, creará tipos de caracteres destinados a coronar, a poner el sello a la obra magna de la educación popular que la escuela y la familia, la gran escuela del ejemplo, cimentan maravillosamente cuando obran de acuerdo. Emerson, citado por el conspicuo presidente de Columbia University, dice:

> La cultura consiste en sugerir al hombre, en nombre de ciertos principios superiores, la idea de que hay en él una serie de afinidades que le sirven para moderar la violencia de notas maestras que disuenan en su gama, afinidades que nos son un auxilio contra nosotros mismos. La cultura restablece el equilibrio, pone al hombre en su lugar entre sus iguales y sus superiores, reanima en él el sentimiento exquisito de la simpatía y le advierte a tiempo, del peligro de la soledad y de los impulsos antipáticos.

Y esta sugestión de que habla el gran moralista norteamericano, esta sugestión de principios superiores, de ideas justas transmutables en sentimientos altruistas, es obra de

todos los hombres que tienen voz en la historia, que adquieren voto decisivo en los problemas morales que agitan una sociedad; de estos hombres que, sin saberlo, desde su tumba o desde su escritorio, su taller, su campamento o su altar son verdaderos educadores sociales: Victor Hugo, Juárez, Abraham Lincoln, León Gambetta, Garibaldi, Kossut, Gladstone, León XIII, Emilio Castelar, Sarmiento, Bjoernson, Karl Marx, para hablar sólo de los vivos de ayer, influyen más y sugieren más a las democracias en formación de nuestros días que todos los tratados de moral del mundo.

Esta educación difusa y penetrante del ejemplo y la palabra, que satura de ideas-fuerzas la atmósfera de la vida nacional durante un periodo de tiempo, toca a la universidad concentrarla, sistematizarla y difundirla en acción; debe esforzarse en presentar encarnaciones fecundas de esos principios superiores de que Emerson habla; debe realizar la ingente labor de recibir en los dinteles de la escuela, en que el maestro ha logrado crear hábitos morales y físicos que orientan nuestros instintos hacia lo bueno, al niño que va a hacer de sus instintos los auxiliares constantes de su razón al franquear la etapa decisiva de la juventud y que va a adquirir hábitos mentales que lo encaminen hacia la verdad, que va a adquirir hábitos estéticos que lo hagan digno de apropiarse la exclamación de Agrippa d'Aubigné:

Ô céleste beauté,
Blanche fille du ciel, flambeau d'éternité!

Cuando el joven sea hombre es preciso que la Universidad, o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción, que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos, moralmente, olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria.

La Universidad, entonces, tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza, ésa es la antorcha de vida de que habla el poeta latino, la que se transmiten en su carrera las generaciones.

¿Tenemos una historia? No. La Universidad mexicana que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces sí, las tiene en una imperiosa tendencia a organizarse, que revela en todas sus manifestaciones la mentalidad nacional y por eso apenas brota del suelo el vástago cuando al primer beso del sol de la patria se cubre de renuevos y yemas, nuncios de frondas, de flores, de frutos. Ya es fuerte, lo sentimos; *fara da se*. Si no tiene antecesores, si no tiene abuelos, nuestra universidad tiene precursores; el gremio y el claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros el antepasado, es el pasado. Y sin embargo, la recordamos con cierta involuntaria filialidad; involuntaria, pero no destituida de emoción ni interés. Nació en la Conquista, cuando no tenía más elementos que aquellos que los mismos conquistadores proporcionaban o toleraban; hija del pensamiento del primer virrey, el magnánimo don Antonio de Mendoza, y del amor infrangible por el país nuevo, del santo padre Las Casas, no pudo venir a luz sino cuando fueron oídos los votos del ayuntamiento de México,

ardientemente secundados por otro gran virrey que mereció de sus coetáneos el sobrenombre de Padre de la Patria. A corta distancia de este sitio se erigió una gran casa blanca, decorada de amplias rejas de fierro vizcaíno, a orillas de uno de esos interminables canales que recorrían en todas direcciones la flamante ciudad y que, pasando por frente de las casas del marqués (hoy Palacio Nacional), corría a buscar salida por las acequias que cruzaban, como en los tiempos aztecas, la capital de Cortés. Los indígenas que bogaban en sus luengas canoas planas, henchidas de verduras y flores, oían atónitos el tumulto de voces y el bullaje de aquella enorme jaula en que magistrados y dignidades de la iglesia regenteaban cátedras concurridísimas, donde explicaban densos problemas teológicos, canónicos, jurídicos y retóricos, resueltos ya, sin revisión posible de los fallos, por la autoridad de la Iglesia.

Nada quedaba que hacer a la Universidad, en materia de adquisición científica, poco en materia de propaganda religiosa, de que se encargaban, con brillante suceso, las comunidades, todo en materia de educación por medio de selecciones lentas en el grupo colonial. Era una escuela verbalizante; el psitacismo, que dice Leibnitz, reinaba en ella. Era la palabra y siempre la palabra latina, por cierto, la lanzadera prestigiosa que iba y venía sin cesar en aquella urdimbre infinita de conceptos dialécticos: en las puertas de la Universidad, podíamos decir de las universidades, hubiera debido inscribirse la exclamación de Hamlet: “Palabras, palabras, palabras.” pero la Universidad mexicana, rodeada de la muralla de China por el Consejo de Indias elevada entre las colonias americanas y el exterior, extraña casi por completo a la formidable remoción de corrientes intelectuales que fue el renacimiento, ignorante del magno sismo religioso y social que fue la reforma, seguía su vida en el estado en que se hallaban un siglo antes las universidades cuatrocentistas. ¿Qué iba a hacer? El tiempo no corría para ella, estaba emparedada intelectualmente; pero como quería hablar, habló por boca de sus alumnos y maestros, verdaderos milagros de memorismo y de conocimiento de la técnica dialectizante.

Así pasó su primer siglo, ya dueña de amplio y noble edificio que nos hemos visto obligados a derruir para libertarlo de la ruina cuando daba abrigo a nuestra Escuela Nacional de Música, con ánimo de restaurarlo en no lejano tiempo con su característico tipo arquitectónico y las elegancias artísticas de piedra y madera que lo decoraban y que nosotros guardamos cuidadosamente. La Universidad de Salamanca que hoy apadrina nuestra Universidad naciente, le dio el tipo de sus constituciones, que pronto quedaron semiasfixiadas por disposiciones parásitas; entonces se proyectó en sus claustros la noble y batalladora sombra del obispo Palafox que lo redujo todo a reglamentos, bien nimios en verdad, pero bien claros, y que fueron la norma definitiva de aquella casa de estudios en que la Nueva España intelectual cifró su orgullo, hasta que aparecieron en el horizonte los terribles rivales, los que *ad majorem dei gloriam,* iban a monopolizar toda la educación católica.

Nos envanecemos con razón de nuestros maravillosos inventos, de nuestros descubrimientos de inimaginable trascendencia; nos estamos encarando con el universo en todas sus sombras; perseguimos el misterio de todas las cosas hasta en los círculos más retirados de la noche del ser; pedimos a la ciencia la última palabra de lo real y nos contesta y nos contestará siempre con la penúltima palabra, dejando entre ella y la verdad absoluta que pensamos vislumbrar, toda la inmensidad de lo relativo. En este dominio, ¡cuánto han pululado

los hechos nuevos, los fenómenos impensados, las sorpresas de la naturaleza solicitada con ansiedad premiosa por la mente armada de un instrumento superior a la brújula para encontrar nuevos mundos: armada del método! El actual periodo de la revelación humana hace juego con el de la revelación divina, de donde, después del triunfo del cristianismo militante, convertido en catolicismo, nacieron los siglos píos de las órdenes monacales, de los papas teócratas, de las Cruzadas y de la escolástica. Aquél, el periodo medieval, venía de la cruz del templo, de Dios y viajó siglos enteros a través del pensamiento y se perdió en formidable laberinto teológico en busca de la unión metafísica entre las reglas de la conducta humana y la idea divina. Buscaba al hombre con la linterna escolástica, cuando la esplendente aurora del Renacimiento apagó la linterna y mostró al hombre; de este hombre compuesto de pasiones, odios y amores, de atracciones y repulsiones, pero reducido por la razón, no por la fe, a una unidad armónica tal como la filosofía pagana la había concebido, la ciencia nueva partió. Vosotros conocéis los episodios de este periplo asombroso en torno de la verdad por los mares sin playas de que, en visión desoladora, habla Littré; la ciencia, la nueva revelación se atreve a navegar en ellos, rumbo a montañas cada vez más altas, coronadas de misterioso fulgor: al columbrarlas uno de los primates de la ciencia, el eminente físico inglés Thomson, exclamaba ayer en una asamblea de sabios: "¡Grandes son las obras del Señor!" ¿Será que la ciencia del hombre es un mundo que viaja en busca de Dios?

Pues bien, todos los descubrimientos, incontables ya, que en ese viaje ha logrado la ciencia; las aplicaciones y modalidades de la energía eléctrica que se va convirtiendo a los ojos del filósofo en una suerte de alma del universo, delante de la cual la materia y el éter parecen simples conceptos de nuestra mente; los que han mostrado la manera de retener en un hilo de cobre un mundo de sonidos que desaparecen con un simple contacto metálico; los que han hecho venir al objetivo del telescopio fotográfico miríadas de astros escondidos en la sombra que hasta hace pocos años un poeta habría calificado de eterna; y los que han traído al ojo del microscopio la inimaginable cantidad de nebulosas orgánicas que componen lo infinitamente pequeño y se descomponen en individuos mejor dotados para propagar la muerte que Atila, Timurleng o Ahuizotl; y los que han hallado en los rayos de Roentgen, en las propiedades del *radium* y en la radioactividad de los cuerpos una tentación premiosa para agregar al mundo visible otro mundo insospechado y que podríamos llamar sobrenatural, si la naturaleza nos fuera realmente conocida; toda esa especie de remoción del cosmos efectuada desde el fondo del laboratorio, que despierta cada día de labor y de observación la forma nueva de una fuerza latente; de donde surgen sin solución de continuidad los fenómenos analizables, calificables por los procedimientos de la ciencia, que es a modo de inflexible pauta aplicada por nuestro espíritu a la tela sin fin de los seres; todo esto no puede compararse en trascendencia para la humanidad, en influencia sobre el destino del ser humano, a la invención de la imprenta y al descubrimiento de la América, en el siglo XV, así como estos hallazgos resultan insignificantes al lado del de la producción voluntaria del fuego, sin el cual

el hombre habría sucumbido, en los albores del periodo cuaternario.

La imprenta engendró al libro, que puso al espíritu en contacto consigo mismo, y el descubrimiento de América completó a la humanidad, que se sentía deficiente, y reemplazó la fe teológica con la fe científica. De entrambos descubrimientos nació la Edad Moderna; de entrambos nació la Universidad de México que, con la de Lima, constituye la primera tentativa de los monarcas españoles para dar alas al alma americana, que comenzaba a formarse dolorosamente.

La parlante casa de estudio no fue un puerto para las naves que se atrevían a surcar los mares nuevos del intelecto humano en el renacimiento; no, ya lo dijimos; la base de la enseñanza era la escolástica, en cuyas mallas se habían vuelto flores de trapo las doctrinas de los grandes pensadores católicos que, con tomás de Aquino y Vives, habían desaparecido de la escena, que quedó vacía hasta el cardenal Newman, no de inteligencia y sentimiento místico, que fueron siempre exuberantes, sino de genuina creación filosófica. Deduciendo siempre de los dogmas, superiores o extraños a la razón, o de los comentarios de los padres, y peritísimos en recetas dialécticas o retóricas, los maestros universitarios, aquí como en la vieja España, hacían la labor de Penélope y enseñaban cómo se podía discurrir indefinidamente, siguiendo la cadena silogística, para no llegar ni a una idea nueva, ni a un hecho cierto; aquello no era el camino de ninguna creación, de ninguna invención; era una telaraña oral hecha de la propia substancia del verbo y el *quod erat probandum* no probaba, sino lo que ya lo estaba la proposición original. Y esta técnica era la que se aplicaba a los estudios canónicos, jurídicos, médicos y filosóficos, como que la teología hablaba cual ama y señora, y como ciencias esclavas las otras.

Ya podían resultar, como resultaron, universitarios que eran prodigios razonantes de memoria y de silogística, entre profesores y alumnos de la universidad; este organismo se convirtió en un caso de vida vegetativa y después en un ejemplar del reino mineral: era la losa de una tumba; el epitafio lo ha escrito el padre Agustín Rivera, en la *Historia de la filosofía en la Nueva España*.

En vano el obispo Palafox, lleno de inquina contra la Compañía de Jesús, intentó en el siglo XVII galvanizar aquel cadáver; pronto volvió a la impotencia, a la atonía, a la descomposición. La educación jesuítica, radicalmente imperfecta, como es, porque basa toda la educación del carácter en la obediencia ciega y muda, y porque hace del conocimiento de los clásicos latinos la parte principal de la enseñanza, sin poder penetrar en la verdadera alma clásica que fue la del Renacimiento por ellos anatematizada, estuvo en México en manos de hombres de soberana virtud, tan cultos en su época, tan humanos, tan abnegados como misioneros, tan dúctiles como cortesanos, tan tolerantes, en el sentido social del vocablo, tan penetrantes psicólogos y tan empeñados en levantar el alma mexicana que la Universidad entró en un rápido ocaso de luna, en presencia de aquel sol moral y mental que le nacía enfrente. Fue irremediable su decadencia hasta como escuela para formar clérigos; pronto los seminarios

conciliares, nacidos de las prescripciones tridentinas y ajustados a ellas, hicieron a la Universidad una competencia muy práctica y eficaz; los grados fueron poco a poco un honor depreciado, un modo de proporcionar recursos a los viejos doctores universitarios. Ni siquiera la expulsión de los jesuitas, decretada por Carlos III, sirvió a la Universidad, dejándole el campo libre; ni siquiera pudo así atraerse a la clientela criolla, que pertenecía por completo a los padres expulsados, reanimando su enseñanza; nada; fue muy lenta, pero irremediable, su agonía. No supo, ni habría podido, quizás, abrir una puerta al espíritu nuevo y renovar su aire y reoxigenar su viejo organismo, que tendía a convertirse en piedra; no lo supo, y fueron los seminarios los que prepararon el espíritu de emancipación filosófica, obligando a sus alumnos a conocerlo en las refutaciones que de él se hacían, o en algunos libros clandestinamente importados en las aulas; y fueron los seminarios, y no la Universidad, los que cultivaron sigilosamente las grandes almas de los insurgentes de 1810, en las que, por primera vez, la patria fue.

Cuando los beneméritos próceres, que en 1830 llevaron al gobierno la aspiración consciente de la reforma, empujaron las puertas del vetusto edificio, casi no había nadie en él, casi no había nada. Grandes cosas vetustas, venerables unas, apolilladas otras; ellos echaron al cesto las reliquias de trapo, las borlas doctorales, los registros añejos, en que constaba que la Real y Pontificia Universidad no había tenido ni una sola idea propia, ni realizado un solo acto trascendental a la vida del intelecto mexicano; no había hecho más que argüir y redargüir en aparatosos ejercicios de gimnástica mental, en presencia de arzobispos y virreyes, durante trescientos años.

No puede, pues, la universidad que hoy nace, tener nada de común con la otra; ambas han fluido del deseo de los representantes del Estado de encargar a hombres de alta ciencia de la misión de utilizar los recursos nacionales en la educación y la investigación científicas, porque ellos constituyen el órgano más adecuado a estas funciones, porque el Estado ni conoce funciones más importantes ni se cree el mejor capacitado para realizarlas. Los fundadores de la universidad de antaño decían: “La verdad está definida, enseñadla”; nosotros decimos a los universitarios de hoy: “La verdad se va definiendo, buscadla”. Aquellos decían: “Sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político, resumido en estas palabras: Dios y el rey”. Nosotros decimos: “Sois un grupo en perpetua selección, dentro de la sustancia popular y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad”.

Para llegar más brevemente, no a realizar sus fines, porque la historia del pensamiento humano prueba que no se realizan nunca, aunque se vayan realizando todos los días, sino a hacerse dueño de los medios de realizarlos, la acción directa de la nueva institución. No por esto, sin embargo, la hemos creado extraña a toda ingerencia en la educación primaria, la más fundamental, la más necesariamente nacional; pero esa ingerencia no podía pasar del límite de

la información precisa venida por el conducto más autorizado. No podía pasar de allí, porque consta en nuestras leyes el acuerdo entre el pueblo y el gobierno, para reservar a éste cuanto a la primera educación se refiere. Este acuerdo es indiscutible y nosotros los mexicanos lo consideramos indiscutible; pertenece al orden político; consiste en que, penetrados hondamente del deber indeclinable de transformar la población mexicana en un pueblo, en una democracia, nos consideramos obligados a usar, directa y constantemente, del medio más importante de realizar este propósito, que es la escuela primaria. Todos los demás medios coadyuvan; no hay uno solo de cuantos significan paz, progreso, que no sea educador, porque no hay un solo que no acrezca el coeficiente de cohesión en los pueblos y propague el amor al trabajo y facilite la marcha de la escuela; pero ésta, que sugiere hábitos, que trata de convertir la disciplina externa en interna, que unifica la lengua, levantando una lengua nacional sobre el polvo de todos los idiomas de cepa indígena, creando así el elemento primordial del alma de la nación; esta escuela, que prepara sistemáticamente en el niño al ciudadano, iniciándolo en la religión de la patria, en el culto del deber cívico, esta escuela forma parte integrante del Estado, corresponde a una obligación capital suya, debe considerársela como un servicio público, es el estado mismo en función del porvenir.

Tal es la razón primera de nuestro sistema y tal es la de haber mantenido fuera del alcance universitario a las escuelas normales, a pesar de que no ignoramos la tendencia actual de sustituir a la enseñanza normal una enseñanza pedagógica universitaria. No sé cuáles resultados produciría en otras partes; aquí sindicamos de desastroso régimen semejante, en el momento actual de nuestro desenvolvimiento escolar.

La Universidad está encargada de la educación nacional en sus medios superiores e ideales; es la cima en que brota la fuente, clara como el cristal de la fuente horaciana, que baja a regar las plantas germinadas en el terruño nacional y sube en el ánima del pueblo por tal que éste la tenga puesta. En tanto todo, aquello que forma parte de disciplinas concretas y utilitarias ligadas con el desenvolvimiento de necesidades de que dependen en parte la vida actual del Estado, como las enseñanzas comerciales e industriales, materia de futuras universidades; todo lo que es necesario proteger perseverantemente en el orden económico, porque lo tenue de la ambiencia en que evoluciona exige la creación temporal de medios ficticios favorables a esa evolución que tenemos por indispensable a la cultura nacional, me refiero a las enseñanzas estéticas, quedan en nuestro plan pedagógico en su situación actual, también en la íntima dependencia del Estado.

Así, pues, la Universidad nueva organizará su selección en los elementos que la escuela primaria envíe a la secundaria; pero ya aquí los hará suyos, los acendrará en fuertes crisoles, de donde extraerá al fin el oro que en medallas, grabadas con las armas nacionales, pondrá en circulación. Esa enseñanza secundaria está organizada, aquí y en casi toda la República, con una doble serie de enseñanzas que se suceden, preparándose unas a otras, tanto en el orden lógico, como en el cronológico, tanto en el orden científico como en el literario. Tal sistema es

preferido al de enseñanzas coincidentes, porque nuestra experiencia y la conformación del espíritu mexicano parecen darle mayor valor didáctico; sin duda que está en cierta pugna con la actual interdependencia científica; mas su relación con la historia de la ciencia y con las leyes psicológicas, que se fundan en el paso de lo más a lo menos complejo, es innegable.

Sobre esta serie científica que informa el plan de nuestra enseñanza secundaria, "la serie de las ciencias abstractas" que apellida Augusto Comte, está edificado el de las enseñanzas superiores profesionales que el estado expensa y sostiene con cuanto esplendor puede, no porque se crea con la misión de proporcionar carreras gratuitas a individuos que han podido alcanzar ese tercer o cuatro grado de la selección, sino porque juzga necesario al bien de todos que haya buenos abogados, buenos médicos, ingenieros y arquitectos; cree que así lo exigen la paz social, la salud social y la riqueza y el decoro social, satisfaciendo necesidades de primera importancia. Sobre estas enseñanzas fundamos la Escuela de Altos Estudios; allí la selección llega a su término; allí hay una división amplísima de enseñanzas; allí habrá una distribución cada vez más vasta de elementos de trabajo; allí convocaremos, a compás de nuestras posibilidades, a los príncipes de las ciencias y las letras humanas, porque deseamos que los que resulten mejor preparados por nuestro régimen de educación nacional puedan escuchar las voces mejor prestigiadas en el mundo sabio, las que vienen de más alto, las que van más lejos; no sólo las que producen efímeras emociones, sino las que inician, las que alientan, las que revelan, las que crean. Ésas se oirán un día en nuestra escuela; ellas difundirán el amor a la ciencia, amor divino, por lo sereno y puro, que funda idealidades como el amor terrestre funda humanidades.

Nuestra ambición sería que en esa escuela, que es el peldaño más alto del edificio universitario, puesto así para descubrir en el saber los horizontes más dilatados, más abiertos, como esos que sólo desde las cimas excelsas del planeta pueden contemplarse; nuestra ambición sería que en esa escuela se enseñase a investigar y a pensar, investigando y pensando, y que la substancia de la investigación y el pensamiento no se cristalizase en ideas dentro de las almas, sino que esas ideas constituyesen dinamismos perennemente traducibles en enseñanza y en acción, que sólo así las ideas pueden llamarse fuerzas; no quisiéramos ver nunca en ellas torres de marfil, ni vida contemplativa ni arrobamientos en busca del mediador plástico; eso puede existir, y quizás es bueno que exista, en otra parte; no allí, allí no.

Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros y, reuniéndose a él y guiándolo de nuevo, se detuvo en las puertas de la universidad de parís, el *alma mater* de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de

verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno.

¡Cuánto se nos ha tildado de crueles y acaso de beocios, por mantener cerradas las puertas a la ideal Antígona! La verdad es que en el plan de la enseñanza positiva, la serie científica constituye una filosofía fundamental; el cielo que comienza en la matemática y concluye en la psicología, en la moral, en la lógica, en la sociología, es una enseñanza filosófica, es una explicación del universo; pero, si como enseñanza autonómica no podíamos darle en nuestros programas su sede marmórea, nosotros, que teníamos tradiciones que respetar, pero no que continuar ni seguir, sí podíamos mostrar el modo de ser del universo hasta donde la ciencia proyectara sus reflectores, no podíamos ir más allá, ni dar cabida en nuestro catálogo de asignaturas a las espléndidas hipótesis que intentan explicar, no ya el cómo, sino el porqué del universo. Y no que hayamos adoptado un credo filosófico que fuese el positivismo: basta comparar con la serie de las ciencias abstractas propuesta por el gran pensador que lo fundó, la adoptada por nosotros para modificar este punto de vista; no, un espíritu laico reina en nuestras escuelas; aquí, por circunstancias peculiares de nuestra historia, y de nuestras instituciones, el estado no podría, sin traicionar su encargo, imponer credo alguno; deja a todos en absoluta libertad para profesar el que les imponga, o la razón o la fe. Las lucubraciones metafísicas que responden a un invencible anhelo del espíritu, y que constituyen una suerte de religión, en el orden ideal, no pueden ser materia de ciencia; son supremas síntesis que se ciernen sobre ella y que frecuentemente pierden con ella el contacto. Quedan a cargo del talento, alguna vez del genio, siempre de la conciencia individual; nada como esa clase de mentalismos para alzar más el alma, para contentar mejor el espíritu, aun cuando, como suele suceder, proporcionen desilusiones trágicas.

Hay, sin embargo, trabajos de coordinación, ensayos de totalización del conocimiento que sí tienen su raíz entera en la ciencia, y una sección en la escuela de altos estudios los comprende bajo el título de filosofía. Nosotros abriremos allí cursos de historia de la filosofía, empezando por la de las doctrinas modernas y de los sistemas nuevos, o renovados, desde la aparición del positivismo hasta nuestros días, hasta los días de Bergson y William James. Y dejaremos libre, completamente libre, el campo de la metafísica negativa o afirmativa, al monismo por manera igual que al pluralismo, para que nos hagan pensar y sentir, mientras perseguimos la visión pura de esas ideas eternas que aparecen y reaparecen sin cesar en la corriente de la vida mental: un Dios distinto del universo, un Dios inmanente en el universo, un universo sin Dios.

¿Qué habríamos logrado si al realizar este ensueño hubiéramos completado con una estrella mexicana un asterismo que no fulgurase en nuestro cielo? No, el nuevo hombre, que la consagración a la ciencia forme en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar a quién se debe y a qué pertenece; el *sursum corda* que brote de sus labios al pie del altar, debe dirigirse a los que con él han amado, a los que con él han sufrido; que ante ellos eleve como una promesa de libertad y redención la hostia

inmaculada de la verdad. Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Athena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes, para adorar a Athena Promakos, a la ciencia que defiende a la patria.

Señor rector de la Universidad:

Al depositar en vuestras manos el gobierno universitario, el jefe de la nación ha querido premiar una labor santa de más de medio siglo, en que habéis puesto al servicio de varias generaciones escolares, no sólo vuestra inteligencia, sino vuestro corazón. No sólo habéis sido un profesor, sino un educador; no sólo habéis formado jurisconsultos, sino habéis formado hombres; sus almas eran como todas, cálices, o de arcilla, o de cristal, o de oro; en cada uno de esos cálices habéis depositado una gota de vuestra alma buena. Hoy vais a continuar vuestra obra desde más alto, dirigiendo la primera marcha de la Universidad naciente; nada olvidaréis en el desempeño de vuestra ardua y fecunda tarea; ni vuestra impecable ciencia de jurista, ni vuestro amor por el pasado, ni vuestra fe, juvenil todavía, en el progreso. Contáis para el desempeño de vuestra misión con la ardiente simpatía de tres generaciones de hombres de estudio, con el respeto de la sociedad, con la confianza del gobierno, de quien vuestro encargo rectoral os constituye en colaborador íntimo.

El pueblo de México y su gobierno y la Universidad a cuyo nacimiento asistís como buenas hadas, señores delegados universitarios, os dan, por vuestra deferencia, las gracias más efusivas y os ruegan que las transmitáis a vuestras universidades respectivas, a quienes desde hoy consideramos como nuestras hermanas maternales, como nuestras consejeras, como nuestras amigas. Tres de entre ellas han sido llamadas, por eminentemente representativas, para apadrinar en nombre de todas, porque todas habrían merecido esa distinción, este acto que quedará marcado hondamente en los anales de la vida moral de México: la Universidad de París, la que enseñó a la edad Media su lenguaje intelectual, la que inició la vida del pensamiento puro, alzando desde lo alto de Santa Genoveva la antorcha de Abelardo, que casi era una protesta, que era casi una herejía; la Universidad de París, la maestra universal, la que con su vida y su agonía larguísima y con su muerte y su transformación imperial y su espléndida resurrección de hoy, prueba que la inteligencia está condenada a eclipses y catalepsias cuando no respira su oxígeno, que es la libertad; la universidad de Salamanca, en cuyos estatutos se sembró la planta exótica de nuestra Universidad colonial, porque representa nuestra tradición, porque en ella queremos proclamar nuestro abolengo del que, a riesgo de ser tenidos, no sólo ingratos, sino por incapaces de sentido histórico, es decir, por incapaces de cultura, no podemos renegar, como no renunciamos tampoco a nuestro abolengo indígena,

dígalo nuestro orgullo en refundir en la misma religión cívica las memorias del azteca Cuauhtémoc, del criollo Hidalgo y del zapoteca Juárez; la Universidad de California, nuestra amiga más antigua con ser tan joven, tipo de estas instituciones tales como en América se conciben, abiertas de par en par a las corrientes nuevas, buscadoras de todas las enseñanzas de cualquiera procedencia que sean, con tal que dejen su simiente en el suelo patrio, y que bajo la altísima dirección intelectual y moral de su presidente, pueda tomar como lema el apotegma de William James: "La experiencia inmediata de la vida resuelve los problemas que desconciertan más a la inteligencia pura".

A estas tres universidades asociamos, en nuestro afecto y nuestra gratitud, a todas las otras que nos han enviado sus saludos de simpatía o que han venido aquí en las personas de sus enviados.

El cerebro moderno ellas lo componen; la unidad del mundo intelectual, de la civilización humana, ellas la constituyen; la acción benéfica de la ciencia sobre el desenvolvimiento social parte de ellas, sobre todo; el día, hagamos votos porque no esté lejos, en que las universidades se liguen y confederen en la paz y el culto del ideal en el progreso, se realizará la aspiración profunda de la historia humana.

Señor presidente de la República:

La Universidad Nacional es vuestra obra; el Estado espontáneamente se ha desprendido, para constituirla, de una suma de poder que nadie le disputaba, y vos no habéis vacilado en hacerlo así, convencido de que el gobierno de la ciencia en acción debe pertenecer a la ciencia misma. ¿Sabrá el nuevo organismo realizar su fin? Lo esperamos y lo veremos.

Mucho habéis hecho por la patria, señor; hoy el mundo contempla de cerca con qué solemne devoción os habéis puesto al frente de la glorificación de nuestro pasado, que oscuro y triste como es, ha sido aceptado entero y sin reservas por la nación mexicana, para hacer de él nuestro blasón de honor y de gloria. Habéis sido el principal obrero de la paz, la habéis incrustado en nuestro suelo con las cintas de acero de los rieles, la habéis difundido en nuestro ambiente con el humo de nuestras fábricas y os esforzáis con gigantesco esfuerzo en transformarla en frutos que anhelan nuestros amigos ricos, y en mieses que cubran nuestras planicies, regadas ya, con su maravilloso toisón de oro. Y con todo esto habéis preparado el porvenir, pero era preciso que quien tuviera conciencia de ese porvenir fuese un pueblo libre, un pueblo libre no sólo por el amor a sus derechos, sino por la práctica perseverante de sus deberes; para ello habéis incesantemente impulsado y fomentado un vasto sistema de educación nacional, matriz fecunda de las democracias vivas, y este sistema queda teóricamente coronado hoy; vuestro nombre perdurará grabado en él como oro en hierro.

Y como si mucho habéis hecho por la patria, ella, que os ha seguido siempre, que os ha

apoyado siempre, que os ha creído siempre, ha hecho por vuestro prestigio y por vos más de lo que habéis hecho por ella; ella aplaude hoy esta soberana obra vuestra, segura de que será fecunda, porque fía en que todos los árboles que sembráis crecen frondosos, porque conoce el secreto del éxito constante de vuestras empresas: vuestro amor íntimo y profundo al pueblo vuestro padre, y vuestra fe genuina e irreducible en el progreso humano.

* Pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional, el año de 1910.

ENSAYOS CRÍTICOS

DE CÓMO LEER LA POESÍA DE JUSTO SIERRA

SILVIA MOLINA

I

Me he atrevido a rondar la poesía de Justo Sierra, no porque sea especialista en su obra, sino porque he visto una espléndida oportunidad para preguntarme cómo puede leerse ahora, en el siglo XXI, a un escritor del XIX que destacó no exclusivamente por su poesía sino, al igual que sus admirados maestros Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano, por el conjunto de su obra y su actuación como hombre público.

La poesía de Sierra fue escasa en relación con el resto de su creación, y es casi desconocida en su conjunto. Ocupa tan sólo la mitad del primer tomo de las *obras completas*, ya que en la otra mitad se encuentran también un extenso e interesante ensayo biográfico hecho por Agustín Yáñez y una elocuente introducción firmada por José Luis Martínez, quien además recopiló la poesía dispersa de don Justo, pues éste no la reunió ni hizo una selección, quizá porque sabía que su ejercicio poético no era lo mejor que había salido de su pluma.

Los poemas conocidos de Sierra son tres o cuatro que han aparecido en casi todas las antologías de la literatura mexicana del siglo XIX: "Playera", "Funeral bucólico", "Tres cruces" y "Otoñal". No es un escritor que forme parte de la memoria colectiva como poeta, mientras algunos de sus compañeros de generación son más recordados. ¿Quién no sabe de memoria aunque sea unos versos de Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Juan de Dios Peza, Salvador Díaz Mirón o Manuel Gutiérrez Nájera, escritor incansable?

Y es que en realidad, la prosa de don Justo fue vasta mientras que, como he dicho, la poesía fue escasa en relación con su obra en conjunto, y también menos afortunada. La poesía de don Justo ha sido poco estudiada, y es difícil conseguir textos críticos sobre ella. Por lo general, se le menciona como un poeta precursor del modernismo con plena conciencia de su formación parnasiana, y se ha llegado a antologar, incluso, como un claro representante de la poesía neoclásica y académica, pero no se analiza su obra poética en conjunto; de tal manera que la introducción que hizo José Luis Martínez en 1948, cuando se editaron por primera vez sus *Obras completas*, sigue siendo todavía hoy el mejor razonamiento sobre la creación en verso de don Justo.

¿Cómo invitar a un lector no especializado a acercarse a la poesía de alguien que ahora se recuerda, más que por su obra literaria, por su labor como ministro de Instrucción Pública y por haber fundado, en 1910, la Universidad Nacional? Podrán nuestros jóvenes no haber leído

un cuento, una crónica, un ensayo o un poema de don Justo, pero todos saben por la escuela que es llamado el Maestro de América y que sus restos descansan en la Rotonda de las Personas Ilustres.

No pretendo convencer al lector de que lo mejor de don Justo fue la poesía; el propósito de estas páginas es acercarlo a aquellos poemas que considero que pueden leerse todavía con gozo, y en los que podemos descubrir a un escritor sensible y elegante cuya eficacia puede convencernos.

Quisiera agregar también que me interesó abordar la poesía de Sierra, porque de niña escuché no sólo hablar de él sino algunos de sus poemas, ya que provengo de una familia campechana, en cuyo seno tanto Sierra, como su padre, el funcionario, historiador y hombre de letras, Justo Sierra O'Reilly, eran honrados.

II

¿Es posible convencer a un lector por placer, a un lector no académico, de que hoy en día, años después de que celebramos el centenario del nacimiento de Pablo Neruda, poeta universal a quien todo el mundo cita de memoria, se puede disfrutar y retener la poesía decimonónica escrita en México? ¿Cómo hacerlo?

En primer lugar, tendría que recordarle a ese lector que estamos hablando de un poeta que vivió hace un siglo y medio; es decir, de alguien que siguió las tendencias y las normas de la poesía de su tiempo, y que sólo en momentos determinados pudo librarse de esas exigencias o de la influencia de sus lecturas; además, tendría que aclararle que se trata de alguien que escribió la mayoría de su obra poética ocasionalmente, ya que sobre todo se dio a la tarea cotidiana del periodismo, la prosa literaria y el ensayo histórico.

Las modas y los movimientos literarios varían, es verdad, y a veces es necesario situarse en un momento determinado para entender un poema, y comprender que el gusto también es subjetivo; sin embargo, la verdadera poesía, cuando un poeta tiene algo que decir, es atemporal; por eso, nos es dado disfrutar a san Juan de la Cruz, por citar tan sólo a un clásico.

En segundo lugar, tendría que darle al lector un ejemplo convincente, ilustrar con un poema o fragmento de un poema la posibilidad de leer a don Justo con una mirada fresca. Y eso hago a continuación, ilustrar lo que cuando menos a mí me parece que no ha envejecido.

Pienso, así de pronto, en una pequeña estrofa incluida en el cuento "Incógnita", y recogido en el tomo II de sus *Obras completas* (pp. 505-525), porque creo que presentando algo suyo poco conocido puedo demostrar su encanto; y, de paso, hacer ver el dominio que poseía don Justo de la poesía de los clásicos de los Siglos de Oro:

...Ven, mi adorada,

posa tu mano en la mía,
que se presta esa armonía
a fraguar otra ficción:
otra ilusión fingiremos,
como esa ilusión perdida,
que es fuerza pasar la vida
de ilusión en ilusión...

Doy otro ejemplo, ahora de un poema conocido, “Playera”. Si, como he dicho, se han antologado sólo unos cuantos poemas de Sierra, éste, escrito en 1868 cuando tenía 20 años, es sin duda el clásico ejemplo de la fortuna poética no únicamente de don Justo, sino del lirismo y la melodía propios de la poesía mexicana del siglo XIX que logró dejar de lado la retórica discursiva. Y a este poema debe don Justo, en gran parte, la fama como precursor del modernismo.

“Playera” es, en rigor, una canción, una barcarola (canción popular veneciana que imitaba el movimiento de los remos de los gondoleros); pero podríamos ver este poema, incluso, como un cuento para niños aunque, desde luego, su tema no deja de ser romántico. Esta canción, llena de ritmo y musicalidad, cuenta con una transparencia poco frecuente en Sierra, y está escrito en cuartetos endecasílabos, tan diáfanos como los versos de la “edad de Oro”, veinte años después, de José Martí, y mucho más naturales que los del Juan de Dios Peza de “Fusiles y muñecas”.

Escuche el lector, cuando lea en voz alta, la frescura de este fragmento:

Baje a la playa, la dulce niña,
perlas hermosas le buscaré;
deje que el agua durmiendo ciña,
con sus cristales su blanco pie…

Venga la niña risueña y pura,
el mar su encanto reflejará,
y mientras llega la noche oscura,
cosas de amores le contará.

En tercer lugar, tendría que ser franca y decirle a ese lector o lectora, con claridad, que no todos los poemas de don Justo son buenos ni pasarán a formar parte de la historia de la literatura mexicana más que como claros ejemplos de un movimiento literario o como un testimonio histórico de su desarrollo intelectual. Esta aseveración, aunque parezca irreverente o poco correcta de mi parte, es verdadera.

Quienes han hablado de la poesía de Sierra han sido cautelosos y sutiles. Dicho de otro modo, han sido cuidadosos para no quitarle méritos, sobre todo por lo que representa su obra en conjunto. Quizá el único que se atrevió a analizar su poesía con absoluta sinceridad fue Octaviano Valdés: "No es seguramente en la poesía en donde don Justo alcanza sus más altos méritos, pues aunque su gusto muy acrisolado revele en él una sensibilidad fina y vibrante, esto, en nuestra opinión, lo hace ser un poeta interpretativo de lo mucho que de otros asimiló, más que poeta creador".[1]

Es verdad, la mayoría de los poemas del Maestro de América podrán estar bien escritos, porque la preocupación formal era parte de las exigencias no sólo del poeta sino de la época y de los movimientos literarios en los que se desplazó, pero se quedaron en eso: en una forma que contiene una grandilocuencia excesiva que Sierra aprendió de Victor Hugo, a quien vería como el "poeta divino que dio Francia". Y es por eso que Octaviano Valdés hizo hincapié en lo siguiente: "No hay que dejarse engañar por la perfección de superficie de sus versos y el acento poético que de ellos fluye; pues talento, alguna sensibilidad y maciza y vasta cultura pueden producir ciertas dosis de poesía".[2]

Habría que recordar que el romanticismo llegó a México a través de España y Francia, donde se había gestado no sólo como un movimiento literario, sino también ideológico; por eso, poetas como Sierra expresaron en su trabajo el deseo de una afirmación nacional y de libertad, y exaltaron a los héroes.

Entonces, como ahora, los escritores se veían comprometidos a escribir sobre lo que no estaban realmente interesados, un poema que les pedía alguien a quien no se podían negar, unos versos para una conmemoración, una amiga, un hermano, otros para una fiesta nacional. Y lo hacían comprometidos u obligados por las circunstancias, en un tiempito que robaban a sus actividades. Así, mojaban la pluma en el tintero, deseando quedar bien, incluso haciendo un esfuerzo para quedar muy bien, y terminar pronto con el objeto de dedicarse a lo que verdaderamente les obsesionaba.

Don Justo no se escapó de eso que los estudiosos han llamado "poesía de circunstancia" y "poesía cívica", algo que estaba absolutamente de moda en el siglo XIX; pero que además, en el caso de don Justo, por los cargos públicos que tuvo, le resultaba casi obligatorio. Digamos que, en lugar de discursos, escribía poemas como éste: "Para el reparto de premios de la Escuela de Artes y Oficios para mujeres", del cual transcribo un fragmento:

Yo os saludo, yo os bendigo,
no os presento incienso vano,
traigo un corazón humano
junto al vuestro a palpitar.
Las que brinda la esperanza,
las que agostan los dolores,

serán las humildes flores,
que coloque en vuestro altar.

III

Una pequeña parte de los poemas de Justo Sierra fueron recogidos entre 1868 y 1937,[3] pero, como ya dije, es a José Luis Martínez a quien debemos la recopilación que aparece en las *Obras completas*, y que aparecieron en los siguientes periódicos y revistas de la época: *El Monitor Republicano, El Mundo, El Siglo XIX, El Renacimiento, El Búcaro, La Iberia, El Domingo, El Federalista, El Eco de Ambos Mundos, El Imparcial, El Artista, Revista Universal, Boletín Oficial del Gobierno Interino de los Estados Unidos Mexicanos, La Libertad, México, Revista Azul, La Familia, La República Literaria, la Juventud Literaria, Revista De México, Revista Nacional de Ciencias y Letras, Revista Moderna de México, El Mundo, Revista Moderna de México, El Mundo Ilustrado, Revista de Literatura Mexicana* y *El Imparcial*.

Así mismo, don Justo había incluido algunos poemas dentro de sus cuentos y otras prosas.

Aunque el tono general de la poesía de Sierra es ecléctico y muestra en su poesía una marcada influencia del Victor Hugo ampuloso y del Gaspar Núñez de Arce cívico y grandilocuente, y también de los poetas parnasianos (no en vano le dedica un poema a Leconte de Lisle y traduce a José María Heredia), cuyo estilo se caracterizaba por el retorno a los temas neoclásicos y su búsqueda tanto de perfección formal como de alejamiento del sentimentalismo romántico, he hecho la siguiente clasificación, como una manera de subrayar sus tendencias poéticas, para recalcar sus temas y sus preocupaciones; y, sobre todo, para llegar a lo que pienso que debe leerse, lo que no se debe dejar de lado: Poesía cívica, fúnebre, de circunstancia como educador, de ocasión amistosa y tributo, de viaje, lírica, de madurez poética.

Poemas cívicos

Hay que evitar, de preferencia, los siguientes poemas cívicos y de circunstancia. Sólo por el título, el lector verá que su factura se debe a compromisos ineludibles del autor. Sin embargo, me gustaría consignar unas palabras de José Luis Martínez respecto a la justificación y función de esta poesía:

> Y desde luego, como oficio simplemente, los versos de ocasión requieren un vuelo en las imágenes y en las concepciones, un dominio de la versificación, y un sentido de la arquitectura del poema y de su articulación como discurso a la manera clásica, tan difíciles de poseer y organizar satisfactoriamente como los vigentes rigores de pureza, originalidad y abstracción líricas.

> La inspiración poética de Sierra se adecuaba admirablemente a esta especie literaria, y no se debió sólo a sus cargos públicos el que llegara a ser considerado el poeta obligado de las ceremonias públicas del porfirismo.[4]

Cito por orden cronológico: “En la solemne función del 5 de mayo”, “16 de Septiembre. Tacubaya de los mártires”, “Independencia. Canto histórico”, “En la inauguración de la Biblioteca del pueblo de Veracruz”, “A la memoria del eminente Samuel Morse”, “Crónica parlamentaria”, “En la inauguración del tramo del ferrocarril de México a Tlalnepantla”, “A los mártires de Tacubaya”, “En la apoteosis de los héroes de la Independencia”, “Al árbol de la Noche Triste”.

José Luis Martínez afirma que el poema “En la apoteosis de los héroes de la Independencia” le parece una “especie de testamento cívico” y un “poema magistral”.[5] Fue escrito en 1910, pertenece a la madurez de don Justo y muestra algunos elementos precursores del modernismo:

> Aquí la patria oficia como madre y pontífice;
> no la cubre de oro y gemas el orífice,
> mas de esmeraldas, perlas y rubíes la luz.
> […]
>
> Más que antes nos una un solo juramento:
> juremos que la patria, siempre, en todo momento,
> sobre cuanto nos pueda sin piedad dividir,
> estará en nuestras almas excelsa, pura y viva…
> Coronemos ahora la urna con oliva,
> y emprendamos sin miedo la marcha al porvenir.

Sin embargo, desde mi punto de vista, la exaltación al fervor patriótico y cívico es superior a la pureza y el encanto lírico.

Poemas fúnebres

De los siguientes poemas, habría que detenerse, obviamente, en los dedicados a Manuel Acuña y a Ignacio Ramírez, pero más por razones históricas que poéticas. Aunque es innegable el ritmo, la retórica en ellos manifiesta los vuelve a nuestros ojos contemporáneos difíciles de disfrutar; sin embargo, de Acuña, Sierra nos da un retrato psicológico interesante, el entrañable cariño que le profesó y un balance de la importancia que, como conocedor, le otorgó a su poesía:

[...] el drama de tu vida se encontraba
desde la cuna en tu interior escrito;
era un germen que en tu alma fermentaba
en tu alma que buscando el infinito
en un mundo raquítico se ahogaba.

De Ignacio Ramírez, nos regala una historia crítica de su papel como maestro y como uno de los hacedores de la conciencia nacional.

[...] vástago de los hombres que en la lucha
de la santa Reforma, hora suprema,
escribieron sus hechos en la historia
como estrofas de un épico poema
hecho con sangre y heroísmo y gloria,
venimos hoy a saludar llorando
al sol que al ocultarse incendia el cielo
y torna inmensa cúpula enlutada
de un panteón, la bóveda estrellada.

Ésta es la lista de los poemas de motivo fúnebre: “en la muerte del joven Mariano Olvera”, “A la muerte del actor Merced Morales”, “carmen muerta”, “el poeta mártir (A la memoria de J. C. Zenea)”, “en los funerales de Manuel Acuña”, “en los funerales de F. Castañeda y Nájera”, “Ante la tumba de don Anselmo de la Portilla”, “En los funerales de Ignacio Ramírez”, “En los funerales del general González Ortega”, “En los funerales del general Carlos Pacheco”, “En la muerte de Luis G. Ortiz”, “A Pineda”.

Poemas de circunstancia como educador

En ese mismo bloque de poemas que habría que dejar para la historia de la literatura, se encuentran los escritos en su papel como funcionario público; y Sierra, hay que recordarlo, fue el “intelectual funcionario” por excelencia del porfirismo, y por lo tanto, el imprescindible en todas las ceremonias: “Cantos, himnos de amor y de alegría (conservatorio dramático)”, “Las alumnas del conservatorio de Música al maestro Melesio Morales”, “Para el reparto de premios de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres”, “En la distribución de premios del conservatorio de Música y Declamación”, “En la inauguración de los cursos orales del Colegio de Abogados”, “En la distribución de premios de la exposición”, “En la repartición de premios del colegio del Estado”.

Poemas de ocasión amistosa y de tributo

En otro apartado he puesto los poemas que escribió para rendir honores a personajes históricos, artísticos y literarios. La poesía de corte social de don Justo resulta interesante porque pone de manifiesto sus amistades y pasiones, como la rendida a soprano Ángela Peralta y al tenor Tamberlick: "El genio. Las estatuas de Shakespeare y Dante", "A Angelita Peralta y Enrique Tamberlick. Improvisación", "A Tamberlinck", "A Ángela Peralta" (éste y tres poemas más), "Al rey de los tenores", "A Tamberlinck", "Cervantes", "La entrevista de Berlín", "A Cristóbal colón", "A Ángela Peralta, al partir para Europa. Adiós" "A Emilio castelar", "A don Juan Ruiz de Alarcón", "A Victor Hugo", "A Laconte de Lisle", "A José Martí", "Juan Cano", "La agonía de cleopatra", "Hannibal".

poesía de viaje

Podríamos agrupar de esta manera los poemas donde queda implícita su admiración por ciertos países o el resultado de sus viajes: "Uxmal", "La entrevista de Berlín", "Improvisación (Guanajuato)", "Francia. A la memoria de", "Florencia I", "Florencia II. *Il pensieroso* de Miguel Ángel", "Italia".

Poemas de álbum y fraternidad

También escribió, como muchos poetas del siglo XIX, versos de álbum, de galantería y fraternidad donde su lirismo afloró con mayor soltura: "En el álbum de la señorita María M. G." "Al primogénito de mi hermano Lauro Arizcorreta", "A Adelaida Ristori", "En el álbum de la señorita Luz Landero", "A la señorita Matilde de Olavarría y Ladázuri", "A Alejandro y Fernando Valenzuela en su bautizo", "A Laura", "A la señorita C.", "En un álbum", "Hoja de álbum", "A L.".

Poemas jocosos

Podemos apreciar como reflejo de la personalidad juguetona de don Justo estos poemas: "¿Quién las entiende?", "A la calva de Euforo", "Crónica parlamentaria". El primero apareció dentro de una crónica de don Justo. En él juega con la idea de que es difícil comprender a las mujeres. Reproduzco dos estrofas:

Cuando no hay bailes, dicen las niñas
con voz tan dulce como un laúd:
“Jesús, ¡qué mozos tan pichicatos!
No nos divierten; ¡qué juventud!”

Oyen los mozos tales clamores;
juntan el “monis”, el baile dan;
y aunque invitadas toditas ellas,
suena la hora y ellas no van.

El segundo es un soneto que dedicó don Justo en 1872 al periodista español radicado en México Telésforo García, quien contestó con otro no menos divertido, y en el cual nos regala un gracioso retrato de Sierra:

A LA CALVA DE EUFORO

calva que espía el zopilote errante
como el cimborrio en que su vuelo posa;
hemisferio encuerado en que la diosa
Venus dejó su estrella rutilante;

orbe enredado a modo de guisante
en un mechón de barba borrascosa;
sepulcro que recorre tenebrosa
la fantasma de un vello vergonzante;

te saludo, arrecife con sombrero,
ciclo de piel que nunca se entenebra,
globo que por el dorso es prisionero

de la ancha espalda en la abismosa quiebra;
sólo un diluvio idéntico al primero
hará en tu espacio aparecer una hebra.

EL TODO DE DON JUSTO

¿Aquella inmensa mole que allí veo
es un ídolo azteca barnizado
de blanco y de carmín, y engalanado con

levita y sorbete a lo europeo?

¿Es un moderno y singular Proteo
en ternera sajona transformado?
¿Es tal vez Carlos cuarto que ha dejado
su caballo de bronce en el Paseo?

¿Es aerólito monstruo descendiendo
acaso de la luna hasta la tierra?
¿O bomba que del sol ha despedido

enorme obús en gigantesca guerra?
Muévese al fin, se acerca, y confundido
y estático me deja. ¡Es Justo Sierra!

"La crónica parlamentaria", se refiere a la sesión del viernes 10 de octubre de 1873, y es un poema que puede leerse con gusto. Reproduzco los tres primeros sextetos:

Leyóse el acta (o proceso
como dicen en francés)
a las tres o algo después…
mas no os asustéis por eso,
porque el reloj del Congreso
marca la una a las tres.

El augusto, el soberano
dio trazas de trabajar,
exclamando, al comenzar,
con el refrán castellano:
"No por mucho madrugar
amanece más temprano."

La lectura parecía
por monótona y fría
más bien que lectura, rezo;
y con tal monotonía,
la aprobó la mayoría,
entre bostezo y bostezo.

Poemas de tema religioso

Estos poemas reflejan, desde luego, la formación religiosa de don Justo: “Dios”, “A María”, “Jesús en Tiberíades”, “Jesús”, “Viernes Santo”.

El poema más célebre de esta lista es, sin duda, “Dios”, dedicado a Ignacio M. Altamirano. Sierra lo escribió en 1868, sorprendiendo a sus maestros, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano y Vicente Riva Palacio en las Veladas Literarias, ya que no era común que un joven de su edad reflexionara sobre un tema metafísico, sobre el destino y la existencia de Dios, y en cambio sí que practicara el culto a la libertad, la educación, la patria y la ciencia.

Yo vengo a tu presencia,
clave misteriosa de lo creado,
vengo a buscar la eterna inteligencia
que al pensamiento humano haya engendrado;
vengo y en vano busco y no hallo nada.

“A María”, es uno de los pocos poemas en los que Sierra hizo un “esfuerzo de purificación lírica”.[6]

[...] Con un nombre te llamo,
el nombre de los ángeles, María;
acércate, yo te amo,
a nuestros pies apáguese la tierra,
surja un mundo de amor de tu mirada
en el espacio trémulo y sombrío;
chispa inmortal de inextinguible pira
que irá por el vacío
al compás de los cantos de mi lira.

Olvidando la retórica, don Justo emplea la misma sencillez en la composición del poema “Jesús en el Tiberíades”:

Es de tarde; en el lago una barquilla
entre la espuma cándida aletea.
¡He ahí al Profeta!, su cabello ondea…
Luz misteriosa en su palabra brilla.

Estos poemas son los más libres. Podemos, sin duda, disfrutar todavía algunos. Los que aparecieron en sus *Cuentos románticos* están señalados con comillas simples.

Presento la lista y después me detengo en los que prefiero: “Playera”, “el canto de las hadas”, “De ‘Incógnita’”, “De ‘Marina’”, “Trinitarias”, “De ‘Playera’”, “De ‘Nocturno’”, “De ‘confesiones de un pianista’”, “Al mar. Nocturno”, “Aspiración”, “Fantasía en el mar”, “Sueños”, “criolla”, “Otoñal”.

Y la serie dedicada a su esposa, doña Luz Mayora de Sierra: “A L…”, “En el campo”, “Nocturno”, “Perdóname”, “20 de mayo”, “A Luz”, “A María de la Luz”, “Adiós”, “Mar vespertina”.

Desde luego, como ya expresé con anterioridad, recomiendo ampliamente “Playera” y “De ‘Incógnita’”; y creo que vale la pena detenerse en *Sueños*, un poema de seis cuartetos endecasílabos:

De mi alma haré una gota de rocío
para regar con ella tu corola;
haré un sublime altar del pecho mío,
y en ese altar te adoraré a ti sola.

También cito otro ejemplo de levedad y ritmo gracias a sus versos decasílabos: el poema “Criolla”. Está dividido en tres partes, y transcribo sólo la primera, porque es largo. Subrayo que en las dos partes que no transcribo tiene imágenes interesantes: “Su chal de espuma la ola eleva”, o “En el oriente la aurora nace… / Cinta escarlata sobre el turquí”, o “…y los luceros brillen tranquilos / en la diadema crepuscular”:

Dame los labios, me queman, niña;
tus ojos negros, dame a besar…
Los nardos se abren en la campiña
y en sus perleros se duerme el mar.

Deja que el beso de nuestras almas
eterno sea y embriagador…
Van los alisios entre las palmas
vocalizando frases de amor.

¡Cómo palpitan en la garganta
las notas de oro de la pasión...!
Lo que el cenzontle del bosque canta

son los arpegios del corazón.

Azul el cielo… el sol candente,
siento en mi seno la sangre hervir…
Mira los lirios junto al torrente
en sólo un cáliz su miel unir.

Las estrofas poseen ritmo y musicalidad, y un tema muy propio del romanticismo.

Poemas de madurez poética

Estos poemas son los que escribió don Justo a partir de que publicó "Funeral bucólico" y "Otoñal", y tradujo de José María Heredia cinco poemas de *Los trofeos*; traducción, por cierto, que admiró a sus contemporáneos, y sobre todo a Manuel Gutiérrez Nájera.

En esta etapa se encuentran, entre otros, sus poemas más conocidos: "Funeral bucólico", "Otoñal", "Matinal", "Invocación. Lucretius, *De Rerum Natura*, Libro I", "Al autor de "'Los murmurios de la selva'", "Tres cruces: Leonidas, Espartaco y Jesús", "Spirita"; de *Los trofeos* de Heredia: "En las montañas divinas", "Los conquistadores", "Banco de coral", "Pleamar" y "La muerte del águila", "El beato Calasanz (Siglo XVI)", "Poeta y pastor", "Hoja de álbum".

Se caracterizan por su influencia parnasiana y sus temas clásicos o líricos. "Funeral bucólico" es un poema de tema neoclásico que abandona el tono grandilocuente y en unos versos claros narra la muerte del pastor Mirtilo:

Su esfera de cristal la luna apaga
en la pálida niebla de la aurora,
y la brisa del mar fresca y sonora
entre los pinos de la costa vaga.
Aquí murió de amor en hora aciaga,
Mirtilo, y bala su rebaño, llora
la primavera, y le tributa Flora
rústico incienso cuyo olor embriaga.

Mientras que "El beato Calasanz" es un poema extenso cuyo tema es la experiencia mística del santo; y si bien don Justo demuestra elocuencia y maestría en la factura del poema, ahora nos resulta difícil de leer.

Dentro de esta serie, el lector podría disfrutar "Otoñal", tal vez el poema más íntimo de don Justo:

Es una de esas tardes que yo adoro:
rota por las aristas de los montes,
el sol deja su túnica de oro
flotar en los inciertos horizontes.

En “Matinal”, vuelve a los temas clásicos y en “Hoja de álbum”, que pertenece en realidad a *Márgenes de la historia*, cuyo primer poema está dedicado a Juana de Arco, nos regala una hermosa reflexión sobre las pasiones.

IV

No puedo dejar de recordar que Justo Sierra nació y vivió sus diez primeros años en la casa de su abuelo materno, Santiago Méndez, ubicada en una esquina de la plaza principal de la ciudad de campeche. Me detengo en este detalle porque una fachada de la inmensa casona del siglo XIX, actualmente dividida en un hotel, dos restaurantes y varios comercios, da a la catedral, y la otra, hacia el mar. Desde el segundo piso del inmueble, todavía en la niñez de don Justo, solía verse la llegada y salida de los barcos pesqueros, pero sobre todo la puesta del sol, que es un espectáculo único en campeche. Diez años en su tierra natal le bastaron al Maestro de América para que el recuerdo de su mar tuviera una presencia constante en su obra literaria; y, sobre todo, en las imágenes y metáforas de su poesía, como este cuarteto de “Fantasía en el mar”:

En mi niñez oía, ¡oh mar!, tu voz doliente,
y me incliné con miedo sobre tu espeso hervor;
un día... fue el primero que alcé ante ti la frente
sentí tus tempestades rugir en mi interior.

Emmanuel Carballo nos recuerda en su *Historia de las letras mexicanas del siglo XIX* la reflexión de Luis G. Urbina sobre lo que don Justo aportó a la poesía mexicana: “las visiones apocalípticas de sus tremendas metáforas, de sus bruscos símiles, de sus odas grandilocuentes, de su vasta y fogosa expresión, que deshacía de un soplo los moldes discretos y proporcionados que estaban en boga”.[7]

Tampoco puedo dejar de recordar que don Justo expresó lo que para él, gran conocedor, era la poesía y las tendencias de su tiempo, en su prólogo a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera, el cual recomiendo ampliamente. En él, no sólo hizo un estudio sobre la obra y la persona del Duque Job, sino de la poética de su tiempo, quizá sobre lo que le habría gustado

escribir a él mismo; y donde dijo lo que podía decirse de algunos poemas suyos: "La distinción, el primor, la elegancia del estilo, no son mas que manifestaciones de la gracia nativa del hombre, que es la cualidad que mejor prepara ala educación del gusto, esa otra facultad indefinible compuesta de equilibrio, de proporción y armonía".[8]

¿Por qué me atrevo a subrayar lo anterior? Porque gran parte de la poesía del siglo XIX, sin que sea algo exclusivo de Sierra, fue escrita para ser leída en actos públicos: veladas literarias, celebración de ciertas fiestas, o para honrar a héroes o personajes, incluso, extranjeros.

[1] Octaviano Valdés, *Poesía neoclásica y académica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. xxxiii.

[2] *Ibid*.

[3] *Veladas literarias, colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos,* Imprenta de F. Díaz de León y S. White, México, 1867-1868; *La lira mexicana*, por Juan de Dios Peza. R. Velasco, Madrid, 1879; *La República Literaria*, Guadalajara, 1890; *Los trovadores de México,* México, 1898; *Parnaso de México. Antología general de poetas mexicanos*, por enrique Fernández Granados, t. I, México, Porrúa Hermanos editores, 1919; *Poesías de Justo Sierra*, coleccionadas y estudiadas por Dorothy Maragaret Kress, México, 1937.

[4] José Luis Martínez, "Nota preliminar", en Justo Sierra, *Obras completas I. Poesías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 228.

[5] *Ibid*., p. 230.

[6] Justo Sierra, *Obras completas I. Poesías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

[7] Emmanuel Carballo, *Historia de las letras mexicanas del siglo XIX*, Universidad de Guadalajara / Xalli, 1991, p. 19.

[8] Manuel Gutierrez Najera, *Poesía completa,* "Prólogo" de Justo Sierra, México, Premia, 1979, p. XVI.

JUSTO SIERRA, UN NARRADOR SIEMPRE AUDAZ

MARÍA EUGENIA NEGRÍN

AUTOR, NARRADOR Y LECTOR, AMIGOS CERCANOS

Seguramente un lector del siglo XXI se extrañaría si un narrador se dirigiera a él a través de apelaciones que lo hicieran directamente partícipe de un texto. Igualmente singular resultaría que el narrador incluyera al lector bajo la primera persona del plural, *nosotros*, como quien camina junto a su interlocutor y lo asume en su discurso. Pues bien, esto era común en el siglo XIX. Abundarían los ejemplos de los múltiples escritores que acostumbraban recurrir a mecanismos de este tipo, ya sea porque realmente tenían intenciones de aproximar al lector a ellos lo máximo que fuera posible, o porque se sentían realmente compenetrados con los pocos privilegiados que tenían acceso a la lectura entonces.

En todo caso, lo interesante sería explorar si las estructuras de las composiciones y los manejos temáticos implican la necesidad de narradores que guíen a los lectores a través de las páginas textuales. El propósito del presente ensayo es revisar una serie de llamados que hacen las voces narradoras a sus destinatarios para luego cuestionar si, dadas las estructuras y temáticas de los relatos —la novela inacabada *El ángel del porvenir*[1] y los *Cuentos románticos*—, ameritan tales invocaciones y conducciones de lectura.

Los narradores de Justo Sierra ofrecen múltiples matices en las apelaciones dirigidas a sus lectores y, con esos matices, atribuyen un abanico de posibilidades a la actitud lectora. Revisemos sólo algunos de los momentos en que aparecen estos recursos en la novela de juventud que Sierra dejara inconclusa, *El ángel del porvenir*, obra interesante pero poco explorada cuyo objetivo original pareciera ser contar la historia de una sociedad secreta.

Frecuentemente asociada la actitud lectora con el espacio en que transcurre cada escena, Sierra nos ofrece pistas relacionadas con el elemento de la luz para que podamos visualizar los cuadros de acción. Apenas iniciado "Siempre audaz", el capítulo con el que empieza el "Libro primero" de la novela, y tras ubicar la acción en una noche de 1864 en la Alameda, el narrador conduce al lector por el camino adecuado para percibir ciertos sucesos, pese a la penumbra que domina la escena: "Suponed que hemos entrado a la Alameda con una linterna en la mano para precaver tropiezos, y que esa linterna nos sirve para iluminar las figuras de nuestros dos personajes; que de otro modo, apenas percibiríamos como una masa confusa entre la sombra" (*OC*, II, 201). Así, dirigiéndose directamente a los lectores y luego incorporándolos a la persona plural (hemos entrado), todo ello en una situación hipotética

(suponed), es como el narrador lleva de la mano a sus lectores al episodio que, de no ser por la precaución tomada por él, sería oscuro y difuso.

Tan pronto nos ha introducido en el escenario donde se ha de llevar a cabo esta primera acción de *El ángel del porvenir*, el narrador atribuye cierta suspicacia al sentido de sus lectores: "Como ya mis lectores se figurarán, aquellas dos criaturas eran un hombre y una mujer" (*OC*, II, 201). A través de este procedimiento, el narrador pasa a describirnos los rasgos de esas dos figuras hasta donde le parece pertinente, pues a lo largo del texto volverá a dedicar espacios a estos personajes para redondear sus perfiles hasta cumplir los fines de su participación en el relato.

Y es tan educado nuestro narrador y tan atento con los lectores, que de pronto ofrece disculpas por no dibujar por completo a algún personaje, por secundario que éste sea. De nuevo la definición, en este caso del personaje femenino, María, se relaciona con las posibilidades de luz que iluminarían la escena que el narrador promete para un espacio ulterior: "Permitan mis lectores que excuse, por hoy, el hacer su retrato, no tan sólo porque la escasa claridad del aposento le da formas vaporosas, sino porque pronto tendremos la ocasión de mostrársela a la luz del sol" (*OC*, II, 207). Promesa incumplida; en el largo, aunque inconcluso texto del que disponemos de *El ángel del porvenir*, este personaje al que el narrador considera como "ideal", no va ser retomado,[2] pese a las intenciones que deja plasmadas, según constatamos en la cita anterior.

La luz no es el único elemento que caracteriza la relación narrador-lector. El compromiso de la comunicación entre ellos sería un factor aún más determinante en lo que atañe a la forma en que el dueño de la palabra textual acoge a su público. El procedimiento de denominación que nuestro narrador comparte con nosotros, lectores, se pone de manifiesto. Por ello, a este personaje femenino que representa la pureza

> [lo] llamaremos María, el nombre más bello que existe en el lenguaje humano, el nombre que nosotros daríamos a nuestro ideal, si el ideal pudiera tener un nombre; la llamaremos María, porque hemos querido colocar ese nombre como una corona de azucenas sobre su frente purísima; María, nombre que encierra una maravilla de amor en la leyenda cristiana, y con el cual nuestra heroína atravesará este libro como la florecilla blanca que va entre las turbulentas ondas del torrente hasta detenerse con la corola bañada en aflojar, sobre los plácidos cristales de algún remanso (*OC*, II, 207).

Este narrador del novelista y cuentista se compenetra así con los lectores a fin de compartir con ellos sus razones para nombrar de tal o cual manera a un personaje. El pacto, en este sentido, se afianza cuando se trata de expresar juicios sobre la sociedad, que para él está enferma. Esta apreciación de Sierra respecto a la concepción de un grupo social dañado coincidiría con el enfoque naturalista. Y aunque la acotación aparece entre paréntesis luce sumamente contundente:

> (No lo olviden nuestros lectores: hemos dicho que vamos a llamar las cosas por su nombre y procuraremos presentar la llaga social desnuda para que los médicos puedan juzgar de la intensidad del mal. No comprendemos, por más que se diga, que

pueda hacerse el diagnóstico de la enfermedad, examinando el cuerpo del paciente a través del prisma de cristal; así es que, cuando más, colocaremos un frasco de esencia de violeta, cerca de nuestras bellas lectoras, que al cabo es raro encontrar Esculapios entre ellas) (*OC*, II, 221-222).

Nótese el cambio de destinatario en esta vocación que inicia dirigida a los lectores en general, y en su interior guarda una referencia a las lectoras mujeres, calificándolas además físicamente como "bellas". El rechazo a formular el diagnóstico de la sociedad mediante un prisma de cristal nos remite de nuevo a la luminosidad que requiere un cuadro determinado para ser visto en sus distintas dimensiones; además de ello nos sugiere la multiplicación posible de un episodio.

El temperamento de los personajes parece ser otro de los signos cuya expresión el lector debe derivar de las acciones de tales figuras. Por ello, ante la forma displicente en que Rogerio, el verdadero protagonista de la parte existente de *El ángel del porvenir*, habla a su amante, el narrador nos atribuye de nuevo cierta suspicacia: "No se extrañarán nuestros lectores que [Rogerio] respondiese como hemos visto a su apasionada Regina" (*OC*, II, 233).

Pero los lectores tampoco somos siempre para nuestro narrador lo suficientemente suspicaces; podríamos resultar ingenuos. Por ello, ante Rogerio, ese peligroso personaje dirigente de la sociedad secreta, la voz narradora se siente responsable de no dejarnos caer en el engaño: "No crean nuestros lectores que Rogerio se tenía por feliz al ser padre por ese sentimiento inexplicable aún para nosotros, pero que sabemos lo grande y poderoso que es y que se llama amor paternal. No. Ya hemos indicado que Rogerio tenía muy poco de lo que él llama debilidades humanas" (*OC*, II, 272-273).

Otro elemento que comparte nuestro narrador con nosotros, lectores, es la ironía; un ejemplo sería el del fragmento que cité arriba respecto a que sería difícil encontrar Esculapios entre las bellas lectoras. Una vez establecidos ciertos antecedentes, para ver otro ejemplo, la voz narradora finge sabernos capaces de ubicar a un personaje en la escala moral; en este caso se trata de doña Paulina, quien en sus buenos años sostuvo una relación con Rogerio; esta relación, por cierto, es motivo de seguimiento sistemático a lo largo de la novela inconclusa: "Mis lectores, que de seguro no se han formado una alta idea de la honradez de doña Paulina, pueden sospechar lo mejor que les plazca de la conducta que la peligrosa sirena observaba para con su amartelado duque" (*OC*, II, 277). La permisión que el narrador nos da para sospechar de doña Paulina conforma parte de cierta libertad limitada que él otorga a los lectores, pues como hemos visto, abundan las conducciones —incluyentes y hasta paternales— de la voz narradora. Pero la tónica de la guía, en todo caso, logra que el lector se sienta conducido por una mano amiga y no por un narrador autoritario y unilateral.

Tan cerca de nosotros, lectores, se encuentra el narrador y tan atento a la presencia de la luz, que en la escena del secuestro de Regina, dominada por las sombras, juega con el lector a lo que ocurriría si se tratara de una escena visual: "De repente entró en el radio luminoso de

las antorchas un hombre que sin duda era Doffanti, aunque mis lectores no podrían reconocerle por la desaparición de la magnífica patilla negra y por el estado lastimoso de su ropa, completamente empapada de agua y cieno" (*OC*, II, 327).

Llega un momento en que el narrador se manifiesta tan compenetrado con nosotros que llega al grado de tratarnos como si fuéramos sus cómplices, y además, escritores: "Dejemos a Rosita escuchando a la puerta, horrorizada, y entremos, a fuer de curiosos novelistas, al gabinete en que se hallan nuestros dos personajes" (*OC*, II, 290). Es así como nuestro narrador deja fuera de un espacio a uno de los personajes y nos hace entrar, a los lectores, a uno diferente, donde la comunicación que se da entre los dos personajes que se encuentran ahí es fundamental para la comprensión de la trama toda. Además de ese sutil movimiento espacial, en ese diálogo que vamos a presenciar se plantea una regresión; nuestros personajes, ahora maduros, retoman aquel momento de su juventud en que doña Paulina declarara a Rogerio que quería ser la amazona de una cruzada contra el matrimonio (*OC*, II, 262, 291), tema tratado con demasiada audacia si contemplamos el pensamiento de la época y, sobre todo, el tipo de lectoras que asume Merlín, uno de los seudónimos de Justo Sierra, en sus apelaciones.

Pero finalmente, el narrador se finge humilde ante los lectores, y asevera que se conforma con guardar la esperanza de que ellos lean hasta el final el escrito que, como sabemos, no cumplió con acabar. Así, cuando nos habla de José, un limosnero, mejor conocido como Gorrión el Diablo, quien fuera simpatizante de López de Santa Anna y miembro del ejército reaccionario, al ubicarlo en el movimiento de Reforma, junto con la "gente de bronce", nuestro narrador advierte: "En este ejército no tenían pequeña parte las mujeres y los chicuelos. Si mis lectores se resignan a leer hasta el fin estos pobres ensayos, probablemente verán a esta multitud en uno de los más extraños episodios de su sombría labor" (*OC*, II, 300). El adverbio "probablemente" podría anunciar que el esquema de la novela no estaba definido del todo para el momento en que leemos estas líneas, pero también podría apuntar al hecho de que nuestro narrador no estaba tan seguro de que su voz concluiría la obra.

Dejando a un lado la novela *El ángel del porvenir*, en los *Cuentos románticos* nos encontramos con situaciones similares, aunque no tan abundantes, por lo que toca a las apelaciones a los lectores, a quienes Justo Sierra, el literato, periodista e historiador, alude en la carta que dirige en 1895 a Raúl Mille —el jefe de la librería de Bouret en México— cuando prepara el volumen que rescata los cuentos:[3] "Pero si estos pecados juveniles [los cuentos] tienen explicación, ¿tendrán amigos? Tal vez entre los muchachos que despiertan y las niñas que sueñan. Me conformo con ello" (*OC*, II, 375). El concepto de amistad que menciona en estas líneas Justo Sierra es el que opera realmente en su obra, como hemos podido observar a lo largo de este ensayo. Y el género conversacional es, como dice Ignacio Manuel Altamirano en torno a los textos narrativos de Sierra, "un capricho literario, pero un capricho brillante y encantador" (Altamirano, 1949, 80). No estaría de más señalar que en los *Cuentos románticos*, los diversos narradores —siempre demasiado cerca del autor— parecieran

privilegiar a las destinatarias femeninas más que a los lectores en general.

En “Marina”, tal vez por tratarse de un cuento cuya protagonista es mujer, antes de iniciar el relato, el narrador convoca a sus destinatarias a escuchar la historia de la melancólica y soñadora muchacha que al final será tragada por el mar. Con un dejo nacionalista, y una intención de dibujo del paisaje, pide la atención para su voz: “Dejad un momento, ¡oh!, mis lectoras mexicanas, vuestro primoroso valle, vuestras pintadas montañas, vuestro cielo color lapislázuli y esas lagunas, grandes gotas de agua que el mar al retirarse de las alturas dejó como un recuerdo en la Mesa Central, y veníos en mi compañía: mientras miráis el mar, yo os contaré una historieta” (*OC*, II, 379).

Y las lectoras de Sierra no son de cualquier clase social o cultural. Se trata de mujeres refinadas, como acota el narrador de *La novela de un colegial*, al hablarnos de la madre de Carmen. La joven Carmen era el amor imposible que aparentemente llevaría a Manuel, protagonista romántico de ese relato largo, a la muerte. Pero volviendo a las lectoras, acotemos que eran del grupo social que podía sumar a su vocabulario español términos en francés y asumir cierta clase de referencias culturales, es decir, eran de las clases altas de la época: “Clavé pintó un retrato suyo [de la progenitora de Carmen] en su retrete, en su *boudoir*, como dicen ella y usted, lectora mía” (*OC*, II, 400).

En el cuento orientalista relativo a dos quinceañeras, “Niñas y flores”, el campechano cierra la narración con un tierno discurso dirigido también a las lectoras: “¡Oh!, niñas apasionadas, dulces y ardientes hijas del amor, vosotras no olvidaréis a Rosa. Niñas buenas, cuando suba de vuestro corazón a vuestro oído una melodía dulcísima como el roce de las alas de los ángeles, regocijaos: ésa es la voz de la inocencia, la voz de Blanca” (*OC*, II, 435). Por la forma en que el narrador de Sierra nos remite a esa “voz de la inocencia”, deja abierta la posibilidad de identificación de esa voz con la de las lectoras. Estas últimas, a través de la voz narratorial, han vivido la historia de dos jovencitas que nunca se conocieron pero que estuvieron estrechamente vinculadas por el amor y por la muerte, así como por el espacio y los sueños que de alguna forma compartían.

En la breve y extraña narración que se intitula “Nocturno”, caracterizada por la presencia de un “romance” dominantemente octosilábico, casi al comienzo del texto,[4] se nos presenta la “sensibilidad de mujer” de un joven personaje que cambia de nombre durante la trama. En esta composición, una vez más, el narrador de Sierra cuenta a sus lectoras una historia derivada de otra, compleja, por cierto: “Stella había muerto; luego había vivido... La realidad oculta bajo mi simbólica narración obtendría algunas lágrimas vuestras, lectoras mías, porque es muy dolorosa y muy triste. ¿Os la contaré algún día?” (*OC*, II, 499).

La preferencia de los narradores de Justo Sierra por las lectoras frente a los lectores es incuestionable y muy probablemente se relacione, más que con el género narrativo, con las intensas implicaciones de romanticismo expresadas en los textos. Si bien otros estudiosos, entre ellos Irma Sobrino, han puesto el acento en la juventud de los lectores a los que apelan

las voces narrativas de Sierra: “a los jóvenes de todas las épocas, a esa edad en la vida —la juventud— romántica por excelencia” (Sobrino, 1964, 17).

De las estructuras sugestivas

Ante los ejemplos expuestos respecto a la conducción de las diversas voces narradoras de nuestro autor, hemos de explorar la razón por la cual los distintos discursos incluyen orientaciones. Reflexionando al respecto, no podemos ignorar que en la estructura de los textos es donde hallaremos las respuestas convenientes a tales preocupaciones.

En el capítulo VII de la novela *El ángel del porvenir*, intitulado sugestivamente “Jorge a la vanguardia”, es donde nos enteramos del móvil de la escena inicial de la obra, pues no es sino hasta esta séptima parte cuando vemos a Jorge, regidor del ayuntamiento, dibujar ante el general Rogerio el plan que habrá de llevar a las arcas de la sociedad secreta dos millones de pesos, obtenidos de forma sucia, por supuesto. En este mismo apartado se brindan los antecedentes de aquella “criatura” a la que encontramos con su novio en la Alameda durante una noche iniciada románticamente y acabada en un escándalo fraguado justamente por Jorge. Este último, aprovechando la confusión del momento y utilizando algunos artificios, suple ante los ojos del público a Carlos, el enamorado de la joven, a fin de casarse con ella y obtener el botín en cuestión.

Efectivamente, la novela podría comenzar con uno de los párrafos que constituyen la primera página de este séptimo capítulo: “Existe una familia en México compuesta de una viuda con dos hijos, únicos herederos de una señora parienta de entrambos y que posee dos millones de pesos. Uno de estos hijos es hija, como decía el Antón de Fígaro” (*OC*, II, 235).

Sin embargo, por una audacia del narrador de la novela, el principio del texto se centra en la escandalosa escena y los antecedentes se descubren en un momento en que la obra ya ha avanzado bastante. El recurrir a los juegos temporales se puede considerar como un antecedente a la narrativa moderna y para un autor decimonónico significa un gesto progresista en cuanto a la orientación del relato.

Las prolijas descripciones representan un recurso de ruptura del ritmo de la narración. Tras el capítulo IX, que ya implica un cambio de espacio, pues nos traslada de México a Nápoles, viene una descripción minuciosa de Pompeya en la que se alude a las columnas del foro y a otros hitos arquitectónicos del lugar. La atención que nuestro narrador pone en el paisaje, acorde con el espacio, es también digna de subrayar: “La luna, esa inmensa ruina de los cielos, mostrábase en el azul purísimo del firmamento como una patena de oro llevada por invisibles genios. Sabido es que el astro de la noche da a las ciudades el aspecto de inmensos cementerios” (*OC*, II, 248). Y aprovechando el cambio de espacio, romántico por demás, nuestro narrador no duda en conducirnos dieciocho siglos atrás para hacernos vivir los

pavorosos momentos en que el sitio había sido envuelto por el fuego. Pero luego él repara y nos invita a continuar con la trama, no sin antes comprometer a sus personajes con las disertaciones relativas a ese antiguo tiempo al que acaba de brindarle un espacio. La omnisciente es la voz que elige para ello: "Volvamos a nuestros viajeros, a quienes estos recuerdos atemorizaban, y que separaban la vista del Vesubio para fijarla en otra dirección" (*OC*, II, 249). Podría parecer ingenuo pensar que todos los personajes involucrados en este paseo respondieran mentalmente a los mismos parámetros que el narrador, pero dados los mecanismos de tiempo y espacio manejados por él, finalmente, resulta otra audacia de la voz narrativa-autoral la conjunción de elementos que tornan verosímil, o al menos lógica, la situación.

Mediante el procedimiento anterior, nuestro narrador nos prepara para recibir la historia contada por Rogerio, ubicada también en la antigüedad romana, dieciocho siglos atrás; se trata de un romance entre Fulvia, una bella pompeyana y el propio Rogerio, pronunciante del cuento —personaje ubicado en la historia principal, que según él, en aquella época remota había sido uno de los bávatos de Civilis. Un rasgo de la personalidad de éste, a quien nuestro narrador no duda en denominar ahora "el narrador" (del cuento), es ser enamoradizo, tanto que hace una promesa a Fulvia, el ángel de Pompeya, de morir con ella y por ella. Independientemente de la verosimilitud que ofrece una situación tan plena de aparentes inconsistencias, empezando por la distancia de dieciocho siglos, la trama del cuento logra atarse de manera tan sostenida a la de la novela, que cuando llega el momento de leer el capítulo XI, denominado "Fulvia-Paulina", los lectores nos hallamos dispuestos a comprender el desdoblamiento que se da entre estos dos personajes, y asumir que se trata de la misma persona. Ello, pese a que para iniciar este capítulo nuestro historiador se cuestione abiertamente: "¿Lo que Rogerio había contado era simplemente una fábula?, ¿o en efecto había sido el héroe de esa aventura inaudita? ¿Por qué doña Paulina y la prometida del conde habían comprendido que su personalidad estaba íntimamente ligada a aquel cuento?" (*OC*, II, 257). Éstas son sólo algunas de las inquietudes que el narrador se plantea antes de definir su posición y de abrir a los lectores la posibilidad de hacerse cuestionamientos semejantes:

> Nuestros lectores pueden hacerse estas preguntas y darse la contestación que mejor les parezca, o no darse ninguna. Es el caso que nosotros mismos ignoramos lo que pudo haber de verdad en todo este asunto. De todos modos, los que como yo, son, si no por la cabeza, por lo menos por el corazón, espiritualistas; los que, como el que estas humildes líneas traza, son adoradores de la bondad infinita, condición absoluta de la infinita inteligencia, no hallarán mucho de extraño en el relato que nos ocupó casi todo el capítulo anterior (*OC*, II, 258).

De la cita anterior es importante subrayar la libertad que nos otorga el narrador de formularnos preguntas ante una situación dada, pero más que eso, la consideración respecto a lo que el narrador denomina como "espiritualista" desde la perspectiva subjetiva del corazón y haciendo a un lado el racionalismo. Efectivamente, desde esa óptica, es sencillo asumir la

verosimilitud de los hechos planteados en la novela.

Y de nuevo en relación con el tiempo, el historiador se da a la tarea de jugar con la cronología para plantearnos, en dos situaciones que aparecen independientes, una simultaneidad de hechos. Si Paulina declara ser Fulvia ante el conde, en una instancia privada donde llevarán a cabo sus maquiavélicos proyectos, habrán de pasar varias páginas para que veamos fuera de esa escena, pero escuchando la plática, a Amelia, la futura esposa del conde. "No le cabía duda. La de Casas y Rogerio estaban dentro" (*OC*, II, 267), escena que, por otro lado, desataría los celos de la joven germana, que no la ira porque era demasiado angelical como para atribuirle ese sentimiento.

Igualmente, a partir de un momento pasado al presente de la composición, el narrador es capaz de conducirnos todavía a un momento anterior. Pero eso sí, trata de advertírnoslo, y nos recuerda: "Al principio de este libro hemos dicho cuán entrañable amor profesaba Rosita a su hermano Manuel. Hemos dicho también cómo cuando don Manuel decidió fincar en España la casa principal [...], por más súplicas y ruegos no pudo conseguir que su hermana lo acompañara, abandonando así sus hábitos de devoción y caridad para cruzar el mar, que le causaba un miedo invencible" (*OC*, II, 274).

Rosita es la beata cuyos dos sobrinos heredarían la fortuna a la que aspiran los miembros de la sociedad secreta; Manuel, el hermano de Rosita, es el esposo-víctima de doña Paulina, quien, junto con Rogerio representa "esa fusión monstruosa [en torno a la cual] va a girar nuestro libro" (*OC*, II, 273). Al pintarnos una escena que sucede en España, cuando existe el riesgo de que el sacerdote confesor de Rosita, Salustianao Lara, descubriera las perversas intenciones de Paulina y Rogerio contra Manuel, nuestro narrador tiene el tino de recordarnos la estrecha relación entre los hermanos; juega así, de nuevo, con los tiempos y no corre el riesgo de que los lectores se pierdan; hábilmente les ofrece pistas que funcionan como conductores de la lectura.

Las rutas que han de seguir las cartas que se envían a lo largo de novela constituyen también orientaciones para la lectura de la obra. Carlos, quien en aquella escena inicial aparece en la Alameda con Elena, recibe una exhortación del sacerdote: "Pues mire usted, joven; vaya a escribir una carta a su Elena, lo más elocuente que pueda; pero no la mande con la criada de Rosario. Démela, que yo la haré llegar a su destino." Por supuesto, el clérigo ya se había percatado de las intromisiones e intereses de Jorge cuando intenta enderezar la relación entre Carlos y Elena, y así lo advierte: "Vaya usted, pues, hijo mío, y envíeme hoy mismo su epístola amatoria; trataremos de arreglar eso. Adiós, Carlitos, adiós, y andar listo, porque si se descuida, le birlan la muchacha y la dote más lindas de México" (*OC*, II, 296). Es así como se expresa este sacerdote que, por otra parte, a lo largo de la novela, manifiesta también su interés en el dinero de la beata Rosita.

Si las rutas de las cartas nos ofrecen pistas para el seguimiento de los hechos, las propias epístolas son también muy reveladoras y sintéticas. En el capítulo XVI, intitulado "Elena", el

narrador brinda a los lectores una síntesis de la imagen de Rogerio, vista desde una perspectiva que se aparta del que conocemos ya como un perverso personaje; hace esto a través de la inserción de una carta que un padre Jacinto dirige a nuestro conocido canónigo: "Salustiano de mi corazón: el personaje que en México llaman el general Rogerio no es otro que el ínclito y excelso conde de Schauenbourg, pariente de S. M. Cristianísma, y muy amado de S. S. Si no recuerdo mal, tú me has hablado de él" (*OC*, II, 304). Ante esta información, el padre Salustiano palidece y nosotros, lectores, nos asombramos de la intrepidez de este narrador que, además de jugar con el tiempo y con el espacio, es capaz de ofrecernos diversos vértices de un mismo personaje, sobre todo cuando éste está tan lleno de sorpresas como Rogerio, protagonista y dirigente en México de la sociedad secreta de carácter internacional que parece evocar las logias de los masones.

Los alcances geográficos y políticos de esta sociedad, también conocida como la de los Hermanos del crimen, quedan consignados en la obra por boca de Edgardo, uno de sus miembros, que en una sesión manifiesta:

> —Señores —dijo éste en francés—, aproximándose ya el momento en que la sociedad debe entrar en pleno ejercicio de sus labores, y necesitando la secretaría informar detalladamente al gran Kremlin de San Petesburgo, en donde nuestra asociación tiene su centro como todas las del mundo, hasta el año de 70, suplico a mis hermanos se sirvan dar cuenta de sus trabajos, de los que tomaré nota, para enviarla en seguida al comité de dirección de París, que es nuestro intermediario para con el supremo gran Kremlin (*OC*, II, 315).

En la búsqueda de alcances de la sociedad secreta encontramos a la vez una línea realista que seguramente justifica los puntos geográficos centrales, pero también vemos la línea romántica, tratando de ubicar locaciones en lugares lejanos y exóticos, desde la perspectiva del narrador y estableciendo un pacto con los lectores mexicanos.

Pero retomando los recursos de Sierra, hemos de señalar que la introducción de disertaciones específicas que implican saltos en la narración cronológica es otra táctica de nuestro narrador. Para que los lectores entiendan la reacción ante una ofensa que le hizo Rogerio a un nabab, el narrador dedica no pocas páginas a una serie de digresiones históricas relacionadas con la Revolución francesa —a través de descripciones detalladas de Marat— y con la imagen de Napoleón. Luego entabla una serie de comparaciones entre este último y Julio césar, a quien denomina el Napoleón de los romanos. Finalmente, el narrador intenta retomar la trama de la novela, pero ya ha ido demasiado lejos en tiempo y en espacio. Así que se ve obligado a justificar la interrupción de la línea narrativa: "Más de lo que hubiéramos querido y dejando guiar a nuestra pluma por la corriente de las ideas, hemos hecho una larga digresión histórico-frenológica, basada en un punto muy sencillo y que recordaremos aquí a nuestros lectores" (*OC*, II, 366). Finalmente, el espíritu de historiador de nuestro autor domina a este narrador.

Procedimiento semejante sigue el narrador cuando en el capítulo XXI "Continúan las aventuras de Ladislao", para contarnos cómo era la hija del nabab bengalés y sus amoríos con

Ladislao, nos envuelve en una historia compleja que se relaciona con varios países europeos, y de pronto reacciona para reubicarnos: "Nosotros estamos en el año 47" (*OC*, II, 347).

Evidentemente, las historias y digresiones a las que hemos hecho referencia son incrustadas en la narración introductoria. Ése es otro de los recursos de los narradores de Justo Sierra para evitar las tramas lineales y planas. Así, para contarnos la vida de Ladislao Volinski, el polaco que sería perseguido por los miembros de la sociedad secreta, nuestro historiador nos cuenta antecedentes remotos del personaje —ahora central—, relativos a la época de sus abuelos y va pasando de generación en generación hasta llegar a sus propias aventuras, lo que apenas constituye una mínima parte de la narración principal. En este caso son dos capítulos, el XX y el XXI, los que dedica a este personaje.

De la misma forma, para enterarnos del origen y evolución del personaje que aparentemente es un simple mendigo, Gorrión el Diablo, el narrador abre una parte en el capítulo XV donde, entre digresiones históricas y anécdotas del pasado, nos lleva a descubrir a esta figura como hermano del sacerdote Salustiano Lara, y como informante y ejecutante en misiones importantes orquestadas por el clérigo. Un ejemplo de tales misiones es la que se lleva a cabo contra la sociedad secreta, cuyos principios eran claramente opuestos a los de la religión católica: "Ni Dios, ni amor, ni familia" (*OC*, II, 316).

Este procedimiento de puestas en abismo también es socorrido, aunque en menor proporción, en los *Cuentos románticos*, donde comúnmente el narrador cede la palabra a otra voz, por razones diversas, al igual que se estilaba en las composiciones clásicas.

En "666: César Nero", uno de los cuentos histórico-religiosos, el narrador, presuntamente ubicado en la época del emperador romano Justiniano, empieza por contar cómo su ejército, antes de volver a Italia, tras varias heridas de guerra, hubo de afrontar la historia de un pariente de Nerón; este último llevaba en un pergamino un escrito que fue leído en voz alta por nuestro narrador. En este momento se pierde la voz del narrador y da inicio una historia impersonal sobre césar que acaba cuando, en el año 313, llega el Señor al Egeo; entonces

> una aurora maravillosa iluminó el occidente: algo así como un día nuevo surgió del ocaso del sol. Sus rayos de oro penetraron y deshicieron el águila imperial y la nube se disolvió en lluvia fresca y bienhechora. La roca, empapada por ella, se convirtió en una corona de flores que se reflejaba en el dulce cristal de las aguas. En torno de ella resonó un coro semejante a las plegarias que entonaban a Dios los niños cristianos y sobre el disco del sol el mundo contempló admirado una cruz fulgurante, bajo la cual una mano misteriosa había trazado en los cielos esta frase: *In hoc signo vinces*. Y estas palabras anunciaron a Constantino y a la Iglesia, la victoria suprema, y la misericordia de Dios a Claudio Nerón (*OC*, II, 391-392).

Evidentemente, tras un paisaje tan lírico, el narrador inicial de esta historia no puede retomar la palabra. Éste representa un modelo narrativo donde el primer pronunciante cede la palabra a otro y ya no vuelve a expresarse a lo largo de la composición.

En el cuento "La Sirena" también se puede asumir que hay una leyenda inserta en la narración introductoria. La historia, a propósito del día de san Juan, quedaría incluida a partir

del anuncio del narrador: “Si me seguís, lectores, he aquí la leyenda tal como, en sustancia, me la refirió uno de esos viejos marinos ‘que han oído a la Sirena’” (*OC*, II, 444). A continuación la trama se ubica en el barrio campechano de San Román y rastrea desde una centuria atrás la presencia de una “vieja de siniestra catadura y que según el dicho de algunas abuelas de por allí, debía contar con un siglo de existencia” (*OC*, II, 444).[5] Se plantean diversas hipótesis en torno al origen de esta especie de bruja que despertaba el miedo de los sanromaneros y se destaca el angelicalismo de su voz al cantar: “Era una de esas voces que nos recuerdan los besos maternales, el hogar ausente, los hermanitos muertos, los primeros besos de las pasiones puras, y luego una lánguida y sublime aspiración a la muerte” (*OC*, II, 447). Era una voz de flor que oyó en sus sueños un alférez; éste, en un despertar, distinguió en una barca a la tía Ventura; ella, al sentirse cerca de él, se convirtió en una mujer de los cielos. Al no poder consumarse la relación, la virgen del canto dice: “—Piedad, Dios mío [...]: ¿Qué, no te bastan cinco siglos de sufrimiento? ¿Qué, no puedo ser amada?” (*OC*, II, 448). Tras la respuesta negativa de un trueno, la leyenda culmina con la referencia del miedo que tienen los pescadores al canto celestial que conocen como el de la sirena.

En este cuento tampoco es necesario que el narrador inicial retome la palabra: la leyenda, de tan intensa y unitaria, difícilmente aceptaría comentarios enriquecedores. La cesión de la palabra es, como en el ejemplo de “666: César Nero”, definitiva.

“En Jerusalén” y “Memorias de un fariseo” siguen una táctica narrativa similar desde el punto de vista de que en el primer cuento, la voz inicial atribuye el origen y desarrollo del relato a una carta que versa sobre la tragedia de la muerte de Jesús (*OC*, II, 489). En tanto, “Memorias de un fariseo” se deriva de ciertos fragmentos de unas memorias “vertidas del hebreo al griego, y luego al latín” (*OC*, II, 489) y trata también sobre las predicaciones y la aprehensión de Jesús. En ninguno de los dos relatos recobra la palabra el narrador inicial; ambos terminan pronunciados por la voz de la historia inserta que emanó de fuentes ajenas a la voz narratorial introductoria.

Un procedimiento semejante se presentaría en “Playera”, pero aquí el narrador inicial, en contacto con unas jóvenes, escucha de una de ellas una confesión, que representa el cuerpo de la historia. “De esa confesión, que la joven ponía en tercera persona, he extraído unas gotas de perfume para las páginas que vais a leer” (*OC*, II, 484). Y como el narrador humildemente advierte, no hay que ilusionarnos: el relato “no es un cuento, ni es una leyenda siquiera; es un poemilla muy lírico, ‘muy subjetivo’, es decir, muy del alma para adentro, si se me permite decirlo así (y aunque no se me permita), que en lugar de estar escrito en verso está compuesto en prosa lo más verso posible (si puede decirse así, que sí se puede)” (*OC*, II, 483). El sentido del humor de nuestro narrador se pone de manifiesto al final de esta cita, que empieza en tono formal.

La composición lírica versa sobre Lila, una joven playera de la época colonial preocupada

porque nunca lloraba ni sufría. La chica se enamora de un mancebo que acaba por hacerla llorar y, de alguna forma, hasta le causa la muerte. Al final del texto se presenta un diálogo entre las jóvenes que escucharon la historia y, por qué no, tal vez también nuestro narrador inicial. La composición termina con la expresión de una voz indefinida que dice "—¿No ha dicho Jesús, nuestro Señor: 'felices los que lloran'?" (*OC*, II, 488). La vuelta a los personajes y voces con los que arranca la composición marca una diferencia estructural entre este texto y "En Jerusalén" o "Memorias de un fariseo", pues aquí se cierra la lectura en el mismo contexto en que empieza, y en aquellos otros cuentos no ocurre así.

En "Nocturno", donde el narrador de nuevo nos remite a fuentes ajenas —en este caso una amarillenta hoja que contenía un poema— igualmente se cierra la historia con el pronunciamiento de la misma voz que la abre. Pero este texto, también muy lírico, es singular por dos razones: la primera es que uno de los diálogos abre espacio a una voz femenina que llama a Heberto, nuestro personaje principal, cuando está dormido; la segunda, es que como respuesta a ese "ven", nuestro héroe se incorpora y el narrador le da, a partir de ese momento, otro nombre: Alfredo. Si nos atreviéramos a pensar que la bella figura femenina que se le aparece a Heberto-Alfredo era un simple producto de su sueño, nos desafiaría el pronunciamiento de nuestro narrador testigo que dice respecto a ella: "el día que la vi llevaba un vestido color de violeta, la flor de los poetas y de las vírgenes, y una pelliza negra sobre los hombros". Sin embargo, la duda subsiste, pues a continuación de esta frase nuestro propio narrador se cuestiona: "¿Pero no será una alucinación mía? ¿No una visión producida por las tintas nácar del crepúsculo de la tarde?" (*OC*, II, 497). Estos y otros titubeos respecto a la existencia real de Stella, quedan planteados en la composición. "en suma, la hemos conocido, a no ser que la hayamos soñado; su retrato parece la fotografía de un artista inspirado" (*OC*, II, 496). Así parece incluirnos nuestro narrador en su sospecha respecto al nivel de realidad que ofrece este personaje femenino. El caso es que ella llamó a Heberto-Alfredo para llevar a cabo una especie de nupcias con él y de inmediato decirle adiós, y que esa despedida representó la muerte de este héroe romántico que sólo pedía a la vida la oportunidad de amar.

Un procedimiento más complejo se aplica en "La fiebre amarilla", donde el narrador dice haber leído el relato en un "cuaderno pomposamente intitulado 'Álbum de viaje' ", y a continuación concede la palabra a un segundo narrador que nos platicará la historia. Ésta se trata de un francohablante que en Veracruz se contagia de la fiebre amarilla. Dentro de ésta se encuadra otro relato ubicado en cuba: Starei, una mujer celestial, al no poder unirse con el hombre al que realmente amaba, se casa con Zekom (fiebre), con quien habría de reinar en el trópico, si no fuera por el sufrimiento que cada año sentía por la muerte del misionero de quien estaba enamorada. Cuando termina esta segunda historia, la narración retoma el caso del francés enfermo de fiebre amarilla y concluye con su muerte. Como reconoce José Juan Arrom, "el cuento tiene una estructura que hace pensar en esas cajitas chinas que llevan dentro otra cajita que a su vez lleva dentro otra cajita" (Arrom, 1970, 119).

El encuadre de tres voces en un relato ofrece un juego discursivo interesante aunque no difícil de seguir. En todo caso, la disposición narratorial brinda mayores posibilidades de las que podríamos encontrar comúnmente en la narrativa decimonónica.

Ahora bien, "Un cuento cruel" es un relato que inicia como si fuera obra de teatro. Claramente se abre el relato con la siguiente acotación: "Escenario. Patio del café Fulcheri en el año de 1868. Cuatro estudiantes bebíamos ajenjo y refrescos helados en una mesita junto a la fuente en que el agua baña las flores al caer en su taza de mármol. Uno de nosotros era ya un hombre hecho y derecho; tendría treinta años" (*OC*, II, 449). Luego de informarnos que ese hombre mayor lo invita a su habitación, nuestro narrador inicia la historia de Carlos Alheño, quien de niño vivió con los apaches y mucho más tarde llegó a México, donde participó en la guerra del 5 de mayo contra los franceses. Carlos se enamoró locamente de Beatriz, una mujer casada; cuando ésta enviudó, él pensó que había llegado el momento de contraer nupcias con ella, pero la mujer decidió casarse con un marqués para proteger a su hijo. Después de varias aventuras en torno a este hecho, y tras la muerte de Beatriz, Carlos decidió vengarse convirtiéndose en un Don Juan. Sus propósitos "eran de un réprobo o de un demente" *OC*, II, 454). Al llegar a México, el protagonista conoció a Adelaida y también la amó, pero no permitía que nadie se enterara para no debilitar su imagen donjuanesca. Participó en un duelo por ella y resultó herido por Ignacio, un poeta que tímidamente se conformaba con admirar a Adelaida. Ella acabó enamorándose de Carlos y al final, tras múltiples problemas entre los amantes, se volvió loca.

Durante la larga y detallada trama, que más parece aproximarse a una novela corta que a un cuento, ya que cuenta con siete capitulitos, el narrador retoma eventualmente el contexto inicial para ir ubicando el avance de la historia: "el domingo 5 de agosto de 1867 varios amigos estábamos en La Profesa. En un grupo de muchachas instalado muy cerca del presbiterio, casi todas bonitas, descollaba una, bella con un belleza casi sobrehumana de esas que producen al mismo tiempo admiración y tristeza, como lo ideal, como lo imposible" (*OC*, II, 454). Se trata del día en que Carlos vio por primera vez a Adelaida.

Asimismo, la trama inserta otras historias, antecedentes de la vida de Carlos. Como aquélla en la que matan a su padre en un ataque a los apaches; o bien, sus contactos con los miembros de la tribu, y finalmente, su relación con Mary Stephens, a cuyo hermano Carlos mató en un duelo. Esta mujer luego reaparece en la vida del protagonista, ya en la época en que él tenía formalizada su relación con Adelaida. A su vez, Mary tiene un final trágico, pues se suicida.

La narración intercala también las cartas entre Adelaida y una amiga. Para marcar los cambios, el narrador se auxilia de los anuncios que hemos revisado, pero aprovecha también la disposición de una estructura dividida en siete partes, como dijimos. Aunque no queda totalmente claro, se puede intuir que ese narrador inicial, el de la voz que nos relata la estancia de los estudiantes en el café o en La Profesa, es el que cierra, ahora con voz grave, la

narración, que culmina con la locura de Adelaida ante los ojos despavoridos de Carlos (*OC*, II, 482).

Un patrón muy diferente en cuanto a las voces narrativas, lo encontramos en *La novela de un colegial*. Aquí, la melancólica voz inicial corresponde a un narrador-personaje. Éste recuerda su encuentro inicial con Manuel, y presenta a este último, su nuevo amigo, como "un poeta dulcísimo, un ruiseñor, el ruiseñor de esa enorme jaula de piedra que se llama San Ildefonso" (*OC*, II, 393), un chico enfermo de amor. Luego el narrador transcribe lo que le contó Manuel una tarde, y para ello cede la voz de primera persona de singular a su amigo, quien platica con lujo de detalles y con tónica lírica cómo conoció a su amada carmen. A continuación retoma la palabra el narrador inicial para sintetizar la anécdota y dice: "—Se reducía todo [...] a esto: ayer conocí en San Ángel a una linda niña de quien he decidido enamorarme. Sobre este tema simplísimo, Manuel bordará ¡tanto, tanto!" (*OC*, II, 396). Después se inserta una dolorosa carta, la última escrita por Manuel, antes de su muerte, donde pide al narrador explorar la posible publicación de algunas notas de un libro de memorias que le envía. La carta produce un efecto singular en nuestro locutor, quien al recordar a D'Arcole, un héroe de la revolución de París, en 1830, y entablar un paralelismo entre los dos románticos —Manuel y D'Arcole— cambia la tónica de la narración y se dirige a su amigo fallecido, en segunda persona:

> Tú también luchaste sin descanso contra esa tiranía terrible y ciega cuyo origen y objeto ignoramos, pero que se enrosca sobre nuestro corazón, del que extrae lentamente la sangre. Ese aborto de todo lo tenebroso y lo cruel que el gran maestro llama *ananké*, fatalidad, fue tu verdugo. Prometeo de veinte años cuyas entrañas devoraron buitres empollados para la sociedad, tú, en la hora suprema, sentiste que se apagaba el faro que brilló siempre en la noche de tu vida y moriste de hambre y de angustia en un hospital, sin proferir una queja, sin lanzar una maldición a la mujer que mezcló tanto veneno en la copa dolorosa de tu juventud (*OC*, II, 397).

En *la novela de un colegial* se alternan después extractos del libro de memorias de Manuel con notas del autor. Del primero, destaca un lírico anecdotario de la relación entre carmen y Manuel, él siempre anonadado por la belleza de ella y haciendo planes para su pronto matrimonio. Esta situación cambia cuando Manuel se entera de la gravedad de su madre, motivo inicial del distanciamiento con su futura esposa, pues el "poeta romántico", como Carmen lo llamaba, y como era, ha de viajar para ver morir a su madre. Luego del entierro, él se involucra en la guerra contra los franceses, a quienes "había amado tanto". Dada la enfermedad de tifo y las temperaturas que le causaran delirio, hay algunas escenas del libro de memorias aparentemente alucinatorias; siempre, hasta el final de la composición, quedará la duda sobre la realidad de ciertos acontecimientos.

En tanto, las notas del narrador nos informan sobre el origen y la evolución de la familia de carmen; o bien, versan sobre remembranzas desatadas por el libro de memorias del poeta, como nos advierte: "Ahora, mis indulgentes lectores, tomo de nuevo la palabra para llenar con

mis recuerdos personales, la laguna que existe en el libro de memorias de Manuel" (*OC*, II, 419). Este tipo de acotaciones es fundamental para comprender los cambios de voces que se dan a lo largo de la narración.

Mas, para retomar el fin de la vida de Manuel, es importante señalar que una costurera de quince años lo protege en la enfermedad. Ella se llama Refugio, y es una joven que, además de atender a Manuel, afronta la enfermedad de su propia madre, quien muere antes que él. Los tres viven en la mayor miseria; la joven se priva de la comida para brindársela a él. El tifo sigue avanzando, y el héroe romántico, marchitándose hasta morir.

Pero, como ya dije, antes de la muerte del poeta, éste hace llegar a nuestro presunto narrador su libro de memorias; tal vez con el fin de que Carmen viera publicadas algunas partes. Su deseo se cumple, pues al final de la composición, el narrador-personaje se entrevista con ella, quien le confiesa: "Señor, la lectura de ese libro me ha producido un efecto superior a cuanto usted pueda imaginar; creo que me ha matado; pero lo agradezco porque leyéndolo, adquirí la conciencia de lo que yo quería a Manuel" (*OC*, II, 428).

En las escenas finales se subrayan las posibles inconsistencias entre ciertas partes del libro de Manuel, las afirmaciones de Carmen y lo que informaron unas amigas de ella a nuestro narrador-personaje respecto a la asistencia de un baile en particular. Hay ambigüedad respecto a si la situación fue real o producto de la enfermedad del héroe. Más allá de tales escenas, me interesa señalar los indicios de paralelismo, sólo indicios, repito, entre este poeta y Manuel Acuña, que sabemos fue amigo del escritor. No es éste el espacio apropiado para desarrollar las afinidades y diferencias entre ambas figuras, pero quiero dejar anotada la coincidencia.

Excepcional es la entrada del relato denominado "Incógnita": en segunda persona, el narrador pronuncia un discurso filosófico dirigido a un ser muerto:

> Tú sabías, dulce y santa criatura que descansas en un inmensa tumba anónima, lejos de la isla espléndida cuyas brisas mecieron tu hamaca infantil, tú sabías mirar más allá de los horizontes limitados del mundo y, soñando con algo viviente más allá de tus suspiros, buscabas el modo de huir de nuestra impura atmósfera, sin dejar un solo jirón de tu inmaculada veste entre las garras de la esfinge. Mas ella, como el Smarra de Nodier, se sentó sobre tu propio corazón, y la tremenda pesadilla de la existencia oscureció tu alma y tu ruta... Un dios piadoso rompió entonces para ti esa crisálida de la muerte que llamamos vida y... ¿está resuelto el problema? O lo está o el problema no existe.
>
> *Vale in æternum* (*OC*, II, 506)

Particular es también la tónica estructural de "María Antonieta". La narración inicia con una primera persona que parece gritar: "Yo alcancé aquel tiempo de ruinas, de horror, de combate sin descanso, de odio, de odio y amor a un tiempo". Del yo se pasa de inmediato al nosostros: "Sólo pan y libertad pedíamos" (*OC*, II, 530). Luego se retorna a la primera persona del singular: "Yo me llamaba Pueblo". A continuación salta a la tercera persona para hablar de la reina de Francia, María Antonieta, y se cierra la narración de nuevo en primera

persona del singular, tras la ejecución de la famosa mujer: “Sofocado por el dolor y las lágrimas, caí al pie de la guillotina” (*OC*, II, 535).

La temática central

En honor a una frase que Justo Sierra asienta en una carta que le dirige a Raúl Mille y donde dice que pudo haber intitulado a los *Cuentos románticos* narraciones de *Amor y muerte*, dedico este último apartado a esas temáticas.[6] Si bien ambas son constantes en la obra, encontramos de manera más acentuada el aspecto amoroso. Ubico esa inquietud del autor en el contexto amplio de un romanticismo que hereda del movimiento artístico europeo, entre otras, la exaltación del individualismo y de los sentimientos. Tengo presente también que “tanto o más que una moda literaria, el romanticismo fue un ‘estado sentimental’”, que efectivamente, en el campo de la prosa novelesca, recurre a la moda de la “sensibilidad lacrimosa”, como afirma González Peña (1975, 142, 165). Sin embargo, es imposible ignorar la transición que cruza la obra de Sierra entre el romanticismo y el modernismo.[7]

Si amor y muerte conforman un binomio en el romanticismo europeo, en Hispanoamérica se da entre ellos una dialéctica que torna casi causal su relación. Suele ocurrir que ante una “muerte de amor” sucedan horrores y tristeza, una sensación de fatalidad en todo el conjunto, una especie de pesimismo resignado que —aun cuando los autores son entusiastas de la búsqueda eterna de la felicidad— no descarta que todo pueda salir muy mal, trágicamente mal, y que esto sea común.[8]

En Justo Sierra, tres novelas cortas brindarían material suficiente para el estudio de estas temáticas: *La novela de un colegial*, *Un cuento cruel* y *Confesiones de un pianista* que, según castro Leal, “revelan en nuestro autor una mayor experiencia en la vida y en la literatura”, y en donde:

> El poeta, que antes se contentaba con la iluminación fugaz del espíritu misterioso y vago de sus personajes, ahora los persigue, y los coloca bajo una luz uniforme para descubrir el secreto de sus almas; pone en ellos nuevo interés: el interés psicológico. La vida, la vida con sus vicisitudes y sus tentaciones, resulta ya más importante que las ilusiones y los sueños, y el interés dramático de estas nuevas historias —en las que hay que lamentar que no haya persistido Justo Sierra— está labrado en sustancia más humana, se debe al juego de pasiones más reales, más dolorosas y más comunes (castro, 1946, IX).

Percibimos en estas palabras la diferencia esencial entre lo que serían las motivaciones del personaje, del autor y del lector románticos para acercarse al texto, en contraste con aquéllas del personaje, el autor y el lector modernos: en tanto que a los primeros les obsesiona el “cómo” (“iluminación fugaz del espíritu misterioso y vago”) del proceso en que una gran pasión arrastra de la felicidad dichosa a la tumba, a los segundos les preocupa el “por qué” (“el secreto de sus almas”). “La vida, con sus vicisitudes y sus tentaciones” sería

una forma de significar el “interés psicológico”. No exagera Luis G. Urbina cuando dice, en torno a los *Cuentos románticos*, que “la pasión se desborda en estas páginas, se agita y corre por ellas como un raudal de sangre virgen y luminosa” (Urbina, 1923, 33).

En este contexto, el amor imposible sería el común denominador de las tres narraciones; todas presentan relaciones amorosas que no pueden tener un buen desenlace. En *la novela de un colegial*, Manuel se enamora de carmen con una pasión que lo obnubila y le impide detenerse ante cualquier aviso del sentido común. Su pasión es correspondida. Pero cuando la madre de Manuel agoniza, él ha de viajar para reunirse con ella, como vimos arriba, y abandona a su amada. Entonces, Manuel, debido quizá al duro trauma de la muerte de su madre, tiene una ensoñación donde ve a carmen en compañía de otro hombre.

La separación, que debería terminar con la muerte de la madre y el regreso de Manuel, se alarga debido a la invasión francesa y a que Manuel contrae el tifo. La enfermedad presuntamente lo hará imaginar que ve a carmen y que ésta lo desprecia. El mal lo impulsará también a vagar sin dinero por las calles hasta llegar a la casa de Refugio y su madre, quienes cuidarán de él. Si bien queda claro que en principio el tifo lo aleja del objeto de su amor, también su extrema sensibilidad, duramente impactada por la intensidad del sentimiento amoroso, lo coloca en esa senda espectral que lo debilita hasta agotarlo.

Amor y enfermedad parecen un solo mal que consume al amante. No importa si más tarde se abre la duda de que posiblemente carmen sí coqueteaba con otros mientras Manuel velaba a su madre y, de hecho, en el mismo instante en que tenía la ensoñación a la que aludíamos arriba. Al final es simplemente el amor de Manuel el que acaba con él.

El concepto del espíritu hipersensible, de una naturaleza no apta para este mundo, es decir, el amante incondicional que desarrolla una pasión salvaje que no se detendrá hasta no verse consumada o detenida, deja a la muerte como único freno posible. Éste es el esquema que moldea las tres novelas, según la situación y los correspondientes protagonistas. En *La novela de un colegial* se trata de Manuel; en *Un cuento cruel*, de Carlos, el pasional piel roja, y en *Confesiones de un pianista*, de Antonio, el fiel enamorado de Emilia.

Sería conveniente hacer un paréntesis para revisar, aunque sea de paso, los perfiles de las figuras de mujeres en los textos del campechano; a pesar de la gran cantidad de personajes femeninos que aparecen en su narrativa, la voz narradora de *Confesiones de un pianista* se lamenta:

> ¡Ah!, estudiar a la mujer es el gran imposible en la vida; sería lo mismo analizar el dolor o el placer, dos sensaciones que embargan la inteligencia. Es un enigma junto al cual ha pasado el género humano a oscuras, y que ellas mismas no saben descifrar. Más vale por eso amarlas, amarlas a ellas con el amor sin límites con que se ama lo que no se alcanzará nunca sobre la tierra, y que tiene que ir más allá para perder su horizonte en los horizontes inconmesurables del cielo (*OC*, II, 557).

De esta forma, nuestro narrador-autor excluye la comprensión de la mujer del terreno de lo racional y le depara un espacio de apreciación totalmente emocional; es por ello que hay que

limitarse “a amarlas”. Pese a la posición explícita de este narrador, las diversas voces que se manifiestan en la narrativa del escritor campechano ofrecen aproximaciones variadas respecto a las figuras femeninas.

Considerando la presencia física de las mujeres, que parece lucir importante para las voces narrativas de Justo Sierra, los personajes femeninos suelen ser arrolladoramente bellos. Ya la estudiosa candelaria Arceo ha expresado “la insistencia con que Sierra sugiere que la belleza implica naturalmente las nociones de lo verdadero y de lo bueno” (Arceo, 1985, 4748). Pero revisemos algunos casos: carmen, la joven amada por el estudiante que protagoniza *La novela de un colegial*, es calificada por él como “divina”, igual que Stella, el amor de Alfredo; ella “es o era [...] divina en lo que hay de más alto en esa palabra aplicada a la forma” (*OC*, II, 496). No se quedan atrás Rosa y Blanca, las jóvenes protagonistas del cuento “Niñas y flores”, junto con Starei, la de “La fiebre amarilla”. Sobrenatural es la belleza de Lácrima, la dama que aparece en “Incógnita”, cuya fisonomía es angelical. No menos celestial es Emilia, la amada de Antonio, la figura principal de *Confesiones de un pianista*. Como dice Arceo, Sierra, al igual que Gautier, “pintan a sus heroínas con claro sentido plástico” y sus cristalizaciones se relacionan con las emociones que ellas despiertan en los personajes masculinos (Arceo, 1985, 51-55).

No hay medias tintas en cuanto a las descripciones físicas de las mujeres que desfilan por las páginas narrativas de Sierra. Frente a las figuras bellas, divinas y angelicales sólo podemos ubicar a una esperpéntica. Se trata del personaje principal de una leyenda, “La sirena”, cuya encarnación en una anciana es verdaderamente impresionante por su fealdad: “doblada hasta el suelo, sin pelo, cejas ni pestañas, cuyos ojos brillaban con el fuego sombrío de los carbunclos, cuya boca parecía un rasguño sangriento trazado de oreja a oreja por la punta de un alfiler y sobre la cual se buscaban, para darse perdurable beso, las puntas de la corva nariz y de la corvísima barba” (*OC*, II, 444-445).

En cuanto al carácter de las mujeres, los esquemas son un poco más amplios, pero no demasiado. Las que no responden al ideal femenino, en tanto angelicales y puras, tienden a ser coquetas y casquivanas. En esta última categoría podemos ubicar a varios personajes de la novela *El ángel del porvenir*. Por ejemplo, Rosario, a pesar de su gracia y su belleza, “era lo que en México se entiende por coqueta, esto es el objeto de algunas apuestas entre los pisaverdes de dieciocho años y de algunos duelos *à la champagne* entre los de veinticinco” (*OC*, II, 211). Elena, la amiga de aquélla, también se caracteriza por su “alma aventurera”.

En *El ángel del porvenir* vemos que la gama de la malicia femenina es más amplia. Por ejemplo, tenemos a Maïa, la “perla de Bengala” que engaña a Ladislao con Rogerio. Mucho más pronunciada es la maldad en Paulina, la cínica manceba de Rogerio que, además de traicionar a varios hombres, entre ellos a su marido, participa en el homicidio de éste y manifiesta una serie de perversiones de toda índole.

A diferencia de la novela, en las narraciones de los *Cuentos románticos* es difícil

encontrar “alguna mujer realmente ‘perversa’ porque Sierra describe a sus personajes de acuerdo a un ideal preconcebido” como asevera candelaria Arceo, basada en las palabras de Luis G. Urbina. Ciertamente, incluso en el caso de Mary, la “terriblemente impura”, la “Eva de los rabinos”, “la gran tentadora” de *Un cuento cruel*, al final se observa que es capaz de reservar “una vaga energía para el bien” (Arceo, 1985, 21-22).

Pero terminemos con el paréntesis relativo a lo femenino[9] y volvamos a los amores difíciles que se asocian con la visión romántica. El amor de Manuel por Carmen resulta imposible gracias al tifo, que lo confunde entre alucinaciones y delirio. El de Adelaida y Carlos lo es porque a él se le revierte la rebeldía que había desatado contra la sociedad, la cual encarna la venganza en la figura de Mary. Mientras tanto, el amor de Antonio y Emilia, aparentemente posible, encuentra obstáculos, debido a la superficialidad y egoísmo de ella. Así, aunque la enfermedad y el egoísmo parecen los principales factores causantes de los amores infelices, de hecho es la pasión misma la que acaba con todo.

Y además de estos amores imposibles, por si no fuera suficiente, existen varios más, en paralelo, en nuestras tres narraciones. Refugio ama a Manuel; Mary a Carlos y Luisa a Antonio. Refugio configura el amor sacrificado, el de la abnegación absoluta que encuentra en su aceptación su primera y a veces única recompensa. Lo mismo sucede con Luisa, la hermana adoptiva de Antonio, quien finalmente, parece morir a causa de no ser correspondida. Y Adelaida también soporta todo por su amor a Carlos hasta caer en una crisis nerviosa que acaba con ella.

Los egoístas completarían los vértices del triángulo. A ellos los arrastra su pasión desatada pero ésta tiene límites, pues hay un momento en que ellos imponen su voluntad. Para ellos la pasión debe estar a su favor; como buenos egoístas, no piensan en el otro sino como en un producto desechable. Así es Mary, quien pese al asesinato de su hermano a manos de Carlos, y de su intención de vengarse, ama a éste, aun sabiendo que ella nunca sustituirá a Adelaida; Mary llega al extremo de intentar matar a su amante para que no sea de nadie. Lo mismo diremos de Carmen, quien parece corresponder sobradamente a Manuel en un principio, y luego perder interés en él justo cuando él más lo necesita. Y de Emilia, que ama a Antonio por una especie de deuda moral, por su propio placer y porque éste puede reportarle prestigio si triunfa como compositor; al fracasar, él la abandona sin miramientos.

Reconocemos así tres tipos de personajes en este esquema de Sierra: el que encarna la pasión, el que la sufre como sacrificio y el que la aprovecha como egoísmo. El amor, cuando corresponde a una intensidad tan extrema, engendra felicidad y desgracia enormes; se vuelve entonces, imposible, cuando no se aproxima a la causa de la muerte.

La pulsión de la muerte queda impresa en la del amor. En *La novela de un colegial* se sintetiza este latido. Desde el día en que Manuel conoce a carmen, una de las sensaciones que aquél tiene cuando ella se aleja es precisamente la de la muerte: “Le mandé un beso de despedida eterna porque pensé que iba a morir” (*OC*, II, 395). Esta expresión también podría

asumirse como metafórica. Y no sería justo decir que los pensamientos y sentimientos de Manuel respecto a la muerte aumentaron conforme se desarrolló su amor por carmen, pero el final es el que ya conocemos: entre el tifo y ese amor imposible, él muere y el narrador culpa a la fatalidad, como se observa en este fragmento que ya había citado antes con otro propósito: "Tú también luchaste sin descanso contra esa tiranía terrible y ciega cuyo origen y objeto ignoramos, pero que se enrosca sobre nuestro corazón, del que extrae lentamente la sangre. Ese aborto de todo lo tenebroso y lo cruel que el gran maestro llama *ananké*, fatalidad, fue tu verdugo" (*OC*, II, 397). En *confesiones de un pianista*, el deseo de morir que siente Antonio es manifiesto. Tras una larga disertación sobre el universo musical, permeada de elementos mortuorios, el músico confiesa: "Toda mi desesperación se ha transformado en deseo de morir; sería una crueldad que me sobreviviera mi pensamiento doloroso. Mi imaginación está llena de sueños enlutados [...] Quiero morir entero y sólo siento que mis frías cenizas vayan a enturbiar la corriente de algún río en la tierra, o apagar la fosforescencia de una ola en el mar" (*OC*, II, 576). El infinito respeto por la naturaleza y su asociación con los estados de ánimo se ponen en evidencia a lo largo de ésta como de muchas otras composiciones de Sierra, y aquí la idea de la muerte tiene como restricción, relativa al menos, el no afectar el curso o la imagen de los elementos naturales acuáticos a que hace referencia la cita.[10]

Se puede decir que son casi incontables las muertes que se dan a lo largo de la narrativa de Justo Sierra, tanto en la novela como en los cuentos. Estos fallecimientos afectan a protagonistas, a personajes secundarios y hasta a los ambientales. Y la muerte por amor es un vértice bastante explotado por nuestro autor. Los ejemplos que encontramos tanto en la novela *El ángel del porvenir* —Amelia, la esposa de Rogerio, Maïa, la hija del nabab— como en las narraciones más breves —Manuel en *La novela de un colegial*, el suicidio de Mary en "Un cuento cruel"; Heberto o Alfredo en "Nocturno", que perece después de reunirse mentalmente con su amada, dan cuenta de que la muerte es una solución narrativa a las tramas propuestas o a parte de ellas. Con la muerte no sólo tienen fin los personajes involucrados; las situaciones cobran giros diferentes cuando se presentan los fallecimientos, o bien, las historias tienen su fin.

Repitamos que casi todas las tramas de los *Cuentos románticos* están insertas en algún cuadro introductorio, que puede estar constituido por un narrador o por él conjuntamente con un grupo de escuchas u otra clase de receptores. Las muertes, en todos los casos, forman parte de las historias principales, las contadas o leídas, ya sea que su carga sea de sensualidad, como en "Marina", o febril, como en "La fiebre amarilla", o bien que parezca una suerte de encanto, como en "La Sirena", o esta muerte amante que hemos revisado en "Nocturno".

Si bien las temáticas no son complejas en sí mismas, las situaciones que viven los personajes sí lo son, como observamos, y si a eso aunamos las estrategias de estructuración que revisamos en este ensayo, hemos de coincidir en que las orientaciones y apelaciones que los narradores hacen a los lectores son, si no obligatorias, al menos convenientes para el tipo

de lectura que se exige hoy; más prudentes aún, si consideramos al lector decimonónico.

Bibliografía

Altamirano, Ignacio M., 1949, *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*, t.1, José Luis Martínez (ed. Y pról.), México, Porrúa.

Arceo de Konrad, candelaria, 1985, *Justo Sierra Méndez. Sus cuentos románticos y la influencia francesa*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Letras del Siglo XIX).

Argullol, Rafael, 1990, *El héroe y el único. El espíritu trágico del romanticismo*, España, Destino (Destinolibro, 307).

Arrom, José Juan, 1970, "Mitos tainos en las letras de cuba, Santo Domingo y México", *cuadernos americanos*, año XXIX, vol. CLXVIII, México, 10 de enero, pp. 111-123.

Castro Leal, Antonio, 1946, "Prólogo" a Justo Sierra, *Cuentos románticos*, México, Porrúa, pp. vii-xii.

González Peña, Carlos, 1975, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa.

Krees, Dorothy Margaret, 1937, "Don Justo Sierra, precursor del modernismo", *Universidad*, mensual de cultura popular, núm. 13, t. III, México, Universidad Nacional, febrero, pp. 9-14.

Martínez, José Luis, 1948, "Nota preliminar a *Poesías* y estudio general sobre don

Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra", t. 1, *Obras completas del maestro Justo Sierra*, Agustín Yáñez (dir. de la ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 225-234.

Panrow Bernard, John, 1954, *Justo Sierra, prosista*, tesis, México, Escuela de Verano-Universidad Nacional Autónoma de México.

Rulfo y de Rosenzweig, Teresa, 1954, "Las heroínas de la novela mexicana del siglo XIX", México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Sierra, Justo, 1991, *Obras completas II. Prosa literaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Sobrino Gómez Irma, 1964, "*Cuentos románticos*" *de Justo Sierra*, tesis, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

Urbina, Luis G., *Hombres y libros*, México, el libro francés, s.f.

[1] Conforme a las notas de las *Obras completas* de Justo Sierra, publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México, la edición reproducida (México, 1869) lleva como pie de imprenta F. Díaz de León y Santiago White, y en esa versión la novela se trunca en la página impresa 88 (Monterde, "Introducción a Sierra", 1991, *Obras completas*, II, 8). Por razones prácticas, en lo sucesivo las referencias a las *Obras completas* de Justo Sierra publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México se harán sólo con la abreviatura *OC*, el tomo, y el número de página.

[2] María, el personaje homónimo que nutre el capítulo XIX, "Surgimiento", coincide con éste en la imagen virginal y angelical, así como en la pureza (*OC*, II, 328-333); los cambios de intensidad en la luz, aparecen también iluminando a ambas figuras. Sin embargo, no disponemos de los elementos necesarios para pensar que se trata de la misma mujer, pues los espacios de ubicación y las relaciones entre el conjunto de personajes son totalmente distantes.

[3] En la "Introducción" al tomo II de las *Obras completas* de Justo Sierra, Francisco Monterde señala que los *Cuentos románticos* fueron reunidos en volumen desde 1896. Menciona también que algunos de los cuentos aparecieron antes en las "Conversaciones del domingo", en *El monitor republicano* y otros en diferentes revistas (Monterde, "Introducción a Sierra", *OC*, II, 6).

[4] Un merecido homenaje a Justo Sierra como poeta es el que le hizo José Luis Martínez en la edición de Agustín Yáñez de *Poesías*, donde se revisa, entre otros aspectos, la influencia de Victor Hugo, que en este "romance" también parece presentarse (Martínez, 1948, 226).

[5] Según Candelaria Arceo, aunque Sierra ubica la leyenda en un ambiente mexicano —Campeche—, "la mayor parte del material narrativo que conforma 'La sirena' proviene de 'Albertus', uno de los primeros poemas que Gautier dio a conocer en 1831" (Arceo, 1985, 73).

[6] Otros estudiosos se han ocupado de las diversas temáticas. Irma Sobrino reconoce básicamente cuatro en los *cuentos románticos*: el político liberal, el exotismo geográfico, el exotismo histórico y el exotismo sentimental (Sobrino, 1964, 31). Candelaria Arceo habla de la clasificación de los cuentos atendiendo a la temática y a otros aspectos (Arceo, 1985, 24-32). Sin embargo, pienso que falta mucho trabajo respecto a las temáticas de Sierra.

[7] Haciendo extensivos los postulados de Dorothy Margaret Krees a la obra narrativa de Justo Sierra, es innegable el tinte modernista en sus letras (Krees, 1937, 9-14).

[8] Si bien no es éste el espacio apropiado para definir o caracterizar el movimiento romántico, no quisiera dejar de mencionar el estudio de Rafael Argullol, *El héroe y el único*, que subraya el espíritu trágico que alimenta a esa corriente.

[9] Respecto a las mujeres en la narrativa de Justo Sierra, es interesante, aunque no muy profunda, la tesis que plantea Teresa Rulfo en "Las heroínas de la novela mexicana del siglo XIX" (1954, 112-114).

[10] Si hiciéramos extensiva la crítica desfavorable de Bernard John Panrow respecto al exceso de sentimentalismo en este texto, podríamos asumir que en este rubro ocurre algo parecido. Pero nos parece exagerado considerar que la pasión del amante y, por tanto, sus analogías con elementos naturales son "repugnantes" (Panrow, 1954, 49).

CRÓNICAS DE JUSTO SIERRA

CRISTINA BARROS

A la memoria de Catalina Sierra Casasús, siempre en el corazón

Si bien no es la crónica lo que más atrajo a Justo Sierra, hay algunas muestras de este género. Los aspectos más importantes de su obra se concentran en el quehacer educativo, jurídico, legislativo; en el análisis de la política mexicana y extranjera, en su obra literaria, en la administración pública y, sobre todo, en sus textos sobre historia. Recordemos que la *Evolución política del pueblo mexicano* es, todavía hoy, un libro de lectura obligada.

En 1869 publica en *El Renacimiento* "La cascada de Tizapán". De 1871 son tres crónicas que aparecen en *El Federalista* con el nombre de "Trinitarias"; "La exposición de Campeche" es de 1875. "Metlac" apareció por primera vez también en *El Federalista*, en 1872, y "De México a Toluca", que se da a conocer en *La libertad*, corresponde a mayo de 1882. "La fiesta francesa" es otra de sus crónicas; se publicó en *La libertad* en 1882 como parte de la serie "La Semana". Puede considerarse, además, dentro del género "La fiesta de los muertos en el cementerio francés", escrita para *El Federalista* del 6 de noviembre de 1874; la firma con el seudónimo Colmeiro. Todos estos escritos se encuentran en el tomo III de las *Obras completas*, dedicado a la crítica y artículos literarios.

Desde nuestro punto de vista, el trabajo más importante en este campo se encuentra en los apuntes relativos a los dos viajes largos que realizó Sierra. De fines de septiembre a inicios de noviembre de 1895 fue a estados Unidos; sus experiencias se publicaron por entregas en la revista *El mundo* entre 1897 y 1898, año en que las recoge en un libro bajo el título *En tierra yankee*. Lo dedicó a su tío, Pedro G. Méndez, quien hizo posible el viaje.

En 1900, ya como magistrado de la Suprema corte, Sierra fue designado jefe de la delegación mexicana ante el Congreso Social y económico Hispanoamericano realizado en Madrid. Viajó por España, Francia e Italia de octubre de 1900 a mediados de 1901; tuvo que volver antes de lo previsto, pues fue nombrado subsecretario de Instrucción Pública. Sus notas de viaje aparecieron en *El Mundo Ilustrado*. Se reunieron en el tomo VI de las *Obras completas*, con el título que él mismo les había dado: *En la Europa latina*.

LAS PRIMERAS CRÓNICAS

Sabemos de la importancia que la crónica tuvo en el siglo XIX gracias a algunos de los

antecesores de Sierra, como Manuel Payno, Guillermo Prieto o Ignacio Manuel Altamirano; vendrá más tarde su contemporáneo Ángel de Campo. Son ellos especialmente quienes nos permiten reconstruir la vida del México de entonces. Nuestro autor, por su parte, no dedicará mucho espacio a este género de narraciones; sus artículos periodísticos se refieren sobre todo al análisis de la situación política de México y el mundo.

La más temprana de sus crónicas, "La cascada de Tizapán", podría acompañar la bella litografía de Casimiro Castro con el mismo nombre. Al fondo, las "soberbias construcciones llenas de esa severa poesía de la industria moderna"; un paisaje encantador rodea "la pintoresca cascada de Tizapán". La fábrica "ha ido a buscar a orillas de la corriente el alimento de sus enorme máquinas" y, sin embargo, no resta belleza al entorno; por el contrario, parece complacer a nuestro autor esta presencia discreta que denota el "progreso" tan anhelado por su generación.

Aunque la cascada adquiere la condición de un personaje: "¡Cuántas dulcísimas horas he pasado junto a ti queriendo comunicar a mi sangre el frescor de tus aguas!", el centro de la descripción es la vista que se aprecia desde lo alto:

> Mirando hacia la capital, sobre las policromas colinas que la rodean, vemos tenderse todos esos deliciosos pueblecillos del suroeste del valle, los de blancos caseríos y perfumadas flores; a los lejos, siguiendo la dirección de la cinta de hierro que parte de San Ángel, levántase sobre sus gigantescos sabinos, Chapultepec […]; aún más allá, tras una planicie entre cuyas múltiples ondulaciones se esconde Tacubaya, se mira, perdida un tanto en la bruma, a la Tenochtitlán de nuestros abuelos. Del otro lado las montañas cubiertas de largas procesiones de pinos, el Ajusco azul con su fugaz diadema de nubes, y al oriente los dos volcanes con sus eternas coronas de hielo. (*OC*, III, 24).[1]

"Trinitarias" incluye tres artículos publicados con título general de "Crónica dominical" y firmados con el seudónimo de Memnón. Están dedicadas a las señoritas de la época, a quienes les contará "las impresiones que hayan despertado en mí los acontecimientos de la semana…" Referirá sus ensueños y sus ilusiones, así como las sensaciones que despierten en su alma soñadora "el espectáculo grandioso de nuestra naturaleza y la soledad sublime de nuestros campos…" (*OC*, III, 119).

Ahí encontraremos algunas notas costumbristas acerca de la celebración de la Virgen de Guadalupe en el callejón de la Alcaicería, cuyos vecinos tuvieron por años la tradición de acompañarla con "músicas y cohetes, y buñuelos, y vendimias y toritos". Esos toritos que provocaban el susto y el júbilo de los concurrentes, también estaban presentes en fiestas como la de la Virgen del Pilar en el barrio de San Miguel. Los indígenas cubrían su cuerpo con estas figuras hechas de cartón y carrizo, tal como ocurre aún hoy, y echando llamas por los ojos perseguían a quienes los provocaban. No faltaron aquel año de 1871, en la Alcaicería, los pregones de las cacahuateras, fruteras, buñueleras y turroneras, y tampoco los gritos del pastelero, esos que recogerían diversos escritores y viajeros, señaladamente Antonio García cubas, en *El libro de mis recuerdos*.

Continúa esta miscelánea con la descripción de una ceremonia de distribución de premios

a los niños de las escuelas municipales con la presencia del presidente de la República, Porfirio Díaz. Una ojeada a los adornos del teatro nos permite recordar el gusto de la época: "los colores de nuestra bandera flotaban en gasas por todas partes y una ráfaga de hermosuras iluminaba todos los ámbitos del salón. El foro se había iluminado a la veneciana y allá, como en lontananza, se veía el Partenón iluminado por un reflejo, y en él a Minerva coronando a los niños estudiosos" (*OC*, III, 121).

El estilo aquí carece de la fuerza que encontramos en otros textos de Sierra; abundan los adjetivos: *anhelantes, dulces, inocentes, delicioso*. Las niñas serán "madres, es decir, santas, es decir maestras, es decir sibilas; serán ángeles del hogar, las estrellas en la noche de nuestra oscura existencia… pondrán la virtud de las almas y la ternura en los corazones". Y por eso, afirmará en muchas ocasiones, es necesario que ellas también reciban educación, camino por el que se llega "al verdadero progreso".

Trescientas niñas cantaron en la ceremonia; las había de distintas clases sociales. Algunas muy pobres iban descalzas; no faltaron las que, vestidas modestamente, "llevando al hombro su pequeño rebozo de a seis reales", recibieran también sus premios. Esta posibilidad que apunta a la educación universal y gratuita por la que Sierra tanto lucharía, lo conmueve. No faltó el Himno Nacional, ni la "Marcha Zaragoza" de Aniceto Ortega, "una de las muy pocas composiciones patrióticas de autor mexicano"; tampoco los discursos, que, de acuerdo con nuestro cronista, culminaron con las palabras de Guillermo Prieto: "escuelas necesita el país; no revoluciones".

El último fragmento de esta primera "Trinitaria", que incluye una reseña crítica de *María*, de Jorge Isaacs, se dedica a los paseos de domingo en la Alameda, lugar de encuentro para los enamorados. Los encantos de la naturaleza y la música contribuyen ahí a que aquella atmósfera envuelva en misterios "el amor que germina y la fe que comienza a nacer".

Siguiendo con el ciclo festivo, continuamos en un segundo tiempo con las posadas. "Todos los pensamientos y todos los deseos han ido a converger hacia ellas." esta diversión tan mexicana debe su importancia a "nuestro carácter eminentemente social y amigo del bullicio". Es entonces cuando, al igual que los personajes de José T. Cuéllar en *Baile y cochino*, "el estudiante empeña o vende sus libros, el empelado vende su quincena en la mitad de su valor, el rico echa la casa por la ventana" (*OC*, III, 126). Señala Sierra, como varios de sus contemporáneos, que el aspecto religioso que dio origen a estas fiestas ya no está casi presente; en la mayor parte de ellas, afirma, "se ha suprimido ya la antigua costumbre de pasear a los santos peregrinos", que no era en su época sino pretexto para organizar un baile.

Al describir las posadas, adquiere don Justo el tono del cronista de sociales. Entre las asistentes a la que se celebró en casa de Adolfo Castorena, "hemos admirado a la simpática señorita Lupe Miranda, a las señoritas Silva, Ramírez, Castorena, Villar, Mateos y otra porción de hermosuras cuya sola sombra habría sido capaz de romper el pecho del hombre más insensible".

El licenciado Díaz también reunió en sus salones a un conjunto de deidades y en el casino de San Cosme, ubicado en el barrio "más aristocrático de nuestra ciudad", donde habitan "las pollas más deliciosas de México"; los afortunados concurrentes "han deseado mil veces que las noches no tuvieran otro límite que el de su entusiasmo infinito". El grupo de "rostros encantadores" que concurrió a la casa de don Vicente Silva —Rejas de San Jerónimo número 4— era "un grupo de ángeles de la mañana, que poco a poco iban disipando las tinieblas para mezclarse después a la luz de que a la vez son emanación y deslumbramiento" (*oc*, III, 127).

Continuando con el recorrido por la ciudad capital, se detiene en el paseo de Buenavista, "uno de los más populares y de los que atraen una concurrencia más numerosa". La comparación entre el antes y el ahora es inevitable. Entonces Buenavista se encontraba en el campo, lo que permite a Sierra recalcar el contraste campo-ciudad, tan frecuente en su tiempo, y que retomamos hoy, en la medida en que las ciudades se vuelven hostiles.

"El campo es el verdadero depositario de la alegría y de la felicidad." Y más adelante: "No sé por qué dentro de las ciudades se respira una atmósfera de fastidio que muchas veces se llega a convertir en una pasión que no nos abandona". En las ciudades la alegría no es completa, los males se multiplican; son lugares de "vicios, de sombras, de miseria y de egoísmo". Es por eso tan atractivo pasear por Buenavista a la hora del crepúsculo; ahí "no llega ni uno solo de los rumores del mundo; todas las ráfagas de aire libre de aquellos pequeños prados, sombreados por grandes árboles, todos los movimientos de aquellas hojas, todos los rayos de aquel cielo introducen la dulzura de la paz en el corazón". (*OC*, III, 129).

Vuelve Sierra, en la tercera parte de su "Crónica de la semana", a las fiestas escolares. Se refuerza la idea, tan arraigada entonces, de que la educación es la clave del progreso. La escuela es "luz que sonríe dulcemente en el cielo de la patria [...] La solución pacífica de todos los problemas políticos y sociales". Las iglesias son los nuevos templos desde donde brotarán "mares de luz que moralizarán las costumbres del pueblo" (*OC*, III, 134).

Es ésta la introducción para describir el reparto de premios del Colegio de la Santísima Trinidad en el número 10 del Puente de Palacio. Se recitaron fábulas y poesías en castellano, francés e inglés; se ejecutaron piezas de piano y se cantaron los coros de diversas piezas musicales de la época que "derramaron en los concurrentes un entusiasmo frenético". Fueron los premios, libros y flores artificiales. La premiación escolar en el Ateneo Mexicano, cuyo escenario fue el Teatro Iturbide, tuvo también su mérito. Los niños tocaron "regularmente" piano, violín, flauta y violoncello y "lucieron su habilidad en varios idiomas"; se cantó y se representaron dos juguetes cómicos.

Como ya vimos, la educación de la mujer es un tema recurrente en Sierra. Una vez en la Subsecretaría de Instrucción Pública confirmará sus ideas al respecto con acciones concretas, como becar a maestras reconocidas para que amplíen sus estudios en el extranjero. Así se formarán quienes se encarguen de consolidar los primeros jardines de niños oficiales. La apertura de una nueva escuela de niñas a cargo de la señorita Carolina O'Horan y la titulación

de Guadalupe Alfaro y de Luz Mayora, quien será su esposa, le da pie a una larga digresión acerca de los dones de la mujer y de su superioridad en ciertos aspectos respecto del hombre, entre otros, el de cumplir el "ministerio de la educación", que la convierte en "madre moral".

Sin embargo ahí mismo afirma que el templo de la mujer "es el hogar, ese sueño tan dulce del alma en que cree ver a su amada rodeada de sus hijos pequeños". La madre y la maestra que tienen niñas a su cargo han de enseñarles "a calmar y no a combatir, a dulcificar y no a recrudecer las luchas a que el hombre se lanza por ella en la vida social". Si la mujer se dedica a alguna profesión, qué mejor que el magisterio. Es por ello que alaba a Luz Mayora por titularse, a pesar de no necesitar un empleo, pues su familia tiene una posición acomodada; lo hace "como un refugio en una de las borrascas tan frecuentes en la vida". Esto realza más su mérito y la presenta "como un tipo de que muy pocos ejemplos se pudieran presentar" (*OC*, III, 138-139).

Las siguientes crónicas nos llevan a los estados. En "la exposición de Campeche" recuerda su ciudad natal. Menciona su vocación de puerto de defensa cuando los piratas asolaban el caribe. Se refiere también a su rivalidad con Mérida y la importancia creciente de Isla del Carmen, para después alabar el impulso que le dio Joaquín Baranda como gobernador. Se recrea Sierra en el paisaje: "el mar tan suave, tan inmenso y tan puro [...] esos ponientes del sol que incendian el horizonte". Son los recuerdos de infancia que lo hicieron sensible frente a la naturaleza.

Si la educación es importante, la industria y el comercio no lo eran menos en un tiempo en que México se preparaba para una nueva etapa; los liberales siempre buscando la modernidad. Entre los ramos de la industria agrícola y manufacturera que recibieron premios en aquella exposición se encuentran los azúcares, aguardientes, cigarrillos, puros o tabacos, fósforos, quesos, ladrillos, filamentos de henequén (hay que recordar el auge de las grandes haciendas henequeneras de la región), jabón, conservas alimenticias, dulces y bizcochos, así como pieles de lagarto curtidas, sombreros, diversas frutas y también el "maíz blanco grueso en mazorca, [el] maíz amarillo de la variedad *excampoe* en mazorca, el café en grano y las mazorcas de cacao. No faltaron premios a las bellas artes y la tipografía, la construcción naval, la ebanistería y carpintería y los trabajos en concha" (*OC*, III, 246-248).

Las dos últimas crónicas son afines, pues tienen como protagonista al tren. Cuántos párrafos no se dedicaron a este gran invento de la época; podemos imaginar lo que significó en su momento. El tren y con él, progreso y comunicación, la admiración por la tecnología. El ferrocarril de Metlac, de cuya grandeza tenemos magnífico testimonio gracias a la maestría del pintor José María Velasco, es motivo de otra crónica de Justo Sierra. Cuando escribe este texto apenas han llegado los materiales con los que se construirá esta vía; estamos en 1872. El tren pasa por hermosos paisajes: "las accidentadas llanuras de la mesa central, cubiertas de magueyes, de cactus y de pinos [...] el cielo que cobija Puebla, poético y silencioso convento". Vendrán después los "estériles valles" que llegan casi a Orizaba, y las cumbres de Acultzingo.

En aquel clima prosperan “los platanares y los mangueros, los plantíos de tabaco, los cañaverales y esa multitud de *orchideas* de tan diversos colores y formas, esa muchedumbre de pájaros que parecen flores que vuelan”, hasta llegar por fin a la barranca de Metlac que tendrá que cruzar la vía (*OC*, III, 49).

Los hombres construirán los cimientos de cantera y sobre ellos colocarán postes y ligaduras de fierro; “luego, en el momento que esos gigantes de cien metros de altura se den las manos, la locomotora pasará como una exhalación por sobre las profundidades de la barranca, el silbido de esa águila se confundirá con el del tucán, y el carbón de piedra, ese incienso de la industria humana, dejará su rastro, semejante a una nube, en el cielo tranquilo de Metlac” (*OC*, III, 50). Llegará finalmente a las playas de Veracruz. Así ocurrió una vez que estuvo construido el puente de 140 metros de largo y 28 de altura más cinco túneles que permitían cruzar esa barranca. Nuestro escritor se muestra deslumbrado ante la tecnología, como ocurre todavía con los hombres de hoy.

El 5 de mayo de 1882, Sierra partirá desde la estación de la Ciudadela rumbo a Toluca, en un viaje de prueba. El paisaje lo conmueve tanto como el esfuerzo humano que ha representado vencer el obstáculo que le salía al encuentro en forma de montaña, de barranco, de torrente; las montañas parecen partidas con el hacha de un titán; las barrancas han sido salvadas haciendo bajar a ellas colinas enteras, quitadas de allá y puestas aquí en forma de terraplenes; y los torrentes y riachuelos impetuosos de la serranía lamen mansos e ignorados los pies de fierro de los estribos de los puentes.

Se asombra ante la magnitud y gracia de puentes como el de Dos Ríos, que hace la obra humana “tan atrevida como la naturaleza”. El recorrido entero está descrito con precisión y fuerza descriptiva. Viene luego la recepción, la fiesta: “arcos de triunfo, músicas, banderas” y “gente, y gente, y gente”. La comida abundante, las conversaciones, el júbilo, los discursos de rigor, sin faltar un poema dedicado a Toluca en ocasión de la llegada de “el primer tren de la vía férrea” dicho por alguno de los presentes.

La tercera parte de esta crónica recoge sus impresiones de Toluca: “sus calles limpias, sus casas frecuentemente bonitas, y más que bonitas algunas; sus larguísimos portales, sus edificios correctos y hermosos”. Alude a que la ciudad es “emporio de los chorizos y jamones”, actividad en la que se especializaron los habitantes de esta ciudad desde el virreinato. La primera visita es al Palacio de Gobierno; a la salida, “la tarde tendía un melancólico velo gris sobre la ciudad, y la bruma desvanecía por dondequiera los términos lejanos del bello paisaje que circunda Toluca” (*OC*, III, 323). Otra ciudad, otro tiempo. El Xinantécatl o Nevado no se dejó ver entonces, como suele ocurrir.

“En tierra yankee”

La relación de Justo Sierra con los Estados Unidos antes de su viaje se entrelaza con las imágenes que en su infancia le dejaron las cartas, el diario y las narraciones de su padre. Está presente también lo que en el siglo XIX significó Nueva Orleáns para Campeche. Completan estos atisbos las revistas de la época con su narración del incendio de Chicago o con sus grabados de pintores reconocidos de los Estados Unidos y de Europa.

El viaje, realizado de fines de septiembre a principios de noviembre de 1895, fue solventado por su tío, Pedro G. Méndez, a quien le dedica el volumen "por cariño y gratitud". Recorrer estos testimonios de viaje hoy, un siglo después, es una experiencia de la que no debe perderse el lector; seguramente le permitirá entender mejor cómo se gestó el vecino país del norte y hasta qué punto se han exacerbado ciertas características extendidas por el mundo casi como una enfermedad. El gusto de Sierra por la naturaleza se hará presente a través de numerosas descripciones en esta extensa e interesante crónica de viaje.

Sale el tren rumbo al norte, desde Buenavista. A los ojos de Sierra se va desgranando el paisaje, "la ondulación verde amarillenta de los collados estériles y secos; aquí cerca, los nopales formados en batalla, ofreciendo al caminante, en gruesos platos de espinas, las esponjas de agua azucarada y fresca de sus tunas blanquiscas; de cuando en cuando los chopos y los mezquites [que] cortaban con una mancha sombría aquel paisaje de desierto que salpicaban su pirámides de púas algunos centenares de magueyes" (*OC*, VI, 1516).

Horas después aparece San Juan del Río con sus torres; los ópalos que se ofrecen en esa estación le parecen del mismo color verdoso que tienen los ojos de las lugareñas; también recuerda "el delicioso pan azucarado y fino de los camotes de Apaseo". Al pasar por Querétaro vienen a su memoria los difíciles días que ahí pasó en los tiempos en que apoyó a José María Iglesias y fue perseguido. A veces, en el agreste paisaje, se hacen presentes el hombre y la técnica de su tiempo "en forma de telégrafo, cuyas altísimas cruces grises, unidas por las fibras metálicas, parece que huyen a grandes zancadas kilométricas hasta el confín del desierto". Un siglo, escribe Sierra, que "va y viene con el tren de vapor" (*OC*, VI, 21).

Conforme transcurre el tiempo, el viajero campechano se compenetra más con el paisaje árido del norte. Se emociona ante un amanecer en Zacatecas, para después ver pasar Hornos, Jimulco y Torreón, ciudad que iniciaba su auge. Cruzó luego "sin emoción los linderos de la patria", aunque minutos después lo conmovería la campana de Ciudad Porfirio Díaz, que parecía decir adiós. Define Eagle Pass como "una bandera americana muy alta, una aduana y unos furgones de carbón" (*OC*, VI, 24).

Más tarde dará sucesivas visiones de San Antonio para finalizar describiéndolo como "una sopa de malva, un filete de cerdo, un *pudding* de cebada", y luego como "un vagón que lleva este gran letrero: *For whites*, para blancos: primer contacto con la democracia americana" (*OC*, VI, 26). Y es que, reflexiona, al parecer "toda democracia necesita esclavos, o abajo, como la de Atenas, o arriba, como la francesa; los de arriba son caros, se llaman diputados, son el gobierno. Esta democracia americana tiene a los de arriba y quisiera tener aun a los

esclavos de abajo". Y concluye: "una democracia es una aristocracia constantemente asaltada por los que quieren entrar en ella" (*OC*, VI, 25-26).

Su imagen de los negros llama la atención. Hay un dejo de discriminación en ella. Se trata de una realidad que le parece difícil de entender. De la esclavitud a la libertad y de ahí a la insolencia, escribe. Y quizá no deja de tener cierta razón. Sólo con insolencia se puede responder a tan grandes agravios.

La prisa, el ruido. Pronto se encuentra Sierra con uno de los elementos que definen con mayor énfasis la vida en estados Unidos, incluso hoy: la prisa. En las estaciones, los estadounidenses le parecen "un pueblo entero en movimiento". Los hombres "andan como autómatas, suben con sus valijas en una mano y su periódico en la otra, atraviesan nuestro carro, salen, bajan, desaparecen [...] cuando se mueven estos hombres, óyese el crujido de sus articulaciones de fierro" (*OC*, vi, 28).

Observa que las calles de Atlanta se alinean iguales, surcadas por coches y por "la gente que transita compuesta de seres que se mueven velozmente como a impulsos de un mecanismo interior, que llevan en el rostro marcada la seriedad, la preocupación, el ensimismamiento de quien está a pique de perder la fortuna o la vida, si llega cuando la manecilla del reloj haya pasado de un punto fatal" (*OC*, VI, 46).

Le agobia la prisa de los estadounidenses, el *go ahead*, pase lo que pase, cueste lo que cueste; "hay que moverse para no quedarse atrás; hay que pasarse la vida moviéndose, moviéndose y moviéndose". Cuando al filósofo inglés Herbert Spencer, refiere Sierra, le pidieron en Nueva York "que en virtud de sus observaciones, formulase un consejo al pueblo americano, contestó: éste es mi único consejo: señores, sentaos". Desde entonces, escribe don Justo, "lo quiero más" (*OC*, VI, 178).

No hay pausa en la sociedad estadounidense, ése es su destino y su perdición. Y también la nuestra, porque la imponen, nos hacen caminar a su ritmo; detenernos nos va pareciendo como a ellos "perder el tiempo". Los estadounidenses, afirma Sierra, buscan el confort, porque tienen que reponer en breve tiempo la mucha energía que despliegan. Impresiona lo cercano de esa imagen que Sierra presenta con la de estados Unidos hoy. Es lo mismo, sólo que la prisa va en aumento y la han contagiado al mundo.

En el hotel de Nueva Orleáns trata de conciliar el sueño; imposible, "me tuvieron despierto los campanillazos incesantes de los *tramways*. La civilización, como el crimen de Macbeth, ha matado el sueño [...] la civilización ha inventado ruidos nuevos o ha hecho nuevas combinaciones de ruidos viejos; por eso me aparece en mis sueños como una joven *yankee* coronada de estrellas eléctricas, con unas inmensas alas de algodón fenicado y dos frasquillos mágicos en las manos, uno de bromuro de potasio y otro de cloral" (*OC*, VI, 37).

Vender, comprar. Todo en Estados Unidos parece estar destinado a esta actividad. Desde el tren pueden verse "tinglados de hierro, que parecen nacidos de la torre Eiffel"; además estorban el paso del transeúnte. Estaban destinados a los tranvías eléctricos y los han

convertido en marcos para anuncios: “¿Hay algo en estados Unidos que no sirve para anuncios?”.

Cincuenta años antes, Manuel Payno hizo reflexiones similares. Refiriéndose a Nueva Orleáns escribe:

> Lo que llama la atención es el furor de tantos letreros; todas las paredes están escritas de arriba abajo, y las palabras *groceries* (abarrotes), *hardware* (loza y ferretería), *fancy goods* (géneros de gusto y fantasía) están repetidos en todos los caracteres de letra posible y en todos los tamaños. No satisfechos con poner letreros, han apelado para llamar la atención al medio de exponer muestras gigantescas en las puertas de las tiendas o colgadas de la azotea o ventanas...[2]

En el trayecto de Atlanta a Carolina, observa Justo Sierra:

> En los bosques, en los campos, en las ciudades, florece el “anuncio”, la flor postrera de la naturaleza americana, profanándolo todo con sus enormes carteles abigarrados y sus letras hechas para ser leídas a seis leguas de distancia... ¿Será éste el objeto último de la actividad de este gran pueblo? ¿Inventar anuncios, poner anuncios, propagar anuncios? Eso parece: las ciudades, que son aglomeraciones de palomares, ¿tienen otro objeto que mostrar anuncios en las ventanas, en los tejados, en las chimeneas? (*OC*, VI, 51).

Y, diríamos nosotros, desde nuestro presente, ¿cuál sería su comentario si viera las ciudades mexicanas de hoy?

Tiffany aparece como icono de su tiempo; podemos imaginar lo que verían ahí los ojos de Sierra, en pleno auge del *art nouveau*. No se perdonaría, nos dice, “el no haber expresado mi admiración por el gusto y el esplendor de estos salones de la casa Tiffany y por sus admirables talleres de cristalería y esmalte”. Lo que más le gustó fue “la colección de floreros formados cada uno de un cáliz inmenso de cristal de colores indefinibles con visos mágicos y que, en las salas americanas, se ponen sobre el piso y se coronan de crisantemos y de peonías, y los vasos de formas extrañas como las flores asiáticas y de reflejos metálicos” (*OC*, VI, 79).

Sin embargo, aunque todo lo admira, considera que hay que visitarla, como lo hace él, sin dinero, aunque eso “no les gustaría a los amables jefes de la casa”; pero así “lo ve uno todo y lo saborea todo sin la angustia y el tormento de tener que elegir objetos por valor de mil pesos cuando cómodamente pueden escogerse con valor de cien mil” (*OC*, VI, 79). Todo puede ser tentación; ése es el propósito.

Al salir “un doble río de plumas, sedas y armiños”, “una multitud semienloquecida por el aspecto de los artículos de lujo”, caminar entre ellas “es un impagable espectáculo, es un codeo voluptuoso con la civilización vestida con el arlequinesco traje de la moda y sacudiendo sus cascabeles de oro, ebria de lujo y de placer” (*OC*, VI, 80).

Nueva York

Esta ciudad entusiasma a Sierra. “Lo que más admiré en Nueva York fue primero Nueva York; no me habría cansado de verla un año entero, siempre encontraba algo nuevo, y si no algo bello, sí siempre interesante”. “Brooklyn, con la gracia del encaje metálico en la onda espléndida que traza esta hamaca de cuatro cables de acero kilométricos, que, partiendo de otras curvas amplísimas sobre tierra firme, atraviesan las cornisas superiores de las pilas y sostiene el puente a cuarenta metros de altura sobre el agua!”

Nueva York con sus calles cuadriculadas, con sus edificios altos (les dice rascanubes, traduciendo *skyscraper*, pues apenas se empezaba a construirlos). Los elevadores que se convierten en un sistema nervioso dentro de los edificios. Y el otoño. Los colores del otoño que pintan las copas de los árboles. Y los atardeceres a veces en púrpuras, como el de regreso a Nueva York desde la isla donde está la estatua de la Libertad. El sol que languidece, apenas tibio.

Describe la presencia de personas de todas las nacionalidades en Nueva York. Hace un recorrido por los teatros: chinos, irlandeses, alemanes, un mundo de gente que se reúne ahí. Los hispanomericanos que se reúnen en su propio club los sábados: cubanos, mexicanos, argentinos. El logro, considera, es que se ha conseguido crear, en ese conglomerado de personas venidas de todas partes, una patria. Así ocurre cuando solidariamente todos concurren a auxiliar a Chicago, y frente a la adversidad del incendio, crecidos ante el castigo, construyen ¡60 000! edificios en 30 años, 2 000 por año. Se dice fácil.

En pañales de papel

Con gran lucidez, reflexiona frente al edificio que alberga el *New York Herald*, acerca de lo que el periodismo será para el mundo del futuro.

> El periódico escribe que ha sido matador del libro [...], que va haciendo de la literatura un reportazgo, que convierte la poesía en el análisis de orina de un poeta, que remplaza *Las noches* de Musset con un detalle secreto de la alcoba de Jorge Sand, que ha hecho de la elocuencia un telegrama; que disuelve y homeopatiza todo sentimiento [...] Que ha dado al valor el aspecto de una empresa teatral y a la guerra el de una corrida de toros; que ha sentado a la humanidad entera en un circo romano desmedido (*OC*, VI, 75).

Como una premonición, considera que en el siglo XX “un mundo va a ser esclavo del otro”; y aquí, escribe, “veo al amo en pañales de papel”. Y pensar que entonces no se conocía la televisión…

Un cuadro naturalista: el rastro de Chicago. La “muerte industrial” de miles de reses, puercos, carneros, cuyas carnes, vísceras, pieles, pezuñas se aprovechan en algo, asquean a Sierra, que con vigoroso estilo describe las reses que encajonándose solas, reciben sendos golpes secos en el testuz y ruedan fulminadas por un plano inclinado de donde, atadas

rapidísimamente por las patas traseras, son enganchadas y levantadas a la altura de las varillas y allí quedan suspendidas, convulsas aún y con el hocico embadurnado de mucosidad y sangre: "cien o doscientas reses son sacrificadas [...] con un solo movimiento de estos artistas la yugulación se verifica, y mientras corre la sangre a negros borbotones de la enorme herida, las reses son empujadas a otra sección en donde, casi exangües, se las despoja de las vísceras en un santiamén, luego son despellejadas por otro regimiento feroz y rojo".

Le asombra cómo el pueblo *yankee* lo aprovecha todo: "de la sangre se obtiene una substancia con que se hacen objetos semejantes a los de goma laca; con los vellos de las pieles se hacen pinceles; y las pieles, la materia córnea y las pezuñas van a Japón". Muerte deshumanizada, "higiénica", ejecutada con indiferencia. Allí mismo ve cómo se elabora mantequilla con aceite animal; se trata de margarina y un poco de crema. "De la colicuación de estas grasas resulta la mantequilla que comen las tres cuartas partes de los *yankees* y que están comenzando a hacernos comer a nosotros. Es infame; cuando al calor de la boca se liquida, se siente que es aceite; es una iniquidad. Yo decía para mi coleto: con su pan se lo coman, y juré no volver a comer mantequilla en los Estados Unidos, y lo cumplí" (*OC*, VI, 171-172).

Las margarinas, el inicio de la comida artificial, los sucedáneos. ¡Qué pensaría Sierra si viera lo que comemos hoy los mexicanos por influencia de los *yankees*! En general, desde su primera impresión al llegar a esta ciudad, la ve como

> una inmensa víscera, en una formidable entraña de uno de los tres o cuatro cuerpos que en el orden económico componen la Unión; Chicago no es un cerebro, ni un corazón, es un estómago o cosa así; turbio, frío, incoloro, compuesto de masas de construcciones toscas, sin la menor intención estética, pero grandísimas, pero deformes, aquella ciudad que tiene dos tercios de siglo de edad, me hizo el efecto de una Nueva York descascarada de todo estilo, de toda hermosura, de todo color y originalidad (*OC*, VI, 165).

El Capitolio

Paseando en Washington cerca del Capitolio, Justo Sierra resume su posición respecto de los Estados Unidos después de varias semanas en aquel país. Admira al pueblo "cuyo centro de gravedad es el Capitolio", le abruma, le impacienta y a veces le irrita su grandeza, pero no es "de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados, con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante" (*OC*, VI, 119).

Con la vivencia de la manera en que nos fue arrancada la mitad de nuestro territorio aún fresca, el historiador dice pertenecer a un "pueblo débil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo". Al igual que su patria desea tener "ante los estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros

destinos". Y concluye: "Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más para ver mejor" (*OC*, VI, 117). Lección de dignidad que tanta falta hace en los tiempos que corren.

Reflexiones sobre cuba

Una reunión en el casino club Colón Cervantes con un grupo de hispanoamericanos lo lleva a reflexionar acerca de cuba, amenazada desde entonces por los *yankees*. La actitud de los Estados Unidos de querer la independencia de Cuba de España no es generosa; esconde los mismos intereses que hoy. "Los móviles humanitarios sobre que se frasea tanto en discursos y artículos, son una soberana añagaza [...] lo que hay aquí es una formidable codicia." Veía con claridad que para la Casa Blanca, cuba era "un gran *business*" y que el gobierno tenía "la firme decisión de facilitar, con la libertad, la americanización de la isla; este es el pensamiento, apenas disimulado" (*OC*, VI, 107). Ayer como hoy, añadiríamos. Con esa misma lucidez, prefigura en otro momento, el futuro político de Irlanda.

La mujer

Varias veces a lo largo del texto, don Justo reflexiona acerca de la situación de la mujer en la tierra *yankee*. Su sorpresa, por ejemplo, al encontrar en el tren, camino a Nueva Orleáns, a una joven "elegante, bonita, seria, bloqueada en su asiento por un gran plato de uvas heladas, una canasta de panecillos y un montón de periódicos". Le asombra la naturalidad con que esta señorita pasa la noche sola "entre los hombres del *sleeping car*".

Otras imágenes irán completando este primer encuentro. La mujer que trabaja en los grandes almacenes, la que como maestra está presente en las escuelas, desde el jardín de niños hasta la secundaria o *high school*. Mujeres que aman el lujo y el consumo e inundan las calles de Nueva York enfundadas en pieles, víctimas propicias de ese motor de la sociedad naciente de aquel país: el consumo, la oferta, que se convierte en tentación casi insoportable. Otras se prostituyen en los barrios bajos de Chicago y se hermanan así con las muchas que llegan de diversos países.

Unas "*misses* van que vuelan para pintoras" y copian "acá y acullá algunos cuadros, paisajes generalmente modernos, bastante mal, en honor a la verdad". Hay otras que andan en bicicleta o juegan tenis, y otras más que se entusiasman con los boxeadores y "en esta edad del músculo [...] quieren ser hombres sin dejar de ser mujeres; mas como eso no puede ser, conseguirán ser hombres. ¿Y los hombres qué haremos?" (*OC*, VI, 95).

La educación

Este tema es una preocupación constante para Justo Sierra. Él mismo escribe en una carta a su esposa, Luz Mayora: "Cuanto atañe a la educación pública me interesa y me afecta profundamente, pero me impacienta al mismo tiempo. Mientras más medito en ello, más clara veo la necesidad ingente de consagrarse a este asunto con devoción inmensa, con afán constante, casi con angustia." No extraña entonces que, durante su viaje a los Estados Unidos, se interese por conocer las escuelas y el estado de la educación en general.

En México se repite, escribe, que "el pueblo americano es un pueblo esencialmente práctico, queremos decir que los *yankees* desprecian todo cuanto es teoría y ciencia pura o encumbrada filosofía". Considera que se comete un error. Ya había en 1900, año de su segundo viaje, universidades en distintos estados y se estaban configurando las de Chicago y San Francisco, "cuyos egresos, recalca, superarán a cuanto gasta nuestro gobierno en la Instrucción Pública".

Esos centros de enseñanza superior "son laboratorios tan admirablemente dotados de instrumentos del progreso intelectual, que estos diablos de hombres que lo ambicionan todo y todo lo logran, conseguirán en el siglo futuro, el centro de gravedad de la elaboración de la teoría". Muy cerca estaba don Justo de la verdad. Un país que piensa en su futuro debe considerar la educación como prioridad. Por eso finaliza su reflexión exclamando: "¡cuándo tendremos nosotros, no ya una Universidad de chicago, sino una escuela superior, una sola!" (*OC*, VI, 173). Desde 1881 estará clamando como diputado porque exista una. En 1910 vería colmada su gran ilusión: fundar la Universidad Nacional.

No sólo se interesa por este estadio de la educación. También le preocupa la escuela elemental. Escribe: "Lo que es para mí tentación suprema, es ver las escuelas." Es por ello que deja plasmada su imagen de una de ellas, cercana a Central Park. Le llama la atención el edificio acondicionado con lo necesario para cualquier contingencia, especialmente un incendio de los que amenazan de manera constante a las poblaciones del país vecino. Las aulas están bien equipadas, "cada alumno tiene su silla, con un brazo movible a la derecha pues es también mesa y atril".

Y confiesa: "Todo esto me daba envidia. ¡Figúrense mis lectores que en la gran escuela (?) en que yo sirvo como profesor y donde se han gastado considerable número de millares de pesos en los últimos años, son contadas las clases en que los alumnos pueden estar bien sentados, y no hay una en que puedan tomar notas, como no sea sobre sus rodillas!" (*OC*, VI, 84). Le parece mentira y, sin embargo, ésta es una realidad en muchas escuelas rurales de México cien años después.

La mujer reina y triunfa en la enseñanza "como en la sociedad entera". "Dirección y profesorado aquí son femeninos; las mujeres obtienen diez veces más que los hombres, en cuanto a aplicación y disciplina." Hay mujeres en la educación primaria y en la secundaria;

también en el jardín de niños “esa deliciosa institución froebeliana por la que tiene pasión aquí y que entre nosotros apenas ha podido prosperar, por la viejísima preocupación del alfabeto y los palotes” (*OC*, VI, 83). Años más tarde, desde la Secretaría de Instrucción Pública, Sierra fortalecerá este estadio educativo y enviará a preparase a Estados Unidos a varias profesoras como Estefanía Castañeda o Rosaura Zapata, que serán los pilares de la educación preescolar en México.

La inmensidad del Cosmos

Frente al puritanismo *yankee*, Sierra prefiere, con espíritu romántico y desde luego desde su propia formación y cultura, al catolicismo, aunque su laicismo es evidente, lo que no significa que no tenga un profundo sentido religioso. Así lo muestra un hermoso pasaje de las últimas páginas de su libro de viajes. El tren queda anclado en la noche, en el desierto mexicano. Echa a andar por la vía con uno de los conductores y ambos se dejan ganar por el silencio; “la verdad es que daba miedo interrumpir el de la inmensidad”. Se sientan sobre unos troncos medio carbonizados y ahí percibe cómo su yo “descansaba en la invisible punta de aguja del átomo y parecía que iba a absorberse en el Todo. Y el campo que la conciencia abandonaba, lo ocupaba no sé qué fuerza o qué energía esparcida en el cosmos; sentía eso que se llama la naturaleza, la vida universal, compuesta de indefinido número de muertes parciales, se enseñoreaba de mí”. Instante supremo roto por “el torbellino de las impresiones y de las ideas”. Y es que la mente, la imaginación es “la loca de la casa” (*OC*, VI, 190-191).

Fin de viaje

Cierra Justo Sierra su viaje por tierra *yankee* con varias reflexiones. ¿Qué le queda después de este recorrido? “Me queda una especie de zumbido de oídos en el espíritu; una especie de visión apocalíptica, una serie de fragmentos de una espiral de fierro, cuyas vueltas ocúltanse en las brumas del horizonte y cuyos extremos se pierden, arriba en la irradiación del cielo, y abajo en la noche del infierno [...] Por esos fragmentos de tramos corre la gente sin cesar, *go ahead, go ahead*” (*OC*, VI, 192).

Su representación del pueblo *yankee* de nuevo premonitoria: “lo pintaría en forma de púgil, listo para romper los huesos”. Un cuerpo de boxeador “admirablemente desarrollado: cuello, brazos, piernas, torso y dorso, protuberantes músculos duros, se amontonan bajo la turgencia de la piel blanca, enrojecida por las duchas frías y dorada por el sol”. Su cabeza está desarrollada por la voluntad; su rostro, “armado de ojos duros y de mandíbulas de fierro

por el apetito insaciado. La vida mental y la alimentación *à outrance* enfermarán el estómago de este atleta, lo harán neurasténico y vendrán terribles desequilibrios". La viva imagen de los actuales *transformers*.

Va más allá. En cuanto a la democracia, ésta "aspira a la gloria militar y caerá en el cesarismo"; se trata de "una democracia ficticia que está dominada por la plutocracia de cuatro mil millonarios, que la tiene a sus pies y de quien, sumisa o rabiosa, es esclava". Esta plutocracia busca "conjurar el odio de cincuenta millones de pobres, dándoles la limosna de los hospitales, de los asilos y de maravillosos institutos de instrucción pública, que pondrán armas terribles en manos de sus adversarios". A las mujeres de ese pueblo las ve "deseando ser hombres para luchar también por la vida, es decir, por el lujo y el *comfort*, y corriendo al través del matrimonio y del divorcio, como en una *steeplechase*, para conseguir una felicidad sin reposo, sin hogar, sin alma".

Al cruzar la frontera había tenido una sensación extraña: "venía yo del país de la libertad y me parecía que la recobraba al salir de él; la enorme actividad, la obra enorme del pueblo de que me separaban cincuenta metros ya en aquel instante, me había hecho en el espíritu el efecto que diez arrobas de acero sobre el pecho". Es por ello que en su recuento de experiencias considera que su viaje le permitió adquirir una convicción, "que la libertad es un aire respirable", respirable como el de México.

Se despide entonces de "la tierra de lo repentino, de lo colosal, de lo estupendo; que nació ayer y creció en una hora", regresa a la tierra "de las horribles chozas de adobe, de las casas bajas, 'banales' y sin *comfort*, a la tierra de las personas lentas, negligentes, anémicas; de la temperatura enervante y dulce, del cielo tramado de luz". Y declara que esa tierra a donde va le gusta más. Considera que esos pueblos "pequeños e inactivos" a los que pertenece "se han apropiado un lote mejor en la batalla de la vida; a hormiguear indefinidamente en torno a las migajas, hemos preferido cantar al sol como las cigarras de la fábula" (*OC*, VI, 193). Una reflexión final deja plasmada al pensar en el reencuentro con sus seres queridos: "Sólo el amor es cierto, con su divina certeza de un minuto".

En la Europa latina

Tal como explica José Luis Martínez en su prólogo al tomo vi de las *Obras completas* que recoge sus apuntes de viaje, con el título de "en la Europa latina" se recogieron los artículos de Justo Sierra que aparecieron en *El mundo ilustrado* entre abril de 1901 y julio de 1903. El conjunto se divide en tres partes; la primera inicia con dos crónicas francesas, continúa con cuatro artículos que integran las "Notas catalanas" y finaliza con "Días de Roma", grupo que, en palabras del prologuista, consiste en "diez magistrales estampas". Faltarían entonces sus impresiones acerca de Madrid y París. Sin embargo, a través de las cartas que dirige a su

esposa, Luz Mayora, se pueden reconstruir al menos la breve estancia en Nueva York antes de tomar el barco y algunos apuntes acerca del viaje por mar.

El viaje se llevó a cabo en 1900, cinco años después de su primer viaje a los Estados Unidos. En aquel año se ratificó su nombramiento como magistrado de la Suprema Corte y fue designado jefe de la delegación mexicana ante el Congreso Social y Económico Hispanoamericano que se realizó en Madrid. También llevaba la representación de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Sabemos, gracias a la investigación de José Luis Martínez, que en Madrid tuvo gran éxito con su discurso de apertura del congreso, y que un discurso posterior, *Lección de historia mexicana*, fue calificado por la prensa de esa ciudad como "obra maestra de elocuencia, franqueza, de buen juicio y patriotismos". También fue muy buen acogido el estudio que realizó para respaldar la propuesta de que el Paseo de los Recoletos cambiara su nombre por el de Emilio Castelar. Pero don Justo no se refiere a su estancia en la capital española.

Inicia con unas "Cartas a Urbina", que abren con la imagen de Niza el 30 de diciembre, la penúltima mañana del siglo. La evoca seca "glacial, muy dolorosa a los pies y las manos y espléndida y pura". El sol apenas se esbozaba, "el aliento helado de los Alpes no lo dejaba entibiar siquiera, la, sin retórica, azul atmósfera". Pudieron ver "la playa de plata y zafiro, decorada [...] de palacios y villas"; también los "arroyos de agua limpia, en cuyas orillas alineaban las lavanderas sus sayas de colores, remangadas sobre las desnudas pantorrillas, y las casas apiñadas de la Niza añeja, que alargaban en busca de luz sus cabezas salpicadas de ventanilla verdeviejo, y cubiertas con sendos sombreros de alegres tejas de Marsella" (*OC*, VI, 197). No faltan en el paisaje, tal como ocurre en nuestro tiempo, el grupo de "regocijados estudiantes japoneses, armados de sendas *kodaks*".

Después, la visita al panteón para rendir homenaje a León Gambetta que reposaba bajo una "modesta lápida de obrero". Aquí se detiene para hacer una semblanza de este admirado luchador social y, a manera de *flash back*, evocar el momento en que tropezó con un discurso suyo al revisar los diarios franceses. Ese discurso lo entusiasmó, "me enloquecía de contento", escribe, "y tuve la convicción de que iba a abrir hondísimo surco en el advenimiento de la Francia nueva". Es por eso que Sierra integró a Gambetta bajo la letra G como personaje de *El ángel del porvenir*, novela que escribía por esos días (*OC*, VI, 201-203).

De París sabemos que maldecía su clima a pesar de que estuvo ahí en plena primavera.

> ¡Aquella lluvia, encajonada entre escaparates de cristal empañados de vaho, entre muros de un gris más triste que una poesía de Balart; aquellas calles en que los cocheros reinan en medio de un perpetuo salpicamiento de lodo: aquel lodo gelatinoso que parece hecho con una solución de suelas de los zapatos de todo un pueblo; y aquellos edificios negruzcos (la magdalena color de alcarraza, la Ópera como si se hubiese difundido por toda ella la mancha del grupo de la danza de Carpeaux; y aquel cielo! Pero ¿esta esponja de agua se llama cielo? (*OC*, VI, 210).

Será en París donde escuche, en una sesión solemne que reseñará puntualmente, al químico Marcellin Berthelot (1827-1907); vendrá después el escritor y crítico Jules Lemaître (1853-1914), quien hizo el elogio del científico en un solemne y "bellísimo discurso". Y hasta aquí París.

En Barcelona, Sierra se sintió a su gusto. "Si tuviese que escoger una ciudad para vivir en Europa —escribe— me fijaría primero en Florencia, luego en Bruselas, en Sevilla, quizás, en Barcelona de seguro." La considera una ciudad con "sello". La Rambla, el paseo de Colón, Montjuic son antídoto contra el *spleen*, así como es grata la compañía del editor Santiago Ballescá.

De noche, un paseo por la ciudad vieja, que tiene, desde su punto de vista "un triste, inefable encanto". Se encuentra ahí

> lejos de las multitudes bulliciosas, las callejas oscuras, torcidas, silenciosas, ilustradas por vejeces admirables: aquí un portón con primorosamente forjados aldabones que quisiera uno robarse; allá unas vetustas ventanas del siglo XV en fachadas mudas, que [...] con los violentos contrastes de la luz implacablemente blanca de los focos eléctricos y las sombras duras, múltiples, producidas por los ángulos salientes y entrantes de aquellos vericuetos, me sugerían la ilusión de un viaje por una aguafuerte de Rembrandt (*OC*, VI, 221).

La catedral le produce una fuerte impresión que despierta ese peculiar espíritu religioso, ese sentido de la trascendencia y lo sagrado que debate con la razón y el conocimiento científico, y en el que está presente la honda sensibilidad de don Justo. Es la religiosidad que se expresará claramente, ya muy cerca de la muerte, en la carta que le dirige a su hija María de Jesús desde el santuario de Lourdes. Volvamos a la catedral. En el interior, los visitantes cesaron de charlar:

> nos parecía que aquella tiniebla estaba formada de átomos, de plegarias, de lágrimas, de dolores; aquello no hablaba de esperanza, ni de redención, ni de gloria; aquello era una mano helada que nos apretaba la garganta. ¿estamos por algo en este mundo? ¿Vamos hacia algo? ¿Es un torbellino de átomos este que nos arrebata, que formó el acaso y se disolverá en la nada? O nuestra conciencia es el reflejo de otra conciencia y obedecemos, sin saberlo, una orden… (*OC*, VI, 224).

Él mismo explica su condición:

> Yo reharía mi viaje a Europa, escribe, de santuario en santuario, de cartuja en cartuja, porque siento hondamente que todo eso forma bien el cauce que mejor conviene a mi temperamento, a mis anhelos, a mis tristezas; intelectualmente soy un nuevo, voy a la fábrica, al taller, al laboratorio, al teatro, al ferrocarril, serpeando entre el hielo eterno y el eterno mar; sentimentalmente soy un viejo, un viejísimo, soy mi tatarabuelo, todo lo pasado despierta ecos y vibraciones misteriosas en mí, y en esa muerte me siento vivir" (*OC*, VI, 241).

No sorprende su comparación entre la catedral de Barcelona y la de San Patricio en Nueva York: "aquel gótico, si no flameante, sí flamante; aquel gótico de mármol blanco; aquella iglesia sola, blanca, de filigrana de plata, sobre su tapiz espeso de terciopelo verde, y ésta

fría, oxidada por el tiempo, sobria, casi sin adornos, vieja, grande, está brotando de un sentimiento; aquella, de una caja fuerte…" (*OC*, VI, 226). Éste será el ánimo que lo acompañe en su viaje a Europa. Lejos queda la prisa, el ir y venir, el asombro y el rechazo frente a los estados Unidos, ese país pujante pero sin alma. Aquí lo invaden otras reflexiones más acordes con su sensibilidad; se deja envolver por el peso de la historia de un mundo del que se siente culturalmente más cerca.

Barcelona, sin embargo, va a la modernidad desde la tradición. Gaudí está construyendo en ese momento La Sacra Familia con fondos obtenidos por suscripción pública. Este gran arquitecto, considera, "es una maravilla de nuestro siglo; es un vástago de los compañeros y maestros masones que construyeron las catedrales góticas, es, en nuestra época, un exótico, viene de otro planeta, viene de la luna, del astro blanco de los ideales muertos". La casa de Güell, a la que asistió como invitado, le parece asimismo interesante; esta obra, también de Gaudí, "por fuera es simplemente extraña, por dentro es una paradoja feliz y resulta grandiosa y cómoda".

El paisaje catalán lo enamora, pero es Monserrat la que le arranca unas hermosas páginas. La iglesia estaba cubierta, el día de su visita, por un conjunto de nubes que durante el ascenso "nos envolvía y nos lamía; entre aquel mar fluido percibíamos grandes contornos indecisos de rocas, claroscuros gigantescos, tonos de vegetación esfumada en la niebla, sombras fugaces de pinos rígidos y esbeltos como flechas góticas; aquello era fantástico, impreciso, irreal, submarino" (*OC*, VI, 243). En las faldas del Tibidabo exclama: "¡Qué bien se estaba allí, qué olores en la vegetación, qué rocas pintorescas, qué buen aire tónico, casi tibio, y qué buenas gentes! Desde ahí pueden verse lo mismo chalets veraniegos que casa señoriales o pueblecillo blancos; fábricas e iglesias". El clero, "España, la católica España, su España, se le escapa de las manos, y quiere tenerla asida por el alma. Es muy grave esto; no sé que haya problema más grave en España, el político y el económico me parecen subproblemas al lado de éste y del problema social" (*OC*, VI, 229).

Percibe en las charlas de sobremesa la situación de Cataluña. Su hostilidad hacia el gobierno central, su regionalismo en el que ve una tendencia al federalismo: "si el partido republicano fuera todo federalista en España [...] mañana se alzaría en masa por la república" (*OC*, VI, 222). También percibe la fuerza del partido obrero en contra de la burguesía, y Madrid aprovechando la disidencia "entre los mercaderes e industriales catalanes y los antiguos payeses que desde la Edad Media acentuaron con la sangre y el incendio sus protestas contra los señores de los castillos feudales". Nada se le escapa; es siempre lúcido.

No lo abandona el interés por la educación. Visita la Universidad, que puede ver a su gusto; "los claustros, las clases, los laboratorios y gabinetes [...] Visité la biblioteca, vi rarísimos libros; en los archivos de la biblioteca hojeé códigos que son tesoros en el Paraninfo de la Universidad; nada igual hay en España". Ahí se encontrará con Odón de Buen, joven profesor "rebosando de inteligencia y localidad, de renombre en la ciencia española, y

radical y republicano hasta la médula" (*OC*, VI, 234). Se hacen buenos amigos.

Lo mismo ocurrirá con el pintor Santiago Rusiñol, a quien vista en Cau Ferrat, su casa, en el pueblo medieval de Sitjes, a la orilla del mar. Un verdadero museo. Como en otras muchas ocasiones a lo largo de sus viajes, Sierra recuerda con deleite la comida, a la que era tan afecto. "en torno a la fuente que regaba un poco la mesa y un mucho las plantas que la rodeaban, teniendo por cortina del gran vitral la seda joyante del mediterráneo, almorzamos opíparamente, servidos por una fresca y guapa muchacha, especimen puro de la aldeana de Cataluña, todo color de manzana en el rostro, grana en los labios, sombra dorada en los ojos; fuerte, pero esbelta y reidora, y por su marido, que le hacía parangón por lo fuerte y por lo sano" (*OC*, VI, 258).

Se despide no sin tristeza del escritor y pintor catalán: "¡adiós, mi querido gran poeta, indeciso entre el pincel y la pluma...! Los hombres como vos son necesarios; parece que vivís en lo pasado, en lo muerto, y no, lo pasado redivive en vuestra alma; y no sabéis decir cómo, pero sí podéis balbucir y murmurar vuestro infinito anhelo, vuestra eterna balada a esa luna que refleja la luz invisible de un ideal" (*OC*, VI, 259). Con el adiós a Rusiñol, decimos también adiós a Cataluña.

En Roma, Justo Sierra se sumerge en la historia. Imposible para un hombre como él no asociar lo que ve con lo que como historiador sabe. Ahí se muestra como nunca ese "tic" que describe como inocente e inofensivo y que "es lo único que ha sacado en limpio de veinte años de profesor de historia". Consiste en su interés por las ruinas más que por los edificios viejos, y por éstos, más que por los edificios nuevos; "en realidad no me gusta de veras sino lo que tiene historia" (*OC*, VI, 245).

Así le ocurre en San Pedro, que describe desde el punto de vista arquitectónico entre menciones que muestran su conocimiento de historia y de arte renacentista. También reflexiona acerca del sensualismo de la religión del Renacimiento, que impulsó

> esta sublime obra en la que el arte pagano amasado con la levadura de la idea católica, se levantó en esa ámpula asombrosa de la cúpula sentada sobre estos cuatro pilares del Bramante que parecen cada uno una catedral, engendrando así un arte nuevo, para servir de relicario a todas las idolatrías, para sentar en su trono, en su cátedra, a esta Afrodita que sirve de tema a las reflexiones estúpidamente pornográficas de los guías (*OC*, VI, 279).

Un San Pedro que es necesario ver

> llenando su función, sirviendo de albergue a la Iglesia católica, a la asamblea de los fieles, y de marco apoteótico al vicario de cristo. Tres o cuatro millares de peregrinos gritando sus cánticos religiosos bajo las naves en todos los idiomas, agitando sus banderas de todos los colores, postrándose en todas las adoraciones, encrespándose y calmándose rítmicamente como un nuevo Mar Rojo surcado por una procesión sin fin de centelleantes albardas, de mitras coruscantes, de tisúes de oro, de sedas, de púrpuras, de encajes (*OC*, VI, 287).

Vendrá después la descripción de la Capilla Sixtina. Al salir de la "capilla arcangélica"

pesaba sobre su cerebro

> una humanidad entera, materia prima y última de la bóveda. Era una Babel de cuerpos humanos que sentía yo materialmente pesar sobre el alma (¿puede decirse esto?), derrumbarse en ella como aquella gente que llovía del cielo al infierno de Alighieri. Más hay un modo de serenarse, de aligerar la carga de pena que a todos aquellos dioses y hombres tristes y aquellas mujeres dolorosas dejan en el espíritu: tornar a ver la cabeza de Jonás divinamente escorzada en la misteriosa sombra, o ver reflejarse en la tersa superficie del espejo a Iahvéh, el Dios animador, comunicando al primer padre la electricidad vital que le circula por las venas y lo hace pensar ya y lo prepara a amar (*OC*, VI, 298).

Su visita al papa, las descripciones del capitolio y el Palatino; el coliseo y las catacumbas. José Luis Martínez considera que sus páginas sobre Roma "son las más luminosas y magistrales de su obra literaria…" Y también, diríamos, son menos íntimas. No ocurre así con su narración de la visita a Adelaida Ristori. Esta actriz había dejado en México un recuerdo imborrable del que dan cuenta escritores de la época como Ignacio Manuel Altamirano, por quien tuvo gran afecto. Ella, a su vez, conservaba en la memoria sus éxitos y sus amistades mexicanas.

Su descripción vívida del asesinato del rey Humberto en 1900 los conmueve a él y a su querido amigo Gustavo Esteva. Yo estaba inmóvil, escribe Sierra, "había visto en aquel momento, la última gran escena de la última gran trágica; porque fue ella la postrera encarnación de la tragedia clásica, porque otras, otras geniales han humanizado la tragedia, la han bajado del templo, la han metido entre nosotros, la han hecho más dolorosa: ella es la única, la última que le conservaba su sello divino, su carácter augusto" (*OC*, VI, 268). En el aire flota la nostalgia.

BIBLIOGRAFÍA

Payno, Manuel, *Obras completas I. Crónicas de viaje*, Boris Rosen (comp., presentación y notas); Blanca estela Treviño (pról.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, México, 1996.

Sierra, Justo, *Obras completas III. Crítica y artículos literarios*, José Luis Martínez (ed. y notas), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977.

_____, *Obras completas VI. Viajes*, José Luis Martínez (ed., notas e índices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977.

[1] En adelante, las referencias bibliográficas de las obras de Justo Sierra se harán indicando sólo la abreviatura *OC* y los números de tomo y página.

[2] "Fragmentos de viaje", en *Crónicas de viaje*, pp. 177-178, *Obras completas*, t. 1, Conaculta, 1996.

JUSTO SIERRA ENSAYISTA

HERNÁN LARA ZAVALA

El ensayo es uno de los géneros más antiguos y prestigiosos, y nos remonta inevitablemente a las figuras emblemáticas de Séneca y Plutarco, así como a las de Michel de Montaigne y Francis Bacon, pero es también uno de los más difíciles y menos socorridos entre nuestros escritores. La poesía y el cuento se nos dan de manera casi espontánea a los latinoamericanos; la novela, joven aún entre nosotros, tiene ya magníficos oficiantes, pero el ensayo, entendido como ejercicio literario, tiene todavía pocos exponentes realmente notables.

¿En qué consiste un buen ensayo literario, género dentro del que yo incluiría la crónica de viajes, la crítica de libros y de autores, la estampa, la diatriba y el ensayo conversacional sobre temas en apariencia intrascendentes? El ensayista inglés Charles Lamb[1] comentaba en una de sus deliciosas piezas que si la narrativa trata sobre las fluctuaciones de la fortuna y sobre la evolución de incidentes en una historia ficticia, el ensayo es el género ideal para que un autor exprese sus opiniones y humores de pasada y con un giro de divertimento o ironía de tal modo que refleje las singularidades de su personalidad. Esto significa que en un ensayo prevalece fundamentalmente la voz del autor, aunque sea ficticio, como era el caso de Elia, en quien Lamb se escudaba para expresar sus divertidas y sabias opiniones sobre asuntos mundanos pero no por ello carentes de profundidad. La voz del buen ensayista no perdura tanto por los argumentos o los temas elegidos, que por supuesto importan, sino sobre todo por el tono del escritor, por su gusto literario, por la cadencia de su prosa, por la construcción y arquitectura de su composición, por la originalidad del pensamiento y sobre todo, como ha afirmado Susan Sontag,[2] por el tipo de energía que logra transmitirle al lector, que en los mejores casos llega incluso a cambiar su percepción del mundo. El ensayista ideal debe poseer naturalidad, poder de persuasión, autoridad, agudeza y más sabiduría y perspicacia que estrictamente erudición. “Mi propia mente es como un reino para mí”, escribió William Hazlitt, otro gran practicante del ensayo en el siglo XIX. Así, ante las premisas aquí esbozadas me pregunto, ¿cómo abordamos hoy en día los ensayos de Justo Sierra?

Releyendo los *Cuentos románticos* y *Las conversaciones del domingo* encuentro a don Justo inferior en talento narrativo a su padre, Justo Sierra O’Reilly, cuyos relatos, crónicas, leyendas y novelas muestran un estilo más desparpajado, dinámico y espontáneo, con mayor sentido del suspenso, y resultan mucho más convincentes, amenas y verosímiles que los dulzones cuentos de su hijo. Claro que, como lo ha comentado José Luis Martínez,[3] la poesía y la prosa narrativa de Sierra fueron sobre todo “ejercicios predilectos de la juventud”. Sin embargo, su espectacular debut como orador se dio a los dieciséis años, cuando leyó su

disertación sobre “el matrimonio” en la Academia de Derecho Natural del Colegio Nacional de San Ildefonso, todavía en calidad de alumno. Y en cuanto a su poesía nos queda el testimonio de Juan de Dios Peza, que reconoció con estas palabras, publicadas en *El imparcial*, el talento poético de Sierra: “estaba Justo en la plenitud auroral de la vida; tendría unos dieciséis o diecisiete años, y recitó con ardorosa entonación una oda [...] Una ovación espontánea, ruidosa, fraternal e inolvidable saludó al poeta que por primera vez hablaba en público; y desde aquella noche su nombre corrió de boca en boca; se le designaba para representar al colegio en los días grandes de la patria.”[4]

Justo Sierra es, qué duda cabe, lo que antes se llamaba un “hombre de letras” y que ahora algunos denominan “grafólogo”. Practicó, es cierto, todos los géneros literarios, aunque, como también afirma José Luis Martínez, “La historia y la educación fueron las graves preocupaciones del maestro ya formado. El periodismo político y la prosa literaria, en cambio, nacieron con el escritor y lo acompañaron, sin abandonarlo nunca del todo, hasta sus últimos días”.[5] Mi impresión es que el género ideal de don Justo era la oratoria, con ese dejo de solemnidad, erudición y prosopopeya que caracteriza sus mejores piezas, con esa augusta retórica enciclopédica tan del gusto de los positivistas y cientificistas intelectuales de finales del siglo XIX. Pero también es cierto que en la prosa literaria Justo Sierra brilla con luz propia: se desempeñaba bien en la crítica literaria y en los estudios donde disertaba sobre sus autores favoritos, pues la elección de temas y de escritores se convierte en espejo fiel del pensamiento y del gusto de un ensayista, así como en las semblanzas y las crónicas de viaje.

Sus ensayos más ambiciosos, aunque no necesariamente los más logrados, son los que dedica a sus autores más admirados, como lo son Victor Hugo, Jorge Isaacs, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera e Ignacio Manuel Altamirano. En este tipo de ensayo Sierra hace alarde del estilo sentencioso y contundente que tan bien les viene a los prosistas cuando aciertan en sus observaciones, como es el caso de Sierra al referirse a Rubén Darío, y dice: “No hay grandes poetas: hay poetas, astros de luz propia y hay los otros, los de luz reflejada; somos los más, somos los planetas; Rubén tiene luz en sí mismo.”[6] O como afirma de Gutiérrez Nájera: “En su prosa, comentario perpetuo de su alma lírica y amorosa, puesto como un bordado de hadas sobre la trama de los acontecimientos mundanos que su deber de cronista le obligaba a narrar, fue en donde nuestro Manuel formó su estilo, creó su personalidad literaria y llegó a la plena conciencia de su fuerza y de su arte”.[7] O cuando, en ese mismo ensayo, hace la distinción entre la influencia que ejerce sobre la lengua la poesía en relación con la prosa: “los poetas, con su vocabulario reducido y sus artificios retóricos, influyen en la dirección general del alma poética de una sociedad, se reflejan en el estilo de los poetas coetáneos suyos; pero no acrisolan el idioma; ésa es obra de los prosistas”.[8]

Sólo que en ocasiones la prosa de Sierra cae en los excesos románticos y “modernistas” en los que abundan el color azul, los celajes, nácares, mantos y tisúes para tratar de infundirle un hálito lírico a su escritura, práctica muy común entre los poetas que mengua la potencia de su

pensamiento: “aquel joven escritor era realmente un príncipe del país azul de la fantasía, un mago que pintaba en abanicos de encaje y seda figuras y paisajes deliciosos, rodeados de infinito y de ensueño”.[9] Igual que al hablar de la prosa de Darío donde escribe: “Ah, lo bello es abrir a la estrofa su dorada jaula clásica, dejarla volar y perderse en el horizonte y hacerla volver al reclamo.”[10]

En su ensayo sobre Victor Hugo, Sierra hace un enorme despliegue de erudición nombrando autores y sucesos y aludiendo a múltiples facetas culturales que dejan clara su admiración sin límites por el poeta francés con el que tanto se identificara, recorriendo con gran soltura los aspectos biográficos y la formación literaria del poeta y narrador; sin embargo, en mi opinión, este ensayo no logra calar sino a medias en los méritos de uno de los mayores representantes del romanticismo francés. Sierra lo alaba, sí, admira la enorme libertad de su alma romántica, pero dice poco sobre dónde radicaba realmente el genio de Victor Hugo, así como sobre su contribución a la literatura universal. En su elogio lo compara con Shakespeare y se aproxima a esclarecer, mediante comparación, cuál es el mayor mérito de las sensibilidades de ambos, aunque, para mi gusto, lo hace en términos demasiado generales:

> El autor de *macbeth* y el autor de *Hernani* son idénticos en esta gran cualidad del genio: lo ilimitado. Nadie ha alcanzado como ellos a sorprender en los misterios del corazón humano, no sé qué fondo eterno de tragedia y de pasión que nunca se agota para ellos, y que por todos los poros de su obra se revela súbitamente iluminando por fulgores sobrehumanos, y brotando en raudales hirvientes de sus cerebros, esos crisoles en donde hasta el barro se convierte en oro.[11]

Muy distintas y mucho más espontáneas, fieles y sabrosas son sus observaciones personales sobre su maestro Ignacio Manuel Altamirano, por ejemplo, a quien dedica una emotiva carta que se leyó en el Liceo Mexicano en ausencia de Sierra por causas de salud y en la que evoca:

> No cumplía catorce años cuando por primera vez vi a Altamirano en la tribuna de la Cámara. Mediaba el año de 61, y, ¡oh!, fortuna singular, pronunciaba su discurso *pro corona*, digo, contra la ley de amnistía. La pequeña estatura agigantada por el ademán y el acento; la altivez de la frente bajo la negra melena lacia; el crispamiento irónico de la gran boca “suriana”; la inaudita expresión de odio, desprecio, de soberbia que se condensaba en relámpagos en la mirada y en sonoridades vibrantes, calientes, extrañas en la voz, sin llegar al grito jamás, y, sobre todo, la palabra, la imagen, la idea, todo mesurado en medio de la pasión desbordante, todo artístico, correcto, rítmico, todo eso lo vi, lo oí, lo sentí por instinto; ahora me doy cuenta de ello, pero no lo olvido; semejantes espectáculos no se olvidan jamás.[12]

Algo similar sucede en su ensayo sobre Rafael de Zayas, de quien traza el siguiente perfil: “Es el huracán hecho hombre. Entre un sombrero gris, a quien ha comunicado no sé qué sello de espontánea inmodestia, y unos zapatos que llevarían bien el talón rojo, se encuentra bien comprimido, como por una presión de doscientas cincuenta atmósferas, ese delicioso tipo de la más franca y noble naturaleza de bohemio que haya trepado jamás a la Mesa Central”.[13] es aquí donde realmente encontramos al ojo certero, al prosista desenfadado, al dibujante exacto,

irónico y bien intencionado que sabe captar en unas cuantas frases la personalidad y el aspecto de un personaje tan excéntrico y tan dotado como fuera de Zayas.

De “pensamiento ondulante y diverso” es como clasifica Antonio caso la obra de Sierra y no deja de recalcar la ironía y escepticismo de muchos de sus escritos. En este sentido es importante analizar su prosa cuando lo atacan y Sierra responde con humor, ironía y elegancia, como en la respuesta que le ofrece a un tal don Tirso R. De córdoba, quien en un libelo criticó adversamente su poesía de juventud:

> Al leer las elocuentes frases en que usted señala con devota emoción a las jóvenes generaciones de los seminarios y escuelas del país, el abismo poético a donde el vicio literario arrastraría a los incautos que quisieran seguir mis huellas, me he sentido conmovido no sé si de placer o de pena. Ver convertidos esos inocentes versos míos, cometidos a los veinte años, en la negra vorágine del crimen endecasílabo, es cosa que hiere mi corazón y halaga mi vanidad… Así es que el deseo de entrar con usted en una polémica, es por todo extremo ajeno a mi ánimo; primero porque no soy tan tonto como usted se figura, y no quiero caer en el atolladero de ponerme a defender mis producciones, cosa propia solamente de mentecatos; y segundo porque del lado de usted estarían todas las ventajas, puesto que usted me conoce a fondo como coplero, a lo que parece, y yo no tengo el honor de saber a quién dirijo esta despergeñada epístola.[14]

O cuando explica en su texto “La velada de Sodzil”, leída en Yucatán frente a Porfirio Díaz, las paradojas a las que se tiene que enfrentar un escritor cuando lee frente al público: “Siguiendo el ejemplo de mis compañeros seré muy breve. Todos los literatos decimos esto cuando nos proponemos obligar a nuestras víctimas a soportar el sacrificio de oír una lucubración de sesenta horas de trabajo condensadas en una hora de lectura. ¿Qué más podemos hacer? ¿Qué menos? Ni más ni menos.”[15] Pues sucede que don Justo, a pesar de lo formal y oscuro de su vestimenta, de su “montañosa apariencia”, de su impresionante investidura y de su solemne retórica, poseía también un fino sentido del humor que se va revelando aquí y allá cuando uno lee sus piezas breves y sus cartas, como me parece que aquí se ha podido constatar.

Por último desearía aludir a sus crónicas de viaje que, como Sierra dice al hablar de Darío, nos permiten “no viajar con el poeta sino viajar dentro de las impresiones del poeta”.[16] Ésta es una de sus vetas más ricas y tiene que ver con la influencia que ejerció su padre, que fue asimismo un consumado cronista. Permítaseme citar unas cuantas líneas de uno de sus ensayos en contra de una novela ubicada en Yucatán en la que alude a sus experiencias infantiles cuando visitó las ruinas de Uxmal:

> Guardaré toda la vida en mis recuerdos, la impresión de desolación y de tristeza infinitas que me causó el aspecto de Uxmal. Después de escudriñarlo todo con impaciencia febril, de observar largamente los relieves, de penetrar en los escondites de las ruinas, de palpar el estuco de algunas paredes, de arrancar algunas astillas del zapote de los dinteles, de trepar agarrándome de las matas a la casa del Adivino, de palpar las huellas de la mano roja, de buscar entre la vegetación seca y polvosa los bordes derruidos de las cisternas, subí a las terrazas del Palacio del Gobernador, recostéme en la yerba, y sin más compañía que un indio que tenía en un calabazo el agua que debía aplacar mi sed, estimulada por la brisa caliente de la sabana, dejé estallar a grandes sacudidas mi emoción inmensa [...] por todas partes piedras esculpidas que el tiempo ha ido arrancando de los edificios para tapizar la llanura. El tono dominante era un gris terroso y como calcinado. Un silencio sin límites; no se oía ni el ruido del viento en las matas; aquella naturaleza, aquellas ruinas, son el sarcófago de un pueblo entero;

si una raza se quisiera dar sepulcro escogería a Uxmal. Esto pasaba, en esto se resumía mi impresión.[17]

El ensayo es pues uno de los fuertes de la inmensa, copiosa, importante y variada obra de Justo Sierra. Me gustaría terminar con una cita de Agustín Yáñez que en su magnífica biografía inserta en el primer tomo de las *Obras completas* sobre nuestro autor, elabora el siguiente comentario en torno a la importancia literaria de Sierra:

> El crédito de Sierra es el más conocido fuera de México; pero aún en México se le conoce insuficientemente, casi antológicamente, lo cual origina versiones empeñadas, por ejemplo, en afirmar que se trata de un estilo invariablemente declamatorio, castelariano, solemne, oropelesco, cuando la verdad es que don Justo realiza la mutación, aun en la oratoria, de los gustos de la época ya por la originalidad en el hallazgo y juego de imágenes apartadas del manoseo en boga [...] Junto a esta forma lírica —es el calificativo adecuado, y no el de declamatoria— Sierra ofrece otras diversas y eficaces: la magra forma de sus razonamientos periodísticos y polémicos, la forma coloquial de sus crónicas y memorias, la esquemática y sustancial de sus apuntes, en los cuales una palabra, un adjetivo, construyen fisonomías, topografías y cuadros.[18]

Justo Sierra es, pues, como su padre, una de esas grandes figuras del siglo XIX mexicano de espíritu enciclopédico y renacentista; pertenece a esa estirpe de hombres de acción tan capaces de debatir en la tribuna como de escribir la historia y forjar las leyes del país, de crear una obra propia y personal, de tomar las armas o regir los designios de México tal como lo hicieron sus maestros, preceptores y contertulios: Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio y Guillermo Prieto. Como ellos, sus méritos rebasan lo meramente literario sin robarle un ápice a su extraordinaria condición de hombres de letras.

[1] *Essays of Elia*, "Mackery End in Herfordshire", Henry Frowde, Oxford University Press, 1909, p. 105.

[2] Introdución a *The Best American Essays of 1992*, Ticknor and Fields, Nueva York, p. xvii.

[3] Justo Sierra, *Obras completas III. Crítica y artículos literarios* (*OC*, III), Universidad Nacional Autónoma de México, p. 6.

[4] Justo Sierra, *Obras completas I. Poesías* (*OC*, I), "Estudio general, su vida, sus ideas y su obra" por Agustín Yáñez, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 39.

[5] *OC*, III, p. 6.

[6] Justo Sierra, *Prosas*, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario, p. 42.

[7] *Ibid*., p. 31.

[8] *Ibid*., p. 29.

[9] *Ibid*., p. 32.

[10] *Ibid*., p. 46.

[11] *OC*, III, p. 68.

[12] *OC*, III, p. 382.

[13] *OC*, III, p. 188.

[14] *OC*, III, p. 285.

[15] *OC*, III, p. 463.

[16] *Prosas*, p. 49.

[17] *OC*, III, p. 283.

[18] *OC*, I, 203.

CRONOLOGÍA*

* Preparada por Blanca Estela Treviño.

Año	Vida y obra de Justo Sierra	Contexto mexicano	Contexto mundial
1848	Nace el 26 de enero en Campeche. Es el tercer hijo del matrimonio del doctor en derecho, diplomático y escritor Justo Sierra O'Reilly y de Concepción Méndez Echazarreta.	Se firma el tratado Guadalupe Hidalgo, en el que México cede a los Estados Unidos Nuevo México, la Alta California y una porción de los estados de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas. Joaquín Herrera es electo por el Congreso para ocupar la presidencia.	En Italia y Alemania hay sublevaciones contra el gobierno. En Francia, el descontento popular provoca la abdicación del rey Luis Felipe y la proclamación de la II República, al mando de Luis Napoléon. Nace el pintor francés Gauguin y mueren el músico italiano Gaetano Donizetti y el escritor francés René de Chateubriand. Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*.
1849		Campeche regresa a la unidad nacional. Se vive la guerra de castas, iniciada desde 1847 cuando los indios de Yucatán comienzan el exterminio de blancos.	En Austria el emperador acepta la elaboración de una constitución. El movimiento de independencia en Italia termina con el establecimiento de un Triunvirato. Se da fin al conflicto del Piamonte con la ascensión de Víctor Manuel II. Kierkegaard, *La enfermedad mortal*.
1850		La ciudad de México es atacada por una epidemia de cólera morbo. Nace el escritor y político José López Portillo y Rojas y muere el eminente liberal José	Nace el físico francés Gay-Lussac. Wagner compone *Lohengrin*. Emerson, *Los hombres representativos*. Corot, *Danza de las ninfas*. Domingo Sarmiento,

		María Luis Mora. Lucas Alamán, *Historia de México.*	*Recuerdos de provincia*.
1851		En Guadalajara, el gobernador Jesús López Portillo se levanta en armas. Muere Andrés Quintana Roo.	Luis Napoleón disuelve la Asamblea Legislativa. Nace Verdi. Schopenhauer, *Parerga y paralipómena.* Herman Melville, *Moby Dick*. José Marmol, *Armonías*.
1852		Asume la presidencia el general Mariano Arista.	Se restable el imperio en Francia. En Nueva York se inaugura el primer tranvía. Nace Gaudí, el arquitecto autor de la Sagrada familia y muere el escritor Nicolás Gogol. Gautier, *Esmaltes y camafeos*. Stowe, *La cabaña del tío Tom.* Dumas, *La dama de las camelias.*
1853		El general Arista renuncia a la presidencia. Hay dos breves interinatos antes del regreso de Antonio López de Santa Anna, que vende el territorio de La Mesilla (100 000 km^2) en 10 millones de dólares y restablece la Compañía de Jesús. Nace Salvador Díaz Mirón y muere Lucas	Japón abre sus puertas a Occidente. Barsanti y Matteucci inventan el motor de explosión. Nacen Van Gogh y José Martí. Leconte de Lisle, *Poemas antiguos.*

		Alamán.	
1854	Ingresa a su primera escuela, el Colegio de San Miguel Estrada, mientras su abuelo, Santiago Méndez Ibarra, asumía el gobierno de Yucatán por segunda ocasión y su padre fundaba el bisemanario *La Unión Liberal*.	El coronel Florencio Villareal proclama el Plan de Ayutla el 1° de marzo, en el que desconoce a Santa Anna como jefe de la nación. Se inaugura la Escuela de Agricultura.	Japón inicia relaciones comerciales con América. Nace Rimbaud y muere Schelling.
1855		Tras el triunfo del Plan de Ayutla, Santa Anna deja la capital y se instituye el 4 de octubre el gobierno interino al mando de Juan Álvarez como presidente y Benito Juárez como ministro de Justicia. El 22 de noviembre se decreta la nueva ley de administración de justicia, mejor conocida como Ley Juárez, cuya disposición más importante fue la supresión del fuero civil y militar en los negocios civiles. Ignacio Comonfort sustituye al presidente Álvarez el 11 de diciembre.	Inicia la Guerra de Crimea. Muere Nicolás I de Rusia y sube al trono Alejandro II. Nace el sociólogo Durkheim y mueren el filósofo Kierkegaard y el poeta Gérard de Nerval. Spencer, *Principios de psicología*. Walt Whitman, *Leaves of grass*. José Mármol, *Amalia*.
1856	La familia Sierra Méndez se traslada a la ciudad de Mérida por los agravios de los inconformes con el gobierno del abuelo don Santiago. En esta	Se da inicio a las sesiones del Congreso Constituyente. El 28 de diciembre, José María Lafragua, ministro de Gobernación de Comonfort, decretó la	Rusia y Francia firman la paz. Da inicio la guerra anglopersa. Se realiza la Exposición Universal de París. Descubrimiento del hombre de Neanderthal.

	ciudad, Justo ingresa al Liceo Científico y Comercial, cuyos métodos educativos representaban una revolución en el sistema de educación estatal.	nueva ley de imprenta (Ley Lafragua). El 19 de diciembre se levanta un movimiento armado contra la Ley Juárez en Zacapoaxtla. El 20 de diciembre, un terrible huracán azota el puerto de Veracruz. Desaparece la Academia de Letrán. Nace Emilio Rabasa.	Nacen Menéndez y Pelayo, Oscar Wilde, Bernard Shaw y Freud. Mueren Heine y Schumann. Victor Hugo, *Las contemplaciones*.
1857		Entra en vigor la nueva Constitución; el mayor logro de los liberales. Comonfort es electo presidente constitucional y Juárez vicepresidente. Féliz Zuloaga elabora el Plan de Tacubaya el 17 de diciembre, el cual exigía el cese de la Constitución recién elaborada. José María Roa Bárcena, *La Quinta Modelo.*	Nace Suderman. Mueren Musset y Augusto Comte. Baudelaire, *Las flores del mal*. Flaubert, *Madame Bovary*.
1858	El padre de Justo elabora el Proyecto de Código Civil Mexicano por encargo del presidente Benito Juárez; sin embargo, debido a las diversas dificultades que atraviesa el gobierno juarista, el Código sólo fue adoptado en el estado de Veracruz.	El Plan de Tacubaya triunfa. Comonfort, temeroso, desconoce la Constitución. El 11 de enero, Zuloaga exige la destitución del presidente. Juárez toma el poder y traslada el gobierno a Guanajuato. Simultáneamente un gobierno conservador se instala en la ciudad y deroga el 28 de enero las Leyes de Reforma.	Entrevista de Plombières. Caryle, *Historia de Federico el grande.*

		Inicia la guerra entre liberales y conservadores: Guerra de Reforma. Juárez tiene que trasladarse a Veracruz. Nace Manuel José Othón. Juan Díaz Covarrubias, *La clase media* y *El diablo en México*.	
1859		Miramón intenta tomar Veracruz pero fracasa; después, al lado del general Leonardo Márquez comete el terrible fusilamiento de civiles en la toma de Tacubaya ("los mártires de Tacubaya"). En mayo recupera el mando, luego de tomar preso a Zuloaga. El 12 de julio, en Veracruz, Juárez decreta la nacionalización de bienes eclesiásticos. Nace Manuel Gutiérrez Nájera. Muere Juan Díaz Covarrubias. José María Roa Bárcena, *Poesías*.	Se pronuncia la segunda Guerra de Independencia italiana. Kirchoff y Bunsen descubren el análisis espectral. Nacen los filósofos Husserl y Bergson. Estreno de la ópera *Fausto*, de Gounod. Marx, *Para una crítica de la economía política*. Darwin, *El origen de las especies*. Victor Hugo, *La leyenda de los siglos*.
1860		La victoria del general González Ortega sobre los conservadores encabezados por Miramón pone fin a la Guerra de Reforma el 22 de diciembre.	En Italia, Giuseppe Garibaldi dirige la expedición de los camisas rojas o de los mil. Estalla la guerra en África. Lincoln es electo presidente en los Estados Unidos. Lippis

			inventa el torpedo. Nacen Mahler, Joan Maragall y Anton Chejov. Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia.* Dickens, *Grandes ilusiones*.
1861	Muere su padre, Justo Sierra O'Reilly, el 15 de enero. Su tío Luis Méndez Echazarreta ofrece ocuparse de su tutela en la ciudad de México. Justo sale rumbo a la capital el 18 de junio y el mismo año ingresa al Liceo Franco Mexicano.	Benito Juárez asume la presidencia y el 17 de julio suspende el pago de la deuda externa. Como consecuencia, los emperadores de Inglaterra, España y Francia se reúnen el 31 de octubre en La Convención de Londres, en la que se firma el acuerdo para iniciar la intervención militar en México.	Se proclama la independencia en Italia. En Rusia se declara la abolición de la esclavitud. En los Estados Unidos comienza la Guerra de Secesión. En Rusia se crea un principado. Nace Rabindranath Tagore. Herzen, *Pasado y pensamientos*. Dostoievski, *La casa de los muertos*.
1862		El 20 de febrero, Juárez aprueba los preliminares de La Soledad, en los que se establecen los puntos del interior que se permitiría ocupar a las tropas extranjeras mientras duraran las negociaciones. España e Inglaterra acuerdan el cese de la intervención, mientras que los franceses se rehúsan y avanzan a Puebla, donde son vencidos en la batalla del 5 de mayo por el general Ignacio	Bismarck es nombrado canciller en Prusia. En los Estados Unidos, Lincoln declara la emancipación de los esclavos. Hugo, *Los miserables*. Turguéniev, *Padres e hijos*. Spencer, *Primeros principios*.

		Zaragoza. El 11 de octubre se funda el Casino Español. Roa Bárcena, *Leyendas mexicanas* y *Cuentos y baladas del norte de Europa*.	
1863	Ingresa al Colegio de San Ildefonso, en donde estudia derecho. Esta etapa marcará definitivamente su posición política republicana liberal, ya que en el Colegio se propagaba abiertamente esta doctrina.	El ejército mexicano es derrotado y Juárez instala su gobierno en San Luis Potosí. El Imperio francés toma el poder y bajo el mando del mariscal Forey se nombra una Junta Superior de Gobierno. Ésta decide ofrecer la corona a Maximiliano.	Cambodia se convierte en protectorado francés. En Londres se inaugura el primer tren subterráneo. Es inventado el submarino por Brun y Bourgois. Manet pinta *Almuerzo en la hierba*. Tolstoi, *La guerra y la paz*.
1864		El 10 de abril Maximiliano firma los Tratados de Miramar, en donde especifica las condiciones bajo las cuales las tropas francesas permanecerán en suelo mexicano. El 28 de mayo llegan Maximiliano y Carlota a la capital y adoptan la corona imperial de México. Juárez mantiene su gobierno en Saltillo. Nace Federico Gamboa.	Se realiza la Primera Internacional. Pío IX escribe la encíclica *Quanta Cura,* que rechaza el liberalismo. Dinamarca cede a Prusia y Austria los territorios de Schleswing, Holstein y Lavenburgo con el fin de terminar la guerra. Francia e Italia firman el Convenio de Septiembre. Nace el escritor y filósofo español Miguel de Unamuno. La teoría de la luz y la electricidad es propuesta por James Clerk Maxwell.

			Spencer, *Principios de biología*. Jorge Isaacs, *Poesías*.
1865	Lee el 8 de agosto en la Academia de Derecho Natural del Colegio de San Ildefonso el que se reconoce como su primer texto prosístico, "Disertación sobre el matrimonio". De este mismo año data su primer poema.	Juárez se traslada a Chihuhua y anuncia la continuación de su gobernatura. Maximiliano decreta el 26 de febrero la libertad de cultos y la legitimidad de la desamortización y nacionalización de los bienes eclesiásticos. El decreto del 10 de abril crea el Consejo General de Beneficencia a cargo de la emperatriz Carlota, quien funda la Casa de Maternidad el 7 de junio. Luis G. Inclán, *Astucia*.	Estalla la guerra de Chile y Perú. Lincoln es asesinado y termina la Guerra de Secesión. Mendel descubre las leyes de la herencia. Wagner compone *Tristán e Isolda*. Nacen el poeta inglés Yeats y el músico finés Jean Sibelius. Muere el duque de Rivas. Goncourt, *Germine Lacerteux*.
1866		El gobierno norteamericano escribe al ministro francés Montholón el 12 de febrero, pidiéndole enérgicamente la salida del ejército francés. En marzo, las tropas francesas abandonan definitivamente el suelo mexicano, a pesar de los ruegos de Carlota a Napoleón III.	Guerra austroprusiana y tercera guerra de independencia italiana. Se lleva a cabo el Primer Congreso Internacional de Trabajadores en Ginebra. Nacen Benedetto Croce, H. G. Wells y Jacinto Benavente. De Sanctis, *Ensayos críticos*. Dostoievski, *Crimen y castigo*.Verlaine, *Poemas saturnianos*.
1867	Publica un poema en *El Globo*.	El 15 de mayo, el ejército republicano	Siemens desarrolla el dínamo. Alfred Nobel

		pone fin al sitio de la ciudad de Querétaro, al mando de Mariano Escobedo. El 21 de junio, Porfirio Díaz envía un telegrama a Benito Juárez donde le comunica la victoria del ejército liberal sobre el Imperio. Maximiliano es encarcelado junto con Miramón y Mejía. El 19 de junio son fusilados en el Cerro de las Campanas en Querétaro. El 15 de julio, Benito Juárez manifiesta el restablecimiento de la República. Fundación de la Escuela Nacional Preparatoria. Se decreta el 14 de febrero la creación de la escuela para sordomudos.	inventa la dinamita y Monier el cemento armado. Nacen el escritor español Blasco Ibañez, Pirandello y Rubén Darío. Muere Baudelaire. Johannes Brahms compone *Un réquiem alemán*. Marx, *El capital*. Turguéniev, *Humo.* Jorge Isaacs, *María*
1868	La lectura de su poema "El canto de las hadas" en la velada literaria del 20 de enero en la casa de Joaquín Alcalde marca su ingreso a la comunidad literaria. El poema es reseñado por Ignacio Manuel Altamirano en *El Siglo XIX* el 6 de febrero. A esta lectura seguirán las de sus poemas "Playera", "Dios" y "El genio" en distintas reuniones literarias, donde se daban cita	Algunos grupos inconformes con el gobierno de Juárez se levantan aisladamente en el país. Nacen Ángel de Campo y Luis G. Urbina. Vicente Riva Palacio, *Calvario y tabor.*	Muere Leopoldo O'Donnell Grant, presidente de los Estados Unidos. Se descubren restos del Cromagnon. Nacen Claudel y Máximo Gorki. Muere Paul Rossini. Henrik Ibsen, *Peer Gynt*.

	Vicente Riva Palacio, Ignacio Ramírez, Manuel Payno y Altamirano, entre otras de las más importantes personalidades de las letras mexicanas. Su reciente éxito le vale el encargo del folletín *Conversaciones del domingo*, que escribe del 5 de abril al 20 de septiembre en *El Monitor Republicano*.		
1869	En *El Renacimiento* publica la novela *El ángel del porvenir* con la técnica de folletín, por lo cual, al ser interrumpida la revista, la novela queda inconclusa.	Muchos conflictos de propiedad de tierras indígenas se vivieron, como el encabezado por Manuel Lozada, cacique de los indios coras.	En el Concilio del Vaticano se declara la infalibilidad del papa. Céspedes da el grito de independencia en Cuba. En España se organiza la Internacional. Apertura del Canal de Suez. En los Estados Unidos se inaugura el ferrocarril transcontinental. Mendeleiev elabora el sistema periódico de los elementos. Nace el filólogo español Ramón Menéndez Pidal.
1870	El 17 de marzo se estrena en el Teatro Principal *Piedad*, recibida con agrado por el público. Participa como redactor en tres publicaciones: *La Sociedad de Libres Pensadores*, *El Siglo*	Continúan las revueltas contra el gobierno juarista. Gabino Barreda, director de la Escuela Nacional Preparatoria, dirige una carta a Mariano Riva Palacio, gobernador del Estado de México, para	Francia declara la guerra a Prusia. Italia se anexa los estados pontificios. Se proclama la II República francesa. Amadeo I asciende al trono español. Prim es asesinado. El médico Martín

	XIX y *El Domingo*. En julio escribe a Juárez para agradecerle el indulto al general Miguel Negrete. En septiembre, en representación de la Sociedad de Libres Pensadores, escribe a Victor Hugo para comunicarle la inconformidad de México con la invasión alemana a Francia.	exponerle el plan de estudios de la escuela. Nacen Heriberto Frías y Amado Nervo. Altamirano, *Navidad en las montañas*. Pedro Castera, *Un viaje celeste*.	Charcot utiliza el método de hipnosis. Nacen Lenin y Alejandro Kuprin. Mueren Bécquer y Dumas. Rimbaud, *Primeros poemas*. Verlaine, *La bonne chanson*. Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*. De Sanctis, *Historia de la literatura italiana*.
1871	A pesar de una racha de ausentismo de las cátedras del Colegio y un franco desinterés en el último año de estudios, se gradúa, según anuncia *El Federalista*, el 26 de agosto "sustentando un brillante examen". El reciente abogado se involucra en los disturbios de la Ciudadela el 1° de octubre, en una nueva sublevación del general Negrete. Según cuenta Hammeken, Sierra le respondió al preguntarle a dónde iba: "Estoy fastidiado y voy a tomar lecciones de vértigo épico". Después de este episodio ingresa a la redacción de *El Federalista*, que tenía una franca tendencia política. En gran medida	Porfirio Díaz da a conocer el Plan de la Noria el mes de noviembre, en donde convoca a la sublevación contra el gobierno de Juárez. Nacen los poetas Enrique González Martínez y José Juan Tablada. Ignacio Manuel Altamirano, *Rimas*.	La organización popular en Francia consigue el gran movimiento de la Comuna de París, que provoca la huida de Napoleón III. Guillermo I, rey de Prusia, se proclama emperador. El tratado de Fráncfort pone fin a la guerra francoprusiana, en él se establece la cesión de la Alsacia y la Lorena y el pago de cinco millones de francos a Prusia. Meucci inventa el teléfono. Nacen Proust y Ernest Rutherford. Rimbaud, *El barco ebrio*. Esteban Echeverría, *El matadero*. Darwin, *El origen del hombre*.

	su participación en este diario contribuyó a que en diciembre alcanzara la curul de la Cámara.		
1872	La primera vez que toma la palabra en la Cámara, el 21 de abril, es calificada por los periódicos como decepcionante. Una congoja más grande sufrirá ese año con la muerte de su abuelo Santiago Méndez Ibarra, fallecido el 29 de octubre en la ciudad de México. Comienza a dar clases en el Conservatorio, forma parte de la comisión redactora del nuevo reglamento de teatros y finaliza ese año con tan gran disgusto de la abogacía que jura no volver a ejercerla.	Muere el presidente Benito Juárez el 18 de julio. Se llevan a cabo las elecciones para el periodo 1872-1876, en las que Sebastián Lerdo de Tejada resulta ganador. Se inaugura el Paseo de la Reforma.	Filipinas se rebela contra el dominio español. Nace el escritor español Pío Baroja. Muere Gautier. Nietzsche, *El origen de la tragedia*. Dostoievski, *Los demonios*. José Hernández, *Martín Fierro*. Ricardo Palma, primera serie de las *Tradiciones peruanas*. Rimbaud, *Una temporada en el infierno*.
1873	En octubre hace un viaje melancólico y espiritual a su ciudad natal. A su regreso a la capital se encuentra con la dolorosa noticia de la muerte de su amigo Manuel Acuña, al que despide junto con sus compañeros escritores en suntuoso funeral el 10 de diciembre. El día 19 del mismo mes es nombrado	El 25 de septiembre, Lerdo de Tejada decreta la incorporación de las Leyes de Reforma a la Constitución. Se inaugura el ferrocarril México-Veracruz. Nace Mariano Azuela.	Amadeo I, rey de España, abdica y se instaura la República española, sin embargo la paz no llega, pues comienza la segunda Guerra Carlista. Benito Pérez Galdós, *Trafalgar*, primero de los *Episodios nacionales*. Verne, *La vuelta al mundo en 80 días*.

	secretario interino de la Tercera Sala de la Suprema Corte de Justicia.		
1874	Aunque participó por un periodo muy corto en el periódico *La Tribuna* (1° de enero al 28 de febrero), marca la aparición de algunos aspectos que serán definitorios de su obra posterior. El 6 de agosto se une en matrimonio con Luz Mayora Carpio, nieta del poeta Manuel Carpio e hija del arquitecto Martín Mayora, constructor del Panteón Español. Justo la conoció en 1971, en su examen ante el ayuntamiento para obtener el título de normalista. Su inteligencia y vastísimos conocimientos impresionaron a la sociedad mexicana, especialmente a Justo.	Altamirano publica el artículo "La pintura histórica en México".	España vive la etapa más terrible de la Guerra Carlista. Remington inventa la máquina de escribir. Nacen Manuel Machado, Chesterton, Azorín y Leopoldo Lugones. Boutroux, *Contingencia de las leyes de la naturaleza.* Juan Valera, *Pepita Jiménez.*
1875	Sostiene una polémica discusión con Gabino Barreda en *El Federalista* por sus diferencias en relación con el positivismo.	Se funda la Academia Mexicana de la Lengua. Muere José María Lafragua.	Instauración de la III República francesa. Nacen Ravel, Antonio Machado, Rilke, Thomas Mann y José Santos Chocano. Bizet, *Carmen*. Mark Twain, *Tom Sawyer.*
1876	El 23 de marzo Sierra y	Al aproximarse las	En Italia, la izquierda

	algunos colegas se retiran de la redacción de *El Federalista* debido a la inconformidad con el apoyo que el diario prestaba a la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada. El 1° de agosto, el grupo que había renunciado funda *El Bien Público*, tribuna de la posición política opositora; su actividad es de gran importancia en el periodo electoral en que Lerdo se declara vencedor. Justo y otros inconformes con la reelección declaran ilegal la gobernatura de Lerdo y reconocen a José María Iglesias como presidente interino, por lo que se traslada a Querétaro a cargo del *Boletín Oficial del Gobierno Interino de los Estados Unidos Mexicanos*. Nace su primera hija, Luz.	elecciones, un gran ambiente de inconformidad se vive en el país, pues se rumora la reelección de Lerdo de Tejada. El grupo joven liberal desconoce el triunfo de Lerdo e instaura un gobierno constitucional al mando de José María Iglesias, presidente de la Cámara. A su vez, el 21 de marzo, Porfirio Díaz llama a la sublevación a través del Plan de Tuxtepec. El movimiento armado derrotará tanto al gobierno de Lerdo de Tejada como al de Iglesias.	sube al poder y en Bulgaria comienza la revolución. Wagner, *El anillo de los Nibelungos*. Nace Jack London y muere George Sand. Mallarmé, *La siesta del fauno*. Pérez Galdós, *Doña Perfecta*. Lombroso, *El hombre delincuente*.
1877	Tras el fracaso de la empresa política, regresa a México en enero. Ese año se sumirá en un periodo de meditación y reflexión hasta que sustituya a Altamirano en la cátedra de historia y cronología en la	El gobierno de Porfirio Díaz se legitima constitucionalmente. En abril, la huelga en la fábrica textilera Hércules provoca una serie de artículos polémicos en los diarios capitalinos.	Guerra entre Rusia y Turquía. Inglaterra coloniza la India. Revuelta de samuráis en Japón. Edison inventa el fonógrafo y el micrófono. Nace Hermann Hesse. Peirce, *El fijarse de la*

	Escuela Nacional Preparatoria, lo cual lo llena de orgullo.		*creencia*. Zola, *La taberna*. Gobineau, *El Renacimiento*.
1878	Como respuesta al nuevo panorama del país y después de un periodo de reajuste de sus ideas políticas y filosóficas, funda, al lado de su hermano Santiago y otros amigos, *La Libertad*, el 5 de enero. En mayo asume la dirección del periódico, por lo que solicita licencia ilimitada en la Corte para llevar a cabo la más madura de sus empresas periodísticas y literarias.		Se celebra el Congreso de Berlín. Humberto I es el nuevo rey de Italia. Muere Pío IX y lo sustituye León XIII. Bulgaria y Rumania logran su independencia. William Booth funda el Ejército de Salvación, con el fin de ayudar a los más pobres en el sistema capitalista. Edison construye la lámpara eléctrica. Engels, *Antidühring*. Peirce, *Cómo aclarar nuestras ideas*. Tolstoi, *Ana Karenina*.
1879	Varios redactores de *La Libertad* comienzan a mostrar inconformidad con las declaraciones de Sierra y otros colaboradores. Durante el periodo electoral funge como órgano crítico de la realidad nacional.		Resistencia cubana contra la dominación española. León XII es nombrado papa vitalicio. Werner von Siemens construye la primera locomotora eléctrica. Pasteur encuentra el principio de la vacunación. Wund funda el Instituto de psicología experimental. Nacen José Stalin, Gabriel Miró y Albert Einstein. Ardigo, *La moral de los positivistas*. Ibsen, *Casa de muñecas*. Dostoievski, *Los*

			hermanos Karamázov.
1880	Se termina la primera edición completa de *El compendio de historia de la Antigüedad*, criticado por el diario católico *La Voz de México,* acusándolo de anticientífico y anticatólico. La responsabilidad como director de *La Libertad* en el asesinato de su hermano lo hunde en una terrible crisis, pues el duelo del 27 de abril en el que muere Santiago a manos de Ireneo Paz tuvo como móvil un suelto firmado anónimo. Como consecuencia decide retirarse del periodismo. Vive un periodo de reclusión que termina con su designación como suplente por el primer distrito de Sinaloa en la Cámara de diputados. Su labor en la Cámara es prolífica y sus ideas aplaudidas. El 7 de octubre propone el proyecto de adición constitucional para declarar obligatoria la instrucción primaria, el 5 de noviembre presenta la iniciativa de ley para declarar el 2 de noviembre día de la conmemoración de los	Con Porfirio Díaz detrás se preparan las elecciones en las que Manuel González resulta vencedor. Muere el poeta José A. Cisneros.	Se pronuncia la guerra en Cuba.

	mexicanos ilustres, al igual que la creación de un panteón nacional en donde se depositen los restos de los mexicanos ilustres. Nace su hija Concepción.		
1881	La amenaza de una nueva reforma a los planes de estudio de la Escuela Nacional Preparatoria lo lleva a juzgar necesaria una ley que garantice la autonomía de la enseñanza pública, por lo que presenta esa iniciativa al igual que el proyecto de ley constitutiva de la Universidad Nacional. Regresa al periodismo para exponer y debatir muchas de las propuestas hechas en la Cámara, por lo que son numerosas sus publicaciones en *El Federalista* y *La Libertad*. Obtiene logros en la Cámara, principalmente en lo referente a presupuesto para educación y arte. Escribe un ensayo sobre Miguel Servet publicado en *El Centinela* y *La Libertad*	Inauguración del ferrocarril México-Cuautla. Nace José Vasconcelos.	Los franceses conquistan Túnez. Alejandro II, zar de Rusia, muere en un atentado, por lo que asciende Alejandro III. Nacen Giovanni Papini, Juan Ramón Jiménez y Béla Bartók. Mueren Dostoievski y Carlyle. Nietzsche, *Aurora*. France, *El crimen de Silvestre Bonard*. Ibsen, *Los espectros*. Fogazzaro, *Malombra*.
1882	Publica todos los martes la sección *La Semana*	Fundación del Banco Nacional de México.	Inglaterra anexa El Cairo a su territorio. Se

	en *La Libertad*.	Vicente Riva Palacio, *Ceros*. Manuel M. Flores, *Pasionaria*.	conforma la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). Davison Rockefeller funda la Standard Oil Company. Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Nacen James Joyce, Roosevelt y Girardoux. Mueren Darwin y Garibaldi. Wagner compone *Parsifal* y Carducci *Nuevas ondas bárbaras*. Nietzsche, *La gaya ciencia*. Montalvo, *Siete tratados*.
1883	Continúa escribiendo para *La Libertad*. Entre otras, da a conocer sus propuestas para la instrucción primaria obligatoria en el Distrito Federal, la creación de la Escuela Normal y el ministerio científico del ramo de instrucción y la transformación de la Secretaría de Justicia en una Procuraduría.	El ministro de Fomento, Carlos Pacheco, promulga la Ley de deslinde y colonización de terrenos baldíos. Se pone en circulación la moneda de níquel. Nacen Antonio Caso y José Clemente Orozco. Se publica *Musa callejera*, de Guillermo Prieto y *Cuentos frágiles*, de Manuel Gutiérrez Nájera.	Fundación del partido marxista. Se realiza la expedición de Tonkín. En Chicago se construye el primer rascacielos. Maxim construye la ametralladora. Mueren Marx y Wagner. Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*. Maupassant, *Una vida*. Stevenson, *La isla del tesoro*. Balzac, *Eugenia Grandet*. Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*. Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*.
1884	Vuelve a ser designado representante propietario por Sinaloa y el presidente de la República lo nombra	Inicia el segundo periodo presidencial de Porfirio Díaz. Inauguración del ferrocarril México-Paso	En Inglaterra se elabora una reforma electoral. Mergenthaler construye el primer linotipo. Nacen Rómulo Gallegos

	director interino de la Escuela Preparatoria. Conoce a Luis G. Urbina, que será su más cercano discípulo. En noviembre defiende la necesidad de comenzar el pago de la deuda inglesa para mantener el crédito y no depender de los préstamos de los Estados Unidos. Esta posición le costó el rechazo de muchos compañeros y de la opinión pública que lo acusó de buscar el favor del presidente. El repudio sufrido en la Escuela Nacional Preparatoria lo obliga a renunciar a su cátedra, aunque ésta no es aceptada por el presidente.	del Norte. Los viejos compañeros de las "veladas literarias" y *El Renacimiento* forman la tertulia de la Botica Francesa: Justo Sierra, Manuel Peredo, Alfredo Chavero, Luis G. Ortiz, Antonio García Cubas, Julián Montiel, Juan de Dios Peza y Melesio Morales. Muere el poeta Francisco de Paula Guzmán.	y Jules Supervielle. Windelband, *Preludios*. Frege, *Los fundamentos de la aritmética*. Pereda, *Sotileza*. Leconte de Lisle, *Poemas trágicos*. Huysmans, *À rebours*.
1885	El 6 de enero *La Libertad* deja de publicarse. En el último número aparece una carta de Sierra dirigida al gobernador de Sinaloa, donde explica al electorado de Culiacán los motivos que tuvo para defender el convenio de la deuda inglesa y anuncia que se retira del periodismo. Esta vez sí lo hace definitivamente. Lejos de la vida pública, escribe *Elementos de*	El gobierno del general Díaz dicta la ley del 21 de junio, en la que se señalan las bases para la conversión de antiguos adeudos, con el fin de hacer más razonables los pagos de la deuda pública externa y poder solicitar nuevos emprésitos al exterior. Mueren Manuel M. Flores y Gabino Ortiz.	Conferencia colonial internacional de Berlín. Italia ocupa Massaua. Los franceses conquistan Tonkín. Creación del estado independiente del Congo belga. Expedicionarios rusos recorren Afganistán. Daimler y Benz fabrican el primer automóvil con motor de bencina. Nacen Jules Romains, D. H. Lawrence y Sinclair Lewis. Mueren Victor Hugo, Peter

	historia general para las escuelas primarias. El ayuntamiento de la ciudad de México lo premia por este trabajo.		Jacobsen y Ulysses S. Grant. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. Zola, *Germinal*. Maupassant, *Bel Ami*. Mark Twain, *Huckleberry Finn*.
1886	El 15 de diciembre pronuncia en la Escuela Nacional Preparatoria su discurso sobre la electricidad, en el cual se observa cómo transfiere la importancia de la ciencia a la historia.	Se firman tratados comerciales con Francia. Nace Diego Rivera.	María Cristina proclama la Regencia. En Madrid se funda *El socialista.* Birmania se anexa a la India. En Nueva York se erige la estatua de la libertad. Se inventa la Coca-Cola. Nace el filósofo García Morente y Alfonso XIII. Mueren Alfonso XII y Liszt. Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa.* Campoamor, *Humoradas*. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. Galdós, *Fortunata y Jacinta.*
1887	Participa los meses de noviembre y diciembre en la dictaminación y discusión del *Proyecto de ley que da bases para la organización de la enseñanza primaria obligatoria* de la Cámara de diputados, por lo que vuelve a los asuntos de la vida nacional.	Joaquín Barnada, secretario de Justicia e Instrucción Pública, inaugura el 5 de febrero la Escuela Normal de Profesores de la ciudad de México. Inglaterra presta al país diez millones y medio de libras esterlinas. Nace Martín Luis Guzmán. Emilio Rabasa, *La bola.*	Se concede el territorio de Pearl Harbor a los Estados Unidos. En París se construye la Torre Eiffel. Carducci compone *Nuevas rimas* y Verdi *Otelo.* Nace el endocrinólogo Gregorio Marañón. Renan, *Historia del pueblo de Israel*.

1888		Porfirio Díaz logra prolongar su estancia en el gobierno una vez más. Nacen Ramón López Velarde, Enrique Fernández Ledesma y Artemio de Valle Arizpe. Federico Gamboa, *Del natural*.	Se nombra emperador de Alemania a Guillermo II. En Brasil se dicta la abolición de la esclavitud. Enrique Hertz descubre las ondas electromagnéticas, en Alemania. Nacen T. S. Elliot, George Bernanos, Eugene O'Neil, Katherine Mansfield, Ramón Gómez de la Serna y Fernando Pessoa. Rubén Darío, *Azul*. Verlaine, *Sabiduría*. Nietzsche, *La voluntad de poder*.
1889	Dirige la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, cuyos colaboradores son Francisco Sosa, Manuel Gutiérrez Nájera, Jesús E. Valenzuela y Manuel Puga y Acal. Participa en la velada literaria que se organiza para despedir a Gutiérrez Nájera, al que dedica un hermoso homenaje. Publica una de sus obras más importantes; el ensayo *México social y político, apuntes para un libro* aparece en los primeros cinco números de la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*. Preside el Congreso de	Lord Cowdrey, ingeniero y capitalista inglés, obtiene el contrato para ejecutar los trabajos de desecación del valle de México. El gobernador de Jalisco, Ramón Corona, es asesinado el 11 de noviembre. Muere Ignacio Ramírez. Nacen Julio Torri y Alfonso Reyes.	La Internacional se realiza por segunda ocasión. Italia y Etiopía firman el Tratado de Uccialli. Exposición Universal de París. Isaac Peral prueba su submarino. Carducci compone las terceras *Odas bárbaras*. Mueren Taine y Robert Browning. Nace Adolf Hitler. Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. D'Annunzio, *El placer*. Bourget, *El discípulo*. Tolstoi, *La sonata a Kreutzer*.

	Instrucción Pública, en el que defiende la uniformidad de la obligatoriedad en la República, el laicismo y la supremacía de la educación sobre la mera instrucción.		
1890	El 23 de febrero muere su madre y con ella dice Sierra "una fe, una moral, todo eso y otras cosas que no sé decir..." Nuevamente preside el Congreso de Instrucción Pública, en esa ocasión propone en sus intervenciones: eliminar la exigencia del título profesional para ejercer la instrucción primaria, la necesidad de la educación superior, la inconformidad con la enseñanza del latín en la preparatoria y la reforma de los estudios jurídicos en sentido científico más que histórico.	La London Oil Company obtiene las primeras concesiones pretoleras por parte del gobierno de Porfirio Díaz. Francisco Sosa, *Las estatuas de la Reforma.*	Entra en vigor la primera constitución de Japón. En Inglaterra se funda el partido liberal. Invención de los neumáticos por Dunlop. Nacen Eisenhower y Boris Pasternak. Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*. Anatole France, *Thais*. Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*. James, *Principios de psicología*. Avenarius, *Crítica de la experiencia pura.*
1891	Publica el *Manual escolar de historia general*, que por mucho tiempo será el primer texto de acercamiento a la historia nacional de los estudiantes. El 5 de mayo pronuncia un discurso en homenaje a Zaragoza.	Se promulga la ley de enseñanza obligatoria del Distrito Federal.	Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII. Comienza la construcción del ferrocarril transiberiano. Otto Lilienthal vuela a bordo de un planeador. Mueren Herman Melville, Rimbaud y Alarcón. Nace Jean

			Cocteau. Walt Whitman, *Good by my fancy.*
1892	Participa en la Primera Convención Nacional Liberal. Redacta el manifiesto constitutivo "Puntos encaminados a la sistematización científica de la política mexicana", que en gran parte recoge lo que ya se había planteado en las publicaciones de *La Libertad*. El 12 de octubre pronuncia una pieza oratoria en la ceremonia del centenario del descubrimiento de América.	El 4 de junio, el ministro de Fomento, Manuel Fernández Leal dicta una ley que hace posible la plena propiedad privada sobre el subsuelo, con el fin de facilitar la entrada al país de empresas extranjeras que modernicen la minería. Al frente de la Secretaría de Hacienda, Matías Romero dirige una carta a los delegados de las fábricas del valle de México, en la que sostiene la tesis de que los males de la clase obrera escapan a la acción del Estado y que éste no debe proteger con aranceles a la industria. Se reúne el Congreso Obrero en la ciudad de México. Hay protestas de obreros y estudiantes contra la reelección de Díaz. Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*. Heriberto Frías, *Tomóchic*.	Formación de los partidos socialistas polaco e italiano. Se desarrolla el motor de diesel. Nacen César Vallejo, Pedro Salinas y Alfonsina Storni. Muere Renan. Maeterlinck, *Pélleas et Metlisande*. Hauptmann, *Los tejedores*. Última edición de *Hojas de hierba* de Whitman.
1893	Logra que algunos diputados firmen la iniciativa de reforma a	Para contribuir a la industrialización, el gobierno dicta la ley del	Protectorado de las islas de Hawai. Proceso Dreyfus. Bradley,

	los artículos 72, 92, 93, 96 y 120 con el propósito de establecer la inamovilidad del Poder Judicial. Además de pronunciar un discurso en la Cámara en el que defiende este punto y dice la famosa frase "el pueblo mexicano tiene hambre y sed de justicia", que le vale una gloriosa ovación de sus colegas.	3 de junio, que concede exenciones de impuestos a quienes emprendan industrias nuevas. Debido a los problemas que el país tenía con Inglaterra por los conflictos provocados en la frontera con Belice, se firma un tratado el 8 de julio con el fin de ponerles solución. Muere Ignacio Manuel Altamirano el 13 de febrero en San Remo, Italia.	*Apariencia y realidad*. Blondel, *La acción*. José María Heredia, *Los trofeos*. Verhaeren, *Los campos alucinados*. Verdi compone *Falstaff*. Mueren Zorrilla y Maupassant. Nace el pintor Joan Miró.
1894	Protesta como magistrado de la Suprema Corte de Justicia el 2 de octubre, lo que contradice su propuesta de la inamovilidad del Poder Judicial. *El Diario del Hogar* le pide comentar la pregunta "¿Quién es el padre de la patria: Hidalgo o Cortés?" Al final del año se despide para siempre de su amigo José Martí.	Manuel Fernández Leal, ministro de Fomento, reforma la ley de baldíos con el fin de resolver los problemas que causó la limitación a 2 500 hectáreas y la obligación de cultivarlos que se establecía en la reforma de 1883. Sale el primer número de la revista *Azul*. Ángel de Campo, *Cosas vistas*. Mueren Manuel Payno y José Tomás de Cuéllar.	Estalla la guerra entre China y Japón. Se realiza una expedición francesa a Madagascar. Campaña italiana contra Abisinia. Nicolás II es nombrado zar de Rusia. Nacen Maiakovski y Aldous Huxley. Mueren Stevenson y Walter Pater. Blasco Ibáñez, *Arroz y tartana*. López Silva, *Los barrios*.
1895	El 2 de enero reaparece en la tribuna con el objetivo de honrar la memoria del presidente Manuel de la Peña y Peña. En este discurso vuelve al tema de la		Guerra en Cuba. Madagascar es conquistada por los franceses. Röntgen descubre los rayos X. Lumière construye el cinematógrafo. Nace

	inamovilidad judicial. Escribe el prólogo a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera. Autoriza la reunión de sus cuentos en el libro *Cuentos románticos*. Los hombres más eminentes de México se reúnen en la asamblea nacional científica para reconocerlo. El 28 de septiembre hace su primer viaje a los Estados Unidos, sus cartas y apuntes son reelaborados en artículos para *El Mundo* y después reunidos en el libro *En tierra yankee*.		Juana de Ibarbourou. Muere José Martí. Azorín, *Anarquistas literarios*. Unamuno, *En torno al casticismo*. Fogazzaro, *Pequeño mundo antiguo*.
1896		El 1° de julio, José Yves Limantour decreta el tránsito de mercancías entre estados, libre de impuestos aduanales o alcabalas.	Inglaterra y Francia acuerdan la independencia de Siam. De igual forma Rusia y Japón lo hacen con Corea. Becquerel comprueba la radioactividad de las sales de uranio. Mueren Paul Verlaine y José Asunción Silva. Bergson, *Materia y memoria*.
1897	Pronuncia el 10 de enero un discurso en la distribución de premios del Colegio Militar.	*El Economista Mexicano* publica un artículo en el que critica la actuación meticulosa de los capitalistas mexicanos para promover nuevas empresas.	Revisión del proceso Dreyfrus. Grecia y Rusia inician la guerra. Marconi crea un telégrafo sin hilos. Muere Daudet. Lombroso, *Genio y degeneración*. Dewey,

		Nace Carlos Pellicer.	*Mi credo pedagógico*. Labriola, *Del materialismo histórico.* Unamuno, *Paz en la guerra*. Ganivet, *Idearium español*. Gide, *Los alimentos terrestres*. Barrés, *Los desarraigados*. Rostand, *Cyrano de Bergerac*.
1898	Con motivo de la invasión estadounidense a Cuba hace declaraciones sobre el peligro del imperialismo estadounidense. Publica el cuento "Barba azul" perteneciente a la serie de cuentos *Estampas viejas* y el libro *En tierra yankee.*	José López Portillo y Rojas, *La parcela*.	Guerra entre España y Estados Unidos por el territorio cubano. Filipinas declara su independencia. Los esposos Curie descubren el radio. Inauguración del Museo de Arte Moderno de Madrid. Muere Mallarmé. Nacen Federico García Lorca y Hemingway.
1899	Inicia la publicación semanaria *El exterior* en el diario *El Mundo.* Se pronuncia por una Cuba completamente libre. Publica el cuento "David", perteneciente a la serie *Estampas viejas* y una nueva versión de *Cuento de mar.* Dirige una carta a Porfirio Díaz con motivo de las próximas elecciones, en la que le manifiesta una sincera desaprobación hacia una reelección más;		Japón se declara estado soberano. Insurrección de Filipinas contra los Estados Unidos. Nace Noel Coward y muere Emilio Castelar. Maeztu, *Hacia la otra España*. Haeckel, *Los enigmas del mundo*. Chejov, *Tío Vania*. Hilbert, *Los fundamentos de la geometría.*

	dice Sierra “en la República mexicana no hay instituciones, hay un hombre”.		
1900	Realiza su segundo viaje a los Estados Unidos, esta vez en actitud más crítica que curiosa. Publica la *Evolución política del pueblo mexicano,* conformado por dos secciones de *México: su evolución social* (*La era actual* e *historia política*), una hazaña editorial del porfirismo, cuya dirección estuvo a cargo del mismo Justo Sierra. El 2 de octubre rinde protesta ante el Congreso, pues es designado nuevamente para ocupar la magistratura en la Suprema Corte. Pide licencia por seis meses para representar al país en el Congreso Social y Económico Hispanoamericano de Madrid. Parte el 3 de octubre, es la primera vez que viaja a Europa. Es designado primer presidente de honor del congreso y electo para hacer el discurso inaugural. El 25 de noviembre dicta en el Ateneo, a petición del presidente del Consejo	El coronel Ángel García Peña, jefe de la Comisión Científica de Sonora, envió el 26 de mayo una memoria al secretario de Guerra exponiéndole el problema de la rebelión yaqui y proponiéndole los medios para acabar con ella; entre éstos, la deportación, que se realizó durante los años posteriores, principalmente a Yucatán.	Las principales potencias realizan una expedición a Pekín. Acuerdo entre Francia e Italia sobre la Tripolitania. Humberto I es asesinado. Rebelión de los Boxers en China. Max Plank da a conocer la teoría de los cuantos. Se construye el dirigible de Zeppelin. Nacen Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal y J. Conrad. Mueren Oscar Wilde, Ruskin y el músico Isaac Albéniz. Rodó, *Ariel*. Husserl, *Investigaciónes Lógicas*. Freud, *La interpretación de los sueños*. Pío Baroja, *Vidas sombrías*. Unamuno, *Tres ensayos*. Tolstoi, *Resurrección*.

	de Ministros, una conferencia sobre la historia de México. Al término del congreso aprovecha para conocer las ciudades españolas y continuar su viaje por Europa.		
1901	Visita Italia y Francia. Escribe en París el prólogo a *Peregrinaciones* de Rubén Darío, quien lo acompaña en esa ciudad. El nombramiento de subsecretario de Instrucción interrumpe su viaje. El 8 de junio aparece publicado en el *Diario Oficial* el decreto que creaba la Subsecretaría de Instrucción y el 14 de junio toma posesión del cargo, con lo que inicia el periodo más fructífero del país en materia de educación. La primera de sus acciones es enviar la circular acompañada por las *Bases para la organización del profesorado*, el 20 de octubre.		Comienza el reinado de Eduardo VII de Inglaterra. Italia e Inglaterra realizan un convenio sobre el territorio de Abisinia. Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana*. Thomas Mann, *Los Buddenbrook*. Pío Baroja, *Silvestre Paradox*. Pérez Galdós, *Electra*. Kipling, *Kim*. Chejov, *Las tres hermanas*.
1902	Discurso de inauguración de las tareas del Consejo Superior de Educación, el 13 de septiembre		Los vascos y los catalanes buscan la separación de España. Los Estados Unidos compran la Sociedad

	(*Plan de la escuela mexicana)*. El 30 de agosto se expide la ley que instituye el Consejo Superior de Educación Pública. Por iniciativa de Justo Sierra se instauran los jardines de niños. Además tenía en mente decenas de proyectos: la enseñanza primaria para adultos, la instrucción primaria con carácter integral (moral, intelectual y física), fortalecer los estímulos y seguridad social para maestros, la enseñanza secundaria como educación para la vida, mejorar los sistemas para cada área de la formación profesional, fomentar el intercambio académico, la creación de un museo de historia natural y otro de antropología, así como comenzar el rescate arqueológico y formar escuelas de arqueología e historia, la creación de la Universidad Nacional con carácter autónomo, además de la creación del Instituto Nacional y la federalización de la enseñanza.		del Canal de Panamá. Finalización del ferrocarril transiberiano. Valle Inclán, *Sonata de otoño*. Baroja, *La busca*. Máximo Gorki, *Cuentos*. Croce, *Estética*. Poincaré, *La ciencia y la hipótesis*. Lenin, *¿Qué hacer?*
1903		Francisco Bulnes pronuncia el 21 de	Pío X es designado papa. Los hermanos

		junio, como delegado del estado de Morelos, un discurso en la Segunda Convención Nacional Liberal en el que justifica la candidatura para la sexta reelección de Porfirio Díaz. Federico Gamboa, *Santa*.	Wright realizan el primer vuelo. Rutherford descubre la radioactividad. Muere Núñez de Arce. Croce publica la revista *La Crítica*. Russell, *Los principios de la matemática*. Machado, *Soledades*. Gorki, *Los bajos fondos*. Veininger, *Sexo y carácter*. Reymond, *Los campesinos*.
1904	Segunda edición de su libro *Historia general*. Escribe *Juárez: su obra y su tiempo*, con el propósito de legar a la juventud un retrato moral del hombre que él admiraba y que por aquellos años había sido difamado en un libro de Francisco Bulnes.	Se celebra el Primer Congreso Agrícola en Tulancingo. Gómez de la Serna, *Entrando en fuego*.	Muere Isabel II. Inicia el conflicto bélico entre Rusia y Japón. Francia coloniza Marruecos. Japón invade Corea. Boveri descubre los cromosomas. Muere Antón Chejov.
1905	Ve realizada una más de sus propuestas al crearse el 18 de mayo la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Asume la Secretaría y aumenta el presupuesto para educación primaria. Se inicia una serie de proyectos con el fin de fomentar las artes.	Limantour realiza la reforma monetaria.	El rey de España sufre un atentado en París. Revueltas en Rusia que dan origen a la primera revolución. En Francia se separa la Iglesia del Estado. Einstein da a conocer la teoría de la relatividad restringida y el descubrimiento de los fotones. Picasso pinta *Los arlequines*. Darío, *Cantos de vida y*

			esperanza. Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*. Rilke, *Libro de las horas*. Lugones, *La guerra gaucha*. Pirandello, *El difunto Matías Pascal*.
1906		Huelgas de Cananea y Río Blanco. En los Estados Unidos se publica el pro- grama del Partido Liberal, realizado por Ricardo Flores Magón. Gran número de los principios en él establecidos son los que se precisan en la constitución de 1917. Limantour, al mando de la Secretaría de Hacienda, da a conocer ante el Congreso el 14 de diciembre el plan para impedir que los ferrocarriles fueran monopolizados por las empresas extranjeras.	Se realiza la Conferencia de Algeciras entre Francia y Alemania. Premio Nobel al fisiólogo Ramón y Cajal. Nernst enuncia el tercer principio de termodinámica. Mueren Alarcón, Pereda e Ibsen. Jung, *Estudios de asociación diagnóstica.*
1907	Después de redactar el anteproyecto de la nueva ley de instrucción pública, Justo Sierra la hace llegar a otras secretarías y a la Cámara. El 31 de diciembre dirige una carta a Limantour en la que le reclama el peligro de depender de los Estados Unidos sin	A mediados de noviembre, llega a México el periodista J. Creelman para entrevistar a Díaz. El periodista traía una carta de presentación del presidente estadounidense Roosevelt en la cual se expresaba el deseo de su gobierno de conocer	Conferencia de la paz en la Haya. En Noruega se concede el voto a la mujer. Lumière inventa la fotografía a color. Gorki, *La madre*. Bergson, *La evolución creadora*. W. James, *Pragmatismo.* Unamuno, *Poesía*. Benavente, *Los*

	el fortalecimiento de la educación. Se aprueba el plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria que tanto discutió Sierra en la Cámara.	el futuro del país.	*intereses creados*.
1908	Repite en la Cámara de Diputados el incesante discurso de la necesidad de una educación nacional para fortalecer al país ante el latente peligro del país vecino. El 15 de agosto se promulga la Ley de Instrucción Pública.	La entrevista Díaz-Creelman se publica el 4 de marzo en *El Imparcial* y se difunde a partir de este mes en la prensa de los Estados Unidos. Se crea Ferrocarriles Nacionales de México, el 28 de marzo. Francisco I. Madero escribe *La sucesión presidencial*, donde advierte el peligro de una nueva reelección de Díaz y propone un plan de transición que no ponga en peligro la paz social ni el progreso del país. Joaquín D. Casasús publica *Las reformas a la ley de instituciones de crédito*, en el que defiende la política bancaria del Porfiriato.	Bosnia y Herzegovina se anexan a Austria. Revolución de los "jóvenes turcos". Bulgaria se transforma en una monarquía independiente. Pío Baroja, *La dama errante*. Eucken, *Introducción a la filosofía del espíritu*. Croce, *Filosofía de la práctica*. Boutroux, *Ciencia y religión*. Menéndez Pidal, *El cantar del Mio Cid*.
1909		Andrés Molina Enríquez explica la relación entre la estructura social y la étnica en su libro *Los grandes problemas nacionales*.	En Bélgica toma la corona Alberto I. En España los grupos socialistas comienzan a manifestarse y a provocar disturbios. Peary llega al Polo Norte.

			Marinetti, *Manifiesto futurista.* Lugones, *Lunario sentimental.* Claudel, *Cinco grandes odas.* Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo.* Driesh, *Filosofía.*
1910	El 7 de abril se expide la ley que fija los fines, organización y métodos de la Escuela Nacional de Altos Estudios. El 13 de septiembre pronuncia el discurso inaugural del Primer Congreso Nacional de Educación Primaria. El 18 de septiembre se inaugura la Escuela Nacional de Altos Estudios y el 22 de septiembre la Universidad Nacional.	El 20 de agosto, *El Imparcial* publica el artículo "No vayáis a los Estados Unidos", en el que comenta el problema del éxodo de braceros mexicanos a los Estados Unidos. Al aproximarse las elecciones y la previsible reelección de Díaz, el descontento de los grupos opositores al régimen comienza a generalizarse. Del 15 al 17 de abril se lleva a cabo la Convención de Partidos Antireeleccionista y Nacional Democrático, en el que son electos Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez para las candidaturas a la presidencia y vicepresidencia. El 26 de abril los candidatos dan a conocer a los convencionistas su plan político Madero es apresado durante las elecciones, por lo que tiene que huir a Texas,	Jorge V es el nuevo rey de Inglaterra. Proclamación de la República en Portugal. Rilke, *Cuadernos de Malte Laurids Brigge.* Russell y Whitehead, *Principia Mathematica.* Simmel, *Problemas fundamentales de la filosofía.* W. Dilthey, *El mundo histórico.* Miró pinta *Las cerezas del cementerio* y Matisse pinta *La danza*.

		desde donde lanza el Plan de San Luis, el 5 de octubre. En él describe su plan político para derrocar a Díaz.	
1911	Deja la Secretaría de Instrucción Pública, vuelve a su cátedra de cronología e historia en la Escuela Nacional Preparatoria.	El 8 de abril Pascual Orozco y Francisco Villa atacan Ciudad Juárez, con lo que se da inicio a la lucha armada revolucionaria. El 21 de mayo Madero comunica en el Tratado de Ciudad Juárez el cese de los enfrentamientos entre las fuerzas federales y las revolucionarias, debido a que Porfirio Díaz ha aceptado abandonar el poder. Francisco León de la Barra adopta el cargo de presidente interino el 25 de mayo. El día 27 del mismo mes, Porfirio Díaz se embarca en el Ipiranga hacia Europa. El 7 de junio Madero hace su entrada triunfal la ciudad de México. Emiliano Zapata desconoce como jefe de la Revolución a Madero en el Plan de Ayala el 25 de noviembre.	Los jóvenes comunistas chinos hacen la revolución. Guerra entre Italia y Turquía. Estalla la huelga general en España. Rutherford propone su modelo del átomo. Kandinsky, Klee y Marc forman el grupo El jinete azul. Schönberg, *Tratado de armonía*.
1912	Se traslada a Europa con el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de	Una serie de sublevaciones al régimen de Madero siguieron a la de Zapata: Pascual Orozco el 25 de	Se acuerda el protectorado francés en Marruecos. En China se proclama la República. Primera guerra de los

	México en España. Muere el 13 de septiembre en Madrid.	marzo, Félix Díaz el 16 de octubre, la rebelión de la Ciudadela.	Balcanes. Se decreta en Italia el sufragio universal masculino.

ÍNDICE DE NOMBRES

About, Edmon: 244
Acuña, Manuel: 16, 23, 56, 60-61, 371, 378, 406
Agustín, san: 235, 331
Ahuizotl: 359
Alarcón, Juan Ruiz de: 270, 379
Aldana: 221
Alfaro, Guadalupe: 419
Alfonso X el Sabio: 193
Alighieri, Dante: 39, 96, 98, 100, 191-193, 197, 204, 265, 379, 436
Altamirano, Ignacio Manuel: 15, 20-24, 27, 37, 47-48, 54, 189, 218, 225, 248-252, 254, 291, 305, 335, 371, 382, 394, 416, 436, 441-442, 445
Álvarez, Francisco: 335
Anacreonte: 211
Anaya, María E.: 296
Aquino, Tomás de: 100, 193, 359
Aranda, conde de: 324
Arango: 268
Arceo de Konrad, Candelaria: 32, 401, 407, 410-411
Arco, Juana de: 105, 317, 386
Argenteau, Mercy de: 231
Argullol, Rafael: 408
Aristóteles: 209
Arizcorreta, Lauro: 380
Armagnac, Jacques de: 208
Arrom, José Juan: 403
Arteaga, Eduardo: 295
Aspasia: 287
Atila: 359
Aubigné, Théodore Agrippa de: 356
Augusto II: 234

Bacon, Francis: 439
Balart: 432
Ballescá, Santiago: 335, 432
Balzac, Honoré de: 39, 235, 243-244, 284
Banville, Theodore de: 280
Baranda, Joaquín: 420
Barreda, Gabino: 15, 23, 341, 343-347, 349
Barrett, Elizabeth: 222
Barros, Cristina: 16, 415
Baudelaire, Charles: 276
Baz, Maximiliano: 221, 256
Bazán y Caravantes, Agustín de: 37
Bécquer, Gustavo Adolfo: 263, 271, 275
Beethoven, Ludwig van: 285
Belaval, Pilar: 220
Berceo, Gonzalo de: 193, 280
Bergson, Henri: 364
Bernard, Claudio: 356
Berthelot, Marcellin: 432
Bjoernson: 355
Bonaparte, Napoleón: 200, 202, 216, 328, 399
Bossuet, Jacques-Bénigne: 285
Botticelli, Sandro: 285
Bourges, Albert Michel de: 236-237, 248
Bourget, Paul: 331
Branger: 202
Brunetière: 327
Buchanan: 306, 323
Buen, Odón de: 435
Bulnes, Francisco: 244
Byron, Lord: 202, 235, 247, 257

Caballero, Margarita: 296
Calasanz, José de: 85, 96, 100, 103-104
Calderón de la Barca, Pedro: 196, 221, 264, 306
Calonne: 232-233
Camões, Luis de: 196
Campo, Ángel de: 416

Campoamor, Ramón María: 271-272, 275, 280
Cano, Juan: 378
Canova: 286
Canovas del Castillo: 324
Carballo, Emmanuel: 32, 41, 386
Carlos III: 360
Carlos V: 213
Carlota: 309
Carpio: 268, 276
Carvajal: 306
Casas, Bartolomé de Las: 356
Caso, Antonio: 443
Castañeda y Nájera, F.: 378
Castañeda, Estefanía: 429
Castelar, Emilio: 271, 324, 355, 379, 431
Castillo, Apolinar: 255
Castorena, Adolfo: 298, 418
Castro, Casimiro: 416
Castro Leal, Antonio: 408
Cervantes Saavedra, Miguel de: 40, 195, 247, 264, 379
César: 191, 201, 207
Chateaubriand, François René: 38, 200, 243, 268, 291, 316
Chatrian, Alexandre: 244
Chénier, André: 232, 270
Cherbuliez, Victor: 240, 244-245
Chevalier, Paul: 173
Chopin, Federico: 236-237
Cicerón: 346
Cisneros: 221
Claudiano: 204
Cleopatra: 379
Colón, Cristóbal: 348, 379
Comillas, marqués de: 336
Comte, Augusto: 342, 345, 362
Copérnico, Nicolás: 100
Coppée: 276
Córdoba, José: 155
Córdoba, Tirso R. de: 443

Corneille, Pierre: 196, 204-206, 264
Cortés, Hernán: 354, 357
Cruz, san Juan de la: 372
Cruz, sor Juana Inés de la: 28
Cuauhtémoc: 366
Cuéllar, José Tomás de: 221, 418

D'Annunzio, Gabriel: 267
Danton, Georges Jacques: 232
Darío, Rubén: 279-287, 441, 444
Daudet, Alphonse: 244-245, 247, 270
Delatouche: 236
Delgado: 273
Delille: 211
Desmoulins, Camilo: 250
Díaz Mirón, Salvador: 258, 280, 371
Díaz, Domingo: 183
Díaz, Porfirio: 15, 20, 25-26, 251, 298, 417-418, 443
Dolci: 285
Droz, Gustave: 244
Du Barry: 231-232
Dudevant: 235-236
Dumas, Alejandro: 195, 239-242, 274
Dumas, Claude: 16, 34
Dupin, Amantina Lucila Aurora: 234-235
Dupin, Mauricio: 234
Duret, Fernando: 82
Dupin de Francueil: 234

Echegaray: 271
Elvira: 197
Emerson, Ralph Waldo: 346, 355
Epicuro: 190
Erckmann-Chatrian, Émile: 244
Espartaco: 83
Espronceda, José de: 257, 264, 270
Esquilo: 190, 196, 203
Estacio: 204

Esteva, Gustavo: 436
Esteva, Roberto A.: 149
Eurípides: 196, 211
Evrard: 236

Faure, Félix: 285
Faust: 208
Fedro: 346
Fernández Granados, Enrique: 65, 248, 375
Fernando, rey: 208
Feuillet, Octave: 244
Feuillet de Conches, Felix Sebastien: 231
Feval, Paul: 244
Flaubert, Gustave: 244-247
Flores, Manuel M.: 104, 227, 371
Fromentin: 325, 327
Frowde, Henry: 439
Fuentes, Carlos: 34
Fuentes Muñiz: 302, 306

Gambetta, León: 348, 355, 432
Gamboa, Juan: 261
Garcerán: 222
García, Simón D.: 219
García, Telésforo: 380
García Cubas, Antonio: 417
García Gutiérrez: 270
García Rejón, Bernardo: 117
Garcilaso de la Vega: 195, 213
Gardner, Jack: 331
Garibaldi, Giuseppe: 355
Gaudí, Antonio: 337, 434
Gautier, Théophile: 174, 257, 276, 401, 410
Gessner, Salomón: 291
Gladstone: 355
Goethe, Johann Wolfgang von: 196, 275
Gómez de Silva, Ruy: 206
Goncourt, Edmond: 244

Góngora y Argote, Luis de: 195, 204
Gonzaga Ortiz: 221, 252
González, Eduardo: 220
González, Esteban: 138
González, Manuel: 24-25
González Obregón, Luis: 248
González Ortega: 378
González Peña, Carlos: 407
Gorostiza: 221
Gorostiza, José: 28
Gostkowski, Gustavo Gosdawa de: 221, 223, 231
Gozzoli: 286
Güell: 434
Guerin: 173
Gutiérrez Najera, Manuel: 32, 40-41, 104, 248, 258, 263, 266, 268-272, 274, 276-277, 371, 385-387, 441
Gutenberg: 208

Habsburgo, Maximiliano de: 21
Halévy, Ludovic: 242
Hals, Franz: 328
Hammeken y Mexía, Jorge: 244
Hartman: 265
Hazlitt, William: 440
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 257
Heine, Heinrich: 261, 263, 281
Henríquez Ureña, Pedro: 40
Heredia, José María de: 281, 287, 291, 376, 385
Hesíodo: 190
Hidalgo, Miguel: 366
Homero: 122, 190-191, 196, 204
Horacio: 133, 190, 219, 224, 262, 277, 314, 344
Horn, conde de: 234
Hostos, José María: 40
Hugo, Leopoldina: 214, 216
Hugo, Victor: 20, 30, 37-39, 196, 199-206, 208, 210-217, 224, 257, 262, 264, 268, 271, 275, 280, 286, 355, 374, 376, 379, 395, 441-442
Huss, Juan de: 194

Iglesias, José María: 23, 251, 309, 422
Isaacs, Jorge: 225-226, 229-230, 417, 441
Isabel, reina: 208
Isaías: 190, 342

James, William: 364, 366
Janin, Jules: 205-206, 216, 219
Jesús: 83-84, 93, 155, 191, 194, 209, 338, 360
Joubert: 275
Juan Diego: 318
Juárez, Benito: 18, 22, 251, 343-344, 355, 366
Julio César: 399
Justiniano: 400

Karr, Alfonso: 214
Kératry: 235
Koenigsmark, Aurora de: 234
Kossut: 355
Krees, Dorothy Margaret: 376, 407

La Fayette, *madame*: 243
La Fayette: 233
Lamartine, Alphonse de: 20, 38, 193, 196-197, 202-203, 250, 257, 275
Lamb, Charles: 439
Lamennais: 236
Landero, Luz: 380
Laplace, Pierre Simon: 342
Lara Zavala, Hernán: 16, 439
Larra, Mariano José de: 219
Law: 316
Le Sage, *madame*: 243
Leal, Luis: 32
Leconte de Lisle, Charles Marie: 84, 246, 280-281, 376, 379
Leibnitz, Gottfried W.: 235, 357
Lejeune: 239-245, 247
Lemaître, Jules: 432
León X: 194, 207
León XIII: 286, 355

León, José: 295
Leopardi, Giacomo: 257, 265
Lepage, Bastien: 328
Lerdo de Tejada, Sebastián: 23, 251, 309
Leroux, Pierre: 236-237
Lincoln, Abraham: 355
Littré: 344, 346, 357
Loera, general: 306
López de Santa Anna, Antonio: 315, 393
López, Antonio: 336
Loti, Pierre: 281
Lucrecio: 190
Luis Felipe, rey: 214, 216
Luis XI, rey: 208
Luis XV: 231, 316
Luis XVI: 231, 232

Mably: 235
Mac Gregor, Enrique: 132
Macpherson, James: 299
Madero, Francisco I.: 26
Maeterlinck, Maurice de: 280
Magaloni, Honorato Ignacio: 19
Malintzin: 354
Mallarmé, Stéphane: 281
Marat: 399
Marco Aurelio: 331
Marco Tulio: 277
María Antonieta: 34, 38, 231-233, 407
Martí, José: 32, 104, 373, 379
Martínez, José Luis: 28, 36, 40-41, 371-372, 375-377, 395, 431, 436, 440
Marx, Karl: 355
Masson, René: 37
Mateos: 298, 418
Mauricio de Sajonia: 234
Mayora y Carpio, Luz: 23, 419, 428, 431
Médicis: 194
Meilhac, Henry: 242

Meléndez: 211
Méndez, Luis: 22
Méndez, Pedro G.: 415, 422
Méndez, Santiago: 386
Méndez Ibarra, Santiago: 18
Méndez y Echazarreta, Luis: 20
Mendoza, Antonio de: 356
Menéndez: 346
Menéndez Pidal, Ramón: 193
Menéndez y Pelayo, Marcelino: 40, 269, 271
Méry: 213
Michelet, Jules: 192, 231
Miguel Ángel: 196, 204, 286, 379
Mille, Raúl: 31, 393, 407
Milsand, J.: 192
Mirabeau: 233
Miranda, Anita: 298
Miranda, Guadalupe: 298, 418
Molière, Jean-Baptiste Pequelin: 196, 235
Molina, Silvia: 16, 371
Monroe: 322
Montaigne, Michel de: 439
Monterde, Francisco: 32, 389, 393
Montero, Rafael: 35
Morales, Melesio: 379
Morales, Merced: 378
Morse, Samuel: 376
Muñoz: 220
Musset, Alfred de: 202-203, 236, 257, 264, 274-275, 426

Napoleón III: 20
Necker: 232-233

Negrete, Miguel: 22
Negrín, María Eugenia: 16, 389
Neruda, Pablo: 372
Nervo, Amado: 104
Newman, cardenal: 359

Nietzsche, Friedrich: 346, 351
Nordau, Max: 274, 280
Núñez de Arce, Gaspar: 104, 257, 271, 280, 283, 376

O'Donojú, Juan: 324
O'Gorman, Edmundo: 16
O'Horan, Carolina: 419
Olavarría: 221, 223
Olavarría y Ladázuri, Matilde de: 380
Olmedo: 224
Olvera, Mariano: 378
Orcagna: 286
Ordaz, Pablo: 144
Ortega, Aniceto: 296, 417
Ortiz, Luis G.: 378
Othón, Manuel José: 273

Pacheco: 306
Pacheco, Carlos: 378
Pacheco, José Emilio: 41
Pagaza, Joaquín Arcadio: 31, 73, 273
Palafox, obispo: 357
Panrow, Bernard John: 412
Pascal, Blaise: 347
Payno, Manuel: 252, 416, 424, 445
Paz, Ireneo: 24
Paz, Octavio: 28
Pelletan: 200
Pellicer, Joseph: 193
Peña, Rafael Ángel de la: 104
Peña y Reyes, Antonio de la: 248
Peón, José María: 125
Peralta, Ángela: 379
Pereda: 346
Peredo: 221
Perera Moreno, Eulogio: 18
Pérez Galdós, Benito: 270, 346
Pericles: 287

Pesado: 268, 276
Petrarca, Francesco: 39, 197
Peza, Juan de Dios: 21, 27, 260, 371, 373, 375, 440
Pineda: 378
Pinturicchio: 286
Pitágoras: 331
Platón: 346
Plutarco: 196, 439
Portilla, Anselmo de la: 252, 268, 378
Praga, Jerónimo de: 194
Prévost, abate: 243
Prieto, Guillermo: 23, 85, 104, 251-252, 276, 296, 371, 416-417, 445
Prieto, Isabel: 216, 221
Ptolomeo: 344
Puga y Acal, Manuel: 255
Pujal: 337
Pushkin, Alexander Servéivich: 264

Quaglia: 306
Quevedo y Villegas, Francisco de: 195
Quintana: 196, 224
Quintana y Gallego: 270
Quirarte, Martín: 15, 16, 40

Racine, Jean: 206
Rafael: 204, 207, 285-286
Rahola: 337
Ramírez, Ignacio: 55, 251-252, 298, 311, 378, 382, 418, 445
Ramsay: 342
Régnier, Henri de: 281
Rembrandt van Rijn: 250, 325, 328, 433
Renan, Ary: 107, 117, 155
Renan, Ernest: 34, 107
Reville: 117
Reyes, Alfonso: 15
Reyes, Bernardo: 26
Richepin: 275
Ripalda, padre: 293

Ristori, Adelaida: 380, 436
Riva Palacio, Vicente: 21, 251-252, 306, 308, 371, 382, 445
Rivas, duque de: 270
Rivera, Agustín: 360
Robespierre, Maximilien de: 232
Rodin, August: 284
Rodó, Enrique: 279-280
Rodríguez Arrangoity, Ramón: 308
Rodríguez Chicharro, César: 32
Rodríguez Galván: 221
Roentgen, W. Conrad: 277, 359
Roland: 232
Rollinat: 275
Rossini, Gioacchino A.: 204
Rougemont, Denis de: 35
Ruiz de Alarcón, Juan Ruiz: 196
Rulfo, Teresa: 411
Rusiñol, Santiago: 287, 435

Saint Victor, Paul de: 276
Sajonia, mariscal de: 234
Sánchez, Tomás Antonio: 193
Sand, George: 37, 39-40, 234, 236-237, 243, 426
Sandeau, Jules: 236, 244
Sarmiento, Domingo Faustino: 355
Saunders: 323
Savonarola: 194
Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph von: 257
Segura: 268
Segura de Astorga, Juan Lorenzo: 193
Séneca: 331, 439
Servín, María de Jesús: 223
Shakespeare, William: 195-196, 202-205, 227, 235, 241, 247, 277, 379, 442
Shelley, Percy Bysshe: 275
Sierra Casasús, Catalina: 415
Sierra Méndez, Justo: 15-17, 19-41, 43, 104, 107-108, 182, 185, 193, 220, 222, 247-248, 279, 289, 302, 305, 313, 371-380, 382-383, 385-387, 389-391, 393-395, 399-401, 407-408, 410-413, 415-433, 435-436, 440-442, 444-445

Sierra O'Really, Justo: 17, 19, 315, 372, 440
Sierra, Luz Mayora de: 383
Sierra, Santiago: 24
Silva, Vicente: 298-299, 418
Sleyes: 233
Sobrino, Irma: 395, 407
Sócrates: 253
Sófocles: 196, 206
Sontag, Susan: 439
Spencer, Herbert: 423
Steiner, George: 15
Stendhal (Henri Beyle): 244
Strauss: 155
Sullivan: 302, 306
Sully, Mounet: 285

Taine, Hippolyte: 325
Tamberlick: 379
Tasso, Torcuato: 194, 197
Tell, Guillermo: 318
Teócrito: 291
Tertuliano: 209
Theuriet, André: 240, 244
Thomson: 357
Tiberio: 286
Timur-leng: 359
Tirteo: 224
Torroella: 221
Treviño García, Blanca Estela: 15
Turgot, R. Jacques: 232-233

Uhink, Valentín: 325
Uhland, Ludwig: 219
Unamuno, Miguel de: 31
Urbina, Luis G.: 16, 255-257, 259-263, 333, 386, 408, 411

Vacquerie, Carlos: 214
Valdés, Octaviano: 374

Valenzuela: 273
Valenzuela, Alejandro: 380
Valenzuela, Fernando: 380
Valera, Juan: 270-271, 276, 346
Valmiky: 190
Varona, Enrique J.: 40
Velasco, José María: 420
Verástegui, Joaquín: 306
Vergniaud: 232, 250
Verhaeren, Émile: 282
Verlaine, Paul: 275-276, 280-281
Victoria, reina: 214, 334
Vigil: 221
Villar: 298, 418
Villaseñor, Francisco: 161
Villequier: 216
Virgilio: 224, 286, 344
Vives, Juan Luis: 359
Voltaire, François Marie Arouet: 195-196, 202, 206

Wagner, Richard: 280
Wiclef: 194
Wilde, Oscar: 284

Yáñez, Agustín: 16, 18-19, 22, 43, 371, 395, 440, 444
Young: 203

Zambrano, Juan M.: 306
Zamora: 307-308
Zapata, Rosaura: 429
Zavala, Lorenzo de: 315
Zayas, Rafael de: 442, 443
Zenea, Juan Clemente: 309, 378
Zola, Émile: 240, 244, 247
Zorrilla: 270
Zubieta: 306

Las contribuciones de Justo Sierra (Campeche, 1848-Madrid, 1912) en los ámbitos de la educación, la política y la historia han sido reconocidas por ilustres protagonistas de la cultura nacional en el transcurso del siglo XX. En el año de 1948, al cumplirse el centenario de su nacimiento, sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres y la Universidad Nacional lo nombró Maestro de América, dando con ello inicio a la publicación de sus *Obras completas*. Sin embargo, debido a la acción denodada que Justo Sierra ejerció para cimentar el orden educativo mexicano, sus aportaciones a la literatura son prácticamente desconocidas y su obra literaria es visitada esporádicamente. La presente antología tiene como propósito divulgar los diversos géneros de la literatura en los que Justo Sierra incursionó con soltura, belleza y originalidad innegables. Los cuentos, poemas, crónicas y ensayos que el lector encontrará en este libro le descubrirán al Sierra escritor, al creador literario que fue desde su juventud y hasta sus días postreros. Con el afán de que el lector contemporáneo conozca y aprecie su legado en las letras nacionales, *Una escritura tocada por la gracia* reúne una muestra representativa de la obra literaria de Justo Sierra y cuatro estudios en torno a su poesía, su narrativa, su crónica y su crítica literaria. Marginada por buena parte del siglo XX, la cultura mexicana decimonónica tuvo defensores eruditos y vehementes como el escritor, bibliófilo y explorador de las mentalidades Enrique Fernández Ledesma, autor de *Viajes al siglo XIX*, libro que da título a esta serie de antologías de figuras tutelares de dicha centuria. Los compiladores y ensayistas de cada volumen ofrecen lecturas e interpretaciones amenas y novedosas, sustentadas en la pasión literaria y en el rigor historiográfico que convocan aquellos contemporáneos de un pasado indiscernible del México actual. La Universidad Nacional Autónoma de México, el Fondo de Cultura Económica y la Fundación para las Letras Mexicanas han desarrollado este importante proyecto que ahora llega a los lectores con el propósito de ofrecer una visión renovada de fundamentales autores nuestros.

BIBLIOTECA AMERICANA
Serie *Viajes al siglo XIX*

f,l,m.

www.fondodeculturaeconomica.com